

**PAUL
JOHNSON**

Ernest Hemingway
Jean-Paul Sartre
Ernest Hemingway

INTELECTUALES

Jean-Jacques Rousseau
León Tolstói
Henrik Ibsen
Karl Marx
Bertolt Brecht
Edmund Wilson

Volador

Paul Johnson

INTELECTUALES

Javier Vergara editor
Buenos Aires, Madrid, México, Santiago de Chile
Título original
INTELLECTUALS
Edición original
Weidenfel & Nicolson Limited
Traducción
Clotilde Rezzano

© 1998 by Paul Johnson
© 1990 by Javier Vergara Editor S.A.
San Martín 969 Buenos Aires Argentina

ISBN 950 15 0998 2

Impreso en la Argentina
Depositado de acuerdo a la Ley 11.723

Contraportada

Paul Johnson, autor de *Tiempos Modernos* e *Historia del Cristianismo*, ve a los intelectuales como un fenómeno de las postrimerías del siglo XVII: pensadores laicos que ocuparon el lugar de los sacerdotes, escribas y augures que guiaron a la sociedad en épocas más religiosas. Pero el intelectual no es un servidor o intérprete de los dioses; es un sustituto que afirma poder diagnosticar y curar los males de la sociedad sin más ayuda que su intelecto.

Este libro provocador constituye un examen de las credenciales, de orden moral y de criterio, que poseen los intelectuales para aconsejar a la humanidad: su método para arribar a conclusiones, su respeto por la verdad, la aplicación de los principios públicos a sus vidas privadas, su actitud ante el dinero, su relación con la esposa y los hijos.

Estos temas son abordados en una serie de estudios de casos, Rousseau, Shelley, Marx, Ibsen, Tolstoy, Hemingway, Russell, Brecht, Sartre, Lillian Hellman y otros, los cuales se revelan en retratos incisivos como intelectuales a la vez brillantes y contradictorios, magnéticos y peligrosos.

Solapas

Paul Johnson estima que “los trabajos del intelecto no surgen de una abstracción del cerebro y la imaginación, sino que ellos están profundamente enraizados en la personalidad”. Por ello, en este libro no está interesado en lo que los intelectuales han escrito sino en lo que han hecho, la investigación está basada casi en su totalidad en fuentes secundarias.

El autor sugiere que los intelectuales son tan irrazonables, ilógicos y supersticiosos como cualquier otra persona. Johnson revela las debilidades en que estos grandes pensadores han incurrido -lo cual hace su lectura muy entretenida. Especial atención presta a una trilogía de “pecados” que caracteriza a este grupo: la mentira, la fornicación y la deshonestidad en los asuntos de dinero.

Paul Johnson nació en Gran Bretaña en 1928. Prestigioso periodista fue durante seis años editor de *The New Statesman*. Como autor se encuentra en la línea de esos historiadores de los últimos dos siglos para quienes escribir acerca de la historia no tiene sentido si esto no va acompañado de revelaciones y juicios sobre el mundo que nos rodea. Entre sus libros de mayor éxito se encuentran: *Tiempos modernos*; *La historia del cristianismo* (publicados por esta editorial); *El papa Juan Pablo II y la restauración católica*; *Irlanda: tierra de problemas* y *La historia del Judaísmo* (este último próximo a publicarse en esta colección)

ÍNDICE

Reconocimientos

- 1 Jean Jacques Rousseau: “Un loco interesante”
- 2 Shelley o la crueldad de las ideas
- 3 Karl Marx: Bramando gigantescas maldiciones
- 4 Henrik Ibsen: ¡Al Contrario!
- 5 Tolstoi: El hermano mayor de Dios
- 6 Las aguas profundas de Ernest Hemingway
- 7 Bertolt Brecht: Corazón de hielo
- 8 Bertrand Russell: ¡Al diablo con la lógica!
- 9 Jean Paul Sartre: “Una bolita de piel y tinta”
- 10 Edmund Wilson: “Salvado del fuego”
- 11 La conciencia inquieta de Víctor Gollancz
- 12 Mentiras, malditas mentiras y Lillian Hellman
- 13 La huída de la razón

A mi primer nieto Samuel Johnson

RECONOCIMIENTOS

Esta obra es un análisis de las credenciales morales y de juicio de ciertos intelectuales notables, para aconsejar a la humanidad sobre cómo conducir sus asuntos. He tratado de que sea fáctica y desapasionada, y siempre que fue posible utilicé las obras, cartas, diarios, memorias y citas del intelectual que examinaba. Para los detalles de su vida, hice uso de numerosas biografías, entre las cuales las más importantes son las que siguen:

En el caso de Rousseau la que me resultó más útil fue la de Lester G. Crocker, Jean Jacques Rousseau: *The Quest, 1712-1750 (La búsqueda)*, Nueva York, 1974 y Jean Jacques Rousseau: *The Prophetic Voice, 1758-1783 (La voz profética)*, Nueva Cork, 1973, aunque también gocé con la vigorosa *The Making of a Saint: the Tragic Comedy of J.J. Rousseau, (El devenir de un santo: la tragicomedia de J.J. Rousseau)* Londres, 1976 de J. H. Huizinga.

Para Shelley me atuve sobre todo al soberbio libro de Richard Colmes, *Shelley: The Pursuit (La búsqueda)*, Londres, 1974, aunque no estoy de acuerdo con él acerca de la criatura ilegítima.

Para Marx apelé principalmente a *Marx*, Londres, 1968, de Robert Payne.

Ibsen tiene un biógrafo ideal en Michael Meyer, *Henrik Ibsen: i. The Making of a Dramatist, 1828-64 (El devenir de un dramaturgo)*, Londres, 1970, *ii. The Farewell to Poetry, 1864-1882 (El adiós a la poesía)*, Londres, 1971; *iii. The top of a Cold Mountain, 1886-1906 (La cima de una montaña fría)*, Londres, 1971, pero también recurrí a Hans Heiberg, *Ibsen: Portrait of the Artist (Retrato del artista)*, Trad. Londres, 1969, y a Bergliot Ibsen, *The Three Ibsen (Los tres Ibsen)*, trad., Londres, 1951.

De las muchas biografías de Tolstoi seguí más a la de Ernest J. Simons, *Leo Tolstoy*, Londres, 1949, pero también utilicé el formidable relato crítico de Edgard Crankshaw, *Tolstoi: The Making of a Novelist (El devenir de un novelista)*, Londres, 1974.

Para Emerson utilicé las obras de Joel Porte, sobre todo su *Representative Man: Ralph Waldo Emerson in His Time (Hombre representativo: R.W.E. en su época)*, Nueva York, 1979.

Para Hemingway utilicé las dos excelentes biografías recientes, la de Jeffrey Meyers, *Hemingway: A Biography*, Londres, 1985, y la de Kenneth S. Lynn, *Hemingway*, Londres, 1987, a la vez que el estudio anterior, de Carlos Baker, *Hemingway: A life Story (Historia de una vida)*, Nueva York, 1969.

Para Brecht utilicé *Bertolt Brecht, A Biography*, Londres, 1983, de Ronald Hayman, y el brillante estudio de Martín Esslin, *Bertolt Brecht: A Choice of Evils (Surtido de vicios)*, Londres, 1959.

En el caso de Russell, la fuente principal de datos biográficos fue *The Life of Bertrand Russell (La vida de B.R.)*, de Ronald W. Clark, Londres, 1975.

Sastre: *A Liar*, trad. Londres, 1987, de Annie Cohen Solal, y Simone de Beauvoir, trad. Londres, 1987, de Claude Francis y Fernande Gontier, fueron mis fuentes para Sartre.

Victor Gollancz: *A Biography*, Londres, 1987, el relato completo e imparcial de Ruth Dudley Edwards es la fuente indispensable para Gollancz, y para Lillian Hellman, la obra maestra como trabajo detectivesco de William Wright, Lillian Hellman: *The*

Image. The Woman (L. H. : *La imagen. La mujer*), Londres, 1987, aunque también me fue útil el libro de Diane Johnson, *The life of Dashiell Hammett*, Londres, 1984.

Para el último capítulo utilicé sobre todo Cyril Connolly: *Diaries and Memoir*, Londres, 1983, de David Pryce Jones; Mailer: *A Biography*, Nueva York, 1982, de Hilary Mills; de *Life of Kenneth Tynan* , Londres, 1987, de Katherleen Tynan; *Love is Colder than Death: The Life and Times of Rainer Werner Fassbinder* (*El amor es más frío que la muerte: Vida y época de R.W.F.*), Londres, 1987, de Robert Katz y Peter Berling, y *The Furious Passage of James Baldwin* (*El pasaje furioso de J.B.*), de Fern Marja Eckman, Londres.

Quedo agradecido a todos estos autores, En las notas sobre fuentes se encontrarán referencias a muchas otras obras consultadas.

Capítulo 1

JEAN JACQUES ROUSSEAU “UN LOCO INTERESANTE”

A lo largo de los últimos doscientos años la influencia de los intelectuales ha crecido sin cesar. En efecto el ascenso del intelectual laico ha sido un factor clave en la configuración del mundo moderno. Visto en la larga perspectiva de la historia es en muchos sentidos un factor nuevo. Es cierto que en sus encarnaciones anteriores como sacerdotes, escribas y augures, los intelectuales han afirmado su derecho a guiar a la sociedad desde el primer momento. Pero como custodios de culturas sacerdotales, ya fuesen primitivas o complejas, sus innovaciones morales e ideológicas estaban limitadas por los cánones de una autoridad externa y por la herencia de la tradición.

No eran ni podían ser espíritus libres, aventureros de la mente.

Con la decadencia del poder eclesiástico en el siglo dieciocho surgió un nuevo tipo de mentor para llenar el vacío y atraer la atención de la sociedad. El intelectual laico podía ser deísta, escéptico o ateo. Pero estaba tan dispuesto como cualquier pontífice o presbítero a decirle a la humanidad cómo manejar sus asuntos. Desde el primer momento proclamaba una devoción especial por los intereses de la humanidad y un deber evangélico de promoverlos por sus enseñanzas. Aportaba a esta tarea que se adjudicaba a sí mismo un enfoque mucho más radical que sus predecesores religiosos.

No se sentía atado por ningún cuerpo de religión revelada. La sabiduría colectiva del pasado, el legado de la tradición, los códigos prescriptivos de la experiencia ancestral existían para ser seguidos selectivamente o rechazados en su totalidad, según decidiera su propio buen sentido. Por primera vez en la historia humana, y con confianza y audacia creciente, los hombres se albaron para afirmar que podían diagnosticar los males de la sociedad, y curarlos, usando sólo su propio intelectos: más aún, que podían idear fórmulas que no sólo la estructura de la sociedad sino también los hábitos de los seres humanos podían ser transformados para mejor. A diferencia de sus predecesores sacerdotales, no eran servidores e intérpretes de los dioses, sino sus sustitutos. Su héroe era Prometeo, que robó el fuego celestial y lo trajo a la tierra.

Una de las características más marcadas de los nuevos intelectuales laicos fue el deleite con que sometían a la religión y a sus protagonistas al escrutinio crítico. ¿En qué medida habían beneficiado o dañado a la humanidad estos grandes sistemas de fe? ¿En qué medida estos papas o pastores habían vivido de acuerdo con sus preceptos de pureza y veracidad, de caridad y benevolencia? Los veredictos pronunciados sobre ambos, iglesias y clero, fueron duros. Ahora, después de dos siglos durante los cuales la influencia de la religión ha seguido decayendo y los intelectuales laicos han desempeñado un papel cada vez mayor en la formación de nuestras actitudes e instituciones, ha llegado el momento de examinar sus antecedentes tanto públicos como personales. Quiero concentrarme en especial en las credenciales morales y de criterio que tienen los intelectuales para decir a la humanidad como conducirse. ¿Cómo condujeron sus propias vidas? ¿Con qué grado de rectitud se comportaron con la familia, amigos y colaboradores? ¿Fueron justos en sus trabajos con el otro sexo y en los comerciales? ¿Dijeron y escribieron la verdad? ¿Cómo ha soportado sus propios sistemas la prueba del tiempo y la praxis?

Esta investigación comienza con Jean Jacques Rousseau (1712,1778), que fue el primero de los intelectuales modernos, su arquetipo y en muchos sentidos el más

influyente de todos. Hombres mayores que él como Voltaire habían comenzado el trabajo de demoler los altares y entronizar la razón. Pero Rousseau fue el primero en combinar todas las características destacadas del prometeico moderno; afirmación de su derecho a rechazar el orden existente en su totalidad; confianza en su capacidad para rehacerlo desde los cimientos de acuerdo con principio ideados por él mismo; creencia en que esto podía lograrse por medio del proceso político; y no en último término, reconocimiento del papel enorme que el instinto, la intuición y el impulso desempeñan en la conducta humana. Creía tener un amor especial por la humanidad y que había sido investido con dones y percepciones sin precedentes para aumentar su felicidad. Una cantidad asombrosa de gente, en su día y desde entonces, lo ha aceptado según su propia estimación.

Tanto a largo como a corto Plazo su influencia ha sido enorme. En la generación posterior a su muerte alcanzó la condición de mito.

Murió una década antes de la Revolución Francesa de 1789, pero muchos contemporáneos lo consideran responsable de ella, y en consecuencia de la destrucción del ancien régime en Europa. Luís dieciséis y Napoleón compartieron esta opinión. Edmund Burke dijo de las elites revolucionarias: “Hay una gran disputa entre sus dirigentes sobre cuál de ellos es el que más se parece a Rousseau... Es su modelo de la perfección”. Como expresó el mismo Robespierre: “Rousseau es el único hombre que, por la elevación de su alma y la grandeza de su carácter, se mostró digno del papel de maestro de la humanidad”. Durante la Revolución la Convención Nacional votó que sus cenizas fueran trasladadas al Panteón. En la ceremonia, su presidente declaró: “Es a Rousseau a quien se debe la saludable mejoría de nuestra moral, costumbres, leyes, sentimiento y hábitos”¹

En un nivel mucho más profundo, sin embargo, y durante un lapso mucho más largo, Rousseau alteró algunos de los presupuesto básicos del hombre civilizado y reubicó el mobiliario de la mente humana. El campo de su influencia es dramáticamente amplio, pero puede agruparse en cinco encabezamientos principales. Primero, todas nuestras ideas modernas sobre la educación están afectadas en alguna medida por la doctrina de Rousseau, especialmente por su tratado *Emile* (1762). Popularizó, y en buena medida inventó, el culto de la naturaleza, el gusto por el aire libre, la búsqueda de la frescura, la espontaneidad, lo vigorizante y lo natural. Introdujo la crítica de la artificiosidad urbana. Identificó y estigmatizó los artificios de la civilización. Es el padre del baño frío y el ejercicio físico sistemático, el deporte como formador del carácter, la casita de fin de semana.²

Segundo, y en relación con su revalorización de la naturaleza, Rousseau predicó la desconfianza a.C. las mejoras, progresivas, graduales, producidas por la lenta marcha de la cultura materialista; en este sentido rechazó a la Ilustración, de la que formaba parte, y buscó una síntesis mucho más radical.³

Insistió en que la razón misma tenía severas limitaciones considerada como el medio para curar a la sociedad. Eso no significaba, sin embargo, que la mente humana fuese inadecuada para producir los cambios necesarios, porque tiene recursos ocultos, no aprovechados aún de percepción poética e intuición que deben ser usados para superar los dictados esterilizantes de la razón.⁴

Siguiendo esta línea de pensamiento, Rousseau escribió sus *Confessions*, terminadas en 1770 pero no publicadas hasta después de su muerte. Este tercer proceso

¹ Ver Joan Macdonald, *Rousseau and the French Revolution* (Londres 1965)

² J.H.Huizinga, *The Making of a Saint: The Tragic Comedy of Jean Jacques Rousseau* (Londres, 1976), págs. 185 ss.

³ Ernest Cassirer, *The Philosophy of the Enlightenment* (Princeton, 1951) pág. 268

⁴ Jean Château, *Jean Jacques Rousseau: Sa Philosophie de l'éducation* (Paris, 1962) págs. 32 ss.

fue el comienzo tanto del movimiento romántico como de la literatura introspectiva moderna, porque en él hizo que el descubrimiento del individuo (el logro principal del Renacimiento) diera un paso gigantesco hacia delante, buceando en el yo interior y sacándolo a la luz para su inspección pública. Por primera vez se mostró a los lectores el interior de un corazón, pero (y esto también llegaría a ser una característica de la literatura moderna) la visión era errónea, el corazón así exhibido engaños, aparentemente sincero, pero interiormente lleno de engaños.

El cuarto concepto popularizado por Rousseau fue en algunos sentidos el más influyente de todos. Cuando la sociedad evoluciona de su primitivo estado de naturaleza a la artificialidad urbana, argüía, el hombre se corrompe: su egoísmo natural, que él llama *amour de soi*, se transforma en un instinto mucho más pernicioso, *amour propre*, que combina vanidad y autoestima, con cada hombre valorándose a sí mismo por lo que los otros piensan de él y buscando entonces impresionarlos con su dinero, fuerza, inteligencia y superioridad moral.

Este egoísmo natural se vuelve competitivo y adquisitivo, y así llega a alienarse no sólo de los demás hombres, sino también de sí mismo.⁵ La alienación induce en el hombre una enfermedad psicológica caracterizada por una divergencia trágica entre la apariencia y la realidad.

El mal de la competencia, tal como él lo veía, que destruye el sentido comunitario innato del hombre y estimula todos sus peores rasgos, incluso su deseo de explotar a otros, llevó a Rousseau a desconfiar de la propiedad privada, en tanto origen del crimen de la sociedad. Su quinta innovación entonces, en la víspera misma de la revolución industrial, fue desarrollar los elementos de una crítica del capitalismo, tanto en el prefacio a su obra teatral *Narcisse* como en su *Discours sur l'inégalité*, al identificar la propiedad y la competencia por adquirirla como la causa originaria de la alienación.⁶ Este fue un yacimiento de ideas que Marx y otros habrían de explotar despiadadamente, junto con la idea conexas de Rousseau de la evolución cultural. Para él "natural" significaba "originario" o precultural. Toda cultura trae problemas, ya que es la asociación del hombre con otros lo que saca a relucir sus propensiones malévolas: como expresa en *Emile*, "El aliento del hombre resulta fatal para sus semejantes." Es así que la propia cultura en la que vivió el hombre, ella misma una construcción en evolución, artificial, dictó al hombre su conducta, y esta conducta se podía mejorar, en realidad transformar completamente, cambiando la cultura y los elementos competitivos que la produjeron, es decir por medio de una ingeniería social.

Estas ideas abarcan un espectro tan amplio como para constituir, casi por sí solas, una enciclopedia del pensamiento moderno. Es cierto que no todas ellas fueron originales de Rousseau. Sus lecturas fueron amplias: Descartes, Rabelais, Pascal, Leibniz, Bayle, Fontenelle, Coarneille, Tetrarca, Tasso, y en especial se sirvió de Locke y Montaigne. Germaine de Staël, que creyó que él poseía "las facultades más sublimes jamás conferidas a un hombre" declaró: "No ha inventado nada". Pero añadió: "ha imbuido todo de fuego". Era la forma sencilla, directa, poderosa, en verdad apasionada, en que escribía la que hizo que sus concepciones parecieran tan vívidas y frescas y llegaran por eso a hombres y mujeres con el impacto de una revelación.

¿Quién fue, entonces, este dispensador de tan extraordinario poder moral e intelectual, y cómo llegó a adquirirlo? Rousseau era un suizo, nacido en Ginebra en 1712 y criado como calvinista. Su padre Isaac era relojero, pero no prosperó en su oficio, ya que era un alborotador, mezclado a menudo en hechos de violencia y en tumultos. Su madre, Suzanne Bernard, provenía de una familia rica, y murió de fiebre

⁵ Lester G Crocker, Jean Jacques Rousseau: The Ques, 1712-1758 (Nueva York, 1974) pág. 263

⁶ Ibid., págs. 238, 239, 255 a 270

puerperal poco después de su nacimiento Ninguno de sus padres provenía del círculo cerrado de familias que conformaban la oligarquía imperante en Ginebra y componías el Consejo del los Doscientos y el Consejo Secreto de los Veinticinco.

Pero tenían amplios privilegios electorales y legales, y Rousseau siempre fue muy consciente de su posición superior. Esto le hizo un conservador natural por interés (aunque no por convencimiento intelectual) y le provocó un desprecio por la plebe sin voto que conservó toda su vida. Además, la familia poseía una cantidad respetable de dinero.

Rousseau no tenía hermanas, sólo un hermano siete años mayor que él. El mismo se parecía mucho a su madre, y se convirtió así en el favorito de su padre viudo. El trato que le daba Isaac oscilaba entre un afecto lacrimógeno y una violencia aterradora, y hasta el favorito Jean Jacques lamentó la forma en que le crió su padre, quejándose más tarde en Emile: “La ambición, codicia, tiranía y previsión errada de los padres, su incuria e insensibilidad brutal, son cien veces más dañinas para los hijos que la ternura irreflexiva de las madres”. Sin embargo, fue el hermano mayor quien se convirtió en la víctima principal del salvajismo del padre. En 1718 fue enviado a un reformatorio a petición del padre, fundado en su perversidad incorregible; en 1723 se escapó y nunca más se supo de él. Rousseau fue entonces de hecho, un hijo único, situación que compartió con muchos otros líderes intelectuales modernos. Pero, aunque consentido en algunos aspectos, emergió de la infancia con un fuerte sentido de carencia y –quizá su característica personal más destacada de autocompasión.⁷

La muerte le privó pronto de su padre y su madrastra. Tenía aversión por el oficio de grabador, en el que le habían colocado como aprendiz. De modo que en 1728, a los quince años, se escapó y se convirtió al catolicismo a fin de obtener la protección de una tal Madame Francoise Louise de Warens, que vivía en Annecy. Los detalles de los comienzos de la carrera de Rousseau tal como están registrados en sus *Confessions* no son de fiar. Pero sus propias cartas, y los vastos recursos que provee la inmensa laboriosidad de Rousseau, se han utilizado para establecer los hechos más destacados.⁸

Madame de Warens vivía de una pensión real francesa y parece que fue a la vez agente del gobierno francés y de la Iglesia católica. Rousseau vivió con ella, a sus expensas, durante la mayor parte de un lapso de catorce años entre 1728 y 1742. Parte de este tiempo fue su amante; también hubo períodos en que anduvo por su cuenta. Hasta bien entrada en su treintena Rousseau llevó una vida de fracasos y de dependencia, en especial de mujeres. Intentó por lo menos trece destinos: grabador, lacayo, seminarista, músico, empleado público, granjero, tutor, cajero, copista de música, escritor y secretario privado. En 1743 se le otorgó lo que parecía el puesto ideal de secretario del embajador francés en Venecia, el conde Montaigu. Esto duró once meses y terminó con su despido y huida para evitar ser arrestado por el estado veneciano. Montaigu afirmó (y su versión debe preferirse a la del propio Rousseau) que su secretario estaba condenado a la pobreza debido a su “temperamento vil” e “increíble insolencia”, producto de su “insania” y de “la alta estima en que se tenía a sí mismo”⁹

En el transcurso de algunos años Rousseau había llegado a considerarse un escritor nato. Tenía gran habilidad en el manejo de las palabras. Era particularmente eficaz cuando se trataba de exponer su propia causa en cartas sin prestar atención demasiado escrupulosa los hechos: en realidad podría haber sido un abogado brillante. (Una de las

⁷ Para la primera parte de la vida de Rousseau ver Ibid., págs. 7-15; el relato que él hace en sus *Confessions* es muy poco fiable.

⁸ Las cartas de Rousseau fueron publicadas en R.A. Liegh, *Correspondence complète de Jean Jacques Rousseau* (Ginebra, 1965 ss) y en T. Dufour y P.P.Plan, *Correspondance Générale de Jean Jacques Rousseau* (20 vols., París, 1924-34)

⁹ Crocker vol. I, págs. 160 ss.

razones por las que Montaigne, un militar, llegó a tenerle tanta aversión fue la costumbre que tenía Rousseau, cuando escribía al dictado, de bostezar ostensiblemente y aun pasar hasta la ventana mientras el embajador se esforzaba por encontrar la palabra justa. En 1745 Rousseau conoció a una joven lavandera, Thérèse Lavasseur, diez años menor que él, que accedió a convertirse en su amante con carácter de permanente. Esto le dio cierta estabilidad a su vida errabunda. Entretanto había conocido a Denis Diderot, la figura cardinal de la Ilustración que luego sería el editor de la *Encyclopédie*, que trabó amistad con él. Al igual que Rousseau, Diderot era hijo de un artesano y se convirtió en el prototipo del escritor autodidacta. Era un hombre bondadoso y un constante alimentador de talentos. Rousseau le debió mucho. A través de él conoció al crítico alemán Friedrich Melchior Grima, que gozaba de prestigio en la sociedad y le introdujo en el famoso salón radical del Barón d'Holbach, conocido como “*le Maître d'Hôtel de la philosophie*”.

El poder de los intelectuales franceses estaba en sus comienzos y había de crecer sin interrupción durante la segunda mitad del siglo. Pero en las décadas del cuarenta y del cincuenta su posición como críticos de la sociedad era aún precaria. El estado, cuando se sentía amenazado, aún podía caer sobre ellos con una ferocidad inesperada. Rousseau se quejó más tarde ampliamente de la persecución de que fue objeto, pero en realidad tuvo que soportar muchas menos desventura que la mayoría de sus contemporáneos. Voltaire fue golpeado en público por los servidores de un aristócrata al que había ofendido, y pasó casi un año en la Bastilla. Aquellos que vendían libros prohibidos podían ser condenados a diez años en galeras. En julio de 1747 Diderot fue arrestado y puesto en confinamiento solitario en la fortaleza de Vincennes por publicar un libro en defensa del ateísmo. Estuvo allí tres meses. Rousseau le visitó, y mientras caminaba por la carretera a Vincennes vio en el diario un anuncio de la Academia de Letras de Dijon que invitaba a presentar trabajos a un concurso de ensayos sobre el tema “Si el renacimiento de las ciencias y las artes ha contribuido al mejoramiento de las costumbres”.

Este episodio ocurrió en 1750, fue el momento crítico en la vida de Rousseau. En un destello de inspiración vio qué era lo que debía hacer. Otros concursantes naturalmente defenderían la causa de las artes y las ciencias. El argumentaría a favor de la superioridad de la naturaleza. Súbitamente, como dice en sus *Confessions*, concibió un entusiasmo desbordante por “la verdad, la libertad y la virtud”. Dice que se dijo a sí mismo: “¡Virtud, verdad! Gritaré cada vez más fuerte, ¡verdad, virtud!” Añadió que su chaleco estaba “empapado con lágrimas que había vertido sin notarlos”.

Las lágrimas que lo empaparon pudieron muy bien ser verdaderas: las lágrimas le brotaban con facilidad. Lo cierto es que ahí y entonces Rousseau decidió escribir el ensayo según la línea que se convirtió en lo esencial de su credo; ganó el premio con ese enfoque paradójico y se volvió famoso de la noche a la mañana. Aquí se dio el caso de un hombre de treinta y nueve años, hasta ese momento fracasado y amargado, deseoso de ser conocido y famoso, que por fin encontraba la nota exacta. El ensayo es débil y hoy casi ilegible. Como siempre que se vuelve atrás a un suceso literario de esa clase, parece inexplicable que una obra tan insignificante pudiera producir semejante explosión de celebridad. Y en efecto, el famoso crítico Jules Lemaître llamó a esta súbita apoteosis de Rousseau una de las pruebas más efectivas jamás habidas de la estupidéz de la humanidad.¹⁰

La publicación del *Discours* sobre las artes y las ciencias no hizo rico a Rousseau porque, pese a tener una amplia circulación y provocar casi trescientas réplicas

¹⁰ Citado por Huizinga, pág. 29

impresas, el número de ejemplares efectivamente vendidos fue reducido, y los que ganaban con ese tipo de obras eran los libreros.¹¹

Pero por otra parte le dio entrada a muchas casas y fincas aristocráticas que estaban abiertas para los intelectuales de moda. Rousseau podía, y a veces lo hizo, ganarse la vida como copista de música (tenía una hermosa caligrafía) pero después de 1750 siempre estuvo en una posición que le permitía vivir gracias a la hospitalidad de la aristocracia, excepto (como ocurría a menudo) cuando elegía organizar disputas feroces con quienes la dispensaban. Tomó por oficio el de escritor profesional. Siempre fue fértil en ideas y, cuando se lo proponía, escribía con facilidad y bien. Pero el impacto de sus libros, al menos durante su vida y por mucho tiempo después, varió notablemente.¹²

Su *Contrato social*, que generalmente se supone resume su filosofía madura, comenzado en 1752 y publicado finalmente diez años después, casi no fue leído en vida del autor, y hasta 1791 había sido reimpresso una sola vez. Un examen de quinientas bibliotecas contemporáneas reveló que sólo una poseía un ejemplar. La investigadora Joan Macdonald, que revisó 1114 panfletos políticos publicados entre 1789 y 1791, encontró sólo doce referencias a la obra.¹³ Como señaló: “Es necesario distinguir entre el culto a Rousseau y la influencia de su pensamiento político.” El culto, que comenzó con el ensayo premiado y siguió creciendo en magnitud, se centró alrededor de dos libros. El primero fu su novela *La nouvelle Héloïse*, subtitulada *Cartas de dos amantes*, y la *Clarissa*, de Richardson. La historia del cortejo, seducción, arrepentimiento y castigo de una joven está escrita con una extraordinaria habilidad para atraer tanto el interés libidinoso de los lectores, especialmente mujeres – y en especial el creciente mercado de mujeres de clase media-, como su sentido de la moral. El texto es a veces muy franco para la época, pero el mensaje final es correcto en grado sumo. El arzobispo de París acusó a la novela de “insinuar el veneno del deseo mientras aparenta proscribirlo”, pero esto sólo sirvió para aumentar su venta, al igual que el lenguaje astutamente elegido del prefacio de Rousseau, en el que afirma que la niña que lee una sola página de la obra perderá su alma, añadiendo, sin embargo, que “las niñas castas como las señoras de familias respetables la leían y se defendía citando sus conclusiones altamente morales. En pocas palabras, era un best seller natural, y en eso se convirtió, pese a que la mayoría de los ejemplares comprados correspondían a ediciones piratas.

El culto de Rousseau se intensificó en 1762 con la publicación de *Emile*, en la que se lanzó la miríada de ideas, sobre la naturaleza y la respuesta del hombre a ella, que habrían de convertirse en el pan cotidiano de la época romántica, pero que en ese momento eran originales. Además este libro estaba brillantemente construido para lograr el mayor número posible de lectores. Pero en un punto Rousseau se pasó de listo. Formaba parte de su creciente atractivo como profeta de la verdad y la virtud el señalar los límites de la razón y aceptar que la religión tienen un lugar en el corazón de los hombres. Fue así como incluyó en *Emile* un capítulo titulado “Profesión de fe” en el que acusaba a los otros intelectuales de la Ilustración, en particular a los ateos o meros deístas, de ser arrogantes y dogmáticos, “profesando hasta en su así llamado escepticismo saberlo todo”, sin importarles el daño que causan a los hombres y mujeres decentes al minar la fe: “destruyen y pisotean todo lo que los hombres reverencian, roban a los sufrientes el consuelo que reciben de la religión y eliminan la única fuerza que contienen las pasiones de los ricos y de los poderosos.” “Era un material altamente efectivo, pero para equilibrarlo Rousseau sintió que era necesario criticar también a la

¹¹ El *Discours* está publicado en G. R. Havens (ed.) *Discours sur les sciences et les arts* (Nueva York, 1946)

¹² Para las obras de Rousseau ver Bernard Gagnebin y Marcel Raymon (ed) *Oeuvres complètes* (3 vols., París, 1959-64)

¹³ Macdonald

iglesia institucionalizada, especialmente su culto a los milagros y su apoyo a la superstición. Esto fue por demás imprudente, en especial porque Rousseau, para frustrar a los editores piratas, asumió el riesgo de firmar la obra. Ya resultaba sospechoso a los ojos de los eclesiásticos franceses como un renegado por partida doble: habiéndose convertido al catolicismo luego retornó al calvinismo, a fin de recobrar su ciudadanía ginebrina. Así fue como ahora el *Parlement* de París, dominado por jansenistas, objetó seriamente los sentimientos anticatólicos del *Emile*, hizo que el libro se quemara frente al *Palais de Justice* y libró una orden de arresto contra Rousseau. Se salvó por una oportuna advertencia de amigos en las altas esferas. A partir de ese momento y por algunos años fue un fugitivo. Porque también los calvinistas objetaron el *Emile* y, aun fuera de territorio católico, se vio obligado a ir de pueblo en pueblo. Pero nunca careció de protectores poderosos, en Gran Bretaña, (donde pasó quince meses entre 1766 y 1767) y también en Francia, donde vivió de 1767 en adelante. Durante la última década de su vida el estado perdió interés por él, y sus principales enemigos fueron otros intelectuales, muy en especial Voltaire. Para responderles Rousseau escribió sus *Confessions*, completadas en París, donde se estableció finalmente en 1770. No se atrevió a publicarlas, pero fueron ampliamente conocidas a raíz de las lecturas que ofrecía en los salones de moda. En la fecha de su muerte en 1778 su fama estaba en la aurora de un nuevo resurgimiento, consumado cuando los revolucionarios tomaron el poder.

Por lo tanto, Rousseau gozó, aun en vida, de un éxito considerable.

Para el observador moderno carente de prejuicios no parece que tuviera muchos motivos de queja. Sin embargo, Rousseau fue uno de los mayores quejosos de la historia de la literatura. Insistió en que su vida había estado llena de desgracias y persecuciones. Reitera el agravio tan a menudo y en términos tan desgarradores, que uno se siente obligado a creerle. Sobre un punto fue terminante: sufría de una mala salud crónica. Era un “infeliz desafortunado y desgastado por la enfermedad... batallando cada día de mi vida entre el dolor y la muerte.” No había “podido dormir durante treinta años”. “La naturaleza”, añadía, “que me ha formado para el sufrimiento, me ha dado una constitución a prueba del dolor a fin de que, incapaz de agotar mis fuerzas, éste puede hacerse sentir siempre con la misma intensidad.”¹⁴

Es cierto que siempre tuvo problemas con su pene. En una carta a su amigo el doctor Tronchin, escrita en 1775, se refiere a “la malformación de un órgano, con la que nací”. Su biógrafo Lester Crocker escribe después de un cuidado diagnóstico: “Estoy convencido de que Jena Jacques nació víctima de hipospadias, una deformación del pene en la que la uretra se abre en algún punto de la superficie ventral”¹⁵. En su madurez esto se convirtió en un pronunciado estrechamiento que requería el uso de un catéter, lo que agravó el problema tanto psicológica como físicamente. Sentía constantemente necesidad de orinar, y esto ocasionaba inconvenientes cuando alternaba con la alta sociedad: “Aún me estremezco cuando pienso en mí mismo”, escribió, “rodeado de damas, obligado a esperar que hubiese terminado una conversación agradable... Cuando por fin encuentro una escalinata bien iluminada hay otras damas que me entretienen, luego un patio lleno de carruajes en constante movimiento listos a aplastarme, doncellas que me miran, lacayos contra las paredes que se ríen de mí. No encuentro una sola pared o miserable rinconcito adecuado a mi propósito. En resumen, sólo puede orinar a la vista y paciencia de todos y sobre las medias blancas que cubren alguna pierna noble.”¹⁶

¹⁴ Citado por Huizinga, págs. 16-17

¹⁵ Crocker vol. 1 pág. 16 ver también págs. 194 ss.

¹⁶ Citado por Huizinga, Pág. 50-. El pasaje se encuentra en una carta no enviada a Monsieur de Mirabeau, 1767

El pasaje está cargado de autocompasión y sugiere, junto con muchos otros testimonios, que la salud de Rousseau no era tan mala como él la presenta. En ocasiones, cuando conviene a su argumento, destaca su buena salud. Su insomnio era en parte fantasía, ya que distintas personas dan testimonio de sus ronquidos. David Hume, que le acompañó en el viaje a Inglaterra, escribió: “Es uno de los hombres más saludables que haya conocido. De noche pasó diez horas sobre cubierta con un clima tan riguroso que todos los marinos casi se quedaron congelados, y él no sufrió daño alguno.”¹⁷

La preocupación constante por su salud, justificada o no, fue el motor que originó la autocompasión que llegó a atraparlo y a alimentarse de cada episodio de su vida. A una edad muy temprana desarrolló la costumbre de contar lo que llamaba su “historia” a fin de despertar compasión, en especial la de mujeres de buena cuna. Se llamaba a sí mismo “el más desdichado de los mortales”, hablaba de “el amargo sino que persigue mis pasos.” Sostenía que “pocos hombres han derramado tantas lágrimas” e insistía: “mi destino es tal que nadie se atrevería a describirlo, y nadie lo creería”.

En realidad, él lo describió a menudo, y muchos lo creyeron, hasta que supieron algo más sobre su personalidad. Aún entonces, con frecuencia quedaba un resto de compasión. Madame d’Epinay, una protectora a la que trató abominablemente, dijo después de desengañarse: “Todavía me siento conmovida por la manera sencilla y original en que relataba sus infortunios.” Era lo que en los ejércitos llaman un veterano, un avezado estafador psicológico. No nos sorprende descubrir que de joven escribía cartas suplicantes, una de las cuales aún se conserva. La dirigió al gobernador de Saboya y en ella reclama una pensión con la excusa de que sufre una espantosa enfermedad desfigurante y pronto morirá.¹⁸

Tras la autocompasión había un egoísmo arrollador, el sentimiento de que era completamente diferente a los demás hombres tanto por sus sufrimientos como por sus virtudes. Escribió: “¿Qué pueden tener en común vuestras desgracias con las mías? Mi situación es única, nunca se dio nada igual en toda la historia del mundo...” En la misma vena, “Aún no ha nacido la persona que pueda amarme como yo amo.” “Nadie tuvo jamás mayor capacidad para amar.” “Nací para ser el mejor amigo que jamás haya existido.” “Dejaría esta vida con aprensión si llegara a conocer a un hombre mejor que yo.” “Mostradme a un hombre mejor que yo, un corazón más amante, más tierno, más sensible...” “La posteridad me honrará... porque es lo que me corresponde.” “Me regocijo de mí mismo” “consuelo radica en mi autoestima”. “... Si hubiera tan sólo un gobierno ilustrado en Europa, me hubiera erigido estatuas”.¹⁹ No sorprende que Burke declarara: “La vanidad era el vicio que poseía a un extremo rayano casi en la locura.”

Parte de la vanidad de Rousseau era considerarse incapaz de emociones bajas. “Me siento demasiado superior para odiar.” “Me amo demasiado para poder odiar a alguien.” “Nunca he conocido las pasiones odiosas, jamás tuvieron cabida en mi corazón los celos, la maldad, la venganza,... en ocasiones la ira, pero nunca soy ladino y nunca guardo rencor.” En realidad solía guardar rencores y era taimado para mantenerlos vivos. Los hombres de daban cuenta. Rousseau fue el primer intelectual en proclamarse, repetidas veces, el amigo de toda la humanidad. Pero amando como amaba a la humanidad en general, desarrolló una fuerte propensión a pelearse con seres humanos en particular. Una de sus víctimas, su ex amigo el doctor Tronchin, de Ginebra, se quejó: “¿Cómo es posible que el amigo de la humanidad ya no sea el amigo de los hombres, o lo sea en muy pequeña medida?” Al replicar, Rousseau defendió su

¹⁷ J.Y.T. Greig (ed.) *Letters of David Hume* (Oxford, 1953) vol. II, pág. 2.

¹⁸ Huizinga, págs. 15-16

¹⁹ Estos *obiter dicta* y mucho otros similares están recopilados en Huizinga.

derecho a de administrar reprimendas a quienes lo merecían: “Soy amigo de la humanidad, y los hombres se encuentran en todas partes. El amigo de la verdad también encuentra hombres malévolos en todas partes, y no necesito ir muy lejos.”²⁰ Al ser un egoísta Rousseau tendía a equiparar la hostilidad hacia él con la hostilidad hacia la verdad y la virtud en cuanto tales. De ahí que nada fuera demasiado malo para sus enemigos: la existencia de éstos le daba sentido a la doctrina del castigo eterno: “No soy feroz por naturaleza”, le dijo a Madame d’Epinay, “pero cuando veo que no hay justicia en este mundo para estos monstruos, me gusta pensar que hay un infierno esperándolos”²¹

Ya que Rousseau era vanidoso, egoísta y peleador, ¿cómo pudo ser que tantas personas estuviesen dispuestas a ser sus amigos? La respuesta a esta pregunta nos lleva al meollo de su personalidad y de su significado histórico. En parte por accidente, en parte por instinto, en parte deliberadamente, fue el primer intelectual en explotar sistemáticamente el sentimiento de culpa de los privilegiados. Y lo hizo, además, de una forma enteramente nueva, por el uso sistemático de la grosería. Fue el prototipo de esa figura característica de la edad moderna, el Joven Iracundo. Por naturaleza no era antisocial. En realidad desde una edad temprana quiso brillar en sociedad. En especial quería las sonrisas de las mujeres de sociedad. “Las costureras”, escribió, “las criadas, las vendedoras de tienda no me tentaban. Necesitaba damas jóvenes.” Pero era un provinciano cabal e incorregible, en muchos sentidos pesado, de malos modales. Sus intentos iniciales por entrar en sociedad en la década de 1740 haciendo su mismo juego fueron fracasos totales; su primera tentativa de obtener los favores de una mujer casada fue un desastre humillante.²²

Sin embargo, cuando el éxito de su ensayo le reveló las ricas recompensas a obtener por jugar la carta de la naturaleza, invirtió sus tácticas. En vez de ocultar su pesadez, la destacó. Hizo de ella una virtud. Y la estrategia resultó. Entre los miembros mejor instruidos de la nobleza francesa, a quienes el viejo sistema de los privilegios de clase les hacía sentirse cada vez más incómodos, ya era habitual cultivar a los escritores como talismanes contra ese mal. El crítico social contemporáneo C.P. Duclos escribió: “Entre los grandes señores hasta aquellos que en realidad no gustan de los intelectuales simulan hacerlo, porque está de moda”. La mayoría de los escritores así favorecidos buscaron imitar a sus superiores. Al hacer lo contrario, Rousseau se convirtió en un invitado mucho más interesante, y por ello deseable, de sus salones; un Salvaje de la Naturaleza u “Oso”, como gustaban llamarle, brillante e inteligente en grado sumo. Deliberadamente destacaba el sentimiento en oposición a la convención, el impulso del corazón antes que los buenos modales. “Mis sentimientos”, dijo, “son tales que no deben ser disfrazados. Me dispensan de ser cortés.” Admitía que era “tosco, desagradable y grosero por principio. No doy dos centavos por vuestros cortesanos. Soy un bárbaro. “O de nuevo: “Tengo cosas en mi corazón que me absuelven de ser bien educado.”²³

Este enfoque iba muy bien con su prosa, que era mucho más sencilla que los pulidos períodos de la mayoría de los escritores contemporáneos. Su espontaneidad convenía admirablemente a su tratamiento franco del sexo (*La nouvelle Héloïse* fue una de las primeras novelas en mencionar prendas tales como los corsés de mujer). Rousseau subrayaba su rechazo visible por las normas sociales con una simplicidad estudiada y un descuido en el vestir que con el tiempo se convirtió en la característica de

²⁰ Crocker, vol. II *The Propheti Voice*, 1758-1783 (Nueva York, 1973) págs. 28-29

²¹ P.M.Mason, *La Religion de Jean Jacques Rousseau* (3 vols., Paris 1916)

²² Crocker, vol. I págs. 146-47

²³ P.Duclos: *Considérations sur les moeurs de ce si siècle* (Londres, 1784), citado en Huizinga.

todos los jóvenes románticos. Más adelante anotó: “Comencé mi reforma por la vestimenta.

Abandoné el encaje dorado y las medias blancas y usé una peluca redonda. Abandoné mi espada y vendí el reloj. “Luego siguió el pelo más largo, lo que llamó “mi habitual estilo descuidado con una barba mal afeitada”. Fue el primer intelectual hirsuto. A lo largo de los años estudió una serie de recursos de sastrería para atraer sobre sí la atención pública. Allan Ramsay lo pintó en Neuchâtel vistiendo una túnica Armenia, una especie de caftán. La usaba hasta para ir a la iglesia. Los lugareños pusieron objeciones al principio, pero al final se acostumbraron y con el tiempo se convirtió en un distintivo de Rousseau. Durante su célebre visita a Inglaterra la llevó en el teatro Drury Lane, y se mostró tan ansioso por responder a los aplausos de la muchedumbre que la señora Garrick tufo que aferrarse a la túnica para evitar que se cayera del palco.²⁴

Conscientemente o no logró promocionarse muy bien: sus excentricidades, sus rusticidades en sociedad, su extremismo personal, hasta sus peleas, atarían una atención enorme y eran indudablemente parte de su atractivo tanto para sus protectores aristocráticos como para sus lectores y los adictos a su culto. Es un hecho significativo, como veremos, que las relaciones públicas personales habían de convertirse, gracias en buena medida a peculiaridades de la vestimenta y el aspecto, en un factor importante del éxito de numerosos líderes intelectuales. Rousseau abrió rumbos en éste como en muchos otros aspectos. ¿Quién puede decir que estaba equivocado? La mayoría de las personas se resisten a las ideas, en especial si son nuevas. Pero se sienten fascinadas por la personalidad. Una personalidad extravagante puede contribuir a dorar la píldora e inducir al público a fijarse en obras que tratan sobre las ideas.

Como parte de su técnica para asegurarse publicidad, atención y favor, Rousseau, que distaba de ser un mal psicólogo, hizo una virtud del más repelente de los vicios, la ingratitud. Para él no era ningún defecto. Si bien profesaba la espontaneidad, en realidad era un hombre calculador; y como se persuadió a sí mismo de que en el moral era literalmente el mejor de los seres humanos, se seguía lógicamente que los otros era aún más calculadores, y por peores motivos, que él. Por lo tanto en cualquier trato que tuviesen con él buscaría aprovecharse, y por eso debía esforzarse para ganarles de mano. La base sobre la cual negociaba con otros era entonces muy simple: ellos daban, él tomaba. Reforzaba esto con un argumento audaz: debido a su carácter único, cualquiera que le ayudara en realidad se hacía un favor a sí mismo. Estableció el patrón en su respuesta a la cara de la Academia en la que le comunicaban el premio. Su ensayo, escribió, había adoptado la vía impopular de la verdad, “y por vuestra generosidad al honrar mi coraje os habéis honrado vosotros mismos aún más. Si, Caballeros, lo que habéis hecho por mi gloria es una corona de laureles añadida a la vuestra.” Utilizó la misma técnica cuando la fama le trajo ofrecimientos de hospitalidad; en realidad se hizo carne en él. Primero insistió en que esa benevolencia no era más que lo que le correspondía. “Como hombre enfermo tengo derecho a la indulgencia que la humanidad debe a los que padecen dolor”

O: “Soy pobre... y merezco un favor especial.” A continuación prosigue a aceptar la ayuda, lo que hará bajó presión y le resulta muy penoso: “Cuando me rindo a prolongados requerimientos, repetidos una y otra vez, y acepto un ofrecimiento, lo hago para lograr paz y tranquilidad antes que por mi propio beneficio. No importa cuánto le pueda costar al dador, en realidad quede en deuda conmigo... porque a mí me cuesta más.” Así las cosas, tenía derecho a imponer sus propias condiciones para aceptar, digamos, el préstamo de un *cottage omé* o un pequeño *château*. No tomaba sobre sí

²⁴ Crocker vol.II págs. 208,265-302

ningún tipo de obligaciones sociales, puesto que “mi ideal de felicidad es...nunca hacer nada que no desee hacer.” Por lo tanto le escribe a un anfitrión: “Debo insistir en que me deje en completa libertad.” “Si me causa la menor incomodidad nunca volverá a verme.” Sus cartas de agradecimiento (si se las puede llamar así) podían ser documentos desagradables: “Le agradezco, escribió a alguien, “la visita que me ha permitido hacer, y mi agradecimiento sería más cálido si no se me hubiera hecho pagar un precio tan alto por hacerla.”²⁵

Tal como ha señalado uno de los biógrafos de Rousseau siempre preparaba pequeñas trampas para la gente. Destacaba sus problemas y su pobreza, y luego, cuando le ofrecían ayuda, simulaba una sorpresa ofendida, incluso indignación. Así: “Su propuesta congeló mi corazón. Cómo confunde sus propios intereses cuando trata de hacer de un amigo una ayuda de cámara.” Añade: “No me niego a escuchar lo que desea proponerme, siempre y cuando entienda que no estoy en venta.” Este posible anfitrión así descolocado era entonces inducido a reformular su invitación según las condiciones de Rousseau.²⁶ Una de las habilidades psicológicas de Rousseau era la de persuadir a la gente, y no en menor grado por cierto a sus superiores en la escala social, de que las fórmulas manidas de agradecimiento no entraban en su vocabulario. Es así como escribió al Duc de Montmorency Luxembourg, que le había prestado un *château*: “Ni le alabo ni le doy las gracias, pero vivo en su casa. Cada uno tiene su propio lenguaje; lo he dicho todo en el mío.” La estrategia funcionó a la perfección y la duquesa contestó disculpándose: “No es usted quien debe agradecernos, somos el Mariscal y yo quienes estamos en deuda con usted.”²⁷

Pero Rousseau no estaba dispuesto a llevar una existencia placentera al estilo de Harold Skimpole. Era demasiado complicado e interesante para eso. Junto a su veta de cálculo frío y reflexivo había un elemento real de paranoia que no le permitía llevar una vida fácil de parasitismo egoísta. Se peleaba con ferocidad y por lo general para siempre con prácticamente cualquiera que tuviera trato estrecho con él, y en especial con quienes le ofrecían su amistad; y es imposible estudiar el relato penoso y reiterativo de esta trifulcas sin llegar a la conclusión de que era un hombre mentalmente enfermo.

Esta enfermedad cohabitaba con una mente de una genialidad grande y original, y la combinación era muy peligrosa tanto para Rousseau como para los demás. El convencimiento de poseer una rectitud total era naturalmente un síntoma primario de su enfermedad, y si Rousseau hubiese carecido de talento podría haberse curado solo o, en el peor de los casos, no haber pasado de ser una pequeña tragedia personal.

Pero sus maravillosas dotes como escritor le atrajeron la aceptación, la celebridad, e incluso la popularidad. Para él eso fue prueba de que su convencimiento de que tenía razón no era un juicio subjetivo, sino el del mundo entero, excluidos, claro está, sus enemigos.

Estos enemigos eran en todos los casos ex amigos o benefactores que, bajo el disfraz de la amistad (razonaba Rousseau después de haber roto con ellos) habían buscado explotarle y destruirle. La noción de la amistad desenterrada le era ajena; y como era mejor que los demás hombres y era incapaz de sentir semejante impulso, entonces *a fortiori* no podían sentirlo los demás. En consecuencia, las acciones de todos sus “amigos” eran cuidadosamente analizadas por él desde el comienzo, y en el momento en que daban un paso en falso ya estaba sobre aviso. Se peleó con Diderot, a quien le debía más que a nadie. Se peleó con Grima. Tuvo una ruptura particularmente salvaje y dolorosa con Madam d’Epinay, su benefactora más cálida. Se peleó con

²⁵ Huizinga, págs. 56-57,112

²⁶ W.H.Blanchard, *Rousseau and the Spirit of Revol* (Ann Arbor, 1967) pág. 120

²⁷ Citado en Huizinga pág. 119

Voltaire (esto no era tan difícil). Se peleó con David Hume, que le había aceptado según su propia estimación como un mártir literario, le llevó a Inglaterra donde le preparó un recibimiento de héroe e hizo todo lo que estaba a su alcance para que la visita fuera un éxito y Rousseau se sintiera contento. Hubo docenas de peleas por ejemplo con su amigo ginebrino el doctor Tronchin. Rousseau subrayó casi todas sus peleas importantes con la de composición de una gigantesca carta de reconvencción. Estos documentos se cuentan entre sus obras más brillantes, milagros de habilidad forense en las que la prueba está astutamente instrumentada, la historia rescrita y la cronología enmarañada con soberbia astucia a fin de probar que el destinatario es un monstruo. La carta que escribió a Hume el 10 de julio de 1766 consta de dieciocho folios (equivalentes a veinticinco páginas de texto impreso) y ha sido descrita por el biógrafo de Hume como “coherente con la total coherencia lógica de la locura. Queda como uno de los documentos más brillantes y fascinantes jamás producidos por una mentalidad alterada”²⁸

Rousseau llegó gradualmente a creer que estos actos individuales de enemistad por parte de hombres y mujeres que habían simulado amarle no eran hechos aislados, sino parte de un esquema interconectado. Todos eran agentes de un complot a largo plazo con ramificaciones, para frustrarle, molestarle y hasta destruirle y perjudicar su obra. Después de echar un vistazo atrás sobre su vida decidió que la conspiración se remontaba a los días en que, a los dieciséis años, era lacayo de la *Comtesse* de Vercellis: “Creo que a partir de esa época sufrí la acción malintencionada de intereses secretos que desde entonces siempre me ha frustrado y me ha producido una aversión por el régimen aparentemente responsable de ella.” Los hechos indican que en realidad a Rousseau le trataron bastante bien en comparación de lo que ocurrió con otros intelectuales. Sólo hubo un intento de arrestarle, y el censor en jefe, Maesherbes, por lo general hizo todo lo posible por conseguir que sus obras se publicaran. Pero la impresión que tenía Rousseau de ser la víctima de una red internacional creció, en especial durante su visita a Inglaterra. Se convenció de que en ese momento Hume era el cerebro del complot, con la ayuda de decenas de ayudantes. Llegó a escribirle a Lord Camden, el Lord Canciller, explicando que su vida corría peligro y exigiendo una escolta armada para poder salir del país. Pero no es inusual que los lores cancilleres reciban cartas de locos, y Camden no tomó ninguna medida. El comportamiento de Rousseau en Dover justo antes de su partida fue histérico; subió un barco a la carrera, se encerró en un camarote, saltó sobre un poste y se dirigió a la muchedumbre con la afirmación increíble de que Thérèse era ahora parte del plan y trataba de retenerle en Inglaterra por la fuerza.²⁹

De vuelta en el continente, se le dio por clavar carteles en la puerta de su casa con listas de sus agravios contra distintos sectores de la sociedad que creía unidos en su contra: sacerdotes, intelectuales de moda, el pueblo común, las mujeres, los suizos. Se convenció de que el Due de Choiseul, ministro de relaciones exteriores en Francia, se había hecho cargo en persona de la conspiración internacional y pasaba buena parte de su tiempo organizando la vasta red de gente cuya tarea era hacer desgraciada la vida de Rousseau. Los acontecimientos públicos, como la toma de Córcega de los franceses, para la que él había escrito una constitución, fueron ingeniosamente entretejidos dentro de la saga. Curiosamente, fue a petición de Choiseul como Rousseau produjo para los nacionalistas polacos una constitución similar a la destinada a una Polonia independiente, y cuando Choiseul cayó en 1770, Rousseau se sintió perturbado: ¡otra jugada sinistra! Rousseau afirmó que jamás pudo descubrir el delito originario (fuera de

²⁸ E.C.Mossner. *Life of David Hume* (Austin, 1954) pág. 582-29

²⁹ Crocker vol. II, págs.300-2

su identificación con la verdad y la justicia) por el que “ellos estaban decididos a castigarle. Pero no había duda sobre los detalles del complot: era “inmenso, inconcebible.” “Construirán a mi alrededor un cerco impenetrable de penumbra. Me enterrarán vivo en un ataúd... Si viajo, todo estará preparado por anticipado para vigilarme dondequiera que vaya. Se pasará el dato a pasajeros, cocheros, posaderos... A lo largo de mi camino se difundirá un horror tal de mi persona que con cada paso que dé, con cada cosa que vea, mi corazón se verá desgarrado.” Sus últimas obras, los *Dialogues avec moi-même* (comenzados en 1772) y sus *Rêveries du promeneur solitaire* (1776) reflejan esta manía persecutoria. Cuando terminó los dialogues se convenció de que “ellos” planeaban destruirlos, y el 24 de febrero de 1776 fue a la catedral de *Notre Dame* con la intención de pedir santuario para el manuscrito y depositarlo en el altar mayor. Pero encontró la puerta del coro misteriosamente cerrada con llave. ¡Sinistro!. De modo que hizo seis copias y las depositó supersticiosamente en manos diferentes; una fue a manos de la señorita Brooke Noothby, de Lichfield, la marisabidilla amiga del doctor Johnson, y fue ella quien primero los publicó en 1780. Para ese entonces, naturalmente, Rousseau ya había ido a la tumba, siempre convencido de que miles de agentes le buscaban.³⁰

Para quien la sufre, el padecimiento mental causado por esta forma de locura es muy real y es imposible no sentir piedad por Rousseau algunas veces. Por desgracia no es tan fácil hacerle a un lado. Fue uno de los escritores más influyentes de todos los tiempos. Se presentó a sí mismo como el amigo de la humanidad y, en especial, como el campeón de los principios de la verdad y la virtud. Fue, y todavía lo es, ampliamente aceptado como tal. Por eso es necesario examinar más de cerca su propia conducta como decidor de la verdad y hombre virtuoso. ¿Qué es lo que encontramos? El tema de la verdad es particularmente importante, porque después de su muerte Rousseau fue más conocido por sus *Confessions*. Estas fueron un esfuerzo autoproclamado por decir, de un modo jamás antes intentado, toda la verdad íntima sobre la vida de un hombre. Este libro era un nuevo tipo de autobiografía ultraveraz, así como la vida del doctor Johnson escrita por James Boswell, publicada diez años después, en 1791, fue un nuevo tipo de biografía ultraexacta.

Rousseau proclamó sin cortapisas la veracidad absoluta de su libro. Durante el invierno de 1770-1771 hizo lecturas públicas del libro, en salons atestados, que duraban de quinde a dieciséis horas, con intervalos para las comidas. Sus ataques a las víctimas eran tan insufribles que una de ellas, Madame d'Épinay, pidió a las autoridades que las hicieran cesar. Rousseau aceptó desistir, pero en la última lectura añadió estas palabras: “He dicho la verdad... Si alguien sabe de hechos que contradigan lo que acabo de decir... (quienquiera) examine con sus propio ojos mi naturaleza, mi carácter, conducta, inclinaciones, placeres, hábitos, y pueda creerme un hombre deshonesto, es él mismo un hombre que merece ser estrangulado.” Esto produjo un silencio impresionante.

Rousseau reafirmó su título como decidor de verdades afirmando tener una memoria soberbia. Lo que es más importante, convenció a los lectores de que era sincero por ser el primer hombre que revelaba detalles de su vida sexual, no con una actitud machista de vanagloria, sino por el contrario, con vergüenza y renuencia. Como dice con razón refiriéndose al “oscuro y sucio laberinto” de sus experiencias sexuales, lo más difícil de contar no es aquello que es criminal, sino aquello que nos hace sentir ridículos y avergonzados.” ¿Pero hasta qué punto era genuina la renuencia? En Turín vagaba cuando era joven por calles oscuras y poco transitadas y exhibía su trasero desnudo a las mujeres: “El placer estúpido que me producía exhibirlo antes sus ojos es indescriptible.” Rousseau era un exhibicionista natura, tanto en lo sexual como en otros

³⁰ *Ibid.*, págs 318-19,339-41

aspectos, y hay un cierto deleite en la forma en que relato su vida sexual. Describe su masoquismo, cómo gozaba al ser zurrado en su trasero desnudo por la estricta hermana del pastor, Mademoiselle Lambercier, portándose mal adrede para provocar el castigo, y cómo también alentaba a una chica mayor, Mademoiselle Groton, a zurrarle: “Yacer a los pies de una ama dominante, obedecer sus órdenes, pedirle perdón, esto era para mí un dulce placer.”³¹ Cuenta cómo, de niño, comenzó a masturbarse. Defiende la masturbación porque evita que los jóvenes contraigan enfermedades venéreas y porque, “Este vicio que el pudor y la timidez encuentran tan conveniente tiene más de un atractivo para las imaginaciones despiertas: les permite someter a todas las mujeres a sus caprichos y hacer que la belleza sirva al placer que los tienta sin obtener su consentimiento.”³²

Relató el intento de un homosexual por seducirlo en el hospicio de Turín³³ Admitió que había compartido los favores de Madame de Warens con su jardinero. Describió cómo fue incapaz de hacer el amor con una chica cuando descubrió que carecía de pezón en un pecho y cómo ella le echó furiosa: “Trasquilas a las mujeres y estudia matemáticas. “Confiesa haber vuelto a la masturbación, ya mayor, como más conveniente que el ejercicio de una vida amorosa activa. Da la impresión, en parte intencionadamente y en parte inconscientemente, de que su actitud hacia el sexo permaneció esencialmente infantil; Madame de Warens, su amante, es siempre “Maman”.

Estas admisiones perjudiciales hacen crecer la confianza en su respeto por la verdad, y la refuerza al narrar otros episodios vergonzosos, no de carácter sexual, que involucran robos, mentiras, cobardía y desertión. Pero en esto había algo de astucia. Sus acusaciones contra sí mismo hacen mucho más convincentes las subsiguientes acusaciones contra sus enemigos. Como señaló furioso Diderot, “Se describe a sí mismo bajo una apariencia odiosa para dar a sus imputaciones injustas y crueles una semblanza de verdad.” Además, las autoacusaciones son engañosas porque en cada acusación crucial la admisión lisa y llana es seguida por una exculpación hábilmente presentada, de modo que el lector termina por simpatizar con él y darle crédito por su honradez sin tapujos.³⁴ Y hay más, las verdades que presenta Rousseau a menudo resultan ser verdades a medias: su sinceridad selectiva es en algunos sentidos el lado más honesto tanto de sus *Confessions* como de sus cartas. Los “hechos” que admite con tanta franqueza a menudo surgen, a la luz de investigaciones modernas, como inexactos, distorsionados o inexistentes. Esto a veces resulta claro simplemente a partir de sus propios textos. Es así como presenta dos relatos completamente distintos de la proposición homosexual, en *Emile* y en las *Confessions*. Su memoria infalible era una fábula. Se equivoca respecto al año de la muerte de su padre y le describe como “de alrededor de sesenta”, cuando en realidad tenía setenta y siete. Miente acerca de casi todos los detalles de su estancia en el hospicio de Turín, uno de los episodios más cruciales de su juventud. Surge gradualmente que ninguna de las afirmaciones de las *Confessions* es de fiar si no está apoyada por pruebas externas. Ciertamente es difícil no estar de acuerdo con uno de sus críticos más modernos más completos, J. H. Huizinga, en que las insistentes afirmaciones de verdad y sinceridad en sus *Confessions* toman sus distorsiones y falsedades particularmente vergonzosas “cuanto más atentamente se leen y releen, cuanto más profundamente se bucea en esta obra, más estratos de ignominia se hacen visibles.”³⁵ Lo que hace tan peligrosa la falta de veracidad de

³¹ *Confessions*, Edición Everyman (Londres 1904) vol. I, pág. 13

³² Ronald Grimsley, J.J. Rousseau: A Study of Self Awareness (Bangor 1961) págs. 55 ss.

³³ *Confessions*, vol. I. págs. 58 ss.

³⁴ Ver el excelente análisis de esta técnica que hace Crocker, vol. I, págs. 57-58.

³⁵ Huizinga, pág. 75.

Rousseau, lo que hizo que sus ex amigos temieran con tanto razón sus invenciones, era la habilidad y lucidez diabólica con que las presentaba.

“Todos estos relatos de sus peleas (como en el episodio veneciano) tiene una fuerza de persuasión, una elocuencia y un aire de sinceridad irresistibles; después los hechos caen como un mazazo.³⁶

Ya basta respecto de la devoción de Rousseau por la verdad. ¿Qué hay de su virtud? Muy pocos de nosotros llevamos vidas que soportarían sin mengua un escrutinio minucioso, y hay algo de mezquino en someter la vida de Rousseau, puesta horriblemente al desnudo por la actividad de miles de estudiosos, a un juicio moral. Pero tendiendo en cuenta sus pretensiones, y más aún su influencia sobre la ética y el comportamiento, no hay alternativa. Era un hombre, decía él, nacido para amar, y enseñó la doctrina del amor con más persistencia que la mayoría de los eclesiásticos. ¿Hasta dónde, entonces, expresó su amor por aquellos que la naturaleza había colocado más cerca de él? La muerte de su madre le privó desde su nacimiento de una vida de familia normal. No podía tener ningún sentimiento por ella, del tipo que fuera, dado que nunca la conoció. Pero no mostró afecto alguno, ni siquiera interés, por otros miembros de su familia. Su padre no significó nada para él, y su muerte fue realmente una oportunidad para heredar. En ese momento revivió la preocupación de Rousseau por su hermano, desaparecido hacía largo tiempo, pero con el único objeto de hacerle certificar por muerto a fin que el patrimonio de la familia pudiera ser suyo. Veía a su familia en términos de efectivo. En las *Confessions* describe: “una de mis contradicciones aparentes: la unión de una avaricia casi sórdida con el mayor desdén por el dinero.”³⁷ En su vida no se encuentra mayor evidencia de este desdén. Cuando se le adjudicó la herencia familiar, describió haber recibido la libranza y, con un supremo esfuerzo de voluntad, haber demorado la apertura de la carta hasta el día siguiente. Entonces: “la abrí con una lentitud deliberada y encontré la orden de pago dentro. Sentí muchos placeres a la vez pero juro que el más agudo fue el de haberme dominado a mí mismo.”³⁸

Si ésta fue su actitud hacia su familia natural ¿cómo trató a la mujer que de hecho se convirtió en su madre postiza, Madame de Warens? La respuesta es: con bajeza. Le había rescatado de la indigencia no menos de cuatro veces, pero luego cuando él prosperó mientras ella caía en la pobreza, hizo muy poco por ayudarla. El mismo dice que cuando heredó la fortuna familiar en los años cuarenta le envió “un poco” de dinero, pero se negó a enviar más porque simplemente se lo hubieran apropiado los “pillos” que la rodeaban.³⁹ Esto era una excusa. Sus peticiones de ayuda posteriores no fueron contestadas. Pasó los dos últimos años de su vida enferma en cama, y su muerte en 1761 pudo deberse a desnutrición. El Comte de Charmette, que conocía a ambos, le fustigó duramente por no “haber devuelto siquiera una parte de lo que le había costado a su generosa benefactora”. Rousseau procedió a ocuparse de ella en sus *Confessions*, con consumada hipocresía, aclamándola como “la mejor de las mujeres y madres”. Alegó que no le había escrito porque no quería hacerla desgraciada contándole sus problemas.

Concluía: “¡Ve, saborea los frutos de tu caridad y prepara para tu discípulo el sitio que espera ocupar algún día a tu lado! Feliz en tus desgracias porque el cielo, al ponerles fin, te ha evitado el espectáculo cruel de las tuyas.” Fue típico de Rousseau tratar esa muerte en un contexto puramente egocéntrico.

³⁶ Crocker, vol.I pág. 340 ss

³⁷ *Confessions*, vol. I, pág. 31

³⁸ *Ibíd.* I pág. 311

³⁹ *Ibíd.*

¿Fue Rousseau capaz de amar a una mujer sin fuertes reservas egoístas? Según su propio relato, “el primer y único amor de toda mi vida” fue Sophie, Comtesse d’Houdetot, cuñada de su benefactora Madame d’Epinay. Quizá la amara, pero dice que “tomó la precaución” de escribir sus cartas de amor de una forma tal que su publicación fuera tan perjudicial para ella como para él. De Thérèse Levasseur, la lavandera de veintitrés años a la que hizo su amante en 1745 y permaneció a su lado treinta y tres años hasta que él murió, dijo que “nunca sentí el menor rastro de amor por ella... las necesidades sensuales que satisface con ella eran puramente sexuales y no tenían nada que ver con ella como individuo” “Le dijo”, escribió, “que nunca la dejaría y que nunca me casaría con ella.” Un cuarto de siglo después llevó a cabo con ella un pseudo matrimonio ante unos pocos amigos, pero aprovecho la ocasión para hacer un discurso sentencioso en el que declaraba que la posteridad le erigiría estatuas y que “Entonces no será un honor vació el haber sido amigo de Jean Jacques Rousseau”

En cierto modo por un lado despreciaba a Thérèse como una sirvienta ordinaria y analfabeta, y por otro se despreciaba a sí mismo por juntarse con ella. Acusó a su madre de ser codiciosa y a su hermano de robarle cuarenta y dos camisas finas (no hay prueba alguna de que la familia fueran tan mala como él la pinta). Dijo que Thérèse no sólo no podía leer ni escribir, sino que era incapaz de decir que hora era y no sabía qué día del mes era. Nunca salía con ella, y cuando invitaba gente a cenar no le permitía sentarse a la mesa. Ella traía la comida y él “se divertía a sus expensas”. Para divertir a la Duchesse de Montmorency Luxembourg compiló una lista de sus solecismos. Hasta algunos de sus amigos encumbrados se escandalizaron por la forma despectiva con que la trataba. Los contemporáneos están divididos respecto de ella: algunos la consideraban una chismosa aviesa; los innumerables biógrafos de Rousseau la han pintado con los colores más negros para justificar su conducta mezquina hacia ella. Pero también tuvo o algunos defensores vigorosos.⁴⁰

En realidad, y para hacerle justicia a Rousseau, él también la elogió: “el corazón de un ángel”, “tierna y virtuosa”, “una excelente consejera”, “una muchacha sencilla, sin coqueterías”. La encontraba “tímida y fácil de dominar”. En verdad no está del todo claro si Rousseau la comprendía, probablemente porque estaba demasiado obsesionado consigo mismo para estudiarla. El retrato más fiable de ello lo da James Boswell, quien visitó a Rousseau cinco veces en 1764 y luego acompañó a Thérèse a Inglaterra.⁴¹ La encontró “una muchacha francesa pequeña, vivaz, pulcra”, la sobornó para obtener un mayor acceso a Rousseau, y se las ingenió para extraerle dos cartas que aquél le había escrito (sólo hay una más).⁴² Le revelan a él como afectuoso y a la relación entre ambos como íntima.

Ella le dijo a Boswell: “he estado veintidós años con Monsieur Rousseau. No dejaría mi lugar ni para ser la reina de Francia. “Por otra parte, una vez que Boswell se convirtió en su compañero de viaje la sedujo sin la menor dificultad. El relato paso por paso de la aventura fue eliminado de su diario manuscrito por sus albaceas literarios, quienes marcaron el vacío como “pasaje censurable”. Pero dejaron una oración en la que Boswell había asentado, en Dover: “Ayer por la mañana había ido a la cama muy temprano(al desembarcar) y lo había hecho una vez: trece en total”, y queda lo

⁴⁰ Madame de Charrière escribió *Plainte et défense de Thérèse Levasseur* (París, 1789) en vida de Thérèse. Una enérgica defensa moderna de ella es la tesis doctoral de I.W.Allen, *Thérèse Levasseur* (Universidad de Western Reserve, Cleveland), citada en Crocker, vol. I, pág. 172. Otras obras que tratan la relación de Rousseau con Thérèse incluyen a Claude Ferval, *Jean Jacques Rousseau et les femmes* (París 1934)

⁴¹ Ver F.A. Pottle (ed.), *Boswell on the Grand Tour, Germany and Switzerland 1764* (Londres, 1953) págs. 3213-58

⁴² Incluido *Ibíd.* Págs. 335-37

suficiente de su relato para revelarla como una mujer mucho más sofisticada de lo que la mayoría ha supuesto. La verdad parece ser que estaba dedicada a Rousseau en la mayoría de los aspectos, pero había aprendido del comportamiento de éste a tratarle tal como él la trataba a ella... el afecto más profundo de Rousseau estaba reservado para los animales. Boswell narra una deliciosa escena que presenta a Rousseau jugando con su gato y su perro Sultán. Le dio a Sultán un amor que no podía ofrecer a los seres humanos, y los aullidos de su perro, que llevó consigo a Londres, casi le impidieron asistir a la función especial a beneficio que Garrick había preparado para él en Drury Lane.⁴³

Rousseau conservaba y hasta estimaba a Thérèse, porque ella podía hacer por él lo que los animales no podían: manejar el catéter para aliviar su estrechez, por ejemplo. No toleraba que terceros se entrometieran en sus relaciones con ella: se enfureció, por ejemplo, cuando un editor le envió un vestido, rápidamente vetó un plan que la hubiera provisto de una pensión que podría haberla independizado de él. En especial no permitía que los niños usurparan sus derechos sobre ella, y esto le llevó a cometer su crimen mayor. Ya que una gran parte de la reputación de Rousseau se debe a sus teorías sobre la educación de los niños (más educación es el tema principal, subyacente en su *Discours*, *Emile*, el *Contrat Social* y hasta en la *Nouvelle Héloïse*), es extraño que en la vida real, a diferencia de los escritos, se interesara tan poco por ellos. No hay evidencia alguna de que estudiara a los niños para verificar sus teorías. Afirmaba que nadie gozaba tanto jugando con niños como él, pero la única anécdota que tenemos de él en esa actividad no es tranquilizadora. El pintor Delacroix relata en su *Journal* (31 de mayo de 1824) que un hombre le contó que había visto a Rousseau en el Jardín de las Tullerías: “La pelota de un niño golpeó la pierna del filósofo. Montó en cólera y persiguió al chico con su bastón.”⁴⁴ Por lo que sabemos de su carácter, es improbable que Rousseau pudiera llegar alguna vez a ser un buen padre. Así y todo resulta un golpe muy desagradable saber lo que Rousseau hizo a sus propios hijos.

Thérèse tuvo el primero en el invierno de 1746-47, no conocemos su sexo. Nunca tuvo nombre. Con (dice él) “el mayor esfuerzo del mundo”, convenció a Thérèse de que el bebé debía ser abandonado “para salvar la honra de ella”. Esta “obedeció con un suspiro”. El colocó una nota en clave entre la ropa del niño y le dijo a la comadrona que dejara el bulto en el Hospital des Enfants trouvés. De las otras criaturas que tuvo con Thérèse se deshizo exactamente de la misma manera, sólo que después del primero no se tomó la molestia de insertar una nota en clave.

Ninguno tuvo nombre. Es improbable que alguno de ellos sobreviviera por mucho tiempo. Una historia de esta institución aparecida en el *Mercure de France* en 1746 deja en claro que estaba abarrotada de niños abandonados, a razón de más de 3.000 por año. En 1758 el mismo Rousseau observó que el total había aumentado a 5.082. En 1772 promediaba casi 8.000. Dos tercios de los bebés morían antes de cumplir el año. Un promedio de catorce cada cien sobrevivía hasta los siete años, y de éstos cinco llegaba a la madurez, para convertirse en su mayoría en mendigos y vagabundos.⁴⁵ Rousseau ni siquiera anotó las fechas de nacimiento de sus cinco hijos y nunca mostró interés alguno por enterarse de su destino, salvo una vez en 1761, cuando creyó que Thérèse se estaba muriendo e hizo un intento superficial pronto abandonado de utilizar la clave para averiguar el paradero del primer niño.

Rousseau no podía mantener su conducta en completo secreto, y en varias ocasiones, en 1751 y de nuevo en 1761 por ejemplo, se vio obligado a defenderse en

⁴³ Greig, vol. II, págs. 14-15

⁴⁴ Citado por Crocker, vol. I pág. 186

⁴⁵ *Ibíd.* Págs. 178 ss

cartas privadas. Luego en 1764 Voltaire, enojado por los ataques de Rousseau contra su ateísmo, publicó un panfleto anónimo, escrito bajo el disfraz de un pastor ginebrino, titulado *Le Sentiment des Citoyens*. En él le acusaba abiertamente de abandonar a sus cinco hijos, pero también afirmaba que era un sifilítico y un asesino, y el descargo de todas estas acusaciones hecho por Rousseau fue generalmente aceptado. Sin embargo caviló sobre el episodio, y fue uno de los factores que le llevó a escribir sus *Confessions*, destinadas esencialmente a refutar o atenuar hechos que ya habían tomado estado público. Dos veces en esta obra se defiende en el asunto de los bebés, y vuelve sobre el tema en sus *Reveries* y en varias cartas. En total sus esfuerzos por justificarse, en público y en comunicaciones personales, se extienden a lo largo de veinticinco años y varían considerablemente. Sólo consiguen empeorar las cosas, porque a la crueldad y el egoísmo suman la hipocresía.⁴⁶ Primero culpó al círculo malvado de intelectuales impíos, en el que entonces se movía, de haber metido la idea del orfanato en su cabeza inocente. Además, el tener hijos era un inconveniente. No podía permitirse ese lujo. “¿Cómo podría tener la tranquilidad mental necesaria para mi trabajo con mi buhardilla llena de problemas domésticos y el ruido de los chicos?” Se hubiese visto forzado a rebajarse a trabajos degradantes, “a todos esos actos ignominiosos que me llenan de un horror tan justificado”. “Sé muy bien que ningún padre es más tierno que lo que yo hubiera sido.” “Pero no quería que sus hijos tuviera contacto alguno con la madre de Thérèse: “temblaba ante la idea de confiar los míos a esa familia mal educada”. En lo que se refiere a crueldad, ¿cómo podría alguien de su sobresaliente carácter moral ser culpable de semejante cosa?": fervoroso amor por lo grande, lo verdadero, lo hermoso y lo justo; mi horror por el mal, de cualquier clase, mi total incapacidad de odiar o lastimar o siquiera pensar en ello; la emoción dulce y penetrante que siento ante la vista de todo lo que es virtuoso, generoso y afable; ¿es posible, pregunto, que todo esto pueda convivir en el mismo corazón con la depravación que sin el menor escrúpulo pisotea la más dulce de las obligaciones? ¡No! Lo siento y lo afirmo a gritos, ¡es imposible! Nunca, ni por un momento de su vida pudo Jean Jacques haber sido un hombre sin sentimiento, sin compasión o un padre desnaturalizado.”

Establecida su propia virtud, Rousseau estaba obligado a seguir adelante y defender sus acciones con fundamentos más sólidos. En este punto, casi por accidente, nos lleva al meollo tanto de su propio problema personal como de su filosofía política. Corresponde demorarse en el abandono de sus hijos, no sólo porque es el ejemplo más llamativo de su falta de humanidad, sino porque es parta orgánica del proceso que produjo su teoría de la política y del papel del estado. Rousseau se consideraba un niño abandonado. Nunca creció, sino que permaneció toda su vida como un niño dependiente, recurrió a Madame de Warens como a una madre y a Thérèse como aya. Hay muchos pasajes en sus *Confessions* y más todavía en sus cartas que destacan el elemento infantil. Muchos de los que le trataron (Hume por ejemplo) le veían como a una criatura. Empezaban pensando que era un niño inofensivo que podía ser controlado y descubrían a su propia costa que estaban tratando con un delincuente brillante y salvaje. Dado que, en algunos aspectos los sentimientos de Rousseau eran los de un chico, era una consecuencia natural que no podía criar a sus propios hijos. Algo tenía que ocupar su lugar, y ese algo fue el estado, bajo la forma del orfanato.

En consecuencia, argumentaba, lo que hizo fue un “arreglo bueno y sensato”. Era exactamente lo que Platón había propiciado. A los chicos “les iría mucho mejor al no ser criados con consideraciones, ya que esto les haría más vigorosos.” Serían “más felices que su padre”. “Hubiera deseado”, escribió, “y aún lo deseo, haber sido criado y alimentado como lo han sido ellos.” “Si hubiese podido tener la misma suerte.” En

⁴⁶ Las defensas principales están en *Confesión*, vol. I, págs. 314 ss., vol III, págs.178 ss

resumen, al transferir sus responsabilidades al estado, “pensé que actuaba como ciudadano y padre y me consideré como un miembro de la *República* de Platón.”

Rousseau afirma que cavilar sobre su conducta hacia sus hijos le llevó finalmente a formular la teoría de la educación que expuso en *Emile*. También ayudó claramente a dar forma a su *Contrato Social*, publicado el mismo año. Lo que empezó como un proceso de autojustificación personal para un caso particular -una serie de excusas apresuradas, mal pensadas, para un comportamiento que desde el principio debió reconocer como antinatural- evolucionó gradualmente, a medida que la repetición y una creciente autoestima lo consolidaron como convicciones, hasta convertirse en la proposición de que la educación era la llave del perfeccionamiento social y moral y, por eso, una cuestión que concernía al estado. El estado debe formar la mente de todos, no sólo cuando son niños (como hizo con la de Rousseau en el orfanato) sino como ciudadanos adultos. Por una extraña cadena de infame lógica moral, la iniquidad de Rousseau como padre fue vinculada con su progenie ideológica, el futuro estado totalitario.

La confusión siempre ha rodeado a las ideas políticas de Rousseau, porque fue en muchos aspectos un escritor incongruente y contradictorio (una de las razones por las que la industria Rousseau ha tomado proporciones gigantescas: los académicos viven de resolver “problemas”)

En algunos pasajes de sus obras aparece como un conservador, opositor enérgico de la revolución: “Pensad en los peligros que resultan de movilizar a las masas.” “La gente que hace las revoluciones casi siempre termina por entregarse a seductores que hacen sus cadenas más pesadas que antes.” “No quiero tener nada que ver con conspiraciones revolucionarias que siempre terminan en el desorden, la violencia y el derramamiento de sangre...” “La libertad de toda la raza humana no vale el precio de la vida de un solo ser humano.” Pero sus escritos también abundan en un rencor extremo. “Odio a los grandes, odio su condición, su rigor, su crueldad, sus prejuicios, su mezquindad, todos sus vicios.” Escribió a una gran dama: “Es la clase de los ricos, su clase, la que roba a la mía el pan de mis hijos.” Y admitió tener “un cierto resentimiento contra los ricos y prósperos, como si su riqueza y felicidad hubiesen sido obtenidas a mis expensas.” Los ricos eran “lobos hambrientos que, una vez que han probado carne humana, rechazan cualquier otro alimento.” Sus numerosos y poderosos aforismos, que hacen tan vivamente atractivos a sus libros, en especial para los jóvenes, son de tono extremista. “Los frutos de la tierra nos pertenecen a todos, la tierra misma a ninguno.” “El hombre nace libre y por doquier está con cadenas.” Su artículo “*Economía política*” en la *Encyclopédie* resume la actitud de la clase dirigente: “Me necesitáis porque soy rico y vosotros sois pobres. Hagamos un pacto: os permitirá que tengáis el honor de servirme, a condición de que me deis todo lo que os quede en compensación por el trabajo que me tomaré en mandaros.”⁴⁷

Sin embargo, una vez que comprendemos la naturaleza del estado que Rousseau quería crear, sus ideas comienzan a volverse coherente. Era necesario remplazar la sociedad existente por algo completamente distinto esencialmente igualitario; pero una vez logrado esto, no debía permitirse el desorden revolucionario. Los ricos y los privilegiados, en cuanto fuerza ordenadora, serían remplazados por el estado, personificación de la voluntad general, a quien todos se obligaban por contrato a obedecer. Esa obediencia se tornaría instintiva y voluntaria, ya que el estado, por un proceso sistemático de manejo cultural, les inculcaría la virtud a todos. El estado era el padre, la patrie, y todos sus ciudadanos eran los huérfanos del orfanato paternal. De ahí

⁴⁷ Para el *Testamento General*, etc., ver L.G.Crocker, *Rousseau's Social Contract: An Interpretive Essay* (Cleveland 1968) (No aparece la llamada correspondiente en el texto)

la supuestamente enigmática observación del doctor Johnson, que no se dejó engañar por los sofismas de Rousseau, “El patriotismo es el último refugio de un sinvergüenza.” Es cierto que los ciudadanos-niños, a diferencia de los hijos de Rousseau, originariamente acuerdan someterse al estado-orfanato al entrar libremente en una relación contractual con él. Le dan así, a través de una voluntad colectiva, su legitimidad, y a partir de ese momento no tienen derecho a sentirse constreñidos, ya que, habiendo deseado las leyes, deben amar las obligaciones que éstas imponen.

Pese a que Rousseau habla de la voluntad general en términos de libertad, es esencialmente un instrumento autoritario, un presagio temprano del “centralismo democrático” de Lenin. Las leyes hechas bajo la voluntad general por definición deben tener autoridad moral.

“El pueblo no puede ser injusto cuando se da leyes a sí mismo.” La voluntad general siempre es justa.” Además, si el estado es “bienintencionado” (es decir, si sus objetivos a largo plazo son deseables) la interpretación de la voluntad general puede dejarse sin peligro en manos de los dirigentes porque “saben bien que la voluntad general siempre privilegia la decisión más conducente al interés público”. De ahí que cualquier individuo que se encuentra en oposición a la voluntad general está equivocado: “Cuando la opinión contraria a la mía es la prevaleciente esto simplemente prueba que yo estoy equivocado y que lo que yo creí que era la voluntad general no lo era.” En efecto, “si mi opinión particular hubiese triunfado habría logrado lo opuesto a lo que era mi voluntad, y por lo tanto no habría sido libre.” Aquí estamos casi en la zona fría de *Oscuridad al mediodía* de Arthur Koestler o del “*Newspeak*” de George Orwell.

El estado de Rousseau no es meramente autoritario, es además totalitario, ya que ordena cada aspecto de la actividad humana, incluido el pensamiento. Bajo el contrato social el individuo estaba obligado a “enajenarse, con todos sus derechos, a la comunidad total”(es decir, al estado). Rousseau sostenía que allí había un conflicto insoluble entre el egoísmo natural del hombre y sus obligaciones sociales, entre el Hombre y el Ciudadano. Y eso le hacía desdichado. La función del contrato social, y del estado que lo hizo nacer era reintegrarle al hombre su totalidad. “Haced al hombre nuevo uno, y le haréis de nuevo tan feliz como pueda llegar a ser. Entregadle por entero al estado, o dejadle completamente librado a sí mismo. Pero si dividís su corazón, le partís en dos”. Por lo tanto se debe tratar a los ciudadanos como a niños y controlar su educación y pensamientos, implantando “la ley social en lo profundo de sus corazones”. Entonces llegan a ser “hombres sociales por sus naturalezas y ciudadanos por sus inclinaciones; serán una unidad, serán buenos, serán felices y su felicidad hará la de la república”.

Este procedimiento exigía una sumisión total. La fórmula del juramento original del contrato social para su proyecto de constitución para Córcega reza: “Me uno en cuerpo, bienes, voluntad y todos mis poderes a la nación corsa, otorgándole propiedad sobre mí, sobre mí mismo y todos aquellos que dependen de mí”.⁴⁸ El estado podía así “poseer a los hombres y a todos sus poderes”, controlar todos los aspectos de su vida económica y social, que sería espartana, contraria al lujo y no urbana, no pudiendo la gente entrar en las ciudades sin autorización especial. El estado que Rousseau planeó para Córcega fue en varios sentidos un anticipo de aquel que el régimen de Pol Pot trató realmente de crear en Camboya. Y esto no es del todo sorprendente, puesto que los dirigentes del régimen, educados en París, habían absorbido las ideas de Rousseau. Naturalmente él creía con sinceridad que un estado tal viviría satisfecho, ya que la

⁴⁸ Publicado en C.R. Vaughan (ed.) *The Political Writings of Rousseau* (2 vols. Cambridge, 1915), vol. II pág. 250

gente habría sido educada para que le gustara. No usó la expresión “lavado de cerebro”, pero escribió: “Quienes controlan las opiniones de un pueblo controlan sus acciones.”

“Ese control se establece tratando a los ciudadanos desde su infancia como hijos del estado, educados para verse sólo en su relación con el cuerpo del Estado”. “Porque al no se nada sino gracias a él, no serán nada sino para él”. “Tendrá todo lo que ellos tienen y será todos lo que ellos son.” De nuevo, esto anticipa el núcleo de la doctrina fascista de Mussolini: “Todo en el estado, nada fuera del estado, nada contra el estado”. El proceso de educación era así la clave para el éxito del anejo de la cultura para la aceptación y el éxito del estado. El eje de las ideas de Rousseau era el concepto del ciudadano como hijo y el estado como padre, e insistía en que el gobierno debía tener el control total de la crianza de los niños. Por eso (y ésta es la verdadera revolución que produjeron las ideas de Rousseau) llevó el proceso político al centro mismo de la existencia humana, al convertir al legislador, que es también un pedagogo, en el nuevo Mesías, capaz de solucionar todos los problemas humanos al crear los Hombres Nuevos. Escribió: “Todo depende, en su raíz, de la política. “ La virtud es el producto de un buen gobierno. “Los vicios no son propios tanto del hombre como del hombre mal gobernado.” El proceso político y el nuevo tipo de estado que hace surgir son los remedios universales para los males de la humanidad.⁴⁹ La política lo hará todo. Rousseau preparó el proyecto de las principales ilusiones y locuras del siglo XX.

El renombre de Rousseau en vida, y su influencia después de muerte plantean preguntas inquietantes sobre la credulidad humana, y hasta sobre la propensión humana a rechazar las pruebas que no quiere admitir. La aceptabilidad de lo que Rousseau escribió dependía en gran medida de su estridente pretensión de ser no sólo virtuoso, sino el hombre más virtuoso de su tiempo. ¿Por qué esta pretensión terminó en el ridículo y la ignominia cuando sus debilidades y vicios fueron no sólo de conocimiento público, sino objeto de debate internacional? Después de todo, quienes le atacaron no eran extraños u opositores políticos, sino ex amigos o colaboradores que en su momento hicieron lo indecible por ayudarlo. Sus cargos eran serios y el auto de acusación abrumador. Hume, que una vez le creyó “apacible, modesto, afectuoso, desinteresado y de una sensibilidad exquisita”, decidió, después de una relación más prolongada que era “un monstruo que se veía a sí mismo como el único ser importante del universo”. Diderot, después de una larga relación, lo resumió como “falaz, vanidoso como Satán, desagradecido, cruel, hipócrita y lleno de malevolencia”. Para Grima era “odioso, monstruoso”. Para Voltaire, “un monstruo de vanidad y vileza”. Los más tristes son los juicios vertidos por mujeres de corazón generoso que le auxiliaron, como Madam d’Epinay, y su inofensivo esposo, cuyas últimas palabras a Rousseau fueron, “No me queda nada para vos salvo lástima.” Estos juicios no se basaron en las palabras del hombre, sin en sus actos, y desde esa época, a lo largo de doscientos años, el enorme material desenterrado por estudiosos ha tendido inexorablemente a corroborarlos. Un académico moderno enumera los defectos de Rousseau: era un “masoquista, exhibicionista. Neurasténico, hipocondríaco, onanista, homosexual latente afectado por el típico impulso hacia los desplazamientos repetidos, incapaz de afecto normal o paternal, paranoico incipiente, un narcisista introvertido vuelto insociable por su enfermedad, lleno de sentimientos de culpa, de una timidez patológica, un cleptómano, infantil, irritable y avaro.”⁵⁰

Semejantes acusaciones, y el abundante despliegue de pruebas sobre el que se basan, casi no hicieron mella en la estima que tuvieron y tienen a Rousseau a sus obras

⁴⁹ Sergio Cotta, “*La Position du problème de la politique chez Rousseau*” en *Études sur le Contrat social* de J.J. Rousseau (Paris, 1964) págs. 177-90

⁵⁰ I. W. Allen, citado en Crocker, vol I pág. 356, nota 6

aquellos sobre los que ejerce una atracción intelectual y emocional. En vida, pese a todas las amistades que destruyó, nunca tuvo dificultad alguna en formar otras nuevas y en reclutar nuevos admiradores, discípulos y grandes personajes que le proveyeran de casas, cenas, y el incienso que anhelaba. Cuando murió fue enterrado en la Île des Peupliers en el lago de Ermononville, que se convirtió rápidamente en un sitio de peregrinaje laico para hombres y mujeres de toda Europa. Como el santuario de un santo en la Edad Media. Las descripciones de las payasadas de estos dévots hacen reír: “Caí de rodillas... apreté mis labios contra la fría piedra del monumento... y lo besé repetidamente.”⁵¹ Reliquias tales como su tabaquera y bote de tabaco se conservaban cuidadosamente en “El Santuario”, como se lo conocía. Uno recuerda a Erasmo y a John Colet visitando el gran santuario de Santo Tomás Becket alrededor de 1512 y mofándose de los excesos de los peregrinos. ¿Qué hubiera dicho de “San Rousseau” (como habría de llamarle reverentemente George Sand) trescientos años después de que supuestamente la Reforma acabó con ese tipo de cosas? La veneración continuó mucho tiempo después de que sus cenizas fueran trasladadas al Panteón. Para Kant “su alma tenía una sensibilidad de una perfección inigualada”. Para Shelley era un “genio sublime”. Para Schiller era “un alma que evocaba a Cristo, para quien sólo los ángeles del cielo son compañía apropiada”. John Stuart Mill y George Eliot, Hugo y Flaubert, le rindieron homenaje. Tolstoi dijo que Rousseau y los Evangelios habían sido “las dos grandes y salutíferas influencias en mi vida”. Uno de los intelectuales más influyentes de nuestros propios tiempos, Claude Lévy Strauss, le aclama en *Tristes Tropiques*, su obra más importante, como “nuestro maestro y nuestro hermano... cada página de este libro podría haber sido dedicada a él si no hubiera sido indigno de su gran recuerdo”⁵²

Todo esto es muy desconcertante y sugiere que los intelectuales son tan poco razonables, tan ilógicos y tan supersticiosos como cualquiera. La verdad parece ser que Rousseau fue un escritor de genio, pero irremediabilmente desequilibrado tanto en su vida como en sus ideas. Quien mejor lo resume es la mujer que según él fue su único amor, Sophie d'Houdetot. Vivió hasta 1813, y a una edad muy avanzada dio este veredicto: “Era lo suficientemente feo como para asustarme, y el amor no le hacía más atractivo. Pero era una figura patética y le traté con suavidad y bondad. Fue un loco interesante.”⁵³

⁵¹ Ver Huizinga, Introducción

⁵² En Huizinga hay una lista de los juicios a favor y en contra de Rousseau, págs. 266 ss

⁵³ Citado por Crocker, vol. I, pág. 353: la observación figura en Henri Guillemin, *Un Homme, deux ombres* (Ginebra, 1943) pág. 323

Capítulo 2

SHELLEY O LA CRUELDAD DE LAS IDEAS

El 25 de junio de 1811 un joven de diecinueve años, heredero de una baronía inglesa, escribió a una joven maestra de Sussex: “No soy un aristócrata ni ningún crata en absoluto, pero anhelo con vehemencia que llegue el momento en que el hombre pueda atreverse a vivir de acuerdo con la Naturaleza y la Razón, por ende con la Virtud.¹ La doctrina era Rousseau puro, pero el escritor, el poeta Percy Bysshe Shelley, iba a ir mucho más allá de Rousseau en cuanto a sentar el derecho a guiar a la humanidad que poseen los intelectuales. Tal como Rousseau, Shelley creía que la sociedad estaba totalmente podrida y que el hombre esclarecido tenía el derecho y el deber moral de reconstruirla según principio primigenios con su propio intelecto y sin otra ayuda. Pero también argumentó que los intelectuales, en especial los poetas, a quienes veía como líderes de la comunidad intelectual, ocupaban una posición de privilegio en este proceso. En realidad “los poetas son los legisladores ignorados del mundo”.

Shelley lanzó este reto a favor de sus pares intelectuales en 1821 en un ensayo de diez mil palabras, *Defensa de la poesía*, que se convirtió en la afirmación del objetivo social de la literatura más influyente desde la antigüedad.² La poesía argumentaba Shelley, es algo más que un despliegue de destreza verbal o un mero entretenimiento. Tiene un objetivo más serio que cualquier otra clase de escritura.

Es profecía, ley y conocimiento. El progreso social se logra sólo cuando lo impulsa una sensibilidad ética. Las iglesias debieron haberlo conseguido, pero es obvio que no lo consiguieron. La ciencia no puede proporcionarlo. Tampoco el racionalismo puede ofrecer un objetivo moral por sí solo. Cuando la ciencia y el racionalismo se disfrazan de ética producen desastres morales como el Terror Revolucionario francés y la dictadura napoleónica. Sólo la poesía puede llenar el vacío moral y dar una verdadera fuerza creativa al progreso. La poesía “despierta y amplía la mente misma la convertirla en el receptáculo de mil combinaciones de pensamiento que no había percibido antes. La poesía levanta el velo que cubre la belleza escondida del mundo”. “El gran secreto de la conducta moral es el amor; o una salida de nuestra propia naturaleza y una identificación de nosotros mismos con lo bello que existe en el pensamiento, la acción o la persona, y que no es nuestro. “Lucha contra el egoísmo y el cálculo material. Estimula el espíritu comunitario. “Un hombre, para ser inmensamente bueno, debe imaginar con intensidad y amplitud; debe ponerse en lugar de otro y de muchos otros; debe hacer suyos los dolores y los placeres de su especie. El gran instrumento del bien moral es la imaginación; y la poesía atiende el efecto actuando sobre la causa.” El logro de la poesía es impulsar el progreso moral de la civilización: de hecho la poesía, con su servidora la imaginación y su ambiente natural la libertad, constituyen el trípode sobre el que se apoyan la civilización y la ética. La poesía imaginativa es necesaria para reconstruir la sociedad por entero: “Necesitamos la facultad creadora para imaginar aquello que conocemos; necesitamos el impulso generoso de llevar a la práctica aquello que imaginamos; necesitamos la poesía de la vida”. En verdad Shelley no estaba

¹ P.B.SHELLEY a Elizabeth Hitchener, en F.L.Jones (ed) *Letters of Percy Bysshe Shelley* (2 vol. Oxford, 1964) vol. I págs. 116-417

² Ver texto D.L. Clark (ed.), *Shelley's Prose* (Nuevo México, edición revisada, 1966)

presentando meramente el derecho del poeta a regir; presentaba, por primera vez, una crítica fundamental del materialismo que iba a convertirse en el rasgo central de la sociedad decimonónica. “la Poesía, y el principio del Yo del que el dinero es la encarnación visible, son el dios y la idolatría del dinero del mundo”³

En su poesía, Shelley practico por cierto lo que predicaba. Fue un gran poeta y su poesía puede ser comprendida y gozada en muchos niveles. Pero en el nivel más profundo, el que el propio Shelley se proponía, es esencialmente moral y política. Shelley es el más profundamente volitado de los poetas ingleses; todos sus poemas extensos y muchos de los más breves encierran algún tipo de llamada a la acción social, un mensaje público. El más extenso, *La rebelión del Islam* (casi 5000 versos), se refiere a la opresión, la rebelión y la libertad. Un himno a la belleza intelectual, por la que él entendía el espíritu del bien encarnando la libertad y la igualdad de todos los seres humanos, celebra su triunfo sobre el mal institucionalizado. *Prometeo liberado* tiene como tema la revolución triunfante y a la figura mítica que para Shelley (como para Marx y otros) simboliza al intelectual que guía a la humanidad hacia la utopía en la tierra. *Los Cenci* repite el tema de la rebelión contra la tiranía, lo mismo que *Swellfoot el tirano*, un ataque contra Jorge IV, y *La máscara de la anarquía* un ataque contra sus ministros. En “*Ozimandias*”, un simple soneto, si bien poderosos, celebra la Némesis de la autocracia.

En el poema lírico “*Líneas desde las Colinas Eugénias*” pasa revista a los ciclos de tiranía que rodaba al mundo e invita al lector a unírsele en su virtuosa utopía.⁴ En la “*Oda al viento del oeste*” suplica a los lectores que difundan su mensaje político, que “lleven sus pensamientos muertos por todo el universo” para así “provocar un nuevo nacimiento”, “¡desparramad mis palabras entre los hombres!” “*A una alondra*” reitera la misma actitud con referencia a la dificultad que tiene el poeta para hacerse oír y transmitir su mensaje. La poca difusión que tuvo su obra desilusionó a Shelley, que se desesperaba por lograr que sus doctrinas políticas y morales tuvieran entrada en la sociedad. No es casual que dos de sus poemas más apasionados sean súplicas en las que pide que sus palabras se difundan ampliamente y sean tenidas en cuenta. Shelley, en pocas palabras, fue notablemente poco egocéntrico. Pocos poetas han escrito menos para su satisfacción personal.

¿Pero qué pasa con Shelley, el hombre? Hasta hace muy poco, la opinión generalizada era la que propagó Mary Shelley, su segunda mujer y viuda, que el poeta era un espíritu singularmente puro e inocente, nada mundano, sin astucia ni vicio, dedicado a su arte y al prójimo, si bien para nada político; más bien un niño de enorme inteligencia y excesiva sensibilidad. Esta opinión fue reforzada por algunas descripciones contemporáneas de su aspecto físico; delgado, pálido, frágil, dueño de una frescura juvenil hasta bien entrado en los veinte años. El culto de la ropa bohemia que Rousseau había inaugurado persistió hasta la segunda y tercera generación de intelectuales románticos. Byron no sólo se vestía a la moda levantina u oriental cuando así le venía bien, sino que aun con la ropa europea se tomaba ciertas libertades; no usaba corbatas ostentosas, llevaba el cuello de la camisa abierto y hasta se quitaba la chaqueta y se quedaba en mangas de camisa. Poetas más plebeyos, como Keats, le copiaron este desdén aristocrático por las convenciones incómodas. Shelley también adoptó esta moda, pero le añadió su toque personal: una preferencia por chaquetas y gorras de escolar, a veces demasiado pequeñas para él, pero que convenían especialmente para dar la impresión que deseaba transmitir, de espontaneidad y frescura adolescente, un poco torpe pero encantadora. Gustaba en particular a las damas, como

³ Para un claro análisis del ensayo ver MH Scrivener, *Radical Shelley* (Princeton 1982) pág. 249 ss

⁴ Hay un análisis interesante de estos poemas en Art Young, *Shelley and Non Violence* (La Haya, 1975)

les gustaba el Byron sin cordones ni botones. Ayudó a erigir una imagen persistente si bien mítica de Shelley, que encontró forma casi marmórea en la difundida descripción que hizo de él Matthew Arnold como “un ángel hermoso pero ineficaz que agitaba sus alas luminosas en vano en el vacío”. Esto se encuentra en el ensayo de Arnold sobre Byron, cuya poesía él considera mucho más seria y ponderable que la de Shelley, que tiene el “insanable defecto” de la “insignificancia”. Por el contrario, como persona Shelley era “un espíritu hermoso y encantador” e “inmensamente superior a Byron”.⁵ Es difícil imaginar un juicio más travieso, erróneo en todos sus aspectos, al punto de sugerir que Arnold sabía poco de los dos hombres y no debió de leer la obra de Shelley con atención. Es curioso, sin embargo, que su juicio sobre el carácter de Shelley no difiera mucho del que tenía el propio Byron.

Shelley, escribió Byron, fue “sin excepción el hombre mejor y menos egoísta que jamás haya conocido. Nunca conocí a ninguno que no fuera una bestia si le comparaba con él”. O también: “por lo que sé es el hombre menos egoísta y el más manso: el hombre que más sacrificios ha hecho, de su fortuna y sentimientos, por los demás que cualquier otro que jamás haya conocido”⁶ Byron hizo estos comentarios cuando aún tenía fresco el recuerdo del trágico fin de Shelley y por ende en disposición de nil nisi bunkum. Además, en su mayor parte el conocimiento que tenía Byron de Shelley se basaba en lo que el mismo Shelley le había contado. De todos modos, Byron era un hombre de mundo, un crítico sagaz y un feroz censor de la hipocresía, y su testimonio de la impresión que Shelley dejó a sus contemporáneos bohemios de mente más amplia tienen peso.

La verdad, sin embargo, es fundamentalmente diferente y para cualquiera que venere a Shelley como poeta (como hago yo), turbadora en sumo grado. Surge de una diversidad de fuentes, y entre las más importantes están las propias cartas de Shelley.⁷ Revelan a Shelley como consagrado con sorprendente exclusividad a sus ideales, pero implacable y hasta brutal cuando se trata de deshacerse de alguien que se pone en su camino. Como Rousseau, amaba a la humanidad en general pero a menudo era cruel con los seres humanos en particular. Ardía con un amor violento, pero era una llama abstracta y los pobres mortales que se le acercaban a menudo quedaban chamuscados. Para él las ideas tenían precedencia sobre las personas, y su vida da testimonio de lo crueles que pueden ser las ideas.

Shelley nació el 4 de agosto de 1792 en Field Place, en una gran casa Georgiana cerca de Horsham, en Sussex. No fue, como tantos intelectuales destacados, hijo único. Pero ocupó un lugar que en muchos sentidos es aún más corruptor: el único varón y heredero de una fortuna considerable y de un título, y hermano mayor de cuatro hermanas de dos a nueve años menores que él. Es difícil dar a entender hoy lo que esto significaba a fines del siglo XVIII: para sus padres, y aún más para sus hermanas, era el señor de la creación.

Los Shelley eran una rama joven de una antigua familia y estaban relacionados con el Duque de Norfolk, el gran terrateniente local. Su riqueza, considerable, era reciente y la había hecho el abuelo de Shelley, Sir Bisshe, el primer baronet, que había nacido en Newark, Nueva Jersey, un aventurero del Nuevo Mundo, rudo, duro y

⁵ *Essays in Criticism, Second Series*: Byron, reimpresso en Matthew Arnold, *Selected Prose* (Harmondsworth, 1982) págs. 385-404

⁶ *Byron a John Murray*, 3 de agosto de 1822, a Thomas Moore, 4 de marzo de 1822, ambas en Leslie A Marchan (ed.) *Byron's Letters and Journals* (11 vols., Londres, 1793-82) vol. IX, págs. 119,189-90

⁷ La mejor biografía de Shelley, una obra pionera, es la de Richard Homes, *Shelley: The Pursuit* (Londres, 1974). Debe ser complementada con el ensayo de Homes sobre Shelley en su *Footsteps: Adventures of a Romantic Biographer* (Londres, 1985)

enérgico. No cabe duda de que Shelley heredó de él su ímpetu y su crueldad. Su padre Sir Timothy, que asumió el título en 1815, fue por el contrario un hombre manso e inofensivo que durante muchos años llevó una vida intachable y cumplió con todos sus deberes como Miembro del Parlamento por Shoreham, mientras pasaba gradualmente de ser un whig moderado a convertirse en un tory también moderado.⁸

Shelley tuvo una infancia idílica en la mansión rodeado por padres cariñosos y hermanos que le adoraban. Desde temprano evidenció una pasión por la naturaleza y las ciencias naturales, haciendo experimentos con elementos químicos y globos de fuego, que mantuvo toda su vida.

En 1804, cuando tuvo doce años, le enviaron a Eton, donde permaneció seis años. Debió de trabajar mucho, porque adquirió gran fluidez en latín y griego, y un amplio conocimiento de literatura clásica que conservó toda su vida. Siempre fue un lector ávido y rápido tanto de temas serios como de ficción y, después de Coleridge, el poeta más lector de su tiempo. También fue un alumno prodigio. En 1809, cuando tenía dieciséis años, el doctor James Lind, antiguo médico de la marina, que también dictaba algunas clases en Eton, científico aficionado y radical, le hizo conocer la Justicia política de William Godwin, el texto clave de la izquierda del momento.⁹ Lind también se interesaba por la demonología y alentó en Shelley una pasión por el ocultismo y el misterio: no sólo la ficción gótica que entonces estaba de moda y que Jane Austen ridiculizó con tanto brillo en *La Abadía de Northanger*, sino las actividades en la vida real de los *Illuminati* y otras sociedades revolucionarias secretas.

Los *Illuminati* habían sido oficializados en 1776 por Adam Weishaupt en la Universidad Alemana de Ingoldstadt, como guardianes de la Ilustración racionalista. Su finalidad era iluminar al mundo hasta que (como argumentaba él) “Los príncipes y las naciones desaparezcan de la tierra, sin violencia, la raza humana se convierta en una familia y el mundo sea la morada de los hombres razonables”.¹⁰ En cierto sentido Shelley hizo de esto su objetivo permanente, pero absorbió la literatura iluminista junto con la propaganda agresiva emitida por sus enemigos, en particular el tracto ultra del Abbé Barruel, *Memoirs Illustrating the History of Jacobinism* (*Memorias que ilustran la historia del jacobinismo*), publicado en Londres en 1797-98, que ataca no sólo a los *Illuminati*, sino también a los masones, los rosacruces y los judíos. Este libro repelente fascinó a Shelley durante muchos años y a menudo lo recomendó a sus amigos (Mary, su segunda mujer, lo utilizó cuando escribía *Frankenstein* en 1818). En la mente de Shelley estaba mezclado con muchas novelas góticas que también leyó entonces y más adelante.

Es así que, desde la adolescencia, el enfoque político de Shelley se vio afectado tanto por su afición hacia las sociedades secretas como por la teoría conspirativa de la historia que predicaban el Abbé y los suyos. Nunca se pudo liberar de ella y le impidió comprender realmente la política británica y los motivos y políticas de hombres como Liverpool y Castlereagh, a quienes vio simplemente como la encarnación del mal.¹¹ Casi su primera acto político fue proponer a Leigh Hunt, el escritor radical, la formación de una sociedad secreta de “miembros esclarecidos y sin prejuicios” para resistir “la

⁸ Para Sir Timothy Shelley, ver R.C. Thorne (ed.) *History of Parliament: house of Commons 1790-1820* (Londres 1986), vol. V, Members Q-Y págs. 140-41

⁹ Para la radicalización del joven Shelley ver Homes, págs. 25 ss.; y K.M. Cameron, *The Young Shelley: Genesis of a Radical* (Nueva York, 1950)

¹⁰ N. Mackenzie (ed.), *Secret Societies* (Londres, 1967) pág. 170; Nesta Webster, *Secret Societies and Subversive Movements* (Londres, 1964), págs. 196-268.

¹¹ Marie Roberts, *British Poets and Secret Societies* (Londres, 1986) trata a Shelley en el capítulo 4, págs. 88-101

coalición de los enemigos de la libertad”¹² En realidad muchos conocidos de Shelley nunca vieron su acción política como algo más que una broma literaria, una simple proyección del romance gótico en la vida real. En su novela *Nightmare Abbey* (Abadía de pesadilla), 1818, Thomas Love Peacock satirizó la manía de las sociedades secretas, y retrata a Shelley como Scythrop, quien “ahora se vio afectado por la pasión de reformar al mundo. Construyó muchos castillos en el aire y los pobló con tribunales secretos y bandas de *Illuminati*, que eran siempre los componentes de su proyectada regeneración de la especie humana”.

Shelley fue culpable en parte de esta opinión frívola de su utopismo. No sólo, según su amigo Thomas Jefferson How, insistía en leer en voz alta “con extasiado entusiasmo” un libro llamado *Misterios horribles* a cualquiera que estuviese dispuesto a oírle, sino que también escribió dos novelas góticas él mismo, *Zastrozzi*, publicada durante su último período escolar en Eton, y durante el primer período académico en Oxford, *San Irvyne* o *el Rosacruz*, descartad con justicia por Elizabeth Barrett Browning como “majadería del alumno de internado”¹³

Fue así como Shelley gozó de fama o notoriedad mientras todavía estaba en la escuela, y fue conocido como “el ateo de Eton”. Es importante tomar nota de esto en vista de las acusaciones de intolerancia que hizo más tarde contra su familia. Su abuelo y su padre, lejos de refrenar su producción juvenil, que incluía por cierto la poesía, la alentaron y financiaron su publicación. Según Helen la hermana de Shelley, el viejo Sir Bysshe pagó la publicación de sus poemas de cuando era alumno en Eton. En septiembre de 1810, justo antes de que fuera a Oxford, de nuevo Sir Bysshe pago la impresión de 1500 volúmenes de *Original Poetry by Victor and Cazire* (poesía original de Víctor y Cazire) de Shelley.¹⁴ Cuando Shelley fue a Oxford en el otoño, Timothy, su padre, le llevó a la librería principal, la de Slatter, y les dijo: “Este hijo mío tiene inclinaciones literarias. Ya es un autor y les ruego que se ocupen de imprimir sus caprichos.” En realidad le impulsó a escribir un poema sobre el Partenón para optar a un premio, y le envió material.¹⁵ Es obvio que esperaba poder desviar a Shelley de lo que consideraba fuegos de artificio juveniles y encaminarlo hacia la literatura seria. Financiaba la impresión de las obras de su hijo bajo el compromiso explícito de que, si bien podía expresar sus opiniones antirreligiosas entre sus amigos, no las publicaría, ya que de hacerlo arruinaría su carrera universitaria.

Es indudable que Shelley lo aceptó, pues hay una carta que lo atestigua.¹⁶ Luego procedió a faltar a su palabra de la manera más flagrante y amplia. En marzo de 1811, mientras era estudiante de primera año en el Colegio Universitario de Oxford, escribió un panfleto agresivo en el que exponía sus opiniones religiosas. Su argumento no era ni nuevo ni excesivamente injurioso: derivaba directamente de Locke y de Hume, dado que las ideas, escribió Shelley, emanan de los sentidos, y “Dios” no puede emanar de las impresiones de los sentidos, la creencia no es un acto voluntario, y en consecuencia su falta no puede ser un delito criminal. A este deslucido ejemplo de sofística le puso el incitante título de *La necesidad del ateísmo*, lo que imprimió, lo puso en las librerías de Oxford y envió ejemplares a todos los obispos y a todos los decanos de la Universidad. En pocas palabras, su comportamiento fue una provocación deliberada y las autoridades universitarias reaccionaron tal como era de esperar: lo expulsaron. Timothy Shelley

¹² Shelley, *Letters*, vol. I, pág. 54; Paul Dawson, *The Unacknowledged Legislator: Shelley and Politics* (Oxford, 1980), págs. 157. ss.

¹³ Sylvia Norman, *The Flight of the Skylark: The Development of Shelley's Reputation* (Londres, 1954), pág. 162

¹⁴ Thomas Jefferson How. *Life of Shelley*, que cita a Helen

¹⁵ Homes, págs. 50-51

¹⁶ *Ibid.* págs. 50-51

quedó consternado, más aún sobre todo porque había recibido una carta de su hijo en la que le decía que no haría nada de eso. En un hotel de Londres tuvo lugar un encuentro doloroso entre los dos en el que el padre rogó al hijo que dejara de lado esas ideas por lo menos hasta que fuera mayor; el hijo insistió en que para él tenían más valor que la tranquilidad de espíritu de su familia, el padre “reprendió, gritó, juró, y luego volvió a llorar”, mientras Shelley reía a carcajadas, “en un estallido demoníaco”.¹⁷

Esto fue seguido de negociaciones en las que Shelley pedía a su padre una asignación de 200 libras anuales, y la gran sorpresa (en agosto de 1811) de su boda con Harriet Westbrook, de dieciséis años, compañera de colegio de su hermana.

A partir de entonces su relación con la familia quedó destruida. Shelley trató de que primero su madre y luego sus hermanas se pusieran de su lado, pero fracasó. En una carta a un amigo denunció a toda su familia como “un lote de animales fríos, egoístas y calculadores que parecen no tener otro objetivo ni interés en el mundo que el de comer, beber y dormir”.¹⁸ La lectura de las cartas que envió a diversos miembros de su familia resulta extraordinaria: a veces astutas e hipócritas en sus intentos de conseguir dinero, otras crueles, violentas y amenazadoras. Las cartas a su padre van de la súplica hipócrita al insulto, mezclados con una suficiencia insufrible. Por ejemplo, el 30 de agosto de 1811 suplica: “No sé de otra persona a quien recurrir con mayor seguridad de éxito cuando estoy en el infortunio que a usted... tiene la bondad de perdonar los errores juveniles.” El 12 de octubre es desdeñoso: “Las instituciones de la sociedad lo convierten en el Jefe de la Familia, aunque está expuesto a dejarse llevar por el prejuicio y la pasión como los demás, y confieso que es casi natural que mentes inferiores valoren hasta los errores de los que emana su importancia.” Tres días más tarde acusa a Timothy del “recurso cobarde, ruin y despreciable de la persecución... Me ha tratado mal, vilmente. Cuando me expulsaron por ateísmo usted habría preferido que me hubiesen matado en España. El deseo de su consumación es muy parecido al crimen: quizá sea una suerte para mí que las leyes de Inglaterra penen el asesinato, y que la cobardía se achique ante su censura. Le veré en la primera oportunidad... si usted no quiere pronunciar mi nombre, lo pronunciaré yo. No crea que soy un insecto que las injurias pueden destruir... si tuviera suficiente dinero le vería en Londres y le gritaría al oído Bysse, Bysse, Bysse...sí, Bysse hasta dejarle sordo.” Esta no lleva firma.¹⁹

Con su madre fue aún más feroz. Su hermana Elizabeth se había comprometido con Edgard Fergus Graham, amigo suyo. La madre aprobaba el casamiento, pero Shelley no. El 22 de octubre escribió a su madre acusándola de tener una aventura con Graham y de concertar la boda de Elizabeth para disimularla.²⁰ No parece que hubiera ninguna base real para esta carta terrible. Pero ese mismo día le escribió a Elizabeth contándole que la había mandado y pidiéndole que se la mostrara a su padre. En cartas a otros amigos se refirió a “la bajeza y corrupción de su madre”.²¹ La consecuencia fue que llamaron al abogado de la familia, William Whitton, y le dieron instrucciones para que abriera todas las cartas que Shelley mandara a la familia y se ocupara de ellas. Este era un hombre bondadoso que ansiaba reconciliar al padre con el hijo, pero la arrogancia de Shelley acabó por convencerle de que no se podía hacer nada.

Cuando se quejó de que una carta que Shelley había escrito a su madre “no era correcta” (término suave en la circunstancia) éste le devolvió su propia carta después de garabatear en ella: “La carta de William Whitton ha sido concebida en términos que justifican que el Señor P. Shelley se la devuelva para que la lea fríamente. El señor S.

¹⁷ *Ibid.* Págs. 57

¹⁸ Carta a John Williams, en *Letters*, vol. I pág.330

¹⁹ *Ibid.*, Págs., 139-40, 146-47, 148-49

²⁰ *Ibid.* Págs. 155.

²¹ *Ibid.* págs. 156,163

recomienda al señor W. que cuando trata con caballeros (oportunidad que quizá no se le presente a menudo) se abstenga de abrir cartas privadas, o de lo contrario ese descaro tendrá como consecuencia el condigno castigo.”²²

La familia parece que temió la violencia de Shelley. “Si se hubiese quedado en Sussex”, escribió Timothy Shelley a Witton, “habría tenido que contratar un cuerpo de custodia para mi protección. Atemorizó a su madre y hermanas excesivamente y ahora si oyen ladrar a un perro salen corriendo escaleras arriba. Lo único que tiene que decir es que quiere 200 libras anuales”. Tenían además el temor de que Shelley, que ahora llevaba una vida bohemia, de vagabundeo, indujera a una o más de sus hermanas a que se le uniera. En una carta fechada el 13 de diciembre de 1811 intentó que el montero de Field Place le pasara una carta de contrabando a Helen (“recuerde, Allen, que no me olvidaré de usted”) y la misma carta (Helen tenía sólo doce años) es claramente sinistra, lo suficiente como para estremecer a un padre y una madre.²³ También ansiaba atraer a Mary, una hermana aún más joven. Shelley fue pronto miembro del círculo de Godwin y se trató Mary, su emancipada hija, cuya madre era Mary Wollstonecraft, la dirigente feminista, y con su media hermana Claire Clairmont, más desprejuiciada aún. Durante toda su vida de adulto Shelley quiso rodearse insistentemente de mujeres jóvenes con las que hacía vida en común y eran compartidas, por lo menos en teoría, por cualquier hombre que perteneciera al círculo. Sus hermanas le parecían candidatas naturales para semejante menaje. En particular porque entendía que su deber moral era ayudarlas a escaparse del odioso materialismo de la casa paterna. Tenía un plan para secuestrar a Elizabeth y Helen de su internado en Hackney: envió a Mary y Claire a inspeccionar el lugar.²⁴ Por fortuna todo quedó en nada. Pero Shelley no se habría detenido ante el incesto. El tema lo fascinaba tanto como a Byron. No fue tan lejos como Byron, que se enamoró de su media hermana, Augusta Leigh; pero Laon y Cythna, el héroe y la heroína de *La rebelión del Islam*, su largo poema, eran hermano y hermana hasta que los impresores lo objetaron y obligaron a Shelley a hacer algún cambio; también lo fueron Selim y Zuleika en *La novia de Abydos* de Byron.²⁵ Shelley, lo mismo que Byron, siempre consideró que estaba exento a perpetuidad de las reglas normales de conducta sexual.

Esto les hizo la vida difícil a las mujeres con las que se trataba. No hay ninguna prueba de que a alguna de ellas, con la posible excepción de Claire Clairmont, le gustara la idea de compartir, o tuviera la menor inclinación hacia la promiscuidad bajo alguna forma. Para disgusto de Shelley, todas ellas (como su propia familia) ansiaban una vida normal. Pero el poeta era incapaz de llevarla.

Él crecía en cambio, con el desplazamiento, el peligro y la emoción de cualquier tipo. Parece que necesitaba la inestabilidad y la ansiedad para trabajar. Era capaz de acurrucarse en cualquier parte con un libro o una hoja de papel y dejar salir sus versos. Pasó su vida en habitaciones o casas amuebladas, mudándose, a menudo acosado por acreedores, o centro fijo de los angustiosos dramas personales que se desarrollaban a su alrededor. Pero seguía trabajando y produciendo. Era un lector incansable. Su producción fue considerable y en su mayor parte de alta calidad. Pero la existencia *mouvementée* que él encontraba estimulante fue desastrosa para los demás, y sobre todo para Harriet, su joven esposa.

Harriet era una jovencita de clase media, la bonita, impecable y sumamente convencional, hija de un comerciante próspero. Se enamoró del divino poeta, perdió la

²² Ibid. Págs. 165

²³ Ibid. Págs. 205-6

²⁴ F. L. Jones (ed.) *Mary Shelley's Journal* (Londres, 1947), pág. 17

²⁵ N.I. White, *Shelley* (2 vol., Nueva York, 1940), vol. I, págs. 547-52

cabeza y se fugó con él. A partir de entonces su vida se encaminó inexorablemente al desastre.²⁶ Durante cuatro años compartió la insegura existencia de Shelley, viajando a Londres, Edimburgo, York, Keswick, Gales Norte, Lynmouth, Gales de nuevo, Dublín, Londres y el Valle del Tpámesis. En algunos de esos lugares Shelley se dedicó a actividades políticas ilegales que llamaron la atención de los magistrados y la policía locales, o hasta del gobierno central; en todos se enemistó con los comerciantes que esperaban que les pagaran las cuentas. También antagonizó a los vecinos, alarmados por sus peligrosos experimentos químicos y agraviados por lo que consideraba faltas de decoro de su familia, que generalmente incluía dos o más jovencitas. En dos ocasiones, en el distrito de los Lagos, la comunidad local atacó su casa y se vio obligado a levantar campamento. También huyó de sus acreedores y de la policía.

Harriet hizo todo lo que pudo para compartir sus actividades. Le encantó que le dedicara *La reina Mab*, su primer poema largo. Le dio una hija, Eliza Ianthe. Concibió otra criatura, su hijo Charles, pero no la capacidad de fascinarle para siempre. Lo mismo ocurrió con todas las demás mujeres. El amor de Shelley era profundo, sincero, apasionado, en realidad perdurable... pero siempre estaba cambiando de objeto. En julio de 1814 le anunció a Harriet que se había enamorado de Mary, la hija de Godwin, y se fue con ella a la Europa continental (con Claire Clairmont a rastras). La noticia hizo en ella un impacto terrible, una reacción que primero sorprendió y luego ofendió a Shelley. Era uno de esos egoístas sublimes, con una fuerte tendencia moralizadora, que dan por sentado que los demás tienen el deber no sólo de adaptarse a sus decisiones sino de aplaudirlas, y cuando esto no ocurre enseguida se muestran ultrajados.

Las cartas de Shelley a Harriet después de dejarla siguen el mismo modelo de las que enviaba a sus padres, condescendencia que se convierte en un enojo santurrón cuando ella no opina como él. “No es culpa mía”, le escribió el 14 de julio de 1814”, que nunca hayas provocado en mi corazón una pasión plenamente satisfactoria”. Siempre había sido generoso con ella y siguió siendo su mejor amigo. El mes siguiente la invitó a reunirse con él, Mary y Claire en Troyes, “donde por lo menos encontrarás un amigo firme y constante que siempre se preocupará por ti y que nunca lastimará voluntariamente tus sentimientos.

De nadie más puedes esperar esto. Todos son o fríos o egoístas”. Un mes después, al comprobar que esta táctica no servía, se volvió más agresivo: “me considero más meritorio y mejor que cualquiera de tus amigos sólo de nombre... mi principal cuidado ha sido el de abrumarte con beneficios... Aun ahora, cuando una pasión violenta y duradera por otra me lleva a preferir su sociedad a la tuya, estoy siempre ocupado en planear cómo ser verdadera y permanentemente útil para ti... en recompensa por esto no es justo que me hieras con reproches y acusaciones, una afección tan única y singular exige un pago muy diferente.” El día siguiente volvía a lo mismo: “Piensa hasta qué punto desearías que tu vida futura quedara bajo la influencia de mi mente vigilante, si es que todavía confías tanto en mi probada e inalterable integridad como para someterte a las leyes que cualquier amistad crearía entre nosotros.”²⁷

Escribía estas cartas en parte para sacarle dinero a Harriet (a estas alturas todavía le quedaba algo), en parte para ejercer presión sobre ella para que ocultara su paradero actual a sus acreedores y enemigos, y en parte para impedir que consultara a abogados. Están salpicadas de referencias “mi seguridad y comodidad”, Shelley era una persona de excepcional susceptibilidad, que parece que fue por entero indiferente a los sentimientos de los demás (una combinación nada infrecuente). Cuando descubrió que por fin Harriet

²⁶ Ver Louis Scout Boas, *Harriet Shelley: Five Long Years* (Oxford, 1962)

²⁷ Cartas del 14 de julio, 27 de agosto, 15 de septiembre y 16 de septiembre de 1814, en *Letters*, vol. I, págs. 389-90,391-92,394,396

había buscado asesoramiento legal sobre sus derechos, su furia explotó.... “Con este proceder, si en realidad es cierto que tu perversidad ha llegado a este exceso, destruyes tus propios propósitos. El recuerdo de nuestro cariño anterior, la esperanza de que no te hubieses apartado para siempre de la virtud y la generosidad, habrían influido sobre mí aun ahora para concederte mucho más de lo que da la ley. Si después de recibir estas cartas persistes en recurrir a la justicia, será obvio que ya no podré considerarte más que una enemiga, alguien que... ha actuado como el traidor más ruin y despiadado”. Añade: “Fui un idiota al esperar grandeza o generosidad de tu parte”, y la acusa de “egoísmo mezquino y despreciable” y de tratar de “perjudicar a un hombre inocente que lucha con la adversidad”.²⁸ A estas alturas su ofuscamiento en cuanto a su propio comportamiento era total y estaba convencido de que del principio al fin su proceder había sido impecable y el de Harriet imperdonable”. “Estoy profundamente convencido”, escribió a su amigo How, “de que así habilitado seré un amigo más constante, un amante de la humanidad más útil (y) un defensor más ardoroso de la verdad y la virtud.”²⁹

Uno de los muchos rasgos infantiles de Shelley era el de poder mezclar las ofensas más hirientes con peticiones de favores. Es así que después de la carta que escribió a su madre acusándola de adulterio le mandó otra pidiéndole que le hiciera llegar “mi Máquina Galvánica y mi Microscopio Solar”; sus insultos a Harriet iban mezclados con peticiones no sólo de dinero, sino también de ropa: “Necesito medias, pañuelos y las Obras póstumas de la señora Wollstone”. Le decía que, sin dinero, “es inevitable que me muera de hambre...Mi querida Harriet, envíame provisiones de inmediato”.³⁰

No le preguntaba sobre salud, aunque sabía que iba a tener un hijo suyo. De pronto las cartas cesaron abruptamente. Harriet escribió a una amiga: “El señor Shelley se ha vuelto licencioso y sensual a causa enteramente de la Justicia política de Godwin... El mes que viene nacerá mi hijo. No quiere acercarse a mí. No, ahora no le importo nada. Nunca pregunta por mí ni me hace saber cómo le va. En resumen, el hombre que una vez amé ha muerto. Ahora es un vampiro”³¹

El hijo de Shelley, al que Harriet dio el nombre de Charles Bysshe, nació el 30 de noviembre de 1814. No ha sido aclarado si el padre le vio alguna vez. Eliza, la hermana mayor de Harriet, que siempre le fue fiel (y en consecuencia fu objeto de la acerba enemistad de Shelley) estaba decidida a que la criatura no fuera criada por las mujeres bohemias de Shelley. Este a la inversa de Rousseau, no veía a sus hijos como un “estorbo” y luchó activamente para tenerlos con él. Pero, como era inevitable, la batalla legal se resolvió en su contra y los niños quedaron bajo la guarda del juzgado; después de esto perdió todo interés en ellos. La vida de Harriet quedó arruinada. En septiembre de 1816 dejó a los hijos con sus padres y buscó alojamiento en Chelsea. Su última carta fue para su hermana: “El recuerdo de toda tu bondad, que he reciprocado tan pobremente, a menudo ha apesadumbrado mi corazón. Sé que me perdonarás porque no está en ti ser poco generosa o severa con nadie.”³² El 9 de noviembre desapareció. El 10 de diciembre encontraron su cuerpo en la Serpentina, en Hyde Park. El cuerpo estaba hinchado y se dijo que ella estaba embarazada, pero de esto no hay ninguna prueba convincente.³³ Ante la noticia, la reacción de Shelley, que hacía tiempo había hecho circular la falsedad de que él y Harriet se habían separado por acuerdo mutuo, fue ultrajar a la familia de Harriet y crear una maraña de mentiras. “Parece”, le escribió a

²⁸ Carta del 26 de septiembre de 1814, en *Letters*, Vol. I, pág. 403

²⁹ Carta del 3 de octubre de 1814, en *Letters*, vol. I, pág. 403

³⁰ Cartas del 3 y del 25 de octubre de 1814, en *Letters*, vol.I, págs. 400,410

³¹ Carta del 14 de noviembre de 1814, en *Letters*, vol. I, 421

³² *Letters*, vol. I. pág. 520, nota

³³ Ver el relato de la última fase de Harriet en Boas, Capítulo VIII, Págs. 183 ss.

Mary, “que esta pobre mujer, la más inocente en su aborrecida y desnaturalizada familia, fue echada de la casa del padre y bajó los peldaños de la prostitución hasta vivir con un mozo de cuadra, y se mató cuando éste la desertó. No cabe ninguna duda que esa víbora brutal que es su hermana, incapaz de sacar provecho de su conexión conmigo, se ha asegurado la fortuna del viejo, que se está muriendo, ¡al asesinar a esta pobre criatura!... a mí todos me hacen justicia, esto da testimonio de la rectitud y liberalidad de mi conducta con ella”.³⁴ Dos días después a continuación de esto, envió una carta singularmente cruel a la hermana.³⁵

Las mentiras históricas de Shelley quizá se expliquen en parte porque todavía estaba desconcertado por otro suicidio del que habías sido responsable. Fanny Imlay era hijastra de Godwin por un matrimonio anterior de su segunda mujer, tenía cuatro años más que Mary y Harriet la describió como “muy fea y muy razonable”. Shelley trató de conquistarla ya en diciembre de 1812, y le escribió: “Soy uno de esos formidables animales de garras largas llamados hombres, y no es sino después de asegurarle que soy uno de los más inofensivos de mi especie, que me alimento de vegetales y jamás mordí desde que nací, que me atrevo a molestar su atención.”³⁶ Quizá ella figurara en sus planes de establecer una comunidad radical sexualmente compartida: él mismo, Mary, Claire, How, Peacock y Charles Clairmont, el hermano de Claire.

Sea como fuere, Shelley la deslumbró, y Godwin y su mujer creían que ella estaba trágicamente enamorada de él. Entre el 10 y el 14 de septiembre de 1814 estuvo solo en Londres mientras Mary y Claire estaban en Bath, y Fanny le visitó en sus habitaciones por la noche. Es probable que la sedujera allí. Luego él fue a Bath. El 9 de octubre los tres recibieron una carta muy depresiva de Fanny, con sello del correo de Bristol. Shelley fue enseguida a buscarla, pero no la encontró. En realidad, había partido ya para Swansea, y al día siguiente tomó una sobredosis de opio allí, en una habitación de la posada Mackworth Arms. Shelley nunca se refirió a ella en sus cartas, pero en 1815 hay una referencia en un poema (“Su voz tembló en verdad cuando nos separamos”) que le presenta a él mismo (“un joven de cabello cano y ojeroso”) sentado cerca de su tumba. Pero fue sólo una idea; jamás visitó su tumba, que permanece sin nombre.³⁷

En el altar de las ideas de Shelley hubo otros sacrificios. Uno fue el de Elizabeth Hitchener, una joven de Sussex de la clase trabajadora, hija de un contrabandista convertido en mesonero, que gracias a esfuerzos y sacrificio prodigiosos había llegado a ser maestra de una escuela en Hurstpierpoint. Era conocida por sus ideas radicales y Shelley inició una correspondencia con ella. En 1812 Shelley estaba en Dublín predicando la libertad a los irlandeses, que no demostraron entusiasmo. Como le quedó una buena cantidad de material subversivo en las manos, tuvo la brillante idea de mandárselo a la señorita Hitchener para que lo distribuyera en Sussex. Lo embaló en una gran caja de madera pero, típicamente, pagó el envío sólo hasta Holyhead, dando por sentado que de allí lo mandarían a destino y que la señorita Hitchener pagaría al recibirlo. Pero como era de suponer, lo abrieron en el puerto de entrada, el Ministerio del Interior informó y se puso vigilancia a la maestra. Esto terminó con su carrera. Todavía le quedaba su honor. Pero Shelley la invitó a incorporarse a su pequeña comunidad y, pese a los consejos en contra de su padre y sus amigos, ella aceptó. También la convenció de que le prestara 100 libras, probablemente todos sus ahorros.

³⁴ Carta del 16 de diciembre de 1814, *Setter*, vol. I. págs. 519-521. La autenticidad de esta carta fue cuestionada por los apologistas victorianos de Shelley, pero no parece haber motivo para dudar de ella. Ver Colmes, pág. 363 y nota.

³⁵ *Letters*, vol. I. págs. 511-12

³⁶ Carta del 10 de diciembre de 1812, *Letters*, Vol. I, págs. 338

³⁷ Para Fanny Imlay, ver Homes, págs. 347 ss.

En esa etapa la alababa con entusiasmo; "si bien nacida en muy humilde cuna, adquirió durante su juventud una manera de pensar muy profunda y refinada; su mente naturalmente inquisitiva y penetrante, superaba los límites del prejuicio".³⁸ En las cartas que le dirigía la llamaba "mi roca" en su tormenta, "mi mejor genio, juez de mis razonamientos, guía de mis actos, la que me abrió el mejor camino para se útil". Ella era "uno de esos seres que llevan felicidad, reforma, libertad dondequiera que vayan".³⁹ Se reunió con los Shelley en Lynmouth, donde se decía de ella: "Ríe, hable y escribe durante todo el día", y distribuyó los panfletos de Shelley. Pro Harriet y su hermana pronto le tomaron antipatía. El mismo Shelley no era del todo contrario a que existiera cierta tensión competitiva entre sus mujeres. Pero en este caso pronto compartió la desaprobación. Parece que sedujo a la señorita Hitchener durante largas caminatas a lo largo de la costa, pero más adelante sintió aversión hacia ella.

Cuando Harriet y Eliza se pusieron en contra de ella, decidió que debía irse. De todos modos ahora había establecido contacto con la familia de Godwin, cuyas jovencitas le resultaban más excitantes. De modo que la mandó de vuelta a Sussex, para llevar adelante la causa allí, con la promesa de un sueldo de 2 libras semanales. Pero fue el hazmerreír del lugar, la amante descartada de un caballero. Shelley escribió despectivamente a How: "El Demonio Marrón como llamo a nuestra torturadora y maestra de escuela, debe recibir nuestro estipendio. Lo pago de mala gana pero debe hacerse. Nuestra precipitación imprudente la privó de una situación donde le iba bien; y ahora dice que ha perdido su reputación, se le ha arruinado la salud, y destruido su paz espiritual, todo gracias a mi barbarie: ¡una víctima total de todos los males, mentales y corporales, que jamás heroína alguna haya sufrido!" Luego no pudo resistirse a añadir: "Esa mujer es una bestia hermafrodita, astuta, superficial y fea." En realidad recibió sólo el primer pago y jamás se le devolvió su préstamo de 100 libras. Así retornó a la oscuridad de la que Shelley la había sacado, una víctima chamuscada por su llama.

Un caso similar, aún más humilde, fue el de Dan Healey, un jovencito de quince años que Shelley trajo a su vuelta de Irlanda como sirviente. Se sabe poco de los sirvientes de Shelley, aunque generalmente tenía tres o cuatro. En una carta a Godwin, Shelley defendió su vida ociosa, sobre la base de que "si trabajara en el telar o el arado, y mi mujer en la cocina y en las tareas de la casa, tal como está constituida la sociedad, pronto nos convertiríamos en seres muy diferente y "añadiría, "menos útiles para nuestra especie"⁴⁰ De modo que tenía que haber sirvientes, pudiera Shelley pagarles o no. Era usual que empleara a gente de la localidad a sueldos muy bajos, pero Dan era diferente, porque le había sido útil a Shelley en Dublín para pegar carteles ilegales, en el verano de 1812 de nuevo le utilizó en Linmouth para pegar carteles en paredes y cobertizos. A Dan se le dijo que si las autoridades le interrogaban tenía que hablar de que "había encontrado a dos caballeros en el camino". El 18 de agosto le arrestaron en Barnstaple y contó su historia. Esto no le sirvió de nada. Le declararon curable bajo la Ley del 39 George III c79 y fue sentenciado a pagar multas por un total de 200 libras o, en su defecto, seis meses de prisión. En vez de pagar la multa como todo el mundo esperaba (incluso las autoridades), Shelley se escapó pidiendo prestados 29 chelines a su sirvienta y 3 libras a un vecino para poder escapar.* De modo que Dan fue a la cárcel. Cuando salió volvió al servicio de Shelley, pero le despidieron seis meses después; el motivo formal fue que su conducta carecía ahora de "principios" (pudo haber adquirido

³⁸ Carta a Godwin, *Letters*, vol. I, pág. 311

³⁹ *Letters* vol. I Pág. 196

⁴⁰ *Letter*, vol. I págs. 314

* La preocupación que se tomaba Byron por sus sirvientes cuando tenían problemas contrastaba notablemente con la indiferencia de Shelley. Pagó al instante la multa impuesta a su barbudo factótum. G.B. ("tita") Falcieri.

malos hábitos en prisión) pero la verdad era que los Shelley tenían que hacer economías. Se le debían 10 libras de sueldo que nunca cobró.⁴¹ Y así otra víctima magullada volvió a la oscuridad.

Debe presentarse a favor de Shelley que cuando sucedió todo esto él era muy joven. En 1812 sólo tenía veinte años. Cuando abandonó a Harriet y se fugó con María tenía veintidós. A menudo olvidamos qué joven era esta generación de poetas cuando transformaron la literatura del mundo de habla inglesa; qué joven, en verdad, cuando murieron; Kyats tenía veinticinco años, Shelley veintinueve, Byron treinta y seis. Cuando Byron, después de abandonar Inglaterra definitivamente, conoció a Shelley en la costa del Lago de Ginebra el 10 de mayo de 1816, todavía tenía sólo veintiocho, Shelley veinticuatro; Mary y Claire apenas dieciocho. Frankenstein, la novela que Mary escribió a la orilla del lago durante las largas noches del principio de ese verano, fue, se podrá decir, la obra de una estudiante. Sin embargo, si bien en un sentido eran criaturas, también eran adultos que rechazaban los valores del mundo y ofrecían sistemas alternativos propios, en cierta medida como los estudiantes de la década de 1960. No se consideraban a sí mismos tan jóvenes como para no poder asumir responsabilidades o tener que exigir la indulgencia debida a la juventud, muy al contrario. Shelley en particular insistía en la gran seriedad de su misión en el mundo. Desde el punto de vista intelectual maduró con gran rapidez. La reina Mab, poema de gran efectividad, aunque aún juvenil en algunos aspectos, fue escrito cuando Shelley tenía veinte años y publicado al año siguiente. A partir de 1815-16 en adelante, cuando estaba por promediar los veinte, su obra se aproximaba a su cenit. En esta etapa demostró no solo una gran amplitud de lectura, sino también una gran profundidad de pensamiento. No cabe duda de que Shelley tenía un gran cerebro, sutil y sensitivo además. Y, joven como era, había aceptado los deberes de la paternidad.

Observemos ahora a sus hijos. En total tuvo siete, de tres madres distintas. Los primeros dos, Ianthe y Charles, le nacieron a Harriet y estuvieron bajo la guarda de la justicia. Shelley protestó amargamente contra esta medida y perdió, en parte porque algunas de las opiniones que había vertido en La Reina Mab horrorizaron al tribunal; él interpretó que se trataba de un intento ideológico para que abandonara sus objetivos revolucionarios.⁴² Después de la decisión en contra siguió cavilando sobre la injusticia y odiando al Lord Canciller Eldon, pero ya no demostró más interés por sus hijos. La decisión del tribunal le obligaba a un pago trimestral de 30 libras para los niños, que vivían con padres adoptivos, que se deducían directamente de su asignación. Nunca hizo uso del derecho de visita que el tribunal le había concedido. Nunca les escribió, aunque Ianthe, la mayor, ya tenía nueve años cuando él murió. No preguntaba cómo estaban, salvo formalmente, y la única carta dirigida al padre adoptivo, Thomas Hume, de fecha 17 de febrero de 1820, menciona esencialmente sus propios agravios y es un documento despiadado.⁴³ No hay ninguna otra referencia estas criaturas en las otras cartas o diarios que se conocen. Parece que los desterró de su mente, aunque hacen una aparición fantasmal en su poema autobiográfico *Epipsychidion* (que descarta a Harriet como “el planeta de esa hora”):

*Marcados como bebés mellizos, hermana y hermano,
Esperanzas errabundas de una madre abandonada.*

⁴¹ Holmes, pág. 216

⁴² *Letters*, vol. I, pág. 530

⁴³ *Letters*, vol. II, págs. 264-65

Con Mary tuvo cuatro hijos, de los que tres murieron; su hijo Percy Florence, que nació en 1819, fue el único que sobrevivió para continuar la familia. La primera criatura de Mary, una niña, murió en la infancia. El hijo, William, enfermó de gastroenteritis en Roma a los cuatro años; Shelley le atendió durante tres noches consecutivas, pero el niño murió. Los esfuerzos de Shelley fueron quizá inducidos en parte por el sentimiento de culpa que le había dejado la parte que desempeñó en la muerte de su hija Clara, un bebé todavía, el año anterior. En agosto de 1818 Mary y la niña estaban gozando de un fresco relativo en el lugar veraniego Bagni de Lucca. Shelley que estaba en Este, en las colinas más arriba de Venecia, insistió en que Mary y la nena se reunieran con él de inmediato, un viaje espantoso de cinco días en la estación más cálida del año. Shelley no sabía que la pequeña Clara estaba mal ya antes de comenzar el viaje; pero a su llegada estaba obviamente enferma y su estado no mejoró. Pese a ello, a las tres semanas, y otra vez exclusivamente para su propia conveniencia (estaba excitado por sus intercambios de opiniones radicales con Byron), envió instrucciones perentorias a Mary de reunírsele con la nena en Venecia. La pobre Clara, según la madre, estaba “en un estado de debilidad y fiebre extremas”, y el viaje duró desde las 3.30 de la mañana hasta las 5 de la tarde en un día tórrido. Cuando llegaron a Papua era evidente que Clara estaba muy enferma; Shelley insistió en que siguieran hasta Venecia. Durante el viaje, Clara sufrió “movimientos convulsivos de la boca y los ojos”; murió a la hora de haber llegado a Venecia.⁴⁴ Shelley confesó que “este golpe inesperado “(previsible sin duda alguna) había llevado a Mary a “una especie de desesperación”; fue una etapa importante en el deterioro de la relación entre ellos.

Ese invierno llegaron a otra etapa cuando en Nápoles nació una hija ilegítima de Shelley, que bautizaron en el nombre de Elena. El registró a la criatura como suya y dio el nombre de la madre como May Godwin Shelley. Por cierto su esposa no era la madre; Poco después Paolo Foggi, un antiguo sirviente que estaba casado con Elise, la niñera de sus hijos, comenzó a chantajearle, basando sus amenazas en que Shelley había hecho una declaración criminalmente falsa al declarar a Mary como la madre. Es posible que Elise fuera la madre. Pero hay muchos argumentos fuertes en contra de esto. La propia Elise tenía una historia distinta. En 1820 le contó a Richard Poner, Cónsul Británico en Venecia, que hasta entonces había tenido una alta opinión de Shelley a pesar de su reputación, que el poeta había dejado en el Hospital de Huérfanos de Nápoles una niña que había tenido de Claire Clairmont. Poner quedó asqueado por la conducta de Shelley, y cuando se lo confió a Byron, éste le contestó: “De los hechos sin embargo no puede haber duda alguna; es típico de ellos”.⁴⁵ Estaba al tanto de todo lo que concernía a Shelley y Claire Clairmont. Ella era la madre de su propia hija ilegítima Allegra.

Se había propuesto conquistarle en la primavera de 1816, antes de que él se fuera de Inglaterra. Byron, que tenía algunos escrúpulos en cuanto a seducir a una virgen, se había acostado con ella en cuanto le dijo que ya lo había hecho con Shelley.⁴⁶ Tenía una opinión muy pobre de la moral de Claire, ya que ella, en efecto, no sólo le había seducido, sino que le había ofrecido procurarle también a Mary Shelley⁴⁷ ésa era una de las razones por las que no le permitió criar a Allegra, aunque separarla de su madre fue fatal para la criatura. Byron estaba seguro de que Allegra era su hija y no de Shelley, ya que sabía que en ese tiempo ella no tenía relaciones sexuales con Shelley. Pero era

⁴⁴ Holmes, págs. 442-47, ver también Ursula Orange: “Shuttlecocks of Genius”, Keats-Shelley Memorial Bulletin, CLIXV

⁴⁵ Ver cartas de Byron a Hoppner, 10 de septiembre y 1 de octubre de 1820, en *Byron's Letters and Journals*, Vol. 7, págs. 174-191

⁴⁶ Byron a Douglas Kinnaird, 20 de enero de 1817, en *Byron's Letters and Journals*, vol. 5, págs. 160-62

⁴⁷ Claire Clairmont a Byron, 6 de mayo de 1816, *Manuscritos Murria*, citado en Doris Langley Moore, Lord Byron; *Accounts Rendered* (Londres, 1974), Págs. 302

obvio que creía que habían retomado su amorío intermitente cuando Mary viajó. Elena fue el resultado. Los defensores de Shelley han ofrecido diversas explicaciones, pero que era hija de Claire-Shelley es de lejos la más probable.⁴⁸ Mary quedó desconsolada por el episodio: nunca le había gustado Claire y le fastidiaba su presencia continua en la casa. Si la criatura se quedaba con ellos Claire se convertiría en miembro permanente del hogar, y era posible que retomara su aventura con Shelley. En respuesta a la aflicción de Mary, Shelley decidió abandonar a la criatura y, siguiendo el ejemplo de su héroe, Rousseau, utilizó el orfanato. No es de extrañar que el bebé muriera allí a los dieciocho meses, en 1820. El año siguiente, sin tener las críticas de Shelley y otros, en una carta que le escribió a Mary, Shelley resumió todo este asunto en una frase insensible y reveladora: “Prestamente recuperaré la indiferencia que merecen ampliamente las opiniones de cualquier cosa o cualquier persona a excepción de nuestra propia conciencia.”⁴⁹

¿Shelley era entonces promiscuo? Por cierto en el mismo sentido que Byron, que afirmó en septiembre de 1818 que en dos años y medio había gastado más de 2.500 libras en mujeres venecianas y se había acostado “por lo menos con doscientas de una clase y otra, o quizá con más”; y más adelante dio una lista de veinticuatro amantes por su nombre.⁵⁰ Por otra parte, Byron en cierto modo tenía un sentido del honor más refinado que Shelley; nunca fue taimado ni hipócrita. Shelley escribió al reformista sexual y feminista J.H.Lawrence: “Si hay un crimen enorme y desolador del que me estremecería ser acusado, es la seducción.”⁵¹ Esta fue su teoría; pero no su práctica. Además de los casos ya mencionados, hubo también una aventura amorosa con una italiana de buena familia, Emilia Viviani; a Byron se lo contó todo, pero añadió: “por favor, no menciona nada de lo que le he contado, porque esto no se sabe y Mary podría fastidiarse mucho.”⁵² Shelley parece que deseó que una mujer diera estabilidad y comodidad a su vida, y le permitiera seguir con sus amoríos; en recompensa él (por lo menos en teoría) permitiría la misma libertad a su mujer. Un arreglo similar, como veremos, se convertiría en un objetivo recurrente para los principales intelectuales. Nunca dio resultado, por cierto jamás en el caso de Shelley. La libertad que él mismo se tomaba angustió primero a Harriet y luego a Mary; y ella simplemente no querían esa libertad recíproca.

Es evidente que Shelley comentó estas ideas a menudo con Leite Hunt, su amigo radical. Benjamín Robert Haydon, el pintor y periodista, anota que había oído a Shelley “arengar a la señora Hunt y a otras mujeres presentes... sobre la perversidad y el absurdo de la castidad”. Durante el debate, Hunt escandalizó a Haydon a decirle que a él “no le importaría que algún joven, si él estuviera conforme, se acostara con su mujer”. Haydon añadía: “Shelley adoptaba sus propios principios y actuaba según ellos con coraje; Hunt los defendía sin tener la energía de llevarlos a la práctica. Y quedaba satisfecho con una caricia disimulada.”⁵³ Lo que las mujeres pensaban no ha quedado escrito. Cuando Shelley le dijo a Harriet que podía acostarse con su amigo How, ella se negó de plano. Cuando le ofreció la misma posibilidad a Mary, ésta pareció asentir, pero

⁴⁸ La posibilidad de que la madre fuera la niñera, Elise, es defendida por Ursula Orange, “*Elise, Nursemaid to the Shelleys*”, en Keats, *Shelley Memorial Bulletin*, 1955. Richard Colmes, si bien el mejor biógrafo de Shelley no es creíble en este caso, y de hecho adopta dos posiciones diferentes, una en Shelley: *The Pursuit* y otra en *Footsteps*.

⁴⁹ Agosto de 1821, citado por Moore

⁵⁰ Vera las cartas de Byron a J. B. Webster, 8 de septiembre de 1818, y a John Cam Hobhouse y Douglas Kinnaird, 19 de enero de 1819, incluidas en *Byron's Letters and Journals*, Vol. VI, págs. 65,91-92

⁵¹ *Letters* vol. I Pág. 323

⁵² Carta a Byron, 14 de septiembre de 1821, citada por Moore

⁵³ Haydon escribió estos comentarios en el margen de su volumen de *Conversation with Lord Byron* (Ahora en Newstead Abbey, Colección Roe-Byron); citado por Moore, págs. 301-2

finalmente decidió que el hombre no le gustaba.⁵⁴ Las pruebas existentes demuestran que las propias experiencias de Shelley con el amor libre fueron tan furtivas y deshonestas como las de la mayoría de los adúlteros comunes y le enredaron en la maraña usual de ocultamiento y mentiras.

La historia se repite con asuntos de dinero. Eran sumamente complicados y tormentosos, y aquí sólo puedo intentar un breve resumen. En teoría, Shelley no creía en la propiedad privada en absoluto, por no hablar de la herencia y la primogenitura de la que se beneficiaba. Un enfoque filosófico de la reforma dejó sentados sus principios socialistas: “La igualdad de posesiones debe ser el resultado final de los máximos refinamientos de la civilización; es una de las condiciones de ese sistema de sociedad hacia el que es nuestro deber tender, sea cual fuere nuestra esperanza de éxito final.”⁵⁵ Pero mientras tanto era necesario que los hombres privilegiados pero esclarecidos como él se aferraran a la fortuna heredada para promover la causa. Esta iba a ser la autojustificación familiar, de hecho casi universal, entre los intelectuales radicales de fortuna, y Shelley la utilizó para sacarle todo el dinero que pudo a su familia. Desafortunadamente para él, en su primerísima carta a Godwin, su mentor, al presentarse anunció con orgullo: “Soy hijo de un hombre de fortuna, de Sussex.... Soy heredero por vínculo de una fortuna que rinde 6.000 libras anuales”⁵⁶ Al enterarse de esto Godwin debió de aguzar los oídos. No sólo era el filósofo radical más importante, sino también un embrollón financiero genial y uno de los más desvergonzados sablistas que jamás vivió. Cantidades de dinero realmente asombrosas pasa de las manos de amigos bien intencionados a su laberíntico sistema de deudas, sin dejar ningún beneficio. Se apropió del entonces joven e inocente Shelley y no le echó jamás. No sólo tomó el dinero de la familia de Shelley, sino que le contaminó profundamente con todos los trucos miserables de un deudor de principios del siglo XIX: bonos posdatados, papeles descontados y, lo que no es menos, los notorios préstamos post-obit por los cuales los jóvenes herederos de una fortuna vinculada podían conseguir sumas fuertemente descontadas a un interés altísimo, a cuenta de la muerte del padre. Shelley adoptó todos estos procedimientos ruinosos, y un porcentaje muy alto de lo que así consiguió fue a parar directamente al agujero negro financiero de Godwin.⁵⁷

Jamás fue devuelto ni un penique, y la necesitada familia de Godwin no parece que se beneficiara en nada. Por fin Shelley se enfrentó al chupasangre. “Le he dado”, escribió, “en el curso de algunos años lo que equivale a una fortuna considerable, y me he visto privado, para poder hacerlo, de casi cuatro veces la misma cantidad. Salvo por la buena voluntad que esta transacción parece haber creado entre usted y yo, este dinero, para la ventaja que pudo haber significado para usted, lo mismo pude haberlo tirado al mar”. La pérdida de dinero no fue el único daño que Shelley sufrió por su contacto con Godwin. Harriet estaba enteramente en lo cierto al pensar que el gran filósofo había vulgarizado y endurecido a su esposo de muchas maneras, en especial en su actitud frente al dinero. Contaba que cuando Shelley, que ya la había dejado por Mary, fue a verla después de nacer su hijo William, “dijo que estaba contento de que fuera un varón, ya que abarataría el dinero”⁵⁸ Con esto quiso decir que le permitiría conseguir un

⁵⁴ *Letter* vol. I, Págs. 423, nota 1, cartas de Shelley a Hogg 1º de enero y 26 de abril de 1815, Vol. I, págs. 423,426; han quedado once cartas de Mary a Hogg.

⁵⁵ Robert Ingpen y W.E.Peck (eds.) *Complete Works of P.B.Shelley* (Nueva York, 1926-30) vol. VII pág. 23

⁵⁶ Carta del 20 de enero de 1812, en *Letters*, Vol. I, págs. 227 ss.

⁵⁷ Para detalles de las transacciones financieras con Godwin, ver Homes págs. 223-38,250,269-70,284,307,311-21,346,379,407-13,526

⁵⁸ Harriet a la señora Nugent, 11 de diciembre de 1814, en *Setting*, Vol. I pág. 422, nota.

préstamo post-obit a un interés más bajo; no fue una observación propia de un poeta idealista de veintidós años, sino de un deudor crónico y tramoyista.

Godwin no fue el único chupasangre en la vida de Shelley. Hubo otro asiduo sacadineros intelectual, Leigh Hunt. Un cuarto de siglo después Thomas Babington Macaulay hizo un breve resumen de Hunt al director de la *Edinburg Review*, Napier, diciéndolo que había contestado una carta de Hunt, “no sin el temor de convertirse en una de las numerosas personas a las que les pide 20 libras siempre que las necesita.”⁵⁹ Cuando finalmente Dickens le inmortalizó en *Bleak House*, le confesó a un amigo: “Supongo que es el retrato más exacto que jamás fue pintado en palabras... Es una reproducción cabal del hombre real”⁶⁰ En la época de Shelley, Hunt acababa de empezar su larga carrera de sablista; utilizaba la bien probada técnica de Rousseau de convencer a sus víctimas de que les hacía un favor al aprovecharse de su generosidad. Cuando Shelley murió Hunt se dirigió a Byron, que finalmente se lo quitó de encima para siempre; consideraba que Hunt había esquilmado a Shelley. Pero, ¡ay! Hizo algo peor: convenció a Shelley de que, para gente de ideas avanzadas como ellos, pagar las deudas no era una necesidad moral, bastaba con trabajar por la humanidad.

Es así que Shelley, el defensor de la verdad y la justicia, se convirtió en un evasor y estafador. Pedía dinero prestado en todas partes y a cualquier clase de gente, y en general no lo devolvía. Siempre que los Shelley se mudaban, usualmente con cierto apuro, dejaban atrás pequeños grupos de gente enfadada que una vez habían confiado en ellos. El joven Dan Healy no fue el único irlandés estafado por Shelley. Es evidente que John Lawless, el editor republicano que le había ayudado en Dublín, le prestó una importante suma de dinero. Como no podía permitirse el lujo de perder ese dinero, después de la partida de Shelley escribió ansioso a How preguntándole por dónde andaba. Poco después lo encarcelaron por deudas. Shelley no sólo no intentó sacarle de prisión pagándole el dinero que le debía, sino que le insultó por quejarse: “Temo”, escribió a una amiga común en Dublín, Catherine Nugent, “que le haya hecho a usted lo que nos hizo a nosotros.”⁶¹ Peor aún, en Lynmouth Shelley firmó cuentas con su nombre (“el Honorable Señor Lawless”), esto fue una falsificación en consecuencia un acto criminal.⁶²

Otro grupo de gente estafado por Shelley fueron los galeses, mientras estuvo en Gales. Llegó en 1812, alquiló una granja y tomó sirvientes (“¡pude contratar una ayudante fiable, porque necesitaremos tres en total!”), pero pronto lo detuvieron por deudas de 60 y 70 libras en Caernarvon. John Williams, que patrocinaba la aventura galesa, y el doctor William Roberts, un médico rural, pagaron la fianza y John Bedwell, un abogado londinense, pagó la deuda y los costos. Los tres llegaron a lamentar su generosidad. Más de treinta años después, en 1844, el doctor Roberts seguía intentando conseguir que el patrimonio de Shelley le pagara las 30 libras que el poeta debía. Bedwell también exigió su dinero en vano. Un año después, Shelley le escribió a Williams: “he recibido una carta muy desagradable y autoritaria, a la que he respondido con ánimo inflexible.” A Shelley le gustaba adoptar un tono altisonante. Un hermano de Williams, Owen, granjero, había prestado 100 libras a Shelley, descubrimos que Shelley le escribió a Williams exigiendo que Owen produjera 25 libras más, y añade, “según su respuesta a esta petición sabré si la ausencia de los amigos enfría la amistad o no”. La relación de Shelley con Williams terminó al año siguiente en una maraña de recriminaciones por motivo del dinero que el poeta le debía. Ni Williams ni Owen

⁵⁹ Carta del 7 de marzo de 1841, en Thomas Pinney (ed.) *Letter of Thomas Babington Macaulay* (6 vols., Cambridge, 1974-81) vol. III, pág. 366

⁶⁰ Citado en Ann Blainey, *Immortal Boy: A Life of Leigh Hunt* (Londres, 1985), pág. 189

⁶¹ *Letter*, vol. I, págs. 366,379 nota

⁶² Holmes pág. 161

recibieron jamás su dinero. Sin embargo Shelley era un moralista, e implacable con cualquiera (a excepción de Godwin y Hunt) que le debiera dinero a él. John Evans, otro galés, recibió dos reclamaciones por pagos, en los que Shelley le recordaba que le debía efectivo” y que siendo una deuda de honor debía tener primacía sobre cualquier otra, y le insistía en la necesidad de su pago inmediato mientras lamentaba la apatía y renuncia de los deudores en un caso así”⁶³

No queda en claro qué significaba para Shelley deuda de honor. El no tenía escrúpulos en pedir prestado a mujeres, desde lavanderas y sirvientas, y la dueña de la pensión en Lynmouth (ésta finalmente recuperó 20 de las 30 libras que él le debía, porque sabiamente había guardado sus libros), hasta su amiga italiana, Emilia, a la que le sacó 220 coronas. Debía dinero a comerciantes de todo tipo. En abril de 1817, por ejemplo, él y Hunt aceptaron pagar a un tal Joseph Kirkman por un piano, que fue debidamente entregado, pero que al cabo de cuatro años todavía seguía impago. De la misma manera, Shelley consiguió que Charter, el famoso fabricante de coches de Bond Street, le hiciera un hermoso vehículo. A un costo de 532,11 libras, que usó hasta su muerte. Charter finalmente llevó al poeta a tribunales, pero todavía estaba tratando de cobrar su dinero en la década de 1840. Un grupo que Shelley explotó en particular fue el de los pequeños libreros-impresores que publicaban sus poemas a crédito. Esto comenzó con las 20 libras que pidió prestadas a Slatter, el librero de Oxford, cuando a Shelley le expulsaron. Es evidente que Slatter sentía simpatía por él y quiso evitar que acudiera a los prestamistas rapaces; el resultado fue que Shelley le metió en un lío sorprendentemente oneroso.

En 1831, el hermano de Slatter, un plomero, escribía a Sir Timothy: “hemos sufrido mucho a raíz de un esfuerzo sincero para salvar a su hijo de acudir a los judíos con el propósito de conseguir dinero a un interés muy alto, hemos perdido más de 1.300 libras”. Finalmente los arrestaron por deudas y parece que nunca les devolvieron su dinero. El impresor de Weybridge que publicó *Alastor* todavía cuatro años más tarde estaba tratando de conseguir que Shelley le pagara; no se sabe que le reembolsara nada. A un tercer librero Shelley le escribió (diciembre de 1814): “Si usted me proporcionara libros, le otorgaría una nota post-obit en la proporción de 250 libras por cada 100 libras de libros provistos.” Le dijo que las edades de su padre y de su abuelo eran sesenta y tres y ochenta y cinco, cuando en realidad eran sesenta y uno y ochenta y tres. Un cuarto librero-editor, Thomas Hookham no sólo imprimió *La reina Mab* a crédito, sino que le adelantó dinero. El también quedó impago y, por el crimen de condolerse por Harriet, se convirtió en un objeto de odio; el 25 de octubre de 1814 Shelley le escribió a Mary: “Si ves a Hookham, no le insultes abiertamente. Todavía tengo esperanzas... Haré que este villano implacable odie a su propia carne... a su debido tiempo. Se derrumbará en la flor de la edad. Su orgullo quedará hecho pedazos. Secaré su alma egoísta a pedacitos.”⁶⁴

¿Cuál es el común denominador en todo esto, en la conducta sexual y financiera de Shelley, en sus relaciones con el padre y la madre, esposas e hijos, socios en negocio y comerciantes? Es, por cierto, la incapacidad de aceptar ningún punto de vista que no fuera el propio; en resumen, la falta de imaginación. Ahora bien, esto es muy curioso, porque la imaginación está en el centro mismo de su teoría de la regeneración política. Según Shelley, para transformar el mundo se requiere imaginación, o “Belleza Intelectual”, y era porque los poetas poseían esta cualidad en el más alto grado, porque

⁶³ Para Roberts, ver *Letters*, Vol. I, pág. 339, nota 1 a Carta 215; para Bedwell, *Letters*, Vol. I, pág. 362; para los Williams, *Letters*, vol. I, págs. 360 y nota, 386-87; para Evans, *Letters*, Vol. I, págs. 332-33,339

⁶⁴ Para los libreros, ver Shelley a John Slatter, 16 de abril de 1811; Henry Slatter a Sir Timothy Shelley, 13 de agosto de 1831, carta de Shelley, 23 de diciembre de 1814, *Letters*, Vol. I, págs. 438, nota 1, 411

los llamaba legisladores naturales del mundo, si bien no reconocidos. Sin embargo, aquí estaba él, un poeta (y uno de los más grandes poetas), dotado, quizá de una simpatía imaginativa con clases enteras, trabajadores rurales oprimidos, seguidores de Ludd, los amotinados de Peterloo, obreros de fábricas, gente que jamás había visto; capaz de sentir, en abstracto, por toda la humanidad sufriente y, sin embargo. Le era evidentemente imposible, no una vez, sino veinte, cien veces, penetrar con la imaginación en las mentes y corazones de toda esa gente con la que trataba diariamente. De libreros a baronesas, de sirvientas a patronas, sencillamente no podía comprender que tenían derecho a un punto de vista que difiriera del suyo; y confrontados con la (para él) intransigencia de ellos, caía en el insulto. Una carta que escribió a John Williams el 21 de marzo de 1813 englobaba a la perfección las limitaciones imaginativas de Shelley. Comienza con un insulto verbal al desafortunado Bedwell; sigue con un ataque salvaje a la aún más infeliz señorita Hitchenner (“una mujer con opiniones desesperadas y pasiones horribles, pero fría e inflexible en la venganza... El día de su tribulación reí de todo corazón”); termina con una promesa a la humanidad: “Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por mi país y mis amigos que les sea útil”; y se despide “y entre todos por usted, con el afecto de siempre”

Se trataba del mismo Williams al que estaba engañando y que pronto sería un deudor amargado.⁶⁵

Shelley dedicó su vida al progreso político, utilizando el maravilloso don poético con que había sido dotado sin llegar jamás a darse cuenta de esta descalificación imaginativa. Tampoco la compensó con un intento de conocer los datos referentes a las categorías de la humanidad que deseaba ayudar. Escribió su Discurso a los irlandeses antes de siquiera poner un pie en el país. Cuando estuvo allí no hizo ningún esfuerzo sistemático para investigar la situación o describir qué era lo que los irlandeses quería realmente.⁶⁶ En realidad planeaba en secreto destruir la religión que ellos tanto amaban. De la misma manera permaneció en la ignorancia, en cuanto a la política y la opinión pública inglesa, de la naturaleza desesperante de los problemas que el gobierno afrontaba en el período post Waterloo, y de la sinceridad de los esfuerzos que se hacían para resolverlos. Nunca trató de informarse o hacer justicia a hombres bien intencionados y sensibles como Castlereagh y Sir Robert Peel precisamente haciendo uso de ese tipo de imaginación penetrante que según él decía era tan esencial. En cambio, los ofendió, en la máscara de la anarquía, tal como ofendió a sus acreedores y desecho a las mujeres en sus cartas.

Es evidente que Shelley quería una transformación política total de la sociedad que incluía la destrucción de la religión organizada. Pero no estaba seguro de cómo realizarla. A veces predicaba la no violencia, y hay quienes lo quieran ver como el primer verdadero evangelista de la resistencia pasiva, un progenitor de Gandhi.⁶⁷ “No tengáis nada que ver con la fuerza o la violencia”, escribió en su *Discurso a los irlandeses*, “¡Las asociaciones cuyo objetivo es la violencia merecen la más enérgica desaprobación del verdadero reformista!... todas las asociaciones secretas también son malas.” Pero Shelley a veces quiso organizar grupos secretos, y parte de su poesía sólo tiene sentido como una incitación a la acción directa. La máscara de la anarquía es contradictoria: una estrofa, líneas 340-44, apoyan la no violencia. Pero la estrofa más famosa, que terminan “Vosotros sois muchos, y ellos son pocos” y se repite (II.151-54, 369-72) pide la insurrección.⁶⁸ Byron, que fue un rebelde como Shelley, Julián y

⁶⁵ *Letters* vol. I págs. 362-63

⁶⁶ A.M.D.Hughes, *The Nascent Mind of Shelley* (Oxford 1947), págs. 131 ss

⁶⁷ Como Art Young ver nota 4 arriba.

⁶⁸ Ver Scrivenor, *Radical Shelley* (Princeton, 1982) págs. 198-210

Maddalo, que registra las largas conversaciones que tuvieron en Venecia, Maddalo (Byron) dice del programa político de Shelley: “Creo que ese sistema podría estar a salvo de toda refutación por lo que se refiere a las palabras”, pero en la práctica creía que “esas teorías ambiciosas” eran “vanas”

El hecho de que en este poema, que data de 1818-19, Shelley reconocía que la crítica de Byron marcó una pausa en su temerario fundamentalismo político. Shelley se acercaba a Byron con gran modestia: “Desespero de rivalizar con Lord Byron, por cierto, y no hay ningún otro con el que valga la pena competir...cada palabra lleva el sello de la inmortalidad.

“Durante un tiempo el poder de Byron lo paralizó: “el sol ha apagado a la luciérnaga”, como decía. Es cierto que conocer a Byron tuvo un efecto madurador en Shelley. Pero a diferencia de Byron, que comenzó a ver su papel como organizador de pueblos oprimidos (los italianos, luego los griegos), Shelley comenzó a volverse contra cualquier tipo de acción directa. Es muy significativo que, al final de su vida, empezara a criticar a Rousseau, a quien identificó con los horribles excesos de la Revolución Francesa. En *El Triunfo de la vida*, su poema inconcluso, presenta a Virgilio como una figura narrativa virgiliana, prisionero del Purgatorio porque cometió el error de creer que el ideal podía conseguirse envidia, y así se corrompió. Pero no queda en absoluto claro que en consecuencia Shelley renunciara a la política práctica para concentrarse en el idealismo puro de la imaginación.⁶⁹

Lo cierto es que en los meses anteriores a su muerte no se notó ningún signo de un cambio fundamental en su carácter. Claire Clairmont, que vivió hasta pasar los ochenta y convertirse en una mujer sentaste (inspiró *Los papeles de ASPEC*, la magnética historia de Henry James), escribió sesenta años después de estos hechos que “el suicidio de Harriet tuvo un efecto beneficioso sobre Shelley: se volvió menos seguro en sí mismo y no tan desenfrenado como era antes”⁷⁰ Esto puede muy bien ser cierto aunque Claire, a tan gran distancia en el tiempo, tenía una visión telescópica de los hechos. Shelley realmente se volvió menos violentamente egocéntrico, pero el cambio fue gradual y en absoluto completo a su muerte. En 1822 tanto él como Byron se habían construido barcos, el *Don Juan* y el *Bolívar*, y Shelley en especial tenía la obsesión de navegar. Con este objeto insistió en alquilar una casa en Lerici en la Bahía de La Spezia para el verano. Mary, que otra vez estaba embarazada, llegó a odiarla sobre todo porque hacía mucho calor. Los dos se estaban distanciando: Mary estaba cada vez más desilusionada y cansada de esa vida anormal en el exilio. Además, se cernía una nueva amenaza. El compañero de navegación de Shelley era Edgard Williams, un teniente a media paga de la Compañía de la India Oriental; Shelley mostraba un creciente interés por Jane, la hermosa compañera de Williams. Jane era música, tocaba la guitarra y cantaba bien (como Claire), algo a que a Shelley le gustaba. Hacían reuniones musicales a la luz de la luna de verano. Shelley escribió varios poemas para ella y otros sobre ella... ¿Mary iría a ser desplazada tal como ella había una vez desplazado a Harriet?

El 16 de junio Mary, como temía, tuvo un aborto, y de nuevo cayó en la desesperación. A los dos días Shelley escribió una carta que demuestra claramente que el matrimonio estaba realmente terminado: “Sólo siento necesidad de aquellos que pueden sentir y comprenderme...Mary no puede. La necesidad de ocultarle pensamiento que la harían sufrir precisa esto, quizá. La maldición de Tántalo es que una persona dotada de cualidades tan excelentes y de una mente tan pura como la suya no exciten la

⁶⁹ Ver Edgard Duffy, *Rousseau in England: The Context for Shelley's Critique of the Enlightenment* (Berkeley, 1979)

⁷⁰ Claire Clairmont a Edgard Trelawney, 30 de septiembre de 1878, publicado en el Boletín de la Biblioteca Carl H. Pforzheimer, págs. 787-788

simpatía indispensable para aplicarla a la vida doméstica.” Shelley añade: “Jane me gusta cada vez más.... Tiene un gusto para la música y una elegancia de figura y movimientos que compensan en cierto grado la falta de refinamiento literario”⁷¹

Al terminar el mes Mary sentía que su posición, el calor, la casa, eran insoportables: “Desearía, escribió, “poder romper mis cadenas y dejar este calabozo”⁷²

Consiguió su libertad de manera trágica e insuperada. A Shelley siempre le había fascinado la velocidad. En una encarnación en el siglo XX podría haberse dedicado a coches veloces o quizá a aviones. Uno de sus poemas, La bruja de Atlas, es un himno a los placeres de viajar por el espacio. Su barco, el Don Juan, fue construido para velocidad, y Shelley lo hizo modificar para que fuera aún más veloz. Sólo tenía veinticuatro pies de eslora, pero tenía dos palos mayores mellizos y velas cangrejas. El y Williams inventaron un aparejo de gavia que aumentaba enormemente la extensión de lona; para aumentar aún más la velocidad, a petición de Shelley el arquitecto naval de Byron creó otro aparejo y una popa y una proa falsas. Fue entonces un barco muy veloz y peligroso y navegaba “como una bruja”⁷³ Cuando tuvo lugar el desastre podía llevar tres spinnakers y una vela de tormenta y flotaba unas tres pulgadas más alto en el agua. Shelley y William volvían de Livorno a Lerici en el barco reacondicionado. Partieron la tarde del 8 de julio de 1822 con mal tiempo, con todas las velas desplegadas. Todas las embarcaciones italianas locales se apresuraron a volver al puerto cuando la tormenta estalló a las seis y media de la tarde. El capitán de una de ellas dijo que había visto el barco de Shelley en medio de olas inmensas, todavía con todas las velas; los invitó a pasar al suyo o por lo menos a que arriaran las velas, o “están perdidos”. Pero uno de los dos, se supone que Shelley, gritó “No”, y se vio que impedía que su compañero arriara las velas tomándole del brazo, “como enfadado”, El Don Juan se hundió a diez millas de la costa, todavía con todas la velas; los dos se ahogaron.⁷⁴

Kyats había muerto en Roma de tuberculosis el año anterior; Byron murió de las sangrías que le hicieron los médicos dos años después en Grecia. Y así llegó a su fin una época breve e incandescente de la literatura inglesa. Mary llevó al pequeño Percy, el futuro baronet (Charles había muerto) de vuelta a Inglaterra y comenzó con toda paciencia a erigir un monumento mítico a la memoria de Shelley. Pero las cicatrices quedaron. Había conocido la parte oculta de la vida de un intelectual y había aprendido que las ideas tienen poder para lastimar. Cuando un amigo que observaba como aprendía a leer Percy exclamó: “Estoy seguro de que llegará a ser un hombre extraordinario” Mary Shelley estalló: “Quiera Dios”, dijo con pasión, “que llegue a ser un hombre normal”

⁷¹ Shelley a John Gisborne, 18 de junio de 1822, en *Letters*, Vol. II, Págs. 434-37

⁷² Holmes, págs. 728, *Letters*, vol. II, pág. 433

⁷³ F.L. Jones (ed. María Gisborne and Edward E. Williams; *Their Journals and Letters*, (Londres, 1946). Pág. 149

⁷⁴ Holmes págs. 729; Edgard Dowden, *Life of P.B. Shelley* (2 vols. Londres, 1186) vol. II, págs. 534 ss

Capítulo 3

KARL MARX

Bramando gigantescas maldiciones

El impacto que ha tenido Karl Marx sobre acontecimientos reales, como también sobre las mentes de hombres y mujeres, ha sido mayor que el de cualquier otro intelectual de los tiempos modernos. La razón de esto no se encuentra fundamentalmente en el atractivo de sus conceptos y metodología, pese a que ambos tienen un fuerte encanto para espíritus carentes de rigor, sino en el hecho de que su filosofía fue institucionalizada en dos de los países más grandes del mundo, Rusia y China, y sus numerosos satélites. En este sentido se parece a San Agustín, cuyos escritos fueron muy leídos por los dirigentes de la Iglesia entre los siglos V y XIII, y por lo tanto tuvieron un papel predominante en la conformación de la cristiandad medieval. Pero Marx tuvo una influencia aún más directa, porque el tipo de dictadura personal que (como veremos) imaginó para sí fue de hecho llevada a la práctica, con consecuencias incalculables para la humanidad, por sus tres seguidores más importantes, Lenin, Stalin y Mao Tse Tung, todos los cuales, en este aspecto, fueron marxistas fieles y consecuentes.

Marx fue un hijo de su tiempo, mediados del siglo XIX, y el marxismo, fue una filosofía típica del siglo XIX al afirmar ser científica. “Científico” era para Marx el mayor elogio que podía hacer, el que usaba habitualmente para diferenciarse de sus muchos enemigos. El y su obra eran científicos, y aquéllos y las suyas no.

Tenía la sensación de haber encontrado una explicación de la conducta humana a lo largo de la historia semejante a la teoría de la evolución de Darwin. La noción de que el marxismo es una ciencia, en un sentido en que ninguna otra filosofía lo fue o podrá llegar a ser, está implantada en la doctrina oficial de los estados fundados por sus seguidores, de modo que tiñe la enseñanza de todas las materias en sus escuelas y universidades. Esto se ha difundido por el mundo no marxista porque a los intelectuales, en especial a los académicos, les fascina el poder, y la identificación del marxismo con una poderosa autoridad tangible ha tentado a muchos profesores a dar cabida a la “ciencia” marxista en sus propias disciplinas, especialmente en materias inexactas o cuasi exactas como economía, historia, sociología y geografía. No hay duda de que si Hitler, y no Stalin, hubiese ganado la contienda por Europa Central y oriental en 1941-1945, e impuesto así su voluntad sobre una gran parte del mundo, las doctrinas nazis que también pretendían ser científicas, como por ejemplo su doctrina racial, habrían recibido un lustre académico y penetrado en las universidades de todo el mundo. Pero la victoria militar aseguró que fuera la ciencia marxista y no la nazi la que prevaleciera.

Por eso, lo primero que tenemos que preguntar acerca de Marx es: ¿En qué sentido, si es que en alguno, fue científico? Es decir, ¿en qué medida se dedicó a la búsqueda del conocimiento objetivo por medio de la búsqueda y evaluación cuidadosa de pruebas? A primera vista la biografía de Marx lo revela ante todo como un estudioso. Descendía por ambas ramas de linajes de estudiosos. Su padre Heinrich Marx, abogado cuyo nombre era talmúdico, descendiente del famoso rabino Eliézer ha-Levi de Mainz, cuyo hijo Jehuda Minz fue cabeza de la Escuela Talmúdica de Padua. La madre, Henrietta Pressborck, era hija de un rabino que también descendía de famosos estudiosos y sabios famosos. Marx nació el 5 de mayo de 1818 en Traer, entonces

territorio prusiano. Fue uno de los nueve hijos, pero el único varón que llegó a la madurez; sus hermanas se casaron, respectivamente, con un ingeniero, un librero y un abogado. La suya era una familia esencialmente de clase media que escalaba posiciones. Su padre fue un liberal, descrito como un “auténtico francés del siglo XVIII que conocía a fondo a su Voltaire y a su Rousseau”.¹ A consecuencia de un decreto prusiano de 1816 que excluía a los judíos del acceso a las posiciones más altas en las carreras judicial y médica, se hizo protestante, y el 26 de agosto de 1824 hizo bautizar a sus cinco hijos. Marx fue confirmado a los quince años y parece que por un tiempo fue un cristiano ferviente. Asistió a una escuela que había sido jesuita y luego laica, y a la universidad de Bonn. De allí pasó a la universidad de Berlín, en ese momento la mejor del mundo. Nunca recibió una educación judía ni intentó adquirirla, ni tampoco mostró interés alguno por las cuestiones judías.² Pero hay que admitir que desarrolló rasgos característicos de un cierto tipo de estudiosos, específicamente el talmúdico: una tendencia a acumular una enorme cantidad de material a medio digerir y a proyectar obras enciclopédicas que nunca se completaban; un desdén fulminante por todos los no eruditos; y una seguridad e irascibilidad extremas en su trato con otros eruditos.

En efecto, prácticamente casi toda su obra tiene la impronta del estudio del Talmud: es esencialmente un comentario, un análisis crítico de la obra de otros que han trabajado en su campo.

Marx llegó a ser un buen conocedor de los clásicos y luego se especializó en filosofía, al uso hegeliano entonces prevaleciente. Se doctoró, pero en la universidad de Jena, menos exigente que la de Berlín. Aparentemente nunca tuvo el nivel suficiente como para obtener un cargo académico. En 1842 se convirtió en periodista del *Reinische Zeitung* y fue su editor durante cinco meses hasta su prohibición en 1843. Después escribió para el *Deutsch-Französische Jarbücher* y otros diarios de París hasta su expulsión en 1845, y posteriormente en Bruselas. Allí intervino en la organización de la Liga Comunista y escribió su manifiesto en 1848. Tras el fracaso de la revolución tuvo que irse (1849), y se estableció en Londres, esta vez definitivamente. Durante algunos años, en las décadas de 1860 y 1870, estuvo de nuevo involucrado en la política revolucionaria, dirigiendo la Asociación Internacional de Trabajadores. Pero pasó la mayor parte de su tiempo en Londres, hasta su muerte el 14 de marzo de 1883 (es decir, treinta y tres años), en el Museo Británico, buscando material para un gigantesco estudio de *El Capital* y tratando de darle forma adecuada para su publicación. Vio impreso un volumen (1867), pero el segundo y el tercero fueron compilados sobre la base de sus notas por su colega Friedrich Engels y publicados después de su muerte.

Marx, entonces, llevó una vida de estudios. Una vez se quejó: “Soy una máquina condenada a devorar libros”.³ Pero en un sentido más profundo no era en realidad un estudioso ni en absoluto un científico. No tenía interés en encontrar la verdad, sino en proclamarla. En Marx hubo tres vetas: el poeta, el periodista y el moralista. Cada una de ellas fue importante. Reunidas y combinadas con su enorme voluntad, le convirtieron en un formidable escritor y vidente. Pero no tuvo nada de científico; fe hecho, en todo lo que interesa fue anticientífico.

El poeta fue en Marx mucho más importante de lo que generalmente se supone, a pesar de que sus imágenes poéticas pronto se vieron absorbidas por su visión política. Comenzó a escribir poesía de niño, alrededor de dos temas principales: su amor por su vecinita, Jenny von Westphalen, de ascendencia prusiano-escocesa, con quien se casó en

¹ Edgar von Westphalen citado en Robert Payne, Marx (Londres, 1968), págs. 20

² Ver el excelente ensayo sobre Marx en Robert S. Wistrich: *Revolutionary Jews From Marx to Trotsky* (Londres, 1976)

³ Carta a Engels, 11 de abril de 1868, *Karl Marx-Friedrich Engels Werke* (Berlín Oriental, 1956-68), vol XXXII pág. 58

1841, y la destrucción del mundo. Escribió mucha poesía, de la cual tres volúmenes manuscritos fueron enviados a Jenny, heredados Lugo por su hija Laura, y desaparecieron después de la muerte de ésta en 1911. Pero han sobrevivido copias de cuarenta poemas, incluida una tragedia en verso, Culanen, que Marx esperaba fuera el Fausto de su tiempo. Dos poemas se publicaron en el Athenaeum de Berlín, el 23 de enero de 1841. Tenía por título “Canciones salvajes”, y el salvajismo es una nota característica de su poesía, junto con un intenso pesimismo respecto a la condición humana, odio, una fascinación por la corrupción y la violencia, los pactos suicidas y los pactos con el demonio.

“Estamos encadenados, destrozados, vacíos, asustados/Eternamente encadenados a este bloque de mármol del ser”, escribió el joven Marx, “... Somos los simios de un Dios frío”. Se hace decir a sí mismo, personificando a Dios: “Bramaré gigantescas maldiciones contra la humanidad”, y bajo la superficie de gran parte de su poesía se halla la noción de una crisis mundial en gestación.⁴ Le gustaba citar las palabras de Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe. “Todo lo que existe merece perecer”; las utilizó, por ejemplo, en un panfleto contra Napoleón III, “El dieciocho de brumario”, y esta visión apocalíptica de una catástrofe inmensa y próxima del sistema existente le acompañó durante toda su vida: se encuentra en su poesía, es el trasfondo del Manifiesto Comunista de 1848 y es la culminación de *El Capital*.

En resumen, Marx es un escritor escatológico del principio al fin. Es posible, por ejemplo, que en la primera redacción de *La ideología alemana* (1845-46) incluyera un pasaje que recuerda fuertemente a los poemas, que trata del “Día del Juicio”, “cuando los reflejos de ciudades en llamas se ven en los cielos... y cuando las armonías celestes consisten en las melodías de la Marsellesa y de la Carmañola con el acompañamiento del tronar de cañones mientras la guillotina marca el compás y las masas enardecidas gritan *Ça ira, ça ira*, y las inhibiciones penden de los postes de alumbrado.”⁵ También hay ecos de Culanen en el *Manifiesto comunista*, con el proletariado asumiendo el manto de héroe.⁶ La nota apocalíptica de los poemas de nuevo irrumpe en su discurso tremebundo del 14 de abril de 1856: “La historia es el juez, su verdugo el proletariado”: el terror, las casas marcadas con la cruz roja, metáforas catastróficas, terremotos, la lava hirviente que brota mientras se resquebraja la corteza terrestre.⁷ La cuestión es que el concepto de Marx de un día del juicio final, ya sea en su versión poética sensacionalista, o en su versión eventualmente económica, no es una visión científica, sino artística. Siempre estuvo presente en la mente de Marx, y como economista político trabajó a partir de ella buscando las pruebas que la hacían inevitable, en vez de llegar a ella a partir de datos examinados objetivamente. Y naturalmente es el elemento poético el que le confiere a la proyección histórica de Marx su carácter dramático y su fascinación para los lectores radicales que quieren creer que el fin y el juicio del capitalismo está por llegar. El don poético se manifiesta intermitentemente en las páginas de Marx, produciendo algunos pasajes memorables. En la medida en que intuía más que razonaba y calculaba, Marx siguió siendo un poeta hasta el final.

Pero también era un periodista y, en cierto sentido, bueno. A Marx proyectar, ni digamos escribir, una obra, le resultaba no ya difícil sino imposible: incluso *El Capital* es una serie de ensayos pegados con cola sin una verdadera estructura. Pero tenía la capacidad de escribir reacciones breves, agudas y dogmáticas frente a los acontecimientos a medida que ocurrían. Tal como le dictaba su imaginación poética,

⁴ Para la poesía de Marx ver Payne, págs. 61-71

⁵ Marx-Engels Werke, vol. III, Págs. 69-71s

⁶ Payne, págs. 166 ss

⁷ Texto en Marx-Engels, *Selected Correspondence* 1846-95 (Nueva York, 1936), págs. 90-91

creía que la sociedad estaba al borde del colapso. De modo que cualquier noticia periodística importante podía ser relacionada con este principio general, dándole a su actividad como periodista una notable coherencia.

En agosto de 1851 Charles Anderson Dana, seguidor de ese precursor del socialismo Robert Owen, que había llegado a ser un ejecutivo senior del New York Daily Tribune, le pidió a Marx que fuera el corresponsal europeo en temas políticos del diario, con dos artículos por semana a una libra esterlinas cada uno. Durante los diez años siguientes Marx envió casi quinientos artículos, de los cuales alrededor de ciento veinticinco, pese a aparecer su firma, fueron escritos por Engels. En Nueva York eran copiosamente subrayados y reescritos, pero los vigorosos argumentos eran puro Marx, y ahí reside su fuerza. En realidad su mayor don era el del periodista polémico. Hacía un uso brillante de epigramas y aforismos. Muchos de estos no eran de su propia cosecha. A Matas se deben las frases “Los trabajadores no tienen nacionalidad” y “Los proletarios no tienen nada que perder salvo sus cadenas”. El famoso chiste de que la burguesía usa escudos de armas en sus traseros vino de Heine, al igual que “La religión es el opio de los pueblos”. Luis Blanc aportó “De cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades” de Karl Shapper provino “¡Trabajadores del mundo uníos!”, y de Blanqui “La dictadura del proletariado”. Pero Marx era bien capaz de producir los propios: “En política los alemanes han pensado lo que otras naciones han hecho.” “La religión no es más que el sol ilusorio alrededor del cual gira el hombre hasta el momento que comienza a girar alrededor de sí mismo.” “El matrimonio burgués es la comunidad de esposas”. “La osadía revolucionaria que arroja a la cara de sus adversarios las palabras desafiantes: No soy nada y debo ser todo”. “Las ideas dominantes de cada época han sido las ideas de su clase dominante”. Además tenía el don muy poco común de tener los dichos de los demás y usarlos exactamente en el momento preciso de su argumentación combinados en forma mortífera. Ningún autor político ha superado las tres últimas oraciones del Manifiesto: “Los trabajadores no tienen nada que perder salvo sus cadenas. Tienen un mundo por ganar. ¡Trabajadores del mundo uníos!”. Fue por su olfato de periodista para la oración breve, concisa, más que por cualquier otra cosa, por lo que toda su filosofía se salvó del olvido en el último cuarto del siglo XIX.

Pero si la poesía aportó la visión, y el aforismo periodístico los mayores atractivos de la obra de Marx, su lastre fue la jerga académica, Marx fue un académico, o más bien, lo que es peor, un académico fracasado. Amargado, frustrada su carrera de docente universitario, quiso asombrar al mundo fundando una nueva escuela filosófica, que era a la vez un plan de acción proyectado para darle poder a él. De ahí su actitud ambivalente hacia Hegel. Marx dice en su prefacio a la segunda edición alemana del *El Capital*: “Me proclamé abiertamente discípulo de ese gran pensador” y “y jugueteé con el empleo de la terminología hegeliana al tratar la teoría del valor” en *El Capital*. Pero, dice, su propio “método dialéctico” está en “directa oposición” al de Hegel. Para Hegel el proceso del pensamiento es el creador de lo real, mientras que “según mi punto de vista, por el contrario, lo ideal no es más que lo material una vez traspuesto y traducido dentro de la cabeza humana.”

Por lo tanto, arguye, “en los escritos de Hegel la dialéctica está puesta de cabeza. Hay que volverla a su postura normal si se quiere descubrir el núcleo racional que se oculta en la envoltura de la mistificación”⁸

Marx buscó pues el renombre académico a través de lo que consideró su descubrimiento sensacional del fallo decisivo del método de Hegel, lo que le permitía remplazar todo el sistema hegeliano con una nueva filosofía; en realidad una súper

⁸ *Capital*, Edición Everyman (Londres, 1930), págs. 873

filosofía que podía tornar pasada de moda a todas las filosofías existentes. Pero siguió aceptando que la dialéctica de Hegel era “la llave del entendimiento humano”, y no sólo la utilizó, sino que permaneció prisionero de ella toda su vida. Porque la dialéctica y sus “contradicciones” explicaban la crisis universal culminante que era su visión poética originaria desde la adolescencia. Como escribió hacia el fin de su vida (14 de enero de 1873), los ciclos comerciales expresan “las contradicciones inherentes a la sociedad capitalista” y producirán “el punto culminante de estos ciclos, una crisis universal. Esto “forzará a aceptar la dialéctica” hasta a las cabezas de “los advenedizos del nuevo imperio alemán”.

¿Qué tenía que ver esto con la política y la economía del mundo real? Nada en absoluto. Así como el origen de la filosofía de Marx se encontraba en una visión poética, su elaboración fue un ejercicio de jerga académica. Empero, lo que necesitaba la maquinaria intelectual de Marx para ponerse en movimiento era un impulso moral. Lo encontró en su odio por la usura y los prestamistas, un sentimiento apasionado directamente relacionado (como veremos) con sus propios problemas de dinero. Esto quedó expresado en los primeros escritos serio de Marx, don ensayos “Sobre la cuestión judía” publicados en 1844 en el *Deutsch-Französische Jahrbücher*. Los seguidores de Hegel eran en mayor o menor medida antisemitas, y en 1843 Bruno Bauer, cabeza antisemita de la izquierda hegeliana, publicó un ensayo en el que exigía que los judíos abandonaran totalmente el judaísmo. Los ensayos de Marx fueron una réplica a esto. No objetó el antisemitismo de Bauer; en realidad lo compartía y apoyaba, y lo citó con aprobación. Pero discrepaba con la solución de Bauer. Marx rechazaba la creencia de Bauer de que la naturaleza antisocial del judío era de origen religioso y podía remediarse alejando al judío de su fe. En su opinión el mal era social y económico. Escribió: “Tomemos en consideración al judío real, no al judío del sabat... sino al judío cotidiano.” ¿Cuál era, preguntaba, “el fundamento profano del judaísmo? La necesidad práctica, su propio interés. ¿Cuál es el culto mundano del judío? El regateo. ¿Cuál es su Dios mundano? El dinero.” Los judíos habían difundido gradualmente esta religión “práctica” en toda la sociedad:

El dinero es el dios celoso de Israel, junto al cual no puede existir ningún otro dios. El dinero rebaja a todos los dioses de la humanidad y los convierte en mercancías. El dinero es el valor autosuficiente de todas las cosas. Por eso le ha quitado al mundo entero, tanto al mundo humano como a la naturaleza el valor que les corresponde como propio. El dinero es la esencia alienada del trabajo y la existencia del hombre: esa esencia le domina y él idolatra. El dios de los judíos ha sido secularizado y se ha convertido en el dios del mundo.

El judío había corrompido al cristiano y le había convencido de que “aquí abajo no tiene otro destino que volverse más rico que sus vecinos” y que “el mundo es una bolsa de comercio”. El poder político se ha convertido en “siervo” del poder monetario. Por lo tanto la solución pasaba por la economía. El “judío del dinero” se había convertido en el “elemento antisocial universal de la época presente” y para “lograr que el judío fuera imposible” era necesario abolir las “precondiciones”, la “posibilidad misma” de la clase de actividades monetarias que lo generaban. La abolición de la actitud judía hacia el dinero, y tanto del judío como de su religión, haría desaparecer del mundo la versión corrupta del cristianismo que le había impuesto al mundo: “Al emanciparse del regateo y del dinero, y en consecuencia del judaísmo real y práctico, nuestra época se emanciparía a sí misma”.⁹

⁹ T.B. Bottomore (trad. Y ed.) *Karl Marx: Early Writings* (Londres, 1963) págs. 34-37; los ensayos sobre judíos también están en *Karl Marx- Engels Collected Works* (Londres, 1975) vol. III, págs. 146-74

Hasta aquí la explicación de Marx de por qué el mundo funcionaba mal era una combinación de antisemitismo de charla de café estudiantil y de Rousseau. La amplió en su filosofía madurada durante los tres años siguientes (1844-46) en los que decidió que el elemento perverso de la sociedad, los agentes del poder usurero del dinero contra el que se rebelaba, no eran sólo los judíos, sino la clase burguesa como un todo.¹⁰ Para llegar a esto hizo un uso complejo de la dialéctica de Hegel. Por un lado estaba el poder monetario, riqueza, capital, el instrumento de la clase burguesa. Por el otro, la nueva fuerza redentora, el proletariado. El argumento se expresa en términos estrictamente hegelianos, usando todos los cuantiosos recursos de la jerga filosófica alemana en su peor manifestación académica, pese a que el impulso subyacente es claramente moral y la visión última (la crisis apocalíptica) sigue siendo poética. Así pues: la revolución está en camino y en Alemania será filosófica: “Una esfera que no puede emanciparse a sí misma sin emanciparse de todas las demás esferas, lo que, en pocas palabras, es una pérdida total de la humanidad capaz de redimirse sólo mediante una redención total de la humanidad. Esta disolución de la sociedad, como una clase en particular, es el proletariado. “Lo que Marx parece estar diciendo es que el proletariado, la clase que no es una clase, el disolvente de la clase y de las clases, es una fuerza redentora que carece de historia, no está sujeta a las leyes de la historia y en última instancia pone punto final a la historia: esto es, curiosamente, un concepto muy judío, el del proletariado que aparece como el Mesías o redentor. La revolución está compuesta de dos elementos: “La cabeza de la emancipación es la filosofía, su corazón el proletariado.” Así los intelectuales serían la elite, los generales y los trabajadores la infantería.

Habiendo definido a la riqueza como el poder monetario judío ampliado a la clase burguesa como un todo, y habiendo definido al proletariado con su nuevo significado filosófico, Marx avanza entonces, usando la dialéctica de Hegel, hasta el corazón mismo de su filosofía, los hechos que llevarán a la gran crisis.

El pasaje clave termina así:

El proletariado ejecuta la sentencia que la propiedad privada pronunció contra sí misma al engendrar al proletariado, al igual que pone en práctica la sentencia que el trabajo asalariado. Pronunció para sí mismo al producir riquezas para otros y miseria para sí. Si el proletariado resulta victorioso eso no significa para nada que se convierta en el lado absoluto de la a, porque resulta victorioso sólo al abolirse a sí mismo y a su contrario. Entonces desaparecen tanto el proletariado como su opuesto terminante, la propiedad privada.

Marx había así logrado definir el acontecimiento cataclísmico que había percibido primero como una visión poética. Pero la definición está formulada en términos académicos alemanes. En verdad no significa nada en los términos del mundo real exterior a las aulas universitarias.

Aun cuando Marx pasa a politizar los acontecimientos, no deja de emplear la jerga filosófica: “Al socialismo no se le puede dar vida sin revolución. ¿Cuándo comienza la actividad organizativa? Cuando aparece el alma, la cosa-en-sí, entonces el socialismo puede dejar de lado todos los velos políticos.” Marx era un auténtico victoriano: subrayaba palabras con la misma frecuencia con que lo hacía la reina Victoria en sus cartas. Pero los subrayados en realidad no ayudan mucho a transmitir el sentido, que

¹⁰ La obra de Marx llega a su etapa decisiva con *A Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Law* (1844). *The Economic and Philosophical Manuscripts of 1844* (publicados por primera vez en 1932) y *The German Ideology* (1845-46).

permanece hundido en la oscuridad de los conceptos de la filosofía académica alemana. Para hacerse entender claramente, Marx recurre asimismo a su gigantismo habitual, acentuando el carácter global del proceso que describe, pero éste también está cargado de jerga. Así: “el proletariado sólo puede tener una existencia histórico-mundana, al igual que el comunismo, sus acciones sólo pueden tener una existencia histórico-mundana”. O bien: “El comunismo sólo es posible empíricamente como la acción de los gobernantes obrando conjunta y simultáneamente, lo cual propone el desarrollo universal de las fuerzas productiva y del comercio mundial que depende de ellas.” Sin embargo, aun allí donde el significado de Marx resulta claro, sus afirmaciones no tienen necesariamente validez alguna: no pasan de ser los obiter dicta de un filósofo moral.¹¹ Algunos de los enunciados que he citado arriba resultarían igualmente admisibles o inadmisibles si se modificaran para que dijeran lo contrario. ¿Dónde entonces están los hechos, las pruebas procedentes del mundo real, que convertirían estos pronunciamientos proféticos de un filósofo moral, estas revelaciones, en una ciencia?

Marx tenía una actitud ambivalente hacia los hechos, al igual que hacia la filosofía de Hegel. Por una parte dedicó décadas de su vida a acumular datos, que reunió en más de cien enormes cuadernos, pero se trataba de hechos que podían encontrarse en bibliotecas, los hechos de los Libros Azules.

La clase de hechos que no le interesaban a Marx eran aquellos que se descubren examinando al mundo y a la gente que vive en él con los propios ojos y oídos. Estaba total e incorregiblemente atado a su escritorio. No había fuerza en el mundo que le alejara de la biblioteca y de su gabinete de trabajo. Su interés por la pobreza y la explotación se remonta al otoño de 1842, cuando tenía veinticuatro años y escribió una serie de artículos sobre las leyes que regían el derecho de los campesinos de la zona a recolectar leña. Según Engels, Marx le dijo “que fue su estudio del derecho referido al robo de leña, y su investigación sobre el campesinado de Mosela lo que volvió su atención de mera política a las condiciones económicas, y así al socialismo”.¹² Pero no hay prueba alguna de que Marx en realidad hablara con los campesinos y los terratenientes, y observara las condiciones sobre el terreno. Otra vez, en 1844, escribió un artículo para el semanario financiero *Vorwärts* sobre la difícil situación de los tejedores de Silesia, pero nunca estuvo en Silesia ni, que sepamos, habló jamás con un tejedor alguno: habría sido atípico de él si lo hubiese hecho. Marx escribió sobre las finanzas y la industria toda su vida, pero tuvo relación sólo con dos personas vinculadas con los procesos financieros e industriales. Una de ellas fue su tío holandés, Lion Philips, un hombre de negocios exitoso que creó lo que con el tiempo se convirtió en la enorme Compañía Philips de Electricidad. Las opiniones del tío Philips sobre todo el proceso capitalista podrían haber sido bien informadas e interesantes si Marx se hubiese tomado el trabajo de conocerlas. Pero le consultó una sola vez, sobre un asunto técnico de altas finanzas, y pese a haberle visitado cuatro veces, sólo trató con él cuestiones personales referidas al dinero de la familia. El otro hombre entendido era el mismo Engels. Pero Marx rechazó su invitación a visitar una hilandería de algodón, y hasta donde sabemos Marx jamás en su vida pisó un molino, fábrica, mina u otro tipo de establecimiento industrial.

Más llamativa aún es su hostilidad hacia sus colegas revolucionarios que habían tenido esa experiencia, es decir, trabajadores que adquirieron conciencia política. Conoció gente así por primera vez en 1845, cuando hizo una corta visita a Londres y asistió a una reunión de la Asociación Educativa de Trabajadores Alemanes. No le gustó lo que vio. Estos hombres eran en su mayoría operarios calificados, relojeros,

¹¹ Para un comentario valioso sobre estos escritos, ver Payne, págs. 98 ss.

¹² Payne, pág. 86

tipógrafos, zapateros; su jefe era un guardabosque. Eran autodidactas, disciplinados, serios, de buenos modales, muy antiohemios, deseosos de transformar la sociedad, pero moderados en cuanto a los pasos prácticos a seguir. No compartían las visiones apocalípticas de Marx y, sobre todo, no hablaban su jerga académica. Los consideró con desdén: carne de cañón revolucionaria, nada más. Cuando él y Engels crearon la Liga de los Comunistas, y de nuevo cuando organizaron la Internacional, Marx se aseguró de que los socialistas procedentes de la clase obrera fueran eliminados de todos los cargos de importancia e integraran comisiones meramente como proletarios reglamentarios. Su motivo era. En parte, esnobismo intelectual, y en parte que los hombres con una experiencia personal de las condiciones en las fábricas tendían a ser contrarios a la violencia y partidarios de mejoras modestas y graduales: su experiencia personal les hacía ver con escepticismo la revolución apocalíptica que él afirmaba ser no sólo necesaria sino inevitable.

Algunos de los ataques más violentos de Marx fueron dirigidos contra hombres de este tipo. Fue así como en marzo de 1846 sometió a Guillermo Weitling a una especie de juicio ante una reunión de la Liga Comunista en Bruselas. Weitling era pobre, hijo ilegítimo de una lavandera, y nunca conoció el nombre de su padre; era un aprendiz de sastre autodidacta que a fuerza de trabajar duramente se había ganado un gran número de partidarios entre los trabajadores alemanes. La finalidad del juicio era insistir en la “corrección” de la doctrina y bajarle los humos a cualquier trabajador que careciera de la preparación filosófica que Marx consideraba esencial el ataque de Marx a Weitling fue notablemente agresivo. Marx dijo que era culpable de llevar adelante una agitación sin doctrina. Esto estaba muy bien en la Rusia bárbara donde “se pueden organizar sindicatos exitosos con jóvenes estúpidos y con apóstoles. Pero en un país civilizado como Alemania debe darse cuenta de que no puede lograrse nada sin nuestra doctrina”. También: “Si se intenta influir sobre los trabajadores, especialmente los trabajadores alemanes, sin un cuerpo de doctrina e ideas científicas claras, entonces se está meramente haciendo un juego vacío y sin escrúpulos de propaganda, que conducirá inevitablemente a establecer, por un lado, un apóstol inspirado y, por el otro, asnos que lo escuchan boquiabiertos.” Weitling replicó que no se había convertido en un socialista para aprender doctrina manufacturada en un estudio; hablaba en representación de trabajadores concretos y no se sometería a las opiniones de teóricos que no habían tomado contacto con el mundo real y sufriente del trabajo. Esto, según un testigo ocular, “enfureció tanto a Marx que golpeó la mesa con el puño con tal violencia que la lámpara tembló. Poniéndose de pie de un salto gritó, “¡Hasta ahora la ignorancia jamás ha ayudado a nadie!” La reunión terminó con Marx “aún caminando a zancadas por la habitación en un ataque de furia”.¹³

Este fue el patrón de futuros ataques tanto a socialistas de origen obrero como a cualquier dirigente que hubiese logrado un gran número de partidarios entre los trabajadores por proponer soluciones prácticas a problemas concretos de trabajo y del salario, antes que la revolución doctrinaria. Así fue como Marx la emprendió contra el tipógrafo Pierre-Joseph Proudhon, el reformador agrícola Hermann Kriege, y el primer socialdemócrata alemán y organizador sindical realmente importante, Ferdinand Lasalle. En su manifiesto contra Kriege Marx, que no sabía nada sobre agricultura, especialmente de Estados Unidos, donde Kriege se había establecido, denunció su propuesta de darle a cada campesino 67 hectáreas de tierras públicas; dijo que los campesinos debían ser reclutados con promesas de tierra, pero una vez establecida la sociedad comunista, la tierra tenía que ser de propiedad colectiva. Proudhon era un antidogmático: “Por amor de Dios “ escribió, “después de haber destruido todo el

¹³ Payne, págs. 134-36

dogmatismo (religioso) a priori no intentemos, no vayamos, justamente, a inculcarle otro tipo de dogmatismo a la gente.... No nos convirtamos en las cabezas de una nueva intolerancia.”

Marx odiaba esta postura. En su violenta diatriba contra Proudhon, *Misère de la Philosophie*, escrita en junio de 1846, le acusó de “infantilismo”, “ignorancia” grosera de la economía y la filosofía y, sobre todo, mal empleo de las ideas y técnicas de Hegel “Monsieur Proudhon no conoce de la dialéctica hegeliana más que su vocabulario.” En cuanto a Lasalle, fue objeto de las burlas antisemita y racistas más brutales de Marx”, era el “Barón Itzing”, “el negrito judío”, “un judío grasiento disfrazado con brillantina y joyería barata.” Marx le escribió a Engels el 30 de julio de 1866; “Ahora no tengo la menor duda de que, como señala la conformación de su cráneo y el nacimiento de su cabello, desciende de los negros que se unieron a Moisés en su huía de Egipto (a menos que su madre o abuela paterna tuviera cruza con negro). Esta combinación de judío y alemán con un fondo negro tenía que generar un híbrido increíble.”¹⁴

Resulta así que a Marx no le interesaba investigar personalmente las condiciones de trabajo en la industria ni aprender de trabajadores inteligentes que las habían experimentado. ¿Por qué habría de hacerlo? En todo lo esencial, usando la dialéctica hegeliana, había llegado a sus conclusiones sobre el destino de la humanidad a fines de la década de 1840. Lo único que quedaba por hacer era encontrar los datos que respaldaran esas conclusiones, y éstos podían ser espigados de informes periodísticos, Libros Azules oficiales, y documentación reunida por escritores anteriores. Y todo este material estaba en las bibliotecas. ¿Por qué buscar en otros lados? El problema, tal como se le presentaba a Marx, era el de encontrar la clase de hechos adecuados: los hechos que encajaba. Su método ha sido bien sintetizado por el filósofo Karl Jaspers:

El estilo de los escritos de Marx no es el de un investigador... no cita ejemplos ni presenta hechos que contradigan su propia teoría, sino sólo aquellos que indiscutiblemente dan fundamento o confirman lo que él considera la verdad última. El enfoque es, en su totalidad, el de una justificación, no de una investigación, pero es la justificación de algo presentado como la verdad indiscutible. Con la convicción no ya de un científico sino de un creyente.¹⁵

En este sentido entonces, los “hechos” no tienen una importancia central en la obra de Marx. Ocupan un lugar secundario, refuerzan conclusiones previas a las que llegó independientemente de ellos. *El Capital*, el monumento alrededor del cual giró su vida de estudioso, debe verse pues, no como la investigación del proceso económico que se proponía describir, sino como un ejercicio de filosofía moral, un opúsculo comprable a los de Carlyle o Ruskin. Es un sermón enorme y a veces incoherente, una embestida contra el proceso industrial y el principio de la propiedad llevada a cabo por un hombre que había concebido un odio fuerte pero esencialmente irracional contra ambos.

Curiosamente, no tiene un argumento central que funcione como principio organizador. Originariamente, en 1857, Marx lo concibió como una obra en seis volúmenes: *El Capital*, la tierra, el salario y el trabajo, el estado, el comercio, y un tomo final sobre el mercado mundial y la crisis.¹⁶ Pero la autodisciplina metódica necesaria para llevar adelante semejante plan resultó superior a sus fuerzas. El único volumen que realmente terminó (y que, para mayor confusión, es en realidad dos tomos) no tiene en verdad ningún esquema lógico. Es una serie de trabajos independientes ordenados

¹⁴ *Marx-Engels Werke*, vol. XXX, pág. 259

¹⁵ Karl Jaspers, “*Marx und Freud*” *Der Monat*, XXVI (1950)

¹⁶ Geoffrey Pilling, *Marx's Capital* (Londres, 1980), pág. 126

arbitrariamente. El filósofo marxista francés Louis Althusser encontró su estructura tan confusa que consideré “imperativo” que los lectores saltaran y Parte I y comenzaran por la Parte II, capítulo cuarto.¹⁷ Pero otros exegetas marxista han repudiado con vehemencia esta interpretación. De hecho el enfoque de Althusser no sirve de mucho. La sinopsis del mismo Engels del tomo primero del *El Capital* sólo sirve para subrayar la debilidad o más bien la ausencia de estructura.¹⁸ Después de la muerte de Marx, Engels preparó el tomo II sobre la base de 1500 páginas en folio de notas de Marx, la cuarta parte de las cuales reescribió. El resultado son 600 páginas aburridas y confusas sobre la situación de *El Capital*, que tratan principalmente de las teorías económicas de la década de 1860. El tomo III, en el que Engels trabajó entre 1885 y 1893, examina todos los aspectos de *El Capital* no tratados anteriormente, pero no es más que una serie de notas que incluyen 1.000 páginas sobre la usura, en su mayor parte memorándums de Marx. El material data casi en su totalidad de principios de la década de 1860, reunido cuando Marx trabajaba en el primer tomo. De hecho nada le habría impedido a Marx completar él mismo el libro, salvo la falta de tesón y el saber que en realidad simplemente carecía de coherencia.

Los tomos II y III en realidad no nos interesan, ya que es muy poco probable que los hubiera dado a la imprenta con esta forma o que, a fin de cuentas, los hubiera terminado, ya que en realidad había dejado de trabajar en ellos durante una década y media. Del tomo primero, que fue obra suya, sólo importan realmente dos capítulos: el octavo, “La jornada de trabajo”, y el vigésimo cuarto, ceca del final del segundo volumen, “La acumulación primitiva”, que incluye la famosa Sección 7, “La tendencia histórica de la acumulación capitalista”. No se trata en forma alguna de un análisis científico, sino de una simple profecía. Marx dice que habrá (1) “una disminución progresiva del número de magnates capitalistas”; (2) “un incremento correlativo en el volumen de la pobreza, opresión, esclavitud, degeneración y explotación”; (3) “una intensificación constante de la ira de la clase trabajadora”. Estas tres fuerzas, trabajando unidas, producen la tesis hegeliana, o la versión político económico de la catástrofe poética que él había imaginado cuando era un adolescente: “La concentración de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en que resultan incompatibles con su cobertura capitalista. Entonces explota. Las campanas tocan a muerto por la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados.”¹⁹ Esto suena muy emocionante y ha encantado a generaciones de socialistas fanáticos.

Pero como proyección científica no tiene más fundamento que el almanaque de un astrólogo.

El Capítulo Octavo, “La jornada de trabajo”, se presente en contraste, como un análisis fáctico del impacto de El capitalismo sobre las vidas de los proletarios británicos. De hecho, es la única parte de la obra de Marx en que realmente trata de los trabajadores, los sujetos ostensibles de toda su filosofía. Por lo tanto vale la pena estudiarlo en cuanto a su valor “científico”.²⁰ Puesto que, como ya hemos señalado, Marx sólo buscaba los hechos que concordaran con sus preconcepciones, y como esto va en contra de todos los principios del método científico, el capítulo tiene, desde el principio, un defecto radical. Pero ¿acaso Marx, además de seleccionar tendenciosamente los hechos, también los presentó engañosamente a los tergiversó? Esto es lo que debemos examinar ahora.

¹⁷ Louis Althusser, *For Marx* (Trad. Londres, 1969) Págs., 79-80

¹⁸ Publicado en *Engels on Capital* (Londres, 1938) Págs., 68-71

¹⁹ *Capital* págs. 845-46

²⁰ *Capital*, págs. 230-311

Lo que el capítulo quiere demostrar, y se trata del núcleo de la tesis moral de Marx, es que El capitalismo por su propia naturaleza implica la progresiva y creciente explotación de los trabajadores; y por lo tanto cuanto más capital se emplee mayor será la explotación de los trabajadores, y este gran mal moral produce la crisis final. Al fin de justificar su tesis en forma científica debe demostrar: (1) por malas que hayan sido las condiciones de trabajo en las manufactura precapitalistas, se han vuelto mucho peores bajo El capitalismo industrial; (2) que, una vez admitida la naturaleza impersonal e implacable del capitalismo, la explotación de los trabajadores alcanza un punto culminante en las industrias con mayor proporción de capital invertido. Marx ni siquiera intenta demostrar el punto (1). Escribe:” En lo que se refiere al período que abarca desde el comienzo de la industria en gran escala en Inglaterra hasta el año 1845, sólo lo consideraré incidentalmente refiriéndome para mayores detalles a la obra de Friedrich Engels *Die Lage der arbeitendem Klasse in England* (Leipzig, 1845)”. Marx añade que posteriores publicaciones oficiales, en especial los informes de los inspectores de fábricas, han “confirmado la penetración de Engels para captar la esencia del método capitalista” y expuesto “con qué admirable fidelidad por el detalle pintó el cuadro”.²¹

En resumen, toda la primera parte del estudio que hizo Marx a mediados de la década de 1860 se basó en un solo trabajo. Condiciones del trabajo de la clase trabajadora en Inglaterra, de Engels, publicado veinte años antes. Y en consecuencia, ¿qué valor científico puede adjudicarse a esta única fuente? Engels nació en 1820, hijo de un prospero industrial algodonero renano de Bremen, y se integró a la firma familiar en 1837. En 1842 fue enviado a la sucursal de la firma en Manchester y paso veinte meses en Inglaterra. Durante ese tiempo visitó Londres, Oldham, Rochdale, Ashton, Leed, Bradford y Huddersfield, al igual que Manchester. Tuvo así un conocimiento directo de los oficios vinculados a la industria textil, pero fuera de eso no tuvo conocimiento alguno de primera mano de las condiciones imperantes en Inglaterra. Por ejemplo, no sabía nada sobre minería y nunca bajó a una mina, no sabía nada sobre los distritos o el trabajo rurales. Sin embargo dedica dos capítulos enteros a “*Los mineros*” y a “*El proletariado de la tierra.*”

En 1958 dos eruditos muy minuciosos, W. O. Henderson y W. H. Challenger, tradujeron nuevamente y prepararon una edición anotada del libro de Engels, y estudiaron sus fuentes y el texto original de todas sus citas.²² El resultado de este análisis fue destruir el valor histórico objetivo del libro y reducirlo a las proporciones de lo que indudablemente era: una obra polémica política, un trabajo panfletario, una diatriba. Engels le escribió a Marx mientras trabajaba en el libro: “Ante el tribunal de la opinión pública acuso a las clases medias inglesas de asesinato en masa, robo al por mayor, y todos los demás delitos existentes.”²³

Esto prácticamente resume el libro: era la presentación del caso hecha por el fiscal. Buena parte del libro, incluido todo el estudio de la época precapitalista y de las primeras etapas de la industrialización, no se basó en fuentes directas, sino en unas pocas fuentes secundarias de valor dudoso, en especial La población manufacturera de Inglaterra (1833), un trabajo teñido de la mitología romántica que intentaba demostrar que el siglo XVIII había sido la edad dorada de los pequeños agricultores o artesanos ingleses. Lo cierto es que la Comisión Real designada para informar sobre el trabajo de los niños en 1842 llegó a la conclusión indudable de que las condiciones laborales en

²¹ *Capital* págs.240, nota 3.

²² W. O. Henderson y W.H. Challoner (Trad. Y eds.), *Engel's Condition of the Working Class in England* (Oxford, 1958)

²³ Engels a Marx, 19 de noviembre de 1844, *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe* (Moscú, 1927-35), parte 1, III (1929)

los pequeños talleres y chozas eran mucho peores que las imperantes en las nuevas hilanderías de Lancashire. Las fuentes directas impresas a las que recurrió Engels estaban atrasadas en cinco, diez, veinte, veinticinco o hasta cuarenta años, pese a que generalmente las presentaba como contemporáneas. Al dar las cifras sobre nacimientos de niños ilegítimos atribuidos a los turnos de trabajo nocturno, dejó a un lado que éstas databan de 1801. Citó un trabajo sobre obras de salubridad pública en Edimburgo sin informar a sus lectores que habían sido escritos en 1818. En muchas ocasiones omitió hechos y acontecimientos que invalidaban completamente sus datos desactualizados.

No siempre queda en claro si las tergiversaciones de Engels son un engaño deliberado para el lector o un autoengaño. Pero a veces el engaño claramente voluntario. Utilizó pruebas de las malas condiciones de trabajo descubiertas por la Comisión de Investigación sobre las fábricas (*Factories Enquiry Comisión*) de 1833 sin informar a los lectores que la Ley de Fábricas (*Factory Act*) de Lord Althorp de 1833 había sido sancionada y aplicada desde mucho tiempo atrás precisamente para eliminar las condiciones que el informe describía. Recurrió al mismo engaño al utilizar una de sus fuentes principales, el trabajo del doctor J.P.Kay Condiciones físicas y morales de las clases trabajadoras empleadas en la manufactura de algodón den Manchester (1832), que había contribuido a producir reformas fundamentales en las medidas sanitarias de los gobiernos locales; Engels no las menciona. Interpretó falsamente o no tuvo en cuenta las estadísticas penales cuando no apoyaban su tesis. En verdad, constantemente y a sabiendas suprime hechos que contradicen su argumentación o demuestran la inexistencia de una supuesta “iniquidad” que él busca denunciar. La confrontación cuidadosa de las citas que hace Engels de sus fuentes secundarias muestra que éstas a menudo están truncadas, condesadas, mutiladas o deformadas, pero sin excepción puestas entre comillas como si fueran una transcripción literal.

A todo lo largo de la edición del libro hecha por Henderson y Challoner, las notas a pie de página conforman un catálogo de las deformaciones y falsedades de Engels. Tomando en consideración una sola parte, el Capítulo Séptimo, que lleva por título “El proletariado”, las falsedades, incluidos errores de hecho y de transcripción, aparecen en las páginas 152, 155, 157, 159, 160, 163, 165, 167, 168, 170, 172, 174, 178, 179, 182, 185, 186, 188, 189, 190, 191, 194 y 203.²⁴

No es posible que Marx no fuera consciente de las debilidades, en verdad, falsedades, del libro de Engels, ya que muchas de ellas fueron denunciadas en detalle en 1848 por el economista alemán Bruno Hildebrand en una publicación que Marx conocía.²⁵ Más aún, Marx mismo se hace cómplice de las tergiversaciones de Engels al omitir informar al lector sobre las enormes mejoras que trajo el cumplimiento de las leyes de Fábricas (*Factory Acts*) y otras leyes correctoras posteriores a la publicación del libro, y que tuvieron efecto precisamente sobre las condiciones que habían puesto de relieve. De todos modos, Marx usó las fuentes escritas directas y secundarias con la misma actitud de grosero descuido, deformación tendenciosa y deshonestidad lisa y llana que caracterizaba la obra de Engels.²⁶ Lo cierto es que a menudo colaboraron en el engaño, aunque de los dos, Marx fue el falsificador más audaz. Hay un caso especialmente flagrante en el que se superó a sí mismo. Fue en el así llamada “Discurso inaugural” de la Asociación Internacional de Trabajadores fundada en septiembre de 1864. Con el objeto de sacudir a la clase trabajadora inglesa de su apatía, y deseo por

²⁴ Henderson y Challoner, Apéndice V, del *Report on the Operation of the Poor Laws*, 1833, del doctor Loudon, da ejemplos típicos de las citas erróneas de Engels que tienen como efecto distorsionar seriamente lo que quiere decir Loudon.

²⁵ *Nationalökonomie der Gegenwart und Zukunft*, I Frankfurt 1848, págs. 155-61, 170-241

²⁶ Para un análisis general de los métodos de Marx ver Leslie R. Page, *Karl Marx and the Critical Examination of his Works* (Londres, 1987)

eso de demostrar que el nivel de vida estaba en descenso, adulteró deliberadamente una oración del mensaje de 1863 de W. E. Gladstone sobre el presupuesto. Lo que dijo Gladstone, refiriéndose al incremento de la riqueza nacional, fue: “Vería casi con aprensión y dolor este embriagador acrecentamiento de riqueza y poderío si creyera que está circunscrito a la clase acomodada”. Pero “La condición media del obrero inglés, es una felicidad saberlo, ha mejorado en los últimos veinte años a un grado que sabemos extraordinario, y que podemos calificar como sin paralelo en la historia de cualquier país y de cualquier época.”²⁷ Marx le hace decir en su mensaje: “Este acrecentamiento embriagador de riqueza y poderío está completamente circunscrito a las clases de propietarios” Dado que lo que Gladstone dijo era cierto, confirmado por un enorme volumen de pruebas estadísticas, y dado que de todos modos era bien conocido que estaba obsesionado por la necesidad de que la riqueza fuese destituida lo más ampliamente posible, resultaría difícil imaginar una distorsión mas inconcebible del significado de sus palabras. Marx dio como su fuente al diario Morning Star, pero el Star, al igual que otros diarios y el Hansard, citan las palabras de Gladstone correctamente. El error de cita de Marx fue señalado. Sin embargo lo repitió en *El Capital* con otras discrepancias, y cuando el falseamiento fue de nuevo señalado derramó un torrente de tinta destinado a confundir.

Él, Engels, y luego su hija Eleonora estuvieron envueltos en la riña durante veinte años, tratando de defender lo indefendible. Ninguno de ellos quiso admitir el claro falseamiento inicial, y el resultado de la polémica es que se trata de una cuestión opinable. No es así. Marx sabía que Gladstone nunca dijo semejante cosa y el engaño fue deliberado.²⁸ No fue el único. Marx falseó de modo similar citas de Adam Smith.²⁹

El uso incorrecto constante de las fuentes por parte de Marx llamó la atención de dos investigadores de Cambridge en la década de 1880. Trabajando sobre la edición francesa revisada de *El Capital* (1872-75), escribieron un artículo para el *Cambridge Economic Club* “Comentario sobre el uso de los Libros Azules” por Karl Marx en el Capítulo Quince de *El Capital* (1885).³⁰ Dicen que primero cotejaron las referencias de Marx “para obtener una información más completa sobre ciertos puntos”, pero al quedar sorprendidos por el “número creciente de discrepancias” se decidieron a estudiar “la magnitud y la importancia de los errores tan claramente existentes”. Descubrieron que las diferencias entre los textos de los Libros Azules y las cita de Marx no eran simplemente el resultado de la inexactitud, sino que “mostraban señales de una influencia distorsionante.” En una clase de casos encontraron que las citas a menudo habían sido “convenientemente abreviadas por medio de la omisión de pasajes que bien podrían oponerse a las conclusiones a las que Marx trataba de llegar”. Otra categoría “consiste en organizar citas ficticias a partir de enunciados aislados pertenecientes a diferentes partes de un informe. Luego éstas son impuestas al lector entre comillas como teniendo todo el peso de citas tomadas textualmente de los mismo Libros Azules”. Sobre un tema, la máquina de coser, “usa los Libros Azules con una temeridad pasmosa... para probar precisamente lo contrario de lo que éstos en realidad comprueban”. Su conclusión fue que la evidencia podría “no ser suficiente para respaldar una acusación de falseamiento deliberado” pero no permitía dudar de que mostraban “una desaprensión casi criminal en el uso de las fuentes” y justificaba poner cualquier “parte de la obra de Marx bajo sospecha”.³¹

²⁷ Como informaron siete periódicos de Londres, 17 de abril de 1863.

²⁸ Ver David F. Felix, *Marx as Politician* (Londres, 1983), págs. 161-162,269-70.

²⁹ *Ibid.*, pág. 147

³⁰ Para esto ver Page, págs. 46-49

³¹ Ver también Felix y Chushichi Tsuzuki: *The Life of Eleanor Marx, 1855-98: A Socialist Tragedy* (Londres, 1967)

La verdad es que hasta la investigación más superficial sobre el uso que Marx hace de las pruebas le obliga a uno a considerar con escepticismo todo lo que escribió que dependiera de factores fácticos. Nunca se puede confiar en él. Todo el Capítulo Octavo, clave de *El Capital*, es una falsificación deliberada y sistemática para probar una tesis que el examen objetivo de los hechos demostró insostenible. Sus atentados contra la verdad caen dentro de cuatro categorías. Primero, usa material desactualizado porque el material actualizado no brinda apoyo a lo que quiere demostrar. Segundo, elige ciertas industrias en las que las condiciones eran particularmente malas como típicas de El capitalismo. Esta trampa era especialmente importante para él porque de no hacerla no hubiera podido en absoluto escribir el Capítulo Octavo. Su tesis era que El capitalismo genera condiciones que empeoran permanentemente; cuanto más capital se emplea peor debían ser tratados los trabajadores para obtener ganancias adecuadas.

La evidencia que cita ampliamente para justificarla proviene casi toda de empresas pequeñas, ineficientes, con poca inversión de capital, que se desempeñaban en industrias arcaicas que en su mayor parte eran precapitalistas, por ejemplo la alfarería, el vestido, herrería, panaderías, fósforos, papel de empapelar, encajes. En muchos de los casos específicos a que recurre (el de las panaderías es uno de ellos) las condiciones de trabajo eran malas, pero precisamente porque la empresa no había podido incorporar maquinaria por carecer de capital. De hecho a lo que Marx se refiere es a un estado de cosas precapitalista, sin tener en cuenta al mismo tiempo la verdad que no podía dejar de ver: a mayor capital menor penuria. Allí donde se ocupa realmente en serio de una industria moderna con un alto aporte de capital se encuentra con una carencia de pruebas. Otro ejemplo lo encontramos cuando trata la industria del acero: se ve obligado a apoyarse en comentarios añadidos (“¡Qué franqueza cínica!”, “¡Qué palabrería hipócrita!”), y respecto a los ferrocarriles se ve llevado a hacer uso de recortes periodísticos amarillentos por el tiempo de viejos accidentes (“nuevos desastres ferroviarios”); su tesis requería demostrar que la relación entre accidentes y pasajero/milla era cada vez más alta, mientras que por el contrario caía en forma notable y para el momento en que se publicó *El Capital* los ferrocarriles, se estaban convirtiendo ya en el sistema de transporte masivo más seguro en la historia del mundo.

En tercer lugar, haciendo uso de los informes del cuerpo de inspectores de fábricas, Marx cita ejemplos de condiciones deficientes y de maltrato de los trabajadores como si fueran el resultado normal e inevitable del sistema. En realidad se trataba de lo que los inspectores mismos llaman culpa del “propietario fraudulento de hilanderías”, para cuya detección y enjuiciamiento habían sido designados y por ello estaba en proceso de ser eliminado. En cuarto lugar, el hecho de que la evidencia principal de Marx provenía de esta fuente, el cuerpo de inspectores, pone al descubierto la mayor de todas sus trampas. Su tesis era que el capitalismo, por su misma naturaleza, era incorregible y, más aún, que en las miserias que hacía sufrir a los trabajadores el estado burgués era su socio, ya que el estado, escribió, “es un comité ejecutivo para la gestión de los asuntos de la clase gobernante como un todo”. Pero si eso fuera cierto, el Parlamento nunca hubiera aprobado las leyes de fábricas, y tampoco el estado se hubiera dedicado a hacerlas cumplir. Virtualmente todos los hechos de Marx, selectivamente presentados (y a veces falseados) como lo fueron, provinieron de los esfuerzos del estado (inspectores, tribunales, jueces de paz) por mejorar las condiciones, lo cual implicaba necesariamente sacar a la luz y castigar a quienes eran responsables por las malas condiciones. Si el sistema no hubiese estado en proceso de reformarse, cosa que según el razonamiento de Marx era imposible, *El Capital* no podría haber sido escrito. Como no tenía ganas de hacer investigación de campo alguna, se vio obligado a apoyarse justamente en las pruebas de aquellos a quienes denominaba “la clase

gobernante”, que estaban tratando de enderezar las cosas y tenían en su tarea un éxito creciente.

Es así como Marx tuvo que distorsionar su fuente principal de evidencia, o de lo contrario abandonar su tesis. El libro era, y es, deshonesto en su estructuración. Lo que Marx no pudo o no quiso aprehender, porque no hizo ningún esfuerzo por comprender cómo funcionaba la industria, fue que desde los albores de la revolución industrial (1760-1790), los productores más eficientes, que tenían amplio acceso al capital, habitualmente favorecían mejores condiciones para sus trabajadores; por lo tanto tendían a apoyar la legislación sobre fábricas y, lo que resultaba igualmente importante, que se hicieran cumplir en la práctica, porque eliminaba lo que ellos consideraban competencia desleal. De modo que las condiciones mejoraban, y porque mejoraron las condiciones los trabajadores no se levantaron, contra lo predicho por Marx. El profeta se vio así frustrado. Lo que surge de una lectura de *El Capital* es su fracaso básico para entender el capitalismo. Fracasó justamente porque no fue científico: no se ocupaba de investigar los hechos él mismo, o de emplear objetivamente los hechos estudiados por otros. Del principio al fin no sólo *El Capital*, sino toda su obra refleja una falta de interés por la verdad que por momentos llega a ser desdén. Esa es la razón fundamental de por qué el marxismo en tanto sistema no puede producir los resultados que se le adjudican. Y calificarlo como “científico” es absurdo.

Entonces, si Marx, pese a su apariencia de erudito, no estaba motivado por el amor a la verdad, ¿cuál era la fuerza que le impulsaba? Para descubrirlo debemos hacer un estudio mucho más profundo de sus características personales. Es un hecho, y en cierto sentido lamentable, que obras gigantescas del intelecto no surgen del obrar abstracto del cerebro y de la imaginación. Tienen sus raíces más profundas en la personalidad. Marx es un ejemplo sobresaliente de este principio. Ya hemos tratado la presentación de su filosofía como la amalgama de su visión poética, su habilidad periodística y su academicismo. Pero también puede mostrarse que su contenido real puede relacionarse con cuatro aspectos de su carácter: su gusto por la violencia, su apetito de poder, su incapacidad de administrar dinero y, sobre todo, su tendencia a explotar a quienes le rodeaban.

El elemento de violencia siempre subyacente en el marxismo y constantemente puesto en evidencia por la conducta de los regímenes marxistas fue una proyección de lo que este hombre era. Marx vivió su vida en un clima de gran violencia verbal, estallando periódicamente en enfrentamientos violentos y a veces ha llegado a la agresión física. Las peleas de familia de Marx fueron casi lo primero que le llamó la atención en él a su futura esposa Jenny von Westphalen. En la universidad de Bonn, la policía le arrestó por tener una pistola y casi le expulsan. De los archivos de la universidad surge que intervino en enfrentamientos de estudiantes, tuvo un duelo y recibió un tajo sobre el ojo izquierdo. Sus enfrentamientos con su familia ensombrecieron los últimos años de la vida de su padre, y en su momento llevaron a una ruptura completa con la madre.

Una de las primeras cartas de Jenny que se conservan dice: “Por favor, no escribas con tanto resentimiento y fastidio”, y resulta evidente que muchas de sus incesantes peleas surgían de su forma agresiva de expresarse al escribir y más aún al hablar, en este último caso a menudo agravada por el alcohol. Marx no era un alcohólico, pero bebía con regularidad, frecuentemente en abundancia, y a menudo se embarcaba en rachas de bebida. Su problema fue en parte que, desde que promedió los veinte, Marx fue siempre un exiliado que vivió casi exclusivamente en comunidades de expatriados, principalmente alemanes, en ciudades extranjeras. Raramente buscó relaciones fuera de ellas y nunca trató de integrarse. Además los expatriados con los que se reunía siempre

constituían ellos mismos un grupo muy cerrado interesado por entero en la política revolucionaria. Esto de por sí explica la visión con orejeras que tuvo Marx de la vida, y sería difícil imaginar un entorno más apto para estimular su natural peleador, ya que esos círculos son conocidos por sus peleas feroces. Según Jenny, las peleas fueron perpetuas salvo en Bruselas. En París sus reuniones editoriales en la Rue de Moulins tenían que realizarse con las ventanas cerradas para que fuera la gente no oyera el griterío interminable.

Estas peleas sin embargo no carecían de propósito. Marx se peleó con todas las personas con las que se asoció, desde Bruno Bauer en adelante, a menos que lograra dominarlos por completo. El resultado es que hay muchas descripciones, generalmente hostiles, de un Marx enfurecido en acción. El hermano de Bauer hasta escribió un poema sobre él: “Tipo moreno de traer despotricando enfurecido/su endemoniado puño está cerrado, ruge sin parar, como si diez mil diablos lo retuvieran por el pelo.”³² “Marx era bajo, corpulento, de cabellera y barba negras, de piel cetrina (sus hijos le llamaban “Moor”) y usaba un monóculo de estilo prusiano. Pavel Annenkov, que le vio en el “juicio” a Weitling, describió su “espesa melena negra, sus manos velludas y su levita mal abotonada; carecía de modales, era orgulloso y ligeramente despectivo”; su “voz penetrante, metálica, era la adecuada para los juicios contundentes que continuamente emitía sobre los hombres y las cosas”; todo lo que decía tenía un “tono chocante”.³³ Su obra favorita de Shakespeare era Troilo y Creusa, que le deleitaba por la violencia de los insultos que intercambiaban Ajax y Tersites. Le gustaba citarlos, y la víctima de un pasaje (“Señor, con esa mente empapada no tienes más cerebro en la cabeza que el que yo tengo en el codo”) fue su compañero revolucionario Kart Heinzen, que se desquitó haciendo un retrato memorable del hombrecito enojado. Encontraba a Marx “de una suciedad intolerable”, un “cruce entre gato y mono”, con “el cabello negro como el carbón despeinado, y un cutis amarillo y sucio”. Era, según él, imposible decir si sus ropas y cutis eran naturalmente color de barro o estaban sucias. Tenía ojos pequeños, fieros y maliciosos, “que escupían chispas de fuego perverso”; tenía la costumbre de decir: “Voy a aniquilarle.”³⁴

De hecho, Marx pasaba mucho tiempo preparando complejas carpetas de datos sobre sus rivales y enemigos políticos y no tenía ningún escrúpulo en pasarlas a la policía si esto le ayudaba a él.

Las grandes peleas públicas, como por ejemplo en la reunión de la Internacional en La Haya en 1872, presagiaron los *réglements des comptes* de la Rusia soviética: no hay nada en la época de Stalin que no estuviera preanunciado a la distancia en la conducta de Marx. En alguna ocasión se llegó hasta a derramar sangre. Marx fue tan ofensivo en su pelea con August von Willich en 1850 que éste le retó a duelo. Marx, pese a haber sido duelista, dijo que “no participaría en las diversiones de los oficiales prusianos”, pero no hizo nada por evitar que su joven asistente, Honrad Schramm, tomara su lugar, aunque jamás en su vida había utilizado una pistola y Willich era un tirador excelente. Schramm quedó herido. El padrino de Willich en esta ocasión fue un colaborador particularmente siniestro de Marx, Gustav Techow, odiado por Jenny con justa razón, que había matado por lo menos a un camarada revolucionario y acabó ahorcado por asesinar a un oficial de policía. El propio Marx no rechazaba la violencia ni el terrorismo cuando convenía a sus tácticas. Dirigiéndose al gobierno prusiano en 1894, amenazó: “Somos despiadados y no les pedimos piedad a ustedes. Cuando nos

³² Payne, pág. 81

³³ *Ibid.*, pág. 134

³⁴ La versión de Heinzen se publicó en Boston en 1864; citada en Payne, pág. 155

llegue el turno no disfrazaremos nuestro terrorismo.”³⁵ Al año siguiente, el “Plan de Acción” que había distribuido en Alemania estimulaba específicamente la violencia: “Lejos de oponernos a los así llamados excesos, esos ejemplos de la venganza popular contra individuos o edificios públicos odiados que implican recuerdos odiosos, no sólo debemos perdonarlos, sino ayudarlos.”³⁶ En ocasiones estaba dispuesto a tolerar el asesinato, siempre que fuera efectivo. Un compañero revolucionario, Maxim Kovalevsky, que estaba presente cuando Marx recibió la noticia del fallido intento de asesinar al emperador Guillermo I en la Unter den Lindern en 1878, relata su furia, “apilando maldiciones sobre este terrorista que no había tenido éxito en su acto de terrorismo.”³⁷ Que Marx, una vez en el poder, habría sido capaz de una gran violencia y crueldad parece seguro. Pero por cierto nunca estuvo en una posición en que pudiera realizar una revolución en gran escala, violenta o no, y su rabia reprimida pasó entonces a sus libros, que siempre tienen un tono de intransigencia y extremismo. Muchos pasajes dan la impresión de haber sido escritos realmente en un ataque de furia. En su debido momento, Lenin, Stalin, y Mao Tse Tung practicaron en una escala desmesurada la violencia que Marx sintió en su corazón y que sus obras rezuman.

Es imposible saber cómo veía Marx la moralidad de sus actos, si distorsionando la verdad o estimulando la violencia. En un sentido era un ser fuertemente moral. Estaba lleno de un deseo ardiente de crear un mundo mejor. Sin embargo puso en ridículo a la moralidad en La ideología alemana; argumentó que no era “científica” y podía ser un obstáculo para la revolución. Parece que pensó que sería dejada de lado como resultado del cambio cuasi metafísico en el comportamiento humano que produciría la llegada del comunismo.³⁸ Como muchos individuos egocéntricos, tendía a pensar que las leyes morales no se le aplicaban a él, o más bien a identificar sus intereses con la moralidad como tal. Es evidente que llegó a ver los intereses del proletariado como coincidentes con sus propias opiniones.

El anarquista Michael Bakunin observó que sentía “una profunda devoción por la causa del proletariado, aunque siempre hubo en ella una mezcla de vanidad personal”.³⁹ Siempre fue un ególatra; una carta juvenil, larguísima, dirigida a su padre, que ha quedado, en realidad está escrita para y sobre sí mismo.⁴⁰ Los sentimientos y las opiniones de los demás nunca le interesaron ni preocuparon demasiado. Tenía que dirigir, sin ayuda, cualquier empresa que intentara. Sobre su trabajo como director de la *Neue Rheinische Zeitung*, Engels observó: “La organización del personal editorial era simplemente una dictadura de Marx.”⁴¹ No tenía ni tiempo para la democracia ni interés en ella, salvo en el sentido especial y perverso que le daba; cualquier tipo de elección le resultaba odioso; en su actividad como periodista consideraba las elecciones generales de Inglaterra como meras orgías de bebida.⁴²

En los testimonios sobre los propósitos y el comportamiento político de Marx, tomados de diferentes fuentes, aparece la palabra “dictador” un número notable de veces. Annenkov le llamó “la personificación de un dictador democrático” (1846). Un agente de policía prusiano, de una inteligencia inusual, que informó sobre él en Londres, observó: “El rasgo dominante en su temperamento es una ambición ilimitado y amor del poder...es soberano absoluto en su partido... hace todo por su cuenta, da

³⁵ *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, vol. VI, págs. 503-5

³⁶ *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, vol. II, pág. 239

³⁷ Payne, pág. 475 nota

³⁸ Stephan Lukes, *Marxism and Morality* (Oxford, 1985), págs. 3 ss.

³⁹ Citadell en David McLellan, *Karl Marx: His Life and Thought* (Londres, 1973).

⁴⁰ Payne. Págs. 50 ss.

⁴¹ *Marx-Engels, Collected Works*, vol. II, págs. 330-31

⁴² *Marx, On Britain* (Moscú, 1962), pág. 373

órdenes bajo su propia responsabilidad y no soporta contradicciones.” Techow (el siniestro padrino de duelo de Willich), que una vez logró que Marx se emborrachara y se confiara a él, hace un brillante retrato: Era un “hombre de notable personalidad” con “una superioridad intelectual poco común” y si su corazón hubiese igualado al intelecto y hubiera tenido tanto amor como odio, hubiera puesto mis manos en el fuego por él”. Pero “le falta la nobleza de alma. Estoy convencido de que una peligrosa ambición personal ha corroído todo lo que había de bueno en él... adquirir poder personal es la meta de todos sus esfuerzos.” El juicio final que hace Bakunin de Marx es del mismo tenor: “Marx no cree en Dios pero cree mucho en sí mismo y hace que todos le sirvan. Tiene el corazón lleno, no de amor, sino de amargura, y siente muy poca compasión por la raza humana”⁴³

La ira habitual de Marx, sus hábitos dictatoriales y su amargura reflejaban sin duda su justificada conciencia de poseer grandes talentos y su intensa frustración ante su incapacidad para ejercerlos de manera más efectiva. Cuando era joven llevó una vida bohemia, a menudo ociosa y disipada; al llegar a la madurez todavía le resultaba difícil trabajar con sensatez y sistemáticamente, a menudo se quedaba charlando toda la noche, y luego pasaba casi todo el día echado medio dormido en el sofá. Más adelante observó horarios más regulares, pero nunca fue disciplinado en su trabajo. Sin embargo, la menor crítica le ofendía. Uno de los rasgos que compartió con Rousseau fue su tendencia a pelearse con amigos y benefactores, en especial si le daban buenos consejos. Cuando su leal colega el doctor Ludwin Kugelmann sugirió en 1874 que no encontraría ninguna dificultad para terminar *El Capital* si tan sólo organizaba su vida un poco mejor, Marx rompió con él para siempre y le sometió a ataques implacables.⁴⁴

Su furioso egoísmo tenía raíces físicas tanto como psicológicas. Llevaba una vida peculiarmente malsana, hacía poco ejercicio, comía alimentos muy condimentados, a menudo en gran cantidad, fumaba en exceso, bebía mucho, sobre todo cerveza fuerte, y como resultado tenía constantes problemas con su hígado. Pocas veces se bañaba o se lavaba mucho. Esto, sumado a la dieta inadecuada, quizá explique la verdadera plaga de forúnculos que padeció durante un cuarto de siglo. Eso aumentaba su irritabilidad natural; su peor momento parece que fue cuando escribía *El Capital*. “Pase lo que pase”, escribió amargamente a Engels, “espero que, mientras yo exista, la burguesía tendrá motivo para acordarse de mis forúnculos.”⁴⁵ Estos diferían en número, tamaño e intensidad, pero en uno u otro momento aparecían en cualquier parte del cuerpo, incluso mejillas, el caballete de la nariz, las nalgas, lo que significaba no poder escribir, y el pene. En 1873 le provocaron una postración nerviosa caracterizada por temblores y enormes estallidos de furia.

Más importante para su ira y su frustración, y subyacente quizá en las raíces mismas de su odio por el sistema capitalista, fue su grotesca incompetencia en el manejo del dinero. Cuando era joven le llevó a los prestamistas a altas tasas de interés, y un apasionado odio hacia la usura fue la verdadera dinámica emocional de toda su filosofía moral. Explica por qué dedicó tanto tiempo y espacio al tema, por qué toda su teoría de las clases tiene sus raíces en el antisemitismo, y por qué incluyó en *El Capital* un largo y violento pasaje en el que acusa a la usura que recogió de una de las diatribas antisemitas de Lucero.⁴⁶

Los problemas de dinero que tuvo Marx comenzaron en la universidad y duraron toda su vida. Surgen esencialmente de una actitud infantil. Marx pedía dinero prestado

⁴³ Payne, págs. 251 ss.; Michael Bakunin, *Oeuvres* (París, 1908).

⁴⁴ Por ejemplo, *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, vol. XXXIII, pág. 117

⁴⁵ *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, vol. XXXI, pág. 305

⁴⁶ Figura como nota en *Capital*, vol. I, II, VII Capítulo 22.

incautamente, lo gastaba, y luego se asombraba invariablemente cuando tenía que pagar las cuentas fuertemente descontadas, más el interés. Veía la imposición del interés, esencial como es en cualquier sistema basado en *El Capital*, como un crimen de lesa humanidad, y como la base de la explotación del hombre por el hombre que su sistema total tenía la intención de eliminar. Esto era en términos generales, pero en el contexto particular de su propio caso reaccionaba ante sus dificultades explotando él mismo a quienquiera tuviese a mano, y en primer lugar a su familia. El dinero domina su correspondencia familiar. La última carta de su padre reitera la queja de que Marx era indiferente a su familia salvo cuando quería su ayuda, y se queja: “Estás ahora en el cuarto mes de tu curso de abogacía y ya has gastado 280 thalers. No he ganado tanto en todo el invierno”.⁴⁷ A los tres meses había muerto. Marx no se molestó en asistir al entierro. En cambio empezó a presionar a su madre. Ya había agotado el sistema de vivir de préstamos que le hacían sus amigos y de arrancar sumas periódicas a su familia con engaños. Argumentaba que la familia “era muy rica” y tenía el deber de sostenerle en su importante tarea. Aparte de su periodismo intermitente, que tenía un propósito más político que de ganar dinero, Marx nunca intentó seriamente conseguir un trabajo, aunque una vez, en septiembre de 1882, solicitó un empleo en Londres, como empleado del ferrocarril, pero no le aceptaron porque su caligrafía era mala.

La renuncia de Marx a seguir una carrera parece que fue el motivo principal de que su familia no se mostrara dispuesta a responder a sus peticiones de limosnas. La madre no sólo se negó a pagar deudas, convencida de que si lo hacía sólo contraería otras, sino que por fin cortó con él. A partir de entonces sus relaciones fueron mínimas. A ella se le atribuye el amargo deseo de que “Karl acumulara capital en vez de sólo escribir sobre él”.

De todos modos, de una u otra manera, Marx consiguió grandes sumas de dinero por herencia. La muerte de su padre le tajo 6.000 francos de oro, que en parte gastó para organizar a obreros belgas. La muerte de la madre le trajo menos de lo que esperaba, pero esto fue porque había anticipado el legado pidiéndole prestado a su tío Philips. También recibió una suma importante de la sucesión de Wilhelm Wolf. En 1864. Otras sumas le llegaron a través de su esposa y su familia (ella también había llevado como parte de su dote un servicio de mesa de plata con el escudo de armas de sus antepasados Argyll, cubiertos y lencería con corona). Entre los dos recibieron bastante dinero, que, invertido con sensatez, les hubiese proporcionado un bienestar, y en ningún momento sus ingresos fueron de menos de 200 libras anuales, tres veces el sueldo promedio de un obrero calificado. Pero ni Marx ni Jenny tenían el menor interés en el dinero salvo para gastarlo. Tanto las herencias como los préstamos se fueron en bagatelas, y nunca tuvieron un penique de sobra. De hecho, siempre estuvieron en deuda, a veces seriamente, y el juego de mesa de plata iba periódicamente al Montepío junto con muchas otras cosas, incluso ropa de la familia. En cierto momento sólo Marx podía salir a la calle, porque le quedaba un par de pantalones. La familia de Jenny, como la de Marx, se negó a prestar más ayuda a un yerno, que consideraban un haragán e imprevisor sin remedio. En marzo de 1851, Marx le escribió a Engels para anunciarle el nacimiento de una hija, y se quejaba: “Literalmente no tengo un penique en la casa.”⁴⁸

En ese entonces, está claro, Engels era el nuevo sujeto a explotar. Desde mediados de la década del cuarenta, cuando se conocieron, hasta la muerte de Marx, Engels fue la principal fuente de ingresos para la familia de Marx. Es probable que les diera más de la mitad de lo que ganaba. Pero es imposible computar el total porque durante un cuarto de siglo lo proveyó en sumas irregulares, creyendo en la repetida promesa de Marx que,

⁴⁷ Citado en Payne, pág. 54.

⁴⁸ *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, vol XXVII, pág. 227

siempre que le llegara la próxima donación, pronto se pondría al día. La relación fue de explotación por parte de Marx y totalmente desigual, ya que siempre era el socio principal y a veces imperioso. Sin embargo, en cierto sentido extraño se necesitaban el uno al otro, como una pareja de comediantes incapaces de actuar por separado, protestando con frecuencia pero siempre unidos. La sociedad casi se disuelve en 1863 cuando Engels sintió que las insensibles peticiones de Marx habían ido demasiado lejos. Engels mantenían dos casas en Manchester, una para recibir por negocios, y una para su amante, Mary Burns.

Cuando ella murió Engels quedó profundamente desolado. Se enfureció al recibir una fría carta de Marx (de fecha 6 de enero de 1863) en la que después de mencionar brevemente su pérdida se dedicaba de inmediato al tema más importante de pedirle dinero.⁴⁹ Nada ilustra mejor el inflexible egoísmo de Marx. Engels le contestó con frialdad, y el incidente casi termina la amistad. De alguna manera, nunca volvió a ser lo mismo, porque le hizo ver a Engels las limitaciones del carácter de Marx. Parece que decidió entonces que Marx nunca sería capaz de conseguir un empleo o mantener a su familia o, de hecho, poner en algún orden sus asuntos. Lo único que se podía hacer era pagarle una cantidad regularmente. Entonces, en 1869, Engels vendió el negocio, asegurándose para él una renta de algo más de 800 libras anuales. De estas 350 fueron para Marx, durante los últimos quince años de su vida, Marx fue el pensionado de un rentier, y gozó de una cierta seguridad. De todos modos, parece que vivió a razón de unas 500 libras anuales, o aún más, disculpándose ante Engels: “incluso visto desde un punto de vista comercial, una organización enteramente proletaria sería inadecuada aquí”.⁵⁰ De ahí que las cartas pidiendo a Engels envíos adicionales continuaran.⁵¹

Pero como es natural las víctimas principales de la imprevisión de Marx y de su renuencia a trabajar fueron su propia familia, sobre todo su esposa. Jenny Marx es una de las figuras más patéticas y trágicas en la historia del socialismo. Tenía el color claro escocés, el cutis pálido, los ojos verdes y el cabello castaño rojizo de su abuela paterna, descendiente del segundo conde de Argyll, muero en Flodden. Era una belleza y Marx la amaba (sus poemas lo prueban), y ella le amó con pasión, librando batallas tanto con su familia como con la de él; se necesitaron muchos años de amargura para que su amor muriera. ¿Cómo pudo un egoísta como Marx inspirar semejante afecto? Creo que la respuesta es que era fuerte y dominante, buen mozo en su juventud y temprana madurez, aunque siempre sucio; y, lo que no es menos, era divertido. Los historiadores prestan poca atención a esta cualidad; a menudo ayuda a explicar un atractivo de lo contrario misterioso (fue una de las ventajas que tuvo Hitler, tanto en privado como orador en público). El humor de Marx era a veces hiriente y salvaje. Sin embargo sus bromas excelentes hacían reír a la gente. Si hubiese carecido de humor, sus numerosas características desagradables le hubiesen privado de adictos totalmente, y sus mujeres le habían dado la espalda. Pero las bromas constituyen el mejor camino para llegar al corazón de las mujeres muy atribuladas, cuyas vidas son aún más duras que las de los hombres. A Marx y a Jenny a menudo se les oía reír juntos, y más adelante fueron los chistes de Marx lo que más le unió a sus hijas.

Marx estaba orgulloso de la noble ascendencia de su esposa (él la exageraba) y de su posición como la hija de un barón y funcionario principal en el gobierno prusiano. Las invitaciones impresas para un baile, que envió en Londres en la década del sesenta, la nombran como “*née von Westphalen*”.

⁴⁹ *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, vol. XXX, pág. 310; la respuesta de Engels en vol. XXX, pág. 312

⁵⁰ *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, Vol. XXXI, pág. 131.

⁵¹ Para más información sobre las finanzas de Marx, ver David McLellan, *Karl Marx Interviews and Recollections* (Londres, 1981) y su *Karl Marx: The Legacy* (Londres, 1983); Fritz J. Raddatz, *Karl Marx: A Political Biography* (trad., Londres, 1979)

A menudo afirmaba que se llevaba mejor con los aristócratas genuinos que con la burguesía codiciosa (palabras, según testigos que pronunciaba con peculiar desprecio áspero). Pero Jenny, una vez que la horrible realidad del matrimonio con un revolucionario sin posición y sin trabajo se le presentó con toda claridad, hubiese gustosamente aceptado una existencia burguesa por insignificante que fuese. Desde el comienzo de 1848 y durante por lo menos los diez años siguientes, su vida fue una pesadilla. El 3 de marzo de 1848 estaba en la indigencia. El mes siguiente le confesó a un amigo: “ya la última joya de mi mujer ha ido camino del Montepío”⁵² Mantenía su ánimo gracias a un absurdo y perenne optimismo revolucionario, y le escribió a Engels: “A pesar de todo nunca fue tan inminente un colosal estallido del volcán revolucionario como ahora. Detalles más adelante.” Pero ella no tenía ese consuelo y además estaba embarazada. En Inglaterra encontraron seguridad, pero también degradación. Ella ya tenía tres criaturas, Jenny, Laura y Edgar, y tuvo un cuarto, Guy o Guido, en noviembre de 1849. Cinco meses después los desalojaron de sus habitaciones en Chelsea por no pagar el alquiler y los pusieron en la calle ante (escribió Jenny) “toda la gentuza de Chelsea”. Vendieron las camas para pagar al carnicero, al lechero, la farmacéutico y al panadero. Encontraron refugio en una sórdida pensión alemana en Leicester Square y ese invierno el bebé Guido murió allí. Jenny dejó un relato desesperado de esos días, de los que su ánimo y su afecto por Marx nunca se recobraron realmente.⁵³

El 24 de mayo de 1850 el embajador británico en Berlín, el conde de Westmosreland, recibió un informe redactado por un espía inteligente de la policía prusiana que describía con gran detalle las actividades de los revolucionarios alemanes que rodeaban a Marx. Nada transmite con más claridad lo que Jenny tuvo que soportar:

[Marx] lleva la vida de un intelectual bohemio. Lavarse, acicalarse y cambiarse la ropa blanca son cosas que hace raramente, y a menudo está borracho. Si bien pasa días enteros sin hacer nada, es capaz de trabajar día y noche incansablemente, sin cejar, cuanto tiene mucho trabajo que hacer. No tiene hora fija para acostarse o levantarse. A menudo se queda despierto toda la noche y a mediodía se echa enteramente vestido en el sofá, y duerme hasta la noche, sin que le molesta toda esa gente que entra y sale de las habitaciones (sólo había dos)... no hay un solo mueble limpio y entero. Todo está roto, rudo y desgarrado; hay media pulgada de polvo encima de todo y el mayor desorden en todas partes. En medio del [cuarto de estar] hay una gran mesa antigua cubierta con hule y encima manuscritos, libros y periódicos, junto con juguetes de los niños, trapos y jirones del costurero de la esposa, varias tazas con los bordes cachados, cuchillos, tenedores, lámparas, un tintero, vasos, pipas holandesas de arcilla, tabaco, cenizas.... El dueño de un negocio de compraventa se avergonzaría de poner en venta semejante colección de cachivaches.

Cuando se entra a la habitación de Marx el humo y el olor a tabaco hace llorar los ojos... Todo está sucio y cubierto de polvo, de modo que sentarse se convierte en un asunto arriesgado. Hay una silla con tres patas. En otra silla los niños juegan a cocinar. Da la casualidad que esta silla tiene cuatro patas. Es la que le ofrecen a uno, pero no han limpiado lo que los niños han cocinado y si uno se sienta arriesga un par de pantalones.⁵⁴

Este informe, que data de 1850, probablemente describe el punto más bajo de la fortuna familiar. Pro en los años siguientes sufrieron otros golpes. Una hija, Franzisjam nacida en 1851, murió el año siguiente. Edgar, el hijo muy amado, el favorito de Marx al que llamaba Musch (Mosquita), enfermó de gastroenteritis en esas circunstancias sórdidas y murió en 1855, un golpe terrible para los dos, Jenny nunca pudo

⁵² *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, vol. XXVII, pág. 500.

⁵³ *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, vol. XXII., pág. 609.

⁵⁴ Publicado en *Archiv für Geschichte des Socialism* (Berlín, 1922), págs. 56-58; en Payne, pags. 251 ss.

superarlo.”Todos los días”, escribió Marx, “mi mujer me dice que desearía estar en la tumba”... Otra niña, Eleanor, había nacido tres meses antes, pero para Marx no era la misma cosa. Había querido tener hijos y ahora no tenía ninguno; las niñas no tenían importancia para él, salvo como secretarías.

En 1860 Jenny enfermó de viruela y perdió lo que le quedaba de su belleza; desde ese momento hasta su muerte en 1881, se fue desvaneciendo gradualmente en el trasfondo de la vida de Marx, una mujer cansada, desilusionada, agradecida a las pequeñas mercedes; su platería rescatada del Montepío, una casa propia. En 1856 gracias a Engels, la familia pudo mudarse del Soho a una casa alquilada, el 9 de Grafton Terrace, Haverstock Hill; nueve años después, otra vez gracias a Engels, se mudaron a una mucho mejor, el 1 de Maitland Park Road. A partir de entonces nunca tuvieron menos de dos sirvientes. Marx tomó la costumbre de leer *The Times* todas las mañanas. Fue elegido para la Junta Municipal local. Los domingos soleados encabezaba una caminata familiar hasta Hampstead Heath, él dando grandes pasos a la cabeza, la mujer, las hijas y los amigos detrás.

Pero el *embourgeoisement* de Marx llevó a otra forma de explotación, esta vez de sus hijas. Las tres eran inteligentes. Se podría creer que por la infancia agitada y empobrecida que habían soportado como hijas de un revolucionario, habría por lo menos seguido la lógica del radicalismo y las habría estimulado a tener una carrera. De hecho les negó una educación satisfactoria, y se negó a permitirles algún tipo de preparación y prohibió las carreras definitivamente. Como Eleanor, la que más le quería, le dijo a Oliver Schreiner: “durante largos y tristes años se interpuso una sombra entre nosotros”. En cambio retuvo a las niñas en la casa mientras aprendían a tocar el piano y a pintar acuarelas, como las hijas de los comerciantes.

Cuando fueron mayores, Marx todavía hacía ocasionalmente recorridos de tabernas con sus amigos revolucionarios, pero según Wilhelm Liebknecht, se negaba a permitirles que cantaran canciones obscenas en su casa, porque las niñas podrían oírles.⁵

Más tarde no aprobó a los pretendientes de las niñas, que venían de su propio ambiente revolucionario. No pudo, o no quiso, evitar que se casaran, pero dificultó las cosas y su oposición dejó cicatrices. A Paul Lafarque, el marido de Laura, que venía de Cuba y tenía alguna sangre negra, le llamaba “Negrillo” o “El gorila”. Tampoco le gustó Charles Longuet, que se caso con Jenny. En su opinión sus yernos eran idiotas: “Longuet es el último de los prudhonistas y Lafargue el último de los bakunistas... ¡al diablo con los dos!”⁵⁶ Eleanor, la más joven, fue la que más sufrió ante su negativa a permitirles estudiar una carrera y su hostilidad hacia sus pretendientes. Había sido educada para considerar al hombre- es decir, a su padre- como el centro del universo. Quizá no es sorprendente que finalmente se enamorara de un hombre aún más egocéntrico que su padre. Edgard Avelino, escritor y pretendido político de izquierdas, era un tenorio y sablista que se especializaba en seducir actrices. Eleanor quería ser actriz y fue una víctima natural. Por una de esas agudas ironías de la historia, él, Eleanor y George Bernard Shaw tomaron parte en la primera lectura en Londres de *Casa de Muñecas*, de Ibsen, la brillante defensa de la libertad de las mujeres, con Eleanor, leyendo el personaje de Nora. Poco antes de la muerte de Marx se convirtió en la amante de Aveling, y a partir de ese momento fue su sufriente esclava, como su madre Jenny lo había sido a su vez de su padre.⁵⁷

⁵⁵ *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, págs. 102-3

⁵⁶ *Marx-Engels Gesamt-Ausgabe*, págs.102-3.

⁵⁷ Para la familia de Marx ver H.F.Peteres, *Red Jenny: A Life with Karl Marx* (Londres, 1986); Yvonne Kapp, “*Karl Marx’s Children: Family Life 1844-55*” en *Karl Marx: 100 Years On* (Londres, 1983), Págs. 273-305, y su *Eleanor Marx* (2 vols., Londres, 1972).

Marx sin embargo, quizá necesitara a su mujer más de lo que estaba dispuesto a admitir. Después de su muerte en 1881 decayó rápidamente, dejó de trabajar, hizo curas en varios balnearios europeos o viajó a Argelia, Montecarlo y Suiza en busca de sol o aire puro. En diciembre de 1882 se regocijó al comprobar su influencia creciente en Rusia: “En ninguna parte he tenido un éxito más encantador”. Destructivo hasta el final se vanagloriaba de que “me causa satisfacción herir a una potencia que, después de Inglaterra, es el verdadero bastión de la vieja sociedad.” Tres meses después murió con su bata puesta, sentado al lado del fuego. Una de sus hijas, Jenny, había muerto pocas semanas antes. Las otras dos también terminaron trágicamente. Eleanor, con el corazón destrozado por la conducta de su marido, tomó una sobredosis de opio en 1898, posiblemente en un pacto suicida del que él se escabulló. Trece años más tarde Laura y Lafargue también acordaron un pacto suicida, y ambos lo cumplieron.

Quedó sin embargo un extraño superviviente de esta familia trágica, producto del acto más grotesco de explotación personal. En todas sus investigaciones sobre las iniquidades de los capitalistas británicos, encontró muchos ejemplos de obreros mal pagados pero nunca logró descubrir alguno que no recibiera ningún sueldo en absoluto. Sin embargo, el caso se dio en su propio hogar. Cuando llevaba a su familia al paseo formal de los domingos, una figura femenina baja y gorda cerraba la marcha llevando una canasta de picnic y otros bártulos.

Era Helen Demuth, conocida en la familia como “Linchen”. Nacida en 1823, de familia campesina, se había incorporado a la familia von Westphalen cuando tenía ocho años como niñera. Vivía y comía allí, pero no recibía sueldo alguno. En 1845, triste y preocupado por su hija casada, su madre le envió a Lenche, que tenía entonces veintidós años, a Jenny Marx para facilitarle las cosas. Permaneció con la familia Marx hasta su muerte en 1890. Eleanor la describía como “el ser más tierno para los demás, mientras toda su vida fue una estoica para sí misma”⁵⁸ Era una trabajadora empedernida que no sólo cocinaba y fregaba, sino que manejaba el presupuesto familiar, cosa que Jenny era incapaz de hacer. Marx jamás le pagó un penique. En 1850, durante el período más tétrico en la vida de la familia, Lenchen fue la amante de Marx y concibió un hijo. El pequeño Guido acababa de morir, pero Jenny también estaba embarazada otra vez. Toda la familia vivía en dos habitaciones, y Marx tuvo que ocultar el estado de Lenchen no sólo a su mujer, sino también a sus inacabables amigos revolucionarios. Por fin Jenny lo descubrió o hubo que decírselo y, sumado a todas sus desventuras en ese momento, probablemente acabó con su amor por Marx. Lo llamó “un hecho sobre el que no volveré más, porque aumentó muchísimo nuestras penas privadas y públicas”. Esto se encuentra en un esbozo autobiográfico que escribió en 1865, del que se conservan veintinueve a treinta y siete páginas: el resto, que describía sus peleas con Marx, fue destruido, probablemente por Eleanor.⁵⁹

La criatura de Linchen nació en el domicilio del Soho, el 28 de Dean Street, el 23 de junio de 1851.⁶⁰ Fue un varón que registraron con el nombre de Henry Frederick Demuth. Marx se negó a reconocer su responsabilidad, entonces y siempre, y desmintió de plano los rumores de que él era el padre. Puede muy bien ser que quisiera hacer lo mismo que Rousseau y dejar a la criatura en un orfanato, o dalo en adopción. Pero Linchen tenía más carácter que la amante de Rousseau. Insistió en reconocer al niño ella

⁵⁸ Payne, pág. 257.

⁵⁹ Las autoridades soviéticas publicaron su versión expurgada y guardan el manuscrito bajo llave en el Instituto Marx-Engels Lenin de Moscú. Otra versión, posiblemente también censurada, se publicó en Leipzig, 1965

⁶⁰ Para esta y otras fecha en la vida de Marx, ver la presentación cronológica de Maximilien Rubel en *Marx: Life and Works* (trad., Londres, 1890); la existencia del hijo ilegítimo fue revelada por primera vez en W. Blumenber, *Karl Marx: An Illustrated Biography* (1962, trad. Inglesa Londres, 1972)

misma. Lo entraron a una familia de clase obrera llamada Lewis para que lo criara, pero le permitieron que fuera de visita a la casa de los Marx. Sin embargo, le prohibieron que usara la puerta principal y le obligaron a ir a su madre sólo en la cocina. A Marx le aterraba la posibilidad de que se descubriera que era el padre de Freddy y que eso le hiciera un daño fatal como dirigente y profeta de la revolución. En sus cartas sobrevive una oscura regencia al caso: otras fueron suprimidas por diversas manos. Finalmente convenció a Engels de que reconociera a Freddy en privado como una pantalla para disimular en familia. Eso, por ejemplo, fue lo que Eleanor creía. Pero Engels, si bien listo como siempre a someterse a las exigencias de Marx por el bien de la colaboración entre ellos, no estaba dispuesto a llevarse el secreto a la tumba. Engels murió, de cáncer de garganta, el 5 de agosto de 1895; imposibilitado de hablar, pero decidido a que Eleanor (Tussy, como la llamaban) no siguiera creyendo que su padre era inmaculado, escribió en una pizarra: “Freddy es hijo de Marx, Tussy quiere hacer un ídolo de su padre.”

Louise Freyberger, la secretaria y ama de llaves de Engels, escribió una carta a August Bebel, el 2 de septiembre de 1898, en la que le decía que el propio Engels le había contado la verdad, y añadía: “Freddy es ridículamente parecido a Marx y con esa cara típicamente judía y ese cabello negro azulado, en realidad sólo un prejuicio ciego podía encontrar en él algún parecido con el General” (su nombre para Engels). La misma Eleanor aceptó que Freddy era su hermano, y le cobró afecto: han quedado nueve de las caras que le envió.⁶¹ A él no le trajo ninguna suerte, ya que Aveling, su amante, logró que Freddy le prestara sus ahorros de toda su vida y nunca se los devolvió.

Lenchen fue el único miembro de la clase trabajadora que Marx llegó a conocer bien, su único contacto real con el proletariado. Freddy pudo haber sido otro, ya que fue criado como un muchacho de clase obrera, y en 1888, cuando tuvo treinta y seis años, consiguió su ansiado certificado como ingeniero armador calificado. Pasó prácticamente toda su vida en King’s Cross y Hackney y era miembro regular del sindicato de ingenieros. Pero Marx nunca le conoció. Se encontraron una sola vez, posiblemente cuando Freddy bajaba los escalones de la cocina y no tenía idea entonces de que ese filósofo revolucionario era su padre. Murió en enero de 1929, cuando la visión de Marx de la dictadura del proletariado había tomado una forma concreta y terrible, y Stalin, el gobernante que logró el poder absoluto que Marx había ambicionado, acababa de empezar su ataque catastrófico contra el campesinado ruso.

⁶¹ Ver Payne, págs. 538-39

Capítulo 4

HENRIK IBSEN

“¿Al contrario!”

Escribir es siempre difícil. La escritura creativa es una tarea intelectual de las más difíciles. La innovación creativa, en especial en escala fundamental, requiere un grado de concentración y energía aún más excepcional. Pasar toda una vida de trabajo empujando continuamente las fronteras de su arte hacia delante implica un nivel de autodisciplina y laboriosidad intelectual que pocos escritores han llegado a poseer. Sin embargo ésta es la norma que rige sin excepción la obra de Henrik Ibsen. Es difícil encontrar algún escritor de cualquier campo o época, que haya estado con más éxito dedicado a su labor. No sólo inventó el drama moderno, sino que escribió una sucesión de obras que todavía forman parte importante de todo su repertorio. Encontró el teatro occidental vacío e impotente y lo transformó en una forma artística rica y sumamente poderosa, no sólo en su propio país, sino en todo el mundo. Además, no sólo revolucionó el arte, sino que cambió el pensamiento social de su generación y la siguiente. Hizo por el final del siglo XIX lo que Rousseau había hecho por el del XVIII. Mientras que Rousseau convenció a hombres y mujeres de que volvieran a la naturaleza y al hacerlo precipitó una revolución colectiva, Ibsen predicó la rebelión del individuo contra el antiguo régimen de inhibiciones y prejuicios que dominaba en toda ciudad pequeña y, en realidad, en toda la familia. Enseñó a los hombres, y en especial a las mujeres, que la conciencia individual y las ideas personales sobre la libertad tienen prioridad ante las exigencias de la sociedad.

La hacerlo precipitó una revolución en actitudes y conductas que comenzó ya en su época y ha proseguido, a saltos e irregularmente, desde entonces. Mucho antes de Freud, sentó las bases de la sociedad permisiva. Quizá ni siquiera Rousseau, y por cierto menos aún Marx, ha tenido tanta influencia sobre la forma en que la gente, en oposición a los gobiernos, se conduce realmente. El y su obra constituyen una de las piedras angulares del arco de la modernidad.

El logro de Ibsen es más notable aún si tenemos en cuenta la doble oscuridad de su propio origen. Doble porque no sólo él mismo fue pobre, sino que pertenecía a un país pequeño y pobre, sin ninguna tradición cultural formal en absoluto. Noruega había sido poderosa y emprendedora en la temprana Edad Media, desde 900 a 1100 d.C.; luego comenzó a declinar, especialmente después de la muerte de Olaf IV, su último rey enteramente noruego, ocurrida en 1137. En 1536 ya era una provincia de Dinamarca y siguió siéndolo durante casi tres siglos. El nombre de la capital, Oslo, se cambió por el de Cristianía, para conmemorar a un soberano danés, y toda la cultura superior fue danesa: poesías, novelas y obras de teatro. Desde el Congreso de Viena en 1814-15, Noruega se rigió por lo que se llamó Constitución de Eidsvoll,¹ que le garantizaba el autogobierno bajo la corona sueca; pero en 1905 el país tuvo su monarquía propia. Hasta el siglo XIX el noruego fue más un dialecto provincial rústico que una lengua nacional escrita. La primera universidad data de 1813 y el primer teatro noruego fue construido en Bergen en 1850.² Durante la juventud y comienzos de la madurez de Ibsen, la cultura era todavía preponderantemente danesa. Escribir en noruego era

¹ Mayo 17 de 1814

² Ver Brina W. Downs, *Ibsen: The Cultural Background* (Cambridge, 1948) y la introducción a John Northam (trad. Y ed.), *Ibsen's Poems* (Oslo, 1986).

aislarse del resto de Escandinavia, por no hablar del mundo. El danés seguía siendo el idioma de la literatura.

El mismo país era mísero y deprimido. La capital era una ciudad pequeña y provinciana en comparación con otras europeas, era un lugar barroso y poco atractivo. Skien, donde nació Ibsen el 20 de marzo de 1828, estaba en la costa, unas cien millas al sur, en una zona salvaje donde todavía abundaban los lobos y la lepra. Pocos años antes un incendio la había destruido por el descuido de una joven sirvienta que fue luego ejecutada. Tal como describió Ibsen en un fragmento autobiográfico, fue algo supersticioso, espectral y brutal, con el sonido de las presas y el grito y quejido de los serruchos: “Cuando más adelante leí sobre la guillotina, siempre pensé en esas hojas de serrucho.” El patíbulo estaba al lado del Ayuntamiento, “un poste marrón rojizo, más o menos de la altura de un hombre. En el extremo superior tenía una gran protuberancia redonda que originalmente había sido pintada de negro... Desde el frente del poste colgaba una cadena de hierro, y de ésta una argolla abierta que me pareció dos brazos ansiosos y listos para tomarme del cuello... Abajo (del Ayuntamiento) había calabozos con ventanas de rejas que daba a la plaza del mercado. A través de esas rejas vi muchas caras desoladas y tristes.”³

Ibsen fue el mayor de cinco hijos (cuatro varones, una mujer) de un comerciante, Knud Ibsen, cuyos antepasados eran capitanes de barcos. La madre descendía de una familia naviera. Pero cuando Ibsen tenía seis años el padre quebró, y a partir de entonces fue el hombre destruido, pedigüeño, malhumorado y peleador: el Viejo Ekdal en *El pato salvaje*. La madre, una belleza en su juventud, actriz frustrada, se ensimismó, se escondía y jugaba con muñecas. La familia estaba siempre endeudada y alimentada principalmente de patatas. Ibsen mismo era pequeño y feo y creció a la sombra del rumor de ser hijo ilegítimo; se decía que era el hijo de un tenorio local. El mismo Ibsen lo creía a veces, y lo pregonaba cuando se embriagaba; pero no hay pruebas de que fuera cierto. Después de una infancia humillante, le mandaron a Grimstad, un deprimente puerto de mar, como asistente del farmacéutico, donde también tuvo poca suerte. El negocio, que hacía tiempo venía decayendo, se desmoronó y quebró.⁴

El lento ascenso de Ibsen desde este abismo fue la epopeya de un autodidacta solitario. A partir de 1850 trabajó para pagarse una educación universitaria. Pasó por privaciones extremas entonces y durante años. Escribió poesía, obras de teatro en verso blanco, crítica de teatro, comentarios políticos. Su primera obra dramática, la sátira *Norma*, no fue representada. La tragedia *Cataline*, también en verso y la primera en llegar al escenario, fue un fracaso. No tuvo suerte con *La noche de San Juan*, la segunda en ser representada. Su Tercer obra, *El féretro del guerrero*, fracasó en Bergen. La cuarta *Lady Ingar de Ostraat*, en prosa, se presentó en forma anónima, y también fracasó. La primera de sus obras que fue comentada favorablemente, *La fiesta en Solhaug*, era en su opinión una cosa trivial y convencional. Si seguía sus inclinaciones naturales, como en el drama en verso *Comedia del amor*, se la clasificaba como “inmoral” y no se presentaba. De todos modos gradualmente fue adquiriendo una experiencia teatral inmensa. El músico Ole Bull, fundador del primer teatro en el idioma noruego en Bergen, lo empleó como autor de teatro con un sueldo de 5 libras mensuales, y durante seis años trabajó para todos, en los decorados, los trajes, la taquilla, hasta dirigiendo (si

³ “*Memories of Childhood*”, escrita en enero de 1881, publicada en Ever Sprinchorn (ed.), *Ibsen: Setter and Speeches* (Londres, 1965), págs. 1-6

⁴ Para datos sobre la vida de Ibsen me he apoyado principalmente en la biografía de Michael Meyer: Henrik Ibsen: I. *The Making of a Dramatist*, 1826-64 (Londres, 1967); II. *The Farewell to Poetry*, 1868-82 (Londres, 1971); III. *The top of the Cold Mountain*, 1886-1906 (Londres, 1971). Sin embargo, para conveniencia de mis lectores mis notas se refieren usualmente a la edición abreviada, Henrik Ibsen (Londres, 1974)

bien nunca actuó; su fallo era que le faltaba seguridad para dirigir a los actores). Las condiciones eran primitivas: la iluminación a gas, que Londres y París tenían ya desde alrededor de 1810, no llegó hasta el año en que dejó el teatro, 1856. Luego estuvo otros cinco años en el nuevo teatro en Cristianía. A fuerza de trabajar duramente progresó poco a poco hasta lograr pericia en su arte, y luego comenzó a experimentar. Pero en 1862 el nuevo teatro quebró y lo echaron. Ya estaba casado, muy endeudado, acosado por los acreedores, deprimido y bebiendo mucho. Unos estudiantes le encontraron tirado sin sentido en una zanja y se reunió un fondo para enviar al “poeta ebrio, Henrik Ibsen”, al extranjero.⁵ El mismo escribía repetidas peticiones, que hoy resultan patéticas, a la Corona y el Parlamento solicitando una subvención para viajar al sur. Por fin la consiguió y durante el cuarto de siglo siguiente, 1864-92, llevó una vida de exiliado en Roma, Dresde y Munich.

El primer atisbo de éxito llegó en 1864, cuando *Los pretendientes* entró en repertorio del recuperado teatro de Cristianía. Ibsen tenía la costumbre de publicar todas sus obras primero como libro, como en realidad hicieron la mayoría de los poetas del siglo XIX, de Byron y Shelley en adelante. La puesta en escena no tenía lugar, en general, sino años después, a veces muchos años. Pero lentamente el número de volúmenes impresos y vendidos crecía: a 5.000, 8.000, luego 10.000, aun hasta 15.000. Luego siguió la presentación en escena. La celebridad de Ibsen creció en tres grandes oleadas. Primero llegaron sus grandes dramas en verso, *Brand* y *Peer Gynt*, en 1866-67, cuando Marx estaba publicando *El Capital*. *Brand* fue un ataque contra el materialismo convencional y una súplica para que la gente siguiera a su conciencia íntima contra las normas de la sociedad, quizá el tema centra de la obra de toda su vida. Cuando se publicó (1866) provocó una controversia inmensa y por primera vez se vio a Ibsen como líder de una rebelión contra la ortodoxia, no sólo en Noruega, sino en toda Escandinavia; había roto las barreras del estrecho enclave noruego.

La segunda oleada llegó en la década de 1870. Con *Brand* quedó comprometido con el juego de las ideas revolucionarias, pero llegó a la conclusión sistemática de que tales obras tendrán muchísimo más efecto se representaban en el escenario en vez de dejar que le leyeran en el estudio. Es lo llevó a renuncia a la poesía y adoptar la prosa, y con ella un tipo nuevo de realismo teatral. Como él dijo, “el verso es para las visiones, la prosa para las ideas”.⁶ La transición, como todos los progresos de Ibsen, le llevó años, y por temporadas Ibsen parecía permanece inactivo, meditando más que trabajando. Un dramaturgo, a diferencia de un novelista, en realidad no pasa mucho tiempo escribiendo. El número de palabras en una obra de teatro, incluso si es extensa, sorprende por lo reducido. Un drama se concibe, no tanto lógicamente y temáticamente, sino a saltos; los incidentes dramáticos individuales se convierten en la fuente del argumento más que en su consecuencia. En el caso de Ibsen, la fase preescritura era particularmente ardua, porque estaba haciendo algo enteramente nuevo. Como todo gran artista no podía soportar repetirse y cada uno de sus trabajos es fundamentalmente diferente, casi siempre un nuevo paso hacia lo desconocido. Pero una vez que tenía decidido lo que quería que ocurriera en la escena, escribía con rapidez y bien. Los primeros frutos importantes de su nueva política, *Pilares de la sociedad* (1877), *Casa de muñecas* (1879) y *Espectros* (1881) coincidieron con el derrumbe del largo auge al promediar el reinado de Victoria, y con un nuevo sentimiento de ansiedad e inquietud en la sociedad. Ibsen hacía preguntas perturbadoras acerca del dinero, la opresión de las mujeres, hasta sobre el tema tabú de las enfermedades sexuales. Colocó los problemas políticos y sociales fundamentales literalmente en el centro del escenario, en un idioma simple y

⁵ Meyer, Pág. 197 nota.

⁶ *Rhymed Setter to Fry Heiberg.*

cotidiano y en escenas que todos podían reconocer. La pasión, el enojo y el rechazo, pero sobre todo el interés que despertó fueron inmensos y se difundieron en círculos cada vez más amplios desde Escandinavia. *Los Pilares* marcó su penetración en el público de Europa central, Casa de muñecas en el del mundo anglosajón.

Fueron los primeros dramas modernos y comenzaron el proceso de convertir a Ibsen en una figura mundial. Pero, como era Ibsen, le resultaba difícil instalarse en el papel del dramaturgo con intención social, aunque tuviera una aceptación internacional. La tercera gran fase en su progreso, que una vez más llegó con una velocidad acumulada después de años de lenta gestación, le mostró dejando atrás las cuestiones políticas como tales y volviéndose hacia el problema de la liberación personal que probablemente le preocupó más que cualquier otro aspecto de la existencia humana. “La liberación”, escribió en su cuaderno de apuntes, “consiste en asegurar a los individuos el derecho a liberarse, cada uno de acuerdo a su necesidad particular.” Constantemente argumentaba que las libertades políticas formales no tenían significado alguno a menos que este derecho personal fuese garantizado por la verdadera conducta de la gente en sociedad. Es así que en esta tercera fase produjo, entre otros, *El pato salvaje* (1884), *Rosmersholm* (1886), *Hedda Gabler* (1890), *El maestro de obras* (1892) y *John Gabriel Borkman* (1896) que muchos encontraron enigmáticas y hasta incomprensibles en la época, pero que son ahora sus obras más valiosas: obras que exploran la psique humana y su búsqueda de la libertad, la mente inconsciente y el tremendo tema de cómo un ser humano llega a dominar a otro. Ibsen tuvo el mérito de no estar siempre meramente tratando de hacer algo nuevo y original en su arte, sino que se mostró sensible a ideas formuladas sólo a media o quizás aún inexploradas. Como dijo George Brandes, el crítico danés y en un tiempo amigo suyo, Ibsen estaba “en una especie de correspondencia misteriosa con las ideas que fermentaban y germinaban en su época... alcanzaba a oír el ruido sordo que delata la existencia de ideas socavando el terreno.”⁷

Además estas ideas circulaban por todas partes. En todo el mundo el público de los teatros podía identificarse, o identificar a sus vecinos, con las víctimas sufrientes o los explotadores torturados de sus obras. Sus ataques contra los valores convencionales, su programa de liberación personal, su petición de que todos los seres humanos tuvieran la oportunidad de realizarse eran bienvenidos en todas partes. Desde principios de la década de 1890, cuando volvió en triunfo a Cristianía, sus obras fueron ofrecidas cada vez más en todo el mundo. Durante la última década de su vida (murió en 1906) el antiguo ayudante de un farmacéutico fue el hombre más famoso en Escandinavia. En realidad, a la par de Tolstoi en Rusia, era ampliamente considerado como el escritor más grande y profeta del mundo en su época. Escritores como William Archer y George Bernard Shaw difundieron su fama. Los periodistas viajaban miles de millas para entrevistarle en su sombrío apartamento en Viktoria Terrace. Su presencia diaria en el café del Grand Hotel, donde se sentaba solo, frente a un espejo, para poder ver el resto del salón, y leía el periódico y después bebía una cerveza y un coñac, era uno de los espectáculos de la ciudad. Cada día cuando entraba en el café, puntual al minuto, todo el salón se ponía de pie y se quitaba el sombrero.

Nadie se atrevía a volver a sentarse hasta que el gran hombre lo hubiese hecho. Richard Le Gallienne, el escritor inglés que, como muchas personas, fue a Noruega expresamente a ver esta actuación, como otros iban a Yasnaya Polyana para ver Tolstoi, describió su entrada: “una presencia imponente, malhumorada, reservada, de dignidad almidonada, derecha como un palo... ningún toque de calidez humana en su piel de

⁷ Algunas de las opiniones de George Brandes están en “*Henrik Ibsen: Personal Reminiscences and Remarks about his Plays*”, Century Magazine, Nueva York, febrero de 1917

pergamino o en sus ojos de tejón. Hubiera podido ser un anciano escocés entrando al templo”⁸

Como sugirió Le Gallienne había algo no del todo correcto en este gran escritor humanista ya embalsamado en vida por la estima popular y los honores públicos. Aquí estaban el Gran Liberador, el hombre que había estudiado y penetrado la humanidad, que lloraba por ella y le enseñaba en sus obras cómo liberarse de los grillos de la convención y del prejuicio anticuado. Pero si se condolía tanto por la humanidad, ¿por qué parecía rechazar a los individuos? ¿Por qué rechazaba su afecto y prefería saber de ellos sólo a través de las columnas de su periódico? ¿Por qué estaba siempre solo? ¿A qué se debía este feroz aislamiento autoimpuesto?

Cuanto más cerca se miraba al gran hombre, más extraño parecía. Para un hombre que había pisoteado las convenciones y había predicado las libertades de la vida bohemia, presentaba ahora él mismo una estampa severamente ortodoxa, quizá, hasta el extremo de la caricatura. La princesa María Luisa, nieta de la reina Victoria, notó que tenía un espejito pegado dentro de la copa del sombrero. Lo primero que mucha gente notaba en Ibsen era su extraordinaria vanidad, bien marcada en la famosa caricatura de Max Beerbohm. No siempre había sido así. Magdalena Thorensen, la madrastra de su mujer, escribió que cuando vio por primera vez a Ibsen en Bergen, “parecía una pequeña marmota tímida... todavía no había aprendido a despreciar a su prójimo y por eso carecía de confianza en sí mismo”⁹ Ibsen se volvió exigente en el vestir en 1856 después del éxito de Solhaug. Adoptó los puños adornados del poeta, los guantes amarillos y un bastón elegante. A mediados de la década de 1870 su cuidado en el vestir había evolucionado, pero de una forma sombría que iba bien con la fachada cada vez más cerrada que presentaba al mundo. El joven escritor John Paulsen lo describió en los Alpes austriacos en 1876 de esta manera: “Frac negro con las cintas de sus condecoraciones, camisa de un blando deslumbrante, corbata elegante, sombrero de seda negro brillante, anteojos de oro... la boca fruncida, fina como la hoja de un cuchillo... Me enfrenté con la pared compacta de una montaña, un enigma impenetrable.”¹⁰ Llevaba un gran bastón de nogal con una enorme cabeza de oro. El año siguiente recibió su primer doctorado honorario de la universidad de Upsala; a partir de entonces no sólo expresó su deseo de que se dirigieran a él como “Doctor” sino que usó una larga levita negra, tan formal que las jóvenes campesinas de los Alpes creían que era un sacerdote y se arrodillaban para besarle la mano en sus caminatas.¹¹

Prestaba a su vestimenta una atención inusualmente detallada. Sus cartas contienen instrucciones minuciosas a cerca de cómo colgar su ropa en los roperos y cómo disponer sus medias y calzoncillos en las cómodas.

El mismo lustraba sus botas y hasta se cosía los botones, aunque permitía que un sirviente le enhebrara la aguja. Ya en 1887, cuando su futuro biógrafo Henrik Jaeger le visitó, todas las mañanas dedicaba una hora a vestirse.¹² Pero sus esfuerzos por ser elegante fracasaron. A la mayoría de la gente le parecía un contraamaestre o un capitán de bardo; tenía la cara roja de quien vive al aire libre de sus antepasados, sobre todo después de beber. El periodista Gottfried Weisstein pensaba que su costumbre de decir perogrulladas con una seguridad impresionante lo asemejaba a “un pequeño profesor

⁸ Citado en Meyer, págs. 775-76.

⁹ Citado en Bergliot Ibsen, *The Three Ibsen: Memories of Henrik I. Suzanne I and Sigur* (Trad. Londres, 1951), págs. 17-18

¹⁰ Meyer, pág. 432: las memorias de Paulsen se publicaron en Copenhague, 1903

¹¹ Halvdan Koht, *Life of Ibsen* (2 vols., trad., Londres, 1931), vol. II, pág. 111.

¹² Notas de Jaeger sobre Ibsen publicadas en 1960; ver Meyer, pág. 603.

alemán” que “deseara grabar en el tablero de nuestra memoria la información,” mañana tomo el tren a Munich”¹³

Había un aspecto de la vanidad de Ibsen que rayaba en lo ridículo. Aun a sus admiradores más incondicionales les resultaba difícil defenderle. Toda su vida tuvo una verdadera pasión por las medallas y las condecoraciones. En realidad llegó a extremos vergonzosos en su afán de conseguirlas. Ibsen tenía cierta destreza en el dibujo y a menudo diseñaba estas tentadoras chucherías. El primer dibujo suyo que nos ha quedado muestra la Orden de la Estrella. Dibujaba la “Orden de la Casa Ibsen” y se la obsequiaba a su esposa.¹⁴ Lo que en realidad quería, sin embargo, era condecoraciones para él. Consiguió la primera en el verano de 1869, cuando en Estocolmo tuvo lugar una conferencia de intelectuales-una innovación reciente y, algunos afirmarían, siniestra, en la escena internacional-para debatir sobre el lenguaje. Por primera vez Ibsen fue festejado; pasó una noche bebiendo champaña en el palacio real con el Rey Carl XV, que le obsequió la Orden de Vasa. Más adelante, George Brandes, cuando conoció a Ibsen (habían tenido una larga correspondencia), se sorprendió al encontrarle en su casa con la condecoración.

Le habría sorprendido aún más descubrir que el año siguiente Ibsen estaba pidiendo otras. En septiembre de 1870 escribió a un abogado danés que se ocupaba de esos asuntos, pidiéndole que le ayudara a conseguir la Orden de Danneborg: “No puede imagina el efecto que este tipo de cosas tiene en Noruega.... Una condecoración de Dinamarca fortalecería mucho mi posición aquí... el asunto es importante para mi.” Dos meses después le escribía a un comisionista armenio dedicado a conseguir condecoraciones que operaba desde Estocolmo, pero tenía conexiones con la corte egipcia, pidiendo una medalla de Egipto que “sería de gran ayuda para mi posición en Noruega”.¹⁵ Por fin consiguió una turca, la Orden Medjidi, que describió deleitado como “un objeto hermoso”. El año 1873 fue bueno en medallas: consiguió una condecoración austriaca y la orden de noruega de San Olaf. Pero no cejó en sus esfuerzos por reunir más. A un amigo le negó que “tuviera algún deseo personal” de tenerlas, pero que, “cuando se ponen en mi camino no las rehúso”. Esto era una mentira, como atestiguan sus cartas, hasta se decía que, en la década de 1870, en su búsqueda de medallas, se quitaba el sombrero al paso de un carruaje si llevaba las armas reales o nobles en el costado, aunque no hubiera nadie dentro.¹⁶

En el caso particular de esta historia puede ser que se tratara de una invención maliciosa. Pero hay amplia evidencia de esa pasión de Ibsen, ya que insistía en exhibir su creciente galaxia de estrellas siempre que se presentaba una ocasión posible. Ya en 1978 se da noticia de que las había llevado todas, incluso una que parecía un collar de perro alrededor del cuello, a una cena de club. George Pauli, el pintor sueco, se encontró con Ibsen con todas las medallas encima (no sólo las cintas, sino también las estrellas) en una calle de roma. Defendía su costumbre diciendo que delante de “sus amigos más jóvenes “ella “me recuerda que es necesario que me mantenga dentro de ciertos límites”.¹⁷ De todos modos, la gente que le invitaba a cenar se sentía aliviada cuando llegaba sin ellas, ya que provocaban sonrisas y hasta abiertamente risas cuando el vino circulaba. A veces las usaba hasta en pleno día. Cuando volvió a Noruega en barco se vistió de etiqueta y se puso las condecoraciones antes de ir a cubierta cuando llegaron a Bergen. Se horrorizó al vera a cuatro de sus antiguos camaradas de borracheras, dos carpinteros, un sacristán y un comisionista, que le esperaba para saludarle con gritos de

¹³ Citado en Meyer, pág. 592.

¹⁴ Begliot Ibsen, pág. 92.

¹⁵ Meyer, págs. 339-343-44

¹⁶ Hans Heiberg, Ibsen: *A Portrait of the Artist* (trad. Londres, 1969)

¹⁷ Meyer, págs. 689-690

“¡Bienvenido viejo Henrik!”. Volvió a su camarote y se escondió allí hasta que se fueron.¹⁸ Todavía en la ancianidad siguió a la caza de penachos. En 1898 estaba tan deseoso de conseguir la Gran Cruz de Danneborg que le compró una a un joyero antes de que se la hubiesen otorgado oficialmente; el rey de Dinamarca le envió una adornada con piedras preciosas además de la que le otorgaron, de modo que terminó teniendo tres, dos de las cuales debió devolver al joyero de la corte.¹⁹

Pese a todo esta celebridad internacional, reluciente de trofeos, daba una impresión financo tanto de vanidad, por no hablar de tontería, sino de un poder malevolente y de rabia apenas contenida. Con su cabeza enorme y cuello grueso parecía irradiar fuerza, pese a su corta estatura. Brandes dijo que “su aspecto sugería que se necesitaría una cachiporra para dominarle”. Además tenía unos ojos que aterraban. El final del período victoriano parece que fue la época de la mirada fiera. Gladstone la tenía al punto de hacer olvidar a un miembro del Parlamento lo que quería decir cuando la dirigía a él. También Tolstoi utilizaba su mirada de basilisco para dejar mudos a los críticos. La mirada de Ibsen evocaba a la gente la imagen de un juez que sentencia a muerte. Infundía miedo, dijo Brandes: “adentro tenía acumulados veinticuatro años de amargura y odio” Cualquiera que le conociera bien percibía con alarma una furia volcánica que hervía justo debajo de la superficie.

La bebida podía hacer detonar la explosión. Ibsen nunca fue un alcohólico, ni siquiera, salvo muy brevemente, un borracho. Nunca bebía cuando estaba trabajando; por la mañana se sentaba ante el escritorio, no sólo sobrio y sin síntomas de haberse embriagado la noche anterior, sino vestido con una levita recién planchada. Pero bebía socialmente, para superar su intensa timidez y su falta de locuacidad, y el alcohol que le soltaba la lengua también podía inflamar su furia. En el Club Escandinavo de Roma sus estallidos posprandiales eran conocidos. Asustaba a la gente. Solían ocurrir en particular en aquellos interminables banquetes de homenaje y adhesión que fueron un rasgo característico del siglo XIX en toda Europa y Estado Unidos, y que gustaban especialmente al escandinavo.

Ibsen asistió a centenares de ellos, a menudo con resultados desastrosos. Frederick Knudtzon, que le conoció bien en Italia, relata una cena amistosa en la que Ibsen atacó al joven pintor August Lorange, que padecía tuberculosis (una de las razones por las que había tantos escandinavos en el sur). Ibsen le dijo que era un mal pintor: “No merece caminar en dos pies; debería arrastrarse a cuatro patas.” Knudtzon añadió: “Todos nos quedamos sin habla ante semejante ataque contra un hombre inofensivo e indefenso que ya tenía bastante con que luchar sin que Ibsen le diera un golpe en la cabeza.” Cuando al fin se levantaron de la mesa, Ibsen no podía sostenerse sobre sus piernas y hubo que llevarle a su casa.²⁰ Por desgracia la bebida que le hacía fallar las piernas no siempre detenía su lenguaje salvaje. Mientras George Pauli y Christian Ross, el pintor noruego, le llevaban a su casa, con todas sus medallas encima, después de otra cena de homenaje en Roma, “demostró su gratitud mencionando sin parar su opinión confidencial sobre nuestra insignificancia. Yo, dijo, era “un cachorro espantoso” y Ross “un temperamento muy repulsivo”²¹ En 1891, cuando Brandes ofreció una gran cena en su honor en el Gran Hotel de Cristiana, Ibsen creó un “ambiente opresivo”, movió la cabeza ostensiblemente durante el generoso discurso en su elogio que pronunció Brandes, se negó a contestarlo y dijo simplemente, “Sobre ese discurso se podría decir mucho”, y acabó por insultar a su anfitrión al declarar que “no sabía nada” de la literatura noruega.

¹⁸ Meyer, págs. 576-76.

¹⁹ Meyer, págs. 805

²⁰ Meyer, págs. 277-78

²¹ Meyer. Pág. 500

En otras reopciones en las que fue huésped de honor le dio la espalda a la gente. A veces estaba tan ebrio que sólo repetía todo el tiempo, “¿Qué, qué, qué?”

Es cierto que a veces Ibsen fue víctima de la bebida de los vikingos. En verdad se podía escribir un libro con la descripción de los banquetes que terminaron mal durante ese período. En uno especialmente solemne que le ofrecieron en 1898 en Copenhague, el orador principal, profesor Sophus Schandorph, bebió tanto que sus dos vecinos, un obispo y un conde, tuvieron que sostenerle en pie, y cuando un invitado se rió él gritó: “Cierren sus bocas mientras hablo.” En la misma ocasión un pintor efusivo pero borracho abrazó a Ibsen con tanta fuerza que éste gritó, enojado: “¡Quítenme a este hombre de encima!” cuando estaba sobrio no toleraba en absoluto modos de comportarse en los que él caía habitualmente. En realidad podía llegar a ser un censor estricto. Cuando alguien introdujo ilícitamente a una joven vestida de hombre en el Club Escandinavo de Roma, insistió en que se expulsara al responsable. Cualquier tipo de conducta, ya fuera pomposa o inmoral, podía llegar a desatar su furia. Era un especialista en el enojo, un hombre para quien la irascibilidad era una especie de forma de arte en sí misma. Hasta valoraba sus manifestaciones en la naturaleza. Mientras escribía Brand, su feroz obra teatral, dijo luego, “Tenía sobre la mesa un escorpión dentro de un vaso de cerveza vacío. De vez en cuando la bestia decaía. Entonces le tiraba un trozo de fruta madura dentro del vaso y se lanzaba en encima furioso para inyectarle su veneno. Esto le hacía sentirse bien.”²²

¿Veía en ese animal un eco de su propia necesidad de liberarse de la rabia que tenía dentro? ¿Fueron sus dramas, en los que en general la rabia borbotea y a veces se derrama, un enorme ejercicio terapéutico? nadie conocía a Ibsen íntimamente, pero muchos de sus conocidos se daban cuenta de que sus primeros años y luchas le habían dejado una enorme carga de resentimiento incurable. En este aspecto fue como Rousseau: su ego llevó las marcas durante el resto de su vida y por ello fue un monstruo de egoísmo. Con toda injusticia consideró a su padre y a su madre responsables de su infancia desgraciada; el resto de su familia fue culpable por asociación. Una vez que dejó Skien no hizo ningún esfuerzo por mantenerse en contacto con ella. Al contrario: cuando hizo su última visita a Skien en 1858, para pedir dinero prestado a su tío, Christian Paus, deliberadamente no visitó a sus padres. Tuvo algún contacto con su hermana Hedving, pero esto quizá tuviera que ver con deudas impagadas. En una carta terrible que escribió en 1867 a Bjornstjerne Bjornson, su amigo escritor, cuya hija luego se casó con el hijo de Ibsen, dice: “El enojo aumenta mi fuerza. Si es que ha de haber guerra, ¡que haya guerra!... No me apiadaré de la criatura en el vientre de su madre, ni tendré en cuenta ningún pensamiento o sentimiento de cualquier hombre que merezca el honor de ser mi víctima... ¿Sabe que toda mi vida he dado la espalda a mis padres, a toda mi familia, porque no pude seguir adelante con una relación sobre la base de un entendimiento imperfecto?”²³ Cuando el padre murió hacía casi cuarenta años que Ibsen no mantenía contacto con él. En una carta a su tío citó en su defensa “circunstancias imposibles desde el principio” como “el motivo principal”. Esto quería decir en realidad que ellos habían descendido, él estaba en ascenso, y no quería que le arrastraran con ellos. Se avergonzaba de ellos; temía sus posibles peticiones de dinero. Cuanto más se enriquecía, cuanto más hubiese podido ayudarles, menos inclinado se sentía a establecer algún contacto. No hizo ningún esfuerzo por ayudar a un hermano menor, Nicolai Alexander, un inválido que finalmente fue a Estados Unidos y murió en 1888 a los cincuenta y tres años; en su tumba está inscrito, “Honrado por extraños; llorado por extraños”. Tampoco se ocupó del menor de

²² Meyer, pág.258

²³ Carta del 9 de diciembre de 1867, en Meyer, págs. 287-88

todos sus hermanos, Ole Paus, que fue sucesivamente marinero, comerciante, guardián de un faro. Ole, que nunca tuvo dinero, fue el único que ayudó a su desafortunado padre. Ibsen le mandó una vez una recomendación formal para un trabajo, pero nunca le dio un penique ni le dejó nada en su testamento; murió en 1917 en un hogar para ancianos, en la miseria.²⁴

Detrás de la familia oficial había una historia aún más cuidadosamente oculta y dolorosa. Podría haber salido de una de las obras del propio Ibsen: en realidad en cierto sentido toda la vida de Ibsen es un furtivo drama ibseniano. En 1846, cuando tenía dieciocho años, y todavía vivía sobre la tienda del farmacéutico, tuvo una aventura amorosa con la criada que trabajaba allí, Elsie Sofie Jensdatter, que tenía diez años más que él. Quedó embarazada y le nació un hijo, el 9 de octubre de 1846, al que puso el nombre de Hans Jacob Henriksen. Esta joven no era una campesina analfabeta como la Lenchen de Marx, sino que pertenecía a una distinguida familia de granjeros propietarios, su abuelo, Christian Lofthuus, había dirigido una famosa rebelión de granjeros contra el dominio danés, y había muerto, encadenado a la roca en la Fortaleza de Akershus.

La joven se comportó, como Lenchen, con la mayor discreción. Volvió a la casa paterna para tener a la criatura y nunca trató de sacarle nada al padre.²⁵ Pero de acuerdo a la ley noruega, y por orden del Concejo local, Ibsen fue obligado a pagar para mantener a Hans Jacob hasta que éste cumplió catorce años.²⁶ Pobre comiera, esta mengua a su magro salario le indignaba amargamente y nunca perdonó ni a la criatura ni a su madre. Como Rousseau, como Marx, jamás reconoció a Hans Jacob, no se interesó por él, no le proporcionó la menor ayuda voluntaria, ya fuera financiera o de otra especie. El niño llegó a ser herrero y vivió con la madre hasta los veintinueve años. Ella se quedó ciega, y cuando les quitaron la casa paterna se fue a vivir a una choza. El hijo garabateó en la piedra "*Syltefjell*"- Colina del Hambre-. Elsie también murió en la miseria a la edad de setenta y cuatro años, el 5 de junio de 1892, y es poco probable que Ibsen se enterara de su muerte.

Hans Jacob no fue en absoluto un salvaje. Era un gran lector, en particular de historia y de libros de viajes. También fue un diestro fabricante de violines pero era bebedor y poco responsable. A veces iba a Cristiana, donde los que conocían su secreto se maravillaban ante el extraordinario parecido con su famoso padre. Algunos de ellos tuvieron la idea de vestir a Hans Jacob con ropa similar a la que usaba Ibsen, y sentarle temprano a la mesa del Gran Hotel que el gran hombre ocupaba habitualmente, de modo que cuando llegara para beber su cerveza matinal se encontraría con la evidencia ocular de su propio pecado. Pero les faltó coraje para hacerlo. Francis Bull, la gran autoridad sobre Ibsen, dice que Hans Jacob se encontró con su padre sólo una vez. Esto ocurrió en 1892, cuando el hijo, que no tenía un centavo, fue al apartamento del padre a pedirle dinero. El mismo Ibsen abrió la puerta y al parecer vio a su hijo, que ya tenía cuarenta y cinco años, por primera vez. No negó el parentesco pero le entregó a Hans Jacob cinco coronas diciéndole: "Esto es lo que le di a su madre. Deberá alcanzarle", y luego le cerró la puerta en la cara.²⁷ El padre y el hijo no volvieron a encontrarse jamás, y Hans Jacob no figuró en el testamento de Ibsen; murió en la miseria el 20 de octubre de 1916.

El temor de que su familia, tanto la legal como la ilegítima, le exigiera dinero, fue indudablemente una de las razones por las que los mantuvo alejados. Las penurias que pasó en su juventud le dejaron un ansia perpetua de seguridad que sólo el ganar,

²⁴ Heiberg, págs.20-22

²⁵ Para Elsie, ver Meyer (3 vols.), Vol. I, págs. 47-48

²⁶ Heiberg, pág. 34

²⁷ El episodio está relatado en Meyer (3 vols.), vol. III, pág. 206

acumular y conservar dinero podía aplacar. Fue uno de los grandes estímulos que tuvo en su vida. Fue tacaño, como en otros aspectos, en escala heroica. Por dinero era capaz de mentir: dado que era un ateo que en secreto odiaba la monarquía, la solicitud que presentó a Carl XV pidiendo una pensión de 100 libras es notable; "No peleo por una sinecura sino por la vocación que creo y sé positivamente que Dios me ha dado... Depende de Su Majestad que deba callar e inclinarme ante la privación más amarga que pueda herir el alma de un hombre, la de tener que abandonar la vocación de su vida, tener que darme por vencido cuando sé que me han sido dadas las armas espirituales para luchar."

Para ese entonces (1866), como había ganado algo con Brand, empezaba a ahorrar. Se inició con monedas de plata en una media, luego progresó y compró bonos del gobierno. Sus compañeros de exilio en Italia observaron que anotaba hasta una compra ínfima en una libreta. Desde 1870 hasta su primer ataque en 1900 llevo dos libretas negras, en una de las cuales registraba sus ganancias y en la otra sus inversiones, que ponía en títulos del gobierno de máxima seguridad. Hasta sus dos últimas décadas las ganancias no fueron importantes, por lo menos para pautas anglosajonas, ya que sus obras tardaron bastante en tener repercusión mundial, y de todos modos sus derechos no estaban bien protegidos. Pero en 1880 ganó por primera vez más de 1.000 libras, un ingreso enorme en comparación con el nivel común en Noruega. Ese total continuó creciendo con firmeza. También lo hicieron las inversiones. En realidad es poco probable que algún otro autor haya invertido jamás una proporción tan grande de sus ganancias, de la mitad a los dos tercios, en el último cuarto de siglo de su vida. ¿Para que lo hizo? Cuando su hijo legítimo, Sigurd, le preguntó por qué vivían tan frugalmente, le contestó: "Es mejor dormir bien y no comer bien, que comer bien y no dormir bien" Pese a su riqueza creciente, él y su familia siguieron viviendo en sórdidas habitaciones amuebladas. Decía que envidiaba a Bjornson porque tenía una casa y tierra. Pero él mismo nunca intentó comprar una propiedad y ni siquiera tener muebles propios. Los últimos apartamentos de Ibsen en Viktoria Terrace y en la calle Arbiens fueron tan impersonales y parecidos a hoteles como los anteriores.

Sin embargo, todos los apartamentos de Ibsen tuvieron una característica inusual: parecían estar divididos en dos mitades, en las que marido y mujer erigían una fortaleza por separado para operaciones defensivas y ofensivas entre ellos.²⁸ De una manera curiosa cumplió una promesa de juventud, ya que le había dicho a su primer amigo, Christopher Due, que "su mujer, si alguna vez llegaba a tenerla, tendría que vivir en un piso separado. Se verían (sólo) durante las comidas y no se tratarían de tu"²⁹ Ibsen se casó con Susana Thoresen, hija del deán de Bergen, en 1858, después de un frío noviazgo de dos años. Ella era estudiosa, decidida y fea, pero tenía bonito cabello. Su pedante madrastra dijo despectivamente de Ibsen que, después de Søren Kierkegaard, nunca había conocido a nadie "tan marcado por la compulsión de estar solo consigo mismo". El matrimonio fue más funcional que cálido. En un sentido fue crucial para el éxito de Ibsen, porque, en un momento de gran desaliento en su vida, cuando sus obras eran rechazadas o fracasaban y pensó seriamente en desarrollar su otro talento, la pintura, ella le prohibió pintar y le obligó a escribir todos los días. Como dijo Sigurd más adelante: "El mundo puede agradecer a mi madre el haber tenido un gran escritor y no un mal pintor más."³⁰ Sigurd, que nació en 1859, siempre presentó a su madre como la fuerza que sostenía a Ibsen: "El fue el genio, ella el carácter. El carácter de él. Y él lo sabía, aunque no lo admitiera de buena gana sino cerca del fin."

²⁸ Heiberg, pág. 241

²⁹ Meyer, pág.55

³⁰ Citado en Meyer, págs. 304-5

Sigurd, por cierto, presentó al matrimonio como una sociedad exitosa. En la época otros lo vieron, y a él también, de otra manera. En el diario de Martín Schneekloth, un joven danés, hay una descripción desgarradora de Ibsen en sus años de Italia: estaba "en la situación desesperada" de encontrarse casado con una mujer a la que no amaba y "no había posibilidad de reconciliación". Para él era "una personalidad dominante, egocéntrica e inflexible, de una virilidad apasionada y una mezcla curiosa de cobardía personal, compulsivamente idealista y sin embargo indiferente a expresar esos ideales en la vida diaria... Ella tiene un temperamento femenino, carente de tacto, pero firme, es una mezcla de inteligencia y estupidez, no carente de sentimientos pero sí de humildad y amor femenino. Los dos se atacan mutuamente, pero ella le ama, aunque sea a través del hijo, ese pobre hijo, cuyo destino es el más triste que pueda tocar a una criatura". Continúa: "El propio Ibsen está tan obsesionado con su trabajo que el proverbio "La humanidad primero, el arte en segundo término" ha sido prácticamente revertido. Creo que el amor que sentía por su mujer desapareció hace mucho tiempo... Su crimen es hoy que no puede adaptarse correctamente a la situación, sino que más bien les impone a ella y al pobre hijo aterrado y espiritualmente retorcido su naturaleza temperamental y despótica."³¹

Susana no estaba en absoluto indefensa frente al egoísmo granítico de Ibsen. La mujer de Bjornson la cita como diciendo, después del nacimiento de Sigurd, que no había más hijos, lo que significaba no más sexo. (Pero ella era un testigo hostil.) De cuando en cuando corría el rumor de una separación. No cabe duda de que Ibsen odiaba el matrimonio en sí: "Pone la marca de la esclavitud sobre todos" anotó en 1883. Pero, prudente y amante de la seguridad, mantuvo en pie el suyo. Ha quedado una curiosa carta que escribió a su mujer el 7 de mayo de 1895 en la que niega vivamente el rumor de que tenía la intención de dejarlo por Hildur Andersen, y se lo achaca a la madrastra Magdalena Thorsen, a la que odiaba.³² Ibsen fue a menudo duro y desagradable con su mujer. Pero ella sabía cómo vengarse. Cuando él se enfadaba, ella simplemente se reía en su cara, conocedora de su timidez innata y de su temor a la violencia. En realidad se aprovechaba de sus temores y recorría los periódicos en busca de relatos de catástrofes horribles y cotidianas, y se las contaba.³³ No debieron de formar una pareja agradable de contemplar.

Ibsen sostuvo relaciones igualmente frías a ya veces tormentosas con sus amigos. Quizás amigos no sé la palabra adecuada. Su correspondencia con su colega autor Bjornson, a quien conoció tan bien como a otros y por más tiempo, constituye una lectura dolorosa.

Veía a Bjornson como un rival, y tenía celos de su éxito rápido, su naturaleza extrovertida, su actitud alegre y bondadosa, so obvia capacidad para gozar la vida. En realidad Bjornson hizo todo lo que pudo para lograr que Ibsen obtuviera el reconocimiento del público y la fría ingratitud de Ibsen nos impresiona como lastimosa. Esta relación se parece a la de Rousseau con Diderot: Ibsen, como Rousseau, recibía y Bjornson daba, aunque no hubo un altercado final espectacular.

Ibsen encontraba difícil la reciprocidad. Considerando todo lo que Bjornson había hecho por él, el telegrama de felicitación que finalmente consintió en mandarles es una obra maestra de minimalismo: "Henrik Ibsen le envía sus mejores deseos para su cumpleaños." Sin embargo esperaba que Bjornson hiciera mucho por él. Cuando Clemens Petersen, el crítico, publicó una reseña hostil de Per Gynt, Ibsen escribió una carta furiosa a Bjornson, que no había tenido nada que ver con ella. ¿Por qué no le había

³¹ Meyer, págs. 293-4

³² Incluido en *Letters and Speeches*, págs. 315-16

³³ Bergliot Ibsen, págs. 84-85

dado un puñetazo a Pettersen?” Yo la habría dejada sin sentido antes de permitirle que cometiera una ofensa tan deliberada contra la verdad y la justicia.” Al día siguiente añadió una posdata: “He dormido sobre estas palabras y las leo con la cabeza fría... Sin embargo las enviaré.” Entonces se irritó de nuevo y continuó: “Le reprocho solamente su inactividad. No estuvo bien por su parte permitir, al no hacer nada, que en mi ausencia se intentara de esa manera sacara a remate mi reputación.”³⁴

Pero a la vez que esperaba que Bjornson luchara por él, Ibsen lo tenía como objeto de su sátira. Figura como el desagradable personaje de Stensgaard en la obra de Ibsen *La liga de la juventud*, un ataque salvaje contra el movimiento progresista. En este monumento a la ingratitud Ibsen atacó a todas aquellas personas que le habían ayudado con dinero y que habían firmado la solicitud para que se le diera una pensión del estado. Partía de la base de que cualquier personaje prominente era un blanco legítimo. Pero se resentía amargamente de cualquier referencia similar que se hiciera contra él. Cuando John Paulsen publicó una novela sobre un padre dominante apasionado por las condecoraciones, Ibsen tomó una de sus tarjetas de visita, escribió en ella una sola palabra “¡Canalla!” en el dorso y la envió, abierta, dirigida a Paulsen en su club (la misma técnica que aplicaría a Oscar Wilde el Marqués de Queensberry en la década siguiente).

Prácticamente toda relación de Ibsen con otros escritores terminó en peleas. Aunque no hubiese un altercado tendían a morir de inanición. No podía seguir el consejo del doctor Johnson: “Las amistades deben mantenerse en constante reparación.” Él las mantenía en una tensión constante entremezclada con períodos de silencio: siempre era la otra parte la que tenía que hacer el esfuerzo. En realidad estuvo muy cerca de articular una filosofía de la antiamistad. Cuando Brandes, que vivía en pecado con la esposa de otro hombre, y por eso le mantenían aislado en Copenhague, escribió una carta a Ibsen en la que se quejaba de no tener amigos, éste le contestó: “Cuando uno mantiene, como hace usted” y, se insinuaba: “y yo también”, “una relación tan intensa con la obra de su vida, no se puede esperar, en realidad, retener a los amigos... Los amigos son un lujo caro, y cuando uno invierte su capital en una vocación o misión en esta vida, no se puede permitir el lujo de tener amigos. Lo que resulta caro con los amigos no de lo que uno hace por ellos, son lo que, por consideración a ellos uno deja de hacer. Muchas ambiciones espirituales fueron mutiladas así. Yo pasé por esto, y ésa es la razón por la que debí esperar varios años antes de lograr ser yo mismo.”³⁵

Esta carta fría y desoladora revela, como en el caso de los otros intelectuales que hemos examinado, la conexión íntima entre la doctrina pública y la debilidad privada. Ibsen le estaba diciendo a la humanidad: “¡Sed vosotros mismos!” Sin embargo, en esta carta de hecho estaba admitiendo que ser uno mismo involucraba sacrificar a otros. La liberación personal era en el fondo egocéntrica y despiadada. En su propio caso, no podía ser un dramaturgo eficiente sin ignorar, hacer a un lado y, de ser necesario, pisotear a los demás. En el centro del acercamiento de Ibsen a su arte estaba la doctrina del egoísmo creativo. Como escribió a Magdalene Thorensen: “La mayor parte de la crítica se reduce a reprochar al escritor por se él mismo... Lo vital es proteger el propio yo esencial, mantenerlo puro y libre de todo elemento extraño.”

A través del egoísmo creativo Ibsen intentó convertir la vulnerabilidad de su propio temperamento en una fuente de fuerza. De niño había estado horriblemente solo: “la cara de un viejo”, dijo su maestro, “una personalidad introspectiva”. Un contemporáneo atestiguó: “nosotros, los más pequeños, no le queríamos porque siempre era muy agrio”. Sólo una vez se le oyó reír “como otros seres humanos”. Más

³⁴ Citado en Meyer, págs. 287-88

³⁵ Citado en Meyer, pág. 232

adelante, cuando era ya un joven, su pobreza le impuso más soledad aún: hacía largas caminatas solo para que los otros huéspedes y los sirvientes de su pensión pensaran que cenaba fuera. (Es una lástima que la mezquindad de Ibsen obligara años más tarde a su hijo a usar un subterfugio similar; reacio a invitar a otros niños a su hogar sombrío, les contaba que su madre era una negra gigantesca que tenía a su hermano menor, que en realidad no existía, encerrado en una caja.) Las largas caminatas solitarias de Ibsen se convirtieron en un hábito: “He deambulado”, escribió, “por la mayoría de los estados papales en varias ocasiones, con una mochila a la espalda.” Ibsen fue un exiliado innato: veía a la comunidad que le rodeaba como extraña en el mejor de los casos, y a menudo hostil. En su juventud, escribió, “me encontraba en estado de guerra con la pequeña comunidad en la que estaba encerrado.”³⁶

De modo que no debe sorprender que Ibsen eligiera el exilio real para el período de su vida más largo y más productivo. Como en el caso de Marx, esto reforzó su sensación de aislamiento y le encerró en un grupo intensamente parroquial de expatriados con sus peleas y sus aversiones. Ibsen empezó por admitir las desventajas de su aislamiento. En una carta de 1858 se describía a sí mismo como “encerrado por una especie de frialdad agresiva que hace difícil mantener una amistad íntima conmigo... Créame, no es agradable contemplar el mundo desde un punto de vista otoñal.” Seis años después, sin embargo, comenzaba a reconciliarse con su incapacidad para establecer contacto con los demás, y le escribía a Bjornson en 1864: “No puedo establecer un contacto íntimo con gentes que exigen que uno se entregue libremente y sin reservas... Prefiero encerrar (mi verdadero yo) dentro de mí.” Desde el primer poema suyo que nos ha quedado, “Resignación”, escrito en 1874, hasta que dejó de escribir poesía en 1870-71, es el tema subyacente en todos sus poemas.

Como dijo Brandes, “es la poesía de la soledad, que refleja la necesidad solitaria, la lucha solitaria, la protesta solitaria.”³⁷ Su obra, que reflejaba su soledad, fue su defensa, su refugio y arma contra el mundo extraño; entregó “toda su mente y su pasión” como dijo Scheekloth de su vida en Italia, “a la búsqueda demoníaca de la fama literaria”. Gradualmente llegó al considerar a sus egoístas aislamientos y ocultamiento de sí mismo como una política necesaria, hasta una virtud. Toda la existencia humana, le dijo a Brandes, era un naufragio, y en consecuencia “la única actitud razonable es la de salvarse de sí mismo”. En su vejez le aconsejó a un joven: “Nunca hay que contar todo a la gente... Lo más valioso en la vida es guardarse las cosas para sí.”³⁸

Pero por cierto no era realista suponer que una política semejante pudiera mantenerse bajo control. Degeneró en una hostilidad general hacia la humanidad. Brandes se vio obligado a inferir: “su desprecio por la humanidad no reconocía límites.” El reflector de su odio enfocó sistemáticamente todos los aspectos de las sociedades humanas, deteniéndose de cuando en cuando, casi amorosamente, sobre alguna idea o institución que le evocaba un odio particular. Odiaba a los conservadores. Fue quizá el primer escritor -el explorador que precedió a lo que iba a ser un ejército enorme- que convenció a un gobierno conservador de que subsidiara una vida literaria dedicada a atacar todo lo que le era valioso. (Cuando volvió a pedir más dinero, un miembro de la junta de subsidios, el Reverendo H. Riddervold, dijo que lo que Ibsen merecía no era otro subsidio, sino una paliza.) Llegó a odiar aún más a los liberales. En su mayoría eran “hipócritas, mentirosos, tontos, canallas”. Lo mismo que su contemporáneo Tolstoi, sentía una aversión especial por el sistema parlamentario, al que veía como fuente de una corrupción e hipocresía abismales; una de las razones por las que Rusia le gustaba

³⁶ Prefacio a Cataline (edición de 1875)

³⁷ “Resignation” está incluido en la colección de John Northam.

³⁸ Meyer págs. 659.

era que no lo tenía. Odiaba la democracia. Sus obiter dicta, tal como lo registran los diarios de Kristofer Janson, constituyen una lectura sombría.³⁹ ¿Qué es la mayoría? La masa ignorante. La inteligencia siempre pertenece a la minoría.” La mayoría de las personas, dijo, no “tenían derecho a tener opiniones”. Del mismo modo le dijo a Brandes: “Bajo ningún concepto me conectaré jamás con algún partido que tenga a la mayoría con él.” Se veía a sí mismo, quizá, como un anarquista, creyendo tontamente (como muchos entonces) que anarquismo, comunismo y socialismo eran todos esencialmente la misma cosa. “El estado debe ser abolido”, le dijo a Brandes, que gustaba de recoger sus opiniones. “Esa sí que sería una revolución a la que apoyaría encantado. Abolir el concepto de estado y establecer el principio de libre albedrío”.

No cabe duda de que Ibsen pensaba que tenía una filosofía coherente de la vida pública. Su dicho favorito, que le dio a su personaje, el doctor Stockmann, era: “La minoría siempre tiene razón.” Por minoría, le explicó a Brandes, quería decir “la minoría que avanza dentro de territorios a los que la mayoría aún no ha llegado.” En cierto sentido se identificó con el doctor Stockmann, al decirle a Brandes:

Un pionero intelectual nunca puede tener una mayoría a su alrededor. Dentro de diez años quizá la mayoría haya llegado al punto donde estaba el doctor Stockmann cuando el pueblo se reunió. Pero durante esos diez años el doctor no se ha quedado estacionado: se ha adelantado por lo menos diez años a los otros.

La mayoría, las masas, la plebe, nunca lo va a alcanzar; nunca podrá llevarlos detrás de él. Yo mismo siento una compulsión igualmente implacable de seguir avanzando. Ahora hay una multitud donde yo estaba cuando escribí mis primeros libros. Pero yo ya no estoy allí. Estoy en otro lugar, más adelante que ellos, o por lo menos así lo creo.⁴⁰

La dificultad con esta opinión, que a su manera era típicamente vitoriana, es que presumía que la humanidad, dirigida por la minoría esclarecida, avanzaría siempre en una dirección deseable. A Ibsen no se le ocurría que esta minoría, lo que Lenin llamaría luego “la elite de vanguardia” y Hitler “los portadores de estandartes”, podrían hacer caer a la humanidad en un abismo. Ibsen se habría sorprendido y horrorizado ante los excesos del siglo XX, el siglo que su mente ayudó a tomar forma.

La razón por la que Ibsen se equivocó tanto a cerca del futuro que pretendía prever surge de la debilidad inherente a su personalidad, su incapacidad de simpatizar con las personas, en vez de con las ideas. Cuando los individuos o los grupos eran imlemente ideas corporizadas, podía manejarlos con gran percepción y simpatía. En cuanto entraban en la vida como personas reales, huía o reaccionaba con hostilidad. Su último grupo de obras, con pujante comprensión de la psicología humana, coincidió con peleas, explosiones y misantropía en su propia vida, y un constante deterioro de las pocas relaciones personales que le quedaban. En la mayoría de sus actitudes públicas se reflejaba el contraste entre la idea y la realidad. El 20 de marzo de 1888 envió un cable al Sindicato de Obreros de Cristiana: “De todas las clases de mi país la que está más cerca de mi corazón es la de los trabajadores.”⁴¹ Esto fue una hipocresía. Nada estaba cerca de su corazón salvo su billetera. Nunca prestó ni la menor atención a los trabajadores en la vida real o sintió otra cosa que no fuera desprecio por sus opiniones. No hay ninguna prueba de que alguna vez hiciera algo para ayudar al movimiento de los trabajadores. Además le pareció de buena política congraciarse a los estudiantes. A la vez a ellos les gustaba honrarlo con procesiones de antorchas. Pero en la práctica sus

³⁹ Los diarios de Janson se publicaron en 1913

⁴⁰ Citado en Meyer, pág.659

⁴¹ Heiberg, págs. 245-46; ver el discurso que dirigió Ibsen a los obreros de Trondhjem, el 14 de junio de 1885, en *Letters and Speeches*, págs. 249-49

tratos con los estudiantes terminaron en una pelea violenta que se reflejó en la carta, infantil y absurdamente larga, que escribió a la Unión de Estudiantes Noruegos, el 23 de octubre de 1885 denunciando “la preponderancia de elementos reaccionarios” entre ellos.⁴²

En sus relaciones con mujeres se dio la misma historia. En teoría estaba de parte de ellas. Se puede argumentar que, después de todo, hizo más para mejorar la situación de las mujeres que ningún otro escritor del siglo XIX. Casa de muñecas, con su claro mensaje- el matrimonio no es sacrosanto, la autoridad del marido puede ser cuestionada, el conocimiento sí mismo importa más que cualquier otra cosa- realmente inició el movimiento feminista.

Su presentación del caso de la mujer nunca ha sido superado y, como demostró con Hedda Gabler pocos lo han igualado en la presentación de los sentimientos de una mujer. Para hacerle justicia hay que decir que en ocasiones trató de ayudar a la mujer, como idea corporizada, también en la vida real. Uno de los discursos que pronunció en un banquete, ya ebrio, fue a favor de admitir a las mujeres en el Club Escandinavo de roma: fue especialmente feroz y quizá no ayudara mucho a la causa (una condesa que le escuchó se desmayó aterrada). Sin embargo, no podía aguantar a las mujeres que actuaban en la causa, especialmente si también eran escritoras. En la calamitosa cena de Brandes le ofreció en el Gran Hotel en 1891, se irritó cuando descubrió que le habían colocado al lado de Kitty Kielland, una pintora e intelectual de cierta edad. Cuando ella se atrevió a criticar el personaje de la señora Elvstead en Hedda Gabler, él gruñó: “escribo para presentar retratos de personas y me es enteramente indiferente que les gusten o no a las pedantes fanáticas”.⁴³ Su idea del infierno era asistir a un banquete prolongado y estar sentado entre una vieja sufragista o una autora... y en la década de 1890 había un buen número de ambas en todas las capitales escandinavas. Hizo todo lo que pudo por zafarse de una gran cena de etiqueta que la Liga Noruega por los Derechos de la Mujer ofreció en su honor en Cristianía el 26 de mayo de 1898. Como no pudo evitarlo, pronunció un discurso típico de un cascarrabias.⁴⁴ En una cena que le ofrecieron en Estocolmo dos sociedades femeninas reunidas mostró el mismo malhumor; pero no se produjo un desastre porque las damas tuvieron el buen sentido de presentar una exhibición de danzas folklóricas a cargo de bellas jovencitas a las que se sabía, era un aficionado apasionado.⁴⁵

Una de las bailarinas fue Rosa Fitinghoff, hija de una mujer que escribía cuentos para niños. Fue la última de una larga sucesión de jovencitas con las que Ibsen sostuvo una relación compleja y en cierto sentido vertiginosa. Ibsen parece que tuvo siempre afición por la juventud extrema, que asociaba amargamente con lo inalcanzable. La primera vez que se enamoró en serio, cuando trabajaba en el teatro de Bergen, fue de Henrikke Holst, una niña de quince años. Pero él no tenía dinero, el padre puso objeciones, y no pasó nada. Para cuando tuvo su primer éxito sintió que era ya demasiado viejo y feo y que se arriesgaría a un desaire si pretendía a una joven muchos años más joven que él. Pero siguió estableciendo *liaisons dangereuses*. En 1870 lo hizo con Hildur Sontum, de apenas diez años, nieta de la vieja dueña de la pensión donde vivía. La afición no desminuyó con la edad: al contrario. Le fascinaba la historia de los sentimientos del anciano Goethe por la deliciosa Marianne von Willemer, que dio a su arte una juventud renovada. Se aceptó que las actrices, si eran jóvenes y bonitas, usualmente podían convencer a Ibsen de hacer lo que ellas querían, en especial se le

⁴² *Letters and Speeches*, págs. 251-56

⁴³ Meyer, pág. 703

⁴⁴ *Letters and Speeches*, págs. 337-38

⁴⁵ Meyer, págs. 815-16

presentaban a otras jovencitas. Cuando visitó las capitales escandinavas, las jóvenes deambulaban por el Hotel, a veces aceptaba hablarles y les daba un beso y una fotografía suya.

Le gustaban las jóvenes en general pero solía centrar su interés en una en particular. En 1891 fue Hildur Andersen, Rosa Fitinghoff fue la última.

Las dos más importantes fueron Emilie Bardach y Helene Raff, a las que conoció en unas vacaciones alpinas en 1889. Las dos llevaban diarios y quedan bastantes cartas. Emilie, una joven austriaca de dieciocho años (Ibsen tenía cuarenta y tres años más) registró en su diario: “Su ardor debería hacerme sentir orgullosa... Pone sentimientos tan fuertes en lo que me dice...Mamás en su vida, me dice, sintió tanta alegría al conocer a alguien. Nunca admiró a nadie como me admira a mí.” Le pidió “que fuera absolutamente sincera con él para que podamos ser compañeros de trabajo”. Se creía enamorada de él “pero lo dos pensamos que es mejor seguir como extraños en apariencia”.⁴⁶ Las cartas que recibió de él cuando se separaron son muy inofensivas, y cuarenta años después ella le contó al escritor E. Z. Zucker que ni siquiera se habían besado; pero también le dijo que Ibsen le había hablado de la posibilidad de que se divorciara, y entonces se casarían y recorrerían el mundo.⁴⁷ Helene, una niña de ciudad, más sofisticada, que vivía en Munich, le permitió besarla, pero le aclaró que su relación era romántica y literaria más que sexual, y menos aún formal. Cuando le preguntó que encontraba en ella, él le respondió: “Tu era la juventud, criatura, la juventud personificada, lo que necesito para escribir.” Eso, es claro, explicaba lo que quería decir con “compañeros de trabajo”. Cuarenta años después Helene escribió: “En sus relaciones con jovencitas no había nada en absoluto de infidelidad... en el sentido usual de la palabras, sino que las entablaba exclusivamente en respuesta a las necesidades de su imaginación.”⁴⁸

Esas niñas eran arquetipos, ideas hechas carne para ser explotadas en sus dramas, no mujeres reales con sentimientos que deseaba querer o amar por ellas mismas.

De ahí, es improbable que Ibsen pensara alguna vez seriamente en tener una aventura con alguna de estas jóvenes, y menos aún en casarse con alguna de ellas. Tenía inhibiciones profundas en relación con el sexo. Su médico, el doctor Edgard Bull, dijo que no mostraba su órgano sexual ni siquiera para un examen médico. ¿Pasaba algo con él... o él lo temía? Uno se siente tentado a pensar que Ibsen, al menos en teoría, tenía una comprensión profunda de la psicología femenina, el equivalente masculino de la coqueta. Es obvio que hizo todo lo posible por atraer a Emilie. Ella era demasiado imaginativa y sin duda tonta, y no se daba cuenta de que Ibsen la estaba utilizando. En febrero de 1891, él interrumpió la correspondencia, cuando tuvo lo que quería. El mismo mes, el crítico Julio Elías contó que mientras almorzaban en Berlín Ibsen le dijo que:

Había conocido en el Tirol...a una jovencita vienesa de un temperamento notable, que de inmediato le había tomado como confidente...no le interesaba la idea de casarse con algún joven educado decentemente... Lo que la tentaba, fascina y encantaba era quitarles los maridos a otras mujeres. Era una pequeña destructora diabólica... una pequeña ave de presa, que con todo gusto le habría incluido a él entre sus víctimas. La había estudiado muy de cerca. Pero ella no había tenido gran éxito con él. “No me atrapé, pero yo la atrapé a ella...para mi obra.”⁴⁹

⁴⁶ Meyer. Págs.636 ss.

⁴⁷ E.A.Zucker, Ibsen: *The Master Builder* (Londres, 1929)

⁴⁸ Citado en Meyer, pág. 646.

⁴⁹ Meyer, págs. 653-54

En resumen, Ibsen utilizó sencillamente a Emilie como idea para uno de sus personajes. Hilde Wangel en *El maestro de obras*, transformándola en el proceso y convirtiéndola en un personaje reprensible. No sólo se publicó el relato de Elías, sino también las cartas de Ibsen, y la pobre Emilie quedó identificada con Hilde.⁵⁰ Durante más de la mitad de su larga vida (permaneció soltera y vivió hasta los noventa y dos años) quedó bajo el estigma de ser una mala mujer. Esto fue característico no sólo de la manera en que Ibsen utilizaba a personas tomadas de la vida en sus guisos de ficción, sino también de la cruel falta de consideración por sus sentimientos al exhibirlos tan despreocupadamente. El peor caso de todos fue el de Laura Kieler, una infeliz joven noruega con la que Ibsen se había encontrado algunas veces. Estaba muy bajo la influencia de su marido y para ayudarle, pensaba ella, rogaba; cuando la descubrieron él la trató como si fuera un estorbo y una desgracia y la puso en un asilo para locos durante un tiempo. Ibsen la vio como un símbolo de la opresión de la mujer -otra idea hecha carne, más que una persona real- y la utilizó para crear su carácter ficticio de Nora en *Casa de muñecas*. La inmensa popularidad mundial de este drama brillante convirtió en figura conspicua a Laura, que fue generalmente identificada como el original. Se sintió angustiada y quiso que Ibsen declarara públicamente que Nora no era ella. No le hubiera costado nada hacerlo y la carta en la que rehúsa es una obra maestra de hipocresía mezquina: “Realmente no comprendo bien en qué piensa Laura Kieler cuando me quiere mezclar en esas disputas. Una declaración mía en tal sentido de que “ella no es Nora” sería a la vez insensata y absurda, ya que nunca he sugerido que lo fuera... ¡Creo que estará de acuerdo en que lo mejor que puedo hacer por nuestra mutua amiga es quedarme callado!”

La explotación despiadada del carácter de las personas por parte de Ibsen abarcaba tanto a aquellos que estaban más cerca de él como a personas que le eran prácticamente desconocidas. La obra que arruinó la vida de Emilie también perjudicó y lastimó a su mujer, ya que era fácilmente identificable como la mujer de Solness en *El maestro de Obras*, el co-arquitecto y víctima de un matrimonio desgraciado. Más aún, otro personaje en esta obra, Kaja Fósil, fue un acto de latrocinio humano. Una mujer se sorprendió al recibir varias invitaciones a cenar con Ibsen; acudió encantada y quedó nuevamente sorprendida cuando cesaron abruptamente; luego comprendió todo cuando vio la obra y reconoció algunos rasgos de ella en Kaja. Había sido utilizada.

Ibsen escribió a menudo sobre el amor que fue, después de todo, el tema principal de su poesía, aunque sólo fuera en el sentido de expresar el dolor de la soledad. Pero es dudoso que alguna vez sintiera o hubiese podido sentir amor por una persona en particular en oposición a una idea o persona como idea. El odio era una emoción mucho más genuina en él. Detrás del odio había un sentimiento aún más fundamental: el miedo. En los escondrijos más recónditos de la personalidad de Ibsen había un temor penetrante, inexpresado, atroz. Es probable que fuera lo más importante en él. La timidez la heredó de su madre, que en cuanto podía se encerraba en su habitación. Cuando pequeño Ibsen también se encerraba bajo llave. Los otros chicos se daba cuenta de su temor (por ejemplo de que tenía miedo a ir en trineo por el hielo), y “cobardía”, tanto física como moral, fue una palabra que quienes le observaron le aplicaron constantemente a lo largo de su vida.

Hubo un incidente especial en su vida, que tuvo lugar en 1851 cuando tenía veintitrés años y escribía artículos anónimos para el periódico radical *Arbejderforeningernes Blas*. En julio de ese año la policía allanó las oficinas y detuvo a dos de sus amigos, Theodor Abildgaard y Marcus Thrane, el líder de los obreros. Por suerte para Ibsen la policía no encontró nada entre los papeles de la oficina que lo

⁵⁰ Las cartas a Emile Bardach están en *Letters and Speeches*, págs. 279-98

conectara con los artículos. Aterrado, se mantuvo oculto muchas semanas. Los dos hombres fueron sentenciados y pasaron siete años en prisión. Ibsen tuvo la cobardía de no salir a defenderlos ni protestar contra el bárbaro castigo.⁵¹ Era hombre de palabras, no de acciones. Se irritó cuando Prusia invadió Dinamarca en 1864 y se anexionó Schleswing-Holstein, y denunció furioso la cobardía de Noruega al no acudir en ayuda de Dinamarca.: “Tuve que alejarme de toda esa porquería para sentirme limpio”, escribió.⁵² Pero no hizo nada concreto para ayudar a Dinamarca. Cuando un joven estudiante danés, Christopher Bruun, que había luchado en el ejército como voluntario, le preguntó a Ibsen, después de oír sus clamorosas opiniones, por qué él no había ido también como voluntario, recibió esta pobre respuesta: “Nosotros los poetas tenemos que cumplir otras tareas.”⁵³ Ibsen fue tan cobarde en sus asuntos personales como en los políticos. Su relación con su primer amor, Henrikke Holst, se cortó sencillamente porque cuando el formidable padre de Henrikke los encontró sentados juntos, Ibsen literalmente escapó aterrado. Muchos años después, cuando ella estaba casada, tuvo lugar el siguiente diálogo entre ellos: Ibsen, “¿Me pregunto por qué no resultó nada de nuestra relación?” Henrikke, “¿No lo recuerda? Usted se escapó,” Ibsen, “Sí, sí, nunca fue un hombre valiente frente a frente.”⁵⁴

Ibsen fue un niño avejentado y asustado que se convirtió en una vieja muy pronto. La lista de sus temores es interminable. Vilhelm Bergsoe le describe en Ischia, en 1867, petrificado ante el temor de que los despeñaderos o las rocas se derrumbaran y aterrado por la altura, gritando: “Quiero irme de aquí, quiero volver a casa.” Cuando caminaba por las calles siempre tenía miedo de que le cayera una teja sobre la cabeza. La rebelión de Garibaldi le inquietó terriblemente, porque temía que hubiese sangre en las calles. Le preocupaba la posibilidad de un terremoto.

Tenía miedo a los veleros: “No voy a salir con esos napolitanos. Si hay una tormenta se tiran en el fondo del barco y rezan a la Virgen María en vez de recoger la velas.” Otro de sus temores era una epidemia de cólera; en realidad las enfermedades contagiosas fueron siempre una preocupación principal para él. El 30 de agosto de 1880 escribía a su hijo August: “Me disgusta mucho la idea de que tu equipaje quede depositado en el hospital de Anna Daae. Las criaturas que atiende son de la clase de personas entre las que uno puede esperar que haya epidemias de viruela.”⁵⁵ Temía las tormentas, tanto caen el mar como en la tierra, el baño de mar (“puede muy fácilmente provocar un ataque fatal de calambres”), a los caballos (“bien conocidos por su costumbre de dar paradas”) y a cualquiera con un arma de caza (“hay que mantenerse bien lejos de la gente que lleva esas armas”). Tenía un miedo especial a los accedentes de vehículos. El peligro del granizo le obsesionaba tanto que se puso a medir la circunferencia de las piedras. Para fastidio de los chicos insistía en apagar las velas en los árboles de Navidad por el peligro de incendio. Su mujer no tenía necesidad de asustarle leyéndole los relatos de desastres publicados en periódicos, porque él mismo recorría (constituían la principal fuente de material para sus argumentos) y estudiaba aterrado los relatos de horrores, tanto naturales como provocados por el hombre. Sus cartas a Sigurd son un extraordinario catálogo de prevenciones. (“En casi todos los periódicos noruegos leo acerca de accidentes provocados por el manejo imprudente de armas de fuego cagadas.”) Y recomendaciones de prudencia: “Telegrafía ante el menor

⁵¹ Meyer, pág. 97

⁵² Carta a Magdalene Thoresen, 3 de diciembre de 1865.

⁵³ Meyer, Págs. 250-51

⁵⁴ Meyer, Págs. 131.

⁵⁵ Bergliot Ibsen, págs. 61-62

accidente.” “Un descuido ínfimo puede tener las peores consecuencias.” “Sé prudente y cuidadoso en todos los sentidos”⁵⁶

Su mayor terror eran los perros. Bergson relata que en Italia en una ocasión, se asustó de un perro inofensivo y de pronto echó a correr. El perro entonces le persiguió y le mordió. Ibsen gritó, “Ese perro está rabioso y hay que matarlo, sino me pondré enfermo yo también.” Echaba “espumarajos de rabia y pasaron días antes de que se le pasara el miedo.” Knudzon anota otro incidente asombroso, y en realidad siniestro, también en Italia. Ibsen y otros escandinavos almorzaron juntos en un restaurante y bebieron mucho vino: “El ambiente estaba cargado de electricidad. Desde el principio Ibsen pareció tener algo de indignación en lo más profundo del alma. Algo le pesaba que exigía un desahogo. “Cuando se levantaron para irse Ibsen no podía tenerse de pie y dos de ellos tuvieron que ayudarlo a caminar. Le llamó la atención una puerta de rejas con “un perro enorme detrás que les ladraba enfadado”. Entonces:

Ibsen tenía un bastón en la mano con el que empezó a molestar al perro, una de esas bestia gigantescas que parecen leones pequeños. El perro se acercó e Ibsen le empujó y le pegó con el palo, tratando por todos los medios de enfurecerlo, lo que logró. El animal se precipitó contra la puerta; Ibsen le azuzó y le pegó de nuevo, le provocó tal furia que no cabe duda de que si la sólida puerta de hierro no se hubiese interpuesto entre él y nosotros, nos habría deshecho... Ibsen debió quedarse fastidiando a ese perro durante seis u ocho minutos.⁵⁷

Tal como sugiere este incidente, la furia de Ibsen, que duró toda su vida, y sus perpetuos temores, estaban estrechamente vinculados. Se enfurecía porque tenía miedo. El alcohol anesthesiaba el miedo, pero también desencadenaba la furia; dentro del hombre enfadado se agazapaba un hombre asustado. Ibsen perdió su fe muy pronto, o así dijo, pero conservó el temor al pecado, y al castigo, hasta la tumba. Los chistes sobre la religión le disgustaban: “Hay cosas de las que uno no se burla.” Afirmaba que el cristianismo “desmoraliza e inhibe tanto a hombres como a mujeres”, pero él seguía siendo intensamente supersticioso. Quizá no creyera en Dios, pero temía a los demonios. En un volumen de Per Gynt escribió: “Vivir es guerrear con gnomos en el corazón y en el alma.” Bjornson le escribió: “En su cabeza hay muchos duendes que usted debería aplacar... un ejército peligroso para tenerlo cerca cuando se vuelve contra sus amos.” Ibsen lo sabía muy bien. Hablaba de su “superdiablo”. “Cierro mi puerta con llave y lo saco.” Dijo: “en lo que escribo debe de haber algo sobrenatural.” En su escritorio guardaba una colección de pequeños diablos de goma con lenguas rojas.⁵⁸ Algunas veces, después de unas copas de vino. Su razonada crítica de la sociedad se desmoronaba en incoherencia y furia, y parecía un hombre poseído por demonios. Hasta Williams Archer, su mayor defensor, pensaba que sus opiniones filosóficas y políticas, bien examinadas, no eran tanto radicales, como simplemente caóticas. “Me convenzo cada vez más”, escribió en 1887, “que como pensador polifacético, o más bien pensador sistemático, no ha llegado a nada.” Archer pensaba que simplemente estaba en contra de todo, que atacaba toda idea y todo principio aceptado. Ingvald Undsetr, padre de Sigrid Undset la novelista, que escuchó sus alcoholizados argumentos en Roma, escribió: “es un anarquista total, quería destruirlo todo... la humanidad debe empezar a reconstruir el mundo desde los cimientos... La sociedad y todo lo demás deben desaparecer... la gran tarea que le toca a nuestra época es la de hacer pedazos la estructura existente.” ¿Qué quería decir todo eso? En realidad, muy poco: era sólo el residuo que queda de la lucha entre el temor y el odio disputándose el dominio de un

⁵⁶ Bergliot Ibsen, págs. 52,79,82, etcétera

⁵⁷ Meyer, págs. 280-81,295-97

⁵⁸ Meyer, págs. 581

corazón que no conocía el amor, o no podía expresarlo. Los bares del mundo nórdico están llenos de hombres que peroran de igual manera.

Durante sus últimos años, que comenzaron con un ataque de apoplejía en 1900 que se repitió periódicamente en menor escala, Ibsen siguió alternando la preocupación y la furia, bajo la vigilancia de su sardónica esposa. Su ansiedad principal fue entonces la seguridad, mientras que la mayor fuente de irritación fue la debilidad física y un intenso rechazo a ser ayudado. La furia, como siempre, llevó la voz cantante. La enfermera particular recibía la orden de desaparecer en cuanto le había ayudado a salir a la calle.

Si no lo hacía, “Ibsen la amenazaba con el bastón para obligarla a meterse en la casa. “Un barbero iba todos los días para afeitarlo. Ibsen nunca le dirigió la palabra salvo una vez, cuando de pronto mascullo: “¡Diablo feo!” Murió el 23 de mayo de 1906. Susana afirmó después que justo antes de morir, dijo: “Mi querida, querida esposa, ¡qué buena y generosas has sido conmigo!” Esto parece totalmente fuera de carácter. De todos modos el diario del doctor Bull deja bien en claro que esa tarde estaba en coma y no podía hablar. Según otra versión, mucho más plausibles, sus últimas palabras fueron: “¡Al contrario!”

Capítulo 5 TOLSTOI El hermano mayor de Dios

De todos los intelectuales que estamos examinando, León Tolstoi fue el más ambicioso. Su audacia infunde un temor reverente, a veces aterra. Llegó a creer que gracias a los recursos de su propio intelecto, y en virtud de la fuerza espiritual que sentía surgir dentro de él, podía llevar a cabo una transformación moral de la sociedad. Su propósito fue, tal como expresó, “Hacer del reino espiritual de Cristo un reino de esta tierra.”¹ Se vio a sí mismo como formando parte de una sucesión apostólica de intelectuales que incluía a Moisés, Isaías, Confucio, los primeros griegos, Buda, Sócrates, y así hasta Pascal, Spinoza, Feuerbach y todos aquellos que, a menudo inadvertidos y desconocidos, no aceptaron ninguna enseñanza a ojos cerrados, pensaron y hablaron con sinceridad sobre el sentido de la vida. Pero Tolstoi no tenía la menor intención de permanecer “inadvertido y desconocido”. Sus diarios revelan que, cuando era un joven de veinticinco años, ya tenía conciencia de un poder especial y un destino moral dominante. “Leí un libro sobre la caracterización literaria del genio en la actualidad, y esto hizo surgir en mí la convicción de ser un hombre notable tanto en lo que respecta a capacidad como en cuanto a afán de trabajar.” “Hasta ahora no he conocido a un solo hombre, que moralmente, fuera tan bueno como yo.”, y que creyera que, “no recuerdo un momento en mi vida en el que no me haya atraído lo que es bueno y en que no estuviera dispuesto a sacrificar cualquier cosa por ello”.

En su propia alma sentía “una grandeza inmensa. Le desconcertaba que otros hombres no pudieran reconocer sus cualidades.” “¿Por qué no me ama nadie? No soy tonto, ni deforme, no soy un mal hombre ni un ignorante. Es incomprensible.”² Tolstoi siempre se sintió en cierto modo apartado de los otros hombres, por mucho que tratara de simpatizar e identificarse con ellos. De una manera curiosa se sentía con derecho a juzgar a los demás, a ejercer una jurisdicción moral. Cuando llegó a ser novelista, quizá el más grande de todos, asumió sin esfuerzo este poder divino. Le dijo a Máximo Gorka: “Cuando escribo, yo mismo de pronto siento compasión por algún personaje, y entonces le doto de alguna buena cualidad, o privo de una buena cualidad a otro, para que no aparezca tan negro en comparación con los demás.”³ Cuando se convirtió en reformador social, la identificación con Dios se hizo más fuerte, ya que el programa que se proponía era coincidente con la divinidad tal como él la definía: “El deseo del bienestar universal.... Es lo que llamamos Dios.” En verdad se sentía poseído por la divinidad, y anotó en su diario: “Socorro, Padre, ven a habita dentro de mí, ya habitas dentro de mí. Ya eres “yo.”⁴ Pero el problema de esta convivencia de Tolstoi y Dios habitando la misma alma era que Tolstoi recelaba mucho de su Creador, como observó Gorka. Le hacía acordarse, dijo, de “dos osos en la misma guarida”. En ocasiones

¹ Citado en George Steiner, *Tolstoy or Dostoevsky* (Londres, 1960).

² Anotaciones en el diario, del 12 de octubre, 2-3 de noviembre de 1853; 7 de julio de 1857; 18 de julio de 1853, en Aylmer Maude (ed.). *The Private Diary of Leo Tolstoy 1853-57* (Londres, 1927), pág. 79-80, 37, 227,17

³ Maxim Gorka, *Reminiscences of Tolstoy, Chekhov and Andreev* (Londres, 1934), citado en Steiner, pág. 125.

⁴ 19 de enero de 1898, *Diary*.

Tolstoi parecía pensar de sí mismo como el hermano de Dios, en realidad su hermano mayor.

¿Cómo fue que Tolstoi llegara a colocarse en esta situación? Quizá el elemento asilado más importante en su sentido de majestad fue su propio nacimiento. Como Ibsen, nació en 1828, pero como miembro de la clase dirigente hereditaria que, durante los siguientes treinta años, conservaría la forma de esclavitud llamada servidumbre. Bajo ella, familias de siervos, hombres, mujeres y niños, estaban ligados por la ley de la tierra que trabajaban e incluidos en los títulos de posesión. Algunas familias nobles tenían hasta 200.000 siervos cuando en 1861 se abolió la institución. Los Tolstoi no eran ricos según estas pautas; el padre y el abuelo de Tolstoi habían sido gastadores, y el padre se salvó gracias a casarse con una hija nada agraciada del Príncipe Volkonski. Pero los Volkonski pertenecían a más alto rango, habían sido cofundadores del reino y estaban en el mismo nivel social de los Romanov cuando su dinastía emergió en 1613. El abuelo materno de Tolstoi había sido el comandante en jefe de Catalina la Grande. La dote de su madre incluyó la propiedad de Yasnaya Poliana cerca de Tula, y Tolstoi la heredó de ella, con sus mil seiscientas hectáreas y 330 siervos.

En su juventud Tolstoi no pensó mucho en sus responsabilidades como terrateniente, y de hecho vendió partes de sus tierras para pagar deudas de juego. Pero estaba orgulloso, en realidad se vanagloriaba, de su título y su linaje y de la posibilidad que le ofrecían de acceder a los salones de moda. Consternaba a sus amigos literarios con su pose y su esnobismo. “No puedo entender”, escribió Turgenev, “este afecto tan grande por un título de nobleza”. “Nos asqueaba a todos”, fue el comentario de Nekrasov.⁵ Les disgustaba que tratara de aprovechar los dos mundos, la alta sociedad y la bohemia.

¿Por qué vienes a estar con nosotros?” le preguntó Turgenev enojado. Este no es tu lugar; vete con tus príncipes.” Al madurar, Tolstoi abandonó los aspectos más falsos de su casta, pero desarrolló en cambio un hambre de tierras mucho más profunda; utilizó sus ganancias literarias para comprar tierra, y atesoró hectárea sobre hectárea con la codicia del fundador de una dinastía. Hasta que llegó el momento en que decidió deshacerse de todo, no solamente fue dueño de tierras, sino que las gobernaba. Su espíritu autoritario surgía directamente del título hereditario a tierras y almas. “El mundo se dividía en dos partes”, escribió su hijo ILSA, “una compuesta por nosotros y la otra por los demás. Nosotros éramos personas especiales y los demás no eran nuestros iguales....[Mi padre] fue responsable en alto grado de la arrogancia y autoestima sin fundamento que semejante crianza inculcó en nosotros, y de las que me resultó tan difícil deshacerme.”⁶ Hasta el final Tolstoi mantuvo la creencia de que había nacido para mandar, de una forma u otra. En la ancianidad, escribió Gorka, siguió siendo el amo, el barin, que esperaba que sus deseos fueran obedecidos al instante.

A este deseo fundamental de mandar se sumaba un feroz rechazo a ser gobernado por otros. Tolstoi tenía una voluntad diamantina que las circunstancias contribuyeron a fortalecer. Sus padres murieron cuando era joven. Sus tres hermanos mayores fueron débiles, desdichados, licenciosos. Le crió su tía Tatiana, una prima segunda pobre, que hizo todo lo que pudo para enseñarle sus deberes y generosidad, pero no tenía autoridad sobre él. El relato de sus primeros años, “Infancia”, y sus diarios despistan al lector, como los de Rousseau, con su sinceridad aparente, pero en realidad ocultan más de lo que revelan. Es así que describe haber sido castigado por un tutor feroz, Monsieur de Saint-Thomas, “un motivo para ese horror y aversión ante cualquier tipo de violencia

⁵ Citado en Henri Troyat, *Tolstoy* 1968, págs. 133-40

⁶ Ilya Tolstoy, Tolstoy, *My Father* (trad. Londres, 1972).

que he sentido durante toda mi vida.”⁷ La verdad es que hubo muchos tipos de violencia, incluso la propia naturaleza violenta, que no consternaron a Tolstoi hasta muy tarde en su vida. En cuanto a Saint-Thomas, ya le había vencido a los nueve años, y a partir de entonces su vida fue tan indisciplinada como él quiso que fuera. En la escuela leía lo que quería y trabajaba cuando tenía ganas (a menudo muy duramente). A los doce años ya escribía poesía. A los dieciséis fue a la universidad Kazan en el Volga y durante un tiempo estudió lenguas orientales con vistas a una carrera diplomática. Más adelante intentó la abogacía. A los diecinueve abandonó la universidad y volvió a Yasnaya Polyana para estudiar solo. Leyó las novelas de moda: a de Pick, Dumas, Eugéne Sue. También leyó a Descartes y, sobre todo, a Rousseau. En muchos aspectos importantes fue un discípulo póstumo de Rousseau: al final de su vida dijo que Rousseau había influido en él más que ninguna otra persona, salvo el Jesucristo del Nuevo Testamento. Veía en Rousseau un espíritu afín, otro ego gigantesco, consciente de una verdad superlativa, ansioso de impartirla al mundo. Como Rosseau, fue esencialmente autodidacta, con todo el orgullo, inseguridad y susceptibilidad del autodidacta.

Como Rousseau, probó muchas cosas antes de ser escritor: la diplomacia, la abogacía, la reforma educativa, la agricultura, el ejército, la música.

Tolstoi encontró su *métier* casi por accidente, mientras servía en el ejército como aprendiz de oficial. En 1851, cuando tuvo veintidós años, fue al Cáucaso, donde su hermano mayor, Nicolai, prestaba servicio activo. No tuvo ningún motivo real para ir allí, más que el de hacer algo, llenar el tiempo, y ganar medallas que le vendrían bien en los salones. Pasó en el ejército casi cinco años, primero en la guerra de frontera en las montañas, luego en Crimen contra los británicos, franceses y turcos. Tenía los preconcepciones y actitudes de un imperialista ruso. Cuando el ejército le aceptó y le destinó a una batería de cañones (los nativos no tenían artillería) escribió a su hermano Sergei: “Ayudaré con todas mis fuerzas con mis cañones a destruir a los asiáticos rapaces y turbulentos.”⁸ En realidad, nunca repudió su imperialismo ruso ni el espíritu chauvinista, la convicción de que los rusos constituían una raza especial, con cualidades morales únicas (personificadas en el campesino) y un papel asignado por Dios para cumplir en el mundo.

Estas eran las simples creencias tácticas de sus camaradas oficiales. Tolstoi las reflejó. Pero en otros sentidos se sentía diferente. “De una vez por todas”, escribió en su diario, “debo acostumbrarme a la idea de que soy una excepción, de que o me he adelantado a mi época o soy una de esas naturalezas incongruentes e inadaptables que jamás están satisfechas.”⁹ En el ejército había opiniones encontradas sobre él. Algunos pensaban que era modesto. Otros le encontraban “un incomprensible aire de importancia y complacencia en sí mismo.”¹⁰ Todos observaron su mirada feroz e implacable, sus ojos a veces terribles; podían hacerle bajar los ojos a cualquiera. Nadie discutía su coraje, dentro y fuera de la acción era una función de su enorme voluntad. De niño se había obligado a montar a caballo. Había superado la timidez. También se había obligado a cazar, incluso al peligroso deporte de azuzar a los osos con perros; a consecuencia de su arrogante indiferencia en su primera cacería de osos quedó muy magullado y casi le matan. En el ejército demostró bravura bajo el fuego, y esto le valió la promoción a teniente. Pero sus esfuerzos por conseguir medallas no dieron resultado. Le recomendaron tres veces pero en algún nivel le bloquearon la recompensa. El afán

⁷ Leo Tolstoy, “*Boyhood*”.

⁸ Citado en Aylmer Maude, *Life of Tolstoy* (Londres, 1929), pág., 69.

⁹ 3 de noviembre de 1853, en *Diary*, pág. 79.

¹⁰ Maude, *Life*, pág. 37.

por las condecoraciones se descubre fácilmente en el ejército y no es bien acogido. El hecho es que Tolstoi no fue un oficial satisfactorio; no sólo le faltaba humildad y voluntad para obedecer ya aprender, sino también solidaridad con sus camaradas. Era un solitario, dispuesto a salir adelante, y si no había nada que pudiese ayudarlo en su carrera, sencillamente se alejaba del frente, a menudo sin permiso o sin decírselo a nadie. Su coronel anotó: “Tolstoi está ansioso por oler pólvora, pero sólo a intervalos” Tendía a “eludir las dificultades y penurias inherentes a la guerra. Viaja a distintos lugares como turista, pero en cuanto oye tiros, de inmediato aparece en el campo de batalla. Cuando termina se va otra vez adondequiera lo lleve su preferencia.”¹¹

A Tolstoi le gustaba el drama, entonces y siempre. Estaba dispuesto a sacrificar comodidades, placeres, hasta su vida, siempre que pudiera hacerlo con un gesto grandioso y teatral que todo el mundo viera. Cuando era estudiante, para acentuar su actitud rusa, se hizo un poncho y bolsa de dormir combinado; fue un gesto que provocó comentarios. En el ejército esta listo para actuar, pero no, por decirlo así, a servir. Las incomodidades penurias de rutina, los aspectos de la vida militar que no tienen valor potencial de celebridad y pasan desapercibidos no le interesaban. Así sería siempre. Su heroísmo, su virtud, su santidad eran para el escenario público, no para la tediosa e ignorada rutina de la vida diaria.

Pero en un aspecto su carrera militar fue verdaderamente heroica. Fue entonces cuando se convirtió en un escritor de fuerza prodigiosa. Mirando retrospectivamente es obvio que Tolstoi fue un escritor nato. También es obvio, de acuerdo a sus descripciones posteriores, que desde una edad muy temprana observó a la naturaleza y a la gente con una exactitud de detalle que nunca ha sido superada. Pero los escritores natos no siempre se revelan como tales. El momento en que las dos dotes más notables de Tolstoi se reunieron fue cuando vio por primera vez las montañas del Cáucaso camino a incorporarse al ejército. El esplendor casi sobrenatural de la vista no sólo estimuló su intenso apetito visual y despertó el ANSI todavía dormida de ponerlo en palabras, sino que evocó su tercera dote notable: su sentido de la majestad de Dios y su deseo de mezclarse con él de algún modo. Muy pronto se puso a escribir *Infancia*, y luego historias y esbozos de la vida militar: “*El ataque*”, “*Los cosacos*”, “*La tala*”, “*Notas de un marcador de billar*”, tres “*Esbozos de Sebastopol*”, “*Niñez*” (parte de *Juventud*), “*Una mañana de propietario*”, “*Nochebuena*”. *Infancia* lo envió en julio de 1852 y se publicó con un éxito considerable. “*Los cosacos*” lo terminó sólo diez años después, “*Nochebuena*” nunca, y parte del material, la campaña contra Shamy, el jefe chechen, Tolstoi lo reservó para “*Hadji Murad*” su última y brillante historia, que escribió ya anciano. Pero lo notable es que toda esta obra importante la produjo en breves intervalos de su actividad militar y hasta en el frente, y en un momento en el que Tolstoi, según su propio relato, también perseguía a las cosacas, jugaba y bebía. La urgencia de escribir debió de ser irresistible, el trabajo y la voluntad que requirió satisfacerla, imponente.

Sin embargo, esta necesidad de escribir fue intermitente, y ahí radica la tragedia de Tolstoi. A veces escribía con regocijo. Orgullosamente consciente de su poder. Así, en octubre de 1858: “Voy a narrare una aventura que no tendrá ni pies ni cabeza.” A principios de 1860: “Estoy trabajando en algo que me llega con tanta naturalidad como respirar y, confieso con orgullo culpable, me permite mirar de arriba abajo todo lo que los demás estáis haciendo.”¹² No es que escribir le resultara fácil alguna vez. Se imponía a sí mismo un nivel muy alto y el trabajo fue exigente y arduo. La mayor parte de la voluminosa Guerra y paz pasó por lo menos por siete borradores. Anna Karenina tuvo aún más borradores y revisiones, y los cambios fueron de fundamental

¹¹ Maude, pág. 126.

¹² Maude, pág. 200; Troyat, pág. 194.

importancia: en estas revisiones sucesivas vemos la metamorfosis de Anna de una cortesana desagradable en la heroína trágica que conocemos.¹³

A través el trabajo que Tolstoi se tomó con su obra en sus puntos culminantes, comprendemos que tenía conciencia de su alta vocación como artista. ¿Cómo podía no tenerla? A veces escribe mejor que nadie y es indudable que nadie ha pintado a la naturaleza con una verdad y profundidad tan uniformes. “La tormenta de nieve”, escrita en 1856, en la que relata el episodio en el que casi muere en una ventisca mientras volvía del Cáucaso a Yasnaya, un ejemplo temprano de su técnica madura, es de una fuerza casi hipnótica. Esto lo logra directamente, por medio de la selección y la exactitud del detalle. No hace uso de la insinuación o el matiz, ni de la poesía o la sugerencia. Tal como señaló Edgard Crankshaw, es un pintor que desdeña las sombras y el claroscuro y emplea sólo la claridad y la visibilidad perfecta.¹⁴ Otro crítico lo ha comprado a un pintor prerrafaelista: formas, texturas, tonos y colores, sonido, olores, sensaciones, todo es transmitido con transparencia cristalina y directamente.¹⁵ Siguen dos ejemplos, los dos pasajes que evolucionaron a través de muchas revisiones: Primero, el extrovertido Vronski:

¡Bien, espléndido!” se dijo a sí mismo, cruzó las piernas y, tomando una con la mano, palpó el músculo elástico de la pantorrilla, donde se lo había magullado el día anterior al caerse...Gozó con el suave dolor en la pierna fuerte, gozó la sensación muscular del movimiento de su pecho al respirar. El día brillante y frío de agosto que había hecho sentir tan desesperanzada a Anna, a él le parecía vivificante... Todo lo que veía a través de la ventanilla del coche estaba tan fresco, alegre y vigoroso como él mismo: los techos de las casas que brillaban al sol poniente, los netos perfiles de las cercas y ángulos de los edificios, hasta los campos de patatas: todo era hermoso, como un paisaje delicioso recién salido del pincel del artista y acabado de barnizar.

Y aquí está Levin cazando agachadizas con su perro Laska:

*“La luna había perdido todo su brillo y era como una nube blanca en el cielo. No se veía ni una sola estrella. Los juncos, antes plateados, ahora brillaban como oro. Los charcos estancados parecían todos de ámbar. El azul de la hierba se había tornado verde amarillento... Un halcón se despertó y se instaló en un pajar, girando la cabeza de un lado a otro y mirando descontento el pantano. Los cuervos sobrevolaban el campo, y un chico con las piernas desnudas le llevaba los caballos a un viejo que se había levantado de debajo de su chaqueta y se estaba peinando. El humo del fusil era blanco como leche sobre el verde la hierba.”*¹⁶

Es obvio que la capacidad de escribir de Tolstoi surgía directamente de su veneración de la naturaleza, y que conservó tanto la capacidad como la emoción, si bien con intermitencias, hasta el final. En su diario anota el 19 de julio de 1896 haber visto, aún vivo, un diminuto retoño de bardana en un campo arado, “negro de polvo pero todavía vivo y rojo en el centro... Me da ganas de escribir. Afirma la vida hasta el final, y solo en medio del campo, de alguno u otra manera la había afirmado”.¹⁷ Cuando Tolstoi miraba la naturaleza con ese frío ojo suyo, terrible y exacto, y poniéndola en palabras con su pluma precisa y muy bien calibrada, estaba tan cerca de la felicidad, o por lo menos de la paz espiritual, como su carácter le permitía.

¹³ R.F. Christian, *Tolstoy: A Critical Introduction* (Cambridge, 1956).

¹⁴ Edgard Crankshaw, *Tolstoy: The Making of a Novelist* (Londres, 1974) es particularmente bueno para los puntos fuertes y los débiles de Tolstoi como escritor.

¹⁵ Elizabeth Gunn, *A Daring Coiffeur: Reflections on War and Peace and Anna Karenina*.

¹⁶ Los dos pasajes están citados por Gunn.

¹⁷ Citado por Steiner, pág. 229.

Desdichadamente no se contentaba con sólo escribir. Tenía voluntad de poder. La autoridad que ejercía sobre sus personajes no era bastante. No se sentía parte de ellos. Eran una raza diferente, casi una especie diferente. Sólo en ocasiones, sobre todo con el personaje de Anna, y gracias a esfuerzos prodigiosos, logra meterse en la mente de la persona que está describiendo, y el hecho de que lo haga con tanto éxito en este caso nos recuerda los peligros de generalizar acerca de este hombre extraordinario. Pero por regla general mira desde afuera, desde lejos, sobre todo desde arriba. Sus siervos, sus soldados, sus campesinos son animales presentados brillantemente; describe a los caballos (Tolstoi tenía un gran conocimiento y comprensión de los caballos) igualmente bien y de la misma manera. Mira por nosotros mientras nos conduce durante el curso de una gran batalla, casi como si la observara desde otro planeta. No siente por nosotros. Nosotros sí sentimos, como resultado de la observación selectiva que hace por nosotros, y por lo tanto controla nuestros sentimientos: estamos atrapados por un gran novelista. Pero él mismo no siente. Permanece desligado, apartado, olímpico. En comparación con Dickens, un contemporáneo mayor, y con Flaubert, un casi contemporáneo (los dos novelistas se movieron en un mismo plano superior de creación), Tolstoi invirtió comparativamente poco de su capital emocional en su ficción. Tenía, o creyó tener, cosas mejores que hacer con él.

Pensamos en Tolstoi como un novelista profesional, y por supuesto en cierto sentido esto es cierto. En sus dos obras mayores volcó algo que sólo puede llamarse genio: organizó multitudes de detalles en el decisivo ordenamiento de grandes temas, que desarrolló hasta conclusiones implacables. Como era un verdadero artista nunca se repitió: Guerra y paz examina toda una sociedad y una épocas enteras, Anna Karenina enfoca de cerca de un grupo de personas en particular. Estos libros lo convirtieron en un héroe nacional, le dieron fama mundial, riqueza y una reputación de sagacidad moral que quizá ningún otro novelista haya gozada jamás. Pero durante la mayor parte de su vida no se dedicó a escribir novelas. Hubo tres períodos creativos: los primeros cuentos en la década de 1850; los seis años que pasó escribiendo Guerra y paz, en la del sesenta; la creación de Anna Karenina en la del setenta. Durante el resto de su larga vida hizo, y fue, una multitud de otras cosas, que desde su punto de vista tenían una prioridad moral mayor.

A los aristócratas del viejo régimen les resultaba difícil despojarse de la idea de que escribir era para sus inferiores. Byron nunca consideró que la poesía era su tarea más importante, que fue la de ayudar a los pueblos sometidos de Europa a lograr su independencia, se sentía llamado a conducir, como cuadraba a su clase. Tolstoi pensaba lo mismo. En realidad, se sintió llamado a algo más que conducir, a profetizar, a veces a desempeñar el papel de Mesías. ¿Qué hacía entonces cuando pasaba el tiempo escribiendo? “Escribir cuentos”, le dijo al poeta Fet, “es estúpido y vergonzoso.” Tomen nota del segundo adjetivo. Este fue un tema intermitente, que el arte era un atroz desperdicio de los dones de Dios, que Tolstoi orquestaba en términos cada vez más sonoros cuando tenía un estado de ánimo iconoclastico. De modo que de vez en cuando, y cada vez más a medida que entraba en años, renunciaba al arte y ejercía el liderazgo moral.

Ahora bien, éste fue un caso desastroso de engaño a sí mismo. Es notable que Tolstoi, que pensó en sí mismo tanto como cualquier otro (incluso hasta Rousseau), que escribió copiosamente sobre sí mismo, y cuya ficción en gran medida gira alrededor de él mismo de una forma u otra, careciera de manera tan notable de autoconocimiento. Como escritor tuvo cualidades superlativas; mientras escribía fue menos peligroso para quienes le rodeaban y para la sociedad en general. Pero no deseaba ser escritor, por lo menos de temas profanos. En cambio quería conducir, para lo que no tenía ninguna

capacidad, más que la voluntad; para profetizar, para fundar una religión, y para transformar el mundo estaba descalificado tanto moral como intelectualmente. De modo que grandes novelas quedaron sin ser escritas, y él condujo, o mejor dicho arrastró, a sí mismo a su familia hacia un desierto enmarañado.

Hubo un motivo más para que Tolstoi se sintiera llevado a imponerse una gran tarea moral. Como Byron, sabía que era un pecador. A diferencia de Byron, tenía un abrumador sentimiento de culpa por ello. La culpa de Tolstoi fue un instrumento selectivo e inexacto (algunos de sus peores defectos, hasta crímenes, producto atroz de su ego presuntuoso, Tolstoi no los veía como pecados), pero muy poderoso. Y es indudable que en su juventud hubo muchas cosas que lo podían hacer sentir culpable. A principio de 1849 parece que aprendió a jugar en exceso en Moscú y San Petersburgo. El 1º de mayo escribió a su hermano Sergei: “Vine a San Petersburgo sin un verdadero motivo, y desde que estoy aquí no he hecho nada que valga la pena, solamente gastar mucho dinero y endeudarme.” Le dijo a Sergei que vendiera parte de la propiedad de inmediato: “Mientras espero que llegue ese dinero, necesito ya, sin falta, 3.500 rublos.” Añadió: “Uno puede cometer este tipo de idiotez una vez en la vida. Tenía que pagar por mi libertad (no hubo nadie que me diera una paliza; ésa fue mi peor desgracia) y por filosofar, y ahora he pagado.”¹⁸ En realidad, siguió jugando a intervalos, a veces mucho y desastrosamente, durante los diez años siguientes; mientras tanto vendió buena parte de sus posesiones y acumuló deudas con pariente, amigos y comerciantes, que en gran número quedaron impagadas. Jugaba en el ejército.

En un momento planeó iniciar un periódico del ejército, que se llamaría La gaceta militar, y vendió la parte principal de Yasnaya Polyana para financiarlo: pero cuando le llegó el efectivo, 5.000 rublos, los utilizó para jugar y los perdió enseguida. Cuando dejó el ejército y viajó por Europa, jugó de nuevo, con el mismo resultado. El poeta Polonsky, que le observó en Stuttgart en julio de 1857, anotó “Desdichadamente la ruleta le atraía con violencia... le pelaron por entero en el juego. Perdió 3.000 francos y no le queda un centavo. “El propio Tolstoi escribió en su diario: “Ruleta hasta las 6. Perdí todo.” “Pedí 200 rublos prestado a un francés y los perdí.” “Le pedí dinero prestado a Turgenev y lo perdí.”¹⁹ Años más tarde, su esposa observaría que, si bien se sentía culpable por jugar así, y había renunciado a hacerlo, no parecía sentir remordimiento por no pagar sus deudas de juego a gente que, en algunos casos, era pobre. Pagar una vieja deuda no tenía nada de dramático.

Tolstoi tenía un sentimiento de culpa aún más fuerte acerca de sus deseos sexuales y su satisfacción, si bien en este caso también los castigos que se imponía eran extrañamente selectivos y hasta indulgentes con él mismo. Tolstoi se creía altamente sexual. En su diario hay entradas que registran: “Debo tener una mujer. La sensualidad no me deja un momento de paz” (4 de mayo de 1853), “Lujuria terrible que llega a ser una enfermedad” (6 de junio de 1856).²⁰ Al final de sus días dijo a su biógrafo Aylmer Maude que, tal era la fuerza de su urgencia, que no pudo abandonar el sexo hasta que tuvo ochenta y un años. Durante su juventud fue sumamente tímido con las mujeres y recurría a los prostíbulos, que le desagradaban y tenían las consecuencias usuales. Una de sus primeras anotaciones en los diarios, en marzo de 1847, refiere que le están tratando por “gonorrea, contagiada donde acostumbra ocurrir”. Registra otro ataque en 1852 en una carta a su hermano Nikolai: “Me han curado la enfermedad venérea pero los efectos del mercurio me han producido sufrimiento indecibles.” Pero siguió

¹⁸ Citado en Crankshaw, pág. 66.

¹⁹ Anotaciones del 25 y del 27 de julio y, y 1º de agosto de 1857, en *Diary*; ver también “Introduction”, pág. XXIII.

²⁰ *Diary*, págs. 10,158.

frecuentado a las prostitutas, alternándolas con gitanas, cosacas y nativas, jóvenes campesinas rusas cuando podía conseguirlas. El tono de sus anotaciones en el diario es siempre de disgusto consigo mismo mezclado con odio por la tentadora: “algo rosado... abrí la puerta posterior. Entró, Ahora no aguanto ni mirarla. Repulsiva, vil, odiosa, me obligó a violar todas mis leyes” (18 de abril de 1851). “Las jóvenes me han llevado por mal camino” (25 de junio de 1853). El día siguiente tomó una buena decisión pro “las muchachas no me dejan” (26 de junio de 1853). Una anotación en abril de 1853 afirma, después de una visita a un prostíbulo: “desagradable. Chicas. Música estúpida, chicas, calor, humo de cigarrillo, chicas, chicas, chicas.” Turgenev, cuya casa él estaba utilizando como hotel, da otro vistazo a Tolstoi en 1856: -“Juergas, gitanas, juego toda la noche, y luego duerme como un lirón hasta las dos.”²¹

Cuando Tolstoi estaba en el campo, especialmente en su propiedad, escogía a su gusto entre las siervas jóvenes más bonitas, a veces éstas despertaban en él algo más que simple lascivia. Más adelante escribió de Yasnaya Polyana: “Recuerdo las noches que pasé allí, y la belleza y la juventud de Dunyasha... su cuerpo fuerte y femenino”.²²

Uno de los motivos de los viajes de Tolstoi por Europa en 1856 fue el escapar a lo que él veía como tentaciones de una joven sierva atractiva. Sabía que su padre había tenido una aventura semejante, y la joven había tenido un hijo, al que trataron como un simple siervo de la propiedad empleado en los establos (luego fue cochero). Pero a su vuelta, Tolstoi no pudo dejar en paz a las mujeres, en especial a una casada llamada Aksinya. En su diario de mayo de 1858 se lee: “Hoy, en el gran bosque viejo. Soy un tonto, un bruto. Su carne de bronce y sus ojos. Estoy enamorado como nunca antes. No pienso en otra cosa.”²³ La joven era “limpia, y nada fea, de ojos negros brillantes, una voz profunda, perfume a algo fresco y pechos fuertes y grandes que empujaban la pechera de su delantal”. Probablemente en julio de 1859, Aksinya tuvo un hijo, llamado Timofei Nazykin. Tolstoi la llevó a la casa como criada y durante un tiempo permitió que el niño jugara con ella. Pero, pero como Marx e Ibsen, y como su propio padre, nunca reconoció que el niño era suyo ni le prestó la menor atención. Más notable aún que, en un período en el que predicaba públicamente la urgente necesidad de educar a los campesinos, y hasta estableció escuelas para ellos en su propiedad, no hizo ningún esfuerzo para asegurar que su propio hijo ilegítimo aprendiera a leer y escribir. Es posible que temiera futuras reclamaciones. Parece que fue despiadado en cuanto a descartar los derechos de los hijos naturales. Le fastidió, posiblemente porque ponía de relieve su propio comportamiento, que Turgenev no sólo reconociera a su hija ilegítima, sino que se preocupara de educarla de forma adecuada. En una ocasión Tolstoi insultó a la pobre niña, aludiendo a su nacimiento, y esto llevó a una seria disputa con Turgenev que casi termina en un duelo.²⁴ De modo que Timofei tuvo que trabajar en los establos; luego, por razones de mala conducta, fue rebajada a leñador. No se sabe nada más de Timofei a partir de 1900, cuando tenía cuarenta y tres años., salvo que Alexei, el hijo de Tolstoi, se ocupó de él y le tomó como cochero.

Tolstoi sabía que hacía más al recurrir a prostitutas y al seducir a campesinas. Se acusaba a sí mismo por estas ofensas. Pero tendía aún más a echarle la culpa a las mujeres. Para él todas eran Eva la tentadora. En realidad quizá no sea exagerado decir que, pese a que necesitó a las mujeres físicamente toda su vida y las utilizó (o quizá por esto mismo) desconfiaba de ellas, le disgustaban y hasta las odiaba. En cierto sentido las

²¹ *Diary*, págs. 10-16; Crankshaw, pág. 128.

²² Troyat, pág. 63

²³ Citado en Anne Edwards, Sonya: *The Life of Countess Tolstoy* (Londres, 1981).

²⁴ Troyat, pág. 232.

manifestaciones de su sexualidad le repugnaban. Al final de su vida observó: “la vista de una mujer con el pecho descubierto siempre me causó asco, incluso en mi juventud.”²⁵ Tolstoi era censor por naturaleza, hasta casi puritano. Si la sexualidad propia le disgustaba, su manifestación en otros provocaba en él una severa censura. En París, en 1857, en un período en que sus aventuras amorosas llegaban al exceso, escribió: “En las habitaciones amuebladas en las que viví había treinta y seis parejas, de las cuales diecinueve eran irregulares. Eso me desagradó muchísimo.”²⁶ El pecado sexual era pernicioso, y las mujeres eran su causa. El 16 de junio de 1847, cuando tenía 19 años, escribió:

Ahora me impondré la regla siguiente: Considera la compañía de las mujeres como un mal social inevitable y aléjate de ellas todo lo posible. ¿Quién, en realidad, es la causa de la sensualidad, la indulgencia, la frivolidad y toda clase de otros vicios en nosotros, sino las mujeres? ¿Quién tiene la culpa de la pérdida de nuestras cualidades naturales de coraje, constancia, razonabilidad, rectitud, etc. sino las mujeres?

Lo realmente deprimente de Tolstoi es que mantuvo estas opiniones infantiles, en cierto sentido orientales, sobre las mujeres hasta el final de su vida. En contraste con sus esfuerzos para retratar a Anna Karenina, no parece que hiciera nunca un intento serio en la vida real de penetrar en la mente de una mujer y comprenderla. De hecho, no admitía que una mujer poderse ser un ser humano serio, adulto, moral. En 1898, cuando tenía setenta años, escribió: “(La mujer) en genera es estúpida, pero el Diablo le presta cerebro cuando trabaja para él. Entonces realiza milagros de pensamiento, previsión, constancia, con el fin de hacer algo malo,” O También: “Es imposible pedir a una mujer que evalúe los sentimientos de su amor exclusivo sobre la base del sentimiento mora. No puede hacerlo, porque no posee el verdadero sentimiento moral, es decir, el que está por encima de todo.”²⁷ Estaba en total desacuerdo con las opiniones emancipadoras en La sujeción de las mujeres de J.S. Mill, argumentando que se debía prohibir, aún a las mujeres solteras, que tuvieran una profesión. En realidad consideraba la prostitución como una de las pocas “vocaciones honorables” para mujeres. El pasaje en el que justifica a la prostituta merece ser citado:

¿Deberíamos permitir la relación sexual, promiscua, como desearían muchos “liberales?” ¡Imposible! Sería la ruina de la vida de familia. Para salvar la dificultad, la ley de desarrollo ha producido un “puente dorado” bajo la forma de una prostituta. ¡Qué sería de Londres sin sus 70.000 prostitutas! ¿Qué sería de la decencia y la moralidad, cómo sobreviviría la vida de familia sin ellas? ¿Cuántas mujeres y niñas permanecerían castas? No, creo que la prostituta es necesaria para mantener la familia.²⁸

El problema con Tolstoi fue que, si bien creía en la familia, en realidad no creía en el matrimonio; por lo menos no en el matrimonio cristiano entre adultos, con los mismos derechos y deberes. Nadie fue quizá, menos adecuado para dicha institución. Una joven vecina suya en el campo, Valerya Arsenev, una huérfana de veinte años, tuvo la suerte de poder escaparse. Sintió afecto por ella cuando se acercaba a los treinta y durante un tiempo la consideró su novia. Pero sólo le gustaban sus aspectos infantiles; cuando su lado más maduro, más femenino, fue surgiendo, le disgustó. Sus diarios y cartas cuenta la historia.”Es una lástima que no tenga friere, ni fuego...una plasta.” Pero “su sonrisa es dolorosamente sumisa.” Era “maleducada, ignorante, en verdad estúpida... Empecé a pincharla con tanta crueldad que sonrío dudosa, con lágrimas en la sonrisa.” Después de vacilar durante ocho meses y sermonearla sin piedad, la provocó

²⁵ Citado en Valentín F. Bulgakov, *The Last Year of Leo Tolstoy* (trad.m, Londres, 1971), págs. 145-46.

²⁶ *Diary*, Introducción, pág. XXI.

²⁷ Citado en Ernest J. Simmons, *Leo Tolstoy* (Londres, 1949), págs. 621-22

²⁸ Carta a N: N: Strakhov, autor de un artículo, “*The Feminine Question*”, que refuta a J.S. Mill. Citado en Simmons.

hasta que le escribió irritada y pudo utilizar esto para romper con ella: “Estamos demasiado alejados.

El amor y el matrimonio no hubiesen dado más que desdicha.”Le escribió a su tía:”Me he portado muy mal. Le he pedido a Dios que me perdone... Pero es imposible arreglarlo.”²⁹

Finalmente, su elección recayó, cuando tenía treinta y cuatro años, en Sonya Behrs, de dieciocho, hija de un médico. El no era un gran partido, no era rico, jugador conocido, con problemas con las autoridades por insultar al juez local. Algunos años antes se había descrito a sí mismo como dueño de “los rasgos más toscos y feos...ojos pequeños y grises, más estúpidos que inteligentes... la cara de un campesino, y las grandes manos y pies de un campesino”. Además, odiaba a los dentistas y no los visitaba, y ya en 1862 había perdido casi todos sus dientes. Pero ella era una joven fea e inmadura, de sólo un metro cincuenta y cinco de altura y en competencia con dos hermanas; estuvo contenta de conseguirle. Él le hizo una propuesta formal por carta y luego parece que tuvo dudas hasta el último momento. El casamiento mismo fue premonitorio de un desastre. Por la mañana irrumpió en la casa de ella, insistiendo:”He venido a decirte que todavía estamos a tiempo... todos este asunto todavía puede pararse.” Ella estalló en llanto. Tolstoi llegó casi una hora tarde a la ceremonia, después de guardar todas las Macías. Ella volvió a llorar. Después cenaron y ella se cambió, y subieron a un coche llamado *dormeuse*, tirado por seis caballos. Ella lloró de nuevo. Tolstoi, como huérfano, no podía comprender esto y gritó: “Si te da tanta pena dejar a tu familia, no debes amarme mucho.”En la *dormeuse* él se puso a manosearla y ella le rechazó. Tenían una suite en un hotel, el *Birulevo*. A ella le temblaban las manos mientras le servía el té del samovar. Intentó tocarla de nuevo, y fue rechazado otra vez. El diario de Tolstoi registra implacable: “Es llorona. En el coche. Lo sabe todo y es simple. Pero tiene miedo.” La consideró “morbosa”. Más tarde aún, después de hacer el amor por fin, y ella (así pensó él) habiendo respondido, añadió: “Felicidad increíble. No puedo creer que esto dure tanto como la vida”³⁰

No duró, por cierto. Hasta la esposa más sumisa hubiese encontrado difícil soportar el matrimonio con un ególatra tan colosal. Sonya tenía bastante cabeza y espíritu como para resistirse a su voluntad abrumadora, por lo menos de cuando en cuando. De modo que lograron formar uno de los peores (y mejor descritos) matrimonios de la historia. Tolstoi lo empezó con un error de juicio desastroso. Una de las características del intelectual es creer que los secretos, en especial en el campo sexual, son perjudiciales. Todo debe ser “abierto”. Hay que quitarle la tapa a la caja de Pandora. Marido y mujer deben contarse “todo” el uno al otro. De ahí nacen muchas desdichas. Tolstoi comenzó su política de *gasnost* insistiendo en que su mujer leyera sus diarios, que llevaba ya desde hacía quince años. Ella quedó pasmada al descubrir (los diarios estaban entonces en su forma original, sin ninguna censura) que contenían detalles de toda su vida sexual, incluso visitas a prostíbulos y coitos con prostitutas, gitanas, nativas, sus propias siervas y, no en último término, hasta amigas de la madre de ella misma.

Su primera reacción fue: “Llévate esos horribles libros... ¿por qué me los has dado?” Luego le dijo: “Sí, te he perdonado. Pero es espantoso.” Estas observaciones han sido tomadas de su propio diario, que llevaba desde que tenía cuatro años. Fue parte de la política de Tolstoi que cada uno llevara su diario y tuvieran acceso al del otro...una fórmula segura para crear sospechas mutuas y desdichas.

²⁹ Crankshaw, págs. 145-52.

³⁰ Edwards, págs. 77-87; Crankshaw, págs. 196-214; Simmons, pág. 270.

Es probable que el aspecto físico del matrimonio de Tolstoi no se recuperara jamás de la impresión inicial que sufrió Sonya al enterarse de que su marido era (tal como lo vio ella) un monstruo sexual. Además leyó los diarios de una forma que Tolstoi no había anticipado, encontrando faltas que había tenido cuidado (así pensaba él) de ocultar. Descubrió, por ejemplo, que no había pagado deudas contraídas en el juego. También observó que no les decía a las mujeres con las que tenía relaciones sexuales que había contraído una enfermedad venérea y todavía podía tenerla. El egoísmo que los diarios transmiten con tanta claridad al lector perceptivo -¿y quién más perceptivo que una esposa?- fueron más obvios para ella que para el autor. Además, la vida sexual de Tolstoi, descrita tan vívidamente en sus diarios, ahora quedaba inextricablemente ligada en la mente de ella con el horror de someterse a sus exigencias, y su última consecuencia en embarazos dolorosos y repetidos. Padebió una docena en veintidós años; en rápida sucesión perdió a su criatura Petya, cuando estaba embarazada de Nikolai, que a su vez murió el mismo año de su nacimiento; Vavara nació prematura y murió enseguida. El propio Tolstoi no ayudó en este asunto de la maternidad, al demostrar un interés íntimo aunque insensible por todos sus detalles. Insistió en estar presente durante el nacimiento de su hijo Sergei (después lo utilizó para una escena de Anna Karenina) y estalló en una furia terrible cuando Sonya no pudo dar el pecho al niño. Mientras proseguían los embarazos y los abortos, y la repugnancia de su mujer por las exigencias sexuales se hacía más obvia, escribió a un amigo: “No hay peor situación para un hombre saludable que tener una mujer enfermiza”.

Dejó de amarla muy pronto en su matrimonio; la tragedia de ella fue que le quedaba un resto de amor por él. En ese tiempo confió a su diario: “No tengo en mí nada más que este amor humillante y mal humor, y estas dos cosas han sido causa de todas mis desdichas, porque mi humor siempre ha interferido con mi amor. No quiero otra cosa que su amor y simpatía, pero no me los da, y todo mi orgullo queda pisoteado en el barro. No soy sino un miserable gusano aplastado, que nadie quiere, que nadie ama, una criatura inútil con vómito por la mañana y una panza enorme”³¹

Es difícil creer, dadas las pruebas a mano, que el matrimonio fuera soportable en algún momento. Durante un período de calma comparativa en 1900, cuando llevaban treinta y ocho años de casados, Sonya, escribió a Tolstoi: “Quiero agradecerle por la felicidad que antes me diste y lamentar que no haya seguido así de fuerte, plena y clama toda nuestra vida”. Pero éste fue un gesto de conciliación. Desde el principio Sonya trató de mantener el matrimonio en pie convirtiéndose en administrador de los asuntos de él, en cierto modo obsesiva, haciéndole servicios indispensables, convirtiéndose en su esclava rebelde. Asumió la tarea apabullante de copia en limpio sus novelas de su terrible caligrafía.³² Era un trabajo monótono, pero en cierta forma gozaba con él, porque desde muy temprano captó que Tolstoi era mucho menos insoportable y destructivo cuando ejercía su verdadero oficio. Como le escribió a su hermana Tatiana, eran más felices cuando él escribía sus novelas. Por una parte, ganaba dinero, mientras sus otras actividades le costaban dinero. “Pero no se trata tanto del dinero. Lo principal es que amo sus obras literarias, las admiro y me emocionan.” Aprendió por amarga experiencia que cuando Tolstoi dejaba de escribir ficción era capaz de llenar el vacío con grandes locuras que herían a la familia que ella trababa de mantener entera.

Tolstoi veía las cosas de modo muy distinto. Criar y mantener una familia requiere dinero. Sus novelas le proporcionaban dinero. Llegó a establecer una asociación entre escribir novelas y la necesidad de ganar dinero, y en consecuencia sintió antipatía por las dos. En su mente la novela y el matrimonio estaban ligadas, y el hecho de que Sonya

³¹ Edwards, pág. 267.

³² Para un espécimen de los manuscritos ológrafos de Tolstoi ver fotografía en Crankshaw, pág. 247.

le presionara constantemente para que las escribiera confirmaban el nexo. Y tanto el matrimonio como las novelas, comprendió ahora, impedían que asumiera su verdadera misión de profetizar. Como expresó en sus Confesiones:

Las nuevas circunstancias de la vida feliz de familia me apartaron por completo de toda búsqueda de un sentido general de la vida. En ese tiempo toda mi existencia se centraba en mi familia, mi esposa, mis hijos, y por lo tanto en la preocupación por aumentar nuestros medios de vida. Mis esfuerzos por lograr mi propia perfección, que ya había remplazado por la lucha para lograr la perfección en general, por el progreso, fue...remplazada por el esfuerzo para procurar tan sólo las mejores condiciones posibles para mi familia.³³

De ahí que Tolstoi viera el matrimonio no sólo como fuente de gran infelicidad, sino como un obstáculo al progreso moral. A partir del desastre del suyo generalizaba hasta vituperar contra la institución y el amor marital mismo. En 1897, en un estallido propio del Rey Lea, dijo a su hija Tanya:

Comprendo por qué un hombre depravado pueda encontrar su salvación en el matrimonio. Pero que una jovencita pura quiera verse mezclada en semejante asunto está más allá de mi comprensión. Si yo fuera una niña no me casaría por nada en el mundo. Y en cuanto a estar enamorados, ya sea para hombres o mujeres (desde que sé lo que es, es decir, que es un sentimiento innoble y sobre todo malsano, en absoluto hermoso, elevado o poético) no le habría abierto mi puerta. Habría tomada tantas precauciones para precaverme de esa enfermedad como tomaría para protegerme de infecciones mucho menos serias, como difteria, tifus o la escarlatina.³⁴

Este pasaje sugiere, como en realidad muchos otros, que Tolstoi no había pensado seriamente en el matrimonio. Examinemos la famosa afirmación en Anna Karenina: “Todas la familia felices son iguales, pero cada familia desdichada es desdichada a su manera.” En cuanto uno empieza a revisar la propia experiencia, se pone en evidencia que las dos partes de esta afirmación son discutibles. Por el contrario, lo opuesto parece estar más cerca de la verdad. Hay circunstancias obvias y recurrentes en las familias desdichadas: por ejemplo, el marido es borracho o jugador, la mujer es incompetente, adúltera y así sucesivamente; los estigmas de la infelicidad familiar son tristemente comunes y repetitivos. Por otra parte hay familias felices de todo tipo. Tolstoi no había pensado en el tema con seriedad, y sobre todo sinceramente, porque no soportaba pensar en serio sobre las mujeres; se apartaba del tema con miedo, furia y asco. El fracaso moral del matrimonio de Tolstoi, y su fracaso intelectual en hacer justicia a la mitad de la raza humana estaban estrechamente ligados.

Sin embargo, aun el matrimonio de Tolstoi, condenado como estuvo en cierto modo desde el principio, pudo haber resultado mejor si no se le hubiese sumado el problema de su herencia, la propiedad. Después del juego y el sexo, la propiedad fue el tercer motivo de culpa para Tolstoi y de lejos el más importante. Llegó a dominar y por fin a destruir su vida organizada. Era la fuente de su orgullo y autoridad, y también de su desazón moral. Porque la tierra y sus campesinos estaban inextricablemente atados: en Rusia no se podía ser amo de la una sin serlo de los otros. Tolstoi heredó las tierras de su madre cuando era un hombre muy joven, y casi desde el principio comenzó a considerar el gran problema, en parte honorable, en parte complaciente consigo mismo: “¿Qué debo hacer con mis campesinos?” Si hubiese sido un hombre sensato, habría admitido que no era un hombre para administrar una propiedad: que su don y su deber era escribir. Habría vendido la posesión y así se habría quitado de encima el problema moral, ejerciendo su liderazgo a través de los libros. Pero Tolstoi no era un hombre

³³ Crankshaw, pág. 198.

³⁴ Citado en Troyat, págs. 525-26.

sensato. No iba a renunciar al problema. Pero tampoco le iba a dar una solución radical. Durante casi medio siglo fluctuó, vaciló chapuceó con él.

Tolstoi instituyó su primera “reforma” de los campesinos cuando heredó la propiedad a fines de la década de 1840.

Más adelante afirmó: “La idea de que los siervos debían ser liberados era totalmente inaudita en nuestro círculo en la década del cuarenta.³⁵ Esto era falso; había estado en boca de todos en casi todas partes desde la generación anterior; era el tema de cualquier insignificante Club de Filosofía provinciano; de no haberlo sido nunca se le habría ocurrido al propio Tolstoi. Acompañó su “reforma” con otras mejoras, incluso una trilladora a vapor que él mismo diseñó. Ninguno de estos intentos tuvo éxito. Pronto abandonó ante las dificultades intrínsecas y la “bestialidad” (sus palabras) campesina. El único resultado fue el personaje de Nekhlyudov en “La mañana de un terrateniente”, que habla por el desilusionado Tolstoi: “No veo más que una rutina ignorante, vicio, sospecha, desesperanza. Estoy desperdiciando los mejores años de mi vida.” Al cabo de dieciocho meses, Tolstoi dejó la propiedad y se dedicó a otras cosas: al sexo, al juego, al ejército, a la literatura. Pero dejó que los campesinos, o más bien la idea de los campesinos (jamás los vio como seres humanos individuales) le siguiera importunando. Su actitud hacia ellos siempre fue ambivalente en grado sumo. Su diario registra (1852): “Pasé toda la noche hablando con Shubin sobre nuestra esclavitud rusa. Es verdad que la esclavitud es un mal, pero un mal agradable en extremo.”

En 1856 hizo su segundo intento de “reforma”. Declaró que emanciparía a sus siervos contra el pago de la renta de treinta años. Fue típico de él que hiciera esto sin consultar a ninguno de sus conocidos que habían tenido experiencia práctica de la emancipación. Resultó que los siervos creyeron los rumores que circulaban entonces, de que el nuevo rey, Alejandro II, tenía la intención de liberarlos sin condiciones. Sospecharon. No captaron la presunción de Tolstoi, sino que temieron más bien su (inexistente) instinto comercial, y rechazaron la propuesta de plano. Él, enfurecido, los denunció como salvajes ignorantes sin remedio. Ya mostraba cierta perturbación emocional acerca de ese tema. Escribió una carta histérica al ex ministro del Interior, Conde Dimitri Bludov: “Si los siervos no están emancipados dentro de seis meses, nos espera un holocausto.”³⁶ Y a los miembros de su propia familia, que consideraban sus planes tontos e inmaduros, como su tía Tatiana, les demostró una hostilidad terrible: “Comienzo a sentir un odio silencioso y creciente por mi tía, peso a todo su afecto.”

Se volvió entonces a la educación como la solución definitiva para el problema de los campesinos. A partir de Rousseau los intelectuales tienen la curiosa ilusión de que pueden resolver las perpetuas dificultades de la educación humana de un solo golpe, estableciendo un sistema nuevo. Empezó por enseñar él mismo a los hijos de los campesinos. Le escribió a la condesa Alexandra Tolstoi: “Cuando entro en esta escuela y veo la multitud de chicos flacos, harapientos y sucios, con sus ojos brillantes y tan a menudo expresión angelical, me asalta una sensación de alarma y horror tal como la que he sentido ante gente que se ahoga... Deseo la educación para el pueblo sólo con el fin de rescatar a esos Pushkin, Ostrogad, Filatetov, que se están ahogando allí.”³⁷ Durante un breve período gozó enseñándoles. Más tarde le dijo a su biógrafo oficial, P.I. Biryukov, que éste fue el mejor momento de su vida: “Debo el período más brillante de mi vida no al amor de las mujeres, sino al amor del pueblo, al amor de los niños.

³⁵ Leo Tolstoi, *Recollections*

³⁶ Troyat, pág. 141.

³⁷ Citado en Maude, págs. 250-51.

Fue una época maravillosa.”³⁸ No hay datos sobre el grado de éxito que tuvo. No había reglas. No se exigían tareas en casa. “Sólo se traen a sí mismos”, escribió, “su naturaleza receptiva y la seguridad de que el día en la escuela será tan alegre como el de ayer.” Pronto se puso a establecer una red de escuelas, y en un momento dado hubo setenta. Pero su intento de enseñar no duró. Se aburrió y se fue a una excursión por Alemania, aparentemente para estudiar la reforma educacional allí. Pero el famoso Julios Frôbel le decepcionó: en vez de escuchar a Tolstoi habló él., y de todos modos no era “nada más que un judío”.

Esta era la situación cuando, en 1861, de pronto Alejandro II emancipó a los siervos por decreto imperial. Fastidiado, Tolstoi lo reprobó por ser un acto del Estado, que él entonces comenzaba a desaprobear. El año siguiente se casó, y la propiedad adquirió una importancia nueva: como el hogar de su familia en crecimiento y, junto con sus novelas, como la fuente de ingresos. Fue el período más productivo de su vida, los años de Guerra y paz y Anna Karenina. A medida que entraba más dinero por sus libros, Tolstoi compraba tierra e invertía en sus posesiones. En una época, por ejemplo, tuvo cuatrocientos caballos en su cabaña. En la casa había cinco gobernantas y tutores, más once sirvientes internos. Pero el deseo de “reformular”, no sólo a los campesinos sino a sí mismo, a su familia, a todo el mundo, nunca le abandonó. Dormitaba justo debajo de la superficie exterior de su mente, capaz de estallar en una actividad sensacional en cualquier momento.

La reforma política y social, y el deseo de fundar un movimiento religioso nuevo estaban estrechamente ligados en la mente de Tolstoi. Ya en 1855 había escrito que quería crear una fe basada en “la religión de Cristo, pero purgada de dogmas y misticismo, que prometiera no bienaventuranza futura, sino la felicidad en la tierra.” Esta era una idea trillada, moneda corriente entre innumerables reformadores religiosos insípidos a lo largo de siglos. Tolstoi nunca fue un gran teólogo. Escribió dos largos tratados, Examen de la teología dogmática y Unión y traslación de los Cuatro Evangelios, que no hacen nada para mejorar nuestra opinión de él como pensador sistemático. Muchos de sus escritos religiosos no tienen demasiado sentido salvo en términos de un vago panteísmo. Así: “Conocer a Dios y vivir es una y la misma cosa. Vive buscando a Dios y entonces no vivirás sin Dios” (1878-79)

Pero las ideas religiosas que daban vueltas por la cabeza de Tolstoi eran peligrosas en potencia, porque, en conjunción con sus impulsos políticos, constituían un material altamente combustible, susceptible de estallar de pronto en llamas sin previo aviso. Para cuando hubo terminado y publicado Anna Karenina, que robusteció notablemente su reputación, estaba inquieto, insatisfecho con su obra literaria y listo para alguna travesura pública: una figura mundialmente famosa, un vidente, un hombre que innumerables lectores y admiradores respetaban por su sabiduría y como guía.

La primera explosión tuvo lugar en diciembre de 1881, cuando Tolstoi y su familia estaban en Moscú. Fue al mercado de Khitrov, en un barrio pobre de Moscú, donde distribuyó dinero entre los vagos y escuchó las historias de sus vidas. Le rodeó una multitud y él se refugió en el burdel vecino, donde vio cosas, que le angustiaron aún más. Volvió a su casa, se quitó su gabán de piel, y se sentó a una cena de cinco platos servida por lacayos de etiqueta, y guantes y corbata blancos. Se puso a gritar: “¡No se puede vivir así! ¡No se puede vivir así! ¡Es imposible!”; asustando a Sonya con sus ademanes y las amenazas de regalar todas sus posesiones. De inmediato se dedicó a crear un nuevo sistema de caridad para los pobres, utilizando un censo reciente como base estadística, y luego partió apurado a consultar a su gurú de turno en el campo, el

³⁸ Crankshaw, pág. 172.

así llamado “campesino vidente” V. K. Syutayev, sobre otras reformas. Sonya se quedó sola en Moscú con Alexei, de cuatro años, enfermo.

Este abandono, como lo veía ella, provocó una carta de la condesa que puso una nueva nota de amargura en su relación. Resume no sólo sus propias dificultades con Tolstoi, sino la furia que la mayoría de la gente común llegan a sentir cuando se enfrentan con un gran intelectual humanitario: “Mi pequeño todavía está mal, y yo me siento muy tierna y compasiva. Syutayev y tú podéis no amar especialmente a vuestros propios hijos, pero nosotros, los simples mortales, no podemos ni queremos distorsionar nuestros sentimientos ni justificar nuestra carencia de amor por una persona manifestando alguna clase de amor por el mundo entero.”³⁹

Sonya estaba planteando la cuestión, como resultado de haber observado el comportamiento de Tolstoi durante muchos años, sobre todo con su propia familia, de si alguna vez había amado a algún ser humano individualmente, a diferencia de amar a la humanidad como una idea. Su desgraciado hermano Dimitri, por ejemplo, era indudablemente una persona para compadecer: se hundió en el arroyo, se casó con una prostituta y murió joven de tuberculosis en 1856. Tolstoi apenas pudo aguantar una hora al lado de su lecho de muerte y se negó en absoluto asistir al entierro (quería ir a una fiesta), si bien luego dio buen uso a los dos episodios, el lecho de muerto y su negativa, en su ficción.⁴⁰ Su hermano Nikolai, también muriendo de tuberculosis, fu otro objeto de compasión. Pero Tolstoi se negó a visitarle, y al final Nikolai tuvo que ir a verle, y murió en sus brazos. Hizo poco por ayudar a Sergei, su tercer hermano, cuando perdió toda su fortuna en el juego. Todos fueron, no hay duda, seres débiles. Pero uno de los principios de Tolstoi era que los fuertes deben ayudar a los débiles.

La historia de sus amistades es reveladora. Fue generoso y sumiso sólo en un caso, con su compañero de estudios en la Universidad Kazan, Mitya Dyakov, un hombre mayor. Pero esto pronto se desvaneció. En general, Tolstoi recibía, sus amigos daban. Sonya escribió cuando copiaba en sus diarios: “(Su) egolatría se hace evidente en todos (ellos). Es sorprendente hasta qué punto la gente existía para él (sólo) en la medida en que le afectaban personalmente.”⁴¹

Aún más llamativa es la buena voluntad de los que le conocían, no simplemente acólitos, dependiente o aduladores, sino hombres de alta capacidad crítica y de carácter independiente, para soportar su egoísmo y reverenciarlo pese a todo. Temblaban ante ese ojo terrible, se inclinaban ante la fuerza dominante de su voluntad, y por cierto le adoraban ante el altar de su genio. Antón Chéjov, un hombre sutil y sensitivo, bien al tanto de los muchos defectos de Tolstoi, escribió: “Me aterra la muerte de Tolstoi. Si muriera, en mi vida quedaría un vacío muy grande...Nunca he amado a un hombre como le he amado a él... Mientras haya un Tolstoi en la literatura, será fácil y agradable ser escritor; aun el saber que uno no ha hecho nada y no hará nada no es tan espantoso, ya que Tolstoi lo hará por nosotros.”

Turgenev tenía todavía más motivos para estar al tanto del egoísmo y la crueldad de Tolstoi, porque había sufrido bastante de ambos. Había sido generoso y considerado al ayudar al joven escritor. En recompensa había recibido frialdad, ingratitud y la costumbre brutal que tenía Tolstoi de insultar, a menudo con brillo, las ideas que sus amigos amaban. Turgenev era todo un gigante, tierno y manso, incapaz de pagar a Tolstoi con la misma moneda. Pero se confesaba exasperado por el comportamiento de Tolstoi. Decía que “nunca había experimentado nada tan desagradable como esa mirada penetrante que, en conjunción con dos o tres observaciones venenosas, bastaban para

³⁹ Simmons, pág. 400.

⁴⁰ La muerte del hermano de Levin en *Anna Karenina*; la negativa a asistir al entierro en *Guerra y paz*.

⁴¹ Nota del 16 de diciembre de 1890.

volver loco a un hombre”.⁴² Cuando le dio a Tolstoi su propia novela, *Padres e hijos*, en la que había trabajado tanto, para que la leyera, Tolstoi se quedó dormido enseguida y a su vuelta Turgenev le encontró roncando. Cuando la pelea con motivo de la hija de Turgenev y la amenaza de un duelo, Turgenev se disculpó generosamente; Tolstoi (según Sonya) sonrió con desprecio: “Me tienes miedo. Te desprecio y no quiero tener más contacto contigo.” Al poeta Fet, que quiso reconciliarlos, le dijo: Turgenev es un canalla que merece una paliza. Te ruego le transmitas esto tan fielmente como tú me transmites sus encantadores comentarios.”⁴³ Tolstoi escribió muchas cosas desagradables, a menudo totalmente falsas, sobre Turgenev en su diario, y su correspondencia refleja la falta de simetría en su amistad. Sabiendo que iba a morir, Turgenev le escribió la última carta a Tolstoi en 1883: “Amigo mío, gran escritor del país de Rusia, escucha mi súplica. Hazme saber si recibes estos garabatos y permite que te abrace una vez más, fuerte, muy fuerte, a ti, a tu esposa, y a toda tu familia. No puedo seguir. Estoy cansado.” Tolstoi nunca respondió a este ruego patético, aunque Turgenev vivió todavía dos meses más. De modo que la reacción de Tolstoi al recibir la noticia de la muerte de Turgenev o nos impresiona: “Pienso en Turgenev continuamente. Le amo muchísimo, le compadezco, le leo, vivo con él”. Suena como un actor que desempeña el papel que público espera de él. Como Sonya comprendió, Tolstoi era incapaz del asilamiento y la intimidad necesaria para el amor entre dos personas, o para la verdadera amistad. En cambio abrazó a la humanidad, porque eso podía hacerse con ruido, dramática, y sensacionalmente en el escenario público.

Pero si fue un actor, también cambió de papel continuamente; o más bien, varió el papel sobre el gran tema central del servicio a la humanidad. Su impulso didáctico fue más fuerte que cualquier otro. En cuanto un tema le atraía, quería escribir un libro sobre él, o emprender un proceso de reforma revolucionaria, de costumbre sin tomarse el trabajo de llegar a dominarlo él mismo o de consultar a expertos genuinos. A los pocos meses de emprender la agricultura ya diseñaba y fabricaba máquinas agrícolas. Aprendió a tocar el piano de inmediato comenzó a escribir Bases de la música y reglas para su estudio. Poco después de haber abierto una escuela daba la vuelta a toda la teoría educacional. Durante toda su vida creyó que podía apoderarse de cualquier disciplina, encontrar qué había de malo en ella, y luego reescribir sus reglas a partir de principios básicos. Hizo por lo menos tres intentos de reforma educacional, como ocurrió con la reforma rural, en cuya ocasión escribió sus propios libros de texto, que una Sonya fastidiada y cínica tuvo que copiar con letra legible, quejándose: “Desprecio este Libro de lectura, esta Aritmética, esta Gramática, y no puedo simular que me interesan.”⁴⁴

Tolstoi siempre estaba tan interesado en hacer como en enseñar. Como a la mayoría de los intelectuales, le llegó un momento en su vida en el que sintió la necesidad de identificarse con “los trabajadores”. Apareció algunas veces en las décadas del sesenta y del setenta, y luego comenzó en serio en enero de 1884. Abandonó su título (aunque no de manera autoritaria) e insistió en que le llamaran “llanamente León Nikolayevic”. Este estado de ánimo coincidió con una de esas actitudes hacia la ropa que los intelectuales aman, vestirse como campesino. Este travestismo de clase concordaba con el amor que sentía Tolstoi por el drama y el traje. También se adaptaba a su físico, porque tenía la tala y los rasgos de un campesino. Sus botas, su camisa de labrador, su barba, su gorra, se convirtieron en el uniforme del nuevo Tolstoi, el vidente mundial. Fue parte prominente de ese talento instintivo para las relaciones públicas que

⁴² Citado en Troyat, pág. 133.

⁴³ Troyat pag. 212

⁴⁴ Crankshaw, págs. 237-38

la mayoría de estos grandes intelectuales laicos parecen poseer. Los periodistas viajaban miles de kilómetros para verle. La fotografía ya era entonces universal, los noticieros empezaron a aparecer durante la vejez de Tolstoi. Su traje de campesino se adaptaba de maravilla a su revelación como el primer profeta de los medios de comunicación.

Tolstoi también pudo ser fotografiado y filmado realizando labores manuales, que a partir de la década del ochenta él proclamó como “una necesidad absoluta”. Sonya anotó (1º de noviembre de 1885): “Se levanta a las 7, cuando todavía está oscuro. Bombea agua para toda la casa y la arrastra en un tonel enorme sobre un trineo. Sierra troncos largos, los corta para encender el fuego y apila la madera. No come pan blanco y no sale nunca.”⁴⁵ El diario de Tolstoi le muestra limpiando habitaciones con los niños: “Tenía vergüenza de hacer lo que había que hacer, vaciar la bacinilla”; luego, unos días después venció su asco y lo hizo. Tomó lecciones de un zapatero en su choza, y le escribió: “Qué parecido a una luz, moralmente espléndido, es en su rincón sucio y oscuro.”

“Después de este curso rápido en un oficio difícil, Tolstoi empezó a hacer zapatos para toda la familia y botas para él mismo. También hizo un para Fet, pero no se sabe si el poeta las encontró satisfactorias. Los propios hijos de Tolstoi se negaron a usar los zapatos que les hizo. Tolstoi exultaba martillando: “Uno se siente con ganas de hacerse trabajador, porque el alma florece.” Pero el ansia de hacer zapatos se agotó pronto y se volvió hacia las labores de granja: acarreaba abono, arrastraba maderos, araba y ayudaba a construir chozas. Le gustó la carpintería y le fotografiaron con un formón insertado en su ancho cinturón de cuero y un serrucho colgando de la cintura. Luego también esta fase terminó, tan súbitamente como había empezado.

Salvo como escritor, su verdadero oficio, Tolstoi no era hombre de largo aliento. Le faltaba paciencia, persistencia y aguante frente a las dificultades. Hasta administró mal la cría de caballos, algo que entendía bastante, porque pronto perdió interés en ellos. Sonya tuvo una pelea furiosa con él sobre este tema el 18 de junio de 1884. Ella afirmaba que los caballos estaban en condiciones deplorables: Tolstoi había comprado yeguas de buena raza en Samaria, y luego las había dejado morir descuidadas y sobrecargadas de trabajo. Ocurría lo mismo, decía ella, con todo lo que emprendía, incluso sus obras de caridad: sin un plan bien pensado, sin coherencia, sin gente preparada y con una tarea asignada, y cambiando toda la filosofía de un momento a otro. Tolstoi salió corriendo de la habitación gritando que iba a emigrar a América.

La confusión que Tolstoi creó en sus propias tierras dañaba sólo a su círculo personal. Sus actos públicos y más aún su prédica pública, ofrecían peligros mucho mayores. No todo fue descaminado. A partir de 1865 Tolstoi hizo esfuerzos valiosos y en parte exitosos para llamar la atención sobre el hambre en las regiones que Rusia sufría periódicamente. Sus planes de ayuda a veces tuvieron algún buen resultado, en particular durante el hambre de 1890, cuya magnitud el gobierno trató de ocultar. En ocasiones salió en ayuda de alguna de las muchas minorías perseguidas en Rusia. Pregonó los sufrimientos de los Doukhobores, los pacifistas vegetarianos que el gobierno quería rodear y destruir. Por fin consiguió que les permitieran emigrar al Canadá. Por otra parte fue duro con otro grupo perseguido, los judíos, y sus opiniones agravaron los terribles problemas que tenían.

Mucho más seria, sin embargo, fue la opinión autoritaria de Tolstoi según la cual él era el único que tenía la solución para las angustias del mundo, y su negativa a participar en cualquier plan de ayuda que él no pudiera planear y controlar personalmente. Su egoísmo abarcaba hasta su caridad. En diversos momentos de su vida, sus opiniones sobre la mayor parte de los problemas políticos, la reforma agraria,

⁴⁵ Carta a su hermana, citada en Simmons, pág. 429.

la colonización, la guerra, la monarquía, el estado, la propiedad, etc., cambiaron radicalmente: la lista de sus contradicciones es infinita. Pero en una cosa fue coherente. Se negó a participar personalmente de cualquier esquema sistemático para efectuar una reforma en Rusia- a abordar los problemas en su origen- y denunció con creciente vehemencia la doctrina liberal del “progreso” como un engaño, de hecho un verdadero mal.

Odiaba la democracia. Despreciaba los parlamentos. Los diputados del Duma, eran “niños que jugaban a ser adultos”.⁴⁶ Rusia sin parlamentos, argumentaba, era un país mucho más libre que Inglaterra con ellos. Las cosas de más importancia en la vida no responden a la reforma parlamentaria. Tolstoi sentía un odio particular por la tradición liberal rusa y en *Guerra y paz* puso en la picota al primero de los aspirantes a reformadores, el conde Speranski: “Qué me importa a mí... ¿Es que todo eso puede hacerme más feliz o mejor?” Es un hecho de sombría importancia en la historia de Rusia que durante medio siglo su mejor escritor se opusiera con dureza a cualquier reforma sistemática del sistema zarista e hiciera todo lo posible para estorbar y poner en ridículo a los que trataban de civilizarlo.

¿Pero qué alternativa tenía Tolstoi? Si hubiese argumentado como hicieron Dickens, Conrad, y otros grandes novelistas, que las mejoras estructurales tenían sólo un valor limitado y que en realidad se necesitaba un cambio en el corazón de los hombres, habría tenido algún sentido. Pero Tolstoi, si bien recalca la necesidad del mejoramiento moral individual, no se contentaba con eso: sin cesar sugería la necesidad, la inminencia de una convulsión moral gigantesca que pondría al mundo al revés se instalaría un reino celestial. Sus propios esfuerzos utópicos tenían como finalidad presagiar este suceso milenarista. Pero detrás de esta visión no había un pensamiento serio. Tenía algo de la cualidad meramente teatral del cataclismo que, como hemos visto, fue el origen poético de la teoría de la revolución de Marx.

Además Tolstoi, otra vez como Marx, tenía una comprensión imperfecta de la historia. Sabía poca historia y no tenía idea de cómo llegan a ocurrir los grandes hechos. Como lamentó Turgenev, las desconcertantes conferencias sobre historia que insertó en *Guerra y paz* llevaban el sello del autodidacta; eran “absurdas”, meros “embustes”. También Flaubert, en una cara a Turgenev, observó con consternación “*¡Il philosopise!*”⁴⁷ Leemos esta gran novela no por su teoría de la historia, sino a pesar de ella. Tolstoi era determinista y antiindividualista. La noción de que los hechos eran producidos por decisión liberada de hombres poderosos era para él una ilusión desmesurada. Quienes parecen estar al mando ni siquiera saben qué está ocurriendo, por no hablar de que lo hagan ocurrir... sólo la actividad inconsciente es importante. La historia es el producto de millones de decisiones tomadas por hombres desconocidos que no saben lo que están haciendo. En cierto modo es la misma idea de Marx, sólo que llegó a ella por un camino diferente. Qué fue lo que llevó a Tolstoi a esta línea de pensamiento no está claro. Es probable que fuera su concepto romántico del campesino ruso como último árbitro y fuerza. De todos modos, creía que leyes ocultas realmente gobiernan nuestras vidas. Son desconocidas y probablemente incognoscibles, y antes que enfrentarnos con este hecho desagradable fingimos creer que los grandes hombres y héroes hacen la historia ejerciendo su libre albedrío.

En el fondo Tolstoi fue, como Marx, un agnóstico; rechazaba la explicación aparente de cómo ocurren las cosas y buscaba el conocimiento del mecanismo secreto que yacía bajo la superficie. Este conocimiento era percibido intuitiva y colectivamente

⁴⁶ Simmons, págs. 317-18

⁴⁷ Citado en Isaiah Berlin, *The Hedgehog and the Fox: An Essay on Tolstoy's View of History* (Londres, 1953) pag. 6

por grupos corporativos: el proletariado para Marx, los campesinos para Tolstoi. Es claro que necesitaron intérpretes (como Marx) o profetas (como Tolstoi) pero era esencialmente su fuerza colectiva, su “integridad”, la que ponía las ruedas de la historia en movimiento. En Guerra y paz para probar su teoría de cómo funciona la historia, Tolstoi distorsionó la crónica exactamente como Marx jugó con las fuentes de los *Libros Azules* y forzó sus citas en *El Capital*.⁴⁸ Rehizo y utilizó las guerras napoleónicas exactamente como Marx torturó a la revolución industrial para adecuarla a su lecho de Procusto del determinismo histórico.

No es entonces sorprendente encontrar a un Tolstoi dirigiéndose hacia una solución colectivista del problema social en Rusia. Ya el 13 de agosto de 1865, cuando reflexionaba sobre el hombre, anotó en su diario: “La tarea nacional universal de Rusia es la de dar al mundo la idea de una estructura social sin bienes inmuebles. *La propriété est le vol* seguirá siendo una verdad más grande que la constitución inglesa mientras exista la familia humana....La revolución rusa no puede basarse sino en esto.”⁴⁹ Cuarenta y tres años más tarde encontró esta nota y se maravilló de su presciencia. Para entonces Tolstoi había establecido lazos con marxista y protoleninistas tales como S.I. Muntyanov, que mantuvo correspondencia con él desde el exilio en Liberia, negándose a la súplica de Tolstoi de renunciar a la violencia: “Es difícil volverme a hacer, León Nikolayevich. Este socialismo es mi fe y mi Dios. Es cierto que usted profesa casi la misma cosa, pero usa la táctica del “amor”, y nosotros usamos la de la “violencia”, como dice usted.” La discusión, entonces, tenía que ver con la táctica, no con la estrategia; medios, no fines. El hecho de que Tolstoi hablara de “Dios” y se llamara cristiano marcaba mucho menos diferencias de lo que se podía suponer. La Iglesia ortodoxa le excomulgó en febrero de 1901, no por casualidad, dado que no sólo negaba la divinidad de Jesucristo, sino que afirmaba que llamarle Dios o llevarlo plegarias era “la mayor blasfemia”. La verdad es que seleccionó en el Viejo y el Nuevo Testamento, de entre las enseñanzas de Cristo y de la Iglesia, sólo aquellas partes con las que estaba de acuerdo y rechazó el resto. No fue un cristiano en ningún sentido significativo. Es más difícil decidir si creía en Dios, ya que definió a “Dios” de diferentes maneras en distintos momentos. Parecería que en el fondo, “Dios” era lo que Tolstoi quería que ocurriera, la reforma total. Este es un concepto secular, no religioso. En cuanto al tradicional Dios Padre, era en el mejor de los casos un igual, que debía ser observado y criticado celosamente, el otro oso en la guarida.⁵⁰

En su ancianidad Tolstoi se volvió contra el patriotismo, el imperialismo, la guerra y la violencia cualquier forma, y esto solo impedía cualquier alianza con los marxistas. Sospechaba, además, que los marxistas en el poder, en la práctica, no renunciarían al estado, como decían que harían.

Si la escatología marxista se instalaba realmente, escribió en 1898 “lo único que ocurrirá es la transferencia del despotismo. Ahora gobiernan los capitalistas. Luego gobernarán los directores de los trabajadores.”⁵¹ Pero esto no le preocupaba demasiado. Siempre había dado por sentado que la transferencia de la propiedad a las masas tendría lugar bajo algún tipo de sistema autoritario: el zar serviría tan bien como cualquiera. De todos modos no veía a los marxistas como el enemigo. Los verdaderos enemigos eran los demócratas al estilo occidental, los liberales parlamentarios. Estaban corrompiendo

⁴⁸ Ver el ejemplo citado por Berlín: el personaje de Kutuzov (una persona real) en *Guerra y paz*, se transforma gradualmente en borradores sucesivos de “el sibarita entrado en años, astuto y débil”, que históricamente fue, en “el símbolo inolvidable del pueblo ruso en toda su sencillez y sabiduría intuitiva, que es lo que Tolstoi necesitaba que fuera.

⁴⁹ Simmons pags. 317-18

⁵⁰ Para un agudo análisis del cristianismo de Tolstoi, ver Steiner, págs. 260-65

⁵¹ Anotación en el *Diario* de agosto 1898, citada en Steiner, pág.259

a todo el mundo con la difusión de sus ideas. En sus últimos escritos, Carta a los chinos y La importancia de la Revolución rusa (ambos de 1906) se identifica a sí mismo, y a Rusia, firmemente con el Este. “Todo”, escribió, “lo que los pueblos occidentales hagan puede y debe ser un ejemplo para los pueblos del Este, no de lo que debe hacerse, sino de lo que no debe hacerse en ninguna circunstancia. Seguir el camino de las naciones occidentales es seguir el camino que lleva directamente a la destrucción. “El “sistema democrático” de Inglaterra y Estados Unidos era el mayor peligro para el mundo estaba inextricablemente unido al culto del estado y de la violencia institucionalizada que el estado practica. Rusia debería darle la espalda a Occidente, abandonar la industria, abolir el estado y abrazar la no resistencia.

Estas ideas nos impresionan como excéntricas a la luz de los hechos posteriores e irremediamente incongruentes, aun en ese momento, con lo que realmente ocurría en Rusia. En 1906 Rusia ya había entrado en un proceso de industrialización más rápido que el de cualquier otra nación de la tierra, utilizando una forma de capitalismo del estado que sería un escalón hacia el estado totalitario de Stalin. Pero a estas alturas de su vida Tolstoi ya no estaba en contacto con el mundo real, no tampoco interesado en él. Había creado un mundo propio en Yasnaya Polaina, en el que habitaba y en cierta medida gobernaba. Admitía que el poder estatal corrompe, y por eso se volvió contra el estrado. Lo que no supo ver, aunque no podía ser más obvio (lo fue para Sonya, por ejemplo), fue que la corrupción por el poder toma muchas formas. Una clase de poder lo ejerce un gran hombre, un vidente, un profeta, sobre sus adictos, y a su vez es corrompido por su adulación, servilismo y, lo que no es menos, halagos.

Ya al promediar la década de 1880, Yasnaya Polyana se había convertido en una especie de corte-santuario, a la que acudía toda clase de gente en busca de guía, ayuda, consuelo y sabiduría milagrosa, o para comunicar sus propios mensajes extraños: vegetarianos, swedenborgianos, partidarios de la lactancia materna, y de Henry George, monjes, hombres devotos, lamas y bonzos, pacifistas y desertores, chiflados, locos y enfermos crónicos. A estos se sumaba el círculo de acólitos y discípulos de Tolstoi. De alguna manera, todos consideraban a Tolstoi como su director espiritual, en parte papa, en parte patriarca, en parte Mesías. Como los peregrinos que visitaban la tumba de Rousseau en la década de 1780, los visitantes dejaban inscripciones garabateadas o grabadas en la casa de verano en el parque de Yasnaya Polyana; “¡Abajo la pena de muerte!” “¡Trabajadores del mundo uníos y rendid homenaje a un genio!” “¡Qué León Nikolayevich viva otros tantos años!” “¡Saludos al conde Tolstoi de los realistas de Tula!” y así sucesivamente.

En su célebre ancianidad Tolstoi impuso un modelo que (como veremos) iba a recurrir entre los intelectuales dirigentes que gozan de fama mundial: formó una especie de subgobierno que asumía los “problemas” de diversas partes del mundo, ofrecía soluciones, mantenía correspondencia con reyes y presidentes, despachaba protestas, publicaba declaraciones, y sobre todo firmaba cosas, prestando su nombre a causas, sagradas y profanas, buenas y malas.

A partir de 1890 Tolstoi como jefe de este régimen caótico, hasta adquirió un primer ministro bajo la forma de un rico ex oficial de la guardia, Vladimir Griorevich Chertokov (1854-1936), que se insinúo gradualmente hasta llegar a ocupar una posición dominante en la corte. Aparece en algunas fotografías con el Maestro: boca delgada, ojos rasgados, abolsados, una barba corta, con aire de devoción asidua y apostolado. Pronto comenzó a ejercer una influencia creciente sobre las acciones de Tolstoi, recordándole al anciano sus promesas y profecías, obligándole a actuar de acuerdo con sus ideales, empujándole siempre a acciones más extremas. Como es natural se

convirtió en el maestro del coro de los aduladores, cuya voz Tolstoi escuchaba con complacencia.

Los visitantes y miembros del círculo íntimo tomaban nota de los *obiter dicta* de Tolstoi. No son notables. Recuerdan los *Dichos* de Napoleón en el exilio o las *Conversaciones de sobremesa* de Hitler: generalizaciones excéntricas, perogrulladas, prejuicios viejos y trillados, banalidades, “Cuanto más vivo más me convenzo de que el amor es la cosa más importante.” “NO lean la literatura escrita durante los últimos setenta años. Es toda confusión. Lean cualquier cosa escrita antes de esa época.” “Ese Uno que está dentro de nosotros, de cada uno, nos acerca más los unos a los otros. Así como todas las líneas convergen en el centro, también todos nosotros en el Uno.” “La primera cosa que nos llama la atención en la introducción de estos aeroplanos y proyectiles voladores es que la gente debe pagar nuevos impuestos. Esto es un ejemplo de cómo en cierto estado moral de la sociedad ningún progreso material es beneficioso, sino sólo dañino.” Sobre la vacuna contra la viruela: “No tiene sentido tratar de escapar a la muerte. De todos modos moriremos.” “Si los campesinos tuvieran tierras, no tendríamos estos idiotas canteros de flores.” “El mundo sería mucho mejor si las mujeres hablaran menos... Es una especie de egoísmo ingenuo, es un deseo de llamar la atención.” “En Shangai, el barrio chino le va muy bien sin policía.” “Los niños no necesitan ninguna educación... Estoy convencido de que cuanto más sabe un hombre, más estúpido es.” “Los franceses son muy compasivos.” “Sin religión siempre habrá libertinaje, fruslerías y vodka.” “como se debe vivir, trabajando por la causa común. Es como viven los pájaros y las hojas de hierba.” “Cuando peor es, mejor.”⁵²

La familia de Tolstoi estaba atrapada en el centro de la corte del profeta. Desde que el padre eligió vivir su vida en público, a ellos también los chamuscó el fulgor de la publicidad. Se vieron obligados a compartir el drama que él creaba y llevaron sus cicatrices. Ya he citado a su hijo ILSA sobre los peligros de ser gente “especial”. Otro hijo, Andrei, padecía postraciones nerviosas, abandonó a su mujer y su familia y se incorporó a la antisemita Cien Negros. Las hijas sintieron la fuerza del odio creciente que el padre sentía por el sexo. Como Marx, no aprobaba que tuvieran novios y no le gustaban los hombres que elegían. En 1897 Tanya, que ya tenía treinta y tres años, se enamoró de un viudo con seis hijos; según parece era un hombre decente, pero era liberal y Tolstoi se enfureció. Le echó a Tanya un sermón horripilante sobre los males del matrimonio. Masha, que también se enamoró y quería casarse, recibió el mismo tratamiento. La hija menor, Alexandra, estaba más dispuesta a ser una de sus discípulas porque se llevaba muy mal con su madre.

A Sonya le tocó llevar el peso de los cataclismos morales de Tolstoi. Durante un cuarto de siglo la obligó a aceptar sus exigencias sexuales y la sometió a embarazos sucesivos. Luego de pronto insistió en que los dos renunciaran al sexo y vivieran como “hermano y hermana”. Ella objetó lo que consideró un insulto a su posición como esposa, en especial porque era seguro que él no podría dejar de hablar y escribir sobre el tema, porque no podía preservar su intimidad. Ella no quería que el mundo espicara su dormitorio. Él exigió que durmieran en habitaciones separadas. Ella insistió en la cama matrimonial, como símbolo de que el matrimonio subsistía. Al mismo tiempo él se mostraba celoso, sin ninguna razón. Inventó una historia siniestra, “*La sonata Kreutzer*”, sobre el asesinato de una mujer por un marido enloquecido de celos ofendido por su relación con un violinista. Ella la copió (como copiaba todo lo que escribía) con creciente disgusto y alarma, al comprender que la gente podía creer que tenía que ver con ella. La censura detuvo su publicación, pero la historia circuló en manuscrito y el

⁵² Estos *obiter dicta* están tomados principalmente de la Introducción de George Steiner a Bulgakov, y del texto de Bulgakov.

rumor se difundió. Ella entonces se sintió obligada a exigir la publicación, pensando que su actitud convencería a la gente de que ella no era la protagonista del cuento. En contrapunto con esta disputa casi pública, entre bambalinas se desarrollaban peleas horribles provocadas por la incapacidad de Tolstoi de mantener su voto de castidad y las periódicas imposiciones sexuales. A fines de 1888 anotó en su diario: “El Diablo se apoderó de mí... Al día siguiente, la mañana del 30, dormí mal. Fue tan repugnante como después de un crimen.” Pocos días después: “Aún más fuertemente poseído, caí.” Todavía en 1898 le contó a Aylmer Maude: “Anoche fue un marido, pero eso no es motivo para abandonar la lucha. Que Dios no permita que vuelva a comportarme así.”⁵³

El hecho de que Tolstoi pudiese comentar así su vida sexual marital indica hasta qué punto Sonya sentía que sus secretos más íntimos se exponían ante la mirada del mundo. Fue durante esos años de creciente tensión cuando la locura de la política de glasnost de Tolstoi se hizo presente. Al principio a ella no le gustó leer sus diarios (a ninguna persona normal y sensible le podía gustar) pero se acostumbró.

En realidad, como la caligrafía de Tolstoi era tan mala, adquirió el hábito de copiar los diarios en limpio, los viejos y los actuales. Pero con los intelectuales, que escriben todo pensando en su futura publicación, se vuelve una costumbre utilizar los diarios como piéces justificativos, instrumentos de propaganda, armas defensivas y ofensivas contra críticos en potencia, y no en menor grado contra las personas que aman. Tolstoi, es un ejemplo excelente de esta tendencia. A medida que su relación con Sonya se deterioraba sus diarios se volvieron más críticos con respecto a ella, y él, en consonancia, menos ansioso de que los leyera. Ya en 1890 ella escribió: “Comienza a preocuparle que yo haya estado copiando sus diarios... Querría destruir sus viejos diarios ya parecer ante sus hijos y el público sólo con sus vestiduras de patriarca. ¡Su vanidad es inmensa!”⁵⁴ Pronto empezó a ocultar el diario que tenía entre manos. De modo que la política de glasnost se derrumbó y la reemplazó el disimulo por ambas partes. Utilizó su diario (que él ahora creía privado) para relatar, por ejemplo, la pelea con Sonya por “*La sonata Keutzer*” golpe por golpe. “Lyova ha roto ha roto toda relación conmigo... Leí sus diarios en secreto, y traté de descubrir que podría yo traer a nuestra vida que nos uniera de nuevo. Pero los diarios sólo aumentaron mi desesperación. Es evidente que ha descubierto que yo los había estado leyendo porque los ha escondido. “Otra vez: “Tiempo atrás me había dado el trabajo de copiar todo lo que escribía. Ahora insiste en dárselos a sus hijas (no dice “nuestras”) y me los oculta con todo cuidado. Me pone frenética con su manera de excluirme sistemáticamente de su vida personal, y me resulta insoportablemente penoso.” Como punto final a su abandonada política de apertura, Tolstoi empezó a llevar un diario “secreto”, que escondía en una de sus botas de motar. Al no encontrar nada en su diario usual, ella comenzó a sospechar la existencia de uno secreto, lo buscó y por fin lo encontró, y se lo llevó en triunfo para leerlo. Luego le pecó encima una hoja de papel en la que había escrito: “He copiado este lamentable diario de mi marido con el corazón dolorido. Cuánto de lo que dice de mí, y hasta sobre su matrimonio, es injusto, cruel y (que Dios y Levochka me perdonen) falso, distorsionado e inventado.”

El trasfondo de toda esta espantosa batalla de los diarios fue el creciente convencimiento de Tolstoi de que su esposa estorbaba su realización espiritual al insistir en un modo de vida “normal” que él ahora encontraba moralmente odioso. Sonya no era, como él la presentaba, una notoria materialista; no negaba la verdad

⁵³ Simmons, págs. 493ss.

⁵⁴ Anotación en el Diarios el 17 de diciembre de 1890. Los diarios de la condesa Tolstoi han sido publicados como *The Diary of Tolstoy's Wife, 1860-1891* (Londres, 1928); *The Countess Tolstoy's Latest Diaries, 1891-97* (Londres, 199); *The Fina Struggle: Being Countess Tolstoy's Diary for 1910* Londres, 1936).

moral de mucho de lo que él predicaba. Como le escribió: “Junto con la multitud veo la luz de la antorcha. Reconozco que la luz, pero no puedo ir más rápido, me retienen la multitud, mi entorno y mis hábitos.” Pero al entrar en años, Tolstoi se volvió más impaciente y más asqueado del lujo de una vida que asociaba con Sonya, Así: “Nos sentamos al aire libre y comemos diez platos. Helados, lacayos, servicio de plata...y los mendigos pasan.” A ella le escribió: “La forma en que vives es la misma de la que yo me acabo de salvar, como de un horror terrible que casi me ha llevado al suicidio. No puedo volver a esa forma de vivir, en la que encontré la destrucción... Entre nosotros dos hay una lucha a muerte.”

El trágico y patético clímax de esta lucha comenzó en junio de 1910. lo precipitó el retorno de Chertkov, a que ella había llegado a odiar y que la consideraba obviamente como su rival en el poder sobre el profeta. Tenemos un relato íntimo y en gran medida objetivo de lo que ocurrió porque el nuevo secretario de Tolstoi, Valentín Bulgakov, llevaba un diario. En el círculo de Tolstoi existía una obsesión con los diarios, como prueba el hecho de que Chertkov le ordenara a Bulgakov desde el principio que le enviara una copia de sus anotaciones diarias a su secretario. Sin embargo, relata Bulgakov, cuando Chertkov volvió del exilio y “apareció en escena en Yasnaya Polyana y los hechos que ocurrían en la familia Tolstoi asumieron un carácter dramático, comprendí cuánto me restringía esta “censura y, peso a sus peticiones, dejé de enviar (a Chertkov) copias de mi diario.” Dice que llegó con un prejuicio contra la condesa, porque le habían “advertido” que era “enteramente indiferente, por no decir hostil”. En realidad la encontró “gentil y acogedora”; “me gustaba la mirada directa de sus brillantes ojos castaños, me gustó su sencillez, amabilidad e inteligencia.”⁵⁵ Las entradas en su diario indican que poco a poco empezó a comprender que actuaba mejor cuando estaba con ella; Tolstoi, su ídolo, empezó a derrumbarse.

La vuelta de Chertkov quedó marcada primero por su toma de posesión de los diarios de Tolstoi. Sin que Tolstoi lo supiera los fotografió en secreto. El 1° de julio Sonya insistió en que los “pasajes ofensivos” fueran omitidos, para que pudieran publicarse. Hubo una escena. Más tarde fue en el coche con Bulgakov implorándole que convenciera a Chertkov de que debía devolver los diarios: “lloró durante todo el camino y estuvo sumamente patética.... No podía ver llorar a esta desdichada mujer sin sentir una profunda compasión.” Cuando le habló a Chertkov sobre los diarios éste se mostró “excesivamente agitado”, acusó a Bulgakov de haberle dicho a la condesa dónde estaban escondidos y “ante mi sorpresa...hizo una mueca horrible y me sacó la lengua”. Se quejó claramente a Tolstoi, que le escribió una carta a Sonya (14 de julio) en la que insistía que “en los últimos años tu carácter se ha vuelto cada vez más irritable, despótico y descontrolado”, ahora los dos tenían “un enfoque del sentido y la finalidad de la vida totalmente opuesto”. Para poner fin a la querrela se sellaron los diarios y los guardaron bajo llave en el banco.⁵⁶

El 22 de julio, una semana después, Tolstoi observó: “El amor de la unión de almas separadas la una de la otra por el cuerpo.” Pero el mismo día fue en secreto a Grumont, un pueblo cercano, para firmar un nuevo testamento, dejando todos sus derechos de autor a su hija menor, con Chertkov como administrador. Chertkov arregló todo esto y preparó el documento él mismo, y no se lo comunicaron a Bulgakov porque temieron que se lo contara a Sonya. Se quejó de que no estaba seguro de que Tolstoi hubiese sabido que estaba firmando. “De modo que se ha cometido un acto que (ella) había temido sobre todas las cosas; la familia, cuyos intereses materiales ella había

⁵⁵ Ver la introducción del propio Bulgakov a su *The Last Year of Leo Tolstoi*, especialmente págs. XXIII-IV

⁵⁶ Bulgakov. Págs. 162

cuidado tan celosamente, había sido privada de los derechos de autor sobre la obra de Tolstoi después de su muerte.”

Añadió que “Sonya sentía instintivamente que algo terrible e irreparable acababa de ocurrir”. El 3 de agosto hubo “escenas de pesadilla” en la que Sonya al parecer acusó a Chertkov de tener una relación homosexual con su marido. Tolstoi se quedó “helado de indignación”.⁵⁷ El 14 de septiembre hubo otra escena terrible en la que, delante de ella, Chertkov le dijo a Tolstoi: “Si yo tuviera una esposa como la suya me pegaría un tiro.” Chertkov le dijo a ella: “Si hubiese querido habría arrastrado a su familia por el barro, pero no lo he hecho.” Una semana después Tolstoi descubrió que Sonya había encontrado su diario secreto y lo había leído. Al día siguiente, contrariando un convenio anterior, volvió a colgar el retrato de Chertkov en su estudio. Mientras él daba un paseo a caballo, ella lo arrancó y lo tiró por el inodoro. Lugo disparó una pistola de juguete y corrió al parque. Estas peleas siempre implicaban también a la menor, Alexandra; ésta adquirió el hábito de adoptar la postura de un boxeador, y la madre le decía irritada, “¿Eres una joven bien educado o un cochero?” refiriéndose, sin duda, a oscuros secretos de familia.⁵⁸

La noche del 27 al 28 de octubre Tolstoi encontró a Sonya buscando entre sus papeles, al parecer para encontrar el testamento secreto. Despertó a Alexandra y anunció: “Me voy enseguida... para siempre.” Esa noche tomó el tren. A la mañana siguiente, un triunfante Chertkov le dio la noticia a Bulgakov: “Su cara expresaba alegría y emoción.” Cuando Sonya lo supo se tiró al lago, y hubo otros intentos de suicidio nada convincentes. El 1º de noviembre Tolstoi, enfermó de bronquitis y neumonía, tuvo que dejar el tren y le acostaron en la estación de Astapovo, en la línea de Ryazan-Ural. Dos días después, Sonya y la familia fueron a reunirse con él. El 7 llegó la noticia de la muerte del profeta. Lo que hace tan desgarradores los últimos meses de su vida, en especial para quienes admiran sus novelas, es que estuvieron marcados, no por un debate ennoblecedor sobre los grandes problemas que en teoría motivaron la pelea, sino por celos, despecho, venganza, disimulo, traición, malhumor, histeria y una mezquindad despreciable. Fue una pelea de familia del tipo más degradante, envenenada por un extraño entrometido e interesado, y que terminó en un desastre total. Los admiradores de Tolstoi trataron luego de convertir el lecho de muerte en la estación de Astopovo en una escena de tragedia bíblica, pero la verdad es que su larga y tormentosa vida no terminó con un estampido, sino con un gimoteo. El caso de Tolstoi es otro ejemplo de lo que ocurre cuando un intelectual busca ideas a expensas de la gente. El historiador se siente tentado a verlo como un prolegómeno, en escala menor y personal, de la infinitamente mayor catástrofe nacional que pronto sumergiría a toda Rusia. Tolstoi destruyó a su familia, y se mató, tratando de lograr la transformación moral total que él creía imperiosa. Pero también anhelaba y predijo (y alentó de gran manera con sus escritos) una transformación milenaria de la propia Rusia, no por medio de reformas graduales y concienzudas del tipo que el despreciaba, sino en una convulsión volcánica. Por fin llegó en 1917, como resultado de hechos que él no pudo prever y de maneras que le hubiese estremecido contemplar.

Volvió absurdo todo lo que había escrito sobre la regeneración de la sociedad. La Santa Rusia que amaba quedó destruida, aparentemente para siempre. Por una odiosa ironía, las víctimas principales de la Nueva Jerusalén así creada fueron sus amados campesinos, de los que veinte millones fueron llevado a una matanza masiva en aras de las ideas.

⁵⁷ Bulgakov. Págs. 166ss. 170-71

⁵⁸ Bulgakov pág. 197

Capítulo 6

LAS AGUAS PROFUNDAS DE ERNEST HEMINGWAY

Si bien Estados Unidos creció en números y fuerza a lo largo del siglo XIX, y al finalizarlo ya se había convertido en la potencia industrial más grande y más rica, pasó mucho tiempo antes de que comenzara producir intelectuales del tipo que estoy describiendo. Esto se debió a diversas causas. La nación independiente nunca tuvo un ancien régime, un círculo privilegiado apoyado en la posesión prescrita antes que en la justicia natural. No había un orden existente, irracional e injusto que la nueva raza de intelectuales laicos pudiera planear remplazar por modelos milenarios basados en la razón y la moralidad. Al contrario: Estados Unidos fue él mismo el producto de una revolución contra la injusticia del viejo orden. Su constitución tenía como base principios racionales y éticos, y había sido planeada, escrita, sancionada y, a la luz de su puesta en práctica, enmendada por hombres de inteligencia superior, de disposición filosófica y de estatura moral. No hubo entonces división entre la clase dirigente y los intelectuales: fueron una sola clase. Además, como observó De Tocqueville, en Estados Unidos no había una clase clerical instituida, y en consecuencia no hubo anticlericalismo, fuente de tanto fermento intelectual en Europa. En Estados Unidos la religión era universal pero controlado por laicos. Se ocupaba de la conducta, no del dogma. Era voluntaria y no pluralista, de modo que expresaba libertad en vez de restringirla.

Estados Unidos era un país de la abundancia y la oportunidad; la tierra era barata y la había en cantidad; nadie tenía porqué ser pobre. No había ninguna prueba a la vista de esa flagrante injusticia que en Europa incitó a los hombres inteligentes y cultos a abrazar la causa radical. No había pecados que claran al cielo por venganza... todavía. Los hombres estaban en general muy ocupados en ganar y gastar, explotar y consolidar, para cuestionar los supuestos fundamentales de la sociedad.

Los primeros intelectuales de Estados Unidos adoptaron el tono y los modales, el estilo y el contenido de Europa, donde vivieron buena parte de su vida; eran un legado viviente del colonialismo cultural. La emergencia de un espíritu intelectual americano nativo e independiente fue en sí mismo una reacción ante el servilismo de Irving y sus iguales. El primer exponente, y el más representativo, de este espíritu -el intelectual estadounidense arquetípico del siglo XIX- fue Ralph Waldo Emerson (1803-82), que proclamó que su finalidad era liberar el cuerpo y la mente americana de “la tenia europea”, “exorcizar la pasión por Europa de imponer la pasión por América”.¹ El también fue a Europa, pero en actitud crítica y de rechazo. Pero su insistencia en el americanismo de su mentalidad llevó a una generalizada identificación con las premisas de su propia sociedad que se hizo más estrecha a medida que maduraba, y que era la antítesis exacta del punto de vista de la clase intelectual europea. Emerson nació en Boston en 1803, hijo de un pastor unitario. El mismo lo fue, pero dejó el ministerio porque, en conciencia, no podía administrar la Eucaristía. Viajó por Europa, descubrió a Kant, volvió y se estableció en Concord, Massachussets, donde desarrolló el primer movimiento filosófico nativo en Estados Unidos, conocido como Trascendentalismo, presentado en *La naturaleza*, su primer libro, publicado en 1836. Es neoplatónico, algo

¹ Ver Edgard Wagenkencht, Ralph Waldo Emerson: *Portrait of a Balance Soul* (Nueva York 1974) Capítulo 6 “*Politics*” págs. 158-201

antirracional, un tanto místico, algo romántico, y sobre todo vago. Emerson anotó en uno de sus muchos cuadernos de apuntes diarios:

Para esto nací y vine al mundo, a entregar el yo de mí mismo al Universo del Universo; a hacer un bien que la naturaleza no podía omitir, ni yo podía eximirme de cumplir, para luego emerger de nuevo en el silencio y la eternidad santa, de la que surgió como hombre. Dios es rico y en su corazón alberga a muchos otros hombres a la espera de la oportunidad, las necesidades y la belleza de todos. O, cuando lo deseo, se me permite decir, estas manos, este cuerpo, esta historia de Waldo Emerson son profanos y tediosos, pero yo, yo no descendo a mezclarme con éste o cualquier hombre. Por sobre su vida, por sobre todas las criaturas derramo para siempre un mar de beneficios en las razas de los individuos.²

Este no tiene mayor sentido o, en la medida que lo tenga, no es sino una perogrullada. Pero en una época que admiraba el Hegelianismo y al primer Carlyle, muchos americanos se sintieron orgullosos de que su joven país hubiese producido un intelectual indudable propio.

Más adelante se dijo que su atractivo “no estaba en que la gente le comprendiera, sino en que pensaban que hay que estimular a los hombres como él”.³ Un año después de haber publicado *La naturaleza*, pronunció una alocución en Harvard que tituló “El erudito americano”, que Oliver Wendell Holmes llamaría “nuestra declaración de independencia intelectual”.⁴ La prensa americana en crecimiento recogió sus temas. El periódico que publicaba los mensajes que enviaba Marx desde Europa, el *New York Tribune* de Orase Greely, de lejos el de mayor influencia en el país, promovió el trascendentalismo de Emerson de una manera sensacional, como una especie de bien nacional, como las Cataratas del Niágara.

Vale la pena analizar a Emerson porque su carrera ilustra la dificultad que tenían los intelectuales de Estados Unidos para romper con el consenso nativo. En muchos sentidos siguió siendo el producto de su ambiente de Nueva Inglaterra, en especial en cuanto a su enfoque ingenuo, puritano y descolorido del sexo. Cuando cayó en la casa de los Carlyle en Craigenputtock, en agosto de 1833, a Jane Carlyle le pareció un tanto etéreo, llegado desde “las nubes al parecer”, el propio Carlyle observó que se fue “como un ángel, con su hermosa alma transparente”.⁵ En una siguiente visita que hizo en 1848, Emerson describió en su diario cómo se vio obligado a defender a las pautas morales americanas en una cena en la casa de John Foster, a la que asistieron Dickens, Carlyle y otros:

Dije que, cuando llegué a Liverpool, pregunté si la prostitución era siempre tan escandalosa en esa ciudad como aparecía entonces, porque a mí me parecía demostrar una podredumbre fatal en el estado, y no veía cómo ningún niño podría crecer con seguridad. Pero me habían dicho que hacía años que no empeoraba ni mejoraba. Carlyle y Dickens contestaron que la castidad en el sexo masculino había poco menos que desaparecido en nuestros tiempos, y en Inglaterra era tan excepcional que podían nombrar todos los casos. Fue obvio que Carlyle creía que en Estados Unidos ocurría lo mismo... Le aseguré que no era así entre nosotros; que, en su mayor parte, nuestros jóvenes de buena reputación y educación llegaban vírgenes al lecho nupcial tan ciertamente como sus novias.⁶

² *Journals and Miscellaneous Notebooks of Ralph Waldo Emerson* (14 vols. Harvard, 1960), vol. VII, pág. 435.

³ Thomas Wintworth Higginson, *Every Saturday*, 18 de abril de 1868.

⁴ Para esto, ver Joel Porte, *Representative Man: Ralph Waldo Emerson in His Time* (Nueva York, 1979)

⁵ *Correspondence of Emerson and Carlyle* (Nueva York, 1964) pág. 14

⁶ Anotación del 25 de abril de 1848 en Joel Porte (ed.), *Emerson in this Journals* (Harvard, 1982), pág. 385

Como Henry James escribió luego de Emerson “maduro desconocimiento del mal... es uno de los más hermosos rasgos por los que le conocemos”; aunque añada, con crueldad, “Tenemos la impresión de una conciencia que jadea en el vacío, suspirando por sensaciones, con algo de los movimientos de las agallas de un pez recién sacado del agua.”⁷ Es evidente que el impulso sexual no era fuerte en Emerson. Su joven primera mujer le llamaba “abuelito”. La segunda tuvo que soportar que la muy adorada madre de Emerson viviera con ellos hasta su muerte; de vez en cuando dejaba escapar observaciones amargas que Emerson anotaba ingenuamente en sus diarios: “Salvadme de las almas magníficas.

Me gustan las pequeñas, de tamaño corriente”; o en otra ocasión: “No hay amor para frenar, y nunca lo hobo; el pobre Dios hizo todo lo que pudo pro el egoísmo salió triunfante.”⁸ El poema de Emerson “Dad todo al amor” fue considerado atrevido, pero no hay ninguna evidencia de que él mismo diera mucho. Su única gran amistad extramarital con una mujer fue estrictamente platónica, o quizá neoplatónica, y no por elección de ella. El escribió, cauteloso: “Yo también tengo órganos y el placer me deleita, pero también sé por experiencia que esta placer es el anzuelo de una trampa.”⁹ Su diario, que constantemente nos dice más sobre él mismo de lo que evidentemente se había propuesto, registra un sueño, en 1840-41m en el que asiste a un debate sobre el matrimonio. Uno de los oradores de pronto dirigió hacia el público el chorro de una máquina con una copiosa provisión de agua, agitándolo vigorosamente en todas direcciones”, hizo salir a todos y por fin lo volvió contra Emerson “y me empapó” mientras yo lo miraba. Me desperté aliviado al encontrarme totalmente seco”¹⁰

Emerson se casó con sus dos esposas por razones de prudencia, y de esa manera adquirió un capital que le dio cierta medida de independencia literaria. Correctamente invertido le añadió también una dosis creciente de afinidad con el sistema empresarial en rápida expansión. Se ganó una reputación sin igual a nivel nacional como sabio y profeta, no tanto por sus libros como gracias al circuito de conferencias, que formaba parte de ese sistema. Comenzó con el curso “*La vida humana*” en Boston (1838) luego “*La época*” en Nueva York (1842), y siguió con su estudio de los grandes cerebros, “*Hombres representativos*” (1845). El surgimiento de Emerson como conferenciante erudito pero popular, cuyos discursos se comentaban ampliamente en la prensa local, regional y hasta en la nacional, coincidió con el desarrollo del movimiento del Liceo, fundado por Hosiash Holbrook en 1829, para educar al país en expansión.¹¹ Se abrieron liceos en Cincinnati en 1830, Cleveland en 1832. Columbus en 1835, y luego a través del floreciente Medio Oeste y el Valle del Mississippi. Hacia el final de la década de 1830 casi todas las ciudades importantes tenían uno. Los acompañaron las Bibliotecas Mercantiles para jóvenes y las sociedades de conferencias y debates dirigidas en particular a los hombres jóvenes y solteros- empleados de banco, vendedores, contables y otros- que entonces constituían una asombrosa mayoría de la población en las ciudades nuevas.¹² La finalidad era apartarlos de la calle y los bares, y promover su carrera comercial y su bienestar moral.

Las opiniones de Emerson coincidían cabalmente con este concepto. El no aprobaba las elites culturales e intelectuales. Pensaba que la cultura propia de Estados

⁷ Henry James, *The Art of Fiction*, págs. 223-24

⁸ *Journals and Misc. Notebooks*, vol. VIII, págs. 88-89,232

⁹ *Ibid.*, vol.IX pág. 115

¹⁰ *Ibid.*, vol. II pág. 544

¹¹ Ver el esclarecedor artículo de Mary Kupiec Cayton, “*The Making of an American Prophet: Emerson, his audience and the rise of the culture industry in nineteenth century America*”, *American Historical Review*, junio 1987

¹² Ver Paul Boyer, *Urban Masses and Moral Order in America, 1820-* (Harvard 1978), pág. 109

Unidos debía ser verdaderamente nacional, universal y democrática. El esfuerzo propio era de vital importancia. El primer americano que leyó a Homero en una granja, dijo, hizo un gran servicio a Estados Unidos. Decía que si en el oeste encontraba a un hombre leyendo un libro en el tren, sentía ganas de abrazarlo.

Su filosofía económica y política personal era idéntica a la filosofía pública que empujaba a los americanos a través del continente para cumplir su destino manifiesto:

La única regla segura se encuentra en el metro autoajustable de la oferta y la demanda. No legislen. Interfieran y harán saltar las fibras con las leyes suntuarias. No concedan subsidios, sanciones leyes parejas, aseguren la vida y la propiedad, y no necesitarán dar limosna. Abran las puertas de la oportunidad al talento y la virtud, y ellos se harán justicia a sí mismo, y la propiedad no estará en malas manos. En una comunidad libre y justa, la propiedad se precipita del ocioso y del imbécil al trabajador, bravo y perseverante.¹³

Sería difícil pensar en nada más opuesto a las doctrinas que Marx desarrollaba y predicaba en exactamente la misma época. Y la experiencia práctica de Emerson en el campo contradujo repetidamente la manera en que Marx decía que El capitalismo no sólo se comportaba sino que debía hacerlo. Lejos de oponerse a esta búsqueda de esclarecimiento, los propietarios y empresarios positivamente la promovían. Cuando Emerson fue a Pittsburg en 1851, las empresas cerraron temprano para que los empleados jóvenes pudieran ir a escucharle. Sus cursos no estaba obviamente planeados para reformar el espíritu empresarial: “Instinto e inspiración”, “La identidad del pensamiento con la naturaleza”, y así sucesivamente. Pero tendía a argumentar que el conocimiento, más el carácter moral, promovía el éxito en posnegocios. Muchos que asistían esperando que el eminente filósofo los dejara perplejos descubrían que predicaba lo que ellos tenían por sentido común. La *Cincinnati Gazette* le presentó como “sin pretensiones... como un buen abuelo que lee su *Biblia*”. Muchos de sus *obiter dicta* – “Todo hombre es un consumidor y debería ser un productor”, “(El hombre) es por constitución gastador y debería ser rico”, “La vida es una búsqueda del poder”- impresionaron a sus oyentes como verdades, y cuando los periódicos los simplificaron y los sacaron de contexto pasaron al acervo común de sabiduría popular americana. No parecía extraño que Emerson a menudo figurara en la misma serie de conferencias de P.T. Barnum, cuyos temas eran “El arte de conseguir dinero” y “El éxito en la vida”. Escuchar a Emerson era una señal de aspiración cultural y gustos elevados: se convirtió en la encarnación del Hombre Pensante. En su última conferencia en Chicago en noviembre de 1871, el *Chicago Tribune* informó: “El aplauso... demostró la cultura del público”. Para una nación que buscaba el mejoramiento moral y mental con el mismo entusiasmo que el dinero, y consideraba a ambos como esenciales a la creación de su nueva civilización, Emerson era, a fines de la década de 1870, un héroe y mentor nacional, como Hugo lo fue para Francia o Tolstoi para Rusia. Había establecido un modelo americano.

Es contra este trasfondo, en el que el desarrollo económico de la nación y su vida cultural e intelectual se veían en amplia armonía, donde debemos situar a Ernest Hemingway.

A primera vista, en verdad no se le reconoce fácilmente como un intelectual. Examinando con más detención se ve que no sólo presenta todas las características principales del intelectual, sino que las posee en grado inusual, y en una combinación específicamente americana. Fue, además un escritor de profunda originalidad. Transformó la manera en que sus iguales americanos, y la gente en todo el mundo de

¹³ Citado en Wagenknecht, pag. 170; cf. Lewis S. Feuer, “*Ralph Waldo Emerson's Reference to Karl Marx*,” *New England Quarterly*, XXXIII (1960)

habla inglesa, se expresaban. Creó un estilo ético nuevo, personal, secular y sumamente contemporáneo, que fue intensamente americano en su origen, pero que se instalaba fácilmente en muchas culturas. Fusión un número de actitudes americanas y se convirtió a sí mismo en su personificación arquetípica, de modo que llegó a encarnar a Estados Unidos en una época dada como Voltaire encarnó a Francia en la década de 1750 o Byron a Inglaterra en la de 1820.

Hemingway nació en 1899 en el saludable suburbio de Oak Park, cerca de Chicago, que había aplaudido con tanto entusiasmo a Emerson hacía un cuarto de siglo. Sus padres, Grace y Edmundo (“Ed”) Hemingway, y él mismo fueron productos notables de la civilización de Emerson y sus conferencias, y el dinamismo económico que defendían, habían ayudado a nacer. Los padres eran, o por cierto parecían serlo, sanos, trabajadores, eficientes, bien educados, talentosos y bien adaptados a su sociedad, agradecidos a su herencia cultural europea pero orgullosamente conscientes de la forma en que Estados Unidos la había mejorado. Temían a Dios y llevaban una vida completa, en la casa y al aire libre. El doctor Hemingway fue un médico excelente que también cazaba, tiraba, pescaba, navegaba, acampaba y era pionero; poseía todas las destrezas de un leñador. Grace Hemingway fue una mujer de gran inteligencia, fuerte voluntad y muchas habilidades. Era una gran lectora, escribía una prosa excelente y un verso diestro, pintaba, proyectaba y hacía muebles, cantaba bien, tocaba varios instrumentos y escribió y publicó canciones originales.¹⁴ Los dos hicieron todo lo posible para transmitir a sus hijos, entre los que Ernest, el mayor, fue el más favorecido, toda su herencia cultural y acrecentarla. En muchos sentidos fueron padres modelo y Hemingway fue un gran lector, muy culto, un hábil deportista y un atleta completo.

Los padres eran muy religiosos. Eran congregacionistas y el doctor fue también un sabatario estricto. No sólo iban al templo el domingo y bendecían la mesa sino que, según Sunny, la hermana de Hemingway, “rezábamos en familia las oraciones de la mañana que acompañábamos con una lectura de la Biblia y uno o dos himnos.”¹⁵ El código moral del protestantismo amplio era aplicado al detalle por los padres y castigaban severamente cualquier infracción. Grace Hemingway zurraba a los niños con un cepillo, el doctor con un asentador de navajas. Cuando mentían o juraban les lavaban la boca con jabón amargo. Después del castigo los hacían arrodillar y pedir perdón a Dios. El doctor Hemingway hacía evidente en todo momento que identificaba al cristianismo con el honor masculino y con la conducta caballeresca: “Quiero que representes”, le escribió a Hemingway, “todo lo que hay de bueno y noble y bravo y cortés en los Hombres, y que temas a Dios y respetes a la Mujer”.¹⁶

La madre quería que fuera un héroe protestante convencional: que no fumara ni bebiera, que fuera casto antes del matrimonio, fiel una vez casado, y que en todo momento honrara y obedeciera a sus padres, en especial a la madre.

Hemingway rechazó por entero la religión de sus padres y junto con ella cualquier deseo de ser la clase de hijo que ellos querían. En su adolescencia parece que decidió con toda firmeza que en todo seguiría a su genio y sus inclinaciones y que crearía para él mismo la visión del hombre de honor y de la buena vida que sería su recompensa. Este fue un concepto literario romántico y en cierta medida ético, pero no tenía ningún

¹⁴ Para Grace Hemingway, ver Max Westbrook, “Grace under Pressure: Hemingway and the Summer of 1929” en James Nagel (ed.), *Ernest Hemingway: The Writer in Context* (Madison, Wisconsin, 1984) págs. 77 ss., la familia está descrita en Marcelline Hemingway Standford, *At the Hemingway's: A Family Portrait* (Boston 1961)

¹⁵ Madelaine Hemingway Millar, Ernie (Nueva York 1975) pág. 92 Kenneth S. Lynn, *Hemingway* (Nueva York, 1987), págs. 19-20 dice que estos servicios religiosos diarios se celebraban sólo cuando los Hemingway vivieron con el abuelo Hall, padre de Grace.

¹⁶ Lynn, pág. 115

contenido religioso en absoluto. En verdad Hemingway parece que careció de espíritu religioso. Abandonó su fe secretamente a los diecisiete años cuando conoció a Hill y Kate Smith (esta último sería luego la esposa de John Dos Pasos), cuyo padre, un decano ateo, había escrito un libro ingenioso en el que “probaba” que Jesucristo no había existido. Hemingway dejó de practicar la religión en cuanto pudo, cuando empezó a trabajar en su primer empleo en el *Kansas City Star* y se fue a vivir por su cuenta. Todavía en 1918, cuando casi tenía veinte años, tranquilizó a su madre diciéndole: “No te preocupes ni llores ni te impacientes pensando en si soy un buen cristiano. Lo soy tanto como siempre, y rezo todas las noches y creo con la misma firmeza.”¹⁷ Pero esto fue una mentira para mantener la paz. No sólo no creía en Dios, sino que consideraba la religión organizada como una amenaza a la felicidad humana. Hadley, su primera mujer, dijo que sólo le vio de rodillas dos veces, cuando se casaron y en el bautismo del hijo. Para complacer a Pauline, su segunda mujer, se convirtió al catolicismo, pero no tenía más idea de lo que su nueva fe significaba que Rex Mottram en *Brideshead Revisited*. Se enfurecía cuando Pauline trataba de observar sus reglas (por ejemplo en cuanto a control de natalidad) de maneras que a él le resultaban inconvenientes. Publicó parodias blasfemas del Padrenuestro en su cuento “*Un lugar limpio y bien iluminado*” y de la Crucifixión en Muerte en la tarde; y hay una bendición blasfema de una escupidera en su obra teatral la quinta columna. En la medida en que comprendió el catolicismo romano, lo detestó. No protestó para nada cuando, al comienzo de la Guerra Civil en España, un lugar que conocía y decía amar, se quemaron cientos de iglesias, se profanaron altares y vasos sagrados, y muchos miles de sacerdotes, monjes y religiosas fueron asesinados. Cuando dejó a su segunda mujer abandonó hasta la pretensión formal de ser católico.¹⁸ Toda su vida adulta la vivió, de hecho, como un pagano, adorando ideas creadas por él.

El rechazo de la religión por Hemingway fue característico del adolescente intelectual, y más característico aún porque formó parte del rechazo de la cultura moral de los padres. Más adelante intentó hacer una diferencia entre la madre y el padre, de modo de exonerar a esta último. Cuando sus padres se suicidó, el trató de responsabilizar a la madre, aunque fue el caso claro de un médico que se anticipa a lo que sabe que será una dolorosa enfermedad terminal.

El doctor Hemingway era el más débil en la pareja, pero apoyó por entero a su mujer en las disputas con el hijo, que disentía con ambos, no sólo con la madre. Pero Grace fue la persona en la que Hemingway concentró su resistencia, probablemente, en mi opinión, porque reconocía en ella la fuente principal de su voluntad egotista y su talento literario. Ella era una mujer formidable y él se estaba convirtiendo en un hombre formidable. No había lugar para los dos en un mismo círculo.

La disputa llegó a su culminación en 1920, cuando Hemingway, que había pasado la última parte de la Gran Guerra en el servicio de ambulancias en el frente italiano, y había vuelto como una especie de héroe de guerra, no sólo no pudo conseguir trabajo, sino que ofendía a sus padres (según sus normas) por su conducta ociosa y viciosa. En julio de ese año Grace le escribió una Gran Reconvencción. La vida de toda madre, le decía, era como un banco. “Cada hijo que le nace entra en el mundo con una cuenta bancaria grande y próspera, aparentemente inagotable. “El hijo extrae y extrae, depósito curanto todos los primeros años.” Luego, hasta la adolescencia, “mientras recure al banco abundantemente”, hay “algunos depósitos de centavos, bajo la forma de

¹⁷ Carlos Baker (ed.), Ernest Hemingway: *Selected Letters*, 1917-61 (Nueva York, 1981), pág. 3

¹⁸ Para la religión de Hemingway, ver Jeffrey Meyers, *Hemingway: A Biography* (Londres, 1985), págs. 31-3, 178, etcétera; Linn, págs., 70, 249, 312-14, etcétera.

servicios hechos con buena voluntad, algunas atenciones y “gracias”. Al llegar a la mayoría de edad, mientras el banco sigue dando amor y consuelo:

La cuenta necesita algunos depósitos a estas alturas, algunos de importancia, bajo la forma de gratitud y reconocimiento, interés por las ideas y asuntos de Mamá. Pequeñas comodidades para la casa, el deseo de tomar en cuenta cualquier prejuicio peculiar de Mamá, no violentar sus ideas jamás. Leva a casa flores, frutas o dulces para Mamá, con un beso y una abrazo... Pagar en secreto algunas cuentas para que Mamá no tenga que ocuparse de ellas. Depósitos que mantienen la cuenta en buen nivel. Muchas madres que conozco reciben todo esto y regalos y recompensas de hijos con menos capacidad que el mío. A menos que tú, mi hijo, Ernest, vuelva en ti ya cabes con tu holganza y búsqueda de placeres... dejes de aprovecharte de tu linda cara... y de descuidar tus deberes para con Dios y tu Salvador, Jesucristo... no te espera sino la bancarrota: has girado en descubierto.¹⁹

Caviló sobre este documento durante tres días, puliéndolo con tanto cuidado como siempre haría Hemingway con sus mejores párrafos, y luego se lo presentó personalmente. Indica de dónde él sacó ese sentido de ofensa moral con su mezcla de satisfacción consigo mismo, que es parte tan importante de su ficción.

Hemingway reaccionó como era de esperar, con una furia lenta, creciente y prolongada, y a partir de entonces trató a su madre como a una enemiga.

Dos Pasos decía que Hemingway era el único hombre que había conocido que realmente odiaba a su madre. Otro viejo conocido, el general Lanham, atestigua: “Desde que conoció a Hemingway siempre se refirió a su madre como “esa perra”. Me debe haber contado mil veces cuánto la odiaba y de cuántas maneras.”²⁰ Este odio se reflejó repetidamente y de varias formas en su ficción. Se extendió en un odio conexo con su hermana mayor, “la perra de mi hermana Marcelina”, “una perra si remedio”. Se amplió a un odio general a las familias, expresado a menudo en contextos improcedentes, como en un comentario sobre pintores malos (la madre pintaba) y en su autobiografía, París era una fiesta; “no hacen cosas terribles que dañan en lo más íntimo, como hacen las familias. Con los pintores malos basta con no mirarlos. Pero aun cuando uno aprenda a no mirar a las familias ni a escucharlas y haya aprendido a no contestar cartas, las familias son peligrosas de muchas maneras.” El odio que sentía por su madre era tan intenso que en gran medida envenenó su vida, sobre todo porque siempre sintió un resto de culpa por ello, que le molestaba y mantenía fresco el odio. Todavía la odiaba en 1949 cuando ella tenía casi ochenta años; le escribió a su editor desde su casa en Cuba: “No iré a verla y ella sabe que no puede venir aquí.”²¹ Su odio excedió la antipatía puramente utilitaria que Marx sintió por su madre, y era afín desde el punto de vista emocional a la actitud de Marx hacia el sistema capitalista mismo. Para Hemingway, el odio a la madre alcanzó la condición de un sistema filosófico.

La ruptura familiar levó a Hemingway a Toronto Star y de allí a Europa como corresponsal extranjero y novelista. Repudió no solamente la religión de sus padres, sino la visión de la madre de una cultura cristianizada, optimista, expresada en su prosa poderosa pero convencional, y para él detestable. Una de las fuerzas que empujó a Hemingway hacia el perfeccionismo literario que se convirtió en su rastro más característico fue la imperiosa necesidad de no escribir como su madre, usando la rancia retórica de una herencia literaria exageradamente trabajada. (Una oración suya que odiaba en especial, porque resumía el estilo de su prosa, estaba en una de las cartas que

¹⁹ Citado en Lynn págs. 117-18

²⁰ Citado en Bernice Kert, *The Hemingway Women* (Nueva York, 1983), pág. 27

²¹ *Selected Letters*, págs. 663-670

recibió de ella: “Te dimos el nombre de los caballeros más buenos y nobles que hayas conocido jamás”).

A partir de 1921 Hemingway levó la vida de un corresponsal extranjero, con París como base de operaciones. Cubrió la guerra en el Medio Oriente y las conferencias internacionales, pero su principal foco de atención estaba constituido por los *literati* exiliados de la Orilla Izquierda. Escribió poesía. Trataba de escribir prosa. Leía ferozmente. Uno de los hábitos que había heredado de su madre era el de llevar libros donde fuera, metidos en los bolsillos, para poder leer en cualquier momento o lugar durante una pausa en la acción. Leía todo y compró libros toda su vida, de modo que cualquier lugar en que viviera tenía las paredes cubiertas de estantes. En su casa en Cuba construiría una biblioteca en uso de 74° volúmenes, que se distinguía por contener estudios de expertos en todos los temas que le interesaban y por una amplia gama de textos literarios, que leía y releía.

Cuando llegó a París había leído prácticamente todos los clásicos ingleses, pero estaba decidido a ampliar sus límites. Nunca demostró fastidio por no haber tenido una educación universitaria, pero lo lamentó y trató de llenar las lagunas que esa falta podía haber dejado. De modo que se dedicó a Stendhal, Flaubert, Balzac, Maupassant y Zola, a los novelistas rusos más importantes, Tolstoi, Turgenev, Dostoievsky, y a los americanos, Henry James, Mark Twain y Stephen Crane. También leyó a los modernos: Conrad, T.S. Eliot, Gertrude Stein, Ezra Pound, D.H. Lawrence, Maxwell Anderson, James Joyce. Sus lecturas fueron ampliadas, pero además dictadas por una creciente urgencia por escribir. Desde sus quince años había hecho un culto de Kipling, y siguió estudiándolo toda su vida. Añadió ahora a esto una intensa atención a Conrad, y a Dublinenses, la brillante colección de Joyce. Como todo escritor realmente bueno, no sólo devoró, sino que analizó a los de segundo orden, tales como Marryat, Hugo Walpole, y George Moore, y aprendió de ellos.

Hemingway se instaló en el centro de la intelectualidad de París en 1922, cuando llegó allí Ford Madox Ford. Ford fue un gran descubridor de talentos literarios y ayudó a hacer conocer a Lawrence, Norman Douglas, Wyndham Lewis, Arthur Ransome y muchos más. En 1923 publicó el primer número de *Transatlantic Review*, y aconsejado por Ezra Pound, empleó a Hemingway como ayudante por horas. Hemingway admiró a Ford como empresario literario, pero le criticaba muchas cosas: no tenía en cuenta a casi ninguno de los escritores jóvenes, los nuevos estilos y formas literarias no le interesaban bastante, su gusto se acercaba demasiado al de las revistas de mayor difusión, y sobre todo daba por sentado que el mayor número de cosas literarias nuevas venían de Francia e Inglaterra, y dejaba de lado en general la producción americana, que crecía rápidamente en número y calidad. Hemingway se vio a sí mismo como empresario de la vanguardia americana. “Ford”, gruñó, “dirige toda (la) maldita cosa como un compromiso”²² Una vez instalado en las diminutas oficinas de la *Three Mountain Press* (Imprenta de las Tres montañas) en la Isla de San Luis, Hemingway empezó a inclinar a la *Review* en una aventurada dirección americana, de modo que además de sesenta textos británicos y cuarenta franceses incluyó noventa de estadounidenses, entre ellos Gertrude Stein, Djuna Barnes, Lincoln Steffens, Natalie Barnard, William Carlos Williams y Nathan Asch. Cuando Ford dejó París para hacer un viaje a Estados Unidos, Hemingway convirtió implacablemente los números de julio y agosto en un desfile triunfal del talento joven americano, tanto que a su vuelta Ford sintió que debía disculparse por el inusualmente largo muestrario de la obra de “esa Joven América

²² Lynn, págs. 233

cuyos derechos hemos impuesto a nuestros lectores siempre con insistencia aunque nunca con tanta eficiencia”.²³

Pero Hemingway tenía su propia e intensa urgencia de fama y poder literarios, y después de todo le importaban menos las facciones e intrigas de la intelectualidad de la Orilla Izquierda que desarrollar su propio talento. Pound se lo había presentado a Ford con palabras: “Escribe muy buen verso y es el mejor estilista en prosa en todo el mundo.”²⁴

Hecha en 1922, esta observación es sumamente perspicaz, porque todavía Hemingway no había perfeccionado su método maduro. Pero estaba trabajando en él, como atestiguan sus primeros cuadernos de apuntes con sus innumerables raspaduras y enmiendas. Es probable que ningún escritor de ficción haya jamás luchado tan dura y largamente para formarse una manera personal de escribir exactamente adecuada a la obra que deseaba hacer. El estudio de Hemingway durante estos años proporciona un modelo de cómo un escritor debe adquirir su destreza profesional. Es comparable, en cuanto a nobleza de propósitos y persistencia en el esfuerzo, con los arduos esfuerzos que hizo Ibsen para ser dramaturgo. También tuvo el mismo impacto revolucionario en el arte.

Hemingway creía haber heredado un mundo falso, simbolizado por la religión y la cultura moral de sus padres, y que debía ser remplazado por uno verídico. ¿Qué entendía por verdad? No la verdad heredada y revelada del cristianismo de sus padres (ésta la rechazaba por impropio) ni la verdad de cualquier otro credo o ideología, derivada del pasado y reflejo de la mente de otros, por grandes que fueran, sino la verdad tal como él mismo la veía, sentía, olía y saboreaba. Admiraba la filosofía de Conrad y la forma en que la resumía: “fidelidad escrupulosa a la verdad de mis propias sensaciones”. Ese era su punto de partida. ¿Pero cómo se transmite esa verdad? La mayoría de la gente, incluso la generalidad de los escritores, tienden cuando escriben a dejarse llevar, a ver los hechos a través de ojos ajenos, porque heredan expresiones y combinaciones de palabras anticuadas, metáforas trilladas, clichés y frases ingeniosas. Esto es especialmente cierto de los periodistas que cubren a toda velocidad situaciones que a menudo son repetidas y banales. Pero Hemingway había tenido la ventaja de un entrenamiento excelente en el *Kansas City Star*. Los sucesivos directores habían preparado un libro sobre el estilo de la casa con 110 reglas destinada a obligar a los periodistas a utilizar un inglés corriente, sencillo, directo y desprovisto de clichés, y estas reglas se aplicaban estrictamente. Más adelante Hemingway las llamó “las mejores reglas que jamás aprendí sobre el tema de escribir.”²⁵ En 1922, mientras cubrían la Conferencia de Génova, Lincoln Steffens le enseñó el despiadado arte del cablegrama, que adquirió con rapidez y creciente deleite. Le mostró su primer intento exitoso a Steffens, exclamando, “Steffens, mire este cable: no hay relleno, ni adjetivos, ni adverbios; sólo sangre, huesos y músculos... Es un lenguaje nuevo”.²⁶

Sobre esa base periodística, Hemingway construyó su propio método, que era a la vez teoría y práctica. Alguna que otra vez dejó algo escrito: en París era una fiesta, en Las verdes colinas de África, en Muerte en la tarde, y en *By-line* y otros.²⁷ Los “principios básicos de la escritura” que se fijó para él mismo realmente merecen ser estudiados.²⁸ Una vez definió el arte de la ficción, siguiendo a Conrad, como “descubra

²³ Lynn págs. 234.ss.; ver también B.J. Poli, *Ford Madox Ford and the Transatlantic Review* (Syracuse, 1967), pág. 106

²⁴ Lynn, pág. 230

²⁵ Citado en Leyeres, pág. 24

²⁶ Meyers, pág. 94

²⁷ Ver *Paris Review*, primavera 1981

²⁸ Dado en Meyers, pág. 137

qué le provocó la emoción; qué acción fue la que le emocionó. Luego escríbalo aclarándola para que el lector también pueda verla.²⁹ Todo debía ser hecho con concisión, economía, sencillez, verbos fuertes, oraciones breves, nada superfluo o efectista.

“La prosa es arquitectura”, escribió, “no decoración de interiores, y el barroco ya pasó.”³⁰ Hemingway prestaba especial atención a la expresión exacta y registraba los diccionarios a la búsqueda de palabras. Es importante recordar que, durante el período formativo de su estilo en prosa, también fue poeta, y estaba bajo la fuerte influencia de Ezra Pound, que según él le enseñó más que cualquier otra persona. Pound fue “el hombre que creía en el mot juste, la única palabra correcta a utilizar, el hombre que me enseñó a desconfiar de los adjetivos. “También estudió atentamente a Joyce, otro escritor cuyo instinto para encontrar la precisión verbal respetaba e imitaba. De hecho, en la medida en que Hemingway tuvo progenitores literarios, podría decirse que fue el fruto del matrimonio entre Kipling y Joyce. Pero la verdad es que el estilo de Hemingway es *sui generis*. Su impacto sobre el modo en que la gente no sólo escribía, sino veía,

Durante el cuarto de siglo 1925-50, fue tan arrollador y decisivo, y su continua influencia desde entonces tan penetrante, que ahora nos resulta imposible sacar el factor Hemingway de nuestra prosa, particularmente en la ficción. Pero a principios de la década de 1920, le resultó difícil conquistar la aprobación y hasta que lo publicaran. Su primera obra, Tres cuentos y diez poemas, fue una típica aventura vanguardista publicada localmente en París. Las grandes revistas que querían tocar su ficción, y todavía en 1925, The Dial, que se tenía por arriesgada, seguía rechazando sus cuentos, incluso aquel cuento soberbio, “Los invictos”. Hemingway hizo lo que todo gran escritor original hace: creó su propio mercado, contagió a los lectores con su propio gusto. El método, que combinaba con brillo la pintura desnuda y exacta de hechos con sutiles sugerencias de la respuesta emocional que provocaban, emergió en los años 1923-25 y se impuso en 1925 con la publicación de *En nuestro tiempo*. Ford sintió que podía saludarle como el escritor más importante de Estados Unidos: “el más concienzudo, con el mayor dominio de su arte, el más completo”. Para Edmund Wilson el libro reveló una prosa “de la más alta distinción”, “asombrosamente original” y de una dignidad artística “impresionante”. Después de este primer éxito publicó dos novelas vívidas y trágicas, *Fiesta* (1926) y *Adiós a las armas*, ésta última quizá sea lo mejor que escribió. De estos libros se vendieron cientos de miles de ejemplares que fueron leídos y releídos, digeridos, regurgitados, envidiados y saqueados por escritores de toda clase. Ya en 1927, al reseñar su colección *Hombres in mujeres* en el *New Yorker*, Dorothy Parker se refirió a su influencia como “peligrosa”: “la cosa más simple que hace parece tan fácil de hacer. Pero miren a los muchachos que intentan hacerlo.”³¹

La manera de Hemingway se podía parodiar, pero no imitar con éxito, porque era inseparable del contenido de los libros y especialmente de su actitud moral. La finalidad de Hemingway era evitar el didacticismo explícito de cualquier clase, y lo denunciaba en los demás, aun en los más grandes. “*Amo Guerra y paz*” escribió, “por sus maravillosas, penetrantes y verídicas descripciones de la guerra y sus personas, pero nunca he creído en lo que pensaba el gran conde...”

Podía inventar más y con más percepción y verdad que cualquiera. Pero su pensamiento pesado y mesiánico no era mejor que de muchos otros profesores de

²⁹ William White (ed.), *By –Lyne: Ernest Hemingway: Selected Articles and Dispatches of Four Decades* (Nueva York, 1967), pág. 219.

³⁰ Citado en Meyers, págs. 74-75

³¹ *New Yorker*, 29 de octubre de 1927

historia evangélicos, y de él aprendí a desconfiar de mi propio Pensar, con P mayúscula, y a tratar de escribir tan sincera y directamente, tan objetiva y humildemente como fuera posible.”³² En sus mejores obras siempre evitó predicar al lector, y hasta tocarle el codo llamándole la atención sobre el comportamiento de sus personajes. Sin embargo, sus libros rebosan de una nueva ética laica que surge directamente de la manera que tiene Hemingway de escribir los hechos y las acciones.

La sutil universalidad de la ética de Hemingway le vuelve arquetípicamente un intelectual, y la naturaleza de ética refleja su americanismo. Hemingway veía a los estadounidenses como gente vigorosa, activa, enérgica y hasta violenta, hombres de acción, de logros, creadores, conquistadores y pacificadores, cazadores y constructores. Cuando hablaba con Pound y Ford de literatura, se separaba de cuando en cuando para boxear con su propia sombra por todo el estudio de Ford. Era un hombre grande y fuerte, diestro en una amplia gama de actividades físicas. Le era natural, como americano y escritor, llevar una vida de acción y describirla. La acción fue su tema.

En eso no había nada nuevo, es claro. La acción había sido el tema de Kipling, cuyos héroes o sujetos habían sido soldados, bandidos indios, ingenieros, capitanes de barco y soberanos, grandes o pequeños: cualquiera o cualquier cosa, en realidad, sometida periódicamente a la tensión y movimientos de una actividad violenta, hasta animales y máquinas. Pero Kipling no fue un intelectual. Era un genio, tenía un “Daemon”, pero no creía que podía rehacer el mundo sin ayuda, con su sola inteligencia, no rechazaba el vasto caudal de su sabiduría heredada. Al contrario, defendía bravamente sus leyes y costumbres que el débil hombre no podía alterar, y pintaba con deleite la Némesis de aquellos que las desafiaban. Hemingway está mucho más cerca de Byron, otro escritor que ansiaba la acción y la describía con una destreza entusiasta. Byron no creía en los planes utópicos y revolucionarios de su amigo Shelley, que le parecían ideales abstractos más que conceptos útiles (el mismo Shelley muestra su posición en Julián y Magdalo) pero se había confeccionado un sistema de ética para sí mismo, creado en reacción contra el código tradicional que había rechazado al dejar a su mujer y a Inglaterra para siempre. En este sentido, y sólo en este, fue un intelectual. Nunca expresó su sistema formalmente, pese a que era muy coherente, pero emerge con fuerza en sus cartas y satura todas las páginas de sus grandes poemas narrativos. Childe Harol y Don Juan. Es un sistema de honor y deber, no codificado pero sí ilustrado en acción. Nadie puede leer esos poemas sin que le quede bien claro cómo veía Byron el bien y el mal y en especial cómo medía el heroísmo.

Hemingway trabajó de una manera similar por la ilustración. Una vez especificó que su ideal era la capacidad de exhibir “gracia bajo presión” (frase curiosa en vista del nombre de su madre) pero no avanzó más en la definición

Probablemente su ética no soportaba una definición precisa, y los intentos de darle una la habían dañado y disminuido. Pero era infinitamente capaz de ejemplificarla y ésa es la fuerza impulsora detrás de toda la obra de Hemingway. Sus novelas son novelas de acción y eso las hace novelas de ideología, porque para Hemingway no existía la acción moralmente neutral. Para él hasta la descripción de una comida es una afirmación moral, ya que hay cosas adecuadas y cosas inadecuadas para comer y beber, y maneras correctas de comerlas y beberlas. Casi cualquier acción puede ser realizada correcta o incorrectamente, o para ser precisos noble o innoblemente. El propio autor no señalaba la enseñanza moral, pero presenta todo dentro de un marco moral implícito, de modo tal que las acciones hablan por sí mismas. El marco es personal y pagano; por cierto no cristiano. Sus padres, su madre en especial, encontraban que sus cuentos eran inmorales, a menudo en exceso, porque, ella por lo menos, no podía reconocer su fuente

³² Introducción a una antología, *Mens at War* (Nueva York, 1942)

tono ético. Para ella falso y blasfemo. Lo que Hemingway estaba diciendo, o más bien sugiriendo, era que había maneras correctas y otras equivocadas de cometer adulterio, de robar y de matar. La esencia de la ficción de Hemingway es la observación de boxeadores, pescadores, toreros, soldados, escritores, deportistas, o casi cualquiera que realice acciones definidas y diestras, mientras trata de llevar una vida buena y sincera, de acuerdo con los valores de cada uno, y en general fracasando. La tragedia ocurre porque los valores mismos resultan ser ilusorios o errados, o porque son traicionados por una debilidad interior o una malicia exterior o por la imposibilidad de manejar los hechos objetivos. Pero hasta el fracaso es redimido por la visión de la verdad, por la habilidad de percibir la verdad y el coraje de mirarla de frente. Los personajes de Hemingway son un éxito o fallan según sean verídicos o no. La verdad es el ingrediente esencial de su prosa y el único hilo que recorre todo su sistema ético, su principio de coherencia.

Una vez creado su estilo y su ética, Hemingway se encontró necesariamente viviendo los dos. Se convirtió, por decirlo así, en la víctima, el prisionero, el esclavo de su propia imaginación, obligando a ponerla en práctica en la vida real. Aquí. Otra vez no fue, no fue el único. Cuando Byron publicó el primer canto de Childe Harold, se encontró siguiendo el camino allí señalado. Podría cambiar un poco la dirección escribiendo Don Juan, pero no le quedaba otra elección que la de vivir como había cantado. Pero en el caso de Byron fue una cuestión de gusto tanto como de compulsión: gozaba al hacer el tenorio, lo rimbombante, el papel de liberador. Ocurría lo mismo con el contemporáneo de Hemingway, André Malraux, otro intelectual de acción y novelista revolucionario, explorador, pirata de tesoros artísticos, héroe de la resistencia, que terminó su carrera como ministro del Gabinete sentado a la derecha del presidente de Gaulle. Con Hemingway uno no está tan seguro. Su búsqueda de la vida "real", la vida de acción, fue una actividad intelectual en el sentido de que era vital para su tipo de ficción. Como dice el héroe Robert Jordan en la novela de la Guerra Civil Española, *Por quién doblan las campanas* (1940), "le gustaba saber como era realmente, no como se suponía que era".

Hemingway, el intelectual obsesionado por la acción violenta, era una persona real. Un colega perspicaz del *Toronto Star* lo resumió así a los veinte años: "Nunca se vio en el mundo una combinación más extraña de una sensibilidad vibrante con la preocupación por la violencia." Gozaba con las mismas actividades al aire libre que su padre y otras: esquí, pesca submarina, caza mayor y, no en último término, la guerra. No dejaba dudas sobre su coraje, de vez en cuando Herbert Matthews, el periodista del *New York Times*, describió cómo, durante la batalla en el río Ebro, Hemingway le salvó de ahogarse con una extraordinaria demostración de fuerza: "Era un hombre capaz en un apuro".³³ Los cazadores blancos que le llevaron en un safari en África Oriental, generalmente una buena prueba, dieron el mismo testimonio. Además, el coraje de Hemingway no era espontáneo e instintivo, sino cerebral tenía un sentido agudo del peligro, como lo atestiguan muchas anécdotas. Sabía lo que era tener miedo y superarlo: ningún escritor describió jamás la cobardía más gráficamente. Logró que el lector sintiera su disposición a vivir su ficción.

De esta manera la imagen de Hemingway como hombre de acción creció tan rápidamente como su fama. Como muchos otros intelectuales, partir de Rousseau, tuvo un talento asombroso para promocionarse. Creó el personaje Hemingway físico, visible, transformando la vieja imagen de los románticos, aterciopelada y distendida, a que había rendido servicios tan importantes en su tiempo, para presentar algo nuevo, la atracción del hombre típicamente masculino: trajes safari, cartucheras, fusiles, gorras

³³ Herbert Matthews, *A World in Revolution* (Nueva York, 1942) págs. 24-25

con visera, olor a pólvora, tabaco, whisky. Una de sus obsesiones fue la de sumar años a su edad. En 1920 se promovió rápidamente a “Papá”. La última jovencita se convirtió en “hija”. A principios de la década del cuarenta “Papá” Hemingway era una figura familiar en las revistas ilustradas, tan famoso como los hombres más importantes de Hollywood. Ningún escritor concedió jamás más entrevistas o posó para más fotografías. Con el tiempo su cara con barba blanca fue más conocida que la de Tolstoi.

Pero al tratar de personificar su ética y de responder a la leyenda que había creado, Hemingway también entraba en una rutina de la que no podría apartarse hasta su muerte. Así como su madre vio el amor maternal como la forma de una cuenta bancaria., Hemingway depositaba sin cesar experiencia de acción a su crédito, y luego extraía para su ficción. Su Guerra Italiana, 1917-18, fue su capital inicial. Durante los años veinte casi lo agotó, equilibrando el drenaje con una frenética deportividad y las corridas de toros. En la década de 1930 hizo valiosos depósitos de caza mayor, y de esa formidable ganga que fue la Guerra Civil Española. Pero fue perezoso para explotar las oportunidades de la Segunda Guerra Mundial, y su tardía intervención en ella añadió poco a su capital de escritor. A partir de entonces sus principales depósitos fueron la caza y la pesca; sus intentos de volver sobre sus pasos en los circuitos de caza mayor y las corridas de toros dieron como resultado más farsa que frutos. Edmund Wilson observó el contraste entre “el joven maestro y el viejo impostor”. La verdad es que Hemingway siguió gozando con algunas de sus actividades violentas, pero no tanto como decía.

Hubo una declinación perceptible en su entusiasmo por el desierto, como si con todo gusto, si se atreviera, colgaría el rifle y se instalaría en su biblioteca. Una nota falsa, forzada, jactanciosa, se deslizaba en los informes sobre su situación que daba a su editor, Charles Scribner. Es así que en 1949 le escribió: “Para celebrar mis cincuenta años, hice el amor tres veces, maté tres palomas seguidas (muy rápidas) en el club, bebí un cajón de Piper Heidsieck brut con amigos y miré el océano en busca de peces grandes toda la tarde”³⁴

¿Verdadero? ¿Falso? ¿Una exageración? No se sabe. Nada de lo que dijo Hemingway de sí mismo, y poco de lo que dijo sobre otros, puede ser jamás aceptado sin corroboración. Pese a la importancia central que tiene la verdad en su ética de la ficción tenía la creencia característica del intelectual de que, en su propio caso, la verdad debía ser la servidora voluntaria de su ego. Pensaba, y a veces se jactaba de ello, que mentir formaba parte de su educación como escritora. Mentía tanto conscientemente como sin pensarlo. Algunas veces sabía por cierto que estaba mintiendo, como lo pone en claro en su fascinante cuento “Hogar de soldado”, con su personaje Krebs. “No es anormal que los mejores escritores sean mentirosos”, escribió. “Gran parte de su oficio es mentir o inventar... A menudo mienten sin saberlo y luego recuerdan sus mentiras con profundo remordimiento.”³⁵ Pero la evidencia demuestra que Hemingway mentía habitualmente mucho antes de haber elaborado una apología profesional sobre ello. Mintió a los cinco años cuando pretendió haber detenido a un caballo desbocado sin ayuda alguna. Les dijo a sus padres que se había comprometido con Mae Marsh, la actriz de cine, aunque jamás la había visto, salvo en Nacimiento de una nación; repitió esta mentira sus colegas de Kansas., hasta el punto de dar el detalle de un anillo de compromiso de 150 dólares. Muchas de estas mentiras flagrantes resultaban transparentes y desconcertantes, como cuando a los dieciocho años contó a sus amigos que había estado pescando, cuando era obvio que había comprado el pescado en el mercado. Contaba una compleja historia acerca de haber sido boxeador

³⁴ Citado en Meyer, pág. 246

³⁵ Citado en Michael S. Reynolds, *Hemingway's Reading 1910-40* (Princeton, 1981), pág. 4

profesional en Chicago, donde le habían roto la nariz, pero él había seguido la pelea. Inventó que tenía sangre india y hasta afirmaba tener hijas indias. Su autobiografía, *París es una fiesta*, no es fiable en absoluto y, como las *Confessions* de Rousseau, más peligrosa cuanto más sincera parece ser. En general mentía cuando se refería a sus padres y hermanas, a veces sin razón aparente. Es así que decía que su hermana Carol había sido violada, a los doce años, por un perverso sexual (totalmente falso) y luego pretendió que se había divorciado y hasta que había muerto (estaba felizmente casada con un tal señor Gardiner, que a Hemingway no le gustaba).³⁶

Muchas de las mentiras más complicadas y reiteradas de Hemingway tienen que ver con su servicio en la Primera Guerra Mundial. Es claro que la mayoría de los soldados, hasta los valientes, mienten a cerca de sus guerras, y el grado de investigación detallada a que se ha sometido la vida de Hemingway no podía menos que descubrir algún mal tratamiento de la verdad.³⁷

De todos modos, las invenciones de Hemingway relativas a lo que ocurrió en Italia son inusualmente descaradas. En primer lugar dijo que se había presentado voluntariamente al ejército pero que le rechazaron por su mala vista. Esto no figura en los registros y es muy improbable. En realidad fue un no combatiente, y por elección propia. En muchas ocasiones, incluso en entrevistas para periódicos, dijo que había servido en el Regimiento italiano de Infantería 69 y que había peleado en tres batallas importantes. También pretendía haber pertenecido al excelente regimiento Arditi, y le dijo a “Chink” Dorman –Smith, un amigo militar británico, que había dirigido la carga de los Ardite en el Monte Grappa, y que allí le había herido gravemente. Al general Gustavo Durán, su amigo de la Guerra Civil Española, le dijo que había tenido el mando de una compañía, entonces batallón, cuando sólo tenía diecinueve años. Era verdad que había sido herido (de eso no cabía duda alguna), pero mintió repetidamente en cuanto a la ocasión y naturaleza de la lesión. Inventó la historia de que le habían herido en el escroto, no un vez, sino dos, y decía que había tendido que apoyar los testículos sobre una almohada. Dijo que había sido derribado dos veces por fuego de ametralladora y alcanzado treinta y dos veces por balas, 45. Y de paso, dijo que había recibido el bautismo católico en lo que las enfermeras creían que sería su lecho de muerte. Todas estas afirmaciones eran falsas.

La guerra sacaba a relucir al mentiroso que había en Hemingway. En España, celoso de la mayor capacidad de Mattheews como corresponsal, envió una carta a su casa con una maraña de mentiras sobre el frente de Teruel; “Mandé la primera noticia de la batalla a Nueva York diez horas antes aún que Matthews, volví, acompañé todo el ataque de la infantería, entré en la ciudad detrás de una compañía de dinamiteros y tres de infantería, registré todo, volví con la más maravillosa historia de una lucha casa por casa lista para cablegrafiar...”³⁸ También mintió acerca de haber sido el primero en entrar en París liberado en 1944. El sexo también hacía salir al mentiroso en él. Uno de sus mejores cuentos italianos, repetido a menudo, fue el de haber sido retenido prisionero por una siciliana dueña de un hotel que le había quitado la ropa para obligarle a fornicar con ella durante una semana. A Bernard Berenson (recipiente de muchas cartas mendaces) le contó que cuando terminó *Fiesta*, hizo entrar a una chicha, su mujer volvió inesperadamente y se vio obligado a hacer salir a la chica por el techo; no había nada de cierto en todo esto. Mintió sobre su famosa pelea por celos con “ese judío (Harry) Loeb” en Pamplona en 1925, al decir que Loeb tenía un arma y amenazó con matarle (el incidente fue transformado en *Fiesta*). Mintió sobre todos sus matrimonios,

³⁶ Para las mentiras de Hemingway, ver Meyers, págs. 9,15,16,27, etc. : Lynn, págs. 74, etc.

³⁷ Para este tema, ver Michael S. Reynolds, *Hemingway's First War* (Princeton, 1976)

³⁸ Carta a Hadley Hemingway, 31 de enero de 1938, citada en Lynn, pág. 447

divorcios y convenios, tanto a las mujeres implicadas como a su madre. Además, sus mentiras a su tercera mujer, Martha Gellhorn, y las que dijo sobre ella, fueron especialmente audaces. Ella, a su vez, le despidió como “el mayor mentiroso después de Munchausen”. Como ocurre con otros novelistas mentirosos, Hemingway dejaba pistas falsas: algunas de sus historias más impresionantes, en apariencia autobiográficas por la carga de evidencia interna, pueden ser pura invención.

Todo lo que puede decirse es que Hemingway sentía poco respeto por la verdad. Por lo tanto estaba preparado y listo para esa “década ruin y mentirosa”, la del treinta. Hemingway nunca tuvo un conjunto de convicciones políticas con coherencia; en realidad su ética se refería a lealtades personales. Su amigo de una época, Dos Passos, pensaba que, cuando era joven, Hemingway “tuvo una de las cabezas más perspicaces para desenmascarar pretensiones políticas que jamás haya conocido”.³⁹ Pero es difícil encontrar pruebas para sostener esta afirmación. En las elecciones de 1932 Hemingway apoyó al socialista Eugene Debs. Pero para 1935 se había convertido en un expositor siempre dispuesto de la línea del partido comunista en la mayoría de sus aspectos. En el ejemplar del 17 de septiembre de 1935 el diario del PC *New Masses* publicó un violento artículo suyo, “¿Quién mató a los veteranos?” en el que culpaba al gobierno por las muertes, en un huracán de Florida, de cuatrocientos cincuenta ex soldados empleados en diversos proyectos federales, un ejercicio típico de agitación y propaganda del PC. En esa década la opinión de Hemingway parece haber sido que el PC era el único conductor legítimo y fiable en la cruzada antifascista, y que criticarlo, o participar en actividades fuera de su control, era una traición. Decía que cualquiera que siguiera una línea anti PC era “o un tonto o un pillo”, y no permitió que su nombre figurara en el encabezamiento de la nueva revista de izquierda, *Ken*, lanzada por Esquire, cuando descubrió que no era un medio del PC.

Este enfoque gobernó su reacción a la Guerra Civil Española. A la que dio la bienvenida desde el punto de vista profesional como fuente de material: “la guerra civil es la mejor guerra para un escritor, la más completa.”⁴⁰ Pero, curiosamente, teniendo en cuenta su código ético, que se ocupaba mucho de los conflictos de lealtades, el poder de la tradición y los diferentes conceptos de la justicia, aceptó, del principio al fin, la línea del PC en la guerra con toda su crudeza. Hizo cuatro visitas al frente (primavera y otoño de 1937) pero ya antes de salir de Nueva York había decidido en qué consistía la Guerra Civil y ya estaba contratado para un film de propaganda, *España en llamas*, con Dos Passos, Lillian Hellman y Archibald MacLeish. “Mi simpatía” escribió, “está siempre con los trabajadores explotados contra los terratenientes ausentes, aunque beba con los terratenientes y tire a las palomas con ellos.” El PC era “el pueblo de este país” y la guerra era una lucha entre “el pueblo” y los “terratenientes ausentes, los moros, los italianos y los alemanes”. Dijo que el PC español le gustaba y lo respetaba, y que eran “la mejor gente” en la guerra.⁴¹

La línea de Hemingway, de acuerdo con la política del PC, fue la de restarle importancia al papel de la Unión Soviética, especialmente en cuanto a dirigir la feroz conducta del PC español en la sangrienta política interna de la España Republicana. Esto llevó a una vergonzosa ruptura en Dos Passos. El intérprete de Dos Passos era José Robles, un antiguo decano de la universidad Johns Hopkins que se había incorporado a las fuerzas republicanas al comienzo de la guerra y era amigo de Andrés Nin, jefe del anarquista POUM.

³⁹ John Dos Passos, *Best Times* (Nueva York, 1966) pág. 141

⁴⁰ *The Green Hills of Africa* (Nueva York, 1966) pág 71

⁴¹ Carta del 9 de febrero de 1937, en *Selected letters*, pág. 458; carta a Harry Silvestre, 11 de Julio de 1938, citada en Meyers, pág.303.

También había sido interprete para el general Jan Antonio Berzin, jefe de la misión militar soviética en España, y en consecuencia conocía algunos de los secretos de los tratos de Moscú con el Ministerio de Defensa en Madrid, Berzín había sido asesinado por Stalin, que luego dio orden al PC español de liquidar también al POUM. Nin fue torturado y murió, otros cientos fueron arrestados, acusados de actividades fascista, y ejecutados. Se creyó prudente acusar a Robles de espionaje, y fue muerto en secreto. Dos Passos se preocupó por su desaparición. Hemingway, que se consideraba ultrasofisticado en asuntos políticos y a Dos Passos como un novato ingenuo, se burló de su ansiedad. Hemingway se hospedaba en el Hotel Gaylord's en Madrid, favorecido entonces por los jefes comunistas, y le preguntó a su compinche, Pepe Quintanilla (que, según se supo más adelante, fue responsable de la mayor parte de las ejecuciones por el PC), que había ocurrido. Este aseguró que Robles estaba con vida y bien, detenido por cierto, pero con la seguridad de un juicio imparcial Hemingway le creyó y se lo dijo a Dos Passos. En realidad Robles ya había muerto, y cuando Hemingway lo supo, mucho más adelante (a través de un periodista que acababa de llegar de Madrid), le dijo a Dos Passos que estaba claro que había sido culpable y que sólo un idiota podía pensar lo contrario. Dos Passos, muy dolido. Se negó a aceptar que Robles fuera culpable y atacó a los comunistas públicamente. Esto provocó el reproche de Hemingway: "En España se está librando una guerra entre la gente a cuyo lado usted solía estar y los fascistas. Si con su odio por los comunistas se siente justificado al atacar, por dinero, a la gente que sigue luchando en esa guerra, creo que por lo menos debería tratar de conseguir los datos correctos." Pero Dos Passos, como resultó luego, tenía razón: Hemingway fue el ingenuo, el inocente, el engañado.⁴²

Como tal permaneció, hasta el final de la guerra, y algún tiempo después. Su trabajo por los comunistas llegó a su punto culminante el 4 de junio de 1937, cuando habló en el Segundo Congreso de Escritores que el PC reunió, a través de una organización que dio la cara, en Nueva York en el Carnegie Hall. El tema de Hemingway era que los escritores tenían que luchar contra el fascismo porque era el único régimen que no les permitía decir la verdad. Los intelectuales tenían el deber de ir a España y hacer algo allí ellos mismos: deberían dejar de debatir puntos de doctrina desde sus sillones y empezar a luchar. "Hay ahora, y la habrá por mucho tiempo, una guerra a la que cualquier escritor que quiera estudiarla puede ir."⁴³

No cabe duda de que Hemingway estaba engañado. Pero también estaba participando en una mentira a sabiendas, ya que *Por quién doblan las campanas* pone en claro que estaba enterado del lado oscuro de la causa republicana, y que probablemente había sabido parte de la verdad sobre el PC español desde entonces. Pero no publicó el libro hasta 1940, cuando ya todo había pasado. Mientras duró la Guerra Civil, Hemingway hizo lo mismo que habían hecho aquellos que intentaron suprimir el *Homenaje a Cataluña*, de George Orwell, tomar la línea de que la verdad seguía muy de lejos a la conveniencia política y militar.

Es así que su discurso en el Congreso de Escritores fue enteramente fraudulento. También fue extraño en otro sentido, ya que Hemingway no demostró ningún interés en seguir su propio consejo y "estudiar la guerra". Cuando el compromiso de Estados Unidos en la cruzada contra el nazismo comenzó en serio en 1941, no se incorporó a él. Para entonces se había comprado una casa, la Finca Vigía, en los alrededores de La Habana en Cuba, que fue su lugar de residencia principal durante la mayor parte de los años restantes. El éxito de *Por quién doblan las campanas* le significó una renta enorme

⁴² Ver Hugo Thomas, *The Spanish Civil War* (Londres, edición de 1982) pág. 706 y nota; Lynn págs. 448-49; *Selected Letters*, pág. 463; Meyers, pág. 307

⁴³ "Fascism is a Lie", *New Masses*, 22 de junio de 1937

y quiso gozarla, en particular con lo que era entonces su deporte preferido, la pesca submarina. El resultado fue otro episodio desdorado en su vida, conocido como la “Empresa de Fulleros.”⁴⁴

Hemingway tenía una gran propensión a trabar amistades en el submundo urbano, especialmente en países de habla española. Amaba a esos personajes dudosos que formaban las cuadrillas de toreros y los habitués de los cafés del puerto, alcahuetes, prostitutas, pescadores ocasionales, confidentes de la policía y otros por el estilo, que reaccionaban cálidamente ante sus ofrecimientos de bebida y propinas. En 1942, en La Habana de la guerra, estaba obsesionado por lo que consideraba el peligro inminente de una toma del poder por los fascistas. En Cuba, argüía, había 300.000 habitantes nacidos en España, de los cuales entre 15.000 y 30.000 eran “falangistas violentos”. Podían organizar una sublevación y convertir a Cuba en un puesto de avanzada a un paso de Estados Unidos. Además, decía, tenía informes fiables de que submarinos alemanes recorrían aguas cubanas, y según sus cálculos una fuerza de 1.000 submarinos podría desembarcar un ejército de 30.000 soldados en Cuba para ayudar a los insurgentes. Es difícil saber si él mismo creía estas fantasías: a lo largo de su vida Hemingway fue una mezcla de sofisticación superficial que ocultaba un abismo de credulidad en casi cualquier tema. Pudo haber sufrido la influencia de *El enigma de las arenas*, la novela de la manía del espionaje, de Erskine Childers. Lo cierto es que convenció al embajador de Estados Unidos, un camarada de bebida y deportes rico, llamado Spruille Braden, de que había que hacer algo.

Hemingway le ofreció ocuparse de reclutar y dirigir a un grupo de agentes entre sus amigos leales de los bajos fondos. Vigilaría a los sospechosos de fascismo y al mismo tiempo él usaría su crucero a motor, adecuadamente armado, para patrullar zonas que podían estar plagadas de submarinos en un intento de atraer alguno a la superficie. Braden aprobó el plan y más tarde se lo atribuyó como propio.⁴⁵ En consecuencia, Hemingway recibió 1.000 dólares mensuales para pagar seis agentes de tiempo completo y veinte agentes secretos, elegidos entre las cuadrillas de café. Más importante aún en una época de racionamiento de gasolina estricto, recibió 122 galones de gasolina al mes para su barco, que estaba armado con una ametralladora pesada y llevaba granadas de mano.

La existencia de la “Empresa de Fulleros”, como la llamaba él, aumentó el prestigio de Hemingway en los círculos de bebedores de La Habana, pero no hay ninguna prueba de que descubriera a un solo espía fascista.

Hemingway cometió el error elemental de pagar más por los informes emocionantes. El FBI, que no podía menos que desaprobador totalmente esta empresa rival, dijo en Washington que todo lo que la cuadrilla de Hemingway producía era “informes vagos y sin fundamento de carácter sensacional... Sus datos carecían casi sin excepción, de valor. “Hemingway, al tanto de la hostilidad del FBI, replicó que todos los agentes de ellos eran de origen irlandés, católicos, partidarios de Franco y “evasores del servicio militar”. Hubo algunos incidentes absurdos, demasiado improbables para cualquier historia de espías, incluso el informe de uno de los agentes de Hemingway acerca de un “paquete siniestro” en el Bar Basque, que resultó contener un ejemplar barato de la Vida de Santa Teresa de Ávila. En cuanto al patrullaje de submarinos, sólo confirmó la opinión de los críticos de Hemingway que sostenían que necesitaba la gasolina para pescar. Un testigo ocular dijo: “No hicieron ni una maldita cosa, nada. Sólo navegar y divertirse.”

⁴⁴ La mejor descripción está en Meyers, Capítulo 18, “*Our Man in Habana*”, págs. 367-88; vera también Lynn, págs. 502ss.

⁴⁵ Spruille Braden, *Diplomats and Demagogues* (Nueva York, 1971).

El episodio llevó a una de las peleas brutales de Hemingway. Entre los hombres que él más admiraba en España estaba el general Durán, que (como “Manuel”) le inspiró a su héroe Robert Jordan en *Por quién doblan las campanas*. Durán era todo lo que Hemingway ansiaba ser: el intelectual cobertizo en experto estratega. Era músico, amigo de Falla y Segovia y miembro de la elite intelectual de la España de preguerra. Pero sostenía la opinión, que Hemingway avalaba, de que la guerra moderan “exige inteligencia, es tarea de intelectuales... La guerra también es poesía, poesía trágica.”⁴⁶ Obtuvo un grado de reservista en el ejército español en 1934, le convocaron al principio de la Guerra Civil y rápidamente se convirtió en un general destacado que llegó a comandar el Cuerpo de Ejército XX. Cuando la República se derrumbó, Durán se ofreció en vano como voluntario tanto al ejército inglés como al de Estados Unidos. Cuando Hemingway concibió el plan de la Empresa de Fulleros utilizó su influencia para que Durán fuera designado agregado a la embajada de Estados Unidos, y le puso al frente de su esquema. Al mismo tiempo el general y su esposa inglesa Bonté fueron sus huéspedes en la finca. Pero Durán se dio cuenta de que todo era una farsa y que estaba perdiendo el tiempo. Solicitó otro trabajo y hubo una marga disputa personal que implicó a Bonté y a Martha, que era entonces la esposa de Hemingway, y que culminó con una explosión durante un almuerzo en la embajada. Hemingway nunca volvió a dirigirle la palabra a Durán, salvo en mayo de 1945, cuando los dos se encontraron por casualidad, y Hemingway le dijo con desprecio: “Se las arregló muy bien para no entrar en la guerra. ¿No?”

Esto fue característico del tono que solían tomar las disputas de Hemingway con ex amigos. Para ser un hombre cuyos códigos y ficción exaltaban las virtudes de la amistad, le resultaba extrañamente difícil mantenerla por largo tiempo. Como ocurre con tantos intelectuales (Rousseau e Ibsen por ejemplo) sus peleas con colegas escritores fueron inusualmente malignas.

Los celos que sentía Hemingway por el talento y triunfos de los demás eran desusados, hasta para el criterio de la vida literaria. En 1937 estaba peleado con todos los escritores que conocía. Hubo una excepción notable que le hace honor. El único escritor al que no atacó en su autobiografía fue Ezra Pound, y desde el principio hasta el fin escribió sobre él con aprobación. Desde que conoció admiró su onerosa bondad para con otros escritores. A Pound le aceptó críticas que no le habarían aceptado a nadie, incluso al agudo consejo que le dio en 1926 de escribir una novela antes de publicar otro volumen de cuentos, expresando típicamente así: “¿Qué se cree que es, un maldito Diletante?” Parece que admiró en Pound una virtud que él visiblemente no tenía, la ausencia total de celos profesionales.⁴⁷ Cuando Pound corrió el riesgo de ser ejecutado por traición en 1945, por haber hecho más de trescientas emisiones de radio a favor del Eje durante la guerra, Hemingway prácticamente le salvó la vida. Dos años antes, cuando Pound fue acusado formalmente, Hemingway había argumentado: “Es obvio que está loco. Creo que se podría probar que ya estaba loco cuando los últimos cantos... Tiene una larga historia de generosidad y ayuda desinteresadamente a otros artistas y es uno de los mayores poetas vivientes.” El caso es que Hemingway fue responsable de la exitosa defensa por demencia que sirvió para encarcelar a Pound en un hospital y le salvó de la cámara de gas.⁴⁸

Hemingway tampoco se peleó con Joyce, quizá porque le faltó la oportunidad o quizá porque siguió admirando su obra: una vez le llamó “el único escritor viviente que

⁴⁶ Meyers, pág. 370

⁴⁷ Jacqueline Tavernier-Courbin, “Ernest Hemingway and Ezra Pound”, en James Nagel (ed.) *Ernest Hemingway: The Writer in Context*, págs. 179 ss.

⁴⁸ Carta a Archibald Mac Leis, agosto de 1943, citada en Meyers, pág. 514; E. Fuller Tolley, *The Roots of Treason: Ezra Pound and the Secrets of St. Elizabeth's* (Londres, 1984)

haya respetado jamás.” Por lo que hace al resto, la historia es triste. Se peleó con Ford Madox Ford, Sinclair Lewis, Gertrude Stein, Max Eastman, Dorothy Parker, Harol Loeb, Archibald MacLish, y muchos otros. Sus disputas literarias sacaban a relucir una veta peculiar de malicia brutal y su propensión a mentir. De hecho muchas de sus peores mentiras tuvieron que ver con otros escritores. En la autobiografía hay un retrato de Wyndham Lewis monstruosamente falso (“Lewis no mostraba el mal; sólo parecía desagradable. Los ojos eran los de un violador fracasado”) al parecer en venganza por alguna crítica que Lewis había hecho de él.⁴⁹ En el mismo libro contó una sarta de mentiras sobre Scout Fitzgerald y su esposa Zelda. Zelda había pinchado el ego de Hemingway, pero Fitzgerald le había admirado y querido y no le había hecho ningún daño; es difícil entender los repetidos ataques de Hemingway contra este espíritu frágil y lastimado, salvo en términos de unos celos implacables. Según Hemingway, Fitzgerald le dijo: “Tu sabes que nunca me acosté con nadie salvo Zelda... Zelda dice que tal como estoy hecho nunca podría hacer feliz a una mujer y es eso lo que la molestó.” Entonces los dos fueron a un baño para hombres y Fitzgerald le mostró el pene; Hemingway le tranquilizó generosamente: “Estás perfectamente bien.” El episodio parece un trozo de ficción.

La pelea con Dos Passos fue la más malévola de todas., especialmente dolorosa teniendo en cuenta su larga amistad. El motivo fue claramente los celos: “Dos Passos salió en la portada de la revista Times en 1936 (Hemingway tuvo que esperar otro año)

Luego tuvo lugar el episodio de Robles en España, seguido por una disputa en Nueva York con Dos Passos y con su mujer, Katie, una amiga aún más antigua. Hemingway le dijo a Dos Passos que un atorrante que pedía dinero prestado y nunca lo devolvía, y a su esposa que era una cleptómana; y hubo una serie de burlas sobre sus antepasados portugueses y su supuesto nacimiento ilegítimo. Hemingway quiso insertar estas infamias en *Tener y no tener* (1937) pero sus editores le obligaron, por asesoramiento legal, a omitirlas. En 1947 le dijo a Faulkner que Dos Passos era “un snob terrible (porque era un bastardo)”. En venganza, Dos Passos retrató a Hemingway como el odioso George Elbert Warner en *País elegido* (1951), lo que llevó a Hemingway a informar al cuñado de Dos Passos, Hill Smith, que en Cuba, “tenía una jauría de perros y gatos feroces entrenados para atacar a los bastardos portugueses que escribían mentiras sobre sus amigos.” En París era una fiesta descargó su último cargaj de flechas contra Dos Passos: era un pez piloto malévolo que guiaba a tiburones como Gerald Murphy a su PRSA y que había logrado destruir el primer matrimonio de Hemingway.⁵⁰

La última afirmación era falsa de toda evidencia ya que Hemingway no necesitó ayuda para destruir sus matrimonios. En su ficción escribió sobre las mujeres con una comprensión notable. Compartía con Kipling el don de variar su enfoque masculino habitual con la presentación inesperada y de gran efecto del punto de vista femenino. Se ha hablado mucho acerca de una veta femenina, hasta travestida o transexual en Hemingway, debido a su aparente obsesión con el cabello, especialmente el cabello corto en las mujeres, y atribuida a que su madre se negó a vestirle con ropa de varón, y le dejó el pelo largo, hasta una edad inusual.⁵¹ De todos modos, es obvio que a Hemingway le resultaba difícil establecer algún tipo de relación civilizada con una mujer, por lo menos duradera, a menos que la basara en una total subordinación a su voluntad. La única mujer de su familia que le gustaba era su hermana menor Ursula, “mi encantadora hermana Ura”, como la llamaba, porque le adoraba y era su esclava.

⁴⁹ *A Moveable Feast* (Nueva York, 1964) págs. 208-9

⁵⁰ Meyers, págs. 205-6, Ludington Yownsed, Jon Dos Passos: *A Twentieth-Century Odyssey* (Nueva York, 1980)

⁵¹ Ver Lynn págs. 38-48

En 1950 le contó a un amigo que cuando el volvió de la guerra en 1919, Ursula, que entonces tenía diecisiete años, “siempre me esperaba dormida en la escalera del tercer piso que llevaba a mi dormitorio. Quería despertarse cuando yo entraba porque le habían dicho que era malo que un hombre bebiera solo. Bebía algo ligero conmigo hasta que me iba a dormir y entonces se quedaba a dormir conmigo para que no me sintiera solo por la noche. Siempre dormíamos con la luz encendida, salvo cuando ella la apagaba si veía que me había dormido, y se quedaba despierta para encenderla si me despertaba.”⁵²

Esto puede haber sido una invención que refleja la noción idealizada que tenía Hemingway de cómo debía comportarse una mujer con él; pero verdadera o falsa, él no habría de encontrar semejante subordinación en la vida adulta real. Da la casualidad que de sus cuatro esposas, tres fueron inusualmente serviles para las pautas americanas del siglo XX, pero eso no le bastó. Además, quería variedad, cambio y drama. Su primera mujer, Hadley Richardson, tenía ocho años más que él y era adinerada; el vivió de su dinero hasta que sus libros empezaron a venderse bien.

Era una mujer agradable, complaciente, y atractiva hasta que aumentó de peso con el embarazo del primer hijo de Hemingway, Jack (“Bumby”), y no pudo adelgazar después.⁵³ Hemingway que no tenía escrúpulos en acariciar a otras mujeres delante de ella, como, por ejemplo, la mal reputada Lady Twysden, de soltera Dorothy Smurthwite, que aparece como Brett Asheley en *Fiesta*, una coqueta de Montparnasse, y el origen de su pelea con Harold Loeb. Hadley soportó esta humillación y más adelante la aventura de Hemingway con Pauline Pfeiffer, una jovencita delgada y excitante, mucho más rica que Hadley, cuyo padre era uno de los mayores terratenientes y comerciantes en granos en Arkansas. Pauline se enamoró de Hemingway y en realidad le sedujo. Los enamorados convencieron entonces a Hadley de que le permitiera organizar un menaje á trois: “tres bandejas de desayuno”, escribió amargada desde Jena-les-Pints en 1926, tres trajes de baño colgados, tres bicicletas”. Cuando esto no lo satisfizo, le hicieron irse para hacer una separación a prueba y luego un divorcio. Ella aceptó y le escribió a Hemingway: “Te acepté en la salud y en la enfermedad (de veras). “El arreglo fue generoso de su parte, y un Hemingway encantado le escribió en términos empalagosos: “quizá lo mejor que le ocurra a Bumby habrá sido tenerte a ti por madre... cómo admiro tu modo correcto de pensar, tu cabeza, tu corazón y tus manos tan lindas, y siempre le pido a Dios que compense el gran daño que te he hecho... a ti que eres la persona más noble y encantadora que he conocido”⁵⁴

En esta carta había un pequeño elemento de sinceridad en lo que se refiere a que Hemingway realmente pensaba que Hadley se había comportado con nobleza. A partir de esta teoría comenzó, casi antes de casarse con Pauline, a construir la leyenda de la santidad de Hadley. Paulina, por su parte, tomó nota de la manera poco práctica con que Hadley encaraba el divorcio y decidió que la próxima vez Hemingway no tendrá tanta suerte. Usó su dinero para hacerse una vida más amplia y compró y embelleció una bonita casa en Key West, Florida, que inició a Hemingway en la pesca submarina que llegaría a amar. Le dio un hijo, Patrick, pero cuando en 1931 anunció que iba a tener otro hijo (Gregory), el matrimonio comenzó a declinar. Para entonces Hemingway ya había adquirido el gusto por La Habana e inició un amorío con Jane Mason, catorce años más joven que él, una rubia rojiza, esposa del jefe de Pan –American Airways en Cuba. Era delgada, bonita, gran bebedora, una deportista de primera que gozaba

⁵² Carta a Arthur Mizener, 2 de junio de 1950, en *Selected Letters*, págs. 697

⁵³ Kert, *The Hemingway Women*, pág. 170, esta obra es la principal fuente de información sobre todas las esposas y amigas de Hemingway.

⁵⁴ Citado en Lynn pág.356

quedándose con los amigos de bar de Hemingway, que conducía coches deportivos a una velocidad temeraria. En muchos sentidos era una heroína ideal para Hemingway, pero también era una depresiva que no podía manejar su vida complicada. Intentó suicidarse y logró romperse la columna, momento en el que Hemingway perdió interés.

Mientras tanta Pauline había tomado medidas desesperadas para recuperar a su marido. Su padre, le escribió a Hemingway, acababa de darle una gran suma de dinero, ¿quería una parte? “Tengo una cantidad infinita de este sucio dinero... Basta con que me lo hagas saber y no te busque otra mujer, tu amante Pauline.”

Hizo construir una piscina para el en Key West y le escribió: “Desearía que estuvieses aquí durmiendo en mi cama y utilizando mi baño y bebiendo mi whisky... Querido Papá, vuelve en cuanto puedas.” Vio a un cirujano plástico: “Me haré quitar la gran nariz, los labios imperfectos, las orejas saliente y las verrugas y lunares, todo antes de ir a Cuba.” También cambió el color oscuro de su pelo por un dorado que resultó desastroso. Pero el viaje a Cuba no dio resultado. Hemingway le puso su nombre al barco, pero no la llevó a pasear en él. En Tener y no tener había hecho una advertencia: “Cuanto mejor se trata a un hombre y cuanto más se le demuestra que le ama, más rápido se cansa de ti.” Lo dijo en serio. Además, como era un hombre que sentís su culpa pero que reaccionaba echándose a otros, ahora la tenía por responsable de haber deshecho su primer matrimonio, y en consecuencia sentía que merecía cualquier cosa que le pudiese ocurrir.

Lo que ocurrió fue Martha Gellhorn, una periodista y escritora garsinadamente intensa, educada en Bryn Mawr (como Hadley) y que, como la mayoría de las mujeres de Hemingway, pertenecía a un ambiente seguro de clase media alta del Medio Oeste. Era alta, de piernas largas espectaculares, rubia de ojos azules, casi diez años más joven que él. Hemingway la conoció en el Sloppy Bar, en Key West, en diciembre de 1936, y el año siguiente la invitó a que se uniera a él en España. Ella lo hizo, y la experiencia sirvió para abrirle los ojos, desde que la recibió con una mentira: “Sabía que vendrías, Hija, porque lo arreglé todo para que pudieras hacerlo”; esto era enteramente falso, como ella bien sabía. También insistió en cerrar la puerta de su habitación desde fuera, “para que ningún hombre pueda molestarla”⁵⁵. Descubrió que su propia habitación en el hoteles Ambos Mundos estaba en un estado asqueroso: “Ernest”, escribió más adelante, “era sumamente sucio... uno de los hombres más descuidados que he conocido en mi vida.” Hemingway había heredado de su padre una preferencia por los sándwich de cebolla, y en España le encantaba hacerlos con la fuerte variedad local, y los comía regados con tragos de whisky que llevaba en su petaca de plata, una combinación memorable. Martha tendía a ser remilgada, y es improbable que alguna vez estuviera enamorada físicamente de él. Siempre se negó a tener un hijo suyo, y más adelante adoptó uno (“No es necesario tener un hijo cuando uno puede comprarlo. Es lo que hice.”) Se casó con él en primer término porque era un escritor famoso, algo que ella misma ansiaba apasionadamente llegar a ser: esperaba que le transmitiera algo de su carisma literario. Por Pauline luchó encarnizadamente para retener a su marido y cuando sintió que estaba perdiendo recordó el fácil arreglo de Hadley e insistió en uno duro, que demoró el divorcio. Para cuando éste estuvo terminado Hemingway ya se inclinaba a culpar a Martha por la ruptura de su matrimonio; los amigos dan testimonio de furiosas discusiones en público desde muy pronto.

Martha fue de lejos la más inteligente y decidida de sus esposas, y nunca hubo la menor posibilidad de que ese matrimonio durara.

Desde el principio, se oponía terminantemente a la bebida y a la brutalidad que engendraba. Cuando, a fines de 1942, ella insistió en conducir el coche de vuelta a casa

⁵⁵ Kert. Págs. 296-97

porque él había estado bebiendo en una fiesta, y discutieron en el camino, él le dio una bofetada con el dorso de la mano. Ella aminoró la marcha de su muy apreciado Lincoln, lo enfiló directamente contra un árbol y lo dejó dentro.⁵⁶ Además estaba la suciedad: estaba fuertemente en contra de la jauría de gatos feroces que él tenía en Cuba, que olían horriblemente y tenían permitido caminar sobre la mesa del comedor. Mientras estuvo fuera en 1943 ella los hizo castrar, y a partir de entonces él mascullaba enfurecido: “Cortó a mis gatos.”⁵⁷ Ella le corregía su pronunciación del francés, cuestionaba su juicio sobre los vinos franceses, se burlaba de su Empresa de Fulleros y sugería abiertamente que debía acercarse más a la lucha en Europa. Por fin él decidió ir; con toda astucia llegó a un arreglo con Coller’s, para la que trabajaba, y entonces, para su furia, la dejó. Sin embargo, ella le siguió a Londres y le encontró, en 1944, viviendo en su acostumbrada mugre en el Dorchester, con botellas redando debajo de su cama.

A partir de entonces todo fue cuesta abajo. De vuelta en Cuba, solía despertarla cuando se iba a la cama después de haber estado bebiendo: “Me despertaba cuando trataba de dormir para molestarme, regañarme y burlarse de mí; mi crimen en realidad era el de haber estado en la guerra y él no, pero eso no era lo que decía. Se suponía que yo estaba loca, sólo quería emociones y peligro, no era responsable ante nadie era increíblemente egoísta. Esto no cesaba nunca, y créanme que era feroz y desagradable.”⁵⁸ Me amenazaba: “Voy a conseguir a alguien que quiera estar conmigo y que me deje a mí ser el escritor en la familia.”⁵⁹ Escribió un poema obsceno, “A la vagina de Martha Gellhorn”, a la que comparaba con el cuello arrugado, y que leía a cualquier mujer que se metiera en la cama con él. Se volvía, se quejaba de ella, “progresivamente más loco cada año”. Levaba “una vida de esclava con un bruto por amo”, y le abandonó. Su hijo Gregory comentó: “Simplemente torturaba a Marty, y cuando por fin hubo destruido todo su amor por él y ella le dejó, pretendía que le había abandonado.”⁶⁰ Se separaron a fines de 1944, y bajo la ley cubana, ya que ella se había dado, Hemingway se quedó con todas las propiedades que ella tenía allí. Dijo que su boda con ella fue “el mayor error de mi vida” y en una larga carta a Berenson enumeró sus vicios, la acusó de adulterio (“una coneja”), dijo que ella jamás había visto morir a un hombre y sin embargo había hecho más dinero escribiendo sobre atrocidades que ninguna mujer después de Harriet Beecher Stowwe: todo falso.

El cuarto y último matrimonio de Hemingway duró hasta su muerte principalmente porque Mary Welsh, su protagonista esta vez, estaba decidida a no soltarle pasara lo que pasare. Venía de una clase que no era la de las otras mujeres, era hija de un maderero de Minnesota. No pudo haberse hecho ilusiones sobre el hombre con quien se casaba, ya que desde el principio mismo de su relación, en el Ritz de París, en febrero de 1945, se emborrachó, encontró una fotografía de Noel Monks, su marido periodista, la tiró al lavabo, le disparó con su pistola ametralladora, destrozó todo el artefacto e inundó la habitación.⁶¹

Mary era periodista del Time, no una ambiciosa de altos vuelos como Mata, sino una gran trabajadora y perspicaz. Comprendió que Hemingway quería una esposa-sirvienta, más que una rival; abandonó el periodismo por completo para casarse con él, aunque tuvo que seguir aguantando desprecios, como “Yo no me acosté con generales para conseguir una historia para la revista Time”⁶² La llamaba “La Venus de bolsillo de

⁵⁶ Carlos Baker, *Ernest Hemingway: A Life Story* (Nueva York, 1969) pág. 380

⁵⁷ Meyer, pág. 353

⁵⁸ Kert. Págs. 391-92

⁵⁹ *Selected Letters*, pág. 576

⁶⁰ Gregory H. Hemingway, *Papa* (Boston, 1976), págs. 91-92

⁶¹ Meyer, pág. 416

⁶² Citado en Meyers, pág. 394

Papá” y se jactaba del número de veces que hacían el amor: le contó al general Charles (“Back”) Lanham que, después de un período de desatención, le fue fácil apaciguar a Mary ya que “la había irrigado cuatro veces la noche anterior” (cuando Lanham le preguntó a ella sobre esto después de la muerte de Hemingway ella suspiró: “Si por lo menos fuese cierto”)⁶³

Mary era una mujer decidida, una empresaria; en ella había algo de la condesa Tolstoi. A estas alturas, está claro, Hemingway era tan mundialmente famoso como Tolstoi, un vidente de la virilidad, un profeta del aire libre, con bebidas, fusiles, ropas de safari, equipos de campaña de todo tipo que llevaban su nombre. Dondequiera que fuese, en España, en África, sobre todo en Cuba, le seguía una corte de compinches y bebedores a costa ajena, a veces un circo viajero., en La Habana en general estático. Los cortesanos fueron a veces tan excéntricos como los de Tolstoi, más bien de un grado moral más bajo, pero igualmente dedicados a su manera. Antes de irse, Martha Gellhorn anotó lo que llamó “una dulce escena muy cómica en Cuba”, con Hemingway “leyendo el Bell en voz alta a un grupo de sus amigotes de la caza y la pesca crecidos, ricos, semianalfabetos, todos sentados en el suelo y fascinados”⁶⁴ Sin embargo, la realidad de la vida de Hemingway, gracias a sus hábitos asombrosos, fue menos decorativa, por no decir decorosa, que Yasnaya Polyana- Diroe Sjevli esposa de uno de los numerosos amigos millonarios de Hemingway, dejó una descripción de la situación en Cuba en 1947: el barco incómodo, pequeño y sórdido, la fina llena de gatos malolientes y sin agua, el propio Hemingway oliendo a alcohol y sudor, sin afeitarse, mascullando en la extraña lengua franco-inglesa que adoptó y repitiendo “mierda de mentira”. Mary tuvo mucho que manejar.

También hubo humillaciones, repetidas y a menudo deliberadas; Hemingway amaba recibir atenciones de las mujeres, en particular si eran encantadoras, famosos y halagadoras. Por ejemplo Marlene, “La Kraut” Dietrich, que le cantaba en el baño mientras se afeitaba, Lauren Bacall (“Eres aún más grande de lo que imaginaba”), Nancy “Flaca” Hayward (“Querida, eres tan delgada y hermosa”). Estaba también Virginia “Jigee” Viertel, parte del circo de Hemingway en el Ritz de París: “Hace ya una hora y media” registró Mary amargada, “que salí de la habitación de Jegee Viertes, y Ernest dijo “Voy en un minuto”. En Madrid estaban las “prostitutas de combate” de Hemingway, como él las llamaba, y en La Habana las rameras el puerto; le gustaba acariciarlas delante de Mary, como antes había acariciado a Dorothy Twysden bajo la mirada preocupada de Hadley. Cuantos más años tenía más jóvenes las prefería.

Una vez Hemingway le dijo a Malcolm Cowley, “Me he acostado con todas las mujeres con las que quise acostarme y muchas con las que no quería, y espero haberlo hecho bien con todas.”⁶⁵ Esto nunca fue cierto, y fue menos cierto después de la Segunda Guerra. En Venecia se enamoró de una mujer joven, terrible y patética, llamada Adriana Ivancich, a la que convirtió en la heroína de su desastrosa novela de posguerra, *Al otro lado del río y entre los árboles* (1950). Era una figura fría, presuntuosa e indiferente, que quería el matrimonio o nada, y tenía (como expresaba Gregory, el hijo de Hemingway) “una madre con nariz ganchuda siempre con ella”. Hemingway derrochó hospitalidad en la que debió de ser una de las parejas más horribles de la historia literaria y, como Adriana tenía ambiciones artísticas, obligó a su renuente editor a aceptar sus diseños para la cubierta no sólo de *Al otro lado del río y entre los árboles* sino también la de *El viejo y el mar* (1952), el libro que en cierta medida le devolvió su reputación y le hizo ganar el Premio Nóbel. Las dos cubiertas debieron ser rehechas.

⁶³ *Selected Letters*, pág. 572, Meyers, pág. 530

⁶⁴ Carta de Martha Gellhorn a Clara Spieghel, 17 de mayo de 1940, citada en Meyers, pág. 353

⁶⁵ Lynn págs., 517, 577; Meyers, pág. 426

Adriana se burlaba de Mary por “inculta”, juicio que repetía el propio Hemingway, que elogiaba la educación y los modales civilizados de la joven, estableciendo un contraste con Mary, a la que definía como “acompañante de tropas” y “trapeuta”.⁶⁶

En el último safari importante de Hemingway hubo muchas más humillaciones, en el invierno de 1953-54. Andaba más sucio aún de lo usual en él, su tienda de campaña era una confusión de ropa descartada y botellas de whisky vacías. Por motivos misteriosos relacionados con su ética personal, adoptó el traje de los nativos, se rapó la cabeza, tiñó algunas de sus ropas de rosa-anaranjado, como los Masai, y hasta llevaba una lanza. Peor aún, se unió a una chica local Wakamba llamada Debba, que el guarda de coto de safari, Denis Zaphina, describió como “un pedazo de basura del campamento”. Ella, sus amigas y Hemingway celebraban festejos en la tienda durante uno de los cuales el catre se desarmó. Siempre, según el diario que llevaba Mary, se oía su “conversación sonora y repetitiva que zumbaba día y noche”.⁶⁷ Luego tuvo lugar la última expedición grande a España, en 1959; el circo de Hemingway viajó con sus ochenta o noventa piezas de equipaje durante un verano de corridas de toros. Una adolescente de diecinueve años, llamada Valerie Danby-Smith, hija de un constructor de Dublín, fue a entrevistar a Hemingway para una agencia de noticias de Bélgica de la que era corresponsal. Se enamoró de ella y hasta quizá quiso casarse, pero reconoció que Mary era una esposa mejor para cuidar a un viejo, más apropiada para ser la última esposa, para “despedirle”. Pero a Valerie la empleó por 250 dólares mensuales, se incorporó al circo viajó en el asiento delantero del coche, para la mano acariciadora de Hemingway, mientras Mary se sentaba atrás. Esta la soportó reconociendo que Valerie era inofensiva, y al alegrar a Hemingway le volvía menos violento; de hecho, cuando él murió, siguió con el empleo (finalmente se casó con Gregory Hemingway). Pero por el momento contribuyó a que ese verano fuera “horrible, espantoso y desdichado”.⁶⁸

¿Mary tuvo que aguantar más que la condesa de Tolstoi? Es probable que no, en el sentido de que Hemingway, a diferencia de Tolstoi, era un pájaro casero, sin ninguna intención de internarse en el desierto. Mary aprendió español, dirigía bien la casa y tomaba parte en la mayoría de sus excursiones deportivas. En una etapa Hemingway escribió un “informe de situación” sobre ella que enumeraba sus cualidades: “una pescadora excelente, una buena tiradora al vuelo, fuerte nadadora, una cocinera verdaderamente buena, buen juez del vino, una jardinera excelente... puede manejar un barco o una casa en español.”⁶⁹ Pero no se condolió cuando, como ocurría a menudo, se lesionaba en sus expediciones al desierto. Ella registra una conversación típica después de una lesión dolorosa: “Podrías dejar de mencionarla.” “Trato de hacerlo.” “Los soldados no lo hacen.” “No soy soldado”.⁷⁰ Hubo peleas frustrantes en público, escenas de terrible violencia en privado. En una ocasión él le tiró la máquina de escribir al suelo, rompió un cenicero que ella apreciaba, le tiró vino a la cara y la llamó prostituta. Ella le replicó que, si estaba tratando de quitársela de encima, no pensaba irse: “De manera que por mucho que trates de agujionearme para que me vaya, no vas a tener éxito... Hagas lo que hagas que no sea matarme, lo que sería desagradable, me quedaré aquí y manejaré tu casa y tu finca hasta el día que llegues aquí sobrio, por la mañana y me digas sincera y directamente que quieres dejarme.”⁷¹ Fue demasiado prudente para aceptar el ofrecimiento.

⁶⁶ Gregory Hemingway, pág. 109; Meyers, págs., 447 ss.; la parte de Adriana se expone en su libro de reminiscencias, *La Torre de Bianca* (Milán 1980), que escribió antes de suicidarse.

⁶⁷ Kert, pág. 476

⁶⁸ Mary Welsh Hemingway, *How it Was* (Nueva York, 1976), pág. 602

⁶⁹ *By-Line*, pág. 473

⁷⁰ Mary Welsh Hemingway, pág. 607.

⁷¹ *Ibid.*, págs. 280-81

Los hijos de los matrimonios de Hemingway fueron testigos, en general silenciosos, a veces asustados, de su vida marital. Cuando eran niños se quedaban a menudo con niñeras y sirvientas mientras el circo de Hemingway rodaba por el mundo. Se sabe de una niñera, Ada Stern, descrita como lesbiana, Bumby, el mayor, la sobornaba con bebida robada. Patrick rezaba para que la mandaran al infierno, mientras que a Gregory, el menor, le aterraba la idea de que se fuera⁷² Con el tiempo Gregory escribió un libro revelador y bastante amargo sobre su padre. Cuando era joven tuvo un problema menor con la policía de California. Pauline, su madre, divorciada hacía largo tiempo, llamó por teléfono a Hemingway (el 30 de septiembre de 1951) para darle la noticia y buscar consuelo y guía. El le contestó que ella tenía la culpa (“Mira cómo le has educado”) y tuvieron una discusión frenética con Pauline “gritando por teléfono y sollozando sin control”. Esa noche se despertó con un terrible dolor interno y al día siguiente murió, a los cincuenta y seis años, en la mesa de operaciones, de un tumor de la glándula suprarrenal. Quizá lo agravó la tensión emocional. Hemingway le echó la culpa a la delincuencia del hijo; el hijo a la furia del padre. “No fueron mis problemas leves lo que alteraron a mi madre sino la conversación telefónica brutal ocho hora antes de morir”. Gregory anotó en su libro: “Es hermoso estar bajo la influencia de una personalidad dominante mientras está sana, pero cuando se desintegra interiormente, ¿cómo se decide uno a decirle que apesta?”⁷³

La verdad, está claro, es que Hemingway no sufría de corrupción interior. Esa un alcoholístico. Su alcoholismo fue tan importante, en realidad central, en su vida y obra, como la adicción a la droga para Coleridge.

El de Hemingway fue un caso clásico de libro de texto, de alcoholismo progresivo, provocado por una depresión, probablemente heredada, profunda y crónica, que a su vez se agravaba. Una vez le dijo a MacLeish: “Lo malo fue que durante toda mi vida cuando las cosas andaban realmente mal pude tomar una copa y enseguida mejoraban mucho.”⁷⁴ Comenzó a beber de adolescente; el herrero local, Jim Dilworth, le suministraba sidra fuerte en secreto. La madre observó ese hábito y siempre temió que se convirtiera en un alcoholístico (hay una teoría según la cual empezó a beber mucho cuando su primer disgusto grande con Grace. En Italia pasó al vino y luego bebió su primera bebida fuerte en el club de oficiales de Milán. Su herida y una aventura amorosa desdichada provocaron que bebiera en gran cantidad: en el hospital descubrieron que tenía el armario lleno de botellas de coñac vacías, una señal ominosa. Cuando estaba en París en 1920 compraba Beaune por galones en una cooperativa de vinos, y podía beber cinco o seis botellas de tinto en una comida. Le enseñó a Scout Fitzgerald a beber el vino directamente de la botella; para él era, le dijo, como “una chica que va a nadar sin traje de baño”. En Nueva York pasó “varios días” ebrio después de firmar el contrato por *Fiesta*, probablemente su primera jerga prolongada. Se suponía popularmente que él era el inventor de la frase de los años veinte “Tome un copa”, aunque algunos, como Virgil Thomson, le acusaban de ser muy mezquino en cuanto a ofrecer una, y Hemingway, a su vez, solía acusar a sus conocidos de beber a su costa, como hizo con Ken Tynan en la década de 1950.⁷⁵

A Hemingway le gustaba especialmente beber con mujeres, ya que esto parecía darle indirectamente la aprobación de su madre. Hadley bebía mucho con él, y escribió: “Todavía me halaga, sabes, recordar que me dijiste que me adorabas como bebedora.”⁷⁶

⁷² Kert, págs. 268 ss.

⁷³ Meyers, pag. 480, *Selected Letters*, pág. 367; Gregory Hemingway, pág. 100

⁷⁴ Meyers, pág. 351

⁷⁵ Kathleen Tynan, *The Life of Kenneth Tynan* (Londres, 1987), págs. 164-66

⁷⁶ Carta del 11 de noviembre de 1920, citada en Lynn, págs. 127-28

Su linda compañera en La Habana, durante la década del treinta, Jane Mason, con la que bebía ginebra seguida de champaña y enormes jarras de daiquiris helados, desempeñó el mismo papel desastroso; en realidad fue en Cuba en esta década cuando la bebida se le escapó de las manos. El camarero de un bar dijo allí que podía “beber más martines que cualquiera”. En la casa de su amigo Thorvald Sanchez tuvo una borrachera violenta, tiró su ropa por la ventana y rompió un juego de costosas copas de Baccarat; la mujer de Sánchez se asustó tanto que se puso a gritar y le rogó al mayordomo que le encerrara. Durante un safari se le vio salir de su tienda furtivamente a las 5 de la mañana para conseguir una copa. Su hermano Leicester dijo que, afines de la década de 1930, en Key West, bebía diecisiete whiskys al día, y a menudo se llevaba una botella de champaña a la cama por la noche.

En este período el hígado comenzó por primera vez a provocarle fuertes dolores. El médico le dijo que dejar el alcohol por completo, y en realidad él trató de reducir su bebida a tres whiskys antes de cenar. Pero esto no duró. Durante la Segunda Guerra Mundial la cantidad de bebida aumentó considerablemente, y a mediados de la década del cuarenta se decía que echaba ginebra en el té del desayuno.

A. E. Hotchener, que le entrevistó para *Cosmopolitan* en 1948, dijo que se despachó siete Papás dobles (la bebida de La Habana a la que le dieron su nombre, una mezcla de ron, pomelo y marrasquino), y se fue a cenar llevándose un octava vaso para el viaje. Decía que: “Una vez bebía aquí una serie de dieciséis en una noche.” Se jactó ante su editor de que después de haber comenzado una noche con ajeno, despachó una botella de vino en la cena, cambió a una sesión de vodka, y luego “lo asenté bien con whisky y soda hasta las 3 de la mañana.” Para antes de comer prefería bebidas con ron en Cuba y martinis en Europa, en proporción de quince a uno. En una ocasión, a principios de la década del cincuenta, le vi despachar seis de éstos en rápida sucesión (en su manera de beber había un fuerte elemento de jactancia pública) en la terraza delante del Dôme en Montparnasse. Su bebida para el desayuno podía ser ginebra, champaña, whisky o “*Muerte en la Corriente del Golfo*”, un gran vaso de ginebra Hollands y lima, otra de sus invenciones. Y, además de todo esto, siempre había whisky: su hijo Patrick decía que su padre consumió una cuarta de whisky al día durante sus últimos veinte años de vida.

La habilidad de Hemingway para mantener su cabeza mientras bebía era notable. Lilian Ross, que escribió su perfil para el *New Yorker* no pareció notar que estuvo ebrio buena parte el tiempo que duró la conversación. Denis Zaphiro dijo de su último safari: “Supongo que estuvo borracho todo el tiempo pero pocas veces se le notó.” También demostró una capacidad asombrosa para disminuir la cantidad de bebida y hasta eliminarla por entero durante períodos breves, y esto, sumado a su fuerte físico, le permitió sobrevivir. Pero los efectos de su alcoholismo crónico fueron de todos modos inexorables. La bebida fue también un factor en su extraordinario número de accidentes. Walter Benjamín una vez definió al intelectual (él mismo) como un hombre “con gafas sobre la nariz y otoño en su corazón”. Hemingway, es cierto, tenía el otoño en su corazón (a menudo a un pleno invierno en verdad) pero mantuvo las gafas lejos de su nariz lo más que pudo, pese a que había heredado de su madre una visión pobre en el ojo izquierdo (que también se negaba a usar gafas por vanidad.)

En consecuencia, y quizá también debido a la forma desgarbada de su cuerpo, Hemingway sufrió accidentes toda su vida. La lista es tan larga que asusta.⁷⁷ Cuando era una criatura se cayó con un palo en la boca y se arrancó las amígdalas; se enganchó un anzuelo en la espalda; se lastimó jugando al fútbol y boxeando. En 1918 fue víctima de una explosión en la guerra y se cortó en la mano al atravesar un escaparate. Dos años

⁷⁷ Incluida en Meyers, Apéndice I, págs. 573-75

después se cortó en los pies caminando sobre vidrios rotos y tuvo una hemorragia interna al caer sobre la cornamusa de un barco. Se quemó seriamente al romper un calentador (1922), se rompió un ligamento del pie (1952) y su propio ojo le lastimó la pupila de su ojo sano (1921). En la primavera de 1928 ocurrió el primero de sus accidentes importantes causados por la bebida cuando, volviendo a su casa tomó la cadena de la claraboya por la del inodoro y la pesada estructura de vidrio cayó sobre su cabeza con la consecuencia de una contusión y nueve puntos de sutura.

Se desgarró el músculo de la ingle (1929), se dañó un índice con un balón de boxeo, le hirió un caballo desbocado y se rompió el brazo en un choque de automóviles (1930); estando ebrio se lastimó la pierna de un tiro mientras trataba de arponear a un tiburón (1935); se rompió un dedo del pie al darle un puntapié a una puerta cerrada, golpeó un espejo con el pie y se hirió la pupila del ojo enfermo (1938) y tuvo otras dos contusiones en 1944 cuando metió el coche en un tanque de agua durante un apagón y al saltar de una motocicleta dentro de una zanja. En 1945 insistió en remplazar al coger para llevar a Mary al aeropuerto de Chicago, patinó y dio contra un banco de tierra; se rompió tres costillas, una rodilla y se machucó la frente (Mary salió por el parabrisas). En 1949, un león con el que estaba jugando le hirió seriamente con las garras. En 1959 se cayó en su barco, se cortó en la cabeza y en la pierna, cortándose una arteria, y sufrió su quinta contusión. En 1953 se torció el hombre al caerse del coche, y ese invierno sufrió una serie de accidentes en África: quemaduras serias cuando intentó apagar un incendio en la selva mientras estaba borracho, y dos accidentes de avión, que causaron una contusión más, fractura de cráneo, dos discos de la columna vertebral rotos, lesiones internas, el hígado, el bazo y los riñones desgarrados, quemaduras, un hombro y un brazo dislocados, y parálisis de los músculos de los esfínteres. Los accidentes, que en general ocurrieron después de beber, siguieron casi hasta su muerte: ligamentos desgarrados, un tobillo torcido al subir una cerca (1958), otro choque de automóviles (1959)

Pese a su físico, su alcoholismo también tuvo un impacto directo sobre su salud, empezando por su hígado dañado a fines de los años treinta. En 1949, mientras esquiba en Cortina d'Ampezzo, le entró tierra en el ojo, y esto, combinado con la bebida, se convirtió en un caso de eripsela muy serio, del que todavía sufría diez años después, con una cicatriz roja, lívida, que se descamaba desde el caballete de la nariz hasta la boca. En esta fecha, a raíz de su última gran jerga de bebida en España (1959), tenía problemas de riñón y de hígado y posiblemente hemocromatosis (cirrosis, piel bronceada, diabetes), edema en los tobillos, calambres, insomnio crónico, coágulos de sangre y urea alta en la sangre, a la vez que sus males de piel.⁷⁸ Estaba impotente y prematuramente envejecido. Su última y triste fotografía, caminando cerca de una casa que había comprado en Idazo hablaba por sí misma. Incluso así. Todavía estaba en pie, todavía vivo; y la idea ya se le había vuelto insoportable. Su padre se suicidó por su temor a una enfermedad mortal. Hemingway temía que sus enfermedades no fueran mortales: el 2 de julio de 1961, después de varios tratamientos infructuosos de su depresión y paranoia, se apoderó de su mejor fusil inglés de dos cañones, puso dos cargas y se voló la bóveda craneal.

¿Por qué ansiaba la muerte Heminway? No es en absoluto inusual entre los escritores. Su contemporáneo Evelyn Waugh, un escritor inglés de estatura comparable, durante este periodo, también ansió la muerte. Pero Waugh no fue un intelectual: no pensó que podía reformar las reglas de la vida él solo, sino que se sometió a la disciplina tradicional de su iglesia y murió de muerte natural cinco años más tarde. Hemingway creó su propio código, sobre la base del honor, la verdad, la lealtad.

⁷⁸ Para un análisis médico completo ver Lynn, págs. 528-31

Le falló en los tres puntos, y éste le falló a él a su vez. Más grave aún, quizá, sintió que le estaba fallando a su arte. Hemingway tuvo muchas faltas deplorables pero hubo algo que no le faltó: integridad artística. Brilla como un faro a lo largo de toda su vida. Se impuso a sí mismo la tarea de crear una nueva manera de escribir inglés, y ficción, y triunfó. Fue uno de los hechos notables en esta lengua y ahora forma parte ineludible de ella. Dedicó a esta tarea inmensos recursos de capacidad creativa, energía y paciencia. Eso ya fue difícil en sí. Pero mucho más difícil, como descubrió él, fue mantener el alto nivel creativo que se había impuesto. Esto se hizo aparente al promediar la década del treinta, y se sumó a su depresión habitual. A partir de entonces sus pocos cuentos famosos fueron aberraciones en una larga declinación. Si Hemingway hubiese sido menos artista, quizá no le hubiese importado como hombre; simplemente habría escrito y publicado novelas inferiores, como hacen muchos escritores, pero él sabía cuándo estaba escribiendo por debajo de su mejor nivel, y esto le resultaba intolerable. Buscó el apoyo del alcohol, aún en horas de trabajo. La primera vez que se le vio trabajando con una copa, de “ron St. James”, delante, fue en la década de 1920. Esta costumbre, ocasional al principio, se volvió intermitente, y luego invariable. Durante la década del cuarenta, se decía que se despertaba a las 4.30 de la mañana, “en general empieza a beber enseguida y escribe de pie, con un lápiz en una mano u una copa en la otra”.⁷⁹ El efecto sobre su obra fue, como se podía esperar, desastroso. Un editor experimentado siempre puede decir cuándo un texto ha sido creado con la ayuda del alcohol, por dotado que sea el autor. Hemingway comenzó a producir gran cantidad de material imposible de publicar, o material que el mismo sentía que no alcanzaba el nivel mínimo que se proponía. De todos modos, en parte se publicó, y se reconoció como inferior, hasta como una parodia de su obra anterior. Hubo una o dos excepciones, en particular *El viejo y el mar*, aunque también hubo un elemento de parodia en él. Pero el nivel general era bajo, y la conciencia que Hemingway tuvo de su incapacidad para recobrar su genio -por no hablar de desarrollarlo más- aceleró la espiral cíclica de depresión y bebida. Fue un hombre al que su arte mató, y su vida encierra una lección que todos los intelectuales deben aprender: el arte no basta.

⁷⁹ C.L. Sulzberger, *A Long Row of Candles* (Nueva York, 1969), pág. 612

Capítulo 7

BERLTOT BRECHT

Corazón de hielo

Quienes quieren influir sobre la mente de los hombres saben desde hace tiempo que el teatro es el medio más poderoso de que pueden valerse para intentarlo. El 7 de febrero de 1601, el día antes de que estallara la rebelión que habían organizado en Londres, el conde de Essex y sus hombres le pagaron a la compañía a la que pertenecía Shakespeare para que ofreciera una representación especial, sin cortes, de Ricardo II, considerado entonces un drama subversivo contra la monarquía. Para la Contrarreforma dirigida por los jesuitas las representaciones dramáticas estaban en el centro de la *propaganda fidei*. Los primeros intelectuales laicos también le dieron importancia al teatro. Tanto Voltaire como Rousseau escribieron para él, y Rousseau advirtió sobre la capacidad peligrosa del teatro para corromper la moral pública... Víctor Hugo lo usó para destruir a los últimos Borbones. Byron dedicó gran parte de su energía a los dramas en verso; y hasta Marx trabajó en uno. Pero fue Ibsen, como hemos visto, el que primero utilizó la escena, deliberada y sistemáticamente, y con un éxito asombroso, para efectuar una revolución en las actitudes sociales. Bertolt Brecht, un dramaturgo totalmente diferente en casi todo, fue su sucesor natural en esto. Creó el drama de propaganda moderno y sofisticado; supo explotar con brillo una de las nuevas instituciones culturales del siglo XX, el teatro en gran escala subsidiado por el estado.

Durante las dos décadas posteriores a su muerte, fue probablemente el escritor más influyente en el mudo. Sin embargo fue en vida, y sigue siéndolo en cierta medida hoy, una figura misteriosa. Esta lección fue hecha adrede por él mismo y el partido comunista, la organización a la que sirvió fielmente durante los últimos treinta años de su existencia. Por muchas razones, quiso desviar toda la atención pública de su vida a su obra. La dirigencia comunista tampoco tenía interés en que se conociera a fondo su origen y entorno ni, por cierto, su estilo de vida.¹ Por eso en su biografía hay muchas lagunas, aunque las líneas principales sean suficientemente claras. Nació el 10 de febrero de 1898 en la aburrida y respetable ciudad de Augsburgo, a cuarenta millas de Munich. Pese a la repetida afirmación comunista, no era de origen campesino. Sus antepasados por ambas familias, desde el siglo XVI, pertenecieron a la sólida clase media: terratenientes granjeros, médicos, maestros, luego jefes de estación y negociantes.² La madre era hijo de un empleado de la administración estatal. Su padre estuvo en la industria del papel como empleado principal y luego fue director de ventas en una fábrica de papel en Augsburgo. Su hermano menor, Walter, entró a la empresa y fue profesor de fabricación de papel en la Universidad Técnica de Darmstadt. Bertolt tenía una dolencia cardíaca y parecía débil; se convirtió (como muchos otros intelectuales importantes) en el hijo favorito de su madre. Ella decía que sus deseos eran simplemente tan intensos que no le podía negar nada. Sin embargo, cuando fue adulto Brecht no se interesó en absoluto por la familia. Casi nunca mencionaba al padre. No

¹ Bajo la política del glasnost de Mikhail Gorbachov comienzan a parecer más detalles sobre la vida de Brecht en publicaciones comunistas: ver Werner Mittenzwei, *The life of Bertolt Brecht* (2 vols., Berlín Oriental, 1987).

² La versión más útil de la vida de Brecht es Ronal Hayman, *Bertolt Brecht: A Biography* (Londres, 1983), que describe su ambiente, págs. 5 ss. También me fue útil la brillante obra de Martín Esslin, *Bertolt Brecht: A Choice of Evils* (Londres, 1959)

correspondió al afecto de su madre. Cuando la madre murió en 1920 insistió en invitar a un grupo de amigos ruidosos a la casa al día siguiente (“los demás no podíamos ni hablar por el dolor”, recordaba su hermano) y dejó la ciudad ostensiblemente el día antes del entierro; aunque después, en uno de sus raros momentos de remordimiento, criticó su conducta con las madres; “Deberían acabar conmigo.”³

La leyenda de Brecht relata que en la escuela no sólo repudió la religión, sino que quemó la Biblia y el Catecismo en público, y casi le expulsan por sus opiniones pacifistas. En realidad parece que escribió poemas patrióticos y que tuvo problemas no por su pacifismo, sino por copia en los exámenes. Formó parte de la cultura juvenil alemana pre 1914, que tocaba la guitarra y tenía una ideología pronaturaleza y antiurbana. La mayor parte de sus contemporáneos de clase media fueron reclutados y enviados directamente al frente, y allí murieron, o si sobrevivieron fueron nazis. Brecht no era un objetor de conciencia, pero fue eximido del servicio militar por su dolencia cardíaca, y fue auxiliar médico (ya había estudiado medicina brevemente en la universidad de Munich). Más adelante hizo una pintura horrible de la carnicería que había presenciado en los hospitales militares: “Si el doctor me ordenaba “¡Ampute una pierna Brecht!”, yo le respondía “Sí, Su Excelencia”, y cortaba la pierna. Si me decían “¡Haga una trepanación!” abría el cráneo del hombre y chapoteaba en sus sesos. Vi como los remendaban para poder mandarlos de vuelta al frente lo más pronto posible.”⁴

Pero a Brecht en realidad no le llamaron hasta octubre de 1918, cuando la lucha casi había cesado, y su trabajo tuvo que ver sobre todo con enfermedades venéreas. También mintió más tarde cuando pretendió (en su discurso al aceptar el Premio Stalin de la Paz) que en noviembre de 1918 se había unido “al instante” a la República Comunista de Baviera y había sido delegado de los soldados. Dio varias versiones de lo que hizo, que por cierto no fue, ni entonces ni en ningún otro momento, heroico.⁵

A partir de 1919 Brecht se instaló rápidamente como una personalidad literaria: primero, como crítico temido por su grosería, salvajismo y crueldad, luego en el teatro mismo, gracias a su guitarra, su arte de escribir canciones (del principio al fin su talento poético fue el más fino y puro que tuvo) y su capacidad para cantarlas con una voz aguda y curiosamente mesmérica, bastante parecida a la de Paul McCartney en la década del sesenta. El temperamento del teatro alemán en los primeros años de la década del veinte era decididamente izquierdista, y Brecht se dejó guiar por eso. Su primer éxito fue *Espartaco*, llamado luego *Tambores en la noche* (1922), que ganó el Premio Kleist APRA el mejor dramaturgo joven. Con esta obra logró la aprobación de los radicales, pero a estas alturas Brecht no era en absoluto un ideólogo, más bien era un oportunista, quiso llamar la atención y lo consiguió con un éxito asombroso. Su finalidad fue épater la bourgeoisie. Atacó al capitalismo y a todas las instituciones burguesas. Atacó al ejército. Alabó la cobardía y la practicó: Keuner, el protagonista autobiográfico de su famoso cuento, “*Medidas contra la violencia*”, es un cobarde cabal. Su amigo Walter Benjamín observó más adelante que la cobardía y la mera destrucción figuraban entre sus rasgos más destacados.⁶ Le gustaba que su obra suscitara discusiones y escándalos. Para él era ideal que provocara abucheos y silbidos en una parte del público y un aplauso agresivo en la otra. Una reseña tradicional, que partiera de un cuidadoso análisis estético, no le interesaba. En realidad despreciaba a los intelectuales tradicionales, sobre todo a los académicos o románticos.

³ Bertolt Brecht: *Gesammelte Gedichte*, pág. 76

⁴ Citado por Sergei Tretyakov en “*Bert Brecht*”, *Internacional Literature*, Moscú, 1937; cf. Su poema, “*The Legend of the Dead Soldier*”.

⁵ Esslin págs. 8-9

⁶ Walter Benjamín, *Understanding Brecht* (trad. Londres 1973)

De hecho inventó un tipo nuevo de intelectual, como hicieron Rousseau y Byron en su momento. El intelectual nuevo modelo de Brecht, del que él mismo fue el prototipo, era áspero, duro, despiadado, cínico, en parte gángster, en parte entusiasta deportista. Quería llevar al teatro el ambiente estridente, sudoroso y violento del campo de deporte. Como Byron, gozaba con la compañía de los boxeadores profesionales. Cuando le pidieron que fuera jurado en un concurso de poesía en 1926, dejó de lado las cuatrocientas presentaciones de poetas y dio el premio a una tosca contribución en verso que encontró en una revista de ciclismo.⁷ Rechazó la tradición austro alemana de música a favor de un sonido metálico y repetitivo que descubrió en un espíritu afín, el compositor judío Kurt Weill, con quien colaboró. Quería que sus decorados mostraran, por decirlo así, sus huesos, el mecanismo detrás de la ilusión: éste era su nuevo tipo de verdad. La tramoya le fascinaba, como los hombres que la armaban y la manejaban, los ingenieros. Se veía a sí mismo como un manipulador, un ingeniero mental así fue, en realidad, como está presentado el ingeniero Kaspar Proechl en *Erfolg*, la novela de Lion Feuchtwanger, de quien otro personaje dice: “Le faltan los órganos humanos más importantes: un sentido que capacite para gozar y un corazón amante.”

Muchas de las actitudes y actividades de Brecht en la década del veinte reflejan su genio para promocionarse. Compartía este don con Hemingway, su casi estricto contemporáneo (como por cierto con muchos otros intelectuales), y por ello elaboró como Hemingway, su propio estilo de vestir. El de Hemingway, sin embargo, fue por entero estadounidense y sobre todo deportivo. Es obvio que Brecht, si bien en secreto, admiraba a Hemingway y se molestaba mucho si alguien sugería que le robaba ideas a “Papá”. En los años veinte admitía abiertamente su admiración por los Estados Unidos (fue el último período en que la intelectualidad europea sintió que se podía ser pro americano), en especial por sus gángsters y héroes del deporte: escribió un poema sobre a pelea Dempsey-Tunney en 1926. De modo que algunas de sus ideas sobre la vestimenta venían de allende el Atlántico. Pero otras eran típicamente europeas. El chaquetón de cuero con cinturón y gorra había sido el preferido por los jóvenes violentos de la Checa cuando Lenin la creó, a principios de 1918. A eso Brecht le sumó su invento propio, una corbata y chaleco de cuero con mangas de tela. Le gustaba parecer estudiante y obrero a la vez y muy elegante. Su nuevo atuendo provocó varios comentarios. Sus enemigos aseguraban que debajo de la ropa de cuero proletaria usaba camisas de seda. Carl Zuckmayer lo describió como “un cruce de camionero y seminarista jesuita”.⁸ Completó su estilo personal inventando una manera especial de peinarse, llevando el cabello sobre la frente y manteniendo una barba siempre de tres días, nunca de más, ni de menos. Estos toques serían ampliamente imitados por los jóvenes intelectuales, cuarenta y hasta cincuenta años más adelante. También copiaron su costumbre de llevar gafas “austeras” con armazón de metal. En el caso de Brecht eran grises, su color favorito. Escribía en una especie de papel de seda gris, y cuando se hizo famoso comenzó a publicar “Trabajo en marcha”, llamado *Versuche* (borradores), los textos de sus dramas, en libros de bolsillo grises, deliberadamente sombríos como libros de texto, una forma de promocionarse muy efectiva que también fue muy imitada luego. Su coche, un Steyre de turismo descubierto, también era gris; lo consiguió gratis escribiendo jingles para la empresa. En resumen, Brecht tenía un talento notable para la presentación visual, campo en el que, durante los años veinte, los alemanes fueron los mejores en el mundo: casi exactamente el mismo tiempo, Hitler estaba concibiendo el brillante aparato suntuario del partido nazi y las SS, e inventado las exhibiciones nocturnas que se conocieron mas adelante como *son et lumière*.

⁷ Esslin, págs. 27-28

⁸ Citado en Esslin, pág. 22

El ascenso de Hitler fue un factor que empujó a Brecht a una postura más política. En 1926 leyó *El Capital*, o por lo menos parte, y a partir de entonces quedó ligado al partido comunista, si bien según el testimonio de Ruth Fischer, una dirigente del PC alemán y hermana de su amigo el compositor Hans Eisler, en la práctica no se incorporó hasta 1930.⁹

El año 1926 se destacó también por el comienzo de su colaboración con Weill. En 1928 produjeron *La Opera de tres centavos*, que se estrenó el 31 de agosto y de inmediato fue un éxito sensacional, primero en Alemania y luego en todo el mundo. En muchos sentidos fue un ejemplo típico del modo en que procedía Brecht. Tomó la idea fundamental de *La Opera de los mendigos* de Gay, y simplemente robó pasajes enteros de la traducción americana de François Villon hecha por K. L. Ammers (después de protestar, Ammers cobró una parte de los derechos). El éxito de la obras se debió en gran parte a la música de Weill, muy original y pegadiza. Pero de alguna forma Brecht se arregló para que se le atribuyera a él la mayor parte del duradero éxito de la obra, y cuando finalmente se peleó con Weill anunció con desprecio: “Tiraré a ese Strauss falsificado por la escalera.”¹⁰

Una razón para que se le atribuyera el éxito a Brecht fue su destreza en el manejo de las relaciones públicas y en la política de la industria del teatro. En 1930 G.W.Pabst, que tenía los derechos para la filmación de la *Opera de tres centavos*, objetó el guión de cine que había escrito Brecht, cambiando el argumento, dándole una inclinación más directamente comunista. Brecht se negó a anular los cambios y el caso llegó a los tribunales en octubre. Representó una pataletas bien orquestadas entre las cámaras y aun cuando el fallo no podía serle sino adverso (Pabst había comprado el drama original, no una nueva versión marxista) Brecht consiguió una importante compensación financiera a cambio de desistir del juicio, y pudo, además, posar como mártir que defiende su integridad artística frente al brutal sistema capitalista. Publicó su propio guión con un ensayo introductorio que señalaba la moraleja estrictamente marxista: “la justicia, la libertad y el carácter han quedado condicionados al proceso de producción”.¹¹ Conocía a fondo el truco de promover sus intereses personales mientras proclamaba su devoción por los del público.

Un segundo motivo para la celebridad de Brecht fue que ya en 1930 había sido aceptado por el PC como su estrella propia y tenía todas las ventajas de su poderoso respaldo institucional. Brecht no tuvo mayor éxito en el Moscú de Stalin, ya hasta el PC alemán, mucho más flexible en asuntos de arte, consideraba que su obra era en parte de poco peso y heterodoxa, por ejemplo, *Florecimiento y caída de la ciudad de Mahagonny* (1930), provocó peleas, luchas y manifestaciones organizadas por los nazis. Pero Brecht se mostró dispuesto a aceptar la disciplina partidaria, asistió a conferencias sobre marxismo-leninismo en el Colegio de Trabajadores de Berlín, y de hecho, como en el fondo era un hegeliano que amaba el mundo de la fantasía mental, del método dialéctico (su mente era muy alemana, como la de Marx), encontró que el sistema era intelectualmente atractivo. Su primera obra verdaderamente marxista, *Die Massnahme*, data del verano de 1930, y su adaptación de La madre de Gorka se representó en toda Alemania en salones controlados por el PC. Escribió guiones cinematográficos de propaganda activista. Desarrolló, nuevamente con Weill (que nunca fue sin embargo un marxista profundo), la nueva forma de arte político de la Schulofern (ópera escolar o drama didáctico).

⁹ Ruth Fischer, *Stalin and German Communism* (Harvard, 1948), page. 615; Esslin, Capítulo Siete, “Brecht and the Communists”, págs. 133-76

¹⁰ Citado por Daniel Johnson, “Mac the Typewriter”, Daily Telegraph 10 de febrero de 1988.

¹¹ Lotte H. Eisner, “Sur le procès de l’Opera de Quant’Sous”, Europe (Paris) enero-febrero 1957.

Su finalidad no era tanto (como pretendía) educar al público políticamente como convertirlo en un coro bien entrenado, no muy diferente de las muchedumbres de Nuremberg. Los actores eran meros instrumentos políticos, hombres-máquinas más que artistas, y los personajes de las obras no eran individuos, sino tipos que realizaban acciones altamente formalizadas. El mérito artístico que esta forma del arte podía tener estaba en el brillo de la presentación, en lo que por cierto Brecht se destacaba, pero su utilización política era obvia y siguió viviendo durante décadas, descendiendo a un nadir con los tétricos dramas operísticos presentados por Madame Mao durante la Revolución Cultural China de la década del sesenta. Brecht también inventó el uso del juicio realista en escena (de brujas, Sócrates, Galileo, el periódico prohibido de Marx, etc.) con fines de propaganda activista, y entró en el repertorio de la izquierda, reapareciendo de tiempo en tiempo como en el Tribunal para Crímenes de la Guerra de Vietnam. En verdad muchos de los inventos de Brecht para la escena -el uso del maquillaje blanco, esqueletos, ataúdes, desfiles de armas gigantescas- todavía se emplean regularmente en el teatro callejero de avanzada, procesiones y manifestaciones.

Brecht tenía otros recursos para hacer que el público tuviese presente su nombre. Se hizo fotografiar escribiendo poesía en medio de un gran número de obreros para enfatizar que los días del individualismo político romántico habían muerto y que la poesía era ahora una actividad proletaria política. Abrazó públicamente los principios de la autocrítica marxista. Llevó su ópera *Der Jasager (El hombre que dice sí)* a la Kart Marx Schule controlada por los comunistas, pidió a los estudiantes que hicieran sus comentarios y la reescribió tomándolos en cuenta (luego, una vez obtenida la publicidad, volvió calladamente al texto original).¹² Subrayó repetidamente el elemento de colaboración en su obra, pese a que si alguna fracasaba aclaraba de inmediato que su participación en ella había sido modesta.

El acceso de Hitler al poder en 1933 puso un final abrupto a su carrera de éxitos, y Brecht se fue de Alemania la mañana siguiente al incendio del Reichstag. La década del treinta fue difícil para él. No tenía ningún deseo de ser un mártir. Probó a vivir en Viena, pero no le gustó la actitud pangermana cada vez más difundida, y partió hacia Dinamarca. Se negó abiertamente a luchar en España. Fue varias veces a Moscú y en realidad fue coeditor de *Das Word* (con Feuchtwanger y Willi Bredel), publicada en Rusia, que le proporcionaba su único ingreso regular. Pero pensaba con razón que Rusia era un lugar peligroso para gente como él y nunca se quedó más de unos pocos días cada vez. Entre los años 1933-38 escribió, por encargo principalmente, sobre temas políticos. Luego, hacia fines de la década, de pronto comenzó a producir en rápida sucesión trabajos de mayor calidad: *La vida de Galileo* (1937), *el juicio de Lúculo* (1938), *La buena mujer de Setzuan* (1938-40) y *Madre Coraje* (1939). Decidió probar el mercado americano y escribió *El resistible ascenso de Arturo Ui*, con Hitler como un gángster de Chicago.

El comienzo de la guerra en 1939 le convenció de que Dinamarca era muy arriesgada; se trasladó a Suecia, luego a Finlandia y después, con visa de Estados Unidos, a través de Rusia y el Pacífico a California y Hollywood (1941).

Ya había estado en Estados Unidos antes, pero no había causado impresión salvo en círculos de izquierda. Su idealizada visión juvenil de un Estados Unidos de historieta pronto se desvaneció, y la realidad nunca llegó a gustarle, en realidad la odió. No podía trabajar según el sistema de los estudios de Hollywood y sintió celos amargos de los otros emigrados que tenían éxito allí (Meter Lorre fue una excepción).¹³ Sus obras para el cine no gustaron. Algunos de sus proyectos fracasaron por completo. En 1944-45

¹² Esslin, Págs. 42-43

¹³ Ver James K Lyon, *Bertolt Brecht in América* (Princeton, 1980), passim

W.G. Auden trabajó con él en una versión inglesa de El círculo de tiza caucasiano, y colaboraron en una adaptación de *La duquesa de Malfi*; pero esa versión se desechó en el último momento a favor del texto original, que había tenido un éxito inesperado en Londres, de modo que Brecht retiró su nombre. Una producción de Galileo, con el gran Charles Laughton como estrella, fue un fracaso total. No comprendió el mercado ni en Hollywood ni en Broadway ni se decidió a adaptarse a él. No soportaba malos maestros en el teatro, ni siquiera a sus iguales: tenía que estar a cargo él solo para ser efectivo.

Cuando comprendió que su teatro no podía tener éxito salvo en condiciones ideales que él dominara personalmente, Brecht se preparó para un trato fáustico. Lo precipitó su presentación ante la Comisión de Actividades Antiamericanas del Congreso, el 30 de octubre de 1947. La Comisión investigaba entonces la subversión comunista en Hollywood, y Brecht, junto con otros diecinueve, fue citado como “testigo hostil” potencial. Los otros habían pactado colectivamente negarse a contestar preguntas sobre su asociación con el PC, y entonces los citaron por desacato al Congreso; diez de ellos recibieron sentencias de un año de prisión.¹⁴ Pero Brecht no tenía intención de pasar un tiempo en una cárcel de Estados Unidos. Cuando le preguntaron si era miembro lo negó rotundamente: “¡No, no, no, no, nunca.” El interrogatorio tuvo momentos de farsa, porque su intérprete, David Baumgardt, de la Biblioteca del Congreso, tenía un acento aún más fuerte que el suyo, y el presidente, J. Parnell Thomas, gritó furioso: “No puedo entender al intérprete mejor que al testigo”. Sin embargo, la Comisión no se había preparado bien y Brecht, que se dio cuenta, mintió con toda facilidad y seriedad. “¿No se basan muchos de sus escritos en la filosofía de Lenin y Marx?” “No, No creo que sea correcto decir eso. Pero está claro que estudié. Tuve que estudiar, porque soy un dramaturgo que escribe obras históricas.” Cuando le preguntaron por las canciones que había escrito para el Libro de Canciones del Partido Comunista, dijo que eran malas traducciones. Planeaba, en realidad, hacer una presentación de acatamiento, afirmando: “Mis actividades...han sido siempre exclusivamente actividades literarias y de una naturaleza estrictamente independiente,” pero no se le dio ninguna oportunidad para leerla. Pero mintió con tal convencimiento, fue tan puntilloso al corregir cualquier error de hechos, pareció tan sincero y ansioso por ayudar a la Comisión en todo lo que pudiese, que se lo agradecieron públicamente como un testigo excepcionalmente cooperador.¹⁵

Los otros escritores citados quedaron tan satisfechos con la astucia con la que había engañado a la Comisión que no tomaron en cuenta hebreo de que les había traicionado cuando aceptó contestar las preguntas. De modo que siguió siendo un héroe de la izquierda. De vuelta en Europa sano y salvo, adoptó una postura desafiante ante la prensa: “Cuando me acusaron de querer robar el Empire State Buildin, me pareció que había llegado el momento de irme.”¹⁶

Tomando a Suiza como base reoperaciones, Brecht comenzó ahora un cuidadoso examen de la escena europea antes de decidir cómo planearía su carrera futura. Concibió un nuevo uniforme, “un traje de obrero” gris, bien cortado, con una gorra de paño gris. A través de sus conexiones con el PC tenía muchos contactos bien informados. Pronto descubrió un hecho de gran importancia para él. El naciente régimen soviético títere en Alemania Oriental, que luchaba por ser reconocido políticamente, y aún más por gozar de autoestima cultural, haría cualquier cosa para agradar a una figura cultural importante que ayudara a legitimarlo. Brecht tenía

¹⁴ Para la parte de Brecht en las audiencias del Congreso, vera Lyon, Págs. 326 ss

¹⁵ *Hearings Regarding the Communist Infiltration of the Motion Picture Industry* (Washington DC, 1947) da el texto de los diálogos con Brecht, págs. 491-504.

¹⁶ Citado en Esslin, pág. 71.

justamente las credenciales literarias e ideológicas necesarias para los fines de Alemania Oriental. En octubre de 1948 Brecht llevó a cabo un reconocimiento en Berlín Este, y asistió a una recepción en su honor ofrecida por el Kulturbund del PC. Brecht se sentó entre Wilhelm Pieck, que luego sería presidente de Alemania del Este, y el coronel Tupanov, comisario político del Soviet. Cuando lo pidieron que respondiera a los discursos, Brecht usó una artimaña típica, que reservaba todas sus opciones y al mismo tiempo ofrecía una nota teatral de modestia. Simplemente estrechó la mano de los dos hombres sentados al lado de él, y se sentó. A los tres meses se presentó en Berlín Este una producción cara y muy subsidiada de Madre Coraje, tuvo un éxito enorme y llegaron críticos de toda la Europa Occidental para verla.

Esto persuadió por fin a Brecht de hacer de Alemania Occidental su base teatral de operaciones. Sin embargo, su plan general era más complicado. Descubrió que Austria también buscaba legitimación de posguerra. Los austriacos habían figurado entre los más entusiasta sostenedores de Hitler y habían estado a cargo de muchos de los campos de concentración (incluso de cuatro de los seis grandes campos de la muerte). Por motivos estratégicos a los aliados les había sido conveniente tratar a Austria como un “país ocupado”, técnicamente una “víctima de la agresión nazi”, más que como enemigo, de modo que después de 1945 los austriacos figuraban como neutrales. Por lo tanto era muy conveniente tener un pasaporte austriaco. Al mismo tiempo las autoridades austriacas estaban ansiosas como las de Alemania del Este de retomar su posición anterior entre los seres civilizados acentuando su contribución cultural. También vieron a Brecht como un recluta útil. De modo que se hizo un trato. Brecht certificó que deseaba “trabajar intelectualmente en un país que ofrecía condiciones apropiadas para ello”.

Añadió: “Permítaseme enfatizar que me considero un poeta y no deseo servir a ninguna ideología política dada. Repudio la idea de repatriarme a Alemania.” Insistió en que su conexiones con Berlín Este eran superficiales: “No ocupo ningún tipo de cargo oficial ni tengo compromiso alguno en Berlín, y no percibo ningún salario... mi intención es considerar a Salzburgo como mi lugar de residencia permanente.”¹⁷ La mayoría de estas afirmaciones eran falsas, y Brecht no tenía ninguna intención de vivir en Salzburgo. Pero obtuvo su pasaporte austriaco, y esto no sólo le permitió viajar a donde quisiera, sino que le dio un grado considerable de independencia vis-à-vis del gobierno de Alemania Oriental.

Todavía había un tercer elemento en la bien concebida estrategia de Brecht. El arreglo que tenía con los alemanes del Este estipulaba que ellos le proporcionarían una compañía y un teatro propios, respaldado por recursos importantes, en compensación por su identificación artística con el régimen. Él calculó correctamente, como resultó luego, que esa inversión daría a sus obras de teatro el empujón que necesitaban para entrar en el repertorio mundial. Sus derechos serían entonces valiosos y no tenía la menor intención de permitir que los alemanes del Este se beneficiaran con ellos, ni la de someterse al control de sus editoriales. Durante la década 1922-33 se había negado siempre a tratar con las editoriales cooperativas del PC alemán, prefiriendo las fuertes firmas capitalistas que pagaban los derechos correctos. Ahora también puso sus derechos en las manos de una editorial de Alemania Occidental, Meter Suhrkamp, y obligó a los alemanes del Este a poner, aun en sus propias ediciones de sus obras, la frase “Con permiso de Suhrkamp Verlag, Frankfurt-on-Main”. Todas sus ganancias editoriales en todo el mundo, y los derechos por las producciones internacionales las recibió en el fuerte dinero de Alemania Occidental, y a su debido tiempo las transfirió a la cuenta bancaria que había abierto en Suiza.

¹⁷ Hayman, págs. 81-82

Gracias en gran medida a su duplicidad y a mentiras descaradas, para el verano de 1949 Brecht tenía exactamente lo que quería: un pasaporte austriaco, el respaldo del gobierno de Alemania del Este, un editor en Alemania Occidental y una cuenta bancaria suiza. Se instaló como “consejero artístico” de lo que en realidad era su propia compañía, el Berliner Ensemble, con su esposa Helen Weigel como directora. El señor Puntilla, la primera gran producción se estrenó el 12 de noviembre de 1949. A su debido tiempo, el Theatre am Schiffbauerdamm le fue entregado en posesión como residencia permanente de la compañía, lanzada con un cartel de Picasso. A ningún artista, desde Wagner, se le había ofrecido una organización en esta escala para la representación ideal de sus obras. Tenía sesenta actores, más diseñadores de vestuarios y decorados, y músicos, y docenas de asistentes de producción, un total de doscientos cincuenta empleados. Tenía todos los lujos imaginables con que un dramaturgo haya jamás soñado. Podía ensayar hasta cinco meses. En realidad podía, y lo hizo, cancelar la representación nocturna de una obra ya en el repertorio para seguir ensayando una nueva; simplemente se devolvía el dinero a la gente cuando llegaba. No tenía problemas en cuanto a número de actores o costo de producción.

Podía reescribir y transformar sus obras varias veces en función de lo que ocurría en los ensayos, y así lograr un grado de perfección que ningún otro dramaturgo en el mundo podía conseguir. Tenía un considerable presupuesto para viajes que le permitió llevar la *Madre Coraje* de su compañía a París en 1954, y *El círculo de tiza caucasiano* el año siguiente.

Estas visitas marcaron el verdadero comienzo de la fama e influencia internacionales de Brecht. Pero se había estado preparando para esto durante muchos años, utilizando todas sus maravillosas artes de autopromoción. Perfección su imagen proletaria tan bien como sus obras. Sus trajes de trabajador proletario fueron confeccionados con sumo cuidado. Se estimulaban las entrevistas, pero a la vez se discriminaba a los periodistas con cuidado. Se permitían las fotografías, pero sólo a condición de que Brecht pudiera seleccionar las que se publicarían. Brecht siempre había estado ansioso por dar a su trabajo una dimensión “seria”, casi sólida, y de atraer a los académicos que sagazmente veía como excelentes promotores a largo plazo de la reputación de un escritor. Por eso había comenzado su serie de “Obra en marcha”, y la retomó ahora en mayor escala. En Estados Unidos había llevado un “diario de trabajo”, no tanto un diario como un relato continuado de su obra y del funcionamiento de su mentalidad artística, decorada con lo que llamaba “documentación”, recortes de diarios y cosas así. En 1945 empezó a llamarlos, y también a otros papeles de trabajo, un “archivo”. Los hizo fotografiar todos, el equivalente entonces del microfilm, y convenció a la Biblioteca Pública de Nueva York de adquirir una serie completa. El objetivo era estimular a los estudiantes para que escribieran tesis doctorales sobre la obra de Brecht al facilitarles el trabajo. Otra serie fue a manos de Gerhard Nellhaus, un graduado de Harvard que ya estaba trabajando en su tesis, y que a su debido tiempo se convirtió en un promotor entusiasta y efectivo de la imagen de Brecht en Estados Unidos. Brecht había adquirido un evangelista académico americano en Eric Bentley, profesor en el departamento de inglés de la UCIA, que había estado trabajando sobre Stefan Georg. En 1943 Brecht le alentó para que dejara a Georg y se concentrara en él. A partir de entonces Bentley no sólo tradujo (con Maja Bentley) *El círculo de tiza caucasiano* y organizó en 1948 su estreno en Estados Unidos, sino que se convirtió en el principal promotor de Brecht allende el Atlántico. Brecht era frío con esos discípulos y les obligaba a concentrarse sin pausa en su obra. Bentley testifica: “No trató de saber mucho de mí. No me invitó a que averiguara mucho sobre él”.¹⁸ Brecht descubrió que

¹⁸ Para Nellhaus y Bentley, ver Lyon, págs. 152ss.205.

crear dificultades, hasta ser grosero con ellos, lejos de desanimar a los detectives académicos y posibles acólitos, les estimulaba las ansias de servirle. Se volvió sistemáticamente molesto y exigente, todo en nombre de la integridad artística. Rousseau había hecho exactamente el mismo descubrimiento y lo explotó, pero en el caso de Brecht la técnica fue aplicada con eficiencia y minuciosidad germánicas.

Para la década del cincuenta estos esfuerzos ya estaban rindiendo crecientes dividendos en Estados Unidos. Brecht también promovía asiduamente su reputación en Europa y animaba a otros a hacer lo mismo. En Berlín Este su gran capacidad de patronazgo teatral atrajo a un círculo de jóvenes aspirantes a directores y diseñadores. Les daba órdenes como si fuera un sargento mayor prusiano; de hecho dirigía a toda la compañía con una autoridad feroz y arbitraria... y ellos le reverenciaban debidamente. Los mismos ensayos fueron un hecho teatral; sus discípulos los grababan y los resultados eran añadidos al “archivo” a la vez que circulaban en Londres, París y otras partes. Estos jóvenes fueron uno de los medios utilizados para esparcir el evangelio brechtiano por todo el mundo del teatro.¹⁹ Pero también lo promovieron algunos intelectuales clave fuera de su círculo. En Francia el que batió el parche fue Roland Barthes en la revista *Théâtre populaire*. Como uno de los fundadores de la nueva ciencia a la moda, la semiología- el estudio de los modos de comunicación humanos- Barthes estaba en una posición ideal para situar a Brecht en un pedestal donde le admiraran los intelectuales. En Gran Bretaña tuvo un dirigente aún más influyente en la persona de Kenneth Tynan, a quien Eric Bentley había convertido a Brecht en 1950, y que a partir de 1954 fue crítico dramático del *Observer*.

Esta asidua promoción de Brecht y su obra pudo haber sido menos efectiva si no hubiese coincidido con un cambio fundamental en la financiación del teatro occidental. Durante el cuarto de siglo 1959-75, prácticamente todos los países de Europa aceptaron el principio del teatro subsidiado por el estado. Estas nuevas instituciones fueron concebidas en gran escala y dotadas de amplios medios, a veces en parte con donaciones del sector privado. A diferencia de los teatros estatales del ancien régime, cuyo arquetipo fue la Comédie Française, por su constitución las nuevas compañías quedaban fuera del control del gobierno, y en realidad se enorgullecían de su independencia. En apariencia se parecían a los teatros generosamente subsidiados de Europa Oriental, la de Brecht en especial; en verdad, solían tomar a Europa Oriental como modelo, y se especializaron en producciones costosas y meticulosamente ensayadas. Se diferenciaban, sin embargo en que presentaban no solamente los clásicos, sino obras nuevas “significativas” de un repertorio internacional. La obra de Brecht era una elección natural para esta categoría. En realidad en Londres, donde el cambio fue más revolucionario (los teatros subsidiados remplazaron muy rápido a los comerciales como proveedores de obras de “calidad”), el propio *National Theatre* designó a Kenneth Tynana como su primer gerente literario. En consecuencia, en toda Europa y luego en todo el mundo, el público vio las obras de Brecht presentadas en producciones fuertemente subsidiadas y por lo tanto en condiciones ideales, a menudo copiadas directamente de las pautas que él mismo había establecido en su propio teatro. Ni siquiera Wagner había gozado de semejante buena suerte.

De modo que el pacto fáustico de Brecht dio resultado y ya durante su vida se fue convirtiendo rápidamente en la figura más influyente en el teatro mundial. Siempre había estado listo a entregar su parte, o por lo menos lo que no pudiera retener, gracias a su astucia.

Desde muy pronto Brecht no sólo había practicado un servilismo interesado, sino que había hecho un culto de ello. Su filosofía era schweikiana. Una de las primeras

¹⁹ Esslin, Págs. 81-82

frases que se le atribuyen es: “No se debe olvidar que el arte es una estafa. La vida es una estafa.” Para sobrevivir uno también debe estafar, cautelosamente y con éxito. En su obra abundan los consejos de este tipo. En *Tambores en la noche*, Kragler, el soldado cobarde, se jacta: “Soy un puerco... y el puerco vuelve a casa (de la guerra)”. Galileo, su héroe, inclinándose ante los Médicis, dice; “¿Mi carta le parece demasiado obsequiosa?...Un hombre como yo puede lograr una posición moderadamente digna sólo arrastrándose. Y ha saben que desprecio a la gente cuyos cerebros no les pueden llenar el estómago” Brecht reiteró esta doctrina también fuera del escenario. Le dijo a su hijo Stefan, de quince años, que la pobreza debe evitarse a toda costa, porque la pobreza imposibilita la generosidad. Para sobrevivir, dijo, hay que ser egotista. El mandamiento más importante era “sé bueno contigo mismo”²⁰

Detrás de esta filosofía estaba el egoísmo diamantino que parece ser un rasgo característico de los intelectuales dirigentes. Pero Brecht persiguió sus objetivos egotistas con una crueldad sistemática y fría poco frecuente incluso para las pautas de éstos. Aceptó la triste lógica del servilismo: vale decir, se inclinó ante los fuertes, tiranizó a los débiles. Su actitud hacia las mujeres a lo largo de su vida tuvo una congruencia impresionante; hizo que todas sirvieran a sus fines. Eran gallinas en un gallinero en el que él era el gallo. Hasta inventó un estilo de vestimenta para sus mujeres que complementaba el suyo: vestidos largos, colores oscuros, una sugerencia de puritanismo.²¹ Parece que tuvo su primer éxito a los diecisiete años, cuando sedujo a una niña dos años menor que él. Cuando era joven se dedicó a las niñas de la clase trabajadora, campesinas, hijas de granjeros, peinadoras, vendedoras de tienda, más adelante fueron actrices en gran número. Ningún empresario utilizó a su elenco con menos escrúpulos, y Brecht gozaba particularmente corrompiendo a jóvenes católicas estrictamente educadas. No se comprende bien por qué las mujeres le encontraban tan atractivo. Una amiga actriz, Marianne Zoff, dijo que siempre estaba sucio: ella misma tuvo que lavarle el cuello y las orejas. Según Elsa Manchester, la mujer de Charles Laughton, sus dientes eran como pequeñas lápidas que sobresalían de una boca negra. Pero es evidente que su voz, fina, delgada, aguda, tenía atractivo para algunas; cuando cantaba, dijo Zoff, “su voz metálica y rasposa” le estremecía la columna; también le gustaban su “delgadez de araña” y “los oscuros ojos como botones”, que “podían herir”. Brecht era atento (en las primeras etapas), un gran besador de manos, persistente, sobre todo exigente; no fue sólo su madre la que encontró difícil resistirse a la absoluta intensidad de sus ruegos.

Además, Brecht, aunque desalmado, veía a las mujeres como más importantes que los hombres para él; les asignaba responsabilidades, si bien siempre serviles. Le gustaba darle a cada una un nombre especial, que sólo él utilizaba: “Bi”, “Mar”, “muco”, y así sucesivamente. No le importaban los celos, ni que escupieran y arañaran, ni las peleas; en una palabra, le gustaban.

Su propósito, como en el caso de Shelley, era tener pequeñas colectividades sexuales, con él como amo. Donde Shelley fracasó él generalmente tuvo éxito. Siempre tenía a las mujeres en tándem, las mantenía de dos en dos y tres en tres. En julio de 1919 tuvo un hijo de una joven llamada Pula Bnholzer (“Bi”, a la que había hecho vagas promesas de matrimonio. En febrero de 1921 vivió con Zoff (“Mae”), que también se quedó embarazada. Ella quiso conservar la criatura pero él se negó: “Una criatura destruiría mi paz mental.” Las dos mujeres se enteraron de sus respectivas existencias y buscaron a Brecht hasta que le encontraron en un café de Munich. Le obligaron a sentarse entre las dos para que eligiera: ¿cuál? El contestó: “Las dos.” Luego le propuso

²⁰ Hayman, Págs. 337-40

²¹ Hayman, pág. 225

a Bi que él se casaría con Mar, y así la criatura sería legítima, luego se divorciaría y se casaría con ella y entonces su hijo también sería legítimo. Mar le espetó un sermón y se fue del café asqueada. A Bi, más tímida, le hubiese gustado hacer lo mismo. En cambio simplemente se fue. Brecht la siguió, la metió en un tren, le propuso casamiento y ella aceptó. Unas semanas después se casó, en efecto, pero no con Bi, sino con Mar. Ella perdió a su primer hijo, pero luego tuvo una hija, Hamne, en marzo de 1923. A los pocos meses Brecht tuvo un amorío con otra actriz, Helene Weigel. Se mudó al piso de ella en septiembre de 1924, y su hijo, Stefan, nació dos meses después. Gradualmente adquirió otros miembros para la colectividad sexual, entre ellas su fiel secretaria Elizabeth Hauptmann, y una actriz más, Carola Neher, que interpretaba a Polly en la *Opera de tres centavos*. Brecht y Mar se divorciaron en 1927, dejándole así disponible para un nuevo matrimonio. ¿A quién elegiría esta vez? Vaciló durante dos años y por fin eligió a Weigel como la más útil para todo. Le regaló a Neher un ramo de flores en compensación diciéndole: “No se puede hacer nada, pero no tiene importancia.” Ella le tiró el ramo a la cabeza. Hauptmann intentó suicidarse. Estos arreglos descuidados, y para las mujeres desgarradores, no le hacían mella a Brecht. En ningún momento se mostró perturbado por los sufrimientos que infligía a las mujeres. Estaban para ser utilizadas y desechadas, según cuándo hubiesen satisfecho su objetivo.

Hubo un caso trágico, el de Margarete Steffin (“Muck”), una actriz aficionada a la que él había dado un papel, y luego la sedujo durante los ensayos. Le siguió al exilio y fue su secretaria sin sueldo. Dominaba varios idiomas y se ocupó de toda su correspondencia extranjera (A Brecht le resultaba difícil entender un idioma que no fuera el propio). Padecía tuberculosis y su estado empeoró gradualmente durante los años de exilio en la década del treinta. Cuando su médico y amigo, el doctor Robert Lund, la instó a internarse en el hospital, Brecht se opuso: “Eso no sirve de nada, no puede ir al hospital ahora, porque la necesito.” De modo que no siguió el tratamiento y continuó trabajando para él; cuando él se fue a California ella quedó abandonada en Moscú en 1941; murió repentinamente allí unas semanas después, con un telegrama de Brecht en la mano. Tenía treinta y tres años.

Otro caso fue el de Ruth Berlau, con quien inició una aventura en 1933, una danesa inteligente de veintisiete años, que le robó a su marido, un médico distinguido.

Como ocurrió con otras amantes, le dio mucho trabajo literario y de secretaría para hacer. En verdad prestó mucha atención a lo que ella decía de sus obras. Esto fastidiaba a Weigel, que odió a Berlau más que a cualquier otra de las jovencitas de Brecht. Berlau estuvo con él en Estados Unidos, donde se quejaba amargamente: “Soy la mujer a escondidas de Brecht” y “Soy la prostituta de un escritor clásico.” Enloqueció y debió ser atendida en el Hospital Bellevue de Nueva York. El comentario de Brecht fue: “Nadie es tan loco como un comunista loco.” Cuando le dieron de alta en el hospital, comenzó a beber en exceso. Le siguió a Berlín Este, a veces dócil, a veces haciendo escenas, hasta que por fin él la mandó de vuelta a Dinamarca, donde se entregó al alcoholismo. Berlau era cálida y dotada, y sus sufrimientos a lo largo de los años fueron espantosos.

Weigel fue la más fuerte de las mujeres de Brecht, pero también la más servil. De hecho reemplazó a la madre. Brecht, como Marx, sintió siempre la necesidad de explotar a la gente, y con Weigel logró su obra maestra de explotación, la Jenny y la Lenchen de Marx en una sola persona. En muchos sentidos Weigel fue una mujer resulta, con dotes de dirigente y una inmensa capacidad organizativa. En un nivel superficial parecían iguales: él la llamaba “Weigel”, ella le llamaba “Brecht”. Pero le faltaba confianza en sí misma como mujer, en particular en cuanto a su atractivo sexual, y él se dio cuenta de esta debilidad y la utilizó. Ella le servía igualmente en la casa y en el teatro. En casa

lavaba y frotaba con energía apasionada, buscaba objetos finos en negocios de antigüedades, cocinaba furiosamente, a veces brillantemente, y ofrecía un sinfín de fiestas para colegas, amigos y jovencitas. Promovía los intereses profesionales de Brecht con todas las fibras de su ser. Cuando adquirió su teatro propio en 1949 ella se lo administró: taquilla, cuentas, constructores, limpieza, personal, provisiones, todo el aspecto administrativo. Pero él ponía en claro insistente ya hasta cruelmente que ella estaba a cargo del edificio solamente y no tenía nada que ver con las actividades creativas, de las que estaba decididamente excluida. A menudo tenía que escribirle para pedir una cita por asuntos del teatro.

De hecho en la casa tenían apartamentos separados con sus timbres propios. Esto fue para evitar que ella conociera la amplitud de los amoríos de Brecht, que continuaron implacablemente, casi de manera impersonal, durante sus años en Berlín, cuando su poder y su posición le dieron acceso físico a un gran número de actrices jóvenes. De cuando en cuando, incapaz de aguantar tanto, se iba de la casa. Pero en general demostraba una tolerancia sombría y resignada. A veces le daba buenos consejos a las jóvenes amantes: Brecht era un hombre muy celoso; promiscuo él mismo, esperaba de sus mujeres que fueran fieles o por lo menos que permanecieran firmes bajo su dirección. Exigía control, y esto significaba buena información. Era muy capaz de hacer varias llamadas telefónicas para controlar las actividades de una amante que no estaba pasando la noche con él. Hacia el final a veces parecía un viejo ansioso de mantener juntas a sus ciervas.

Los intensos amoríos de Brecht, que duraron toda su vida, no le dejaron tiempos para sus hijos. Tuvo por lo menos dos ilegítimos. Ruth Berlau le dio uno, nacido en 1944, que murió joven. Su hijo anterior, de Paula, Frank Abanholzer, llegó a la madurez y murió en el frente ruso en 1943. Brecht no se negó exactamente a reconocerle, como hizo Marx con su Freddy. Pero tampoco se interesó por él, apenas le vio, y nunca le menciona en sus diarios. Pero por otra parte sus hijos legítimos tampoco figuran mucho en su vida. Le fastidiaba dedicarles tiempo, ya fuera para ocuparse de ellos o para estar con ellos. Era el mismo cuento de siempre del idealismo intelectual. Las ideas están antes que las personas, la Humanidad con “H” mayúscula antes que los hombres y las mujeres, los hijos o las hijas. Florence, la esposa de Oscar Homolka, que conoció bien a Brecht en Estados Unidos, lo resumió con tacto: “en sus relaciones humanas fue un defensor de los derechos de la gente sin importarle demasiado la felicidad de las personas que estaban cerca de él”.²² El propio Brecht argumentaba, citando a Lenin, que había que ser cruel con los individuos para servir a la colectividad.

Aplicaba el mismo principio al trabajo. Brecht tenía un estilo sumamente original y creativo para presentar las cosas, pero el contenido más de una vez lo tomaba de otros autores. Tenía talento para adaptar, parodiar, renovar y actualizar los argumentos e ideas de otros hombres. En realidad es probablemente cierto que ningún otro escritor ha logrado jamás tanta eminencia contribuyendo con tan poco que fuera propio. ¿Y por qué no?, solía preguntar con cinismo. ¿Qué importaba mientras sirviera al proletariado? Cuando se descubrió que había robado el Villon de Ammers, admitió lo que él llamaba su “negligencia básica en cuestiones de propiedad literaria”, admisión extraña viniendo de un hombre que luego defendería la propia con tanta tenacidad. Su *Santa Juana de los Corrales* (1932) es una especie de parodia de *La joven de Orleáns* de Schiller y de *Santa Juana* de Shaw. *Los rifles de la señora Carrar* se apoya en *Jinetes al mar* de J. M. Synge. Su *Her Puntla und sein Knecht Matti* entrañó robar la obra de la folklorista *Hella Wuolajoki*, que había recibido a Brecht en su casa en Finlandia, un ejemplo típico de ingratitud. Su *Freiheti und Demokratie* (1947) debe mucho a *La máscara de la*

²² Citado en Lyon, pág. 2096.

anarquía de Shelley. Robó a Kipling. Robó a Hemingway. Cuando Ernest Bornemann le llamó la atención a Brecht sobre el curioso parecido entre una de sus obras y un cuento de Hemingway -poniendo así el dedo en la llaga- provocó una explosión. Brecht gritó: “¡Fuera...fuera...fuera!” Helene Weigel, que estaba cocinando y no había oído el comienzo de la discusión, y no tenía idea de qué se trataba, se puso a su lado lealmente y corrió a la habitación gritando: “¡Si, váyase, váyase, váyase!” blandiendo su sartén como una espada.²³

La “negligencia básica” de Brecht fue una de las razones por las que, aparte de sus satélites y de aquellos atados a él por lazos del partido, en general no era popular entre los otros escritores. Los escritores académicos de la Escuela de Frankfurt (Marcuse, Horkheimer, etc.) le despreciaban mucho como un “marxista vulgar”. Adorno dijo que Brecht dedicaba horas enteras cada día a ensuciar sus uñas con tierra para parecer un obrero.

En Estados Unidos tuvo como enemigos a Christopher Isherwood y a W.H. Auden. Isherwood tomó a mal los esfuerzos tanto de Brecht como de Weigel para destruir su fe budista recientemente adoptada. Encontraba que Brecht era “cruel” un bravucón, y que la pareja parecía pertenecer al Ejército de Salvación.²⁴ Auden, ex colaborador de Brecht, elogiaba su poesía, pero le descartaba como personaje político serio (“No podía pensar”) y encontraba deplorable su carácter moral: “un hombre excesivamente desagradable”, “una persona odiosa”, uno de los pocos que realmente merecen una sentencia de muerte: “De hecho puedo imaginarme ejecutándole yo mismo.”²⁵ A Thomas Mann tampoco le gustaba Brecht: era un “partidario de la línea del partido comunista”, “muy dotado...por desgracia”, “un monstruo”. Brecht retrucó: Mann era “ese escritor de cuentos”, “un fascista-clerical”, “un imbécil”, “un reptil”²⁶

Una de las razones por las que a Adorno a sus amigos Brecht les disgustaba tanto era que les molestaba su identificación con “los trabajadores”, que veía correctamente como una hipocresía. Está claro que la pretensión de ellos de saber qué querían realmente “los trabajadores”, que pensaban y creían, tampoco tenía fundamento; ellos también llevaban vidas enteramente de clase media y, como el propio Marx, nunca se encontraban con los hijos del trabajo. Pero por lo menos no se disfrazaban de proletarios, con ropas cuidadosamente diseñadas por sastres caros. En Brecht había tal grado de mentira, de engaño sistemático, que les causaba asco hasta a ellos. Por ejemplo, él mismo difundió una historia que le había ocurrido al llegar a la entrada de un hotel de lujo para una cita (el Savoy de Londres, el Ritz de París, el Plaza de Nueva York... la ubicación cambiaba) naturalmente, “vestido de trabajador”, y el portero uniformado no le habría dejado entrar. Como Brecht era autocrático por naturaleza y muy capaz de comportarse como un junker enfurecido si alguien intentaba impedir que consiguiera lo que quería, es muy improbable que esto ocurriera alguna vez. Pero Brecht lo utilizaba como emblema de sus relaciones con el sistema capitalista. En una de sus versiones, la historia cuenta que le detuvieron a la entrada de una suntuosa recepción occidental a la que había sido invitado, y le pidieron que llenara un formulario. Cuando lo hubo hecho, el portero le preguntó: “¿Bertolt Brecht? ¿Es pariente de Bertolt Brecht?” Brecht contestó: “Si, soy su propio hijo”, y se fue murmurando: “En cualquier agujero todavía uno encuentra a un káiser Wilhelm II”²⁷

²³ Hayman, págs. 140-41

²⁴ Lyon, págs. 238-9.

²⁵ New York Times, 2 de noviembre de 1958; Lyon, pág. 300; Humphrey Carpenter, W.H.Auden (Londres, 1981), Pág. 412.

²⁶ Lyon, pág 209.

²⁷ Esslin, Pág. 79.

Algunos trucos publicitarios Brecht se los copió a Charlie Chaplin, a quien admiraba y una vez calificó como el mejor director incluso que él mismo. Por ejemplo, cuando llegaba en su coche a una fiesta oficial y el portero le abría la puerta, Brecht salía adrede por la otra, y el portero quedaba como un tonto provocando la risa de la gente que miraba... el coche por otra parte, seguía siendo el viejo Steyre; Brecht había rehusado ruidosamente el privilegio de una limusina oficial de Alemania del Este. Pero tener y mantener el Steyre (incluyendo combustible, repuestos, reparaciones, Etc.) era en la práctica un privilegio equivalente, ya que era imposible que alguien no conectado con el régimen tuviera un coche particular, y el Steyre tenía además la ventaja para Brecht de servirle como símbolo personal de publicidad.

También había algo intrínsecamente engañoso en la manera en que Brecht vivía. Además de su hermoso piso que miraba al cementerio donde estaba enterrado su amado Hegel (el piso de Weigel estaba abajo), Brecht compró una soberbia propiedad de campo en Buckow, sobre el lago Scharmützel. El gobierno se la había confiscado a un “capitalista” y Brecht la utilizaba para residir en verano bajo los viejos árboles. De hecho, se trataba de dos casas, una más pequeña que la otra, y Brecht hizo saber que él vivía en la llamada “casita del jardinero”. En su piso de la ciudad tenía, para exhibir ante los funcionarios del régimen que le visitaban, retratos de Marx y de Engels; pero estaban dispuestos de una manera algo “satírica” que supuestamente la mirada oficial no podía detectar, para provocar una risita en sus amigos.

El afán de Brecht por conservar su imagen y presentar por lo menos una apariencia de independencia surgía del hecho indudable de que había hecho un pacto fáustico. Pero en realidad no había nada nuevo en su identificación de intereses profesionales con la permanencia y difusión del poder comunista. Estuvo presente, implícito y a veces explícito, en su vida a partir de 1930. Brecht fue estalinista y durante toda la década del treinta, a veces un fanático. Sydney Hook, el filósofo estadounidense, relata una conversación frígida que tuvo lugar en 1935, cuando Brecht le visitó en su apartamento de la calle Barrow en Maniata. Las grandes purgas acababan de comenzar y Hook, tocando el tema de Zinoviev y Kamenev, le preguntó a Brecht cómo podía trabajar con los comunistas americanos que estaban pregonando su culpa. Brecht contestó que los comunistas americanos no servían para nada (tampoco los alemanes) y que el único cuerpo que importaba era el Partido Soviético. Hook señaló que todos formaban parte del mismo movimiento, responsables de la detención y prisión de ex camaradas inocentes. Brecht: “En cuanto a ellos, cuanto más inocentes son, más merecen que los fusilen.” Hook: “¿Qué está diciendo?” Brecht: “¿Por qué?” “¿Por qué?” Repitió la pregunta, pero Brecht no le contestó. Hook se levantó, fue a la habitación de al lado y trajo el sombrero y el sobretodo de Brecht. “Cuando volví seguía sentado en su silla, con una copa en la mano. Cuando me vio con su sombrero y su sobretodo, pareció sorprenderse. Dejó la copa, se puso de pie y con una sonrisa pálida tomó su sombrero y su sobretodo y se fue”.²⁸ Cuando Hook publicó este relato por primera vez, Eric Bentley lo refutó. Pero según Hook, cuando le contó el incidente a Bentley en el Congreso por la Libertad Cultural de Berlín en 1960, éste le dijo: “Típico de Brecht”, en misteriosa evocación de la primera reacción de Byron a la historia de Shelley y su hija ilegítima con Claire Clairmont. Además, la confirmación llegó a través del profesor Henry Pacter de la Universidad de la Ciudad, que manifestó que Brecht había hecho “afirmaciones similares en mi presencia” añadiendo la justificación aún más contundente que Brecht había presentado entonces: “Dentro de cincuenta años los

²⁸ Sydney Hook, *Out of Step: An Unquiet Life in the Twentieth Century* (Nueva York, 1987), págs. 492-93.

comunistas habrán olvidado a Stalin, pero que estar seguro de que todavía leerán a Brecht. De modo que no puedo separarme del partido.”²⁹

Lo cierto es que Brecht nunca protestó contra las purgas, aun cuando abatieron a sus propios amigos. Cuando su ex amante, Carola Neher, fue detenida en Moscú, comentó: “Si ha sido condenada, debían tener pruebas suficientes contra ella”; lo más que llegó a decir fue que, en este caso, “uno no tiene la sensación de que una libra de crimen haya recibido una libra de castigo.”³⁰ Carola desapareció... casi seguramente asesinada por Stalin. Cuando otro amigo, Tretiakov, fue fusilado por Stalin, Brecht escribió un poema elegíaco; pero no lo publicó sino muchos años después. En su momento el comentario público fue: “Los juicios han probado con toda claridad la existencia de conspiraciones activas contra el régimen... La peor gente, en el país y en el extranjero, todos los parásitos, criminales de profesión y delatores estaban en ellas. Toda esta gentuza tenía los mismos objetivos que (los conspiradores). Estoy convencido de que ésta es la verdad.”³¹

En realidad en ese momento Brecht siempre, y a veces públicamente, apoyó las políticas de Stalin, incluso las artísticas. En 1938-39, por ejemplo, apoyó el ataque contra el “formalismo”, es decir, en realidad, contra cualquier tipo de experiencia o innovación. “La muy saludable campaña contra el formalismo”, escribió, “ha contribuido al desarrollo productivo de formas artísticas, al demostrar que el contenido social es una condición absolutamente decisiva para ese desarrollo. Cualquier innovación formal que no sirva a su contenido social y no derive su justificación de él será enteramente frívola.”³² Cuando finalmente Stalin murió, el comentario de Brecht fue: “Los oprimidos de los cinco continentes... habrán sentido que se les detenía el corazón cuando se han enterado de que Stalin ha muerto. En él se corporificaban todas sus esperanzas.”³³ Quedó encantado en 1955, cuando le correspondió el Premio Stalin de la Paz, La mayor parte de los 160.000 rublos fue directamente a su cuenta en Suiza. Pero fue a Moscú a recibirlo y le pidió a Boris Pasternak, al parecer ignorando su posición vulnerable, que tradujera su discurso de aceptación. Pasternak lo hizo con gusto, pero más adelante (al premio le habían cambiado ya el nombre) no respondió cuando Brecht le pidió que tradujera un grupo de poemas en elogio a Lenin. Brecht quedó consternado ante la difusión del discurso que Khrushchev pronunció en sesión secreta sobre los crímenes de Stalin, y se opuso firmemente a su publicación. A uno de sus discípulos le explicó sus motivos: “tengo un caballo. Es manco, flaco y bizco. Alguien llega y dice: pero este caballo es bizco, es manco y, fíjese, es flaco. Tiene razón pero ¿a mí qué me importe? No tengo otro caballo. No hay otro. Creo que lo mejor es pensar lo menos posible en sus defectos.”³⁴

No pensar fue una política que Brecht había adoptado él mismo a la fuerza, ya que desde 1949 había sido en efecto un funcionario teatral de régimen ultrastalinista de Alemania del Este. Comenzó como pensaba continuar, escribiendo un poema, “A mis compatriotas”, para señalar la “elección” de Wilhelm Pieck como Presidente de la nueva República Democrática Alemana, el 2 de noviembre de 1949.

Lo incluyó en una carta que envió a Pieck expresándole su satisfacción por el hecho. Habida cuenta de todo, Brecht fue el más firmemente leal de todos los escritores de que se había adueñado el partido comunista, si excluimos a los que estaban a sueldo. Prestó su nombre a toda política internacional que el régimen tuviera en marcha.

²⁹ Ver el *New Leader*, 30 de diciembre de 1968, 28 de abril de 1969.

³⁰ Hayman, Pág. 209.

³¹ *Brecht: Schriften zur Politik und Gesellschaft*, págs. 111 ss.

³² Brecht: *Versuche*, XII 147

³³ Citado en Esslin, pág. 162

³⁴ Citado por Daniel Johnson, *Daily Telegraph*, 10 de febrero de 1988.

Protestó fuertemente ante los intelectuales de Alemania Occidental por aceptar el rearme de la República Federal mientras permanecían en silencio cuando se trataba de la República Democrática Alemana. Tenía la costumbre de acusar a los demás de sus propios pecados: un tema reiterado en estos años fue la perversidad de los intelectuales de Occidente que “sirven” al capitalismo a cambio de dinero y privilegios. Cuando murió estaba trabajando en una obra que trataba este tema. Proporcionó cantidades de material anti-Adenauer, incluyendo una cantata absurda, *Hermburger Bericht*, con canciones tales como

Adenauer, Adenauer, muéstranos tu mano
Por treinta piezas de plata vendes nuestro país, etc.

Con esto ganó el Premio Nacional de Literatura (Primera Clase) de la República Democrática Alemana. Siempre estaba dispuesto a que le mostraran a los dignatarios visitantes, y pronunciaba para ellos un discurso establecido en el que denunciaba el rearmamento de Alemania Occidental. Firmaba telegramas de protesta. Escribió marchas y otros poemas para el régimen.

Hubo disputas ocasionales, en general por cuestiones de dinero, como por ejemplo con la compañía de cine estatal de Alemania del este acerca de *Madre Coraje*. El régimen en primer momento rechazó a Kriegsfibel por “pacifista”, pero cedió cuando él amenazó llevar la cuestión ante el Consejo Mundial de la Paz controlado por los comunistas. Pero en general el que cedía era Brecht. A su obra *El juicio de Lúculo*, de 1939, escrito originalmente para la radio como una diatriba antibélica, le puso música Paul Dessau y se planeó estrenarla el 17 de marzo de 1951 en la Opera Estatal de Berlín Este. Los avances publicitarios alarmaron al régimen. Decidieron que también eran pacifistas, y si bien era demasiado tarde para impedir el estreno, redujeron el número de funciones a tres y entregaron todas las entradas a obreros del partido. Pero algunas se vendieron en el mercado negro a berlineses del Oeste, que fueron y aplaudieron entusiasmados. Las otras dos funciones fueron canceladas. Una semana después el diario oficial del partido, *Neues Deutschland*, publicó un ataque bajo el título: “*El Juicio de Lúculo: Fracaso de un Experimento en la Opera Estatal Alemana*”. El fuego se concentró sobre la música de Dessau, descrito como discípulo de Stravinsky “un fanático destructor de la tradición musical europea”, pero el texto también fue criticado por “no corresponder a la realidad”.

Brecht, lo mismo que Dessau, fue convocado a una reunión del partido que duró ocho horas. Al final Brecht habló decididamente: “¿En qué parte del mundo se puede encontrar un gobierno que demuestre tanto interés por los artistas y preste tanta atención a lo que dicen?”, e hizo los cambios que el partido le pidió, cambiando el título a *La condena de Lúculo*, mientras Dessau reescribió la música. Pero la nueva producción. El 17 de octubre, tampoco satisfizo. Era, dijo *Neues Deutschland*, “un marcado adelante”, pero todavía le faltaba atractivo popular y estaba “peligrosamente cerca del simbolismo”. Así condenada, desapareció de la escena de Alemania del Este, aunque Brecht consiguió que se presentara en el Oeste.³⁵

El verdadero test le llegó al pacto fáustico de Brecht en junio de 1953, cuando los obreros de Alemania del Este organizaron una revuelta que se sofocó con tanques soviéticos. Brecht permaneció leal, pero a un precio; en realidad utilizó esta tragedia astutamente para fortalecer su propia posición y mejorar los términos del trato que había hecho. Cuando Stalin murió, en marzo de 1953, Brecht estaba siendo cada vez más presionado por las autoridades de Alemania del Este para que se adecuara a la política

³⁵ *Neues Deutschland*, 22 de marzo, 19 de octubre 1951; Esslin, págs. 154 ss

artística del Soviet, que entonces promovía los métodos de Stanislavsky, que Brecht odiaba. *Neues Deutschland*, que reflejaba las opiniones de la Comisión Estatal de Bellas Artes, en la que Brecht tenía enemigos, y que manejaba una campaña contra su Ensemble, previno que la compañía de Brecht estaba “en indudable oposición a todo lo que el nombre de Stanislavsky significaba”. Además, en esa época el Ensemble todavía compartía un teatro, y la Comisión bloqueaba los intentos de Brecht por apropiarse del *Theater am Schiffbauerdamm*. El propósito de Brecht era destruir a la Comisión y apoderarse del teatro.

La revuelta parece que le llegó como una verdadera sorpresa, con lo que se demuestra que estaba enteramente fuera de contacto con la vida de la gente común. Tenía dinero extranjero en cantidad y viajaba constantemente al exterior donde él y su mujer hacían la mayor parte de sus compras; en la propia Alemania del Este tenía acceso a tiendas especiales abiertas sólo a funcionarios principales del partido y otras elites privilegiadas. Pero las masas a las que en gran parte les faltaba comida estaban enteramente a merced de los cambios arbitrarios en la política estatal de racionamiento, y casi 60.000 se habían refugiado en Berlín Oeste solamente. En abril subieron los precios inesperadamente y les retiraron las tarjetas de racionamiento a varias categorías de personas: los trabajadores independientes, y los propietarios de casas, por ejemplo (Brecht, que pertenecía a ambas, fue exceptuado por su posición privilegiada y su ciudadanía austriaca). El 11 de junio esta política se revirtió bruscamente cuando se devolvieron las tarjetas de racionamiento, y la política de precios y salarios se alteró decididamente en contra de los obreros. El 12 de junio los obreros de la construcción, al descubrir que los sueldos habían sido disminuidos a la mitad, exigieron una reunión masiva. Las protestas comenzaron en serio el 15 de junio y continuaron con furia creciente hasta que llegaron los tanques soviéticos.

Aunque sorprendido por la revuelta, Brecht, que estaba en su casa de campo, supo sacar ventaja de ella rápidamente. Comprendió que en esta circunstancia su apoyo sería importante para el régimen. El 15 de junio le escribió al jefe del partido, Otto Grotewohl, insistiendo en que decidiera y publicitara la instalación del Ensemble en el teatro. El trato era que él por su parte apoyaría la línea del partido, fuera la que fuera. Hubo alguna dificultad para decidir la línea hasta que dos días después, un berlinés del oeste llamado Willi Gottling, que había tomado un atajo por el sector oriental para cobrar su dinero de desempleo, fue detenido, juzgado en secreto, condenado por ser un “agitador occidental”, y ejecutado. “Agitación fascista”, fue entonces la explicación de las revueltas, y en consecuencia la línea del partido, que Brecht adoptó enseguida. Al terminar ese mismo día ya había dictado cartas para los dirigentes del partido, Ulbricht y Grotewohl, y al asesor político soviético, Bladimir Seminonov, que era en efecto el gobernador general ruso. El 21 de junio *Neues Deutschland* anunció: “Bertolt Brecht, laureado con el Premio Nacional, ha enviado al Secretario General del Comité Central del Partido Unidad Socialista, Walter Ulbricht, una carta en la que declara: “Siento la necesidad de expresar a Usted en este momento mi adhesión al Partido Unidad Socialista, Suyo, Bertolt Brecht. “Brecht afirmó luego que en realidad su carta contenía bastantes críticas al gobierno y que la oración citada estaba precedida por otras dos:³⁶ “La historia respetará la impaciencia revolucionaria del Partido Unidad Socialista de Alemania. La gran discusión con las masas sobre el ritmo de la construcción socialista provocará que los logros socialistas sean examinados y asegurados.” Gody Suter, un corresponsal suizo, escribió: “Es la única vez que le vi sin recursos, casi achicado: cuando sacó ansioso el raído original de aquella carta de su bolsillo. Era obvio que la había mostrado a mucha gente.” Sin embargo Brecht no hizo ningún esfuerzo para

³⁶ *Tagesanzeiger* (Zurich), 1º de setiembre de 1953

publicar el texto completo de su carta, ni entonces ni más adelante; y había tenido la copia, no el original. Si la hubiese publicado, quizá el régimen habría producido ese original. Brecht era muy capaz de mandar una carta para quejarse en privado de haber enviado una muy distinta. Aun si su versión fuera la verdadera, sus quejas sobre el comportamiento de Ulbricht no tienen mucho asidero. Los jefes de la República Democrática Alemana tenían cosas más importantes que hacer que pensar en las sutilezas del apoyo de Brecht... como escapar con vida, por ejemplo. De todos modos, ¿acaso Brecht no había sido comprado y pagado ya? ¿Por qué habían de vacilar si querían abreviar su notita de agradecimiento?

Dos días después de *Neues Deutschland* publicó una larga carta de Brecht en la que ponía su posición brutalmente en claro. Se refería por cierto a “la insatisfacción de un considerable sector de obreros alemanes ante una serie de medidas económicas que habían fracasado”. Pero continuaba: “Elementos fascistas organizados trataron de explotar esta insatisfacción para sus propios fines malignos. Durante varias horas Berlín estuvo al borde de una Tercera Guerra Mundial. Fue sólo gracias a la intervención rápida y correcta de las tropas soviéticas como este intento se frustró.

Fue obvio que la intervención de las tropas soviéticas no estuvo dirigida de ninguna manera contra las demostraciones de los trabajadores. Fue perfectamente evidente que estaba dirigida exclusivamente contra el intento de iniciar un nuevo holocausto.”³⁷

En una carta a su editor en Alemania Occidental reiteró esta versión: “una chusma fascista y en busca de guerra”, compuesta por “toda clase de jóvenes desclasados” había invadido Berlín Este, y sólo el ejército soviético había podido evitar la guerra mundial. Esa era la línea del partido a la perfección. Pero nunca se probó la existencia de “agitadores fascistas”. Ni tampoco Brecht creía en ellos. Su diario privado muestra que conocía la verdad. Pero está claro que no fue publicado sino mucho después de su muerte.³⁸ Además, para Brecht la verdad -que el trabajador alemán común rechazaba el régimen- era odiosa. Como la mayor parte de los miembros de la clase gobernante, no se trataba con trabajadores, salvo como sirvientes o en ocasiones como artesanos que hacían reparaciones en su casa. Brecht relató una conversación con un fontanero que estaba haciendo un trabajo en su casa de campo. El fontanero se quejó de que un aprendiz que había echado porque robaba se había incorporado ahora a la Policía del Pueblo, que estaba llena de ex nazis. El fontanero quería elecciones libres. Brecht contestó: “En ese caso los nazis serán elegidos.” Esa no era en absoluto la lógica del argumento del fontanero, pero demuestra la actitud mental de Brecht. No confiaba en los alemanes y prefería el régimen colonial soviético a la democracia.³⁹

Brecht obtuvo su *quid pro quo* por apoyar al régimen, aunque Ulbricht se tomó casi un año para cumplir. En su lucha por destruir a la Comisión de Bellas Artes, Brecht descubrió que necesitaba la ayuda de Wolfgang Harich, el joven y brillante profesor de filosofía marxista en la universidad de Humboldt, que le proporcionó argumentos doctrinarios, expresado en la jerga adecuada, que el mismo no tenía. A principios de 1954 la Comisión quedó finalmente disuelta, remplazada por un nuevo Ministerio de Cultura, a cargo de Johannes Berger, compinche de Brecht. El pago final del trato se hizo en marzo, y le dieron a Brecht la posesión formal del teatro que codiciaba. Celebró su victoria pellizcando a la bella esposa de Harich, Isot Kilian, a quien convirtió en su amante principal, *protem*, y la promovió de actriz secundaria a asistente en su nuevo

³⁷ *Neues Deutschland*, 23 de junio de 1953

³⁸ Ver su *Arbeitsjournal*, 20 de agosto de 1953

³⁹ Para un tratamiento excelente del levantamiento, ver Hayman, Capítulo 33, “*Whitewashing*” Págs. 365-78

cuartel general al frustrado Harich le dio un consejo cínico: “Ahora divórciate. Dentro de dos años te podrás volver a casar con ella”... para entonces, quedaba sugerido, él habría terminado con ella.

Da la casualidad que para ese entonces, él mismo estaba prácticamente acabado. Se puso enfermo hacia fines de 1954. Pasó algún tiempo antes de que le diagnosticaran una dolencia cardíaca, extraño, considerando su historial clínico. No confió en la medicina comunista, sino que fue a una clínica en Berlín Oeste. Hizo algunos arreglos para ir a otra clínica en Munich en 1956, pero nunca llegó allí: una trombosis coronaria masiva se lo llevó el 14 de agosto. Le había hecho una última mala jugada a la sufriente Weigel.

Concibió un testamento por el que dejaba algunos de sus derechos a autor a cuatro mujeres: su antigua secretaria-amante Elizabeth Hauptmann, que recibió *La ópera de tres centavos*, la más valiosa de todas, la pobre Ruth Berlau, Isot Kilian y Käte Rulicke, a quien había seducido a fines de 1954 engañándola con Kilian. Pero Kilian, a quien Brecht encargó hacer certificar el testamento correctamente, no tuvo paciencia para esperar en el estudio del abogado mientras se certificaba. De modo que resultó ser nulo. Weigel, como la única esposa legal, recibió todo, y asignó su parte a las otras mujeres según le dio la gana. Pero otros deseos de Brecht fueron cumplidos. Expresó el deseo de ser enterrado en un ataúd de acero gris, para no dejar entrar a los gusanos, y de que le atravesaran el corazón con un estilete en cuanto muriera. Esto se hizo y se publicó: la noticia fue la primera indicación para muchos de que tuviera un corazón.

En este relato he intentado encontrar algo que decir a favor de Brecht. Pero salvando el hecho de que siempre trabajó mucho y que durante y después de la guerra envió encomiendas de comida a Europa (aunque esto pudo ser obra de Weigel) no hay nada que decir a su favor. Es el único intelectual entre los que ha estudiado que parece no tener ni un solo rasgo que le redima.

Como la mayoría de los intelectuales, prefirió las ideas a la gente. En sus relaciones con los demás no hubo ninguna calidez. No tuvo amigos en el sentido usual de la palabra. Gozaba trabajando con la gente siempre que él estuviera al mando. Pero, como observó Bentley, trabajar con él era estar en una serie de comités o reuniones de comisiones. Según Bentley, a él no le interesaba la gente como individuos. Probablemente éste sea el motivo por el que no pudo crear personajes, sino solamente tipos. Los utilizaba como agentes de sus propósitos. Esto se aplicaba igualmente a sus mujeres, a las que veía no tanto como individuos, sino como compañera de cama, secretarias, cocineras. Pero finalmente ¿Cuáles eran sus propósitos? No queda en absoluto en claro si Brecht tenía creencias reales y firmes. Su traductor francés, Pierre Abraham, dijo que poco antes de morir Brecht le había dicho que tenía la intención de volver a publicar sus obras didácticas con un prefacio nuevo, explicando que no eran para ser tomadas en serio, sino como “ejercicios preliminares para esos atletas del espíritu que deben ser todos los buenos dialécticos.”⁴⁰ Pero en su momento estas obras fueron presentadas en serio, y si eran meros “ejercicios”, ¿qué obra de Brecht no lo fue? En el invierno de 1922-23, Arnolt Bronnen sostuvo una conversación con Brecht sobre las necesidades del pueblo. Bronnen ejerció una influencia importante sobre Brecht. Había “endurecido” o “izquierdizado” su nombre cambiándolo de Arnold a Arnolt, y Brecht lo copió. No sólo omitió sus otros dos nombres, Eugen y Friedrich, como “demasiado realistas”, también endureció Bertold en Bertolt. Pero cuando en esta ocasión Bronnen insistió en la necesidad de cambiar al mundo para que nadie tuviera hambre, Brecht se enojó. Según Bronnen, dijo: “¿Qué le importa si la gente se muere de

⁴⁰ Europe, enero-febrero 1957

hambre? ¡Hay que adelantar, hacerse un nombre, conseguir un teatro representar las propias obras!”.

Bronnen añadió: “No le interesaba ninguna otra cosa.”⁴¹ A Brecht le encantaba ser ambivalente, ambiguo, misterioso. Velaba su mente astutamente, así como vestía su cuerpo con ropa de obrero. Pero puede ser que en esta ocasión, por única vez, dijera lo que realmente pensaba.

⁴¹ Citado en Esslin, pág. 136

CAPÍTULO 8

BERTRAND RUSSELL

¡Al diablo con la lógica!

Ningún intelectual en la historia del mundo aconsejó a la humanidad durante un período tan largo como Bertrand Russell, tercer conde de Russell (1872-1970). Nació el año en que el general Ulises S. Grant fue reelegido presidente de Estados Unidos, y murió la víspera del Watergate. Tenía unos meses menos que Marcel Proust y Stephen Crane y unas semanas más que Calvin Coolidge y Max Beerbohm; sin embargo vivió tanto que llegó a saludar a los estudiantes rebeldes de 1968 y a gozar con las obras de Stoddard y Pinter. Siempre derramó una corriente ininterrumpida de consejos, exhortaciones, información y prevenciones sobre una sorprendente diversidad de temas. Una bibliografía (casi sin duda incompleta) enumera sesenta y ocho libros. El primero, *La democracia social alemana*, se publicó en 1896, cuando a la reina Victoria todavía le quedaban cinco años de vida; el póstumo *Ensayos de análisis* (1973) se conoció al año que renunció Nixon, entre tanto publicó libros sobre geometría, filosofía, matemáticas, justicia, reconstrucción social, ideas políticas, misticismo, lógica, bolchevismo, China, la mente, la industria. El *Abecé de los átomos* (éste en 1923, treinta y seis años más tarde, publicó un libro sobre la guerra nuclear), la ciencia, la relatividad, educación, escepticismo, matrimonio, la felicidad, la moral, ociosidad, religión, cuestiones internacionales, historia, el poder, la verdad, el Conocimiento, autoridad, ciudadanía, ética, biografía, ateísmo, sabiduría, el futuro, el desarme, paz, crímenes de guerra y otros temas.¹

A esto se debe sumar una enorme producción de artículos en periódicos y revistas que abarcan todo tema imaginable, sin excluir El uso del lápiz labial, Modales de los turistas, Eligiendo cigarrillos y Maltrato de las esposas.

¿Por qué se sentía Russell capacitado para ofrecer tanto consejo, y por qué le escuchaba la gente? La respuesta a la primera pregunta no salta a primera vista. Es probable que el motivo más importante que le llevó a escribir tanto fuera que escribir le resultaba muy fácil y en su caso además le pagaban muy bien. Su amigo Meles Malleon escribió sobre él en la década del veinte: “Bertie salía a caminar solo todas las mañanas y componía y planeaba su trabajo del día. Volvía entonces y escribía durante el resto de la mañana llana y fácilmente y sin hacer una sola corrección.”² Los ingresos debidos a esta agradable actividad quedaban registrados en una pequeña libreta en la que anoto el pago que había recibido por todo lo escrito o transmitido por radio a lo largo de su vida. La llevaba en un bolsillo interior y en sus raros momentos de ocio o desaliento, la sacaba para leerla, “una ocupación muy gratificante”, según él.³

Por cierto, Russell no fue un hombre que tuviese gran experiencia de la vida que lleva la mayoría de la gente, o que se interesara mucho por los sentimientos y las opiniones de la multitud. Fue un huérfano cuyos padres murieron antes de que él hubiese cumplido cuatro años, y pasó su infancia en la casa de su abuelo, el primer conde Russell, que, como Lord John Russell, piloteó el proyecto de la Gran Reforma de 1832 a través de la vieja Cámara de los Comunes no reformada aún. Los antecedentes de Russell le situaban dentro de la aristocracia Whig que, si bien, se aislaba

¹ Para bibliografía ver Barry Feinberg y Ronald Kasrils, *Bertrand Russell's América: His Transatlantic Travel and Writing*, vol. I, 1896-1945 (Londres 1973)

² Citado en Rupert Crawshay-Williams, *Russell Remembered* (Oxford, 1970) pág. 151

³ Crawshay-Williams, pág. 122

herméticamente de todo contrato con el populacho y hasta la clase media, tenía un apego incomprensible por las ideas radicales. El viejo conde, como ex primer ministro, gozaba de una residencia libre de alquiler, Pembroke Lodge, en Richmond Park, que la reina Victoria le había concedido, y Russell se crió allí. Siempre di por sentado que su acento inimitable, de gran claridad y antiquísimo, le venía directamente del abuelo, aunque a menudo se clasificaba erróneamente como “Blomsbury”. Sin embargo, la persona que más influyó en su infancia fue su abuela, una dama de principios firmes, fuertemente religiosa, de opiniones marcadamente puritanas. Los padres de Russell habían sido ateos y ultraradicales, y habían dejado instrucciones para que Bertrand fuera educado bajo la égida de John Stuart Mill. Su abuela rechazó esto de plano y retuvo a Russell en casa, en un ambiente de Biblias y Libros Azules, y fue educado por una serie de gobernantas y tutores (uno de los cuales in embargo resultó ser ateo). Nada de esto tuvo mayor importancia, ya que de todos modos Russell hubiese seguido su camino a pesar de todo. A los quince años ya escribía en su diario en el alfabeto griego para ocultar sus pensamientos de ojos curiosos: “He llegado a...estudiar los fundamentos mismos de la religión en la que fui educado.”⁴ se convirtió en ateo entonces y siguió siéndolo durante el resto de sus días.

La noción de que la mayoría de las personas reconocen y necesitan a algún tipo de ser supremo nunca tuvo el menor atractivo para él. Creía que las respuestas a todos los enigmas del universo sólo las podría encontrar la mente humana.

Ningún hombre tuvo jamás más confianza en el poder de la mente, aunque tendía a verla casi como una fuerza abstracta, incorpórea. Su amor por el intelecto abstracto y su recelo de los movimientos del cuerpo, derivado muy probablemente de las enseñanzas puritanas de su abuela, fueron los que hicieron de él un matemático. La ciencia de los números -nada más alejado de la gente- fue la primera y la gran pasión de su vida. Con la ayuda de un ejército de tutores consiguió una beca para el Trinity College, de la universidad de Cambridge, y en 1893 figuró séptimo con Distinción en el examen final de matemáticas. Obtuvo luego una beca para graduados en Trinity y, a su debido tiempo, estuvo listo el borrador del gran trabajo que escribió con Alfred North Whitehead, *Principia Matemática*, que completó el último día del viejo siglo. Escribió: “Las matemáticas me gustan porque no son humanas.” En su ensayo, “*El estudio de las matemáticas*”, se regocijaba: “Las matemáticas poseen no sólo la verdad, sino una belleza suprema, una belleza fría y austera, como la de una escultura, que no atrae a ninguna parte de nuestra naturaleza más débil, sublimemente pura y susceptible de una perfección tal como sólo el gran arte puede mostrar.”⁵

Russell nunca creyó que el populacho pudiera penetrar las fronteras del conocimiento ni que se lo debía animar a intentarlo. Desarrolló su trabajo profesional en matemáticas de una manera altamente técnica, sin hacer la menor concesión al no especialista. La especulación filosófica, argumentaba, requiere de un lenguaje especial, y luchó no sólo por mantener sino por fortalecer este código hierático. Fue un sumo sacerdote del intelecto que prohibía a los extraños penetrar sus secretos. Disentía fuertemente con aquellos de sus colegas filosóficos, como G.E.More, que quería debatir los problemas en un lenguaje corriente, de buen sentido, e insistía: “el sentido común de forma a la metafísica de los salvajes.” Sin embargo, mientras los sumos sacerdotes del intelecto sostenían el deber, según él, de reservar los misterios eleusinos para su casta, tenían igualmente el deber, sobre la base de su caudal de conocimientos, de

⁴ Una fotografía de esta página del diario está reproducida en Ronald W. Clark, *Bertrand Russell and his World* (Londres 1981), pág.13

⁵ Si bien el borrador de *The Principles of Mathematics* se completó el 31 de diciembre de 1899, la obra en su totalidad no se publicó hasta 1930; el primer volumen de *Principia Mathematica* apareció en 1910, los volúmenes dos y tres en 1912 y 1913

obsequiar al populacho con algunos frutos digeribles de su sabiduría. De esa manera establecía una división entre la filosofía profesional y la ética popular, y practicaba ambas. Entre 1895 y 1917, de nuevo entre 1919-21 y en 1944-49, fue miembro de la facultad del Trinity college, y también pasó varios años dando conferencias y enseñando en universidades americanas. Pero una parte aún mayor de su vida la pasó diciéndole al público qué debía pensar y hacer, y este evangelismo intelectual dominó por completo la segunda mitad de su larga vida. Como el doctor Albert Einstein en las décadas del veinte y del treinta, Russell fue para un gran número de personas en todo el mundo la quintaesencia, el arquetipo del filósofo abstracto, la corporización de la cabeza hablante. ¡Qué era la filosofía? Bien: era la clase de cosas que decía Bertrand Russell.

Russell era un expositor dotado. Una de las primeras obras suyas había explicado la obra de Leibniz, a quien siempre reverenció.⁶ Su brillante visión panorámica *Historia de la filosofía occidental* (1946) es lo más competente en su especie que se haya escrito jamás, y fue merecidamente un éxito en todo el mundo. Sus colegas académicos criticaron su obra, fingieron lamentar que la hubiera escrito, y sin duda envidiaron su difusión. Para Ludwig Wittgenstein su libro *La conquista de la felicidad* (1930) era “totalmente insoportable”⁷ Cuando se publicó su última obra filosófica importante, *Conocimiento humano*, en 1949), los críticos académicos se negaron a tomarla en serio. Uno de ellos la llamó “la charla de un mago”⁸ Pero al público le gusta que un filósofo salga al mundo. Además, se tenía la sensación de que Russell, con razón o sin ella, tenía el coraje de sus convicciones y estaba dispuesto a sufrir por ellas. Tal como Einstein fue al exilio para escapar a la tiranía nazi, Russell estuvo repetidas veces en desacuerdo con diversas autoridades, y soportó el castigo con hombría.

Fue así como en 1916 escribió un panfleto anónimo para la Asociación contra el Reclutamiento, en protesta porque un objetor de conciencia había ido a la cárcel a pesar de la “cláusula de conciencia” en la ley de reclutamiento. Los distribuidores fueron arrestados, sentenciados y condenados. Russell escribió una carta a *The Times* en la que decía que él era el autor. Fue juzgado en la Mansión House, ante el Lord Mayor de Londres, condenado, y obligado a pagar una multa de 100 libras. Se negó a pagar, y le embargaron y vendieron los muebles que tenía en Trinity College. El Consejo de Trinity, el cuerpo de gobernante de elite de miembros mayores, le retiró su posición de miembro del College. Tomaron el asunto muy en serio y la mayor parte de ellos pareció actuar después de pensarlo mucho y según principios firmes.⁹ Pero al público le pareció un castigo doble por la misma ofensa.

El 11 de febrero de 1918 Russell fue juzgado y condenado por segunda vez. “El ofrecimiento de paz alemán”, en el que afirmaba: “La guarnición americana, que para ese momento estará ocupado Inglaterra y Francia, resulten o no eficientes contra los alemanes, es indudable que serán capaces de intimidar a los huelguistas, ocupación a la que el ejército de Estados Unidos está acostumbrado en su país.” Por esta declaración, temeraria, falsa y en realidad absurda, fue acusado, bajo la Ley de Defensa del Reino, por “haber hecho ciertas afirmaciones en una publicación impresa, que pueden perjudicar las relaciones de Su Majestad con Estados Unidos de América”, y luego condenado en Bow Street a seis meses.¹⁰ Cuando salió en libertad el Ministerio de Relaciones Exteriores se negó (por un tiempo por lo menos) a darle un pasaporte, y el

⁶ *The Philosophy of Leibniz* (Londres 1900)

⁷ Anthony Quinton, “Bertrand Russell”, *Dictionary of National Biography*, 1961-70 (Oxford 1981) pág. 905

⁸ Norman Malcolm, *Philosophical Review*, enero de 1950

⁹ Ver G.H. Ardí, *Bertrand Russell and Trinity* (Cambridge, 1979)

¹⁰ Para los detalles ver Hardy

subsecretario permanente, Sir Arthur Nicolson, anotó en el registro que era “uno de los maniáticos más dañinos del país”¹¹

Russell volvió a tener problemas con la ley en 1939-40, cuando le designaron para una cátedra en la Universidad de la Ciudad de Nueva York. En esa fecha ya era bien conocido por sus opiniones irreligiosas y supuestamente inmorales.

Además de los innumerables artículos anticristianos, perfeccionó un recital de salón, “El credo del ateo”, que declamaba en los tonos nasales de un clérigo salmodiando: “No creemos en Dios. Pero creemos en la supremacía de la hu-ma-ni-dad. No creemos en la vida después de la muerte. Pero creemos en la inmortalidad – a través de las buenas-obras.”¹² Le encantaba recitarlo para los hijos de sus amigos progresistas. Cuando se anunció su nombramiento en Nueva York, el clero local, anglicano y católico, protestó a grandes voces. Como la universidad era una institución municipal, los ciudadanos podían litigar contra sus nombramientos, y convencieron a una dama de que lo hiciera. Pleiteó contra la Ciudad de Nueva York, que para entonces estaba ansiosa de perder el pleito como ella de ganarlo. Su abogado calificó a las obras de Russell como “lascivas, libidinosas, lujuriosas, venéreas, erotomaníacas, afrodisíacas y carentes de fibra moral.” El juez, un americano-irlandés, se sumó a la vituperación y dictaminó que Russell no era apto para el cargo por ser “un ateo extranjero y exponente de la teoría del amor libre”. El alcalde, Fiorello La Guardia, se negó a apelar contra el veredicto, y el jefe del Registro del Distrito de Nueva York dijo públicamente que a Russell habría que “rociarlo con alquitrán y emplumarle y luego echarle del país.”¹³

El último roce de Russell con las autoridades tuvo lugar en 1961, cuando a los ochenta y ocho años hizo enérgicos esfuerzos para conseguir que le arrestaran por actos de desobediencia civil en protesta contra las armas nucleares. El 18 de febrero participó en una “sentada” ilegal en Londres frente al Ministerio de Defensa, y permaneció sentado en el pavimento durante varias horas. Pero no ocurrió nada y tuvo que volver a su casa. El 6 de agosto, sin embargo, le citaron para asistir a Bow Street; el 12 de septiembre por incitar al público a violar la ley, y a su debido tiempo fue declarado culpable y sentenciado a un mes de cárcel, conmutado por una semana (que pasó en el hospital de la prisión.) cuando se anunció la sentencia un hombre gritó: “¡Qué vergüenza! ¡Un anciano de ochenta y ocho años!”, pero el magistrado estipendiario dijo simplemente, “Es bastante mayor como para saber lo que debe hacer.”¹⁴

Si algunos de estos episodios realmente motivó la aceptación de las opiniones de Russell por parte de las masas, resulta dudoso. Pero dan testimonio de su sinceridad y de su deseo de sacar a la filosofía de su torre de marfil y llevarla al mercado. La gente le consideraba, con vaguedad y por cierto erróneamente, como un Sócrates moderno bebiendo su veneno o Diógenes saliendo del barril a la lluvia. Desde el principio de la noción de Russell llevando la filosofía al mundo es muy engañosa; más bien trató, sin éxito, de meter el mundo en su filosofía y se dio cuenta de que no cabía. El caso de Einstein fue muy diferente, porque era un físico que se ocupaba del comportamiento del universo tal como es, y estaba decidido a aplicar a su descripción de este comportamiento las pautas más meticulosas de la prueba empírica... Al corregir la física de Newton, cambió por completo nuestro modo de ver el universo, y su obra tiene innumerables y continuadas aplicaciones; en realidad su contribución a la teoría atómica fue el primer gran hito en el camino a la energía nuclear producida por el hombre.

¹¹ Feiberg y Kasrils, págs. 60-61

¹² Crawshay-Williams. Pág. 143

¹³ John Dewey y Orase M. Kallen (eds), *The Bertrand Russell Case* (Nueva York, 1941)

¹⁴ Bertrand Russell, *The Autobiography of Bertrand Russell* (3 vols. Londres 1969) vol. III págs. 117-18

En comparación, nadie fue más indiferente a la realidad física que Russell. No podía hacer funcionar el aparato mecánico más sencillo ni realizar cualquiera de las tareas de rutina que el hombre más simple hace sin pensar. Le encantaba el té pero no lo sabía hacer. Cuando Peter, su tercera esposa, tuvo que salir y escribió en la pizarra de la cocina: “Destapa el (calentador). Pon la tetera sobre la plancha. Espera que hierva. Echa el agua en la tetera, “fue totalmente incapaz de hacerlo.”¹⁵ En su vejez empezó a quedarse sordo y le pusieron un audífono; pero nunca pudo hacerlo funcionar sin ayuda. El mundo humano, lo mismo que el físico, le desconcertaba continuamente. Escribió que la llegada de la Primera Guerra Mundial le obligó a “revisar mis opiniones sobre la naturaleza humana... Hasta entonces había supuesto que era muy común que los padres amaran a sus hijos, pero la guerra me convenció de que eso es una excepción muy rara. Había supuesto que a la mayoría de las personas el dinero les gustaba más que ninguna otra cosa, pero descubrió que la destrucción les gustaba más. Había supuesto que era frecuente que los intelectuales amaran la verdad, pero aquí también descubrió que ni el diez por ciento de ellos prefiere la verdad a la popularidad.”¹⁶ Este pasaje airado delata una ignorancia tan profunda de cómo funcionan las emociones de la gente durante una guerra, o en realidad en cualquier otro momento, que casi no admite comentario. En sus volúmenes de autobiografía hay muchas otras afirmaciones que provocan una sensación de asombro en el lector normal ante la posibilidad de que un hombre tan inteligente pudiera desconocer tanto la naturaleza humana.

Lo curioso es que Russell era muy capaz de detectar, y deplorar, en los demás la misma peligrosa combinación de saber teórico e ignorancia práctica sobre lo que siente la gente y lo que quiere. En 1920 visitó la Rusia bolchevique, y el 19 de mayo tuvo una entrevista con Lenin. Encontró que era “una teoría corporizada”. “Tuve la impresión”, escribió, “de que desprecia al populacho y es un aristócrata intelectual.” Russell comprendía muy bien que semejante combinación descalifica a un hombre para gobernar sabiamente; en realidad, añadió, “si hubiera encontrado (a Lenin) sin saber quién era no hubiera adivinado que era un gran hombre, sino que le hubiese tomado por un profesor obstinado.”¹⁷ No podía, no quería, ver que su descripción de Lenin se podía aplicar hasta cierto punto a él mismo. El también fue un intelectual aristocrático que despreciaba y a veces compadecía al pueblo.

Además, Russell no sólo ignoraba simplemente cómo la gente se comporta en realidad; también tenía un profundo desconocimiento de sí mismo. No pudo ver sus propios rasgos reflejados en Lenin. Lo que es aún más grave, no percibió que él mismo estaba expuesto a las fuerzas de la sinrazón y la emoción que tanto deploraba en la gente común. En general la posición de Russell era que los males del mundo pueden ser solucionados en gran medida a través de la lógica, la razón y la moderación. Si los hombres y las mujeres se gobernarán por su razón en vez de por sus emociones, argumentaran con lógica en vez de intuitivamente, y ejercieran la moderación en vez de abandonarse a extremos, la guerra se volvería imposible, las relaciones humanas serían armoniosas y se podría mejorar la condición de la humanidad sin ninguna duda.

La opinión de Russell, como matemático, era que la matemática pura no tenía ningún concepto que no pudiese ser definido en términos de lógica y ningún problema que no pudiese ser resuelto mediante la aplicación del razonamiento. No era tan tonto como para suponer que los problemas humanos se podían resolver como ecuaciones matemáticas, pero de todos modos creía que con tiempo, paciencia, método y

¹⁵ Crawshay-Williams, pág. 41

¹⁶ *Autobiography*, Vol. II pág. 17

¹⁷ *Russian Journal*, anotación del 19 de marzo de 1920, Archivos Russell, Universidad McMaster, Hamilton, Notario, citado en Ronald W. Clark, *The Life of Bertrand Russell* (Londres, 1975) págs. 378ss.

moderación, la razón podía dar todas las respuestas a la mayoría de nuestras dificultades, públicas privadas. Estaba convencido de que era posible abordarlas con un espíritu de distanciamiento filosófico. Sobre todo, creía que, dado el encuadre correcto de razón y lógica, la gran mayoría de los seres humanos eran capaces de comportarse decentemente.

El problema era que Russell demostró repetidas veces, en las circunstancias de su propia vida, que todas estas proposiciones se apoyaban en fundamentos inciertos. En toda coyuntura crítica, sus opiniones y actos estaban tan expuestos a ser regidos por sus emociones como por su razón. En momentos de crisis la lógica se la llevaba el viento. Tampoco se podía confiar en que se comportara decentemente cuando sus intereses estaban en juego. También tenía otras debilidades. Cuando predicaba su idealismo humanista, Russell ponía a la verdad por encima de cualquier otra consideración. Pero en un aprieto, estaba expuesto (de hecho era posible que lo hiciera) a tratar de mentir para zafarse. Cuando se ofendía a su sentido de la justicia y sus emociones se excitaba, su respeto por la verdad se venía abajo. Y lo que no es menos, le resultaba difícil lograr la coherencia que la búsqueda de la razón y la lógica debería, teóricamente, imponer a sus devotos.

Sigamos el desarrollo de las opiniones de Russell sobre los grandes temas de la guerra y la paz, a los que quizá dedicó más atención que a otros. Russell consideraba a la guerra como el paradigma supremo de la conducta irracional. Vivió durante dos guerras mundiales y muchas otras menores y las odió todas. Su odio a la guerra era enteramente genuino. En 1984 se había casado con Alys Whittall, hermana de Logan Pearsall Smith. Era cuáquera y su tierno pacifismo religioso reforzó la variedad robusta y lógica (tal como la veía) de él. Cuando en 1914 estalló la guerra se declaró en total oposición a ella e hizo todo lo que pudo, a ambos lados del Atlántico, para promover la paz, poniendo en peligro su libertad y su carrera. Pero las observaciones que provocaron su detención no fueron las de un pacifista, o las de un hombre razonable o moderado. Su afirmación filosófica más importante a favor del pacifismo, "La Ética de la guerra" (1915), que argüía que la guerra no puede justificarse casi nunca, es bastante lógica.¹⁸ Pero su pacifismo, entonces y más adelante, encontró expresión en medios altamente emocionales, por no llamarlos combativos. Por ejemplo, cuando en 1915 el rey Jorge V hizo la promesa de abstenerse de beber durante la guerra, Russell abandonó al punto la abstinencia que había abrazado a petición de Alys: el motivo del rey, escribió Russell, "fue facilitar la matanza de alemanes, y por lo tanto parecía como si debiera haber alguna conexión entre el pacifismo y el alcohol."¹⁹

En Estados Unidos vio al poder americano como un medio para imponer la paz, e imploró excitado al presidente Wilson, a quien veía como un salvador del mundo, que "emprendiera la defensa de la humanidad" contra los beligerantes.²⁰ Escribió una carta de espíritu mesiánico a Wilson: "Me veo impelido por una profunda convicción a hablar por todas las naciones en nombre de Europa. En nombre de Europa apelo a usted para que nos traiga la paz."

Russell pudo haber odiado la guerra, pero hubo veces en las que amó la fuerza. En su pacifismo había algo agresivo, casi belicoso. Después de la declaración de guerra inicial, escribió: "Durante varias semanas sentí que si me encontraba con Asquito o Grey no podría contenerme y le mataría."²¹ Ocurrió que poco después se encontró en realidad con Asquito. Russell salía de nadar de Garsington Manor, enteramente

¹⁸ *International Journal of Ethics*, enero de 1915

¹⁹ *Autobiography*, vol. I, pág. 126

²⁰ *Atlantic Monthly*, marzo de 1915

²¹ *Autobiography*, vol. II pág. 17

desnudo, y se encontró con el primer ministro sentado en el banco. Pero para entonces su furia ya se había enfriado y, en vez de matarle, se embarcó con él, que era un buen conocedor de los clásicos, en una conversación sobre Platón.. el gran editor con el que yo trabajaba, Kingsley Martin conocía bien a Russell, solía decir que todas las personas belicosas que había conocido eran pacifistas, y ponía como ejemplo a Russell. T.S.Eliot, ex alumno de Russell, decía lo mismo:” [Russell] consideraba que cualquier excusa era buena para cometer un homicidio”. No era que a Russell le gustaran los puñetazos, pero en cierto sentido era un absolutista que creía en las soluciones totales. Más de una vez volvió a la noción de una era de paz perpetua impuesta en el mundo por un fuerte acto inicial de un estadista.

La primera vez que se le ocurrió esta idea fue hacia fines de la Primera Guerra Mundial, cuando argumentó que Estados Unidos debería utilizar su poder superior para insistir en el desarme: “La mezcla de razas y la relativa ausencia de tradición nacional hacen que Estados Unidos sea un país peculiarmente adecuado para cumplir esta tarea.”²² Luego, cuando Estados Unidos logró el monopolio de armamentos nucleares, en 1945-49, la sugerencia retornó con una fuerza tremenda. Dado que más tarde Russell intentó negar, confundir o disculpar sus opiniones durante este período, es importante exponerlas en cierto detalle y en orden cronológico. Como ha demostrado su biógrafo, Ronald Clark, apoyó una guerra preventiva contra Rusia no una vez, sino muchas y durante muchos años.²³ A diferencia de muchos miembros de la izquierda, Russell nunca se había dejado engañar por el régimen soviético. Siempre había rechazado el marxismo de plano. La teoría y la práctica del bolchevismo (1920), el libro en que describió su visita a Rusia, fue sumamente crítico respecto a Lenin y a lo que hacía. Consideraba a Stalin como un monstruo y aceptó como verdaderas las versiones fragmentarias de la colectivización obligatoria, la gran hambre, las purgas y los campos de concentración que llegaban a Occidente.

En todas estas actitudes no fue en absoluto típico de la intelectualidad progresista. Tampoco compartió la complacencia con que ésta aceptó, en 1944-45, la extensión del régimen soviético a la mayor parte de Europa Oriental. Para Russell esto fue una catástrofe para la civilización occidental. “Odio demasiado al gobierno soviético para mi bien”, escribió el 15 de enero de 1945. Creía que la expansión soviética continuaría a menos que fuera detenida con la amenaza o con el uso de la fuerza. En una carta fechada el 1° de septiembre de 1945 afirmó: “Creo que Stalin ha heredado la ambición de Hitler de ser dictador del mundo.”²⁴ Por lo tanto, cuando Estados Unidos utilizó las primeras armas nucleares contra Japón, de inmediato resucitó su opinión de que Estados Unidos debía imponer la paz y el desarme en el mundo, y usar las nuevas armas para forzar a una Rusia recalcitrante. Para él era una oportunidad caída del cielo que quizá no se volviera a repetir. Expuso su estrategia por primera vez en el diario laborista *Forward* (Adelante), publicado en Glasgow el 18 de agosto de 1945, y en el *Manchester Guardian* (Guardián de Manchester), el 2 de octubre. El título de éste fue “*Humanity's Lasta Chance*” (La última oportunidad de la humanidad) e incluía la significativa observación “No sería difícil encontrar un *casus belli*”.

Durante un período de cinco años Russell reiteró estas opiniones u otras similares. Las expuso en *Polemic*, julio-agosto de 1946, en una conferencia en la Royal Empire Society el 3 de diciembre de 1947, publicada en el *United Empire*, enero-febrero de 1948, publicado en *Nineteenth Century and After* (El siglo XIX y después), enero de

²² Citado en Feinberg y Kasrils, vol. I pág. 73

²³ Las opiniones de Russell se presentan en detalle en Clark, Capítulo 19, “*Towards a Short War with Russia?*”, págs. 517-30

²⁴ Carta a Gamel Brenan, 1° de septiembre de 1945, citada en Clark, pág. 520

1949, y una vez más en un artículo en *World Horizon*, en marzo de 1950. No atenuaba sus palabras. La conferencia en la Royal Empire Society proponía una alianza, presagiando a la NATO, que entonces dictaría condiciones a Rusia: “Me inclino a pensar que Rusia accedería; si no, siempre que esto se haga rápido, el mundo podría sobrevivir a la guerra resultante y emerger con un gobierno único tal como necesita”. “Si Rusia invade Europa Occidental”, escribió a Walter Marseille, un experto americano en desarme, en mayo de 1948, “la destrucción será tal que ninguna reconquista posterior podrá repararla. Prácticamente todos los habitantes educados serán enviados a campos de trabajos forzados en el nordeste de Liberia o en las costas del Mar Blanco, donde la mayoría morirá por las penurias y los supervivientes se convertirán en animales. Las bombas atómicas, si se utilizan, deberán caer, al principio, sobre Europa Occidental, ya que Rusia estará fuera de alcance. Los rusos, aun sin bombas atómicas, podrán destruir todas las ciudades grandes de Inglaterra... No pongo en duda que Estados Unidos ganaría al final, pero a menos que sea posible salvar a Europa Occidental de la invasión, quedará perdida para la civilización durante siglos. Aun a ese precio, creo que la guerra valdría la pena.

El comunismo debe ser aniquilado, y debe establecerse el gobierno mundial.”²⁵ Russell insistía siempre en la necesidad de actuar con rapidez: “Más tarde o más temprano, los rusos tendrán la bomba atómica, y cuando la tengan el problema será mucho más difícil. Todo debe hacerse rápido, con la mayor celeridad.”²⁶ Aun cuando Rusia hizo explotar una bomba-A, siguió insistiendo en su argumento y apremiando a Occidente para que lograr la bomba de hidrógeno. “No creo que dado el estado de ánimo mundial, un acuerdo para limitara la guerra atómica hiciera otra cosa que daño, porque cada parte pensaría que la otra la estaba eludiendo”. Presentó entonces el argumento “Antes muerto que rojo” en su forma más intransigente: “La próxima guerra, si es que llega, será el mayor desastre que haya sufrido la raza humana hasta ese momento. No puedo pensar más que en un solo desastre pero: la expansión del poder del Kremlin sobre todo el mundo.”²⁷

La defensa que hacía Russell de la guerra preventiva fue ampliamente conocida y comentada en esos años. En el Congreso Internacional de Filosofía que se realizó en Ámsterdam en 1948 el delegado soviético, Arnost Colman, le atacó con furia y él le contestó con igual aspereza: “Vuelva a casa y dígales a sus jefes del Kremlin que deben mandar sirvientes más competentes para llevar a la práctica su programa de propaganda y engaño.”²⁸ Todavía el 27 de septiembre de 1953 escribió en el *New York Times Magazine*: “Por terrible que fuera una nueva guerra mundial, por mi parte sigo prefiriéndola a un imperio comunista mundial.”

Debió de ser más o menos por ese entonces, sin embargo, cuando la opinión de Russell comenzó a dar un vuelco abrupto y fundamental. El mismo mes siguiente, octubre de 1953, negó en la *Nation* haber jamás “apoyado una guerra preventiva contra Rusia”. Toda esa historia, escribió, fue “una invención comunista”.²⁹ Durante un tiempo, testimonia un amigo, siempre que se le enfrentaba con sus opiniones de posguerra, insistía: “Jamás. Esto se sólo invención de un periodista comunista.”³⁰ En marzo de 1959, en una entrevista por televisión de la BBC, con John Freeman, en uno de sus famosos programas FACE to FACE (cara a cara), Russell cambió su respuesta.

²⁵ 5 de mayo de 1948, Archivos Russell; citado en Clark, págs. 523-524

²⁶ *Nineteenth Century and After*, enero de 1949

²⁷ *World Horizon*, marzo de 1950

²⁸ Citado en Sydney Hook, *Out of Step: An Unquiet Life in the Twentieth Century* (Nueva York, 1987) pág. 364

²⁹ Ver *Nation*, 17 y 29 de octubre de 1953

³⁰ Crawshay-Williams, pág. 29

Expertos en desarme de Estados Unidos le habían enviado una versión literal de sus declaraciones anteriores, y ya no podía negar que las había hecho. De modo que le dijo a Freeman, que le preguntó acerca de la política de una guerra preventiva: “Es enteramente cierto, y no me arrepiento de ello. Es por completo congruente con lo que pienso ahora.”³¹ Lo completó con una carta al semanario de la BBC, el *Listener*, que decía: “En realidad me habría olvidado totalmente de que alguna vez pensé que una política de amenazas que involucrara una posible guerra fuera deseable. En 1958 el señor Alfred Kohlberg y el señor Walter W. Marseille me hicieron recordar algunas cosas que había dicho en 1947, y las leí con asombro. No puedo presentar ninguna excusa.”³² En el tercer volumen de su autobiografía aventuró otra explicación: “... en el momento en que di ese consejo, lo di tan accidentalmente, sin ninguna esperanza de que se tomara en cuenta, que pronto olvidé que lo había ofrecido.”

Añadió: “Lo había mencionado en una carta privada y también en un discurso que no sabía que había sido objeto de examen por parte de la prensa.”³³ Pero como demostró la investigación de Ronald Clark, Russell había hablado a favor de la guerra preventiva insistentemente, en numerosos artículos y discursos, y durante varios años. Es difícil creer que hubiese olvidado por completo una actitud tan tenaz y prolongada.

Cuando Russell le dijo a John Freeman que sus opiniones sobre las armas nucleares a fines de la década del cincuenta eran congruentes con su apoyo de posguerra a la guerra preventiva abusaba de la credulidad en otro sentido. De hecho, la mayoría de la gente diría que estaba diciendo tonterías. Pero había una congruencia de un tipo muy diferente, la congruencia del extremismo. Tanto el caso de la guerra preventiva como el caso de *Mejor Muerto que Rojo*, tal como los presentaba Russell, eran ejemplos de líneas razonables de argumento llevadas al extremo por un uso cruel e inhumano de la lógica. Ahí, en realidad, estaba la debilidad de Russell. Concedía un valor falso a los dictados de la lógica, al decirle a la humanidad cómo debía conducir sus asuntos, permitiéndole pasar por encima de los impulsos instintivos del sentido común.

De ahí que, cuando al promediar la década del cincuenta, Russell decidió que las armas nucleares eran intrínsecamente malas y no debían ser usadas bajo ninguna circunstancia, salió corriendo, tras los rugientes fantasmas de la lógica, en una dirección muy diferente pero igualmente extrema. Primero declaró su oposición a las armas nucleares en una transmisión de radio de 1954 sobre las pruebas en el Atolón de bikini, “El peligro del hombre”; luego siguieron las diversas conferencias internacionales y manifiestos, mientras la línea de Russell se endurecía a favor de la abolición total a toda costa. El 23 de noviembre de 1957 publicó en el *New Statesman* “Carta abierta a Eisenhower y a Khrushchev.”, exponiendo su posición.³⁴ Al mes siguiente, mientras revisaba la caja con las cartas llegadas al diario, me sorprendió encontrar un largo discurso traducido, acompañado por una carta en ruso firmada por Nikita Khrushchev. Era la respuesta personal del líder soviético a Russell. En gran medida, era, está claro, propaganda, ya que los soviets, con su gran superioridad en fuerzas convencionales, siempre habían estado dispuestos a aceptar un desmantelamiento del armamento nuclear según un convenio (aunque no supervisado). Pero la publicación de la carta produjo una sensación inmensa. A su debido tiempo llegó una respuesta más renuente del lado americano, no por cierto del mismo presidente, sino de su secretario de Estado, John Foster Dulles.³⁵ Russell quedó encantado con una respuesta tan distinguida. Halagó su

³¹ El intercambio se publicó en *Listener*, 19 de marzo de 1959

³² *Listener*, 28 de mayo de 1959

³³ *Autobiography*, vol. III, págs. 1718

³⁴ Reimpreso en Edward Hyams (ed.) *New Statesmanchip: An Anthology* (Londres, 1963) págs. 145-49

³⁵ Para las circunstancias de la correspondencia Russell-Khrushchev-Dulles, ver Edgard Hyams, *The New Statesman: The History of the First Fifty Years, 1913-63* (Londres, 1963) PÁGS. 288-92

vanidad, otra de sus debilidades, y perturbó su juicio, nunca su punto más fuerte. La carta de Khrushchev, que en general simpatizaba con su posición, no sólo le impulsó a una actitud de antiamericanismo extremo, sino que también le estimuló a convertir a la abolición de las armas nucleares en el centro de su vida. Comenzaron a aparecer los anhelos tolstoianos.

El año siguiente, 1958, Russell fue designado presidente de la nueva Campaña por el Desarme Nuclear, un cuerpo moderado creado por el canónigo John Collins, de San Pablo, el novelista J.B. Priestley y otros, para lograr el más amplio apoyo posible en Gran Bretaña contra la fabricación de armas nucleares. Organizaba demostraciones pacíficas, se hacía una obligación de mantenerse estrictamente dentro de la ley, y en su primera fase impresionó mucho y tuvo gran éxito. Pero por parte de Russell pronto comenzaron a asomar señales de extremismo. Rupert Crawshay-Williams, cuyo relato íntimo de Russell es el mejor para esos años, registro en su diario el 24 de julio de 1958 un aclarador estallido de Russell contra John Strachey. Strachey era un ex comunista, que luego fue miembro del Parlamento laborista del ala derecha y ministro de Guerra en el gobierno de posguerra de Attlee. Pero en 1958 hacía mucho tiempo que no desempeñaba ninguna función y no tenía responsabilidades, si bien se sabía que creía en la necesidad de frenar el armamento nuclear. Cuando Russell se enteró de que Crawshay-Williams y su esposa habían estado pasando días en casa de Strachey, le preguntó sobre la opinión de este último sobre la bomba-H, y cuando la conoció dio por sentado que los Williams la compartían: “Usted y John Strachey... pertenecen al club de los asesinos” dijo, golpeando el brazo de su sillón. El club de los asesinos, explicó, estaba formado por personas a las que en realidad no les importa lo que le ocurre al pueblo, ya que ellos como dirigentes sienten que de alguna manera van a sobrevivir con, y por, sus privilegios. “Se aseguran de que estar a salvo” dijo Bertie, “construyendo refugios privados contra bombas.”

Cuando le preguntó si él realmente creía que Strachey tenía un refugio privado contra bombas, Russell rugió: “Está claro que lo tiene”. A los quince días tuvieron otra discusión sobre la Bomba-H que “comenzó con calma”. Luego, de pronto, “inesperadamente, Bertie dijo con voz furiosa: “La próxima vez que se encuentre con su amigo John Strachey, dígame que no comprendo por qué quiere que Nacer (el entonces dictador de Egipto) tenga la bomba-H... Estaba convencido de que la gente como John realmente pone en peligro al mundo, y sentía que tenía razón al decirlo.”³⁶

Esta furia creciente, acompañada por una falta de interés por los datos objetivos, la atribución de los peores motivos a quienes tenían opiniones diferente, e indicios de paranoia, tuvieron expresión pública en 1960, cuando Russell se separó de la Campaña por el Desarme Nuclear y organizó su propia facción de acción directa, llamada “el Comité de los Cien”, dedicado a la desobediencia civil. Los signatarios originales de este grupo incluyeron a intelectuales, artistas y escritores importantes- Compton Mackenzie, John Breine, John Osborne, Arnold Westker, Reg Butler, Augustus John, Herbert Read y Doris Lessing entre otros -muchos de los cuales no eran en modo alguno extremistas. Pero el grupo se descontroló muy pronto. La historia demuestra que todos los movimientos pacifistas llegan a un punto en el que el elemento más militante se siente frustrado ante la falta de progreso y recurre a la desobediencia civil y a actos de violencia.

Esto marca invariablemente la etapa en la que deja de tener un seguimiento masivo. El Comité de los Cien y la siguiente desintegración de la Campaña fue un ejemplo clásico de este proceso. La conducta de Russell sólo aceleró lo que probablemente hubiese ocurrido de todos modos. En su momento se atribuyó a la

³⁶ Crawshay-Williams, pags. 106-9

influencia que tenía sobre él su nuevo secretario, Ralph Schoenman. En breve examinaré su relación con Schenman, pero vale la pena hacer notar ya que las frases y actos de Russell a lo largo de la crisis de la Campaña fueron siempre típicos de él. Las reuniones que llevaron a su renuncia como presidente se volvieron cada vez más desagradables mientras Russell atribuía motivos indignos a Collins, acusándole de mentir, e insistiendo en que las sesiones privadas se grabaran.³⁷

De hecho, en cuanto Russell se zafó del freno que le imponía Collins y sus amigos el extremismo dominó su mente por completo y sus declaraciones se volvieron tan absurdas que alejaron a todos, salvo a sus partidarios más fanáticos. Contradecían lo que él respetaba en sus momentos de más calma como las reglas básicas de la persuasión. “Las opiniones”, escribió en 1958 en un ensayo sobre Voltaire, no deben ser sostenidas con fervor. Nadie sostiene con fervor que siete por ocho son cincuenta y seis, porque se puede saber que es así. El fervor es necesario sólo cuando se recomienda una opinión dudosa que se puede probar que es falsa.”³⁸ Muchas de las afirmaciones de Russell, a partir de 1960, fueron no solo fervientes, sino absurdas y a veces formuladas sin pensarlas, cuando estaba indignado con los que no compartían su posición. Es así que, para un discurso que pronunció en Birminghan, en abril de 1961, había preparado notas en las que se leía: “Sobre una base puramente estadística, Macmillan y Kennedy son unas cincuenta veces más perversos que Hitler.” Esto ya estaba bastante mal dado que (aparte de cualquier otra cosa) significaba comparar datos históricos con proyección de futuro. Pero una grabación muestra que lo que Russell dijo en realidad en su discurso fue: “Solíamos pensar que Hitler era perverso cuando quería matar a todos los judíos. Pero Kennedy y Macmillan no sólo quieren matar a todos los judíos, sino a todo el resto de nosotros también. Son mucho más perversos que Hitler. Añadió: “No pretenderé obedecer a un gobierno que está organizando la masacre de toda la humanidad... Son las personas más perversas que jamás vivieron en la historia del hombre.”³⁹

Una vez aceptadas las premisas de Russell, en su acusación había lógica. Pero hasta la lógica la aplicaba selectivamente. A veces Russell recordaba que todas las potencias que poseían armas nucleares eran igualmente culpables de planear un asesinato masivo, e incluía a Rusia en su polémica. Por ejemplo, en una carta pública de 1961, enviada “desde la cárcel de Brixton”, afirmaba: “Kennedy y Khrushchev, Adenauer y De Gaulle, Macmillan y Gaitskell persiguen un fin común: acabar con la vida humana... Para agradar a estos hombres, todos los afectos personales, todas las esperanzas públicas... deben desaparecer para siempre.”⁴⁰

En general, sin embargo, dirigía sus tiros contra Occidente, en especial contra Gran Bretaña, y sobre todo Estados Unidos.

Esto significaba olvidar cuánto odiaba no sólo al régimen soviético, sino a los rusos mismos. En el período inmediatamente posterior a la guerra había dicho repetidas veces que los soviéticos eran tan malos como los nazis, o peores. Crawshay-Williams registró algunas de sus invectivas: “Todos los rusos son bárbaros orientales”. “Todos los rusos son imperialistas.” Una vez consiguió llegar a decir que “todos los rusos se arrastrarían por el suelo para traicionar a sus amigos.”⁴¹ Pero a partir de fines de la década del cincuenta el sentimiento antirruso fue desterrado de su mente ocupada cada

³⁷ La versión de Collins figura en L. John Collins, *Faith Under FIRE* (Londres 1966); la versión Russell en Ralph Schoenman (ed), *Bertrand Russell: Philosopher of the Century* (Londres, 1967). Ver también Clark, págs. 574ss. Christopher Driver, *The Disarmers: A Study in Protest* (Londres 1964)

³⁸ Bertrand Russell, “*Voltaire’s Influence on Me*”, *Studies on Voltaire*, VIU Musée Voltaire, Ginebra, 1958

³⁹ Citado en Clark, págs. 586 ss.

⁴⁰ Citado en Crawshay-Williams

⁴¹ Crawshay-Williams, págs. 22-23

vez más por un apasionado antiamericanismo. Este tenía raíces profundas y ya había asomado a la superficie antes. Estaba impulsado por un anticuado orgullo y patriotismo británicos característicos de la clase alta, el desprecio por los advenedizos y vendedores de tienda, tanto como por el odio liberal-progresista hacia el estado capitalista más grande del mundo. Sus padres extremistas pertenecían a una generación que todavía ahocicaba a Estados Unidos con el progreso democrático y había estado allí en 1867, porque, como él había registrado, “los jóvenes que esperaban reformar el mundo iban a Estados Unidos para aprender cómo hacerlo. Añadió: “No podía prever que aquellos hombres y mujeres cuyo ardor democrático aplaudían, cuya triunfante oposición a la esclavitud admiraban, eran los abuelos y abuelas de los que asesinaron a Sacco y Vanzetti.”⁴² Él mismo fue a Estados Unidos muchas veces y vivió allí durante años, principalmente para ganar dinero: “Estoy terriblemente falto de dinero y espero que Estados Unidos restablezca mis finanzas”, escribió en 1913, utilizando un refrán recurrente. Siempre criticó a los estadounidenses: eran (observó en su primera visita, en 1896) “increíblemente haraganes para todo salvo para los negocios”⁴³; pero sus opiniones sobre el impacto de Estados Unidos en el mundo oscilaron violentamente. Como hemos visto, durante la Primera Guerra Mundial veía a los Estados Unidos de Wilson como un salvador del mundo. Frustrado en esto, cambió por un rumbo fuertemente anti Estados Unidos en la década del veinte. Argüía que el socialismo, al que entonces favorecía, sería imposible en Europa “hasta que Estados Unidos o se convierta al socialismo o por lo menos esté dispuesto a mantenerse neutral”⁴⁴ Acusaba a Estados Unidos “de la lenta destrucción de la civilización china”, predecía que la democracia americana se derrumbaría a menos que abrazara el colectivismo. Llamaba a una “rebelión mundial” contra el “imperialismo capitalista” americano y afirmaba que a menos que “sea posible conmovier a la fe de Estados Unidos en El capitalismo” habría “un colapso total de la civilización”⁴⁵

Veinte años más tarde, durante y después de la Segunda Guerra Mundial, apoyó la política militar americana. Al volver de una visita, a fines de 1950, escribió a Crawshay-Williams: “Estados Unidos estaba abominable: los americanos son tan perversos como estúpidos, y eso es decir mucho”.

Le dijo a todo el mundo que me resultaba interesante estudiar el ambiente de un estado policíaco... Creo que la Tercera Guerra Mundial comenzará el próximo mayo.”⁴⁶ Le apostó a Malcolm Muggeridge que Joseph McCarthy sería elegido presidente (y tuvo que pagar cuando el senador murió). Cuando Russell empezó la compañía contra la bomba-H, su antiamericanismo se volvió enteramente irracional y así permaneció hasta su muerte. Desarrolló una teoría conspiratoria infantil sobre el asesinato de Kennedy. Luego, cansado del problema de la bomba (como en el caso de Tolstoi, la capacidad de atención de Russell no duraba mucho) lo cambió por el de Vietnam y organizó una campaña mundial para denigrar la conducta de Estados Unidos allí.

Russell, aleccionado por su secretario Schoenman, fue víctima propicia de las invenciones más extravagantes. Medio siglo antes había deplorado el uso hecho por los aliados de historias de atrocidades acerca de la conducta de los alemanes en Bélgica para atizar la fiebre bélica; en su libro Justicia en tiempo de guerra (1916) se había esforzado por denunciar a muchas de ellas como faltas de fundamento. En la década del sesenta Russell utilizó su prestigio para hacer circular y dar crédito a historias sobre

⁴² *Autobiography*, Vol. I, pág. 16

⁴³ *Feinberg y Kasrils*, vol I. Pág. 22

⁴⁴ *Russell The Practice and Theory of Bolshevism* (Londres, 1920)

⁴⁵ *Daily Herald* 16 de diciembre de 1921; *New Republic*, 15 y 22 de marzo de 1922; *Prospects of Industrial Civilization* (Londres, 1923).

⁴⁶ *Crawshay-Williams*, págs 58

Vietnam aún menos plausibles, y con el solo propósito de exacerbar el odio hacia Estados Unidos. Esta política tuvo su culminación con el “Tribunal de Crímenes de Guerra” (1966-67) que organizó, y que finalmente se reunió para pronunciar su juicio contra Estados Unidos en Estocolmo. Para este ejercicio de propaganda reclutó intelectuales fácilmente accesibles, como Isaac Deutscher, Jean-Paul Sartre, Simone de Beauvoir, el autor yugoslavo Vladimir Dedijer (que lo presidió), un ex presidente de Méjico y el poeta laureado de Filipinas. Pero ni siquiera hubo una simulación de justicia o imparcialidad, ya que el propio Russell dijo que lo convocaba para juzgar “a los criminales de guerra Johnson, Rusk, McNamara, Lodge y a sus camaradas en el crimen”.⁴⁷

Como filósofo, Russell insistió constantemente en que las palabras debían usarse con cuidado y con su sentido exacto. Como consejero de la humanidad confesó, en su autobiografía, que “tenía la costumbre de describir las cosas que a uno le resultan insoportables de manera tan repulsiva que llevara a los demás a compartir la propia furia”⁴⁸ Se trataba de una confesión extraña en un hombre dedicado profesionalmente al análisis desapasionado de los problemas, que ataba su bandera al mástil de la razón. Además sus intentos de provocar furia sólo daban resultado con aquellos cuya furia no valía la pena conquistar o ya se tenía. Cuando en 1951 Russell dijo que en Estados Unidos “nadie se aventura a dar una opinión polaca sin primero mirar detrás de la puerta para asegurarse de que nadie está escuchando”, ninguna persona sensata le creyó.⁴⁹ Cuando en 1961, durante la crisis de los misiles cubana, anunció “Parece probable que dentro de una semana todos ustedes hayan muerto para complacer a un americano loco”, se perjudicó a si mismo, no la presidente Kennedy.⁵⁰ Cuando dijo que los soldados americanos en Vietnam eran “tan malos como los nazis”, su público disminuyó.⁵¹

En realidad hay que decir que durante toda su vida Russell fue más impactante en una argumentación prolongada que cuando se expresaba por apotegmas. Un volumen de sus obiter dicta no sería mejor que el de Tolstoi. “Un caballero es un hombre cuyo abuelo tenía más de 1000 dólares al año” “Nunca se conseguirá que un gobierno democrático funcione bien en África”. “Los niños deberían ser educados en internados para sustraerlos a la influencia del amor materno.” Las madres americanas “son culpables de una incapacidad instintiva. La fuente del afecto parece haberse secado”⁵²

La última observación nos recuerda que pese a que en las últimas décadas de su vida Russell estuvo asociado casi exclusivamente con declaraciones políticas, en otro tiempo había sido aún más conocido por sus opiniones sobre temas característicos del período entre las dos guerras, tales como “matrimonio de camaradería”, amor libre, reforma del divorcio, y coeducación. Por lo menos en teoría defendía la doctrina de los derechos de la mujer tal como la explicaban entonces sus abogados. Exigía la igualdad de la mujer dentro y fuera del matrimonio y las presentaba como víctimas de un sistema anticuado de moralidad que no tenía una base ética verdadera. Se debía gozar la libertad sexual y reprobaba las “doctrinas de tabú y sacrificio humano que se toman

⁴⁷ Clark, págs. 627-28

⁴⁸ *Autobiography*, vol. I pág. 63

⁴⁹ *Manchester Guardian*, 31 de octubre de 1951

⁵⁰ Citado en Clark, pág. 592. Clark piensa que esta afirmación particular fue obra de Schoenman, y que Russell había escrito primero “La humanidad se ve enfrentada hoy por una crisis importante.” Pero la expresión a mí me suena como muy de Estados Unidos en uno de sus estados de ánimo más extremos.

⁵¹ Citado en *time*, 16 de febrero de 1970

⁵² Crawshay-Williams, págs. 17, *ibid*, 23; Feinberg y Kasrils, pág. 118; carta a la señorita R.G. Brooks, 5 de mayo de 1930, *Manners and Morals*, (Londres 1929)

tradicionalmente como “virtud”⁵³ En sus opiniones sobre las mujeres, la vida social, los niños y los vínculos humanos, había muchos ecos de Shelley. En realidad sentía una devoción especial por Shelley, cuyos versos expresaban del mejor modo su actitud hacia la vida. Se estableció en la parte de Gales donde Shelley había intentado constituir una comunidad en 1812-13, y su casa, Plas Penrhyn, fue obra del mismo arquitecto que construyó la casa de Maddox, el amigo de Shelley, cruzando el estuario de Portmadoc.

Sin embargo, como ocurría con Shelley, en la práctica su comportamiento con las mujeres no siempre estuvo de acuerdo con sus principios teóricos. Alys, su primera mujer, gentil, cariñosa, de mente generosa, fue la víctima del creciente libertinismo de su marido, como lo fue Harriet del de Shelley. Russell, como hemos señalado, fue educado estrictamente y fue muy puritano en cuanto al sexo hasta bien entrado en los veinte. De hecho en 1900, cuando su hermano Frank, el segundo conde, dejó a su primera mujer, se divorció en Reno y se casó de nuevo, Russell se negó a reconocer a la nueva mujer y sugirió que Frank la dejara en su casa cuando iba a cenar con él. (Luego Frank fue acusado de bigamia ante el tribunal de la Cámara de los Lores). Pero a medida que Russell entraba en años fue volviéndose, como Victor Hugo antes, más lascivo y menos dispuesto a acatar las leyes de la sociedad, salvo cuando le resultaba conveniente hacerlo.

De Alys se deshizo con eficiencia, después de dieciséis años, el 19 de marzo de 1911, cuando Russell visitó a la animada anfitriona de Bloomsbury, Lady Ottoline Morrell, en su casa del 44 de Bedford Square. Se encontró con que el marido, Philip, estaba inesperadamente ausente, y la enamoró. En su relato, Russell dijo que “no completó su relación” con Lady Ottoline esa noche, pero decidió “dejar a Alys” y hacer que Lady Ottoline “dejara a Philip.”

Lo que Morrell pudiera sentir o pensar “me era indiferente”. Se le aseguró que el marido “nos mataría a los dos” pero estaba “dispuesto a pagar ese precio por una noche”. Russell comunicó la noticia de inmediato a Alys, que “se enfureció”, y dijo que insistiría en conseguir el divorcio, mencionando el nombre de Ottoline”. Después de dar algunas razones, Russell dijo “con firmeza” que si ella hacía lo que amenazaba, “Me suicidaría para impedir que lo hiciera”. Con esto “su furia se volvió insostenible. Después de descargarse durante unas horas, le di una lección sobre la filosofía de Locke a su sobrina.”⁵⁴

Este relato a beneficio propio de Russell no concuerda con la conducta de Alys en la práctica. Le trató siempre con gran comedimiento, moderación y en realidad afecto: aceptó ir a vivir con el hermano para que él pudiese seguir su aventura con Lady Ottoline (con el consentimiento del marido, siempre que se observaran ciertas reglas de decoro público) y demoró el divorcio hasta mayo de 1920. Siguió amándole. Cuando el Trinity College le privó de su cargo, ella le escribió: “He estado ahorrando 100 libras para invertir en Acciones del Tesoro, pero preferiría dártelas, si me lo permites, ya que pienso que toda esa persecución interfiere muy seriamente con tus ingresos.”⁵⁵ Mientras él estuvo detenido, ella dijo: “He pensado en ti todos los días con el mayor dolor y he soñado contigo casi todas las noches.”⁵⁶ Russell no volvió a verla hasta 1950.

La separación de Alys implicó muchas mentiras, engaños e hipocresías. A ciertas alturas Russell se afeitó el bigote para ocultar su identidad durante sus reuniones clandestinas con Lady Ottoline. Los amigos de Russell quedaron impresionados cuando descubrieron lo que estaba ocurriendo; siempre había puesto tanto énfasis en la verdad y

⁵³ “*Companionate Marriage*”, conferencia en la Ciudad de Nueva York, 3 de diciembre de 1927, citado en Feinberg y Kasrils, pág. 106

⁵⁴ *Autobiography*, vol. I pág. 203-4

⁵⁵ Citado en Clark, Pág. 302

⁵⁶ Carta del 29 de septiembre de 1918 (en los archivos Russell), citada en Clark

la franqueza. El episodio introdujo un período de confusión sexual en su vida. Sus relaciones con Lady Ottoline no resultaron satisfactorias. Según su relato, “Yo sufría de diarrea, aunque no lo sabía, y esto volvía ofensivo mi aliento, cosa que tampoco sabía. Ella no se atrevía a decírmelo.”⁵⁷ De modo que la relación se enfrió. En 1913 conoció a “la mujer de un psicoanalista” en los Alpes y “deseó hacer el amor con ella, pero pensé que primero debía explicarle su aventura con Ottoline”. A la mujer ya no le interesó tanto cuando supo que había una amante, pero “decidió, sin embargo, que por un día no tendría en cuenta sus objeciones”. Russell “nunca la volvió a ver.”

En 1914 tuvo lugar un episodio vergonzoso con una jovencita en Chicago. Hellen Dudley era una entre cuatro hermanas, hijas de un ginecólogo importante, en cuya casa se quedaba Russell cuando iba a dar conferencias. Según relata Russell, “Pasé dos noches bajo el techo de sus padres, y la segunda la pasé con ella. Las tres hermanas montaron guardia para avisar si el padre o la madre se acercaban.”. Russell arregló con ella que fuera a Inglaterra ese verano y vivieran con él abiertamente, hasta que consiguiera el divorcio. Escribió a Lady Ottoline contándole lo que había ocurrido. Pero ella, mientras tanto, enterada de que le habían curado el mal aliento, le dijo que quería reanudar la relación. El caso es que cuando Hellen Dudley llegó a Londres, en agosto de 1914, se había declarado la guerra.

Russell había decidido oponerse a ella y “No quise complicar mi posición con un escándalo privado, que le habría quitado valor a cualquier cosa que dijera”. De modo que le dijo a Helen que su pequeño plan no se podía realizar, y aunque “de cuando en cuando tuve relaciones con ella”, la guerra “mató mi pasión y le destrocé el corazón”. Termina: “fue víctima de una rara enfermedad, que primero la paralizó, y luego la volvió loca.” Y eso fue todo con Helen.

Mientras tanto Russell había complicado en verdad su posición al tener una amante más en la persona de Lady Constante Malleson, una mujer de sociedad que actuaba bajo el nombre de Colette O’Neil. Se conocieron en 1916. La primera vez que se confesaron su amor “no se acostaron juntos” porque “tenían mucho que decirse”. Los dos eran pacifistas, y durante su primer coito “oímos de pronto un grito de triunfo bestial en la calle. Salté de la cama y ví un Zeppelín que caía en llamas. La idea de esos hombres valientes que se estaban muriendo en agonía fue lo que provocaba el triunfo en la calle. El amor de Colette fue en ese momento un refugio para mí, no de la crueldad misma, que ineludible, sino del dolor angustioso al comprender que los hombres son realmente así.”⁵⁸

Da la casualidad que Russell superó pronto su dolor angustioso y a los pocos años fue cruel con Lady Constante. Ella se contentó con compartir a Russell con Lady Ottoline y las dos mujeres le visitaban en semana alternadas durante su estancia en la cárcel. Por lo que sabía Lady Constance, Lady Ottoline prefería quedarse con su esposo, para poder tener a Russell cuando se materializara el divorcio. Sobre esa base proporcionó la “prueba” que le permitió obtener un fallo de divorcio condicional en mayo de 1920. Russell ya se había enamorado de otra mujer mucho más joven, una feminista liberal llamada Dora Black, y la había dejado embarazada. Ella no tenía ningún deseo de casarse, ya que desaprobaba la institución del matrimonio. Pero Russell, que no quería “complicar su posición aún más”, insistió, y cuando el divorcio condicional se convirtió en definitivo pasaron por una ceremonia “seis semana antes” de que naciera la criatura. Así quedó descartada Lady Constance y Dora fue forzada a lo que llamó “la vergüenza y la desgracia de casarse”⁵⁹

⁵⁷ *Autobiography*, Vol. I, pág. 206

⁵⁸ *Autobiography* vol. II, pág. 26

⁵⁹ Dora A Rachel Brooks, 12 de mayo de 1922, *Archivos Russell*, citada en Clark, pág. 397

Russell, ya un hombre de cincuenta años, estaba fascinado por “el encanto de duende” de Dora y encantada de “bañarse a la luz de la luna o correr descalzo por la hierba húmeda de rocío.” Ella por su parte quedó intrigada cuando él le contó que una militarista había garabateado sobre su casa “Ese jodido maniático de la paz vive aquí” y que “todas las palabras” eran correctas.⁶⁰ Físicamente Russell no era un hombre que gustara a todos. Para ese entonces había adquirido una risa entrecortada, que T.S.Eliot (alumno suyo de Cambridge) describió como “el ladrido de un pájaro carpintero”; George Santayana pensaba que se parecía más a una hiena. Usaba trajes de tres piezas, oscuros y pasados de moda, que rara vez se cambiaba (era raro que tuviera más de uno a la vez), polainas y cuellos duros altos al estilo de su contemporáneo Coolidge. Con motivo de su segundo matrimonio, Beatrice Webb anotó en su diario que era “un personaje bastante cínico, anticuado y enfermizo, prematuramente envejecido”

Pero a Dora le gustaba su “abundante y bastante hermosa cabellera gris... que el viento agitaba, la nariz grande y delgada, el curioso y pequeño mentón, el largo labio superior”. Observó que sus “pies anchos pero pequeños se volvían hacia adentro” y que parecía “exactamente igual al Sombrero Loco”⁶¹ Quería, deseo falta, “protegerlo de su propia ingenuidad.”

Tuvieron dos hijos, John y Kate, y en 1927 instalaron una escuela progresista, Beacon Hill, cerca de Petersfield, le dijo al *New York Times*, que idealmente, “grupos cooperativos de unas diez familias” deberían reunir a sus hijos y “hacer turnos para cuidarlos”; todos los días habría “dos horas de clases” con un buen equilibrio”, y el resto del tiempo lo pasarían “creciendo naturalmente”.⁶² Beacon Hill fue un intento de materializar su teoría. Pero la escuela resultó costosa y obligó a Russell a escribir sólo para ganar la suficiente para pagar las cuentas. Además, al igual que Tolstoi pronto se cansó de su rutina y dejó que la dirigiera Dora, que pese a sus opiniones ultraprogresistas tenía más sentido de la responsabilidad que él.

También se pelearon por el sexo. La señora Webb había predicho que el matrimonio de Russell con “una joven de carácter liviano y con una filosofía materialista, a quien él no respetaba y no puede respetar”, no podía menos que fracasar. Russell, otra vez como Tolstoi, insistió en una política de franqueza, con la que ella estaba de acuerdo: “Bertie y yo... nos dejábamos libertad el uno al otro en lo que respecta a aventuras sexuales.” El no se opuso cuando ella fue secretaria de la rama inglesa de la Liga Mundial por la Reforma Sexual, o cuando asistió (octubre de 1926) al Congreso Internacional de Sexo en Berlín, junto con el pionero en operaciones para cambiar el sexo, el doctor Magnus Hirschfeld, y el relumbrante ginecólogo Normal Haire. Pero cuando abiertamente tuvo una aventura con Griffin Barry, un periodista, y – siguió la sugerencia de Russell, que decía que las damas whig del siglo XVIII a menudo tenían hijos de padres diferentes- Tuvo dos criaturas con su amante, Russell se sintió incomodo. Mucho después confesó en su autobiografía: “En mi segundo matrimonio traté de mantener el respeto por la libertad de mi mujer, que según mi entender mi credo prescribía. Descubrí sin embargo que mi capacidad para perdonar y lo que se puede llamar el amor cristiano no estaban a la altura de las exigencias él les imponía.” Añadió: “Cualquiera me lo podría haber advertido por anticipado, pero la teoría me cegó”⁶³

Lo que Russell omitió decir fue que por su parte había incurrido en ciertas actividades y, contra su política de franqueza, habían sido furtivas. En realidad es un dato importante que, en todos los casos en que los intelectuales intentan aplicar la

⁶⁰ Dora Russell, *The Tamarisk Tree: My Quest for Liberty and Love* (Londres 1975), pág. 54

⁶¹ Anotación del 16 de febrero de 1922 en Margaret Cole (ed. *Beatrice Webb's Diary 1912-1924* (Londres, 1952); Dora Russell, pág. 53

⁶² *New York Times*, 30 de septiembre de 1927

⁶³ *Autobiography*, Vol. II, pág. 192

franqueza sexual total, siempre terminan con un grado de ocultación culpable poco común incluso en familias normalmente adúltera. Dora relató más adelante que una vez una cocinera la llamó muy perturbada a la casa de veraneo en Cornwall, donde se negaba a permitir que la gobernante se acercara a los hijos reconocidos, porque había estado “acostándose con el amo”.⁶⁴

(La pobre cocinera fue despedida). Dora también supo, muchos años después, que en su ausencia Russell había hecho quedarse a su viejo amor, Lady Constance, con fines amorosos. Cuando por fin volvió a su casa con su nuevo bebé, tuvo una sorpresa desagradable “Bertie me dio el disgusto de decirme que ahora había transferido su afecto a Meter Spence.” Margery (“Meter”) Spence era una estudiante de Oxford que había ido a cuidar a John y Kate durante las vacaciones. Los Russell intentaron unas vacaciones de cuatro en el sudoeste de Francia, cada cual con su amante (1932). Pero desde el año anterior Russell era conde a raíz de la muerte de su hermano sin hijos, y eso significó una diferencia. Se volvió más señorial en su comportamiento: Meter ansiaba una unión legal, de modo que la llevó a vivir con él a la casa paterna. “al principio”, dijo la sorprendida Dora, “no podía creer que Bertie pudiera hacerme una cosa así.” Añadió que era inevitable que “un hombre así hiriera a tanta gente en su camino”; pero su “fallo trágico” era que “lo lamentaba tan poco”, si bien amaba a las multitudes y sufría con su sufrimiento, se mantenía apartado de ellas porque al aristócrata que había en él le faltaba el don de comunicarse con el pueblo.”⁶⁵

Dora también descubrió a costa propia que cuando se trataba de descartar a una esposa y embarcar a otra, Russell no era nada “ingenuo”. Como otros hombres de su clase y riqueza, enseguida empleó un fuerte equipo de abogados y les dio carta blanca para conseguir lo que quería. El divorcio fue amargo y de una complicación extraordinaria, y duró tres años, en parte porque en un primer momento la pareja había firmado un Acta de Separación, por la que admitían el adulterio por ambas partes y acordaban que ninguna involucraría ofensas matrimoniales cometidas antes del 31 de diciembre de 1932 en ningún litigio posterior. Pero de hecho esto sólo hizo más difícil y confuso el trámite y más agresivos a los abogados de Russell. Cada uno quería obtener la tenencia de las dos criaturas, y por fin Russell luchó con éxito para que los declararan menores en tutela dativa, como los pobres hijos de Shelley. Para lograrlo los abogados produjeron el testimonio de un chofer de la escuela despedido por Dora y empleado luego por Russell, en el que manifestaba que ella a menudo estaba borracha, tenía botellas de whisky rotas en su habitación, y se había acostado con un pariente y una visita.⁶⁶ Russell tampoco salió indemne. El presidente del Tribunal de Divorcio, al conceder finalmente el divorcio en 1935, hizo notar que el adulterio de ella había sido “precedido por lo menos por dos casos de infidelidad por parte del marido, y que él había sido culpable de numerosos actos de adulterio en circunstancias que por lo común se consideran como agravantes de la ofensa... infidelidad del demandado con personas de la casa o empleadas por la empresa que manejaban.”⁶⁷ Cuando se leen los relatos de esta larga y amarga disputa, es imposible no condolerse por Dora, que siempre había sido fiel a sus principios, al contrario de Russell, que los olvidaba en cuanto le resultaban inconvenientes personalmente, y entonces invocaba toda la fuerza de la ley. En primer lugar ella nunca había querido casarse, “en marzo de 1935 se liberó de su matrimonio legal.

⁶⁴ Dora Russell, Pág. 198

⁶⁵ Dora Russell, Págs. 243-45

⁶⁶ Dora Russell, pág. 279

⁶⁷ Citado en Clark, Pág. 446

Ya estaba cerca de los cuarenta. El divorcio me había robado tres años de mi vida y me había infligido tragedias de las que nunca me recobraría del todo.”⁶⁸

El matrimonio de Russell con su tercera mujer, Meter Spence, duró casi quince años. El observó lacónico: “cuando en 1949 mi esposa decidió que no quería ya tener nada que ver conmigo, nuestro matrimonio terminó.”⁶⁹ Detrás de esta afirmación engañosa hay una larga historia de adulterios mezquinos por parte de él. Russell nunca fue el tenorio absoluto que recorre los caminos en busca de la presa femenina. Pero no tenía el menor escrúpulo en seducir a cualquier mujer que se le cruzara. En realidad se convirtió en todo un experto en las mañas que el adúltero experimentado debía dominar en la época no permisiva. Es así que en una ocasión le encontramos escribiéndole a Lady Ottoline: “... el plan más seguro es que vayas a la estación y esperes en la Sala de Espera de Primera Clase en el andén de partida, y luego vayas conmigo en taxi a algún hotel y entres conmigo. Eso es menos arriesgado que cualquier otro plan, y no les parece extraño a las autoridades del hotel.”⁷⁰ Treinta años más tarde le daba consejos, que no le había pedido, en esos asuntos a Sidnyt Hook: “Hook, si alguna vez llevas a una chica a un hotel y te parece que el recepcionista sospecha algo, haz que ella se queje en voz alta, “¡Es demasiado caro!” Es seguro que supondrá que es tu mujer”⁷¹ Sin embargo, en general Russell prefería a sus mujeres donde él estaba: facilitaba las cosas. En 1915 ofreció refugio en su apartamento a Bury Street en Londres a su antiguo alumno en apuros T.S. Eliot y su mujer. El poeta describió a Russell como el Señor Apollinax, “un feto irresponsable”, y dijo que “oía el golpe de los cascos del centauro sobre el duro césped” mientras su “conversación seca y apasionada devoraba la tarde”. Pero también Eliot era un alma confiada que a menudo dejaba a su esposa sola con el centauro y su conversación apasionada. Russell contó a sus otras amantes versiones opuestas de lo que ocurrió. A Lady Ottoline, que sus flirteos con Vivien fueron platónicos; a Lady Constance, le confesó que hizo el amor con ella pero que la experiencia le resultó “infernally y odiosa.”⁷² Es muy posible que la verdad fuera muy distinta de las dos versiones, y es posible que la conducta de Russell contribuyera a la inestabilidad mental de Vivien Eliot.

Las víctimas de Russell fueron a menudo mujeres más humildes: criadas, institutrices, cualquier mujer joven y bonita que anduviera por la casa. En su retrato de Russell, el profesor Hook afirma que ésta es la razón esencial de la ruptura de su tercer matrimonio. Hook dijo que sabía “de buena fuente” que Russell, “pese a su edad avanzada, perseguía cualquier cosa con faldas que se le cruzara por delante, y que tenía aventuras flagrantes hasta con las sirvientas (las de Meter) no a escondidas, sino ante sus ojos y los de los huéspedes de la casa.” Ella le dejó y volvió, pero Russell se negó a hacer un voto de fidelidad conyugal, y finalmente ella decidió que ya no estaba dispuesta a soportar humillaciones.⁷³ El divorcio tuvo lugar en 1952, cuando Russell tenía ochenta años. Entonces se casó con una maestra de Bryn Mawr, Edith Finch, que conocía desde muchos años atrás, y que le cuidó durante el resto de su vida.

Cuando le acusaban de ser antiamericano respondía astutamente: “La mitad de mis esposas fueron americanas.”⁷⁴

⁶⁸ Dora Russell, pág. 286

⁶⁹ *Autobiography*, vol. III, pág. 16

⁷⁰ Carta del 11 de octubre de 1911, citada en Clark, pág. 142

⁷¹ Hook, pág. 208

⁷² Peter Ackroyd, *T.S.Eliot* (Londres, 1984), págs. 66-67, 84; Robert H. Bell, “*Bertrand Russell and the Eliot's*”, *The American Scholar*, verano 1983

⁷³ Hook, pág. 636

⁷⁴ Citado en *Time*, 16 de febrero de 1970

En teoría Russell estaba al día con el movimiento por la liberación de la mujer del siglo XX; en la práctica estaba enraizado en el siglo XIX, un victoriano (después de todo tenía casi treinta años cuando la vieja reina murió), y tendía a ver a las mujeres como apéndices de los hombres.”... a pesar de su defensa del voto de las mujeres”, escribió Dora, “Bertie no creía realmente en la igualdad de hombres y mujeres... creía que la mente masculina es superior a las de las mujeres. Una vez me dijo que en general le resultaba necesario bajar el nivel cuando hablaba con mujeres.”⁷⁵ En el fono parece que sentía que la función principal de las esposas era la de producir hijos para sus maridos. Tenía dos hijos y una hija, y a veces trataba de dedicarse a ellos. Pero, como su héroe Shelley, combinaba una actitud dominante feroz, pero esporádica con una indiferencia más general. Dora se quejaba de que se había vuelto más alejado de la comprensión de sus problemas y se había dejado absorber totalmente por su papel en la política mundial”; él mismo se veía obligado a confesar que había “fracasado como padre”.⁷⁶ Como con tantos intelectuales, las personas (y esto incluye hijos y esposas) tendían a convertirse en sirvientes de sus ideas, y por lo tanto, en la práctica, de su ego. En cierto sentido Russell fue un hombre civilizado, capaz de actitudes nada egoístas, de gran generosidad. Le faltaba el ensimismamiento diamantino de un Marx, un Tolstoi o un Ibsen. Pero su rasgo explotador estaba allí, en especial en sus relaciones con las mujeres.

Tampoco explotaba únicamente a las mujeres, como sugiere el interesante caso de Ralph Schoenman. Schoenman era un americano, un graduado en filosofía de Princeton y de la Escuela de Economía de Londres, que se incorporó a la Campaña por el Desarme Nuclear en 1958, y dos años después, cuando tenía veinticuatro años, escribió a Russell sobre sus planes para organizar un ala de desobediencia civil en el movimiento. El anciano quedó intrigado, le animó para que fuera a visitarle, y quedó encantado con él. Las ideas extremistas de Schoenman coincidían exactamente con las suyas. La relación entre los dos se pareció mucho a la que se había establecido entre el viejo Tolstoi y Chertkov. Schoenman fue el secretario y el coordinador de Russell, de hecho el primer ministro en lo que, para 1960. Se había convertido la corte de un rey-profeta. En realidad había dos cortes. Una estaba en Londres, el centro de las actividades públicas de Russell. La otra estaba en su casa en Plas Penrhyn en la península de Portmeirion, Gales del Norte. Portmeirion, un pueblo italiano de fantasía, había sido construido por Clough Williams-Ellis, el rico arquitecto de izquierdas propietario de la mayor parte de las tierras que la rodeaban. Su esposa amable, autora de un libro de propaganda sobre la construcción del Canal del Mar Blanco (a cargo de trabajadores explotados, como sabemos ahora), uno de los documentos más repelentes que aparecieron en los oscuros años de la década del treinta.

Muchos progresistas prósperos, como el Boswell de Russell, Crawshay-Williams, Arthur Koestler, Humphrey Slater, el científico militar (más adelante Lord) Blackett y el historiador economista M.M. Posten, se instalaron en esa hermosa vecindad, para gozar la vida y planear el milenio socialista. Russell era su monarca, y a su corte llegaban, además de los intelectuales de la clase media local, una hueste de peregrinos de todas partes del mundo, en busca de sabiduría y aprobación, como sus predecesores lo habían hecho antes con Tolstoi y Yasnaya Polyana.

Russell gozaba con sus incursiones en Londres, para pronunciar discursos, hacer demostraciones, hacerse arrestar y en general atormentar al mundo oficial. Pero prefería la vida en Gales, y por eso le resultaba muy conveniente tener a Schoenman, un lugarteniente sin sueldo pero dedicado, en realidad fanático, para manejarle las cosas en

⁷⁵ Dora Russell, pág. 291

⁷⁶ *Autobiography*, vol. II, pág. 190

Londres. De modo que Schoenman actuaba como visir del sultán Russell, y su reinado duró seis años. Estaba con Russell cuando le arrestaron en septiembre de 1961 y también fue a la cárcel; cuando le dejaron en libertad en noviembre, el Ministerio del Interior propuso deportarle como extranjero indeseable. Un gran número de progresistas destacados firmaron una petición para que se le permitiera quedarse, y el gobierno cedió. Luego lamentaron amargamente haber intercedido, cuando Schoenman pareció recuperar su dominio absoluto sobre la mente de Russell, como en el caso de Chertkov con Tolstoi. A veces a los viejos amigos de Russell les resultaba difícil hablar con él por teléfono; Schoenman respondía todas las llamadas y simplemente se hacía cargo de transmitir los mensajes. También se le acusaba de ser el autor de las muchas cartas que Russell enviaba a *The Times* o de las declaraciones que llegaban a su nombre a las agencias de noticias comentando los sucesos mundiales. El mismo Schoenman alentaba esa creencia. Afirmaba que “todas las iniciativas políticas importantes que han llevado el nombre de Russell desde 1960 han sido obra mía en pensamiento y hecho”; por lo menos, dijo, era “una verdad parcial” que al anciano “le dominaba un siniestro joven revolucionario.”⁷⁷

Schoenman tuvo por cierto mucho que ver con el Comité de los Cien, el Tribunal de Crímenes de Guerra de Vietnam y la organización de la Fundación de la Paz de Bertrand Russell. Durante la década del sesenta la base de operaciones de Russell en Londres se convirtió en una especie de ministerio de Relaciones Exteriores, de tipo subversivo-cómico, de donde salían infinitas cartas y cables dirigidos a primeros ministros y jefes de estado: A Mao Tse-tung y Choy En-Lai en China, Khrushchev en Rusia, Nasser en Egipto, Sukarno en Indonesia, Haile Selassie en Etiopía, Mamarios en Chipre y muchísimos otros. A medida que esas misivas se volvieron más largas. Más frecuentes y desaforadas, cada vez fueron menos los que se tomaron el trabajo de contestarlas. También hubo comentarios públicos sobre hechos internos, a medida que ocurrían: “El Asunto Profumo es serio no porque el Ministerio consista de voyeurs, homosexuales y prostitutas. Es serio porque los que detentan el poder han destruido totalmente la integridad del poder judicial, han fabricado pruebas e intimidado a testigos, se han confabulado con la policía para destruir pruebas, y hasta han permitido que la policía asesinara a un hombre.”

Con el tiempo los diarios dejaron de publicar semejantes disparates. Los viejos amigos que habían perdido contacto con Russell daban por sentado que Schoenman era el autor de todos estos comunicados. No cabe duda de que escribió muchos de ellos. Pero en eso no había ninguna novedad. Russell era muy capaz de permitir que cualquiera escribiera un artículo con su firma si el tema no le interesaba demasiado. En 1941, cuando Sydney Hook se quejó de un artículo titulado “Qué hacer si se enamora de un hombre casado, de Bertrand Russell”, Russell confesó que había recibido 50 dólares por ello: su esposa había escrito el artículo, él sólo lo había firmado.⁷⁸ No hay ninguna prueba de que los trabajos de Schoenman falsearan seriamente las opiniones de Russell que eran tan violentas como las de su amanuense. Los archivos demuestran que Schoenman alteró y reforzó, con su propia mano, ciertas frases en los textos de Russell, pero esto pudo muy bien ser dictado por Russell (la declaración sobre la crisis de los misiles en Cuba es un caso muy probable de que así fuera). Cuando Russell se dejaba dominar por sus emociones siempre tendía a apartarse del texto moderado que había preparado. Si muchas de las afirmaciones que se conocieron con su nombre hoy parecen infantiles, debe recordarse que la década del sesenta fue infantil, y Russell uno de sus

⁷⁷ Ralph Schoenman, “*Bertrand Russell and the Peace Movement*”, en George Nakhnikian (ed). *Bertrand Russell's Philosophy* (Londres, 1974)

⁷⁸ Hook, pág. 307

espíritus representativos. A menudo fue culpable, en especial durante sus últimos años, de caprichos de criatura. Fue así como organizó una ceremonia especial, con público, para que se le viera romper su ficha de afiliación al partido laborista, y cuando en una recepción Harold Wilson, que era entonces primer ministro, se le acercó con la mano tendida, diciendo “Lord Russell”, el anciano conde mantuvo ostensiblemente las manos en los bolsillos. Lo que está claro, como insiste con toda razón su biógrafo Ronald Clark, es que, al contrario de lo que algunos de ellos pensaron entonces, Russell nunca cayó en la senilidad.⁷⁹ Le daba plena libertad a Schoenman, pero en última instancia retenía un control firme.

De hecho, cuando decidió que Schoenman ya no servía a sus fines, actuó sin piedad alguna. No ponía objeciones al extremismo de Schoenman, pero no le gustaba que le sacaran el primer lugar. Schoenman hizo varios viajes al exterior como “representante personal de Lord Russell”, y esto trajo problemas. En China irritó a Chouy En-lai al exhortar al pueblo a que desobedeciera al gobierno, y Chouy se quejó a Russell. La mala conducta de Schoenman durante el Congreso Mundial de la Paz, que se celebró en Helsinki en julio de 1965, fue muy publicitado. Russell recibió un cable indignado de los organizadores: “Discurso de su representante personal provocó tumulto. Rechazado enérgicamente por el público. Provocación tremenda al Congreso de la Paz. Fundación desacreditada. Esencial se desligue de Schoenman y su discurso. Saludos amistosos”.⁸⁰ Luego hubo, en 1966-67 largas discusiones públicas y entre bastidores sobre el Tribunal de Crímenes de Guerra de Vietnam.

En 1969 Russell, que ya tenía noventa y siete años, decidió que ya había recibido todos los beneficios que Schoenman podía llegar a reportarle, y prescindió de sus servicios. Además el 9 de julio eliminó a Schoenman de su testamento como albacea y fiduciario y rompió la relación con él por completo a mediados del mismo mes. Dos meses después le sacó del directorio de la Fundación Bertrand Russell por la Paz. En noviembre dictó a Edith, su cuarta esposa, una declaración de 7.000 palabras sobre toda su relación con Schoenman; Edith la escribió a máquina y Russell puso iniciales en todas las páginas y la acompañó con una carta firmada, excita en otra máquina. El tono era el de un whig, condescendiente y final; terminaba: “Ralph debe de haberse instalado a fondo en la megalomanía. La verdad es, supongo, que nunca tomé a Ralph tan en serio como él quiere pensar. En los primeros años sentí afecto por él. Pero nunca le vi como un hombre de talento y peso, ni de mucha importancia individual.”⁸¹ Se parecía un poco a Russell deshaciéndose de una esposa que ya no le atraía.

Una de las razones por las que Russell retuvo a Schoenman tanto tiempo fue su habilidad para conseguir fondos de una manera que a él le hubiese resultado desagradable. A Russell siempre le interesó el dinero: recibirlo, gastarlo y, para ser justos, también darlo. Durante la Primera Guerra Mundial no le gustó retener acciones por valor de 3.000 libras que había heredado en una empresa técnica que se dedicaba a producir armamentos de guerra y se las pasó al empobrecido T.S. Eliot; “años después”, recordaba, “cuando terminó la guerra y (Eliot) ya no era pobre, me las devolvió.”⁸² Russell a menudo hacía regalos esplendidos, en especial a mujeres. También era capaz de ser mezquino y avaro. Según Hook sus principales pecados eran la vanidad y la codicia: dice que en Estados Unidos a menudo escribía artículos tontos, o introducciones para libros que no consideraba buenos, por pequeñísimas sumas de dinero. Para defenderse, Russell le echaba la culpa primero a la escuela, que le costaba

⁷⁹ Clark, Pág. 584

⁸⁰ Citado en Clark, Pág. 612

⁸¹ La declaración, publicada en *New Statesman* después de la muerte de Russell, figura como un apéndice en Clark, págs. 640-51

⁸² *Autobiography*, vol. II, pág. 19

2.000 libras al año, y luego a sus mujeres. Aducía que su tercera mujer era extravagante, y después del divorcio afirmó que, de las 11.000 libras que recibió por ganar el Premio Nóbel en 1950, 10.000 fueron para ella. Aducían que tenía que ganar mucho dinero, y cuidarlo, porque estaba pagando alimento a dos a la vez. Pero también le gustaba la idea de una gran renta, de ahí esas lecturas atentas de su pequeña libreta de apuntes. Crawshay-Williams anotó en su diario: “Le gustaba que le incitemos a comentar largamente la gran cantidad de dinero que ahora gana.” Gozó en particular cuando en 1960 le correspondió el Premio Sonning danés, consistente en 5.000 libras libres de impuestos. “Y ningún impuesto extra” exultó, “¡pura ganancia!” Le dijo a Crawshay-Williams que estaría sólo dos días en Dinamarca: “vamos allí solamente para recoger el dinero y volvemos directamente.”⁸³

Schoenman resultó ser un excelente ministro de finanzas. En las catas de Russell introducía papelitos que decían: “Si usted piensa que el trabajo de Bertrand Russell por la paz es valiosa, quizá le interesaría apoyarlo financieramente... Esta nota la inserta el secretario de Lord Russell sin que él lo sepa.”⁸⁴

A los que escribían pidiendo un autógrafo de Russell les cobrara 3 libras (luego lo rebajó a 2). A los periodistas les pedía que pagaran 150 libras por una entrevista. Russell estaba por cierto al tanto de estas exacciones, ya que recibía innumerables protestas sobre el estilo americano de Schoenman para reunir fondos. Pero permitió que continuara, y parece que dio su bendición a dos de los proyectos más importantes de Schoenman. Contra el consejo de Sir Stanley Unwin, el tradicionalista editor de Russell para Estados Unidos, Schoenman subastó los derechos de la autobiografía de Russell para Estados Unidos (un recurso mercantil casi desconocido en esos días) e hizo subir las apuestas hasta la entonces enorme suma de 200.000 libras. También aprovechó el hecho de que Russell hubiese acumulado un archivo personal muy competente. Russell, como su contemporáneo Churchill, fue uno de los primeros en percibir el valor comercial de las cartas de los famosos, y conservó todas las que recibía (más la copia de las cartas que él mandaba). En la década del 60 consistía en 250.000 documentos, y se consideraba “el archivo privado más importante de su especie en Inglaterra.” Schoenman, experto en publicidad, hizo transportar el archivo a Londres en dos coches blindados, y después de mucha palabrería lo vendió a la Universidad de McMaster, de Hamilton, Notario, por 250.000 dólares.⁸⁵ El golpe maestro de Schoenman fue organizar la Fundación por la Paz, para la que consiguió la exención de impuestos en igualdad con la Fundación por la Paz Atlántica. “Bastante contra mi voluntad”, observó Russell con complacencia, “mis colegas insistieron en que la Fundación llevara mi nombre.”⁸⁶ Durante sus últimos años, en consecuencia, pudo distribuir sumas considerables de dinero entre sus causas favoritas, las sensatas y las disparatadas, gozar de una renta importante, y el mínimo legal permisible de impuestos.

Cuando Schoenman hubo creado esta organización ingeniosa, fue despedido sin ninguna ceremonia. En cuanto a la acusación de que Russell, como su amigo Williams-Ellis, era un hombre rico y un socialista, y la pregunta ¿por qué ninguno de los dos se despojaba de su dinero? Russell tenía una contestación lista: “Creo que se han equivocado. Clough Williams-Ellis y yo somos socialistas. No pretendemos ser cristianos.”

La habilidad para tener lo mejor de los dos mundos, el mundo de la virtud progresista y el mundo del privilegio, es un tema presente en las vidas de muchos

⁸³ Crawshay-Williams, págs. 127-28

⁸⁴ Clark, pág. 610

⁸⁵ Clark, Págs. 620-22

⁸⁶ *Autobiography*, vol. III. Págs. 159-60

intelectuales notables, y en ninguna más que en la de Russell. Si bien no los pidió a menudo, nunca rehusó los beneficios que le traían su ascendencia, fama, conexiones y título. Es así que, cuando en 1919 el magistrado de Bow Street le sentenció a seis meses en la segunda división (trabajos forzados) ésta se cambió, al apelar, a la primera división, con la manifestación del presidente: “Sería una gran pérdida para el país que el señor Russell, un hombre tan distinguido, fuera confinado de tal manera que no le fuera posible Harper uso de su capacidad con toda amplitud.”⁸⁷ El relato del propio Russell en su autobiografía sugiera que la indulgencia se debió a un camarada filósofo, entonces ministro de Relaciones Exteriores; “Gracias a la intervención de Arthur Balfour me situaron en la primera división, de modo que mientras estuve en la prisión pude leer y escribir todo lo que quise, siempre que no hiciera propaganda pacifista.

En muchos sentidos la prisión me resultó muy agradable.”⁸⁸ Mientras estaba en Beixzton escribió su Introducción a la filosofía matemática y empezó su Análisis de la mente. También pudo conseguir y leer los libros más recientes, incluso Victorianos eminentes, el best seller subversivo de Lytton Strachey, que le hizo reír “tan fuerte que el oficial vino a mi celda y me dijo que debía recordar que la prisión es un lugar de castigo”. Otros camaradas pacifistas, peor relacionados, como E.D.Morel, perdieron la salud en la segunda división.

A Russell también le encantaban los pequeños privilegios, como cuando Schoenman consiguió que le mandaran una cuota extra de novelas de misterio de la biblioteca pública: Russell devoraba un número enorme de historias de detectives, como muchos otros intelectuales de Cambridge de su generación (su viejo colega J.E. McTaggart necesitaba treinta volúmenes por semana). No protestó (¿quién lo habría hecho?) cuando durante los peores períodos de escasez en la posguerra, una famosa destilería escocesa le envió un cajón de whisky todos los meses marcado “El conde Russell”.⁸⁹ Russell, no siempre adrede, hacía difícil que se olvidara su origen social. Describió a su primera esposa como “no lo que mi abuela llamaría una dama”. Hablaba del día en que cumplió veintiún años como el día en que “llegué a la mayoría de edad”. A menudo gozaba siendo descortés con gente que definía como de clase media, tales como los arquitectos. Si se fastidiaba seriamente, llamaba a la policía, como cuando, imitando sus propias actividades, una actriz y su agente organizaron una “sentada” en su sal de Londres. Deseaba mucho la Orden al Mérito, pensando que era escandaloso que hombres inferiores como Eddington y Whitehead la tuviesen antes que él, y se sintió muy satisfecho cuando por fin Jorge VI se la otorgó. La creencia, entre la gente de izquierda, de que nunca usaba su título era un mito. A diferencia de su tercera esposa, que parece que se sintió complacida con él, Russell lo usaba pragmáticamente siempre que pensaba que le podía asegurar algún beneficio. Siempre era conde cuando lo creía necesario. De lo contrario, era un hombre informa, hasta cierto punto. No permitía que nadie se tomara libertades con él.

En cuanto a la lógica, eso también se invocaba sólo si era necesario. Durante la invasión soviética de Checoslovaquia, a Russell le convencieron de que firmara una carta de protesta junto con otros escritores. Tuve la tarea de negociar su publicación en *The Times*. Con las firmas en el orden alfabético acostumbrado, el encabezamiento de la carta hubiese sido “Del señor Kingley Amis y otros”. Decidí, y el director del departamento de cartas estuvo de acuerdo, que podría tener más efecto en el mundo comunista si leían “Del Conde Russell OM y otros. De modo que se hizo así. Pero Russell se dio cuenta del pequeño engaño y se enojó. Llamó por teléfono para protestar

⁸⁷ Ardí, pág. 47

⁸⁸ *Autobiography*, vol. II Pág. 34

⁸⁹ Crawshay-Williams, Pág. 41

y por fin me alcanzó en la imprenta, donde estaba imprimiendo del *New Statesman*. Me dijo que lo había hecho adrede para dar la falsa impresión de que él mismo había organizado la carta. Lo negué y le dije que la única intención había sido dar a la carta el máximo impacto.

“Después de todo”, dije, “si aceptó firmar la carta, no se puede quejar si ponen su nombre primero... no es lógico.” “¡Al diablo con la lógica!”, dijo Russell abruptamente. Y cortó la comunicación.

CAPÍTULO 9

JEAN-PAUL SARTRE

“Una bolita de piel y tinta”

Jean-Paul Sartre, como Bertrand Russell, fue un filósofo profesional que además buscó predicar a un público masivo. Pero hubo una diferencia importante entre sus enfoques. Russell veía la filosofía como una ciencia hierática en la que el pueblo no podía participar. Lo más que podía hacer un filósofo mundano como él era destilar pequeñas cantidades de sabiduría y distribuirlas, sumamente diluidas, por medio de artículos periodísticos, libros populares y transmisiones de radio. Sartre, por el contrario, como trabajaba en un país donde la filosofía se enseña en la escuela secundaria y está en boca de todos en los cafés, creía que a través de obras de teatro y novelas podía conseguir la participación de las masas en su sistema. Por un tiempo al menos pareció haberlo logrado. Por cierto, ningún filósofo de este siglo ha tenido un impacto tan directo sobre las mentes y actitudes de tantos seres humanos, en especial entre la gente joven, en todo el mundo. El existencialismo fue la filosofía popular de fines de la década del cuarenta y durante la del cincuenta. Sus obras de teatro fueron grandes éxitos de público. Sus libros se vendían en gran cantidad, de algunos de ellos más de dos millones de volúmenes en Francia solamente.¹ Ofrecía un modo de vida. Presidía una iglesia secular, si bien nebulosa. Sin embargo en definitiva, ¿qué significó todo eso?

Como la mayoría de los intelectuales notables, Sartre fue un egoísta supremo. Tampoco esto debe sorprender, dadas las circunstancias de su niñez. Fue el clásico del hijo único mimado. Su familia pertenecía a la clase media alta de provincia, su padre era un oficial naval, su madre una Schweitzer de Alsacia. Por lo que se decía, el padre era un tipo insignificante, muy dominado por su padre; un hombre inteligente, sin embargo, un *polytechnicien*, que se dejaba unos bigotes enormes para compensar su baja estatura (1m.55). De todos modos murió cuando Sartre tenía sólo 15 meses y se convirtió “sólo en una fotografía en el dormitorio de mi madre”. La madre, Anne-Marie, se casó de nuevo con un industrial, Joseph Mancy, dueño de la fábrica Delaunay-Belleville en La Rochelle. Sartre, que nació el 21 de junio de 1905, heredó la altura de su padre (1m56), su inteligencia y sus libros, pero en su autobiografía, *Les mots*, hizo grandes esfuerzos para eliminarlo de su vida. “Si hubiese vivido”, escribió, “mi padre me habría aplastado. Por suerte murió joven”. “Nadie en mi familia”, añadió, “ha podido despertare en mi ninguna curiosidad por él”. En cuanto a los libros, “Como todos sus contemporáneos tenía basura... Los vendí: el muerto significaba muy poco para mí”²

El abuelo, que aplastó a sus propios hijos, estaba encantado con Jean Paul y le permitió el libre uso de su gran biblioteca. Su madre fue un felpudo, y el pequeño su posesión más preciosa. Le tuvo con vestido y pelo largo más tiempo aun que al pequeño Hemingway, hasta que tuvo casi ocho años, cuando el abuelo decretó la masacre de los rulos. Sartre llamó “paraíso” a su infancia, su madre fue “Esta virgen, que vivía con nosotros, vigilada y dominado por todos, estaba ahí para servirme... Mi madre era mía y nadie cuestionaba mi tranquilo dominio. No conocí la violencia ni el odio y me salvé del duro aprendizaje de los celos.” No había por qué “rebelarse”, ya que “el capricho de los demás nunca pretendió imponérseme como ley”. Una vez, a los cuatro años, puso sal

¹ Annie Cohen, *Sartre; A Life* (trad. Londres, 1987), pág. 113

² Sartre, *Words* (trad. Londres, 1964), pág. 16-17

en el dulce, por otra parte, a falta de crímenes, ningún castigo. Su madre le llamaba Polou. Le decían que era hermoso “y yo lo creía”. Era un niño precoz “y recordaban lo que decía y me lo repetían”. De modo que “aprendí a inventar otras cosas”. Sabía, dijo, “como decir sin esfuerzo cosas superiores a mi edad”. A veces, en verdad, el relato de Sartre recuerda el de Rousseau: “Dios nació en lo profundo de mi corazón y la verdad en la juvenil oscuridad de mi comprensión.” “No tenía derechos porque me abrumaban con amor; no tenía deberes porque todo lo hacía por medio del amor.”³

Su abuelo “cría en progreso, y yo también: el progreso, ese camino largo y arduo que me llevó a mí mismo”. Se describía como “una posesión cultural...Estaba impregnado de cultura y se la devolvía a la familia como un resplandor”. Recuerda el intercambio que tuvo lugar cuando pidió permiso para leer *Madame Bovary* de Flaubert (considerada entonces todavía como inconveniente). Madre: “Pero si el querido pequeño lee esos libros a su edad, ¿qué hará cuando crezca? Sartre: “¡los viviré!” Esta ingeniosa respuesta fue repetida con deleite en el círculo familiar y fuera de él.⁴

Como Sartre sentía poco respeto por la verdad es difícil decir hasta qué punto se puede creer la descripción que hace de su infancia y su juventud. Cuando la madre leyó *Les mots* quedó perturbada: “*Polou ne rien compris á son enfance*” (“Polou no comprendió nada de su infancia”), fue su comentario. Lo que la disgustó fue su comentario despiadado sobre los miembros de la familia. Es indudable que le consintieron⁵. Pero cuanto tenía cuatro años ocurrió una catástrofe: después de un ataque de gripe tuvo un orzuelo en el ojo derecho y perdió su uso. Sus ojos siempre le traerían problemas. Invariablemente usaba gafas gruesas, y a partir de sus sesenta años fue quedándose ciego progresivamente. Cuando Sartre por fin fue a la escuela descubrió que su padre le había mentido sobre su aspecto, y que era feo. Aunque bajo, estaba bien formado: ancho, de tórax amplio, fuerte, pero la cara era muy fea y el ojo defectuoso le volvía casi grotesco. Por ser feo, le pegaban. Se desquitaba con ingenio, desprecio, bromas, y se convirtió en ese personaje agrisado, el bufón de la escuela. Luego perseguiría a las mujeres, como decía él, “para quitarme de encima la carga de mi fealdad.”⁶

Sartre tuvo la mejor educación al alcance de un hombre de su generación: un buen liceo en La Rochelle, dos años de internado en el ILCE Henri Quatre en París, probablemente la mejor escuela secundaria de Francia entonces; luego la École Normal Supérieure, donde se graduaron los académicos más notable de Francia. Tuvo contemporáneos muy capaces: Paul Nizan, Raymond Aron, Simone de Beauvoir. Practicó el boxeo y la lucha. Tocaba el piano, nada mal, cantaba bien con una voz poderosa y colaboró en las revistas teatrales de la École con piezas satíricas breves. Escribió poemas, novelas, obras de teatro, canciones, cuentos y ensayos filosóficos. Era de nuevo el bufón, pero con una gama de trucos mucho más amplia. Adquirió el hábito, que mantuvo muchos años, de leer unos trescientos libros al año.⁷ El campo era muy amplio; las novelas americanas le apasionaban. También tuvo su primera amante, Simone Jollivet; como su padre, si estaban a mano, prefería las mujeres altas, y Simona era una rubia larguirucha, más de una cabeza más alta que él. Sartre no aprobó su primer examen para graduarse, pero lo hizo brillantemente el año siguiente, el primero de todos: Beauvoir, tres años menor que él, fue la segunda. Fue en junio de 1929, y como la mayoría de los jóvenes inteligentes en esa época, Sartre fue maestro de escuela.

³ *Word*, págs.21/23 (no figura en el texto este número de referencia)

⁴ *Word* pág. 73

⁵ Citado en Cohen-Solal, pág. 40

⁶ Sartre, *War Diaries: Notebook for a Phoney War*, November 1939- March 1940 (trad. Londres, 1984), pág. 281

⁷ Cohen-Solal, pág. 67

Se puede decir que la década del treinta fue una década perdida para Sartre. No le trajo la fama literaria que esperaba y deseaba con pasión. Pasó casi todos esos años como maestro en Le Havre, compendio de la falta de atractivo de la vida provincial. Hubo viajes a Berlín, donde, a sugerencia de Aron, estudió a Husserl, Heidegger y la fenomenología, entonces la filosofía más original en Europa Central. Pero la mayor parte del tiempo la ocupó en la monotonía de la enseñanza. Odiaba a la burguesía. En realidad tenía mucha conciencia de clase. Pero no era marxista. De hecho nunca leyó a Marx, salvo quizás en extractos. Fue por cierto un rebelde, pero un rebelde sin causa. No se incorporó a ningún partido. No le interesó el ascenso de Hitler.

España le dejó indiferente. Más allá de lo que pudiera haber pretendido después, los hechos sugieren que antes de la guerra no tenía opiniones políticas firmes. Una fotografía le muestra engalanado en el día de un discurso académico, de toga negra de seda con “volantes fruncidos y una capa amarilla con tiras de armiño, las dos prendas demasiado grandes. De costumbre llevaba una chaqueta deportiva y camisa sin corbata, que se negaba a usar. Recién entrado en la edad madura adoptó el uniforme de un intelectual; jersey blanco con cuello de polo, una extraña chaqueta de símil cuero. Bebía mucho. En el día de su segundo discurso fue el actor principal en una escena grotesca que anticipa a *Lucky Jim* (Jim el afortunado), de Kingsley Amis, cuando borracho e incoherente no pudo cumplir su cometido y tuvo que ser sacado del escenario.⁸ Entonces y toda su vida se identificó con la juventud, en particular con la juventud estudiantil. A sus alumnos les permitía hacer más o menos lo que querían. Su mensaje fue: el individuo es enteramente responsable por sí mismo, tiene derecho a criticar todo y a todos. Los jóvenes podían quitarse la chaqueta y fumar en clase. No estaban obligados a tomar notas ni a presentar ensayos. Nunca pasaba lista ni imponía castigos, ni clasificaba. Escribió mucho, pero no encontraba editor para sus primeras obras de ficción. Tuvo la tristeza de ver que sus amigos, Nizan y Aron, era publicados y adquirirían cierta fama. Por fin en 1936 publicó un libro, sobre sus estudios alemanes. *Récherches philosophiques*. Atrajo poca atención. Pero empezaba a darse cuenta de qué quería hacer.

La esencia de la obra de Sartre fue la proyección del activismo filosófico a través de la ficción y el drama. Esto ya lo tuvo decidido en su mente a fines de la década del treinta. Argumentaba que todos los novelistas que escribían entonces- pensaba en Dos Passos, Virginia Wolf, Faulkner, Joyce, Aldous Huxley, Gide y Thomas Mann-reflejaban ideas viejas, en su mayoría derivadas, directa o indirectamente, de Descartes y Hume. Sería mucho más interesante, escribió a Jean Paulhan, “hacer una novela de la época de Heidegger, y eso es lo que quiero hacer”. Su problema fue que durante la década del treinta trabajó en la ficción y la filosofía enteramente por separado: comenzó a entusiasmar a la gente cuando reunió a ambas con firmeza y obligó al público a prestarle atención a través del teatro. Pero poco a poco iba emergiendo una especie de novela filosófica. Quería llamarla *Mélancholie*. Sus editores cambiaron el título por *La Nausée*, mucho más llamativo, y por fin publicó en 1938. Una vez más, tuvo poca respuesta al principio.

Fue gracias a la guerra como Sartre adquirió renombre. Para Francia fue un desastre, para algunos amigos, como Nizan, fue la muerte. A otros les trajo peligro y descrédito. Pero Sartre tuvo una buena guerra. Le alistaron en la sección meteorológica del cuartel general del Escuadrón de Artillería del Ejército, donde lanzaba globos de aire caliente a la atmósfera para comprobar de qué lado soplaban el viento. Sus camaradas se reían de él. Su cabo un profesor de matemáticas observó: “Desde un principio supimos

⁸ Cohen-Solal, págs. 79-80

que no nos serviría de nada desde el punto de vista militar.” Era el momento peor del ánimo militar francés.

Sartre era conocido por no bañarse jamás y ser asquerosamente sucio. Lo que hacía era escribir. Todos los días producía cinco páginas de una novela que a su tiempo sería *Les chemins de la Liberté*, cuatro páginas de su *Diario de la Guerra*, de innumerables cartas, todas dirigidas a mujeres. Cuando los alemanes invadieron, el frente cayó y Sartre fue tomado prisionero, mientras seguía escribiendo (21 de junio de 1939). En el campo de prisioneros de guerra cerca de Trèves fue politizado por los guardianes alemanes que despreciaban a sus prisioneros franceses, sobre todo cuando estaban sucios, y a Sartre le dieron repetidos puntapiés en su amplio trasero. Como en la escuela, sobrevivió haciendo bromas y escribiendo para representaciones en el campo de prisiones. También siguió trabajando mucho en sus propias novelas y piezas de teatro. Hasta su liberación en marzo de 1941, cuando le clasificaron como “parcialmente ciego”

Sartre se dirigió directamente a París. Consiguió trabajo como profesor de filosofía en el famoso Lycée Condorcet, que tenía a la mayor parte de su personal en el exilio, en la clandestinidad o en campos de prisiones. Pese a sus métodos, o quizás a causa de ellos, los inspectores escolares informaron que su “enseñanza” era “excelente”. París en tiempo de guerra le resultó estimulante. Más adelante escribió: “Me entenderá le gente si digo que el horror era intolerable pero que nos adaptábamos bien a él... Nunca fuimos tan libres como bajo la ocupación alemana.”⁹ Pero eso dependía de quién era uno. Sartre tuvo suerte. Como no había tomado parte en la vida política de la preguerra, ni siquiera en el Frente Popular de 1936, no figuraba en ningún registro o lista nazi. Por lo que a ellos les importaba, estaba “limpio”. En realidad los conocedores le miraban con simpatía. París estaba lleno de intelectuales alemanes francófilos con uniforme, como Gerhardt Heller, Kart Epting, Kar-Heinz Bremen. Tenían influencia no sólo sobre la censura, sino también sobre los periódicos y revistas permitidos, y especialmente sobre sus reseñas teatrales y de libros.¹⁰ Para ellos, las novelas y piezas de teatro de Sartre, con su trasfondo filosófico de Europa Central y sobre todo su énfasis en Heidegger, aprobado por los intelectuales nazis, eran decididamente aceptables. Sartre nunca colaboró activamente con el régimen. Lo más cerca que estuvo de hacerlo fue cuando escribió para *Comedia*, un semanario colaboracionista, y aceptó en un momento dado colaborar regularmente con una columna. Pero no tuvo dificultad en conseguir que le publicaran sus obras y presentaran sus piezas. Como dijo André Malraux: “Yo estaba enfrentando a la GESTAPO mientras en París Sartre presentaba sus obras con la autorización de los censores alemanes.”¹¹

Sartre ansiaba, vagamente, contribuir a la Resistencia. Por suerte para él sus intentos no llegaron a nada. En esto hay una ironía curiosa, la clase de ironía a la que uno se acostumbra cuando escribe sobre intelectuales. La filosofía personal de Sartre, que pronto se llamaría existencialismo, ya estaba tomando forma en su mente. Era esencialmente una filosofía de la acción, que argumentaba que el carácter y el sentido del hombre quedaban determinados por sus acciones, no por sus opiniones, por sus hechos, no por sus palabras.

La ocupación nazi despertó todos los instintos antiautoritarios de Sartre. Quiso luchar contra ella. Si hubiese seguido sus máximas filosóficas, lo habría hecho volando trenes de tropas o tirando contra los miembros de la SS. Pero en realidad eso no fue lo

⁹ Artículo de 1945, reimpresso en *Situaciones*, (Londres, 1965)

¹⁰ Ernst Jünger, *Premier Journal Parisien* 1941-43 (París, 1980)

¹¹ Simone de Beauvoir, *The Prime of Life* (trad. Londres, 1962) pág. 384. La cita de Malraux es de Herbert Lotman, *Camus* (Londres, edición de 1981) pág. 705

que hizo. Habló. Escribió. Se inclinaba hacia la Resistencia en teoría, mente y espíritu, pero no en la acción. Ayudó a organizar un grupo clandestino, *Socialismo y Libertad*, que hacía reuniones y debates. Parece que creyó que si todos los intelectuales pudiesen unirse y hacer sonar las trompetas, las paredes de la Jericó nazi se derrumbarían. Pero Gide y Malraux, a quienes se acercó, le rechazaron. Algunos miembros del grupo, como su colega filósofo Maurice Merleau Ponty, estaban comenzando a confiar en el marxismo. Sartre, en la medida en que era algo, seguía a Proudhon: con ese espíritu escribió su primera manifiesto político de cien páginas, en que hablaba de la Francia de posguerra.¹² De modo que hubo muchas palabras, pero no actos. Un miembro, Jean Pouillon, lo expresó así: “No fuimos un grupo de Resistencia organizado, sólo un puñado de amigos que había decidido ser antinazis juntos y transmitir nuestras convicciones a otros.” Otros, que no eran miembros, fueron más críticos. George Chazelas, que optó por el partido comunista, dijo: “Desde el principio me impresionaron como muy infantiles: nunca se dieron cuenta, por ejemplo, de hasta que punto su charla ponía en peligro el trabajo de los demás.” Raoul Lévy, otro hombre activo de la Resistencia, dijo que lo que hacían era “un mero parloteo alrededor de una mesa del té” y que el mismo Sartre era “un analfabeto político”.¹³ Finalmente el grupo murió de inanición.

Sartre entonces no hizo nada importantes por la Resistencia. No levantó un dedo, ni escribió una palabra, para salvar a los judíos. Se dedicó implacablemente a promover su propia carrera. Escribió furiosamente, piezas de teatro, filosofía y novelas, sobre todo en los cafés. Su asociación con St. Germanin-des-Près, que pronto sería famosa en todo el mundo, fue en su origen por entero accidental. Su texto filosófico más importante, *L'Être et le Néant (El ser y la nada)*, que presentaba los principios del activismo sartreano de la manera más completa, fue compuesto principalmente en el frío invierno de 1942-43. Monsieur Boubal, propietario del Café Flore en el Boulevard St. Germain, era sumamente hábil para conseguir carbón para la calefacción y tabaco para fumar. De modo que Sartre escribía allí, todos los días, sentado con su feo y abrigado sobretodo de piel artificial, de un brillante color naranja, que le caía mal, que había conseguido de alguna forma. Bebía una taza de té lechoso, y luego garabateaba sin apartar durante horas, levantando apenas los ojos del papel, “una pelotita de piel y tinta”¹⁴ Simone de Beauvoir, que así le describió, anotó que estaba amenizando el tratado, que llegó a tener 722 páginas, con “pasajes picantes”. Uno “se refiere a agujeros en general y el otro se concentra en el ano y en al acto de hacer el amor al estilo italiano.”¹⁵ Se publicó en junio de 1943. El éxito tardó en llegar, (algunas de las críticas más importantes no se publicaron hasta 1945), pero fue seguro y acumulativo.¹⁶ Fue sin embargo a través del teatro como Sartre se impuso como figura importante.

Su pieza *Les Louches* se estrenó el mismo mes en que se publicó *L'Être* y al principio se vendieron comparativamente pocas entradas. Pero atrajo la atención y consolidó la creciente reputación de Sartre. Pronto le solicitaron de Pathé que escribiera obras para cine, escribió tres (entre ellas la brillante *Les jeux sont faits*) y por primera vez ganó una buena cantidad de dinero. Estuvo relacionado con la creación de una nueva revista que fue muy influyente, *Les Lettres françaises* (1943) y en la primavera siguiente fue elegido miembro del jurado para el *Prix de la Pléiade*, junto con André Malraux y Paul Éluard, seña segura de que ya era un factor de poder literario. En ese

¹² Cohen-Solal, págs. 166-69 el texto ha desaparecido.

¹³ Citas de entrevistas en Cohen-Solal, Págs. 176 ss.

¹⁴ De Beauvoir, *The Prime of Life*, pág. 419

¹⁵ *Letters au Castor et á queleques autres* (2 vols. París, 1983)

¹⁶ *L'Être et le néant* (París, 1943); *Being and Nothengness* (trad. Londres, 1956,1966).

tiempo, el 27 de mayo de 1944, se presente su obra *Huis clos* (Sin salida) en el Vieux Colombier. Esta obra brillante, en la que tres personas se encuentran en una sala que resulta ser una antecámara del infierno, funcionaba en dos niveles. En un nivel era un comentario sobre el carácter, con el mensaje “El infierno son los demás”. En otro era una presentación popular de *L'Être et le Neant*, una versión radicalizada de Heidegger, al que se la había dado un llamativo brillo gálico y una pertinencia contemporánea, y que presentaba un mensaje de activismo y desafío oculto. Era el tipo de cosa para la que los franceses siempre se han mostrado notablemente dotados: tomar una idea alemana y adecuarla a la moda en el momento oportuno. La pieza tuvo un éxito enorme tanto con la crítica como con el público, y se la ha descrito bien como “el hecho cultural que inauguró la edad dorada de St-Germain-des-Prés”.¹⁷

Huis Clos hizo famoso a Sartre, un ejemplo más de la fuerza única del teatro para proyectar las ideas. Pero, curiosamente, fue a través del anticuado foro de la conferencia pública como Sartre se hizo mundialmente famoso, hasta célebre, un nostre sacré. Antes del año de la presentación de la obra Francia estaba en paz. Todos, en particular, trataban ansiosamente de ponerse al día con los años culturales perdidos y buscando el elixir de la verdad de posguerra. Entre los comunistas y los recién surgidos socialdemócratas católicos (MRP) se libraba una batalla feroz por la preeminencia en la universidad. Sartre utilizó su nueva filosofía para ofrecer una alternativa; no una iglesia ni un partido, sino el desafío de una doctrina del individualismo en la que cada ser humano se visto como amo absoluto de su alma si opta por seguir el camino de la acción y el coraje. Era un mensaje de libertad después de una pesadilla totalitaria. Sartre ya había afirmado sus dotes y capacidad de persuasión como conferenciante con una serie exitosa sobre “Las técnicas sociales de la novela” que había dado en la calle St. Jacques, en el otoño de 1944. Entonces sólo había dejado asomar algunas de sus ideas. Un año después. Con Francia libre y ansiosa por recibir estímulo intelectual, anunció una conferencia pública en la Salle des Centraux, calle Jean Goujon 8, el 29 de octubre de 1945. La palabra “existencialismo” no fue suya. Parece ser que la inventó la prensa. En agosto, cuando le pidieron que definiera el término, Sartre había respondido: “¿Existencialismo?” No sé qué es. Mi filosofía es una filosofía de la existencia”. Luego decidió aceptar lo que los medios de comunicación habían acuñado, y tituló su conferencia: “El existencialismo es humanismo”,

Nada es tan poderoso, dictaminó Víctor Hugo, como una idea cuyo momento ha llegado. El momento de Sartre llegó de dos maneras. Estaba predicando la libertad a gente hambrienta de ella y que la esperaba. Pero no era una libertad fácil. “El existencialismo”, decía Sartre, “define al hombre por sus actos... Les dice que la esperanza está sólo en la acción, y que la única cosa que le permite vivir al hombre es la acción.” De modo que “El hombre se compromete con su vida, y de ella deriva su imagen, más allá de la cual no hay nada.” El nuevo europeo de 1945, decía Sartre, era el individuo nuevo, existencialista...”solo, sin excusas. Esto es lo que quiero decir cuando afirmo que estamos condenados a ser libres”.¹⁸ De modo que la nueva libertad existencialista de Sartre resultó sumamente atractiva a una generación desilusionada: solitaria, austera, noble, levemente agresiva por no decir violenta, y antielitista, popular...nadie quedaba excluido. Cualquier, pero en especial los jóvenes, podían ser existencialistas.

Además, Sartre estaba presidiendo una de esas grandes revoluciones periódicas de la moda intelectual. Entre las dos guerras, asqueada por los excesos doctrinarios de la

¹⁷ Guillaume Ganotaux, *L'Age d'or de St. Germain-des Prés* (Paris, 1965)

¹⁸ Sartre, *L'Existentialisme est un humanisme* (Paris, 1946); *Existentialism and Humanism* (Londres, 1973)

larga batalla sobre Dreyfus y por la carnicería de Flandes la intelectualidad francesa había cultivado las virtudes de la indiferencia. El tono lo había dado Julien Benda, cuyo libro *La trahison des cleres* (La traición de los intelectuales), publicado en 1927, de inmenso éxito, exhortaba a los intelectuales a evitar “comprometerse” con credo, partido o causa alguna, a concentrarse en los principios abstractos y a mantenerse fuera de la arena política. Uno de los muchos que habían seguido a Benda fue precisamente el propio Sartre. Hasta 1941 nadie pudo haber estado menos comprometido. Pero ahora, tal como había examinado la atmósfera con sus globos llenos de aire caliente, olió una brisa diferente. El y sus amigos habían creado una revista nueva, *Les Temps modernes*, con Sartre como director general. El primer número había aparecido en septiembre, con su manifiesto editorial. Exigía imperiosamente que los escritores se comprometieran de nuevo.

El escrito tiene un lugar en su época. Cada palabra tiene eco. También cada silencio. Considerando a Flaubert y a (Edmond) Goncourt responsables de la represión que siguió a la Comuna porque no escribieron ni una sola línea para impedirla. Se podrá decir: no era asunto suyo. Pero en ese caso ¿era el juicio de Calas asunto de Voltaire? ¿Era la condena de Dreyfus asunto de Zola?¹⁹

Este fue el trasfondo de la conferencia. Ese otoño había una extraordinaria tensión cultural en París. Tres días antes de que Sartre hablara había habido un escándalo en el estreno de dos ballets nuevos, *Les Forains* y *Le Rendez-vous*, en el Théâtre des Champs-Élysées cuando el telón de Picasso fue recibido con un abucheo por el público de sociedad que llenaba el teatro.

La conferencia de Sartre no fue demasiado publicitada: algunas noticias en la sección de anuncios en *Libération*, *Le Figaro*, *Le Monde* y *Combat*. Pero es indudable que la propaganda fue tremenda. Cuando Sartre llegó cerca del salón, a las 20.30, la multitud reunida en la calle era tan grande que él temió que fuera una manifestación organizada por el PC: en realidad se trataba de gente que intentaba desesperadamente entrar y, como la sala ya estaba llena, sólo se permitía la entrada a las celebridades. Sus amigos tuvieron que abrirle paso al propio Sartre. Dentro, las mujeres se desmayaban, y hubo sillas rotas. El acto tardó en comenzar una hora. Lo que Sartre dio fue, en lo esencial, una conferencia académica técnica de filosofía, pero dadas las circunstancias se convirtió en el primer gran evento de la posguerra para los medios de comunicación. Por una coincidencia notable, Julien Benda también pronunció una conferencia pública esa noche, con una sala prácticamente vacía.

La cobertura de la conferencia de Sartre por parte de la prensa fue sorprendente.²⁰ Muchos periódicos reprodujeron miles de palabras del texto de Sartre pese a la escasez de papel. Denunciaron apasionadamente tanto lo que dijo como la forma en que lo dijo. El diario católico *La Croix* llamó al existencialismo “un peligro mayor que el racionalismo del siglo XVIII o el positivismo del XIX”, y se unió con el comunista *L'Humanité* para llamar a Sartre enemigo de la sociedad. A su debido tiempo todos los libros de Sartre fueron incluidos en el *Index de Libros Prohibidos* del Vaticano, y el comisario de cultura de Stalin, Alexander Fadayevev, le llamó “Un chacal con máquina de escribir una hiena con estilográfica”. Además Sartre se convirtió en el foco de unos celos profesionales tremendos. La Escuela de Frankfurt, que odiaba a Brecht, odió más a Sartre. Max Horkheimer le llamó “deshonesto y pandillero del mundo filosófico”. Todos estos ataques sólo lograron acelerar el encumbramiento de Sartre. Para ese entonces era, como tantos intelectuales antes que él un experto en el arte de

¹⁹ *Les Temps Modernes*, 1º de septiembre de 1945

²⁰ Ver Cohen-Solal, págs. 252-53. Para el episodio de Picasso ver Jacques Dumanine, *Quai d'Orsay* 1945-51 (trad. Londres, 1985), pág., 13

publicitarse. Lo que él no podía hacer lo hacían sus seguidores por él. *Samedi Soir* comentó agriamente: “No hemos visto un éxito de promoción semejante desde los tiempos de Barnum.”²¹ Pero cuanto más se moralizaba sobre el fenómeno Sartre, más florecía éste. El ejemplar de noviembre de *Les Temps modernes* señalaba que Francia era un país agotado y desmoralizado. Todo lo que le quedaba era su literatura y su industria de la moda, y el existencialismo estaba concebido para dar a los franceses un poco de dignidad y para preservarles su individualidad en una época de degradación. Seguir a Sartre se convirtió, de una manera misteriosa, en un acto patriótico. Una versión apresuradamente ampliada de su conferencia vendió, como libro, medio millón de ejemplares en un mes.

Además, el existencialismo no era sólo una filosofía para ser leída, fue una moda para gozar. Un *Catecismo del existencialismo* insistía: “El existencialismo, como la fe, no puede ser explicado: sólo puede ser vivido” y les decía a los lectores dónde vivirlo.”²² Que St.-Germain-des Pres se convirtiera en el centro de la moda intelectual no era una novedad. Sartre, en realidad, seguía las huellas de Voltaire, Diderot y Rousseau, que había patrocinado el viejo Café Procope, boulevard abajo.

De nuevo había estado animando bajo el Segundo Imperio, en la época de Gautier, Geroge Sand, Balzac y Zola; fue entonces cuando el Café Flore se inauguró, con Huysmans y Apollinaire entre sus parroquianos.²³ Pero en el París de preguerra el centro intelectual había sido Montparnasse, sin compromiso político, levemente homosexual, cosmopolita, con sus cafés adornados por jovencitas delgadas y bisexuales. El desplazamiento a St. Germain, que era social y sexual además de intelectual, fue en consecuencia espectacular, porque el St. Germain de Sartre era izquierdizante, comprometido, marcadamente heterosexual, ultra francés.

Sartre era un alma sociable, que amaba el whisky, el jazz, las chicas y el cabaret. Cuando no se le vía en el Flore o en el Deux Magots, a una manzana, o comiendo en la Brasserie Lipp enfrente, estaba en los nuevos night-club de los sótanos o *caves*, que ahora se abrían inesperadamente en las entrañas del Quartier Latin. En el Rose Roge estaba la cantante Juliette Greco, para la que Sartre escribió una canción deliciosa; el escritor y compositor Boris Vian tocaba el trombón allí y escribía para *Les Temps modernes*. En la rue Dahphine estaba el Tabou y en la rue Jacob el Bar Verte. No muy lejos, en el número 42 de la rue Bonaparte, vivía el propio Sartre, en un apartamento que daba sobre la misma iglesia de St. Germain y el Deux Magots. (Su madre también vivía allí, seguía cuidando del lavado de su ropa. El movimiento hasta tenía su propio boletín informativo diario, el periódico *Combat*, dirigido por Albert Camus, cuyas exitosas novelas eran saludadas en todas partes como existencialistas. Simone de Beauvoir recordó más adelante: “*Combat* anunciaba favorablemente todo lo que salía de nuestras plumas o de nuestras bocas.” Sartre trabajaba todo el día escribiendo sin parar: en esa época escribió millones de palabras, conferencias, piezas de teatro, ensayos, introducciones, artículos, programas de radio, guiones, informes, diatribas filosóficas.²⁴ Jacques Audibert lo describió como “un camión que se detiene en todas partes produciendo una gran conmoción, en la biblioteca, en el teatro y en el cine”. Pero por la noche jugaba, y al finalizar la velada generalmente estaba borracho y a menudo agresivo. Una vez le puso un ojo amoratado a Camus.²⁵ La gente se acercaba a mirarle

²¹ *Samedi -Soir* 3 de noviembre de 1945.

²² Christine Cronan, *Petit Catechisme de l'existentialisme pour les profanes* (París, 1946)

²³ Herbert Lottman, “*Splendours and Misereries of the Literary Café*”, *Saturday Review*, 13 de marzo de 1965; y su “*After Bloomsbury and Greenwich Village, St-Germain-des-Prés*”, *New York Times Book Review*, 4 de junio de 1967

²⁴ Para una lista ver, Págs. 279-80

²⁵ Lottman, Camus, pág. 369

con asombro. Era rey del quartier, de los *enragés* (los iracundos), de los que estaban branché (al tanto), de los *rats des caves* (ratas de los sótanos); en las palabras de su promotor principal, Jean Paulhan, era “el líder espiritual de miles de jóvenes.”

Pero si Sartre era el rey ¿quién era la reina? Y si él era el líder espiritual de los jóvenes ¿a dónde los llevaba? Estas son dos cuestiones separadas, si bien unidas, que deben ser examinadas a su vez. Para el invierno de 1945-46, cuando se convirtió en una celebridad europea, hacía dos décadas que estaba asociado con Simone de Beauvoir. De Beauvoir era una chica de Montparnasse que realmente había nacido en un apartamento encima del famoso Café de la Rotonda.

Tuvo una infancia difícil, en una familia arruinada por una quiebra vergonzosa en la que su abuelo fue sentenciado a prisión; la dote de su madre nunca se pagó y su padre fue un *boulevardier* inútil que no podía conseguir un buen trabajo.²⁶ Sobre sus padres escribió con amargura: “Mi padre estaba tan convencido de la culpabilidad de Dreyfus como mi madre lo estaba de la existencia de Dios.”²⁷ Ella se refugió en el estudio, y se convirtió en una intelectual, si bien notablemente elegante. En la Universidad de París fue una estudiante destacada de filosofía, y Sartre y su círculo la acogieron. “A partir de ahora” le dijo él, “estarás bajo mi ala.” En cierto sentido esto siguió siendo verdad, aunque fue una relación con altibajos. Era dos centímetros y medio más alta que Sartre, tres años menor y, en un sentido estrictamente académico, más capaz. Uno de sus contemporáneos, Maurice de Gandillac, describió su trabajo como “riguroso, exigente, preciso, muy técnico”; peso a su juventud casi le gana el primer lugar a Sartre en la graduación, y los examinadores Georges Davy y Jean Wahl, la consideraban mejor filósofo.²⁸ Como Sartre, era una escritora compulsiva y era en muchos aspectos mejor. No podía escribir para el teatro, pero sus obras autobiográficas, aunque igualmente poco fiables en cuanto a datos, son más interesantes que las de él, y su novela más importante, *Les Mandarins*, que describe el mundo literario francés de posguerra y le ganó el Prix Goncourt, es mucho mejor que cualquiera de las de Sartre. Además, no tenía ninguna de las debilidades personales de Sartre, salvo la de mentir.

Sin embargo, esta mujer brillante y resulta se convirtió en la esclava de Sartre casi desde el primer encuentro. Y siguió siéndolo a lo largo de su vida adulta hasta que él murió. Le sirvió de amante, esposa sustituta, cocinera y administradora, guardaespaldas femenina y enfermera, sin jamás adquirir una posición legal o financiera definida en su vida. En todo lo esencial, Sartre no la trató mejor que Rousseau a su Thérèse; peor aun porque le fue públicamente infiel. En los anales de la literatura hay pocos casos peores de la explotación de una mujer por un hombre. Esto fue más llamativo aun porque Beauvoir era una feminista desde siempre. En 1949 produjo su primer manifiesto feminista, *Le Deuxième sexe*, que se vendió ampliamente en todo el mundo.²⁹ Sus primeras palabras “*On ne naît pas femme, on la deviente*” (“NO se nace mujer, se hace mujer”) son un eco consciente del comienzo del Contrato social de Rousseau. Beauvoir fue de hecho la progenitora del movimiento feminista, y tenía derecho a ser su santa patrona, pero en su propia vida traicionó todo lo que este sostenía.

No se sabe claramente cómo Sartre logró establecer y mantener ese dominio sobre Beauvoir. Ella nunca pudo escribir con sinceridad sobre la relación que tenían. El nunca se tomó el trabajo de escribir algo sobre el tema. Cuando se conocieron él había leído mucho más que ella y era capaz de destilar sus lecturas en monólogos y charlas que ella encontraba irresistibles. Su control sobre ella era obviamente de tipo intelectual no pudo

²⁶ Claude Francis y Fernande Gontier, *Simone de Beauvoir* (trad. Londres 1987) págs. XIV, 6,25 ss.

²⁷ *Ibid.* pág. 25

²⁸ Cohen-Solal, págs. 74-75

²⁹ Traducido como *The Second Sex* (Londres, 1953)

haber sido sexual. Ella fue su amante durante la década del treinta, pero en algún momento dejó de serlo; a partir de los años cuarenta sus relaciones sexuales parece que no existieron casi: él la tenía ahí para cuando no había otra mejor a mano.

Sartre fue el arquetipo de lo que en la década del sesenta se conoció como un hombre chauvinista. Su propósito era recrear para sí en la vida adulta el “paraíso” de su primera infancia, en la que fue el centro de un salón de perfumada femineidad. Pensaba en las mujeres en términos de victoria y ocupación. “Cada una de mis teorías”, dice en *La Nausée*, “fue un acto de conquista y posesión. Pensaba que un día, con la ayuda de todas ellas, conquistaría el mundo.” Quería la libertad total para sí mismo, escribió, y “soñaba sobre todo con afirmar esta libertad contra las mujeres.”³⁰ A diferencia de muchos seductores experimentados, a Sartre no le disgustaban las mujeres. En realidad las prefería a los hombres, quizá porque tendían menos a discutir con él. Anotó: “Prefiero hablar con una mujer sobre algo mínimo antes que de filosofía con Aron.”³¹ Amaba escribir cartas a mujeres, a veces una docena en un día. Pero veía a las mujeres no tanto como personas, sino como trofeos para añadir a su cinturón de centauro, y sus intentos por defender y racionalizar su política de conquista en términos progresistas no hacían sino poner una capa de hipocresía. Fue así como dijo que deseaba “conquistar a una mujer casi como conquistaría a un animal salvaje” pero “esto era sólo para sacarla de su estado salvaje y llevarla a uno de igualdad con el hombre.” O también, al recordar sus primeras seducciones, reflexionó sobre “el profundo imperialismo que había en todo eso”.³² Pero no hay ninguna prueba de que esos pensamientos le apartaran jamás de una conquista en potencia; era para consumo público.

Cuando Sartre sedujo a Beauvoir le resumió su filosofía sexual. Fue sincero acerca de su deseo de acostarse con muchas mujeres. Dijo que su credo era “Viajar, poligamia, transparencia.” En la universidad, un amigo había notado que el nombre de ella era como la palabra inglesa “beaver” que en francés es castor. Para Sartre siempre fue *Castor* o *vous*, nunca fue *tu*.³³ Hay veces que no siente que la veía como un animal superior adiestrado. De su política de “afirmar su libertad contra las mujeres”, el escribió: “El Castor aceptó esa libertad y la conservó”.³⁴ El le dijo que había dos clases de sexualidad: “amor necesario” y “amor contingente”. El último no era importante. Aquellas a quienes se les concedía eran periféricas, y retenían su consideración sólo en “un arriendo de dos años”. El amor que sentía por ella pertenecía a la clase “necesaria”, permanente; ella era una “central” no una “periférica”. Por cierto que estaba en entera libertad de seguir la misma política. Podía tener sus “periféricos” siempre que Sartre siguiera siendo su amor necesario, central. Pero ambos debían exhibir “transparencia”. Esta era sólo otra palabra para designar el juego intelectual favorito de la “franqueza” sexual, que ya encontramos en los casos de Tolstoi y Russell. Cada uno, le dijo Sartre, debía contar al otro en qué estaba metido....

La política de transparencia, como era de esperarse, sólo llevaba finalmente a más y más sórdidas capas de ocultamiento. Beauvoir trató de ponerla en práctica, pero es obvio que la indiferencia con la que Sartre recibía la noticia de sus aventuras, en su mayor parte aparentemente meros intentos o poco entusiastas, le causaba dolor.

Se rió simplemente cuando le describió su seducción por Arthur Koestler, que aparece en *Les Mandarins*. Además a aquellos que se veían arrastrados a la política de transparencia no siempre les gustaba.

³⁰ Citado en Cohen-Solal, pág. 76.

³¹ *War diaries*, págs. 281-82.

³² *War Diaries*, pág. 325; Francis y Gontier, págs. 98-100.

³³ Francis y Gotier, pág. 1, nota.

³⁴ *War Diaries*, pág. 183.

Su propio gran amor periférico, en algún modo el gran amor de su vida, fue Nelson Algren, el novelista estadounidense. Cuando él ya tenía setenta y dos años y su aventura era tan sólo un recuerdo, concedió una entrevista en la que manifestó su furia ante las declaraciones hechas por él. Haberlo contado en *Les Mandarins* ya fue bastante malo, dijo, pero por lo menos allí figuraba bajo otro nombre. Pero en el segundo volumen de su autobiografía, *La flor de la vida*, no sólo le había nombrado sino que citaba sus cartas, a lo que se había sentido obligado a consentir con disgusto: “Demonio, las cartas de amor deberían ser privadas” despotricó. “He estado en burdeles en todas partes del mundo y las mujeres que están allí siempre cierran la puerta, estén en Corea o en la India. Pero esta mujer abrió la puerta de golpe y llamó al público y a la prensa.”³⁵ Al parecer Algren se indignó tanto al pensar en el comportamiento de Beauvoir que tuvo un ataque cardíaco masivo cuando el periodista se fue, y murió esa noche.

Sartre también practicó la transparencia, pero sólo hasta cierto punto. En su conversación y sus cartas la mantenía informada acerca de sus nuevas chicas. Por ejemplo: “es la primera vez que duermo con una morena... llena de olores, extrañamente velluda, con un poco de pelo negro en la región lumbar y un cuerpo blanco... Una lengua como una víbora, que se desenroscaba continuamente, y me llegaba hasta las amígdalas.”³⁶ Ninguna mujer, por “central” que fuera, podía desear leer semejantes cosas sobre una de sus rivales. Cuando Sartre estuvo en Berlín, en 1933, y Beauvoir se reunió con él brevemente allí, lo primero que le contó fue que tenía una nueva amante, Marie Ville. En el caso de Sartre, lo mismo que en el de Shelley, había un ansia infantil de que el viejo amor diera su aprobación al nuevo. De todos modos, Sartre nunca lo contó todo. Cuando Beauvoir, que pasó la mayor parte de 1930 enseñando en Rouen, se quedaba con él en Berlín o en cualquier otra parte, él le daba un anillo de matrimonio para que se lo pusiera. Pero eso fue la más cerca que ella estuvo del matrimonio. Tenían su idioma privado. Se registraban en los hoteles como Monsieur et Madame Organatique o Sr. Y Sra. Morgan a. C., los millonarios yanquis, pero no hay prueba alguna de que él quisiera jamás casarse con ella o que le hubiese dado la opción de una unión más formal. Enteramente a espaldas de ella, en varias ocasiones le propuso matrimonio a una periférica.

Que no estaba de acuerdo con la vida que llevaban es obvio. Nunca pudo llegar a aceptar a las amantes de Sartre con ecuanimidad. Se sentía agraviada por Marie Ville. Más agraviada se sintió por la siguiente. Olga Kosakiewicz. Olga era una de dos hermanas (la otra, Wanda, también fue amante de Sartre) y, para empeorar el asunto, una de las alumnas de Beauvoir. A Beauvoir le desagradó tanto la aventura con Olga que la puso en su novela, *L'Invité*, y allí la asesinó.³⁷

En su autobiografía confesó: “estaba molesta con Sartre porque había creado esta situación, y con Olga por haberse aprovechado de ella”. Se defendió: “No tenía la intención de cederle la posición soberana que siempre había ocupado, en el centro mismo del universo.”³⁸ Pero cualquier mujer que se sienta obligada a referirse a su amante como “el centro mismo del universo” no está en buena situación para frustrar sus devaneos. Lo que hizo Beauvoir fue intentar controlarlos con una forma de participación. Los tres, Sartre, Beauvoir y la joven, que en general era una alumna, fuera de él o de ella, formaban un triángulo, con Beauvoir como supervisora. Con frecuencia usaban el término “adopción”. A principios de la década del cuarenta parece que se volvió peligrosamente notorio por seducir a sus propias alumnas. En una crítica hostil

³⁵ Citado en Francis y Gontier, págs. 236-37

³⁶ *Letters au Castor*, vol. 1, págs. 214-15.

³⁷ *L'Invitée* (Paris, 1943); *She Came to Stay* (Cleveland 1954).

³⁸ De Beauvoir, *The Prime of Life*, págs. 193-205

de Huis clos, Robert Francis escribió “Todos conocemos a Monsieur Sartre. Es un extraño profesor de filosofía que se ha especializado en el estudio de la ropa interior de sus alumnas.”³⁹ Pero como Beauvoir tenía muchas más alumnas adecuadas, fueron sus estudiantes las que proveyeron el mayor número de víctimas de Sartre; en realidad Beauvoir parece que estuvo muy cerca entonces de desempeñar el papel de celestina. También, en su confuso deseo de no verse excluida del amor, formó sus propias relaciones estrechas con las jovencitas. Una de esas niñas fue Natalie Sorokine, hija de exiliados rusos, y la mejor alumna de Beauvoir en el Lycée Molière de Passy, donde enseñó durante la guerra. En 1943 los padres de Natalie acusaron formalmente a Beauvoir de raptar a una menor, un delito penal serio castigado con pena de prisión. Intervinieron amigos comunes y finalmente la acusación no prosperó. Pero Beauvoir fue excluida de la universidad y su permiso para enseñar en cualquier parte de Francia fue revocado para el resto de su vida.⁴⁰

Durante la guerra fue cuando Beauvoir estuvo más cerca de ser una verdadera esposa para Sartre: cocinaba, cosía, lavaba para él, y cuidaba su dinero. Pero cuando la guerra terminó él se encontró de pronto rico y rodeado de mujeres, que buscaban su atractivo intelectual tanto como su dinero. Su mejor año para conquistas sexuales fue 1946, que marcó prácticamente el final de su relación con Beauvoir. “En una etapa relativamente temprana”, como explica John Wightman, “aceptó tácitamente el papel de pseudo esposa mayor y sexualmente jubilada, en las márgenes de su serrallo fluctuante.”⁴¹

¹ Protestaba por “todo el dinero que gastaba en ellas.”⁴² Observó con preocupación que a medida que Sartre envejecía, sus chicas eran más jóvenes, de diecisiete o dieciocho años, y que hablaba de “adoptarlas” legalmente, lo que significaba que heredarían sus derechos de autor. Podía darles consejos y prevenirlas, como hacía Helene Weigel con las jóvenes de Brecht, aunque ella no tenía el estado legal de la alemana. Siempre le mentían. En 1946 y 1948, mientras Sartre viajaba por América, le hizo un relato detallado de su tórrida aventura con una tal Dolores; pero Sartre, mientras le contaba que se estaba cansando de la “extenuante pasión” de la jovencita, en realidad le estaba proponiendo que se casara con él. Además tuvo a Michelle, la dulce rubia esposa de Boris Vian, a Wanda, la linda hermana de Olga, a Evelyne Rey, la exótica actriz rubia para la que Sartre escribió un papel en su última pieza, *Les Sequestrés d’Altona*, a Arlette, que sólo tenía diecisiete años cuando Sartre la conoció (fue la que Beauvoir más odió) y a Hélène Lasithiotaks, una jovencita griega.

En un tiempo, a fines de la década del cincuenta, tenía cuatro amantes a la vez, Michelle, Arlette, Evelyne, Wanda, junto con Beauvoir, engañándolas a todas de una forma u otra. Públicamente dedicó su *Critique de la raison dialectique* (1960) a Beauvoir, pero hizo que su editor Gallimar imprimiera privadamente dos ejemplares con las palabras “Para Wanda”, cuando *Les Sequestrés* se publicó le dijo a Wanda y a Evelyn que se lo había dedicado a cada una.

Uno de los motivos por los que a Beauvoir no le gustaban estas jóvenes es que creía que alentaban a Sartre a llevar una vida de excesos, no sólo excesos sexuales, sino también bebida y drogas. Entre 1945 y 1955 Sartre produjo una cantidad inmensa de escritos y otros trabajos, y para hacerlo aumentó firmemente su ingesta tanto de alcohol como de barbitúricos. Mientras estaba en Moscú en 1954 sufrió un colapso debido al exceso de bebida, y tuvo que ser internado de inmediato en una clínica soviética. Pero, una vez recuperado, siguió escribiendo de treinta a cuarenta páginas al día, tomando a

³⁹ Citado en Cohen – Solal, pág. 213.

⁴⁰ Francis y Gonder, págs. 197-200

⁴¹ John Weightman en *New York Review of Books*, 13 de agosto de 1987.

⁴² Francis y Gontier, pág. XIII

menudo un envase entero de píldoras de Corydrate (una droga retirada del mercado por peligrosa en 1971) para poder seguir trabajando. El libro sobre la razón dialéctica parece, de hecho haber sido escrito bajo la influencia tanto de la bebida como de las drogas. Su biógrafa, Annie Cohen-Solala, dice que a menudo tomaba un litro de vino durante almuerzo de dos horas en Lipp, la Coupole, Balzar y otros lugares predilectos, y calcula que su consumo diario de estimulantes en esa época incluía dos paquetes de cigarrillos, varias pipas de tabaco negro, algo más de un litro de alcohol (principalmente vino, vodka, whisky y cerveza), 200 miligramos de anfetaminas, quince gramos de aspirina, varios gramos de barbitúricos, y además de café y te.⁴³ En realidad Beauvoir no les hizo justicia a las jóvenes amantes. Todas trataron de reformar a Sartre, y Arlette, la más joven, fue la que más hizo para lograrlo, hasta llegar a sacarle una promesa escrita de que nunca más volvería a tocar el Corydrane, el tabaco o el alcohol, promesa que rompió muy pronto.⁴⁴

Rodeado como estaba por mujeres amantes, si bien a menudo díscolas, en la vida de Sartre quedaba poco tiempo para los hombres. Tuvo una serie de secretarios, algunos como Jean Cau, de gran capacidad. Siempre estuvo rodeado por una multitud de intelectuales jóvenes. Pero todos dependían de él en cuanto a sueldo, limosnas o padrinazgo. A los que nunca pudo aguantar mucho tiempo fue a sus iguales entre los intelectuales, de su misma edad y antigüedad, que en cualquier momento podían desinflar sus argumentos a menudo flojos y verbosos. A Nizan le mataron antes de que pudiera producirse la ruptura, pero se peleó con todos los demás: Raymond Aron (1947) Arthur Koestler (1948) Merleau-Ponty (1951) Camus (1952), Diderot, Voltaire y Hume, o la de Tolstoi con Turguenev, a diferencia de este último caso, no hubo reconciliación.

Sartre parece que tuvo celos de la apariencia personal de Camus, que le hacía sumamente atractivo para las mujeres, y de su verdadera capacidad y originalidad como novelista: *La peste*, que se publicó en junio de 1947, tuvo un efecto irresistible sobre los jóvenes, y rápidamente se vendieron 350.000 ejemplares. Esto fue motivo de alguna crítica ideológica en *Les Temps modernes* pero la amistad continuó a manera un tanto precaria. Sin embargo, a medida que Sartre se acercaba a la izquierda, Camus se volvía más independiente. En cierto sentido ocupó la misma posición que Orwell en Inglaterra: se opuso a todos los sistemas autoritarios y llegó a considerar a Stalin como un hombre perverso en el mismo plano que Hitler. Como Orwell y a diferencia de Sartre, siempre sostuvo que las personas eran más importantes que las ideas. Beauvoir informa que en 1946 le confió que: “Lo que usted y yo tenemos en común es que los individuos cuentan más que cualquier otra cosa para nosotros. Preferimos lo concreto a lo abstracto, las personas a las doctrinas. Colocamos a la amistad por encima de la política”.⁴⁵

En el fondo de su corazón quizás estuviera de acuerdo con él, pero cuando la ruptura final tuvo lugar, con motivo del libro de Camus *L'Homme révolté* en 1951-52, ella por cierto estuvo con el grupo de Sartre. El y sus acólitos de *Les Temps modernes* vieron el libro como un ataque al stalinismo y decidieron atacarlo en dos etapas. Para la primera Sartre propuso la joven Francis Jeanson, que tenía entonces sólo veintinueve años, comentando en la reunión de la editorial que lo decidió: “Será el más duro, pero por lo menos será cortés.” Luego, cuando Camus replicó, el propio Sartre escribió un largo ataque extraordinariamente desagradable dirigido a Camus personalmente: “Una dictadura violenta y ceremonial se ha apoderado de usted, apoyada por una burocracia abstracta, y pretende decidir según la ley moral”, sufría de “vanidad herida” y se permitía una “mezquina pelea de autores”. “Su combinación de deprimente presunción

⁴³ Cohen-Solal, págs. 373. ss.

⁴⁴ Cohen-Solal, págs. 466.

⁴⁵ Simone de Beauvoir: *La Force des choses* (París, 1963); Lottman, Camus, págs. 404

y vulnerabilidad siempre impidió que la gente le dijera la verdad desnuda.”⁴⁶ Para entonces Sartre tenía a toda la izquierda organizada detrás de él y su ataque perjudicó a Camus; quizá también le dolió (Camus era un hombre vulnerable) y a veces se sentía deprimido por haber roto con Sartre. En otras ocasiones sólo se reía y veía a Sartre como una figura cómica, “un hombre cuya madre tiene que pagarle el impuesto a las rentas”.

La incapacidad de Sartre para mantener amistad con cualquier hombre de su propia estatura intelectual ayuda a comprender la incongruencia, incoherencia y a veces la total frivolidad de sus opiniones políticas. La verdad es que por naturaleza no era un animal político. En realidad no tuvo opiniones importantes hasta después de los cuarenta años. Una vez separado de hombres como Koestler y Aron, que ya habían madurado a fines de la década del cuarenta y eran pesos pesados en política, fue capaz de apoyar a cualquiera o a cualquier cosa. En 1946-47, muy consciente de su inmenso prestigio entre los jóvenes, vacilaba acerca de a qué partido, si es que a alguno, apoyar.

Al parecer creyó que un intelectual tenía una especie de deber moral de respaldar a “los trabajadores”. El problema con Sartre era que son conocía, y no hacía ningún esfuerzo por conocer, a ningún trabajador, parte de su brillante secretario, Jean Cau, que por ser de origen proletario y tener un fuerte acento de Aude, pasaba por serlo. ¿No debía uno entonces respaldar al partido que la mayoría de los trabajadores apoya? En la Francia de la década del cuarenta eso significaban los comunistas. Pero Sartre no era un marxista; en realidad el marxismo era casi el opuesto exacto de la filosofía fuertemente individualista que él predicaba. De todos modos, aun a fines de la década no podía decidirse a condenar al partido comunista o al stalinismo, uno de los motivos de su pelea con Aron y con Koestler. Su ex alumno Jean Kanapa, ya un intelectual comunista destacado, escribió fastidiado: “Es un animal peligroso a quien le gusta coquetear con el marxismo porque no ha leído a Marx, aunque más o menos sabe qué es el marxismo.”⁴⁷

El único paso positivo que dio Sartre fue ayudar a organizar un movimiento contra la Guerra Fría de la izquierda no comunista, llamado *Rassemblement Démocratique Revolutionnaire*, en febrero de 1948. Tenía el propósito de reclutar a los intelectuales del mundo (lo llamó “La Internacional de la Mente”) y su tema fue la unidad continental. “¡Juventud Europea, uníos!” proclamó Sartre en un discurso en junio de 1948. “¡Formad vuestro propio destino!... Al crear Europa, esta nueva generación creará la democracia.”⁴⁸ De hecho, si Sartre hubiese querido realmente jugar la carra de Europa y hacer historia, habría debido dar su apoyo a Jean Monnet, que entonces echaba las bases del movimiento que diez años más tarde crearía la Comunidad Europea. Pero eso hubiese requerido prestar mucha atención a los detalles económicos y administrativos, algo imposible de hacer para Sartre. Tal como fue todo, a su coorganizador en el RDR, David Rousset, le resultó inútil: “peso a su lucidez, vivía en un mundo totalmente aislado de la realidad”. Estaba, dijo Rousset, “muy involucrado en el juego de las ideas” pero se interesaba poco por los hechos: “Sartre vivió en una burbuja.” Cuando se reunió el primer Congreso nacional del partido en junio de 1949, no se pudo encontrar a sarta en ninguna parte: estaba en Méjico con Dolores, tratando de convencerla de que se casara con él. El RDR simplemente se disolvió, y Sartre transfirió su atención fluctuante al absurdo Movimiento Ciudadanos del Mundo, de Gay Davis. François Mauriac, el gran novelista y sardónico católico independiente, le dio a Sartre algunos consejos sensatos públicamente en esa época, evocando las palabras

⁴⁶ *Les Temps modernes* agosto de 1952. Para las peleas con Lottman Camus, capítulo 36, págs. 495 ss. El ataque de Sartre está reimpresso en *Situations*, págs. 72-112.

⁴⁷ Jean Kanapa: *L'Existentialisme n'est pas un humanisme* (París, 1947) pág. 61.

⁴⁸ Citado en Cohen-Solal, pág. 303

burlonas de la joven amiga insatisfecha de Rousseau: “Nuestro filósofo debe dejarse convencer: abandona la política, Zanetto, ¡estudia la matemática!”⁴⁹

En cambio, Sartre se interesó por el caso del ladrón homosexual Jean Genet, un impostor astuto que atrajo fuertemente el lado crédulo del temperamento de Sartre: el lado que buscaba un sustituto de la fe religiosa. Escribió un libro enorme y absurdo sobre Genet, de casi 700 páginas, que era en realidad una alabanza del antinomianismo, la anarquía y la incoherencia sexual. Este fue el momento, en la opinión de sus amigos más sensatos, en que Sartre dejó de ser un pensador serio y sistemático, y se convirtió en un sensacionalista intelectual.⁵⁰

Es extraño que Beauvoir, una persona más racional, que en ciertos sentidos se parecía y se vestía como una maestra de escuela anticuada, pudiera hacer tan poco para salvarle de semejantes locuras. Pero quería retener a su amor y la posición que tenía en su corte (como la describió John Wightman, Madame de Maintenon para su Louis XIV) y le preocupaba también que bebiera y tomara píldoras. Para conservar su confianza pensaba que tenía que estar de acuerdo con él. Fue así como le sirvió de eco más de que de mentor, y ese fue el esquema de su relación: reforzó sus errores de juicio y avaló sus tonterías. No tenía más de animal político que él, y con el tiempo llegó a decir los mismos disparates que él sobre los sucesos mundiales.

En 1952 Sartre resolvió su dilema acerca del partido comunista y decidió apoyarlo. Este fue un juicio emocional, no racional, al que llegó a través de su conexión con dos campañas de agitación del partido comunista: “*L’Affaire Henri Martin*” (Martin era un marinero en la fuerza naval que fue encarcelado porque se negó a participar en la guerra de Indochina), y la supresión brutal de los disturbios organizados por el partido comunista contra el general Matthew Ridgeway, el comandante americano de la NATO.⁵¹

¹ Como muchos previeron entonces, la campaña del partido comunista para lograr que liberara a Martin en realidad indujo a las autoridades a mantenerle en prisión más tiempo del previsto en un principio; esto no le importó al partido comunista (esa detención ayudaba a sus propósitos) pero Sartre debió haber sido más sensato. El nivel de su percepción política quedó puesto en evidencia por su acusación contra Antoine Pinay, el primer ministro, un conservador parlamentario tradicionalista, de establecer una dictadura.⁵² Sartre nunca demostró tener un conocimiento real ni interés, por no hablar de entusiasmo, por la democracia parlamentaria. Tener el voto en una sociedad multipartidaria no era en absoluto lo que él entendía por libertad. ¿Qué quería decir entonces? Eso era más difícil de contestar.

El alineamiento de Sartre con los comunistas en 1952 no tuvo ningún sentido lógico. Fue justo el momento en que otros intelectuales de ala izquierda dejaban el partido comunista a montones, mientras se documentaban y reconocían los espantosos crímenes de Stalin en todo Occidente. De modo que Sartre se encontró yendo contra la corriente. Mantuvo un silencio molesto sobre los campos de concentración de Stalin, y la defensa de su silencio fue una contradicción total de su manifiesto sobre el compromiso en *Les Temps modernes*. “Como no éramos miembros del partido ni simpatizantes declarados”, argumentó débilmente, “no teníamos el deber de escribir sobre los campos de trabajo soviéticos; teníamos derecho a mantenernos distantes de las discusiones sobre la naturaleza de este sistema, siempre que no ocurrieran hechos de importancia sociológica.”⁵³ También se obligó a si mismo a mantener silencio sobre los

⁴⁹ *Le Figaro*, 25 de abril de 1949

⁵⁰ Saint Genet, *Comédien et Martyr* (Paris, 1952); trad. Nueva York, 1963-1983

⁵¹ Sartre escribió un breve libro sobre el primero, *L’Affaire Henri Martin* (Paris, 1953)

⁵² *Libération*, 16 de octubre de 1952.

⁵³ Citado en Walter Laqueur y G. L. Mosse, *Literature and Politics in the Twentieth Century* (Nueva York, 1967) pág., 25.

espantosos juicios contra Slansky, y otros comunistas judíos checos en Praga. Peor aun, permitió que le convirtieran en un títere en la absurda conferencia que realizó el Movimiento Comunista por la Paz Mundial en Viena en diciembre de 1952. Esto significó inclinarse ante Fadayev, que le había llamado hiena y chacal, decirles a los delegados que los tres hechos más importantes de su vida eran el Frente Popular de 1936. La Liberación y “este congreso” (una mentira flagrante) y, lo que no es menos, cancelar la representación en Viena de su vieja pieza anticomunista, *Les Mains sales*, a instancias de los jefes del partido comunista.⁵⁴

Algunas de las cosas que Sartre hizo y dijo durante los cuatro años que apoyó firmemente al partido comunista son casi increíbles. Sartre, como Bertrand Russell, nos recuerda una de las verdades desagradables de la máxima de Descartes: “No hay nada absurdo o increíble que no haya sido afirmado por algún filósofo”. En julio de 1954, después de una visita a Rusia, concedió una entrevista de dos horas a un periodista del compañero de ruta *Libération*. Se trata de la descripción más servil del estado soviético hecha por un intelectual destacado de Occidente desde la notoria expedición de Geroge Bernard Shaw a principios de la década del treinta.⁵⁵ El dijo que los ciudadanos soviéticos no viajaban, no porque no se les permitiera hacerlo, sino porque no sentían deseos de salir de su maravilloso país. “Los ciudadanos soviéticos”, insistió, “critican a su gobierno mucho más y con más resultado que nosotros” De hecho, sostuvo, “En la URSS hay total libertad de crítica”. Muchos años después confesó que había mentido:

Después de mi primera visita a la URSS en 1954, mentí. En realidad quizá mentir sea una palabra demasiado fuerte: escribí un artículo... en el que dije una cantidad de cosas amistosas sobre la URSS en las que no creía. Lo hice en parte porque estimé que no es cortés denigrar a nuestros anfitriones en cuanto uno vuelve a su casa, y en parte porque en realidad no sabía dónde estaba en relación tanto con la URSS como con mis propias ideas.⁵⁶

Esta fue una confesión extraña para “el dirigente espiritual de miles de jóvenes”, además fue muy engañosa con sus mentiras originales, ya que Sartre se estaba alineando consciente y deliberadamente con los fines del partido comunista en esa época. En verdad es más caritativo correr un velo sobre algunas de las cosas que dijo e hizo en 1952-56

Para esta última fecha la reputación pública de Sartre, tanto en Francia como en el mundo en general, estaba muy baja, y él no podía dejar de darse cuenta de ello. Utilizó la invasión de Hungría por el Soviet con alivio como una razón, o por lo menos una excusa, para romper con Moscú y el partido comunista. De igual manera se interesó por la floreciente guerra de Argelia (en especial después de que el retorno al poder de De Gaulle proporcionó una figura conveniente para odiar a partir de 1958) como una buena causa respetable para recobrar su prestigio entre la izquierda independiente, y especialmente los jóvenes. Hasta cierto punto esta maniobra fue genuina.

Tuvo un éxito limitado. Sartre tuvo una guerra de Argelina “buena”, como había tenido una Segunda Guerra Mundial “buena”. A diferencia de Russell, no llegó a conseguir que le arrestaran, aunque hizo todo lo posible. En septiembre de 1960 convenció a unos 121 intelectuales de que firmaran una declaración afirmando “el derecho a la desobediencia (para la administración pública, el ejército, etcétera) en la guerra de Argelia”. El gobierno de una Cuarta República casi seguro le habría encarcelado, pero la quinta fue un asunto más sofisticado, dominada por los hombres de intelecto y cultura notable, el propio De Gaulle y André Malraux. Malraux dijo: “Es

⁵⁴ *Les Lettres Françaises*, 1-8 enero de 1953; *Le Monde*, 25 de septiembre de 1954.

⁵⁵ *Libération*, 15-20 de julio de 1954.

⁵⁶ *Situations X* (París 1976) pág. 220

mejor permitir que Sartre grite “¡Vivan los terroristas!” en la Place de la Concorde, que arrestarle y vernos en un apuro por haberlo hecho.” DeGaulle le dijo al Gabinete, contando los casos de François Villon, Voltaire y Romain Rolland, que era mejor no tocar a los intelectuales: “Esta gente dio mucho trabajo en su momento, pero es esencial que sigamos respetando la libertad de pensamiento y expresión en la medida en que sea compatible con las leyes del estado y la unidad nacional.”⁵⁷

En la década del setenta Sartre pasó buena parte de su tiempo viajando por China y el Tercer Mundo, término inventado por el geógrafo Alfred Sauby en 1952, pero que Sartre popularizó. El y Simona de Beauvoir se convirtieron en figuras populares, fotografiados charlando con varios dictadores afroasiáticos (él con sus trajes y camisas del Primer Mundo, ella con sus chaquetas tejidas de maestra, animada por faldas y bufandas “étnicas”). Lo que Sartre decía de los regímenes que le invitaban no tenía mucho más sentido que sus espaldarazos a la Rusia de Stalin, pero era más aceptable. De Castro: “El país que ha emergido de la revolución cubana es una democracia directa.” De la Yugoslavia de Tito: “Es la puesta en práctica de mi filosofía.” Del Egipto de Nasser: “Hasta ahora me he negado a hablar del socialismo en relación con el régimen de Egipto. Ahora sé que me equivocaba.” Fue especialmente cálido en su elogio de la China de Mao. Condenó ruidosamente los “Crímenes de guerra” de Estados Unidos en Vietnam y comparó a Estados Unidos con los nazis (pero ya había comparado a De Gaulle con los nazis, olvidando que el general estaba peleando con ellos cuando a él le representaban todas sus obras de teatro en el París ocupado). Tanto él como Beauvoir fueron siempre antiamericanos: en 1947, después de una visita, Beauvoir había escrito una pieza absurda en *Les Temps modernes*, llena de errores ortográficos hilarantes (“Greeniwich Village”, “Max Tswin” (Mark Twain), “James Algee”) y afirmaciones imbéciles, como que sólo a los ricos se les permite la entrada en las tiendas de la Quinta Avenida; prácticamente todas las afirmaciones que hay en ella son falsas, y se convirtió en el blanco de una brillante polémica a cargo de Mary McCarthy.⁵⁸ Ya en la década del sesenta Sartre desempeñó un papel principal en el desacreditado “Tribuna de Crímenes de Guerra” de Bertrand Russell en Estocolmo. Ninguna de estas actividades más bien vacías tuvo mucho efecto sobre el mundo y sólo lograron mitigar el impacto de cualquier cosa seria que Sartre pudiera decir.

Sin embargo, el consejo que Sartre ofreció a sus admiradores del Tercer Mundo tuvo un aspecto más siniestro. Aunque él mismo no fue un hombre de acción (una de las burlas más hirientes de Camus fue que Sartre “trataba de hacer la historia desde su sillón”) siempre incitaba a la acción a los demás, y la acción generalmente significaba violencia. Se convirtió en padrino de Frantz Fanon, el ideólogo africano que podría ser llamado el fundador del racismo negro africano moderno, y escribió un prefacio a su Biblia de la violencia, *Les Damnés de la terre* (1961), que es aun más sanguinario que el texto mismo. Para un hombre negro, escribió Sartre, “matar a un europeo es matar dos pájaros de un tiro, destruir a un opresor y al hombre que éste oprime al mismo tiempo.” Esto fue una puesta al día del existencialismo: la propia liberación a través del asesinato. Fue Sartre quien inventó la técnica verbal (recogida en la filosofía alemana) de identificar al orden existente como “violento” (por ejemplo la “violencia institucionalizada”) justificando así la muerte para desterrarla. Afirmó: “Para mí el problema esencial es rechazar la teoría según la cual la izquierda no debería responder a la violencia.”⁵⁹ Nota: no “un” problema. Sino el problema “esencial”. Como los textos de Sartre se difundían ampliamente, en especial entre los jóvenes, se convirtió entonces

⁵⁷ Noticia en *Paris-Jour*, 2 de octubre de 1960.

⁵⁸ “*Madame Gulliver en Amerique*” en *Mary McCarthy, On the Contrary* (Nueva York, 1962) pág. 21-31.

⁵⁹ Entrevista en *France-Observateur*, 1º de Febrero de 1962

en el padrino de muchos movimientos terroristas que comenzaron a abrumar a la sociedad a partir de fines de la década del sesenta. Lo que no previó, y que un hombre más sabio hubiese previsto, fue que la mayor parte de esa violencia a la que dio estímulo filosófico sería infligida por los negros, no sobre los blancos, sino a otros negros. Al ayudar a Fanon a enardecer a África contribuyó a las guerras civiles y asesinatos masivos que han sumergido a la mayor parte de ese continente a partir de mediados de la década del sesenta hasta hoy. Su influencia en el sudeste de Asia, donde estaba terminando la guerra de Vietnam, fue aun más funesta. Los crímenes horrendos perpetrados en Camboya desde abril de 1975 en adelante, que incluyeron la muerte de entre un quinto y un tercio de la población, fueron organizados por un grupo de intelectuales francoparlantes de clase media conocido como *Angka Leu* (“*La Organización Superior*”). De sus ocho líderes, cinco eran maestros, uno profesor universitario, otro funcionario del estado y otro economista. Todos habían estudiado en Francia en la década del cincuenta, ya allí no habían pertenecido al partido comunista, pero habían absorbido las doctrinas de Sartre, de activismo filosófico y “violencia necesaria”. Estos asesinos fueron sus hijos ideológicos.

La propia acción de Sartre durante los últimos quince años de su vida no tuvo mayor importancia. Más bien, como Russell, luchó con desesperación por mantenerse en la vanguardia. En 1968 se puso del lado de los estudiantes, como había hecho desde sus primeros días de maestro. Muy pocas personas salieron de los hechos de mayo de 1968 con algo de buen nombre. Raymond Aron fue una excepción destacada en Francia,⁶⁰ de modo que la poco digna actuación de Sartre quizá no merezca una censura especial. En una entrevista por Radio Luxemburgo saludó a las barricadas de estudiantes: “la violencia es lo único que les queda a los estudiantes que todavía no se han incorporado al sistema de sus padres... Por el momento la única fuerza antiinstitucional en nuestros flácidos países de Occidente está representada por los estudiantes... les toca a los estudiantes decidir qué forma debe asumir su lucha.

No podemos ni siquiera atrevernos a aconsejarles en esta cuestión”.⁶¹ Esta fue una afirmación curiosa para un hombre que había pasado treinta años aconsejando a los jóvenes qué debían hacer. Hubo más estupideces: “Lo que hay de interesante en vuestra acción”, les dijo a los estudiantes, “es que pone a la imaginación en el poder.” Simona de Beauvoir sentía el mismo entusiasmo. De todas las consignas “audaces” que los estudiantes habían pintado en las paredes de la Sorbonne, decía entusiasmada, la que más la conmovía era “Está prohibido prohibir” Sartre se rebajó a hacerlo una entrevista al efímero líder estudiantil, Daniel Cohn-Bendit, y la publicó en dos artículos en el *Nouvel-Observateur*. Los estudiantes estaban “ciento por ciento en lo cierto”, sentía, ya que el régimen que estaban destruyendo era “la política de la cobardía... una invitación a asesinar”. Buena parte de un artículo la dedicó a atacar a su ex amigo Aron que fue casi el único que en ese momento de locura mantuvo la serenidad.⁶²

Pero estas payasadas no entusiasmaban a Sartre. Fueron sus jóvenes cortesanos los que le empujaron a aceptar un papel activo. Cuando el 20 de mayo apareció en el anfiteatro de la Sorbonne para dirigirse a los estudiantes, dio la impresión de un viejo confundido por las luces brillantes y el humo, y porque le llamaban “Jean-Paul”, algo que sus acólitos nunca se habían atrevido a hacer. Sus observaciones no tuvieron mucho sentido y terminó: “Ahora os voy a dejar. Estoy cansado. Si no me voy ya terminaré diciendo una punta de idioteces.” En su última presentación ante los estudiantes, el 10 de febrero de 1969, quedó desconcertado cuando, justo antes de comenzar a hablar, le

⁶⁰ David Caute, *Sixty-Eight: The Year of the Barricadas* (Londres, 1988) pág. 95-96,204.

⁶¹ Cohen-Solal, págs. 459-60, Francis y Gontier, Págs. 327 ss.

⁶² *Nouvel-Observateur*, 19 y 26 de junio de 1968.

entregaron una nota grosera del liderazgo estudiantil que decía: “Sartre, sea claro, sea breve. Tenemos que discutir y decidir una serie de reglas.” No era el tipo de consejo que jamás hubiese estado acostumbrado a recibir, o que fuera capaz de seguir.⁶³

Para entonces, por otra parte, había adquirido un nuevo interés. Como ocurría con Tolstoi y Russell, el lapso de atención de Sartre era breve. Su interés por la revolución estudiantil duró menos de un año. Fue seguido por un intento, igualmente breve pero más extravagante, de identificarse con “los trabajadores”, esos seres misteriosos e idealizados sobre los que escribió tanto, pero que se la habían escapado toda su vida. En la primavera de 1970 la extrema izquierda hizo un tardío intento en Francia de europeizar la violenta Revolución Cultural de Mao. El movimiento se llamó Izquierda Proletaria y Sartre accedió a incorporarse a él; en teoría se convirtió en jefe de redacción de su periódico, *La Cause du peuple*, sobre todo para evitar que la policía lo confiscara. Sus fines eran hartamente violentos hasta para el gusto de Sartre (pedía que se encarcelara a los administradores de fábricas y se linchara a los diputados parlamentarios) pero era crudamente romántico, infantil y fuertemente antiintelectual. Sartre realmente no tenía cabida en él y así pareció sentirlo él mismo, rezongando: “si siguiera mezclándome con activista me tendrían que llevar en silla de ruedas y molestaría todo el mundo.”

Pero algunos de sus jóvenes seguidores le empujaron para que siguiera y por fin no pudo resistir las tentaciones de la farándula política. De modo que a París se le ofreció el espectáculo de Sartre, a quien hasta De Gaulle (para disgusto de Sartre) saludaba como “*Cher Maître*”, vendiendo en la calle, a los sesenta y siete años, diarios torpemente escritos, y encajando folletos a peatones aburridos. Un fotógrafo lo captó en los Champs Elisées así ocupado el 26 de junio de 1970, vestido con su nueva vestimenta proletaria de jersey blanco, anorak y pantalones abolsados. Hasta consiguió que le arrestaran, pero le liberaron en menos de una hora. En octubre volvió a la carga, de pie sobre un barril de aceite frente a la fábrica Renault en Billancourt, arengando a los obreros. Una noticia en *L'Aurore* se burló: “Los obreros no quisieron ni oírle. La congregación de Sartre se formó exclusivamente con los pocos maoístas que había llevado consigo.”⁶⁴ A los dieciocho meses estaba de vuelta en otra fábrica Renault y esta vez le hicieron entrar de contrabando para que diera apoyo verbal a una huelga de hambre; pero los guardias de seguridad le encontraron y le echaron. Los esfuerzos de Sartre no parece que despertaran ni un atisbo de interés entre los verdaderos obreros de la fábrica; todos sus colaboradores eran intelectuales de la clase media, como siempre había ocurrido.

Pero para el hombre que fallaba en la acción, que en realidad nunca había sido un activista en el verdadero sentido de la palabra, siempre le quedaban “las palabras”. Fue apropiado que su fragmento de autobiografía llevara ese título. Su lema fue *Nulla dies sine lenia*, “NI un día sin escribir”. Esa fue una promesa que cumplió. Escribía con más facilidad aun que Russell y podía producir hasta 10.000 palabras al día. Buena parte fue de poca calidad; o, más bien, pretenciosa, altisonante y carente de sustancia, inflada. Esto lo descubrí por mí mismo en París a principios de la década del cincuenta, cuando ocasionalmente traducía sus polémicas: a menudo se leían bien en francés, pero se venía abajo cuando se expresaban en los concretos términos anglosajones. A Sartre no le importaba demasiado la calidad. Escribiéndole a Beauvoir en 1940 y reflexionando sobre la enorme cantidad de palabras que ponía por escrito, confesó: “Siempre pensé que la cantidad es una virtud.”⁶⁵ Es curioso que en sus últimas décadas estuviera cada vez más obsesionado por Flaubert, un escrito de excepcional meticulosidad,

⁶³ Cohen-Solal, pág.463.

⁶⁴ *L'Aurore* 22 de octubre de 1970.

⁶⁵ Carta a de Beauvoir, 20 de marzo de 1940.

especialmente en lo que se refiere a las palabras, que revisaba sus obras con una insistencia maniática. El libro que finalmente escribió sobre Flaubert consta de tres volúmenes y 2.802 páginas, muchas de ellas casi imposibles de leer. Sartre escribió muchos libros, algunos enormes, y muchos más que no concluyó, aunque a menudo reciclaba ese material en otras obras. Proyectó un tomo gigante sobre la Revolución Francesa, y otro sobre Tintoretto, otra gran empresa fue su autobiografía, que rivalizaba en extensión con las *Mémoires d'outre-tombe* de Chateaubriand, y de las que *Les Mots* es, de hecho, un extracto.

Sartre confesaba que las palabras eran toda su vida: “He invertido todo en la literatura... Comprendo que la literatura es un sustituto de la religión.”

Admitía que para él las palabras eran más que sus letras, sus significados: eran cosas vivientes, algo así como ocurría con los estudiantes judíos del Zohar o de la Cábala, que sentían que las letras de la Tora tenían un poder religioso: “Sentía el misticismo de las palabras... poco a poco el ateísmo ha devorado todo. He desautorizado y secularizado la escritura... como un descreído volví a las palabras, con la necesidad de saber lo que significa el habla... Me afano, pero ante mí siento la muerte de un sueño, una brutalidad gozosa, la tentación perpetua del terror.”⁶⁶ Esto fue escrito en 1954, cuando a Sartre le quedaban millones de palabras por escribir. ¿Qué significa? Muy poco, probablemente. Sartre siempre prefirió escribir disparates antes que no escribir nada. Es un escritor que en verdad confirma la áspera observación del doctor Johnson: “Un francés siempre tiene que estar hablando, sepa o no algo de lo que se está tratando.”⁶⁷ Como dijo él mismo.: (Escribir) es mi hábito y también mi profesión.” Tenía opinión pesimista sobre la eficacia de lo que escribía. “Durante muchos años traté a mi pluma como si fuera mi espada: ahora me doy cuenta de lo débiles que somos. No importa: seguiré escribiendo libros.” También habló a veces hablaba largamente. En ocasiones hablaba cuando nadie escuchaba. En la autobiografía del director de cine John Huston hay un brillante esbozo de Sartre. En 1958-59 trabajaron juntos en un guión sobre Freud. Sartre se había instalado en la casa de Huston en Irlanda. Describió a Sartre como “un barrilito, y tan feo como puede llegar a ser un hombre. Tenía la cara hinchada y marcada de viruela, los dientes amarillentos y un ojo defectuoso.” Pero su característica aun más notable era su charla interminable: “Con él no existía nada parecido a una conversación. Hablaba sin parar. No era posible interrumpirlo. Uno esperaba a que tuviera que recobrar el aliento, pero no lo hacía. Las palabras salían en un verdadero torrente.” A Huston le sorprendió ver que Sartre tomaba nota de sus propias palabras mientras hablaba. A veces Huston salía de la habitación, incapaz ya de soportar la interminable procesión de palabras. Pero el zumbido distante de la voz de Sartre le seguía por toda la casa. Cuando Huston volvió a la habitación, Sartre seguía hablando.⁶⁸

Esta diarrea verbal acabó por destruir su magia como conferenciante. Cuando apareció su desastroso libro sobre la dialéctica, Jean Wahl le invitó a que diera una conferencia sobre él en el *Collage de Philosophie*. Sartre comenzó a las seis, leyendo de un manuscrito que sacó de una carpeta enorme, “con un tono de voz mecánico y apresurado.” Nunca levantó la vista del texto. Parecía completamente absorto en su propia obra. Al cabo de una hora el público se cansó. El salón estaba lleno y había gente de pie. Al cabo de una hora y tres cuartos, el público estaba exhausto y algunos se habían echado en el suelo. Sartre parecía haber olvidado que estaban ahí. Wahl tuvo que acabar por hacerle una seña para que dejara de hablar. Sartre recogió sus papeles

⁶⁶ Manuscritos inéditos, 19534, ahora en la Bibliothèque Nationale, citado en Cohen-Solal, Págs. 356-57

⁶⁷ James Boswell, *Life of Dr. Johnson*, Edición Everyman (Londres, 1906) vi, II, pág. 326.

⁶⁸ John Huston, *An Open Book* (Londres, 1981) pág. 295.

bruscamente y se fue sin decir una palabra.⁶⁹ Pero siempre tenía su corte para escucharle. Gradualmente, a medida que Sartre envejecía, hubo menos cortesanos. A fines de la década del cuarenta y principios de la del cincuenta ganó cantidades prodigiosas de dinero.

Pero los gastó con la misma rapidez. Siempre fue descuidado respecto del dinero. Cuando era niño, siempre que lo necesitaba no tenía más que sacarlo de la cartera de su madre. Como maestro, él y Beauvoir pedían prestado (y prestaban) sin reparos: “pedíamos prestado a todo el mundo”, admitió ella.⁷⁰ Él dijo: “El dinero tiene algo de perecedero que me gusta. Amo verlo escabullirse entre mis dedos y desaparecer”⁷¹ Esta indiferencia tenía su lado agradable. A diferencia de muchos intelectuales, y en especial de los famosos, Sartre fu genuinamente generoso con el dinero. Le causaba placer pagar la cuenta en un café o restaurante, a menudo a gente que apenas conocía. Donaba a las causas. Dio al RDR más de 300.000 francos (más de 100.000 dólares al cambio de 1948), su secretario Jean Cau decía de él que era “increíblemente generoso y confiado.”⁷² Su generosidad y su (ocasional) sentido del humor fueron los mejores rasgos de su carácter. Pero su actitud hacia el dinero también fue irresponsable. Pretendía ser profesional en cuanto a derechos y honorarios de sus agentes (en el único encuentro que tuvo con Hemingway, en 1949, los dos escritores hablaron sólo de esos temas, una conversación muy al gusto de Hemingway⁷³) pero esto sólo era para impresionar. El sucesor de Cau, Claud Faux, manifiesta: “Sartre se obstinaba en negarse a tener algo que ver con el dinero. Lo veía como una pérdida de tiempo. Y sin embargo lo necesitó siempre, para darlo, para ayudar a los demás.”⁷⁴ El resultado es que debía sumas enormes a sus editores y tenía que afrontar intimaciones espantosas por pago de impuestos atrasados. Su madre le paga los impuestos en secreto (de ahí la burla de Camus), pero sus recursos no eran ilimitados, y para fines de la década del cincuenta Sartre tenía serios problemas financieros, de los que nunca se liberó realmente. A pesar de sus continuas y grandes ganancias, siguió endeudado y a menudo con escasez de efectivo. Una vez se quejó de que no le alcanzaba el dinero para comprarse un par de zapatos. Siempre tuvo un cierto número de personas a sueldo por cumplir alguna función o recibiendo limosnas. Constituían su corte exterior, mientras las mujeres formaban la íntima. A fines de los años sesenta el número descendió mucho al debilitarse su posición económica, y la corte exterior se empequeñeció.

En la década del setenta Sartre fue una figura cada vez más patética, envejecido prematuramente, prácticamente ciego, a menudo borracho, preocupado por el dinero, incierto acerca de sus opiniones. Entonces entró en su vida un joven judío del El Cairo, Benny Levy, que escribió bajo el nombre de Pierre Víctor. Su familia había huido de Egipto cuando la crisis de Suez, en 1956-57, y era un apátrida. Sartre le ayudó a conseguir permiso para quedarse en Francia y le empleó como su secretario. A Víctor le gustaban los misterios, llevaba gafas oscuras y a veces una barba falsa. Sus opiniones eran excéntricas, a veces extremas, las sostenía con firmeza y quería seriamente que su jefe las aceptara. El nombre de Sartre aparecía acompañando declaraciones extrañas que los dos hombres escribían juntos.⁷⁵ Beauvoir temía que Víctor resultara otro Ralph Schoenman. Se amargó especialmente cuando hizo una alianza con Arlette.

⁶⁹ Cohen- Solal, págs. 388-89

⁷⁰ Francis y Gontier, págs. 173-74.

⁷¹ *War Diaries*, págs. 297-98.

⁷² Jean Cau, *Croquis de Memoire* (Paris. 1985)

⁷³ Mary Wheel, *Hemingway, How It Was* (Nueva York, 1976) págs. 280-81

⁷⁴ Cohen-Solal, pág.377.

⁷⁵ Por ejemplo, tres ediciones del *Nouvel-Observateur*, en marzo de 1980, la víspera de la muerte de Sartre.

Comenzó a odiarle y temerle, como Sonya Tolstoi había odiado y temido a Chertkov. Para entonces ya Sartre no era capaz de cometer muchas locuras públicas. Su vida privada seguía siendo variada sexualmente y su tiempo se repartía entre su harén. Pasaba las vacaciones así: tres semanas con Arlette en la casa que tenían en condominio en el sur de Francia; dos semanas con Wanda, generalmente en Italia, varias semanas en una isla griega con Héléne; luego un mes con Beauvoir, por lo general en Roma. En París a menudo se mudaba de uno a otro de los apartamentos de sus mujeres. Beauvoir describió brutalmente sus últimos años en su pequeño libro: *Adieux* (Un adiós a Sartre): su incontinencia, su embriaguez, posibilitada por la bebida que sus chicas le facilitaban llevándole botellas de whisky a escondidas, la lucha por el poder sobre lo que quedaba de su mente. Su muerte, en el Hospital de Broussais, en 15 de abril de 1980, debió ser un alivio para todos. En 1965 había adoptado en secreto a Arlette como hija. De modo que heredó todo, incluso la propiedad literaria, y dirigió la publicación póstuma de sus manuscritos. Para Beauvoir fue la traición final: el “centro” eclipsado por una de las “periféricas”. Le sobrevivió cinco años. Una reina madre para la izquierda intelectual francesa. Pero no había hijos, ningún heredero.

En realidad Sartre, como Russell, no logró dar ninguna coherencia ni firmeza a sus opiniones políticas. No le sobrevivió ningún cuerpo de doctrina. Al final, otra vez como Russell, no representó nada más que un vago deseo de pertenecer a la izquierda y al campo de la juventud. El declinar intelectual de Sartre, que después de todo en un momento preció estar identificado con una filosofía de la vida llamativa, sin bien confusa, fue particularmente espectacular. Pero siempre hay un gran sector del público educado que exige líderes intelectuales, por poco satisfactorios que sean. Pese a sus enormidades, Rousseau fue ampliamente honrado a su muerte y después. Sartre, otro *monstre sacré*, tuvo un entierro magnífico al que asistió todo el París intelectual más de 50.000 personas, la mayoría jóvenes, siguieron su cuerpo al cementerio de Montparnasse. Para ver mejor, algunos se subieron a los árboles. Uno se cayó sobre el ataúd mismo. ¿A qué causa habían ido a honrar? ¿Qué fe, qué verdad luminosa sobre la humanidad, afirmaban con su presencia masiva? Sería bueno saberlo.

CAPÍTULO 10

EDMUND WILSON: Salvado del fuego

El caso de Edmund Wilson (1895-1972) es iluminador porque nos permite establecer una diferencia entre el hombre de letras tradicional y el intelectual de la especie que hemos estado examinando. Wilson puede ser descrito en realidad como alguien que comenzó su carrera como hombre de letras, se convirtió en intelectual en busca de soluciones milenaristas, y luego -ya más triste y más sabio- volvió a su interés juvenil por la literatura, su verdadero oficio. Cuando él nació, el literato estadounidense era ya una institución firmemente establecida. De hecho había tenido un ejemplar destacado en Henry James. Para Henry James la literatura era la vida. Rechazaba con desdén la opinión del intelectual seglar de que era posible transformar al mundo y a la humanidad mediante ideas sacadas de la nada. Para él la historia, la tradición, la precedencia y las formas establecidas constituían la sabiduría heredada de la civilización y las únicas guías fiables para el comportamiento humano. James sentía un interés serio, si bien objetivo, por los asuntos públicos; y su gesto de adoptar la ciudadanía británica en 1915, identificándose así con una causa que consideraba justa, demostró que juzgaba correcto que el artista se comprometiera con las cuestiones importantes. Pero la literatura siempre ocupó el primer lugar, y quienes consagraban su vida a ella, los sacerdotes que cuidaban sus altares, no debían jamás prostituirse ante los falsos dioses de la política.

Wilson fue en el fondo un hombre de inclinaciones similares, aunque mucho más vigoroso e incorregiblemente norteamericano. A diferencia de James, vio a Europa, especialmente a Inglaterra, como fundamentalmente corrupta, y a Estados Unidos, con todas sus imperfecciones, como la corporización de un ideal noble. Eso explica por qué, bajo su caparazón tradicionalista, a veces luchaba por salir un activista. De todos modos, por nacimiento, medio ambiente y, por lo menos durante un tiempo, por inclinación siguió el camino de los jacobinos. Pertenecía a una inmensa familia presbiteriana de Nueva Inglaterra y en su infancia prácticamente no conocía a nadie fuera de ella. Su padre era abogado y había sido procurador general del estado de Nueva Jersey. Tenía los instintos de un juez y Wilson los heredó. Decía que su padre trataba a la gente “según sus méritos” pero “en cierta medida, de *haut en bas*”; y como señaló Leon Edel, que se ocupó de la edición de los papeles de Wilson, la propensión a repreguntar a los querellantes literarios y juzgarlos despectivamente fueron los rasgos más marcados de Wilson como crítico.¹ Pero también heredó de su padre un amor apasionado por la verdad y la decisión tenaz de encontrarla. Esto finalmente le salvó.

La madre era una verdadera filisteo. Le gustaba trabajar en el jardín y se interesaba por el fútbol universitario. Hasta el final de su vida asistió a los partidos de Princeton. Su deseo era que Wilson fuese un atleta distinguido, y no se interesó en absoluto por lo que escribía. Quizá fuera mejor así, ya que se evitaron las tensiones destructivas que se interpusieron entre Hemingway y su madre inteligente y literata. Wilson fue a la Hill School, la escuela preparatoria de la Ivy League, y luego a Princeton de 1912 a 1915, donde recibió buenas enseñanzas de Christian Gauss. Pasó una temporada en un campamento del ejército y lo detestó, trabajó como periodista en el

¹ Ver Leon Edel (ed.) *Edmund Wilson: The Twenties* (Nueva York, 1975) .Introducción

New York Evening Sun, fue a Francia con una unidad hospitalaria y terminó la guerra como sargento de Inteligencia.

Wilson siempre fue un hombre capaz de leer persistente y sistemáticamente. Sus notas muestran que entre agosto de 1917 y el Armisticio, quince meses después leyó más de doscientos libros: no sólo a escritores anteriores, como Zola, Renan, James y Edith Wharton, sino una amplia gama de contemporáneos, de Kipling y Chesterton a Lytton Stachey, Compton Mackenzie, Rebecca West, y James Joyce. Nadie leyó nunca con más profundidad y atención que Wilson; con su actitud de juez, leía como si sobre el autor pendiera una sentencia de muerte. Como escritor, sin embargo, fue mucho menos sistemático. Parecía incapaz de planear a largo plazo. Sus libros se desarrollaban y se alargaban, cuando no escribía ficción sus libros comenzaban como simples ensayos, sus novelas como cuentos. Al empezar su capacidad de atención era la de un periodista; luego, a medida que se interesaba emocionalmente por el tema, su pasión judicial por descubrir la verdad le obligaba a profundizar más y más. Pero pasó algún tiempo antes de que descubiera qué quería hacer. En la década del veinte trabajó en *Vanity Fair*, luego en *New Republic*; intentó la crítica teatral en el *Dial*, y volvió a *New Republic*; escribió poesía, cuentos, una novela, *I Thought of Daisy* (Pensé en Daisy), y trabajó mucho en un estudio de los escritores modernos, *Axel's Castle* (El castillo de Axel).

Llevó la vida privilegiada de un soltero de la Ivy League, probó brevemente (1923-25) el matrimonio con una actriz, Mary Blair, anduvo libre de nuevo, y se casó por segunda vez, con Margaret Canby, en 1929. Para entonces ya era un joven hombre de letras, con un amplio campo de intereses literarios y una reputación envidiable por su juicio agudo y objetivo.

La prosperidad de los años veinte fue tan espectacular, y pareció tan durable, que inhibió al radicalismo político. Hasta Lincoln Steffens, cuyo *Shame of the Cities* (Vergüenza de las ciudades) de 1904, una compilación de sus artículos sobre la corrupción, había sido un hito en la era progresista, sugirió que el capitalismo de Estados Unidos quizá fuera tan válido como el colectivismo soviético: “La raza se salva de una manera o de la otra y, creo, de las dos maneras.”² Nation comenzó una serie de tres meses escrita por Stuart Chase, sobre la continuidad de la prosperidad, cuyo primer episodio se publicó el miércoles 23 de octubre de 1929, cuando la primera gran baja del mercad. Pero cuando toda la magnitud de la bancarrota y la subsiguiente depresión se hicieron evidentes, la opinión intelectual rebotó en la dirección opuesta. Los escritores se vieron especialmente afectados por la depresión. En 1933 la venta de libros llegó sólo al 50 por ciento de la cifra de 1929. Little Brown, la vieja firma de Boston, describió el período 1932-33 como “el peor hasta ahora” desde que empezaron a publicar libros en 1837. John Steinbeck se quejó de que no podía vender nada en absoluto: “Cuando la gente está quebrada lo primero que suprime son los libros”.³ No todos los escritores se inclinaron a la izquierda, pero la mayoría lo hizo, incorporándose a un movimiento amplio, vago, poco organizado y a menudo disputador, pero incuestionablemente radical. Al recordarlo, Lionesa Trilling vio la emergencia de esta fuerza a principios de la década del treinta como un momento crucial en la historia de Estados Unidos:

Puede decirse que creo la clase intelectual norteamericana tal como la conocemos ahora, con todo su gran tamaño e influencia. Fijo el carácter de esta clase como, a través de todas las mudanzas de opinión, predominantemente izquierdista. Y aparte de la

² Ella Winter y Granville Hicks (eds.) *The Letters of Lincoln Steffens* (2 vols. Nueva York, 1938), vol. II, págs. 829-30.

³ Don Congdon (ed.), *The Thirties: A Time to Remember* (Nueva York)

opinión, la tendencia política en los años treinta definió el estilo de esta clase: de ese radicalismo vino la urgencia moral, el sentido de crisis, y la preocupación por la salvación personal que marcan la existencia de los intelectuales norteamericanos.⁴

Trilling observó que la esencia de los intelectuales había quedado definida en la afirmación de W.B. Yeats según la cual uno no podía “esquivar” el “gran trabajo del intelecto espiritual”, y que no había ningún trabajo tan grande como el que limpia la sucia pizarra del hombre.

El problema, añadió Trilling, era que en la década del treinta había demasiada gente ansiosa por revertir la actitud de James y de “frotar la pizarra para borrar todos los garabatos dejados por la familia, la clase, el grupo étnico o cultura, (y) la sociedad en general”.⁵

Wilson fue arrastrado a esta multitud hirviente de intelectuales ansiosos de tener una *tabula rasa* en la que escribir de nuevo los documentos basales de la civilización. En el invierno de 1930-31 la conmovida y desmoralizada *New Republic* se había quedado sin una política, y fue Wilson quien entonces propuso que adoptara el socialismo. En “Una llamada a los progresistas” argumentó que, hasta la quiebra de Wall street, los liberales y progresistas norteamericanos habían estado apostando por El capitalismo para que promoviera el bienestar y creara una vida razonable para todos. Pero El capitalismo se había venido abajo, y él esperaba “que los norteamericanos estuviesen dispuestos ahora por primera vez a poner su idealismo y su genio para la organización en apoyo de un experimento social radical.” Rusia actuaría como un retador de Estados Unidos, ya que el estado soviético tenía “casi todas las cualidades que los estadounidenses glorificaban: la eficiencia y economía extremas combinadas con el ideal de una proeza hercúlea a realizar gracias a la acción común en un ambiente de jactancia entusiasta, como una campaña del empréstito para la Libertad, la idea de lograr algo grande en cinco años.”⁶

La comparación que hacía Wilson del Plan Quinquenal de Stalin con los préstamos para la Libertad muestra que inocente era, en esa etapa, el intelectual naciente. Pero se puso a leer todos los escritos políticos de Marx, Lenin y Trotski, con su acostumbrada energía stajanovista. A fines de 1931 estaba convencido de que los cambios deberían ser enormes y que los intelectuales debían encontrar soluciones políticas y económicas específicas y presentarlas en programas detallados. En mayo de 1932 proyectó, junto con John Dos Passos, Lewis Mumford, y Sherwood Anderson, un manifiesto, formulado en los términos hieráticos de la teología política, en el que proponían “una revolución socioeconómica”.⁷ A esto siguió en el verano una declaración personal de sus propias creencias, que comenzaba: “El próximo otoño me propongo votar por los candidatos comunistas en las elecciones.” No parece que contemplara nunca incorporarse al partido comunista, pero consideraba a sus líderes “auténticos tipos norteamericanos” que, a la vez que insistían en “esa obediencia a una autoridad central sin la que es imposible un trabajo revolucionario serio”, no “había perdido su comprensión de la situación norteamericana.” El PC estaba en lo cierto al insistir en que “el pueblo empobrecido no tiene otra opción que hacerse cargo de las industrias básicas y administrarlas para el beneficio de todos.”⁸

Wilson se daba cuenta de que él y sus amigos podían ser vistos como intrusos de buena posición que jugaban con la política de la clase trabajadora.

⁴ Lionel Trilling, *The Last Decade: Essays and Reviews 1965-75* (Nueva York, 1979), págs. 15-16.

⁵ Trilling, pág. 24.

⁶ Artículo reimpreso en *The Shores of Light* (Nueva York, 1952), págs. 518-33

⁷ Leon Edel (ed.) *Edmundo Wilson: The Tirates* (Nueva York, 1989), Pág. 206

⁸ *Ibid.* Págs. 208-13

En realidad la percepción era justa. Aparte de leer obras marxistas, su contribución a la causa fue ofrecer un cóctel en honor de William Z. Foster, el líder comunista, en el que Foster respondió a las preguntas de los escritores recientemente radicalizados. Wilson citaba con deleite un esbozo de Walter Lippmann en su gran casa de Washington durante una tormenta, vestido de rigurosa etiqueta, “sosteniendo en la mano una pequeña sartén con la que trataba de solucionar una verdadera inundación provocada por una gotera en el techo”, la imagen perfecta del intelectual enfrentándose impotente a una crisis.⁹ Pero sin darse cuenta, da también un bosquejo igualmente revelador de sí mismo cuando da las gracias a su fiel sirviente negro Hatty, que había “agrandado y remendado maravillosamente” sus viejos pantalones de etiqueta para que pudiera ir a una fiesta en el consulado soviético para celebrar la “nueva constitución”.¹⁰

Pero Wilson, que tenía una pasión genuina por la verdad, y a diferencia de prácticamente todos los intelectuales descritos en este libro, hizo de veras un esfuerzo prolongado, serio y sincero, para instruirse acerca de las cuestiones sociales sobre las que quería pontificar. Una vez que hubo terminado *Axel's Castle*, en 1931, se especializó en la información desde el lugar del hecho, y escribió artículos desde todo Estados Unidos, que fueron recopilados más tarde en *The American Jitters*. (El desasosiego norteamericano), en 1932. Wilson era un buen oyente, un observador agudo y un registrador escrupulosamente preciso. Inspecciono la industria del acero en Bethlehem, Pennsylvania, y luego fue a Detroit para observar la industria del automóvil. Informó sobre una huelga textil en Nueva Inglaterra y sobre la minería en Virginia Oeste y en Kentucky. Fue a Washington, a través de Kansas y el Medio Oeste hasta Colorado, luego bajó a Nuevo Méjico y a California. Sus descripciones se destacan por no ser tendenciosas, por su don del detalle llamativo y su preocupación por lo normal, lo no político y lo extravagante, lo mismo que por la guerra de clases, y sobre todo por su interés por la gente a la vez que por las ideas, en suma, el opuesto exacto de la Condición de la clase obrera en Inglaterra de Engels. Henry Ford era “una rara combinación de grandeza imaginativa con vulgaridad, de mezquindad con una voluntad magnífica, de una llaneza y dureza del noroeste con una especie de distinción servicial”. Wilson observó: “Amplio uso de polainas en Detroit.” Tomó nota de anécdotas sobre peleas, crímenes y asesinatos que no tenían nada que ver con la crisis, describió el invierno en Michigan, la fantástica arquitectura de California y las haciendas para turistas de Nuevo Méjico. La esposa de John Barrymore era “un pequeño buñuelo blando”. Una jovencita del Medio Oeste le dijo que ella “estaba aprovechando las últimas veinticuatro horas del capitalismo”. Las viejas grúas cerca de la playa Laguna eran “como druidas de antaño con barbas que les cuelgan sobre el pecho”. En San Digo un faro lejano que se encendía y apagaba le recordó “un pene expandiéndose rítmicamente en una vagina”.¹¹

En el terrible invierno de 1932, cuando hubo más de trece millones de desocupados, Wilson se unió a un gran grupo de intelectuales que aviendo a observar la huelga del carbón en Kentucky, y escribió una descripción desgarradora de lo que vio.

Los escritores llevaron provisiones de emergencia, y el fiscal del condado les dijo: “Pueden distribuir toda la comida que quieran, pero en cuanto infrinjan la ley tendré el placer, además del deber, de enjuiciarlos.” Wilson describió al novelista Waldo Frank amenazando al alcalde con publicidad. Frank: “La pluma, como dijo Shakespeare, es más poderosa que la espada” Alcalde: “Nunca me asusta la pluma de un bolchevique”. A los intelectuales visitantes les registraron, a algunos le echaron a patadas, a otros les

⁹ *Ibid.* Pág. 81

¹⁰ *Ibid.* Págs. 678-79

¹¹ *Ibid.* Págs. 57, 64, 118, 120, 121-22, 135.

pegaron. En las oficinas del PC: “Gente deforme... jorobada que maneja el ascensor, con gafas, mujer con parte de la cara descolorida como por una quemadura pero con un crecimiento de alguna especie sobre la parte descolorida.” Tenía un saludable escepticismo acerca del valor de ese tipo de visitas, y le escribió a Dos Passos: “Todo fue muy interesante para nosotros... aunque no creo que les haya servido de mucho a los mineros.”¹²

El aspecto más notable del radicalismo de Wilson durante los años treinta fue cómo su independencia intelectual y su interés real por la verdad evitaron que se convirtiera, como Hemingway, en un dócil instrumento del PC. Como le dijo a Dos Passos, los escritores deberían formar su propio grupo independiente precisamente “para que los camaradas no puedan utilizarlos como incautos”. Ya se había dado cuenta de que el intelectual radical de clase media tendía a carecer de una cualidad humana esencial, la capacidad de identificarse con su propio grupo social. En una nota sobre “*El carácter comunista*” (1933) señaló la debilidad del intelectual: sólo puede identificar sus intereses con los de una minoría fuera de la ley... su solidaridad humana está sólo en su imaginación del progreso humano general una fuerza motivadora, sin embargo, cuyo poder no se debe subestimarle que pierde en relaciones humanas inmediatas se ve compensado por su capacidad de ver más allá de ellas y de las personas con las que uno las tiene: la familia y los vecinos.¹³

Para un hombre fuertemente interesado en la vida y el carácter humanos, como era Wilson, tal compensación no era suficiente. Sin embargo decidió estudiar el comunismo no sólo en sus orígenes teórico (ya estaba trabajando en lo que llegaría a ser una descripción importante de la historia marxista, *To the Finland Station* (A la estación de Finlandia); sino también en sus aplicaciones prácticas en la Unión Soviética. En ciertos aspectos hizo un esfuerzo por llegar a la verdad mayor que el de cualquier otro intelectual de la década del treinta. Aprendió a leer y hablar ruso. Conoció a fondo buena parte de su literatura en original. En la primavera de 1935 solicitó una beca Guggenheim para estudiar en Rusia, y le concedieron 2.000 dólares. Viajó a Leningrado en un barco ruso y pronto pudo hablar con la gente. De Leningrado se trasladó a Moscú, y luego en un barco por el Volga hasta Odesa.

Las grandes purgas acaban de comenzar pero los visitantes todavía podían moverse con cierta libertad. Pero en Odessa cayó con escarlatina seguida de un ataque renal agudo. Pasó muchas semanas en un hospital de cuarentena, deteriorado y sucio, pero curiosamente placido, una mezcla de bondad y chinches, socialismo y sordidez. Muchos de los personajes podían haber salido directamente de las páginas de Pushkin todavía vivía. Le proporcionó una entrada en la sociedad rusa que no hubiese tenido de otra manera. El resultado fue que dejó Rusia con una creciente antipatía por Stalin y un incómodo escepticismo en lo que se refiere al sistema, pero con un enorme respeto por los rusos y una irresistible admiración por su literatura.

Es obvio que lo que impidió que Wilson mantuviera largo tiempo la postura del intelectual fue su incontenible interés por las personas y su renuencia a permitir que las ideas las eclipsaran. A fines de la década del treinta estaba recuperando todos sus instintos y las inquietudes del hombre de letras. Pero el proceso de su emancipación de los atractivos del marxismo y la izquierda no fue fácil. *To the Finland Station* creció y creció. Por fin fue publicada en 1940, y en la segunda edición Wilson denunció al stalinismo como “una de las tiranías más odiosas que el mundo haya conocido jamás”. El libro en sí es una mezcla, con pasajes que datan del período en que el impacto de Marx le dominaba intelectualmente. Es así que presenta juntas a las tres diatribas de

¹² *Ibid.* Págs. 160-86; carta a Dos Passos, 29 de febrero de 1932.

¹³ *Ibid.* pág. 378 ss.

propaganda de Marx. *The Class Struggles in France* (La lucha de clases en Francia) de 1948-50, *The Eighteenth Brumaire of Louis Bonaparte* (El vigésimo octavo brumario de Luis Bonaparte), de 1852, y *The Civil War in France* (La guerra civil en Francia), de 1871 como “una de las grandes producciones fundamentales de la moderan ciencia-arte de la historia”, cuando de hecho son una combinación sin escrúpulos de falsedades, ilusiones e invectiva, y sin valor histórico. Defiende o descarta el antisemitismo de Marx: “Si marx desprecia a su raza, lo hace sobre todo con la furia de Moisés al encontrar a los hijos de Israel bailando ante el becerro de oro.” Describe la actitud de Marx hacia el dinero como surgida de un “idealismo casi maníaco” sin mencionar sus estafas a comerciantes, el que anhelara la muerte de los pariente, incluso su madre, las peticiones de préstamos sin la menor intención de devolverlos, o las especulaciones en Bolsa (es posible que Wilson no estuviera al tanto de esta última actividad). No le afligen en absoluto los sufrimientos que en aras de la causa de su ciencia-arte Marx infligía a su familia; puede imaginarse haciendo lo mimo, por lo menos en teoría.

¿Pero y en la práctica? Wilson carecía obviamente de la indiferencia hacia la verdad y la preferencia de las ideas sobre los hombres que señala al verdadero intelectual laico. ¿Pero poseía sin embargo el egotismo monumental que es, como hemos visto, igualmente característico del grupo? Cuando estudiamos este aspecto de su carácter y examinamos su comportamiento personal, las pruebas no son concluyentes. Wilson tuvo cuatro esposas. Se separó de la primera por acuerdo mutuo, ya que sus respectivas carreras resultaron incompatibles; conservaron una relación amistosa.

La segunda, estando en una fiesta en Santa Bárbara en septiembre de 1932 con tacos altos, tropezó y cayó de unos escalones y murió de fractura de cráneo. Durante su período marxista-ruso más intenso permaneció solo, pero en 1937 conoció a Mary McCarthy, una joven escritora brillante diecisiete años más joven que él, y el año siguiente se casaron.

La tercera esposa añadió una nueva dimensión a la vida política de Wilson. Mary McCarthy era una mezcla extraordinaria de orígenes e inclinaciones. Venía de Seattle. Por parte de su madre tenía a la vez sangre judía y protestante de Nueva Inglaterra. Sus abuelos paternos habían sido grajeros irlandeses de segunda generación enriquecidos con el negocio de los elevadores de granos. Ella nació el 21 de junio de 1912 y tuvo luego tres hermanos menores; quedaron huérfanos. A ella la criaron primero unos tíos católicos tiránicos, y luego sus abuelos protestantes.¹⁴ Su educación se llevó a cabo por un lado en un convento católico y por el otro en Vassar, la clásica y distinguida universidad de mujeres.¹⁵ Como era previsible, emergió pedante y oliendo a tinta, una mezcla de monja consentida e intelectual. Su verdadera ambición era el teatro y se dedicó a escribir como un pis aller. Pero resultó muy buena y pronto gozó de reputación como crítica de extraordinaria agudeza, primero de libros y luego de teatro. Se casó con un actor escritor sin éxito, Harold Johnsrud, a quien pronto dejó atrás, y cuando el matrimonio se deshizo tres años después, hizo sus disección cuidadosa en un cuento soberbio, “*Cruel and Barbarous Treatment*” (Tratamiento cruel y bárbaro)¹⁶ Su aventura siguiente en 1937 fue compartir un apartamento con Philip Rahv, el director ruso de nacimiento de *Partisan Review*, y esto la situó en el centro de la escena radical de Nueva York.

Ya se ha señalado el hecho, verdadero si bien paradójico, de que en los años treinta Nueva York “se convirtió en la parte más interesante de la Unión Soviética... la

¹⁴ El ambiente y la infancia de Mary McCarthy están descritos en Doris Grumbach, *The Company She Keeps* (Londres, 1967).

¹⁵ Su ensayo, “The Vassar Girl”, reimpresso en Mary McCarthy, *On the Contrary* (Londres, 1962), págs. 193-214, es una brillante evocación del espíritu de Vassar.

¹⁶ Reimpresso en *Cast a Cold Eye* (Nueva York, 1950)

única parte del país en que podía manifestarse libremente la lucha entre Stalin y Trotski”¹⁷ La batalla se libró en gran medida en la *Partisan Review* y alrededor de ella. El partido comunista la fundó en 1934 e inicialmente la dominó. Pero Rahv, su director, era a su manera un espíritu ingobernable. Su educación formal concluyó a los dieciséis años, y a partir de entonces se manejó solo, durmiendo en los bancos de las plazas de Nueva York y leyendo en la Biblioteca Pública. A principios de la década del treinta, en la misma época que Wilson, se convirtió al marxismo y publicó su conversión en *An Open Letter to young Writers* (Una carta abierta a los escritores jóvenes), en la que insistió: “Debemos cortar todos los lazos con esta civilización insana conocida como capitalismo”.¹⁸ En *Partisan Review* dio con infalible certeza la nota prevaleciente de la época, el intelectual de clase media que desciende al nivel de obrero y campesino: “Me he quitado”, escribió, “las vestiduras sacerdotales de la espiritualidad hipócrita que muestran los escritores burgueses, para convertirme en un ayudante intelectual del proletariado.”¹⁹ Fue el gran organizador de lo que llamó “la guerra de la clase literaria”, título de uno de sus artículos.²⁰ Pero rompió con los comunistas por los juicios de Moscú, que para él fueron fraudulentos.

Rahv era un consumado pastor del rebaño literario y extraordinariamente sensible a sus estados de ánimo colectivos. Suspendió la *Partisan Review* durante un tiempo para ver qué rumbo tomaba la opinión literaria, y luego la retomó como un órgano casi trotskista, y se encontró con que había adivinado bien: la mayoría de los escritores que importaban en ese ambiente estuvieron con él. Incluía a Mary McCarthy, que además se convirtió en su amante, un regalo que valía la pena, ya que era una joven bonita y vivaz.²¹

Lo que la atrajo de la guerra Stalin-Trotski no fue la política en sí, sino el entusiasmo histriónico que generó. “Hay ahora”, escribió James T. Farrell, el novelista de Chicago, “una barrera de sangre entre los partidarios de Stalin y los de Trotsky, y esa barrera de sangre parece un río infranqueable.”²² Earl Browder, el jefe del partido comunista, dijo que los trotskistas que se encontraban distribuyendo panfletos en las reuniones del PC deberían ser exterminados”. Más adelante Mary McCarthy describió la oficina de la *Partisan Review* como un cuartel aislado en Union Square: «Toda la región era territorio comunista; “ellos” estaban en todas partes, en las calles, en las cafeterías, casi todos los edificios abandonados alojaban por lo menos a uno de sus grupos pantalla, o escuelas o publicaciones.» Cuando *Partisan Review* se mudó a Astor Place compartió un edificio con New Masses del PC: “un encuentro con “ellos” en el ascensor, soportando su frío escrutinio mientras bajaban en silencio, era una perspectiva sobre la que a menudo hacían bromas, pero que se temía.”²³ Parece que esta guerra religiosa, con su atmósfera punzante de odium theologicum, le resultaba emocionante. De hecho es interesante ver de qué manera su educación moral católica sobrevivió como gazmoñería ideológica, por ejemplo en su negativa a hablar, almorzar o vincularse con alguien que violaba una de sus reglas, moral, intelectual o política, definidas a menudo en estrechos términos doctrinarios. Su conocimiento real de, o su interés por la política como tal, era escaso. Más adelante confesó que con frecuencia se había dejado llevar a

¹⁷ Lionel Abel, “*New York City: A Remembrance*”, *Dissent*, VIII (1961).

¹⁸ Publicado en Rebel Poet, y citado en Ferry A. Cooney, *The Rise of the New York Intellectuals: Partisan Review and its Circle* (Wisconsin, 1986), pág 41

¹⁹ *Partisan Review*, XII (1934)

²⁰ En *New Masses*, agosto de 1932.

²¹ Para las diversas posiciones políticas de Rahv, ver a A.J. Porter y A. J. Dvosin (eds.), Phillip Rahv: *Essays on Literatura and Politics, 1932-78* (Boston, 1978)

²² Citado en Cooney, págs. 99-100

²³ Citado en Cooney, pág. 117

sus posiciones políticas por farolear o por divertirse. Era demasiado crítica para ser una camarada en el sentido de los años treinta. Luego comparó a Trotski con Gandhi, demostrando que sabía poco de ambos. Aun entonces solía producir una conmoción en las fiestas de la izquierda al revelar un fondo monárquico cuando había bebido y mencionaba el brutal asesinato de la familia del zar.²⁴ Retrospectivamente no se la ve en absoluto como un animal político: primero sinsabor nada del comunismo, luego comunista, después casi por accidente trotskista; luego anticomunista; finalmente nada en absoluto salvo una izquierdista suave, de uso múltiple. Pero todo ese tiempo se mantuvo sumamente crítica, en parte por naturaleza, en parte por su educación en Crítica Literaria Inglesa; y en el fondo, no interesada por las ideas sino por la gente, y en consecuencia más la chica para un intelectual que una intelectual ella misma. Según la definición que estamos usando aquí.

¿Pero prefería ellas era la chica de un intelectual o la de un hombre de letras? No cabe duda que Rahv era un intelectual, pero no un hombre atractivo.

Si bien un experto en orientar lo que ha sido llamado “El rebaño de mentes independientes.”²⁵ Fue extraordinariamente reservado en cuanto a sus sentimientos íntimos. Según William Saroyana era “tan reservado que resultaba casi imposible conocerle”. La misma Mary McCarthy observó: “Si no hay dos personas iguales, él era menos igual a otros que cualquiera.”²⁶ Norman Podhoretz afirmó más adelante que era un hombre “Con un gran apetito de poder”.²⁷ Además, este apetito se manifestaba en general ejerciendo su poder sobre otras personas, como su nueva amante descubrió rápidamente.

De modo que Mary McCarthy, un alma romántica que amaba la guerra de facciones de Nueva York, pero no se dejaba dominar fácilmente durante mucho tiempo, escapó de la influencia de Rahv y se encontró casada con Wilson. En teoría esto pudo haberse convertido en una alianza literaria, una unión intelectual con la distinción y permanencia de la asociación de Sartre con Beauvoir. En la práctica, sin embargo, se hubiesen necesitado dos personas muy diferentes para que tuviera éxito. Por cierto que la actitud de Wilson hacia las mujeres tenía algo en común con la de Sartre, es decir, era egoísta y explotadora. Su esclarecedor registro de una conversación con Cyril Connolly, escrito en 1956, sobre el tema de las esposas, revela que en su opinión la función primordial de una esposa era servir a su marido. Le dijo a Connolly que se deshiciera de su esposa, Barbara Skelton: “debería buscar otra clase de mujer, que le cuidara mejor.” Connolly le contestó en realidad estaba tratando de seguir ese consejo y zafarse de alguna manera: “Todavía estoy pegado al papel atrapamoscas; he soltado casi toda mi pierna, pero no me he despegado del todo todavía.” Estos dos hombres hablaban de esposas como de una especie de sirvienta superior.²⁸

Pero Wilson, a diferencia de Sartre, consideraba a las mujeres con recelo y una cierta dosis de temor. Las mujeres, como le dijo a un joven, eran “las representantes más peligrosas de esas fuerzas del conservadurismo” contra las que “toda la vida” del héroe literario “era una protesta”. Y se protegía, así lo creía, adoptando una variante de la política usual de “franqueza” a las que los intelectuales están tan apegados: escribía en sus libretas largos pasajes en los que describía a sus mujeres en las posturas más íntimas, y en especial la relación sexual que mantenían con él. Wilson era escritor de ficción a la vez que crítico, y cuando adquirió el hábito de hacer anotaciones estaba muy

²⁴ Ver “*The Death of Gandhi*” y “*My Confession*”, en McCarthy, págs. 20-23, 73-105

²⁵ Título del artículo de Harold Rosenberg, *Commentary*, septiembre de 1948

²⁶ Ver *New York Times Book Review*, 17 de febrero de 1974

²⁷ Norman Podhoretz, *Breaking Ranks: A Political Memoir* (Nueva York, 1979)

²⁸ Leon Edel (ed.), Edmund Wilson: *The Fifties; From Notebooks and Diaries of the Period* (Nueva York, 1986), págs. 372.ss. (esp. anotación del 9 de agosto de 1956)

sometido a la influencia del Majes Joyce de Ulises. Al parecer pensó que al escribir lo que ocurría podría exorcizar algunos de los terrores del sexo y el poder que tenía las mujeres sobre él. Escribió mucho sobre Edna St. Vincent Millay, la hermosa poetisa, su primero y quizá más grande amor, que le hipnotizaba. Describió cómo él y el joven que compartía su apartamento, John Peale Bishop, también enamorado de ella, habían llegado a un arreglo según el cual, obligados a compartirla, Bishop acariciaba la parte superior de su cuerpo y Wilson a inferior; ella los llamaba “los chicos del coro del infierno”.²⁹ Describió la compra de su primer preservativo: “Fui a una farmacia de la Greenwich Avenue y observé nervioso desde fuera para asegurarme de que no había mujeres dentro.”

El vendedor le “presentó un preservativo de goma que recomendó como muy bueno, inflándolo como un globo para demostrarme que seguro era”. Pero explotó “y esto resultó ser algo así como un presagio”. Describió su contagio de una enfermedad venérea. Afirmó que fue “una víctima de muchos de los peligros del sexo... abortos, gonorrea, complicaciones, un corazón roto.”³⁰ Sentía un interés horrible por las prendas de las mujeres debían quitarse para que él pudiera entrar: quitarse “uno de esos malditos corsés” era “como comer mariscos”³¹

Muchos de los pasajes más despiadados se refieren a su segunda esposa, Margaret “de pie, sin ropa, en la sala de estar de la calle 12, con su amplio pecho redondeado y blando (piel blanca)”. Tenía “un cuerpo pequeño y bajo cuando la abrazaba de pie descalza, desnuda, caderas gordas y grandes pechos blandos y gran torso y pies pequeños.” También observó “pequeñas manos fuertes, como zarpas (con un apretón fuerte)... Cuando estaba acostada en la cama por cada esquina salían brazos y piernas, zarpas de tortuga. Describió cómo hicieron el amor en un sillón, ella con su disfraz del Baile de *Meaux Arts*, “fue algo difícil de lograr ella había pasado una pierna por encima de un brazo”, o “la vez que se quitó el vestido y su ropa interior salió con él...” Soy una de esas chicas siempre listas, dijo”³²

Además hubo encuentros adúlteros. Una mujer “me impresionó bastante cuando me dijo que quería que le pegara; a uno de sus amigos, le dijo le gusta pegar a su mujer con un látigo. Compré un cepillo para cabello con cerdas de alambre... y primero la raspé y luego le pegué con él. Me resultó más bien difícil, quizás a causa de inhibiciones. Luego ella me dijo que había tocado profundamente.” Otra “creía que el pene de los hombres siempre estaba duro, porque siempre que se le acercaban lo bastante como para que ella se diera cuenta estaba así”. Una prostituta que encontró en la calle Curzon “trabajaba con energía y autoridad”. Muchas mujeres, demasiadas quizá para que sea creíble, manifiestan admiración: “¡Has estado fantástico!”. Y cosas así.³³

Elena, su cuarta esposa, recibió el mismo tratamiento. Durante la campaña electoral de 1956: “... nos sentamos en el diván y escuchamos a (Adlai) Stevenson haciendo su campaña en Madison Square Garden, empecé a tocarla – estaba medio sentada – y abrió las piernas y le encantó... cuando terminaron pasamos a algo más activo.” Continúa: “Ahora parecería que nunca tengo bastante.” En Inglaterra, harto de “la ranciedad monástica” de All Souls, en Oxford, volvió de prisa a Londres donde “Salté sobre Elena, que se había ido a la cama.”³⁴

En las libretas que llevó durante su tercer matrimonio, con Mary no había nada de este material casi pornográfico, o por lo menos no ha sido publicado. La unión duró

²⁹ Edmund Wilson: *The Twenties*, págs. 64-65

³⁰ *Ibid.* Págs. 15-16

³¹ Edmund Wilson: *The Thirties*, pág. 593

³² *Ibid.* Págs. 6, 241 ss., 250 ss. Etc.

³³ *Ibid.*, págs. 296-97, 523; Leon Edel (ed.), Edmund Wilson: *The Forties* (Nueva York, 1983), págs. 108-9

³⁴ Edmund Wilson: *The Fifties*, págs. 582, 397, 140.

desde febrero de 1938 hasta final de la guerra, pero parece que fue un fracaso desde el principio. Sartre quizás trato a Beauvoir como una esclava, pero nunca le dijo qué debía escribir. Wilson, sin embargo insistió en que mccarthy escribiera ficción, y la trato como a una alumna inteligente que necesitaba una supervisión académica.

Al parecer ella se casó con él ante su insistencia, y como esposo le encontró dominante: emitía no tanto opiniones como juicios, que ella llamaba “la Versión Autorizada”. Wilson bebía mucho y cuando estaba borracho a veces se ponía violento, y su espíritu vehemente se rebelaba. Más adelante, en sus cuentos figuraron hombres pelirrojos, borrachos y agresivos (Wilson tenía el pelo rojo, aunque sus ojos eran castaños), y también mujeres con los ojos amoratados y golpeadas por sus maridos.³⁵

El matrimonio se prolongó hasta 1946, pero la ruptura crítica tuvo lugar en 1944 tal como la describió la propia Mary McCarthy en su declaración durante la solicitud de separación. Habían ofrecido una fiesta para dieciocho personas: todos se habían ido ya y ella estaba lavando los platos:

«Le pedí que sacara la basura. Él me contestó: “Sácala tú misma.” Empecé a sacar dos cubos de basura grandes. Mientras salía por la puerta de alambre tejido. Se inclinó con ironía, repitiendo: “Sácala tú misma”. Le di una bofetada, no terriblemente fuerte, salí y vacié los cubos, luego subí. Me llamó y bajé. Se levanto del sofá, tomo impulso y me pegó en la cara y en todo el cuerpo. Me dijo: “Crees que eres desdichada conmigo. Bien, te daré algo para que te sientas desdichada.” Salí corriendo de la casa y me metí en mi coche.»³⁶

Luego describió la pelea por la basura en su *A Charmed Live* (una vida encantada) de 1965, en la que Martha vive aterrorizada por el pelirrojo Miles Murphy: “Nadie, salvo Miles, la había amedrentado tanto jamás... con Miles había hecho sostenidamente todo lo que odiaba.” Cuando Mary McCarthy le escribió a Wilson diciéndoles que Miles no era él, le respondió que no había leído el libro, pero “supongo que es sólo otro de tus malignos irlandeses de pelo rojo”.

La verdad es que Mary McCarthy tenía un carácter demasiado fuerte y un talento tan característico que no podía ser una compañera satisfactoria para un personaje tan olímpico y exigente. Quizás al principio ella prolongara su intervención en la política de izquierda, pero finalmente, con su espíritu independiente ayudó a que le llegara a disgustar la idea de las posturas progresistas prescritas. Su partida marcó el momento en que él dejó de ser un intelectual y retomó el papel, mucho más compatible con su temperamento, de hombre de letras. En 1941 había comprado una gran casa antigua en Wellfleet, Cape Cod, y luego heredó la mansión de piedra de la familia en la zona norte de Nueva York, y a partir de entonces alternó majestuosamente entre las dos. Según las estaciones. Elena, su cuarta esposa, se llamaba Hélène-Marthe Mumm; era hija de un viñatero, descendiente de alemanes, de la zona del champaña de Rheims. Escribió con satisfacción aprobación; que “Su temple animal franco y desinhibido contrastaba con sus modales formales y aristocráticos”; le resultó “un gran alivio “y comenzó “a funcionar con normalidad de nuevo.”

Le manejaba sus casas con cierta dosis de disciplina al viejo estilo europeo, e introdujo comodidad y elegancia en su vida. Él aceptó esta rutina con satisfacción, trabajando con su acostumbrada concentración despiadada todo el día, en pijama y bata, para luego aparecer a las cinco de la tarde, para lo que llamaba “la cita social”, con un traje bien planchado, camisa limpia y corbata.

El 19 de enero de 1948 hizo una anotación sobre su nueva vida como miembro de la clase media alta con inclinaciones literarias. Había salido a caminar con los perros:

³⁵ Por ejemplo, Capítulo 13 de Mary McCarthy, *The Group* (Nueva York, 1963)

³⁶ Citado en Grumbach, págs. 117-18

“tenía muy buen aspecto sobre la capa de nieve”. El pantano parecía “amplio, rubio y suave a la luz del cielo crepuscular de Cape Cod”. Había tenido “un buen día de trabajo” y había “bebido dos vasos de buen whisky”. Ahora “estaba en la casa gozando su luminosidad y ambiente agradable, con la ventana saliente del comedor, el brillo de dos candelabros...”³⁷ Años después me escribió un ensayo, “El autor a los sesenta”, que es, en su tomo tranquilo, un himno a la importancia de la tradición y la continuidad. “La vida en Estados Unidos”, escribe, “está muy sometida a separaciones y frustraciones, derrumbes catastróficos y agotamientos graduales.” En su juventud se sintió amenazado con este destino, pero ahora, “a mis sesenta y un años, encuentro que una de las cosas que más me gratifican es el sentido de mi continuidad”. Estaba de vuelta en el campo, “rodeado por los libros de mi niñez y de muebles que pertenecieron a mis padres”. ¿Estaba entonces, sólo en “un rincón del pasado”? En absoluto: estaba “en el centro de las cosas, ya que el centro sólo puede estar en la propia cabeza, y mis sentimientos e ideas pueden ser compartidos por muchos.”³⁸ He aquí un enfoque de la vida no demasiado distante del de Henry James.

Sin embargo vale la pena observar que Wilson retuvo, aun en su reencarnación como caballero literato, por lo menos algunas de las características que le habían empujado a la vida intelectual radical. Era un hombre que en general buscó la verdad con seriedad. Pero en su mente había áreas de prejuicio en las que mantenía la verdad a raya con gran ferocidad. Su anglofobia, una amalgama de antiimperialismo, odio al sistema de clases inglés y mera inseguridad, sobrevivió al declinar todos los demás impulsos radicales. Observa (muy en serio): “De los británicos se dice que calladamente pero con cuidado están haciéndose cargo de la industria del cáñamo” La clase de hecho, o no hecho, que un cónsul francés de segundo orden podría informar. Determinó cuidadosamente su posición en el “desaire de Oxford”, la “malicia competitiva de los ingleses”, “las dos maneras que tiene de decir sí”, la fría y la insincera, el hecho de “tener una palabra especial, “Civil”, para lo que en otras partes es simplemente cortesía común”, su propensión a “fomentar la violencia”, y su “reputación internacional de hipócritas”. Se refiere a la “pérfida Albion”, “*la morgue anglaise*” y confiesa: “Aquí me he vuelto tan antibritánico que he comenzado a sentir afecto por Stalin porque les está haciendo difíciles las cosas a los ingleses.”³⁹

De otra visita a Inglaterra en 1954 tenemos no sólo su propio relato envenenado, sino también un delicioso esbozo de Isaiah Berlin, que fue su anfitrión en All Soul. “Mi política presente en Inglaterra”, anunció, iba a ser “discretamente agresiva”. Le agradó descubrir que los intelectuales ingleses eran todavía más “provincianos”, y “aislados” que antes, que Oxford estaba “empobrecida y ruinosa, escrofulosa y leprosa”. Su habitación en All Soul era “una celda pequeña y desolada como una pensión de cuarta clase en Nueva York” y los sirvientes de la universidad eran “obviamente desleales”. En una fiesta conoció a E. M. Forster, “un pequeño hombrecito que a primera vista parecía un empleado o el vendedor en una casa de óptica”, y dijo agresivamente que, si bien compartía el entusiasmo de Forster por sus tres libros favoritos, *La guerra y la paz*, *la Divina Comedia* y *Ascenso y caída*, de Gibbon, “cería que *Das Capital* casi pertenecía a la misma categoría.” Fue una observación sorprendente para que la hiciera un hombre de letras, a diferencia de un intelectual, y Wilson tomó nota de que había “desconcertado” a Forster, como era natural. Forster se desquitó sacando a relucir con rapidez el inofensivo tema de Jane Austen, para luego escabullirse: “bueno, no debo

³⁷ Edmund Wilson: *The Forties*, pág. 269

³⁸ Reimpreso en Lewis M. Dabney (ed.) *The Portable Edmund Wilson* (Londres, 1983), págs. 20-45

³⁹ Edmund Wilson: *The Forties*, págs. 50-157 y passim.

apartarlo de los demás,” frase cuya ironía al despedirle Wilson felizmente no percibió.⁴⁰ Cundo Berlin le preguntó si le había “desagradado toda la gente de letras que había conocido en Londres”, Wilson contestó: “No, los que más me gustaron fueron Evelyn Waugh y Cyril Connolly.” “¿Por qué?” “¿Por qué me parecieron muy desagradables?”⁴¹

La hostilidad personal de Wilson hacia otros escritores fue, en verdad, otra característica que compartió con muchos intelectuales: ni siquiera un Marx hubiese podido registrar sus impresiones sobre ellos con más malicia. La cabeza de D.H. Lawrence era “desproporcionadamente pequeña. Se veía que pertenecía a una casta inferior, alguna raza sin madurar, degenerada, de las minas de carbón”. Hay un horrendo retrato de Scott Fitzgerald, patéticamente borracho, tirado en el suelo en un rincón, de Robert Lowell loco y maniaco, de E. E. Cummings con su voz “femenina”, de W.H. Auden “corpulento y mundano...de pronto empezó a contarnos que no servía para la flagelación”. Dorothy Parker se pone demasiado perfume barato. Van Wyck Brooks “no comprende la gran literatura”, Cyril Connolly “nunca escucha las ocurrencias o historias de otro”. T.S.Eliot tenían un “bribón” metido dentro en alguna parte, los Sitwell “no eran nada interesantes”.⁴² Dentro del juez olímpico había una buena cantidad de odio.

También hubo una falta de equilibrio en cuanto a los asuntos comunes del mundo que encontramos una y otra vez entre los intelectuales y que persistió en Wilson mucho después de haber roto con ellos. Salió a la luz de pronto y desastrosamente en la agria batalla entre Wilson y los funcionarios del Servicio de Rentas Internas de Estados Unidos, sobre los que escribió un libro indignado. Su problema era muy simple: entre 1945 y 1955 no presentó las declaraciones de impuesto a las ganancias, un delito grave en Estados Unidos, como en la mayoría de los países. De hecho en Estados Unidos se castiga generalmente con tanta severidad, con multas y prisión, que la primera vez que Wilson confesó su delito a un abogado “me dijo enseguida que evidentemente yo estaba en un lío tal que lo mejor que podía hacer era cambiar de ciudadanía.”⁴³ Los motivos que adujo para justificar su falta de cumplimiento de la ley impresionan por débiles. Durante la mayor parte de su vida adulta había trabajado por su cuenta. A fines de 1943 consiguió un trabajo permanente en *New Yorker*, donde le retenían el impuesto de su sueldo. En 1946 publicó *Memoir of Recate Country* (Memorias el país de Hecate) su único gran éxito comercial. Hasta entonces sus mayores ganancias habían sido 7.500 dólares como director asociado de *New Republic*. De todos modos en ese año se caso de nuevo, y tuvo que pagar los gastos de dos divorcios. Para eso utilizó el dinero de Hecate. Dijo que tenía la intención de ponerse al día con sus obligaciones positivas, ya que el libro seguía vendiéndose bien y ahora le entraba dinero de ahí. Pero de pronto surgió un problema de obscenidad y ya no hubo más dinero de ahí. En consecuencia: “Pensé que antes de presentar las declaraciones por los años a partir de 1945 sería mejor esperar a que estuviera ganando más dinero.” Eso ocurrió en 1955, cuando en *New Yorker* publicó su muy admirado estudio de los Manuscritos del Mar Muerto, que se convirtió en un libro de éxito. Fue entonces cuando acudió al abogado de impuestos, cuyo consejo le impresionó: “No tenía idea entonces de que nuestros impuestos fueran tan altos ni de la severidad de las penas por no presentar las declaraciones del impuesto a las ganancias.”⁴⁴

Esta fue una confesión extraordinaria. Se trataba de un hombre que había escrito extensamente sobre problemas sociales, económicos y políticos durante la década del treinta y que había ofrecido consejos vehementes a las autoridades acerca de los gastos

⁴⁰ Edmund Wilson: *The Fifties*, págs. 101, 135-38,117

⁴¹ Versión de la visita de Wilson en 1954 dada por Isaiah Berlin, publicada en *New York Times*.

⁴² *The Twenties*, pág. 149; *The Thirties*, págs. 301-3; *The Fifties*, págs. 452 ss. 604 etc. *Memoria de Berlin*

⁴³ Edmund Wilson, *The Cold War and the Income Tax: A protest* (Nueva York, 1963) pág. 7

⁴⁴ *Ibid.* Pág. 4.

públicos excesivos y la nacionalización de las principales industrias. También había publicado un libro extenso, *A la Estación Finlandia*, en la que delineaba con entusiasmo el desarrollo de ideas destinadas a revolucionar la posición de la gente apoderándose de los bienes de la burguesía. ¿Cómo creía que el estado costeaba sus cuantiosos gastos durante el New Deal que él tanto aprobaba? ¿No sentía que era responsabilidad personal de todos lograr el éxito de esas reformas, esencialmente de los que, como él mismo, habían manifestado una obligación moral directa hacia los menos favorecidos? ¿Y qué pasaba con la frase marxista que él avalaba, “De cada uno según su capacidad, a cada uno según su necesidad?” ¿O es que pensaba que eso se aplicaba a los otros pero no a él? ¿Era el caso, en resumen, de un radical que apoyaba a la humanidad en general, pero no pensaba en los seres humanos en particular? De ser así, estaba en buena, o mejor dicho, mala compañía, ya que Marx no parece que pagara jamás un penique del impuesto a los réditos en su vida. La actitud de Wilson fue, de hecho, un “ejemplo llamativo del intelectual que, mientras le dice al mundo cómo debe conducir sus asuntos, en un tono de considerable autoridad moral, piensa que las consecuencias prácticas de su consejo no tienen nada que ver con aquellos como él... son para la “gente común”.

A dos abogados y varios contables les llevó cinco años arreglar las cuentas de Wilson con el Servicio de Rentas Internas. Naturalmente, El SRI le hizo pasar un mal rato.

Le debitaron 69.000 dólares, resultado de un interés del 6 por ciento durante diez años, más el 90 por ciento de penalidades legales: 50 por ciento por fraude, 25 por ciento por morosidad, 5 por ciento por falta de registro y 10 por ciento por declaración insuficiente de renta. Pero fue un trato comparativamente suave, ya que Wilson pudo haber ido a la cárcel por un año por cada falta de presentación. Además, como alegó pobreza y tenía que pagar 16.000 dólares de honorarios legales, el SRI se contentó con un ajuste de compromiso de 25.000 dólares. De modo que hubiese debido considerarse afortunado. En cambio Wilson escribió su diatriba, *The Cold War and the Income Tax: a Protest* (La guerra fría y el impuesto a las ganancias: protesta). Fue en todos los sentidos una respuesta irracional a sus problemas. Le habían proporcionado una visión aterradora de la dureza del estado moderno en su aspecto más beligerante- en el papel de recolector de impuestos- pero esto no debió resultar una sorpresa para un hombre imaginativo que se había dedicado a estudiar el estado en la teoría y en la práctica. La persona que está en la posición moral más débil para atacar al estado es quien ha ignorado en gran medida su potencial para el mal mientras apoya enérgicamente su expansión por razones humanitarias y sólo se siente estimulada a protestar cuando choca con ella por culpa de su propia negligencia. Eso describe exactamente la posición de Wilson. En su libro trató de eludir sus propias incongruencias con el argumento de que la mayor parte del impuesto a las ganancias iba a gastos de defensa inducidos por la paranoia de la Guerra Fría. Pero él no había pagado tampoco el impuesto estatal a las ganancias, y ese no iba para la defensa. Tampoco reconoció que, para cuando llegó a un arreglo, una proporción cada vez mayor del impuesto federal a las ganancias se destinaba a la asistencia social. ¿Era justificable desde un punto de vista moral evadir eso también? En resumen, el libro nos muestra a Wilson bajo su peor aspecto y nos lleva a agradecer que, en general, dejar de ser un intelectual político cuando tuvo cuarenta años.

Lo cierto es que, al volver a su verdadero papel de hombre de letras, la madurez de Wilson fue notablemente productiva. Incluyó *Los manuscritos del Mar Muerto* (1955), *Apologie to the Iroquois* (Disculpas a los iroqueses), de 1959, Sobre la confederación de indios, *Patriotic Gore* (Sangre Patriótica), de 1962, sobre la literatura

de la guerra civil norteamericana. Estos libros, y otras obras, se caracterizan por su coraje además de la laboriosidad (escribir sobre los manuscritos le requirió aprender el hebreo) y por una preocupación sostenida e implacable por la verdad. Eso por sí solo lo diferenció de la mayoría de los intelectuales. Pero lo hizo aun más la forma en que la investigación y los escritos de Wilson se centraron alrededor de un interés fuerte, cálido, penetrante y civilizado por la gente, en grupos y como individuos. Fue el mismo interés que dio color y vivacidad a su crítica literaria y la hizo tan agradable. Porque en sus mejores momentos Wilson tuvo en primer lugar en su mente la comprensión de que los libros no son entidades incorpóreas, sino que emanan de los corazones y cerebros de hombres y mujeres vivos, y que la clave para su comprensión está en la interacción del tema con el autor.

La crueldad de las ideas deriva de la suposición de que se puede torcer a los seres humanos para que se adecuen a ellas. El beneficio del gran arte consiste en la manera en que progresa de la iluminación individual a la generalidad. Cuando comentaba a Edna St Vincent Millay, sobre quien escribió con un brillo conmovedor, Wilson produjo la definición perfecta de cómo debe funcionar un poeta:

Al dar expresión suprema a la experiencia personal sentida profundamente, pudo identificarse con la experiencia humana más general y presentarse como portavoz del espíritu humano, anunciando sus dificultades y sus vicisitudes, pero como maestra de la expresión humana, a través del esplendor de la expresión misma, situándose más allá de las perplejidades, opresiones y pánicos comunes.⁴⁵

El humanismo de Wilson le permitió comprender esos procesos y le salvó de la falacia milenarista.

⁴⁵ *The Portable Edmund Wilson*, pág. 72

CAPÍTULO 11

LA CONCIENCIA INQUIETA DE VICTOR GOLLANCZ

Algo que surge claramente de cualquier estudio de los intelectuales que se haga caso por caso es que la veracidad les importaba muy poco. Ansioso como están por promover a la Verdad trascendente y redentora cuya instalación ven como su misión en beneficio de la humanidad, no tienen mucha paciencia con las verdades mundanas diarias representadas por datos objetivos que estorban sus argumentos. Rechazan estas verdades menores y molestas, las adulteran, las invierten o hasta las suprimen adrede. El ejemplo más destacado de esta tendencia es Marx, pero todo lo que hemos examinado la sufrieron hasta cierto punto; el único que se salva es Edmund Wilson, que quizá no fuera en absoluto un verdadero intelectual. Ahora veremos dos intelectuales en cuya obra y vidas el engaño, incluso el autoengaño, jugó un papel central, de hecho decisivo.

El primero, Victor Gollancz (1893-1967), fue importante no porque él mismo produjera alguna idea sobresaliente, sino porque fue el agente a través del que muchas ideas se grabaron en la sociedad con gran fuerza, y resultados palpables. Fue quizás el agente de publicidad intelectual más destacado de nuestro siglo. No fue de manera alguna un hombre perverso, y hasta cuando obró mal generalmente se dio cuenta y la conciencia le remordió. Pero su carrera demuestra llamativamente hasta qué medida el engaño juega un papel en la promoción de ideas milenaristas.

Aun envidia, la gente que trataba con él se daba cuenta de qué pocos miramientos tenía para con la verdad. Pero ahora, gracias a la franqueza de su hija, Livia Gollancz, que permitió la libre inspección de sus documentos, y la hábil imparcialidad de una biógrafa de primera calidad, Ruth Dudley Edwards, pueden estudiarse la naturaleza y el alcance exactos de sus engaños.¹

Gollancz tuvo suerte con su nacimiento y aun más con su matrimonio. Pertenecía a una familia altamente dotada y civilizada, y entró en otra igual al casarse. Los Gollancz eran judíos ortodoxos, originarios de Polonia; el abuelo era un chazan o cantor solista en la sinagoga de Hambre. Alexander, el padre de Gollancz, fue un joyero trabajador y de éxito, y un hombre piadoso y culto. Su tío, Sir Herman Gollancz, fue un rabino y un erudito semítico que cumplió una enorme gama de funciones públicas; otro tío, Sir Israel Gollancz, un erudito en Shakespeare, fue secretario de la Academia Británica y prácticamente creó el departamento de inglés en la universidad de Londres.² Una de sus tías fue una erudita de Cambridge, otra una pianista brillante. Su esposa Ruth también era una mujer muy instruida que había estudiado en la Escuela St. Paul para Niñas, y luego se había especializado en arte; su familia, los Lowy, también se destacaba por combinar la erudición, el arte y el éxito en los negocios, con las mujeres tan tesoneras como los hombres en su dedicación a la cultura (la famosa *History of Culture* (Historia de la cultura) de Graetz fue traducida al inglés por Bella Lowy)

A lo largo de su vida Gollancz se vio rodeado por gente inmersa en lo mejor de la civilización europea. Desde sus primeros años tuvo todas las oportunidades de gozarla él mismo. El único varón, fue mimado por padres que le adoraban y por sus obsequiosas

¹ Ruth Dudley Edgard, *Victor Gollancz: A Biography* (Londres, 1987)

² Para los hermanos Gollancz ver *Dictionary of National Biography, Supplementary Volumen 1922-30* (Oxford, 1953), págs. 350-52

hermanas, y tratado de hecho como si fuese hijo único. Tenía dinero para gasto personales en abundancia para satisfacer su pasión por la ópera. La adquirió muy pronto (a los veintiún años ya había oído Aída cuarenta y siete veces) y recorrer los teatros de ópera europeos constituyó sus vacaciones normales hasta el fin de su vida.³ Ganó una beca para ir a St. Paul's, tuvo una educación clásica soberbia (dos veces por semana traducía el primer editorial del *Times* al griego y al latín) y fue al New College, de la universidad de Oxford, como becario. En su momento ganó el premio del Canciller al Ensayo en Latín y mereció un sobresaliente en Clásicas.

Ya era un intelectual radical que había encontrado fuerte apoyo en Ibsen, Maeterlink, Wells, Shaw y Walt Whitman, parece que se formó opinión sobre casi todos los grandes problemas muy pronto en su vida, y nunca encontró motivos para cambiarla más adelante. Tanto en la escuela como en la universidad sus contemporáneos lo encontraban demasiado dogmático y demasiado seguro de sí mismo, y no fue popular en ninguna de las dos. Abandonó el judaísmo ortodoxo muy pronto, con la excusa de que no podía soportar la caminata de cuarenta minutos (el transporte estaba prohibido el sábado) desde su casa en Maida Vale hasta la sinagoga de Bayswater; esta fue una exageración típica: era sólo de quince minutos. Siguió el camino usual a través del judaísmo reformista a nada en absoluto, ayudado en Oxford por Gilbert Murray, un ateo magnánimo.

Pero más adelante se construyó una versión idiosincrásica del cristianismo platónico, centrado en Jesús, "el Supremo Particular". Esta religión osmótica tenía la gran ventaja de proporcionar una sanción religiosa para cualquier actitud secular que Gollancz adoptara. Pero retuvo el privilegio judío de contar chistes inocuos contra los judíos.

Durante un tiempo su falta de vista le impidió participar en la Primera Guerra mundial. Luego pasó una temporada desastrosa como subalterno con los fusileros de Northumberland, durante la cual violó las reglas, se hizo sumamente impopular y fue amenazado con una corte marcial de subalternos. Se escapó para enseñar Lenguas Clásicas en Repton. Se hizo cargo del Sexto Superior, con estudiantes que esperaban estar pronto en el frente, donde probablemente moriría, y demostró ser un maestro brillante aunque subversivo. Ya era casi pacifista (aunque excepcionalmente agresivo), un feminista teórico, una especie de socialista, opositor a la pena capita, reformador penal y, en ese momento, agnóstico. Estaba decidido a ganar prosélitos en todas estas cuestiones: "Tomé mi decisión", escribió más adelante. "Hablaba de política con estos chicos y cualesquiera otros que encontrar día tras día."⁴ Esta iba a ser su consigna toda la vida: era un vidente, un mago, que estaba en posición de una verdad, y de La Verdad, y estaba decidido a metérsela en la cabeza a los demás. La idea de que los padres de los jóvenes pudiesen no desear que estuviesen sometidos a lo que considerarían una propaganda subversiva hecha por una persona a la que se le había dado un acceso privilegiado a ellos, y que había algo inherentemente deshonesto en este abuso de su posición, no le preocupaba. De hecho, con su colega D. C. Somervell defendió su actitud en dos panfletos, *Political Education at a Public School* (La educación política en una escuela privada), un alegato a favor de "el estudio de la política como base de la educación en las escuelas privadas", y *The School and the World* (La escuela y el mundo). Su director, el astuto Geoffrey Fischer (que fue después arzobispo de Canterbury), admitió la notable capacidad de Gollancz, observó que la mayoría de su personal no podía soportarle, le advirtió que estaba yendo demasiado lejos, y luego, a

³ Edwards, pág. 48

⁴ Citado por Edwards, pág. 102

instancias del Departamento de Guerra, que había compilado un registro de “las actividades pacifistas” en Repton, le despidió abruptamente en la Pascua de 1918.

La carrera de Gollancz continuó con un trabajo en el Ministerio de Alimentos a cargo del racionamiento kosher, una temporada en Singapur, y luego trabajó para el Grupo Radical de Investigación y para la Fundación Rowntree. Por fin descubrió su oficio como editor con los hermanos Benn. La firma editaba un gran número de revistas, como *The Fruit Grower* y *Gas World*, que a Gollancz le resultaron aburridas y también libros, en su mayoría obras de consulta. Convenció a Sir Ernest Benn de que le permitiera convertir la sección libros en una compañía aparte, con comisión y acciones, y en tres años logró un éxito sorprendente. “Hace honor”, escribió Benn en su diario, “al genio de Victor Gollancz, que el único responsable. Gollancz es judío, y una rara combinación de educación, conocimiento artístico y capacidad para los negocios.”⁵ el secreto de Gollancz fue publicar grupos de libros que cubrieran toda la gama de precios y que colectivamente fueran inmunes a las fluctuaciones de las estaciones y la moda, y los promovía selectivamente con una publicidad desvergonzadamente llamativa. Presentaba libros sobre temas técnicos nuevos, como los teléfonos automáticos, que quienes estaban en el negocio tenían que comprar, pero también ficción permisiva. Inició la inmensamente exitosa Biblioteca Benn de Seis Peniques, antecesora de la Penguin, y en el otro extremo de la escala costosos libros de arte como *The Sleeping Princess* (La princesa dormida), utilizando los diseños de Bakst. Según Douglas Jerrold, el brillante asistente que reclutó, los libros de arte significaron cierto engaño, ya que las láminas en color eran falsificaciones pintadas por miniaturistas y luego fotografiadas.⁶ en 1928 ya ganaba 5.000 libras al año. Pero quería la mitad de la compañía, bajo un nuevo nombre, Benn y Gollancz, y cuando Sir Ernest se negó, Gollancz estableció su propia firma llevándose algunos de los mejores autores de Benn, tales como Dorothy L. Sayers.

La nueva compañía tenía una estructura extraña, con todas las marcas de la sorprendente habilidad de Gollancz para lograr que la gente aceptara arreglos que favorecían a sus propios intereses a expensas de los de ellos.⁷ El invirtió muchísimo menos que la mitad de *El Capital*, pero se hizo nombrar director general con control absoluto de las votaciones, y el diez por ciento de la ganancia neta antes de pagar los dividendos. Se parece bastante a los arreglos que inventó Cecil Rhodes para sus negocios con diamantes y oro en Sudáfrica. Y quizá de ahí sacó la idea Gollancz. Resultó sobre todo porque la firma obtuvo grandes beneficios casi desde el principio, y los inversores recibían tanto que quedaron satisfechos. Gollancz tuvo éxito porque vendía gran número de libros, especialmente de ficción; y lo logró manteniendo los precios bajos y presentando libros de bajo costo con un nuevo estilo de portada uniforme en amarillo y rojo, diseñada por un tipógrafo de genio, Stanley Morison, y promoviendo luego el producto con una intensa publicidad de una especie nunca vista antes en la venta de libros británicos, ni siquiera norteamericanos.

Además de estas razones sólidas y comerciales de la prosperidad de la firma, hubo constante reducciones de costos a expensas de la calidad, práctica deshonestas y engaño. Tenía espías que le informaban sobre los asuntos internos de otras firmas, y en especial sobre los autores descontentos. Si a Gollancz le parecía que valía la pena tener a uno de esos escritores le escribía una larga carta insinuante para congraciarlos, de una clase que había perfeccionado. Algunos fueron a él sin necesitar ninguna sugerencia, porque en su apogeo Gollancz fue mejor que cualquier otro editor a ambos lados del Atlántico en

⁵ Citado en Edwards, pág. 144

⁶ Douglas Jerrold, *Georgian Adventure* (Londres, 1937)

⁷ Para la firma ver Sheila Hodges, *Gollancz: The Store of a Publishing House* (Londres 1978)

cuanto a lanzar a un recién llegado o convertir un libro que se vendía bien en un best-seller. Perfeccionó el arte de la promoción antes de que siquiera se hablara de ello en Londres. Pero una vez dentro del campo de Gollancz, los autores descubrían que había desventajas.

Gollancz creía sinceramente que sus métodos publicitarios influían más en la venta que los textos. De modo que no tenía escrúpulos en obligar a los autores a aceptar adelantos y derechos más bajos para poder aumentar el presupuesto de publicidad. Odiaba a los agentes porque este tipo de cosas no les gustaban. En la medida de lo posible convencía a los autores de que no se valieran de los agentes para nada. Daphne deu Maurier representaba al tipo de escritor que le encantaba porque el dinero no le interesaba. A menudo hacía acuerdos verbales sobre “una base amistosa”. Creía tener una memoria perfecta, en realidad lo que tenía era una capacidad sorprendente para reescribir la historia en su cabeza y defender luego la nueva versión con una convicción apasionada. Es así como se suscitaban peleas y recriminaciones. Cuando el novelista Louis Golding le acusó de falta de pago de una bonificación prometida por su best-seller *Magnolia Street* (Calle Magnolia), Gollancz respondió con una carta de seis páginas resplandecientes de sinceridad y virtud ofendida, que demostraban que su conducta había sido impecable. A un agente que intentó dudar de su memoria le escribió: “¡Cómo se atreve! Soy incapaz de equivocarme.”⁸ Respaldaba estas osadas tácticas comerciales con formidables exhibiciones de furia y gritos. Cuando estaba excitado su voz llegaba a todos los rincones del edificio. Le gustaba tener el teléfono con un cable largo como para poder caminar por toda su oficina mientras vociferaba ante el aparato a agentes y otros enemigos. Sus cartas iban desde una rabia casi histérica hasta el ruego untuoso (en el que era soberbio), a veces dentro de una misma epístola. Cuando estaba furioso, demoraba su envío un día para permitir que “el sol se pusiera sobre mi ira”; y por lo tanto en sus archivos había muchas marcadas “no enviada”. Algunos autores se amedrentaban y se sometían; otros se escabullían para refugiarse en playas más calmas. Pero por lo menos durante las décadas del treinta y del cuarenta la balanza se inclinó a favor de la firma.

Las ganancias fueron grandes por otros motivos también. Gollancz siempre pagó sueldos bajos. Cuando se aducía una verdadera necesidad, hacían un pago *ex gratia* u ofrecía un préstamo, antes que pagar más o dar un adelanto. De muchas maneras parecía un personaje de Dickens. Cuando se mostraba particularmente mezquino solía invocar a su junta directiva títere que, según decía, le obligaba a ser económico, y decía: “Mi directiva, que está aquí mientras dicto esta carta, me da instrucciones para que añada...”⁹ Un motivo por el que podía mantener los sueldos bajos, incluso para las pautas de la industria editorial, era que siempre que fuera posible empleaba mujeres en vez de hombres. Esto se podría justificar y hasta hacerlo aparecer como una virtud, en términos feministas, pero el motivo verdadero era doble. Primero, era más fácil inducir a las mujeres a aceptar salarios mucho más bajos y condiciones de trabajo más duras. Segundo, se adaptaban mejor a su forma, sumamente personal, de manejar las cosas. Se enfurecía con ellas, las hacía llorar, las abrazaba (su costumbre de besar a todos era poco común en los años treinta), las llamaba por sus nombres de pila, o apodos, y les decía que eran muy bonitas.

Parte del personal femenino gozaba con este ambiente oficinesco tan altamente emocional. Además sabían que la empresa de Gollancz era la única en que podían tener la oportunidad de ser promovidas a funciones ejecutivas superiores, si bien mal

⁸ Edwards, págs. 171-72,175

⁹ Edwards, pág. 180

pagadas. También les daba la oportunidad de ser tiranas. Un memorándum al personal, de abril de 1936, revela el carácter de la oficina de Gollancz en su apogeo:

Ya desde hace un tiempo he detectado una cierta ausencia del viejo espíritu que solía animar al personal... La ausencia de la felicidad de antes me causa personalmente mucho pesar. Creo que podemos volver a la situación anterior con un poco más de liderazgo, y he decidido nombrar a la señorita Dibbs guía y supervisora general de todo el personal femenino del piso principal... De hecho ocupará la posición que en Rusia tiene el líder de un soviét de fábrica.¹⁰

Algunas mujeres prosperaron bajo este régimen patriarcal. Una, Sheila Lynd, fue ascendida a amante, la llevó de vacaciones tres veces y le permitió que se dirigiera a él llamándole “Querido Jefe”. Los hombres llevaban una vida intranquila. No es que Gollancz fuera incapaz de descubrir talentos masculinos. Al contrario, lo hacía muy bien. Pero los hombres no le gustaban y él no gustaba a los hombres. No podía trabajar con ellos mucho tiempo. Descubrió a Douglas Jarrold, uno de los mejores editores de su generación, pero no cumplió su promesa de incorporarle a su nueva firma. Descubrió a Norman Collins, otro empresario exitoso en los medios, pero concluyó por disgustarse con él y le echó, remplazándole por una mujer servil. Su relación con Stanly Morison, uno de los arquitectos del éxito de la empresa, terminó con una pelea a gritos y la partida de Morison. Tuvo algunas peleas épicas con autores masculinos. En la posguerra hizo entrar a su sobrino, Hilary Rubinstein, otro ejecutivo excepcionalmente capaz, con el claro acuerdo de que a su debido tiempo heredaría el manto de Elías; pero después de explotarlo durante muchos años, acabó por echarle.

Uno de los temas de este libro es que las vidas privadas y las actitudes públicas de los intelectuales destacados no pueden separarse: cada una ayuda a explicar a la otra. Los vicios y las debilidades privadas se reflejan casi invariablemente en la conducta en el teatro del mundo. Gollancz fue un ejemplo notable de este principio. Era un monstruo de autoengaño, y de engañarse a sí mismo pasó a engañar a los otros en una escala heroica. Creía ser un hombre de una gran benevolencia instintiva, un verdadero amigo de la humanidad. De hecho era increíblemente egoísta y centrado en sí mismo. El mejor ejemplo de esto se encontraba en su conducta con las mujeres. Manifestaba ser un defensor de los intereses de las mujeres, en especial de la suya propia. En realidad sólo las amaba en la medida en que le servían. Como Sartre, quería ser el bebé-adulto en su berceau, rodeado de una femineidad devota y perfumada.

Como la existencia de su madre giraba alrededor del padre, no de él, la descartó de su vida. Apenas si figura en su autobiografía, y en una carta escarita en 1953 confesó: “No la amo”. Durante toda su vida se rodeó de mujeres, pero él tenía que ser su interés principal. La idea de la competencia masculina le resultaba intolerable. Durante su juventud tuvo a sus hermanas que le adoraban. En la madurez tuvo a su esposa, que le adoraba (de otra familia de hermanas), que a su debido tiempo le presentó una serie de hijas que le adoraron. De modo que fue el único hombre en una familia de seis. Ruth era inteligente y capaz, pero Gollancz temía que se interpusiera en su carrera. No cedió en un solo punto: el deseo de que dejara de asistir a la sinagoga. En todo lo demás fue su esclava. No sólo dirigió sus casas de Londres y en el campo, sino que conducía el coche cuando era necesario, le cortaba el pelo, administró sus finanzas personales (que, por raro que parezca, él era incapaz de manejar) y le daba dinero para sus gastos; y, junto con su valet, supervisaba todos sus intereses íntimos. En muchos sentidos era infantil y desvalido, quizá adrede, y le encantaba llamarla “Mamita”. Cuando iban al extranjero, las niñas y sus niñeras se quedaban en otro hotel más barato, para que Ruth pudiese dedicarse a él por entero. Ella soportó sus numerosas infidelidades y su

¹⁰ Citado en Edwards. Pág. 235

desagradable costumbre de manosear a las mujeres que llevó a J.B. Priestley a decir que cualquier adulterio era puro en comparación con los flirteos de Gollancz. Es obvio que a él le hubiese gustado que ella supervisara a sus amantes, a la manera de la Helene Weigel de Brecht o la Beauvoir de Sartre, ya que esto habría significado un perdón formal, absolviéndole así de su culpa. Pero ella no pudo decidirse a hacerlo. A todas sus mujeres, tanto de la familia como empleadas, les exigía una lealtad inquebrantable, aun en cuestiones de opinión. Se negó a dar trabajo a una mujer simplemente porque ella no quiso avalar su opinión de que la pena capital debía ser abolida.

Necesitaba la devoción femenina incondicional por lo menos en parte, para calmar sus miedos irracionales. Su madre había creído que, cuando su padre salía por la mañana para trabajar, no volvería jamás, y cumplía complicados rituales de ansiedad. Gollancz heredó este temor, que centro en Ruth. Los extraños hábitos de trabajo que adquirió de niño le llevaron a un insomnio crónico, y esto a su vez acrecentó sus numerosos temores. Aunque su capacidad para mentir fue prodigiosa, nunca pudo calmar del todo su conciencia al acecho. Siempre le tendía una emboscada bajo la forma de un sentimiento de culpa. Su hipocondría, que se volvió más intensa y variada a medida que envejecía, a menudo expresaba este sentimiento de culpa. Creía que sus adulterios frecuentes terminarían inevitablemente en una enfermedad venérea, sobre las que sabía muy poco. De hecho, su biógrafo piensa que sufría de “enfermedad venérea histórica”. En mitad de la guerra tuvo una crisis nerviosa que se manifestó a través de una picazón insoportable y dolor en la piel, miedo, y la sensación de una degradación terrible. Lord Morder creía que sufría de hipersensibilidad en las terminaciones nerviosas. Pero el síntoma más notable era su creencia de que perdería el uso de su pene.

Como escribió en uno de sus volúmenes autobiográficos: “en cuanto me sentaba... mi miembro desaparecía. Sentía que se metía dentro de mi cuerpo”. Como Rousseau, vivía obsesionado con su pene, si bien con menos motivo aparente. Lo sacaba constantemente para inspeccionarlo, para descubrir si demostraba signos de alguna enfermedad venérea, o en realidad para comprobar que seguía allí. En su oficina cumplía este ritual varias veces al día, delante de una ventana de vidrio esmerilado que él creía enteramente opaca. El personal del teatro que tenía enfrente señaló que no era así y que sus hábitos eran perturbadores.¹¹

Los autoengaños de Gollancz le causaban sufrimiento a él tanto como a todos. Pero es claro que un hombre cuya comprensión de la realidad objetiva era tan débil, en ciertos sentidos no era naturalmente idóneo para dar consejos políticos a la humanidad. Fue algún tipo de socialista toda su vida, que, según creía él, estaba dedicada a ayudara a “los trabajadores”. Estaba convencido de que sabía qué pensaban y querían “los trabajadores”. Pero no hay prueba alguna de que alguna vez conociera a algún trabajador, salvo que se tome en cuenta al jefe del partido comunista británico. Harry Politt, que en un tiempo había trabajado en la fabricación de calderas. Gollancz tenía diez sirvientes en su casa de Londres en Ladbroke Grove y tres jardineros en Brimpton, su casa de campo en Berkshire. Pero rara vez se pudo poner en comunicación con algunos de ellos salvo por carta. Sin embargo, negaba enérgicamente que no estuviese en contacto con el proletariado. Cuando Tom Harrison, uno de sus autores, que dirigía las investigaciones para “Estudio de las Masas”, le acusó de retenerle sumas de dinero que necesitaba para pagar a su personal, recibió una respuesta típicamente indignada: “Si para cuando llegue a mi edad se encuentra con que ha trabajado tan duro por la clase trabajadora como yo, no lo habrá hecho tan mal. Y permítame que le diga que no cuando yo tenía su edad, sino mucho después... tenía mucho menos para vivir de lo que

¹¹ Edwards, pág. 382

tiene usted.”¹² Gollancz creía llevar una vida casi monacal. La verdad es que a partir de mediados de la década del treinta siempre gozó de un coche con chofer, grandes cigarros, champaña de calidad y mesa reservada diariamente para el almuerzo en el Savoy. Siempre se alojaba en los mejores hoteles. No hay pruebas de que alguna vez se privara de algo que quería.

Es curioso que la participación de Gollancz en la causa anticapitalista date de 1928-30, justo cuando él mismo se estaba convirtiendo en un capitalista de gran éxito. Argumentaba que estimulaba la tendencia natural de hombre a la codicia, y por ende a la violencia. En septiembre de 1939 le encontramos escribiéndole al autor teatral Benn Levy que *El Capital* de Marx era “en mi opinión el cuarto libro en la literatura mundial en cuanto a la fascinación que ejerce”; combinaba “los atractivos de una historia de detectives de primera clase con los de un evangelio” (¿es realmente posible que lo leyera?).¹³ Esto fue el preludio de un largo amorío con la Unión Soviética. Se tragó entero el fantástico relato que hicieron los Webb sobre el funcionamiento del sistema soviético.¹⁴ Lo describió como “de una fascinación asombrosa”, los capítulos destinados a eliminar “malentendidos” en cuanto a la naturaleza democrática del régimen eran “de lejos los más importantes del libro”.¹⁵

En su debido momento, en el apogeo de las grandes purgas da la casualidad, designó a Stalin “Hombre del Año”.

Gollancz inició sus propias actividades políticas pidiéndole un escaño en el Parlamento a Ramsay Macdonald, el líder laborista; no lo consiguió ni entonces ni más adelante. En cambio se concentró en las publicaciones didácticas. Ya a principios de la década del treinta editaba una proporción creciente de panfletos políticos de izquierda, a bajo precio y en grandes cantidades. Ente ellos figuraron el brillante best-seller, *The Intelligent Man's Guide Through World Chaos* (Guía del hombre inteligente a través del caos mundial) y *Why Marx Really Meant*, de G.D.H. Cole, y *The Coming Struggle for Power* (La futura lucha por el poder) de John Strachey, una diatriba de ultra izquierda que probablemente tuvo más influencia en amos lados del Atlántico que cualquier otro libro político de la época.¹⁶ Fue entonces cuando Gollancz dejó de ser un editor comercial como tal y se convirtió en propagandista político; entonces, también, comenzó el engaño sistemático. Un síntoma de esta nueva política fue una carta que envió al reverendo Percy Dearmer, canónigo de Westminster, encargado de editar *Christianity and the Crisis* (El cristianismo y la crisis). El libro, dejaba sentado, tenía que ser, y parecer, “oficial”, con colaboraciones de “un número considerable de altos signatarios de la Iglesia”. Pero, añadió, “Quizá yo sea un editor un tanto peculiar, porque en los temas que considera de importancia vital, no deseo publicar nada con lo que no esté totalmente de acuerdo.” Por lo tanto el libro debe partir de la postura de que el “cristianismo no es únicamente una religión de salvación personal, sino que debe esencialmente tener en cuenta la política” y debe entonces propiciar “con todo” el socialismo y el internacionalismo prácticos.¹⁷

Pese a estos claros elementos de engaño y orientación, el canónigo aceptó y el libro se publicó en su momento en 1933 a otros autores se le dieron instrucciones en el mismo sentido. A Leonard Wolf, que preparaba la edición de *The Intelligent Man's Way to Prevent War* (Cómo puede impedir la Guerra el hombre inteligente), Gollancz le dijo que el capítulo culminante era el último, “El socialismo internacional como clave para

¹² Citado en Edwards, pág. 382

¹³ Citado en Edwards, pág. 208

¹⁴ Sidney y Beatrice Web, *Soviet Communism: A New Civilization* (2 vols., Londres, 1935)

¹⁵ Carta a Stephen Spender, febrero de 1936

¹⁶ Los libros de Cole se publicaron en 1932 y 1934: el de Strachey en 1932

¹⁷ Citado en Edwards, pág. 211

la paz”, y que los otros debían “conducir tendenciosamente a esta sección final”; sin embargo, para disimular este propósito era “deseable” que los primeros capítulos no los escribieran “personas que el público tuviera asociadas claramente con el socialismo.”¹⁸ Al avanzar la década del treinta el elemento de engaño aumentó y se hizo más evidente. En una carta intenta a un editor, en la que criticaba un libro sobre los sindicatos del comunista John Mahan, Gollancz se quejó: “En su desarrollo la cosa se convierte claramente en una exposición de izquierda; y esto debe evitarse particularmente en este tema”. Lo que el quería, prosigue, no era una exposición de izquierda, sino una exposición aparentemente imparcial hecha por una pluma de la izquierda”. “Se le ocurrirán todo tipo de recursos”, escribió con intención, y concluyó... Los dos puntos de vista se pueden presentar de modo tal que, si bien habrá una gran apariencia de imparcialidad que nadie podrá atacar, los lectores sacarán inevitablemente la conclusión correcta.”

En los libros de Gollancz comenzaron a usarse, en verdad, todo tipo de “recursos” para engañar a los lectores. Por ejemplo, siempre que fuera posible, se empleaba “ala izquierda” en vez de “Partido Comunista”. También hubo supresiones directas, reflejadas en muchas de las cartas de Gollancz, ya a menudo acompañadas por una insistencia autocompasiva que hablaba sobre sus tormentos de conciencia. Es así como en una carta a Webb Millar acerca de un libro sobre España le ordenó la supresión de dos capítulos que sabía que decían la verdad, comenzando “me siento apenado y casi avergonzado de escribir esta Carta”. Sabía que el informe de Millar no era “exagerado en modo alguno”, pero era “absolutamente inevitable” que “un gran número de pasajes sean extraídos de esos capítulos ampliamente citados con propósitos de propaganda como prueba de “la barbarie comunista”. Sentía que no podía “publicar nada que al facilitar la propaganda al otro lado”, debilita “el apoyo (comunista)”. Quizá Millar podría pensar, añadió, que “esto es jugar con la verdad. En realidad no es así: hay que tener en cuenta el resultado último”. Luego su fuego final: “Por favor, perdóneme”... como si le estuviese pidiendo perdón a Ruth por tener un amante.¹⁹

Algunas de las instrucciones que Gollancz dio a sus autores y editores, si bien imponían claramente una falsedad, eran extraordinariamente confusas (sin duda debido a sus sufrimientos de conciencia) y no queda muy claro en qué falsedad en particular debían incurrir. Es así como a un autor de libros de textos de historias le escribió: “Quiero que todo se haga con el más alto grado de imparcialidad... pero también quiero que mi autor imparcial sea de tendencia radical”. Añadía que “el radicalismo del autor” le daría “la garantía de que, si pese a sus esfuerzos, hay una tendencia”, esta no sea “una tendencia hacia un rumbo incorrecto”. Lo que Gollancz estaba diciendo en efecto, como sugieren constantemente sus cartas de la época, era que quería libros tendenciosos que no parecieran tendenciosos.

Estas cartas que han sobrevivido en los archivos de Gollancz son peculiarmente fascinadoras, porque constituyen una de las pocas ocasiones en las que se puede producir una prueba directa de que un intelectual estaba envenenando la fuente de la verdad, a sabiendas de que hacía mal, y pretendiendo, para justificarse, que defendía una causa superior a la virtud misma. Muy pronto encontramos a Gollancz practicando la mentira en gran escala. Después de que Hitler asumiera el poder en enero de 1933 decidió eliminar de su lista todo libro que no rindiera dinero o no sirviera a propósitos de propaganda. También promovió grandes empresas destinadas en primera instancia a promover el socialismo y la imagen de la Unión Soviética. La primera fue la Nueva Biblioteca Soviética, una serie de libros de propaganda escritos por autores soviéticos y

¹⁸ Noviembre de 1932; citado en Edwards, pág. 211

¹⁹ Edwards, Págs. 251-47; el libro censurado de Millar se llamaba *I Found no Peace*

organizada directamente a través de la embajada y el gobierno soviético. Pero surgieron dificultades para obtener los textos, ya que la gestación de la serie coincidió con las grandes purgas.

Varios de los autores propuestos desaparecieron abruptamente en el archipiélago de Gulag o debieron enfrentarse al pelotón de fusilamiento. Algunos textos le legaron a Gollancz con el nombre del autor en blanco, cuando el escritor ejecutado había sido remplazado ya oficialmente. Otro contratiempo. Horripilante, fue que Andrei Vishinsky, el fiscal público del Soviet, que desempeñó en el régimen de Stalin el mismo papel que Roland Freisler, presidente de la Corte del Pueblo, en el de Hitler había sido designado para contribuir con el volumen sobre La justicia soviética, pero estaba demasiado ocupado pidiendo sentencias de muerte en los juicios de sus ex camaradas para escribirlo. Cuando finalmente llegó el texto, había sido escrito demasiado a prisa y mal como para poder publicarlo. Los lectores de Gollancz permanecieron en la feliz ignorancia de estos problemas.

De todos modos, para cuando la serie se puso en venta Gollancz estaba inmerso en una aventura mucho más grande, el Club del Libro de Izquierdas, fundado en un principio para contrarrestar la renuencia de los librerías a almacenar propaganda de la ultra izquierda. El Club fu lanzada con una enorme campaña publicitaria en febrero-marzo de 1936, en coincidencia con la adopción por parte del Comintern de una política de “Frente Popular” en toda Europa: de pronto los partidos socialistas democráticos como el laborista, dejaron de ser “social fascistas” y se convirtieron en “camaradas de lucha”. Los miembros del Club aceptaron comprar por media corona al mes durante un mínimo de seis meses los libros elegidos por un comité de tres, el propio Gollancz, John Strachey y el profesor Harold Laski de la Escuela de Economía de Londres. Además recibían gratis la revista mensual *Left Books News*, y tenían derecho a participar en una amplia gama de actividades: escuela de verano, reuniones, sesiones de cine, grupos de debates, obras de teatro, vacaciones colectivas en el extranjero, almuerzos y clases de ruso, y también el uso del Centro del Club.²⁰ La década del treinta fue el gran momento de los grupos participativos. Uno de los motivos del gran éxito de Hitler en Alemania fue la creación de tantos grupos para todas las edades e intereses. El PC lo siguió tardíamente, y el Club del Libro de Izquierdas demostró la efectividad de esta técnica. Gollancz esperó en un principio tener 2.500 miembros para mayo de 1936; en realidad consiguió 9.000; y la cifra subió finalmente a 57.000. el impacto del Club fue más amplio aun de lo que sugieren esta cifras; de todas las instituciones de los medios de comunicación de la década, fue la que con mayor éxito impuso la agenda y dirigió la orientación de los debates. Sin embargo se apoyaba en una serie de mentiras. La primera mentira estaba en su folleto de presentación que decía que el comité de selección “en su conjunto representaba adecuadamente casi todos los matices de opinión en el movimiento de “izquierda” activo y serio”. De hecho, para todo fin práctico, el Club funcionaba de acuerdo con los intereses del partido comunista en ese período John Strachey estaba enteramente bajo el control del PC.²¹ Laski era miembro del partido laborista y acababa de ser elegido para su Ejecutivo Nacional; pero en 1931 se había convertido al marxismo y en general siguió la línea del PC hasta 1939.²²

Gollancz también era un compañero de ruta fiable, hasta fines de 1938. Hizo todo lo que el PC le pedía. Para el órgano del PC, el *Daily Worker*, escribió un artículo excesivo; “Por qué leo el *Daily Worker*”, que utilizaron como material de publicidad. Destacó su devoción por la verdad, su exactitud y su confianza en la inteligencia de los

²⁰ Para el LBC ver John Lewis, *The Left Book Club* (Londres, 1970)

²¹ Ver Hugo Thomas, John Strachey (Londres, 1953)

²² Ver Kingsley Martin, Harold Laski (Londres 1953)

lectores (para todo lo cual sabía que no tenían ningún fundamento) y observó: “es característico de los hombres y las mujeres, en oposición a damas y caballeros. Por lo que a mí concierne, que conozco a muchas damas y caballeros y los encuentro excesivamente tediosos, esta cualidad me parece muy refrescante.”²³ También visitó Rusia (1937), y declaró: “Por primera vez he sido enteramente feliz... cuando uno está aquí puede olvidar el mal que hay en el resto del mundo.”²⁴

Sin embargo, el mayor servicio práctico que le hizo Gollancz al PC fue conformar el personal del Club con gente del partido. Sheila Lynd, Emile Burns, y John Lewis, que corregían todos los manuscritos, y Betty Reid, que organizó los grupos del Club, eran entonces miembros del PC o estaban controlados por él. Todas las decisiones sobre políticas, aunque fueran menores, se hablaban con funcionarios de partido; a menudo Gollancz trataba directamente con el propio Pollitt, el secretario general del partido. El público no sabía nada de esto. El Club se refería a propósito a los miembros del PC como “socialistas”, para esconder su afiliación. De los primeros quince libros seleccionados, todos menos tres habían sido escritos por miembros del PC o por criptocomunistas; esto preocupaba a Gollancz, no el hecho en sí, sino la impresión que podía crearse de que el Club no era independiente. Su independencia putativa era, en realidad, su mayor ventaja para el PC. Como el importante ideólogo del PC, R. Palme Dutt, se regocijó en una carta a Strachey, del hecho de que el público lo creyera “una empresa comercial independiente” y no “la propaganda de una organización política dada” constituía su valor para el partido.

La segunda mentira fue la repetida afirmación de Gollancz de que toda la organización del Club con sus grupos, reuniones y actos, era “esencialmente democrática”. Eso no tenía más validez que la señorita Dibbs y su “soviet de oficina”. Tras una simulación de oligarquía, era en realidad un despotismo personal del propio Gollancz, por la sencilla razón de que controlaba las finanzas. De hecho no llevaba una contabilidad aparte para el Club, y sus entradas y gastos eran absorbidos por Victor Gollancz Limitada. La consecuencia es que no hay manera de saber si Gollancz ganó o perdió con ella, les hizo juicio por difamación. A los autores les decía en caras privadas que las pérdidas eran espantosas, pero añadía: “esto es absolutamente confidencial; desde muchos puntos de vista es menos peligroso que se piense que estamos haciendo grandes ganancias a que se sepa que tenemos pérdidas”²⁵ Pero esto pudo decirlo simplemente para justificar el pago a los autores de derechos minúsculos o de nada en absoluto. Hay que suponer que el Club dio beneficios a la firma, aunque fuera al compartir los gastos generales y promocionar sus otros libros. De todos modos, como Gollancz manejaba los recibos y pagaba los sueldos y las cuentas, él tomaba las decisiones finales.

Cualquier suposición de que los miembros tuvieran voz en algo es fantasía. Cuando buscaba un hombre para editar la revista del Club, impuso que debía “combinar iniciativa con una obediencia absolutamente inmediata e incondicional a sus instrucciones, por disparatadas que le parecieran.”²⁶

La tercera mentira la dijo John Strachey: “No pensamos rechazar un libro simplemente porque no estemos de acuerdo con sus conclusiones.” Salvo uno o dos volúmenes laboristas simbólicos (invitaron a Clement Attlee, el líder del partido laborista, a contribuir con *The Labour Party in perspective* (El partido laborista en perspectiva) hay pruebas abrumadoras de que en general el criterio de selección

²³ *Daily Worker*, 8 de mayo de 1937

²⁴ *Moscow Daily News*, 11 de mayo de 1937

²⁵ Carta a J.B.S. Haldane, mayo de 1938, citado en Edwards, Pág. 257

²⁶ Edwards, pág. 251.

principal fue la adhesión a la línea del PC. Un caso particularmente flagrante fue el de *Introduction to Dialectical Materialism* (Introducción al materialismo dialéctico) de August Thalheimer, que Gollancz, creyéndolo ortodoxo; había aceptado publicar en mayo de 1937. Pero mientras tanto el autor se vio involucrado en alguna oscura discusión con Moscú, y Pollitt le pidió a Gollancz que lo eliminara. El libro ya había sido anunciado y Gollancz adujo que los enemigos del Club tomarán la cancelación como “una prueba positiva de que el Club era esencialmente una parte del PC”. Pollitt replicó con su actitud pseudo proletaria del viejo soldado: “¡No lo publique!” ¡Aunque tenga que enfrentarme con el Viejo Sabandija, el Largo Sabandija y ese maldito dean rojo!” (Aludía a Stalin, Palme Dutt y al reverendísimo Hewlett Johnson, deán de Canterbury.) Gollancz cedió y el libro fue eliminado, pero más adelante escribió una carta quejosa a Pollitt: “Odié y aborrecí hacerlo: estoy hecho de tal manera que esta clase de falsedad destruye algo dentro de mí.” Otro libro que el partido quiso suprimir fue *Why Capitalism Means War* (Por qué El capitalismo significa la guerra) de H. N. Brailsford, el muy respetado y veterano socialista, porque criticaba los juicios de Moscú. Cuando en septiembre de 1937 le mostraron el manuscrito a Burns, éste opinó que aun con cortes y cambios importantes el libro era inaceptable para el partido. En esta ocasión también Gollancz estuvo decididamente a favor de eliminarlo. Escribió al autor: “No puede actuar contra mi conciencia en este asunto.” Publicar un libro que critica los juicios sería como “cometer el pecado contra el Espíritu Santo”. Pero Laski, que no estaba de acuerdo con los juicios y era un viejo amigo de Brailsford, dijo que el libro debía publicarse y amenazó renunciar, lo que hubiera destruido la fachada de Frente Popular del Club. De modo que Gollancz, aunque de mala gana, hizo lo que Laski le pedía, pero publicó el libro en agosto sin ninguna publicidad, “lo enterró en el olvido” como dijo Brailsford. Gollancz también inventó “razones técnicas” para eliminar un libro de Leonard Wolf, que incluía críticas a Stalin; pero Wolf, que tenía su propia imprenta y sabía más que Gollancz sobre impresiones, denunció la mentira y amenazó con un conflicto público si no se cumplía el contrato. Esta vez Gollancz también cedió, aunque se aseguró de que el libro fuera un fracaso.

De hecho, las publicaciones del Club del Libro de Izquierdas estaban concebidas deliberadamente para promover la línea del PC por medio del engaño. Como le escribió Gollancz al editor de los libros didácticos del Club, la Biblioteca Universitaria del Hogar de la Izquierda, “El tratamiento no debería ser, naturalmente, agresivamente marxista.” Los libros deberán estar escritos “de manera tal, que si bien el lector pueda en cualquier momento llegar a la conclusión justa, el no iniciado no debe ser desalentado por sentir ¡más cosas de los marxistas!” A veces, los lazos con la jerarquía del PC fueron sumamente estrechos: los registros muestran que Gollancz le transfería sumas en efectivo a Pollitt: “Me pregunto si me podrías dar el dinero en efectivo esta mañana. Siento molestarte, Victor, pero ya sabes cómo están las cosas.”²⁷ La censura del PC alcanzaba hasta a los menores detalles, J. R. Campbell, más adelante director del *Worker*, fue responsable, por ejemplo, de la eliminación de la bibliografía de un volumen de obras de Trotsky y de otras “no personas”. El comportamiento de Gollancz, si bien indefendible y documentado por lo que su biógrafo llama “una masa de material incriminatorio”, debe ser estudiado en su contexto. La década del treinta, más aún que otras décadas de nuestro siglo, fue la edad de la mentira, tanto grande como pequeña. Los gobiernos nazi y soviético mintieron en una escala colosal, utilizaron recursos financieros enormes y emplearon a miles de intelectuales. Instituciones honorables, alabadas en un tiempo por su devoción por la verdad, la suprimían ahora adrede. En Londres, Geoffrey Dawson, director de *The Times* “no daba entrada en el diario”, como

²⁷ Edwards, Pág. 250

decía él, a la información que le enviaban sus propios corresponsales que pudiera perjudicar las relaciones anglo germanas. En París, Félicien Challaye, miembro destacado de la Liga de los Derechos del Hombre, creada para defender la inocencia de Dreyfus, se vio obligado a renunciar en protesta por la manera desvergonzada con que ayudaba a ocultar la verdad sobre las atrocidades de Stalin.²⁸ Los comunistas dirigían organizaciones profesionales para mentir cuyo objetivo específico era engañar a los intelectuales compañeros de ruta a través de varias organizaciones frontales, tales como la Liga contra el Imperialismo. Una de ellas la dirigió al principio desde Berlín y luego, después de la asunción al poder de Hitler, desde París, el comunista alemán Willi Muenzenberg, que el director del *New Statesman* Kingsley Martin, describió como “un propagandista inspirado”. Su mano derecha, el comunista checo Otto Katz, “un comisario fanático y despiadado” como le llamó Martín reclutó a varios intelectuales británicos para que ayudaran.²⁹ entre ellos estuvieron Claud Cockburn, director del periódico sensacionalista de izquierda *The Week*, que ayudó a Katz a inventar noticias enteramente imaginarias, tales como una “rebelión anti Franco” en Tetuán. Cuando Cockburn publicó después su relato de esta hazañas, fue atacado por el miembro del Parlamento R.H. S. Crossman por gozar sin vergüenza con sus mentiras. Crossman había estado implicado oficialmente en las “actividades de desinformación” (es decir, mentiras) del gobierno británico durante la guerra de 1939-45. Escribió: “La propaganda negra puede ser necesaria en una guerra, pero la mayoría de los que la practicamos detestábamos lo que teníamos que hacer.

Crossman, que da la casualidad de que era el intelectual típico que siempre antepone las ideas a la gente y carece de un fuerte sentido de la verdad fue reprendido por Cockburn, que describió el enfoque de Crossman como “una postura ética cómoda si uno puede dejar de reír. A mí por lo menos, me parece que hay algo cómico en el espectáculo de un hombre que lanza sus propias mentiras de propaganda...mientras “detesta” sus actividades para tranquilizar su conciencia.” Según Cockburn, una causa por la que un hombre “lucha merece mentir por ella.”³⁰ (¡Vaya causa! Tanto Muezenberg como Katz fueron asesinados por Stalin por “traición”, Katz porque se había asociado con “imperialistas occidentales” como Claud Cockburn.)

Las mentiras de Gollancz deben juzgarse en este trasfondo. La más notoria fue su negativa a publicar *Homage to Catalonia* (Homenaje a Cataluña), la denuncia de las atrocidades comunistas contra los anarquistas españoles que escribió George Orwell. No fue el único que rechazó a Orwell. Kingsley Martin se negó a publicar una serie de artículos de Orwell que trataban el mismo tema, y tres décadas más tarde todavía defendía su actitud: “No podía ni pensar en publicarlos, como no hubiese pensado en publicar un artículo de Goebbels durante la guerra contra Alemania.” También convenció a su editor literario, Raymond Mortimer, de rechazar la reseña “sospechosa” de un libro escrita por Orwell, episodio que luego Mortimer lamentó amargamente.³¹ La relación entre Gollancz y Orwell fue prolongada, compleja, agria y mezquina. Publicó *The Road to Wigan Pier* (El camino al muelle Wigan) que criticaba a la izquierda británica, antes de fundar el Club del Libro, y cuando decidió sacar una edición del Club quiso eliminar la parte objetable. Orwell no se lo permitió. Entonces Gollancz lo publicó con una introducción mendaz escarita por él mismo, en la que trataba de

²⁸ George Orwell, *Collected Essays, Journalism and Letters* (4 vols., Harmondsworth, 1970) vol. I, 1920-40 pág. 334, nota.

²⁹ Kingsley Martin, Editor: *A Volume of Autobiography 1931-45* (Londres 1968) pág. 217; para Muezenberg ver Arthur Koestler, *The Invisible Writing* (Londres, 1954)

³⁰ Claud Cockburn, *I Claud: An autobiography* (Harmondsworth, 1967), págs. 190-95

³¹ Martin págs. 215 ss. C.H. Ralph, Kingsley: *The Life, Letters and Diaries of Kingsley Martin* (Londres, 1972) págs. 225 ss. Orwell, vol. I, págs. 333-368

justificar los errores de Orwell diciendo que escribía como “un miembro de la baja clase media alta”. Como él mismo era sin duda miembro de esa misma clase (aunque por cierto muchísimo más rico que Orwell) y como, a diferencia de Orwell, prácticamente no había tenido ningún contacto con obreros, esta introducción fue especialmente deshonesta. Más adelante Gollancz se avergonzó profundamente de ella y se puso furioso cuando un editor americano la reimprimió.³² Cuando la pelea con Orwell estaba en su apogeo, el mismo Gollancz estaba pensando en sus conexiones comunistas. Tenía muchos motivos para hacerlo. Uno pudo ser la idea de que estaba perjudicando su futuro comercial. Secker y Warburg habían arrebatado ansiosamente Homenaje a Cataluña y otros libros y autores que naturalmente hubiesen podido ser publicados por Gollancz de no ser por las objeciones del PC. La línea del PC de Gollancz creaba un rival formidable para su firma. Otra razón fue el breve lapso que duraba el interés de Gollancz. Libros, autores, mujeres (salvo Ruth), religiones, causas, nunca pudieron retener su entusiasmo indefinidamente. Durante un tiempo Gollancz gozó con el Club y las inmensas reuniones que el PC ayudaba a organizar para su propio beneficio en el Albert Hall, en las que el deán de Canterbury entonaba: “¡Dos bendiga al Club del Libro de Izquierdas!”

Descubrió que tenía dotes importantes como orador público. Pero siempre eran las estrellas del PC, sobre todo el mismo Pollitt las que arrancaban los mayores aplausos del bien entrenado público, y a Gollancz eso no le gustaba. En el otoño de 1938 ya mostraba signos de impaciencia y aburrimiento con todo el asunto.

En este estado de ánimo se sentía más inclinado a ser abierto. En París, durante las vacaciones de Navidad, leyó un relato detallado de los juicios de Moscú que le convenció de que eran fraudulentos. De vuelta en Londres le dijo a Pollitt que ya no podía vender la línea de Moscú, por lo menos sobre ese tema. En febrero llegó al extremo de confesar en *Noticias del Club del Libro de Izquierdas* que “en la Unión Soviética había ciertas barreras contra la libertad intelectual”. En la primavera a Orwell le sorprendió la decisión de Gollancz de publicar su novela, *Coming Up for Air* (Subiendo a tomar el aire), signo seguro de un cambio de línea. En el verano Gollancz se mostró claramente ansioso de terminar con Moscú y recibió el pacto Hitler-Stalin de agosto, no exactamente con alivio (quería decir que la guerra era inevitable) por lo menos como una oportunidad caída del cielo para completar la ruptura con el PC. De inmediato se puso a escribir propaganda contra Moscú, señalando un gran número de ejemplos de comportamiento perverso de los que la gente sensata ya se había percatado desde años atrás. Como Orwell le comentó a Geoffrey Gorer: “Es espantoso que gente tan ignorante pueda tener tanta influencia.”³³

El Club nunca volvió a ser el mismo después de la ruptura de Gollancz con Moscú. Su personal se dividió. Sheila Lynd, Betty Reid y John Lewis quedaron adheridos al partido comunista. Gollancz decidió no despedir a Lewis y Lyn (que ya no era su amante). Pero típicamente utilizó la ocasión comercialmente para rebajarles de categoría, reducirles el sueldo y abreviar sus períodos de preaviso.³⁴ A diferencia de Kingsley Martin, que defendió incómodamente su período de camarada de ruta durante los años treinta hasta el fin de su vida, o de Claud Cockburn, que se jactaba de su conducta con cinismo, Gollancz quiso jugarse hasta el límite e hizo del arrepentimiento su virtud. En 1941 editó un volumen que incluía colaboraciones de Laski y Strachey tanto como de Orwell, llamado *The Betrayal of de Left: An Examination and Refutation*

³² Edwards, págs. 246-48

³³ Orwell, vol. I., pág. 529

³⁴ Edwards, págs. 246-48

of Communist Policy. (La traición de la izquierda: un examen y refutación de la política comunista.) en él hizo una confesión formal de los pecados del Club:

Acepté manuscritos de Rusia, buenos o malos, porque eran “ortodoxos”; rechazé otros de socialistas genuinos y hombres honestos, porque no lo eran... publiqué tan sólo libros que justificaban los Procesos, y envié la crítica socialista de ellos a otra parte... Estoy tan seguro como lo puede estar un hombre (entonces estaba seguro en lo más profundo de mi ser) de que todo esto fue un error.

Hasta qué punto fue genuina y transformadora la conversión y confesión de culpa de Gollancz es difícil decirlo. Sin duda pasó por una oscura noche del alma en mitad de la guerra, que culminó en la crisis física ya descrita. Pero luego, en Escocia, y fuera de lo común en un intelectual, oyó la voz de Dios, que le dijo que El no “despreciaría” a un “corazón humilde y contrito”. Así tranquilizado, adquirió una nueva religión, bajo la forma de su propia versión del socialismo cristiano, una nueva amante y un nuevo entusiasmo por publicar, que tomó la forma de la promoción entusiasta del partido laborista en una serie de volúmenes llamada *The Yellow Perils* (Los peligros amarillos). Pero pronto volvió a hacer de las suyas. En abril rechazó la arrolladora sátira de Orwell, *Animal Farm* (Rebelión en la granja): “Me sería imposible publicar un ataque genera (contra Rusia) de esta naturaleza.” Eso también fue a parar a Secker y Warburg, que también en consecuencia se aseguró el famoso best-seller de Orwell, *Nineteen Eighty-Four* (1984), que obligó al enfurecido y arrepentido Gollancz a descartarlo como “exageradamente elogiado”³⁵ La franqueza de Orwell le acosó toda su vida (como le ocurrió también a Kingsley Martin) y le llevó, en su exasperación a atacarle sin mayor sentido ético ni, en verdad, de ninguna otra clase. No podía aceptar, escribió, “que la honestidad intelectual (de Orwell) fuera impecable... en mi opinión estaba demasiado desesperadamente ansioso de ser honesto como para ser realmente honesto... ¿No tenía una *cierte simplicité*, que, en un hombre de tanta inteligencia como él, en realidad es siempre un poquitín deshonesto? Yo lo veo así.”³⁶

Gollancz vivió hasta 1967, pero nunca volvió a ejercer el poder y la influencia que tuvo en la década del treinta. Muchos le consideraron responsable, junto con el *New Statesman* y el *Dayly Mirror*, de la histórica victoria del partido laborista en las elecciones de 1945, que creó un marco político en la Gran Bretaña de posguerra y buena parte de Europa Occidental que duró hasta la era de Thatcher. Pero el primer ministro Attlee no le ofreció el título de nobleza que él creía merecer; de hecho no obtuvo nada en absoluto hasta que Harold Wilson, un hombre más generoso, le dio el título de Sir en 1965. Lo malo de la vanidad de Gollancz fue que le persuadió de que era más famoso o conocido de lo que realmente era. En 1946, cuando el barco en que estaba pasando unas vacaciones llegó a las islas Canarias, tuvo un ataque repentino de terror y se puso a gritar que la policía de Franco se disponía a detenerle y torturarlo en cuanto desembarcara. Insistió en que el cónsul británico subiera bordo para protegerle. El cónsul mandó a un empleado para que le asegurara que nadie en las islas había oído hablar de él jamás, en realidad, refirió un desilusionado Gollancz, “ni él mismo sabía nada de mí”.

La carrera de Gollancz durante la posguerra fue en verdad una caída mortal. Escribió algunos libros de muchísimo éxito, pero su propia empresa se vio despojada gradualmente de su posición de liderazgo en el mercado. No se mantuvo al día ni reconoció a las nuevas estrellas intelectuales. Cuando Ludwig Wittgenstein le escribió, en septiembre de 1945, señalando un punto débil de sus argumentos públicos, respondió con una nota de un renglón: “Gracias por su carta, que estoy seguro ha sido muy bien

³⁵ Edwards, pág. 387

³⁶ Citado en Edwards, pág. 269

intencionada”, escribió mal el nombre del filósofo, creyendo que se trataba de algún profesor desconocido.³⁷

Perdió algunos de sus mejores autores y pidió la ocasión de conseguir algunos libros importantes. Saludó a *Lolita* de Nabokov como “una rara obra maestra de comprensión espiritual”, no logró comprarla y enfurecido decidió que era “un libro profundamente desagradable, cuyo valor literario había sido enormemente exagerado” y por fin lo denunció como “pornográfico”. Desempeñó un papel importante en una campaña sumamente exitosa para abolir la pena de muerte, pero su papel en esta empresa fue eclipsado por Arthur Koestler, a quien odiaba, y por el elegante y elocuente Gerald Gardiner, que se quedó con toda la gloria. Peor aun, Gollancz, no consiguió que le dieran el lugar principal en la Campaña por el Desarme Nuclear cuando se organizó en 1957. Estaba fuera del país en ese momento y quedó mortificado cuando a su vuelta se encontró con que ni siquiera le habían invitado a formar parte de la comisión. Lo consideró, dijo, “un insulto abrumador” que le había “destrozado el corazón”. Al principio le echó la culpa a su viejo amigo el canónigo John Collins, designado presidente, lugar que consideraba le correspondía a él. En realidad John Collins había librado una batalla sin éxito para lograr que le incluyeran. Luego Gollancz le asignó la responsabilidad a J. B. Priestley, atribuyendo su enemistad a una discusión que habían tenido sobre *English Journey* (Viaje por Inglaterra) de Priestley a principios de la década del treinta. En realidad Priestley fue tan sólo uno entre los fundadores que dijeron que no trabajarían con Gollancz a ningún precio.

Al final, casi todos los hombres encontraban insoportable la vanidad ególatra de Gollancz, en especial porque a menudo se manifestaba en desagradables estallidos de furia. En 1919 le había dicho a su cuñado que no podía decidir si sería rector de Winchester o primer ministro.³⁸ Tuvo la suerte en realidad de que su perspicacia comercial le permitiera crear una autocracia privada en la que nadie podía desafiarle y en la que su incapacidad para congraciarse a otros hombres no importaba tanto. Ruth Dudley Edwards cita una carta típica del archivo de Gollancz que evoca al hombre mejor que cualquier descripción. Le habían pedido, y él había aceptado, que diera una de las Conferencias Conmemorativas en honor del obispo Bell, el único hombre que se había opuesto firmemente a los bombardeos de área en Alemania. Pero apareció otro compromiso más atractivo y Gollancz canceló su presentación. El organizador, un tal Pitman, se molestó como es natural y le escribió una carta de reproche a Gollancz. Este respondió largamente y en términos enfurecidos reprendía a Pitman “por escribir antes de que el sol se hubiese puesto sobre su ira”, le explicaba con gran detalle la apabullante carga de compromisos que le habían llevado a cancelar la conferencia, objetaba en los términos más fuertes la afirmación de Pitman de que estaba “bajo obligación moral” de pronunciarla, y luego, entusiasmado en su tarea, seguía: “De hecho, comienzo a perder la paciencia mientras dicto, y debe decir que semejante observación es obviamente absurda”.

Luego seguían dos párrafos más en los que acusaba a Pitman de ser “sumamente impertinente”, y por fin: “Soy consciente de que comencé esta carta en un tomo moderado pero que la termino en uno inmoderado. También tengo conciencia de que, pese al consejo que le doy, en este momento no tengo ganas de permitir que el sol se ponga sobre mi ira, y por lo tanto doy instrucciones a mi secretaria para que envíe la carta enseguida.” Esta diatriba ególatra pudo haber sido escrita, ceteris paribus, por un

³⁷ Edwards, págs. 408

³⁸ *Dictionary of National Biography, Supplementary Volume, 1961-70* (Oxford, 1981) pág. 439

Rousseau, un Marx o un Tolstoi. ¿Pero no es posible detectar un atisbo de ironía con el que se burla de sí mismo? Es de esperar que sí.

CAPÍTULO 12

MENTIRAS, MALDITAS MENTIRAS Y LILLIN HELLMAN

Si Victor Gollancz fue un intelectual que alteró la verdad en el interés de sus objetivos milenaristas, Lillian Hellman parece que fue una de aquellas para quienes la mentira es algo natural. Como Gollancz, formó parte de la gran conspiración de Occidente para ocultar los horrores del Stalinismo. A diferencia de él, nunca admitió sus errores y mentiras salvo de la manera más superficial e insincera; en realidad se embarcó en una carrera de mendacidad aun más flagrante y audaz. Se podrá preguntar: ¿por qué ocuparse de Lillian Hellman? ¿No fue acaso una artista imaginativa para la que la invención era una necesidad y los mundos de la realidad y la fantasía se superponían inevitablemente? Como en el caso de Ernest Hemingway, otro mentiroso notorio, ¿es justo esperar la verdad absoluta de un creador de ficciones? Por desgracia para Hellman, el descuido de la verdad llegó a ocupar un lugar central en su vida y obra; hay dos motivos que hacen difícil no tenerla en cuenta. Fue la primera mujer que logró status internacional como autora de obras de teatro, y como tal se convirtió en una figura simbólica para las mujeres educadas de todo el mundo. En segundo término, durante las últimas décadas de su vida, y en parte a consecuencia de sus engaños, logró una posición de prestigio y poder en la escena intelectual de Estados Unidos que rara vez ha sido igualada. En verdad el caso de Hellman plantea un problema general de importancia: ¿hasta qué punto los intelectuales como clase esperan y exigen la verdad de aquellos a quienes admiran?

Lillian Hellman nació el 20 de junio de 1905 en una familia judía de clase media. Como Gollancz, si bien por motivos personales tanto como políticos, en sus escritos autobiográficos trató de rebajar a su madre y exaltar al padre. La madre pertenecía a las familias ricas y prolíficas de los Newhouse y los Marx, que habían prosperado en el capitalismo americano. Siguiendo un patrón común en la inmigración judía, Isaac Marx había llegado a Estados Unidos desde Alemania en la década de 1840, comenzó como vendedor ambulante, se estableció como comerciante y alcanzó la riqueza durante la Guerra Civil, su hijo había fundado el Banco Marx, primero en Demopolis y luego en Nueva York. Hellman describió a su madre, Julia Newhouse, como una tonta. En realidad, parece que fue culta y bien educada, y es posible que ella heredara Hellman sus dotes. Pero a Hellman le resultó políticamente deseable descartar a los Newhouse y a los Marx, y así intentó pretender que la familia de su madre era cristiana.¹

En contraste, el padre fue su héroe. Hellman fue hija única y Marx la consintió frustrando cualquier disciplina que la madre tratara de imponerle. Le presentó como un radical, cuyos padres habían huido a Estados Unidos como refugiados políticos en 1848. Exageró su educación y sus dotes intelectuales. De hecho parece que él tuvo tantos deseos como los Marx y los Newhouse de que el capitalismo le beneficiara, pero no tuvo tanto éxito como ellos. Su negocio quebró en 1911 (Hellman más tarde le echó la culpa a un socio comercial inexistente) y a partir de entonces vivió sobre todo a costa de sus parientes políticos ricos y terminó como un simple vendedor. No hay ninguna prueba de su radicalismo, salvo las afirmaciones de Hellman. En un artículo sobre las relaciones raciales describió cómo había salvado a una jovencita negra de ser violada por dos blancos. Pero además también relató cómo, cuando tenía once o doce años,

¹ William Wright, *Lillian Hellman: The Image, the Woman* (Londres, 1987), págs. 16-18

insistió en sentarse con su niñera negra, Sophronia, en el sector “blancos solamente” del tranvía, y cómo fueron desalojadas después de una protesta ruidosa. Esta anticipación en cuarenta años del famoso acto de desafío de Rosa Park en 1955 parece improbable, por decirlo suavemente.²

Las hermanas de Max tenían una pensión, en la que Hellman nació y pasaba mucho tiempo. Una criatura solitaria pero vivaz y de vista aguda que observaba a los huéspedes contándose luego historia sobre ellos a sí misma. Los huéspedes le proporcionaron mucho material; y más adelante, en Manhattan, ella y Nathanael West, que administraba el hotel en que ella vivía, solían abrir en secreto las cartas de los huéspedes (la fuente del libro de *West Miss Lonelyhearts* (Señorita Corazones solitarios), tanto como de episodios en las obras de ella). Se describió a sí misma como “una peste rematada cuando era criatura”, lo que podemos creer muy bien, y que fumaba, salía a divertirse en Nueva Orleans, y se escapaba, corriendo aventuras sorprendentes, lo que parece menos creíble. Cuando el padre se mudó a Nueva York por su trabajo, asistió a la Universidad de Nueva York, hizo trampa en los exámenes, y se convirtió en una joven de un metro sesenta, “más bien fea”, con posibilidades de llegar a ser una *jolie laide* de éxito; parece que tuvo ya de adolescente una personalidad sexual agresiva.

Los inicios de la carrera de Hellman, como su infancia, han sido rastreados por su cuidadoso e imparcial biógrafo, William Wright, si bien no le fue fácil desenredarla de su autobiografía tan poco fiable.³ Cuando tenía diecinueve años consiguió trabajo con los editores Boni y Liveright, que bajo Horace Liveright, era entonces la firma más emprendedora de Nueva York. Luego afirmaba haber descubierto a Faulkner y ser responsable de la publicación de su novela satírica *Mosquitos*, cuya acción se sitúa en Nueva Orleans. Tuvo un aborto y luego, de nuevo embarazada, se casó con el agente teatral Arthur Kober, abandonó la editorial y comenzó a escribir críticas. Tuvo una aventura con David Cort, luego editor de la sección exterior de *Life*, en la década del setenta él se propuso publicar sus cartas, alguna con dibujos eróticos en el margen, y ella inició acción legal para impedirselo, y cuando él murió, en la pobreza, las caras fueron destruidas accidentalmente. Ya casada con Kober, Hellman viajó a París, Bonn, (en 1929, donde pensó en unirse a la juventud Nazi, y Hollywood. Trabajó brevemente como lectora de obras de teatro para Anne Nichols y más adelante afirmó haber descubierto *Grand Hotel* de Vicki Baum; pero esto tampoco es cierto.⁴ En Hollywood, donde Kober tenía un empleo en el cuerpo de escritores, leyó guiones para la Metro Goldwyn Mayer a 50 dólares semanales.

El radicalismo de Hellman comenzó con su interés por el gremialismo en la industria del cine, con sus escritores amargados por el tratamiento que recibían de los estudios. Pero el hecho crítico en su vida, tanto político como emocional, tuvo lugar en 1930, cuando conoció a Dashiell Hammett, el escritor de relatos policiales. Como ella luego dio un carácter romántico tanto a él como a la relación entre ambos, se hace necesario saber qué clase de hombre era.⁵ Pertenece a una familia buena pero pobre, de Maryland. Dejó la escuela a los trece años, desempeñó varios trabajos, luchó en la Primera Guerra Mundial y fue herido, y luego llegó a conocer el trabajo de la policía desde dentro como detective de Pinkerton. En la agencia había trabajado para los abogados empleados por Fatty Arbuckle, que quedó arruinado por el proceso en el que

² Wright, págs. 22-23,327

³ La autobiografía consta de tres partes: *An Unfinished Woman* (Boston, 1969) *Pentimento* (Boston, 1973); *Scondrel Time* (Boston 1976)

⁴ Wright, Pág. 51

⁵ Hay dos biografías de Hammett: Richard Layman, Sadow Man: *The Life of Dashiell Hammett* (Nueva York, 1981), y Diane Johnson *The Life of Dashiell Hammett* (Londres, 1984)

el comediante de cine fue acusado de haber violado a Virginia Rappe, que luego murió. Según le contaron los detectives, la mujer no murió por la violación, sino de una enfermedad venérea, y a él casi pareció dejarle con una aversión clínica por la autoridad en general (y también una fascinación por los villanos gordos, que abundan en su ficción). Cuando conoció a Hellman había publicado cuatro novelas e iba camino de hacerse famoso gracias a *The Maltese Falcon* (El halcón maltés), la mejor.

Hammett era un caso muy serio de alcoholismo. El éxito de que gozó el libro quizá fuera lo peor que le podía haber ocurrido, le dio dinero y crédito y significó que no necesitaba trabajar demasiado. No era un escritor por naturaleza y parecería que el acto creativo le acobardaba extraordinariamente. Después de muchos esfuerzos logró terminar *The Thin Man* (El hombre delgado, en 1934, que le hizo ganar aun más dinero y fama, pero después no escribió nada en absoluto.

Se encerraba en un hotel con un cajón de Johnnie Walter Red Label y bebía hasta enfermar. El alcohol provocó un derrumbe moral a un hombre que parece que tuvo, por momentos, principios firmes. Tenía una esposa, Josephine Dolan, y dos hijos, pero les daba dinero en forma desordenada y caprichosa, a veces era generoso, pero por lo general simplemente se olvidaba de ellos. Han quedado cartas patéticas dirigidas a su editor, Alfred A. Knopf: "Durante los últimos siete meses el señor Hammett me ha mandado sólo cien dólares y no me ha escrito para explicarme sus problemas... en este momento estoy desesperada... las criaturas necesitan ropa y no están comiendo bien... y no encuentro trabajo... vivo con mis padres que son viejos y no nos pueden prestar más ayuda..." Hammett, que tenía contrato para escribir un guión, estaba bebiendo en Bel Air. La secretaria que el estudio le había asignado, Mildred Lewis, no tenía nada que hacer porque él no escribía y se quedaba en la cama; ella contaba que oía a las prostitutas que él llamaba por teléfono a casa de Madame Lee Francis (generalmente negras u orientales) que subían o bajaban por la escalera; volvía la espalda a no verlas.⁶ es probable que él ganar más de dos millones de dólares con sus libros, pero a menudo conseguía no tener un centavo y estar endeudado, y se escabullía de los hoteles donde la cuenta era grande (el Pierre en Nueva York, por ejemplo, donde debía 1.000 dólares con todas su ropa superpuesta).

El alcohol también le volvía ofensivo y violento, sobre todo con las mujeres. En 1932 fue acusado de lesiones por la actriz Elise de Viane. Ella afirmó que se había emborrachado en el hotel y cuando ella se resistió sus intentos de hacer el amor, le dio una paliza. Hammett no hizo nada por defenderse y fue condenado a pagar 2.500 dólares por daños. Poco después de conocer a Hellman, le dio un golpe en la mandíbula en una fiesta y la tiró al suelo. Su relación no debió de ser nunca fácil. En 1931, y otra vez en 1936 contrajo gonorrea con prostitutas, y la segunda vez la cura fue difícil.⁷ siempre hubo peleas sobre sus mujeres. En realidad no está en claro si llegaron a vivir juntos en algún momento y, en caso afirmativo, durante cuanto tiempo, aunque los dos finalmente se divorciaron de sus cónyuges respectivos. Años más tarde, cuando sus mentiras sobre muchas otras cosas habían sido desenmascaradas, Gore Vidal preguntó con cinismo: "¿Alguien los ha visto alguna vez juntos?"

Es claro que Hellman exageró su relación con él con el objeto de hacerse publicidad. Sin embargo tuvo cierto fundamento. En 1938, cuando ella se había mudado a Nueva York, donde tenía una casa en la ciudad y una granja en Pleasantville, se supo que Hammett estaba totalmente borracho en el hotel Beverly Wiltshire, donde debía una cuenta de 8.000 dólares. Hellman le hizo llevar en avión a Nueva York, donde le esperaba una ambulancia que le llevó al hospital. Después vivió un tiempo en casa de

⁶ Johnson, pág. 119 ss.

⁷ Johnson, pág. 129-30

ella. Pero él tomó la costumbre de visitar los prostíbulos de Harlem, que le gustaban mucho. ... De modo que hubo más peleas. En 1941, cuando estaba borracho, quiso hacer el amor y ella se negó; después de eso nunca volvió a hacer el amor con ella, ni siquiera lo intentó.⁸

Pero la relación continuó, aunque en forma tenue, y durante los últimos tres años de su vida (murió en 1958) llevó la existencia de un zombie en la casa de Nueva York. Esto fue generoso por parte de ella, porque significó sacrificar el cuarto de trabajo, que adoraba. Solía decir a sus huéspedes: “Por favor, más bajo. Arriba hay un hombre que se está muriendo.”⁹

Lo que queda claro sobre esa amistad es que como escritora, Hellman le debió mucho a Hammett. De hecho hay una asimetría curiosa, y algunos dirían sospechosa, en sus carreras de escritores. Poco después de conocer a Hellman, la producción de Hammett disminuyó a un mínimo, y luego se secó por completo. Ella, al contrario, comenzó a escribir con gran fluidez y éxito. Todo esto puede ser mera coincidencia; o no. Como con todo lo que tiene que ver con Hellman, es difícil descubrir la verdad. Lo que es seguro es que Hammett tuvo mucho que ver con su primer éxito, *The Children's Tour* (La hora de los niños). En verdad se puede decir que él tuvo la idea. El tema del lesbianismo en la escena había sido discutido en Broadway desde 1926, cuando la policía de Nueva York había interrumpido las representaciones de *The Captive* (La cautiva), traducción de una obra de Edouard Bourdet. Cuando Hellman empezó a trabajar para Herman Shumlin como lectora, y comenzó a escribir para el teatro ella misma, Hammett le hizo conocer un libro de William Roughhead, *Bad Companions*. Trataba un caso consternador ocurrido en Escocia en 1810 en el que una joven mulata, sin provocación alguna y a través de hábiles mentiras, arruinó la vida de dos hermanas que tenían una escuela y a las que acusó de lesbianas. Es curioso que la devastación causada por las mentiras, en especial mentiras de mujeres, fascinara tanto a Hellman como a Hammett; las mentiras de la mujer son los hilos que unen las brillantes complejidades de *El halcón maltés*. Cuando estaba borracho, Hammett mentía como cualquier alcohólico; cuando estaba sobrio era un riguroso defensor de la verdad aunque fuera sumamente inconveniente. Cuando estaba cerca de ella, él solía poner cierto límite a las fantasías de Hellman. Ella, en contraste, se obsesionaba con las mentiras y las decía ella misma. A menudo mintió acerca del origen de La hora de los niños y las circunstancias que rodearon la noche del estreno. Además no señaló su deuda con el libro de Roughhead, y cuando la obra apareció, un crítico, John Mason Brown, la acusó de plagio, la primera de muchas acusaciones similares que debió afrontar.¹⁰

De todos modos, era una obra brillante, y los cambios que había hecho a la historia original fueron la clave de su emoción y dinamismo. En qué medida, si en alguna, influyó Hammett en la redacción de la misma no se puede ya establecer. El don dramático que Hellman tenía en abundancia (como George Bernard Shaw) era la capacidad de dar a sus personajes más reprensibles o menos simpáticos parlamentos creíbles. Es la fuente principal de la fuerte tensión que sus obras generan.

Era inevitable que La hora de los niños provocara polémicas por su tema. Su elocuencia y agudeza verbal exacerbó la hostilidad de sus opositores y entusiasmó a sus defensores. En Londres el Lord Chambelan le negó el permiso y en Chicago y otras ciudades la prohibieron (en Boston la prohibición se mantuvo vigente durante un cuarto de siglo). Pero la policía no hizo nada en su contra en Nueva York, donde fue un éxito instantáneo tanto de crítica como de taquilla, y tuvo 691 representaciones. Además, la

⁸ Johnson, págs. 170-71

⁹ Wright, pág. 285

¹⁰ Wright. Pág. 102

osadía del tema y el brillo de su tratamiento (y, sobre todo, la furia que provocó entre los *bien-pensants*) le dio a Hellman de inmediato un lugar especial en el afecto de los intelectuales progresistas, algo que conservó hasta su muerte. Cuando no obtuvo el Premio Pulitzer para la mejor obra de teatro de la temporada 1934-35 porque uno de los jueces, el Reverendo William Lyon Phelps, objetó su tema, se formó el Círculo de Críticos teatrales de Nueva York, para crear un nuevo premio precisamente para que se le pudiera dar a ella.

El éxito de la obra también le trajo un contrato para escribir para el cine en Hollywood con un sueldo de 2.500 dólares semanales, y durante la década siguiente alternó entre el cine y Broadway. El resultado fue variado, pero en general destacado. Su obra *Day to Come* (Días por venir), con el tema de las huelgas, fue un desastre. Se estrenó el 15 de diciembre de 1936 y se retiró a los seis días. Por otra parte, *The Little Foxes* (Los zorritos), de 1939, que versa sobre el ansia de dinero en el Sur alrededor de 1900, y se basaba en gente que había conocido cuando era niña, fue otro gran éxito, con 210 representaciones. Gracias a algunas críticas brutales pero contractivas de Hammett, es la mejor escrita y construida de sus obras y la que se repone con mayor frecuencia. Además, vale la pena señalar que triunfó en una temporada con fuerte competencia: la de 1939 incluyó *Key Largo* de Maxwell Anderson, *el hombre que vino a cenar*, de Moss Hart y George S. Kaufman, *El momento de tu vida*, de William Saroyan, *La historia de Filadelfia*, de Philip Barry, *Déjame a mí*, de Cole Porter, y *La vida con papá* y algunas importadas de Inglaterra. Siguió con otro éxito, *Watch on the Rhine* (Alerta en el Rin), dos años después. Mientras tanto, de sus seis obras para cine, la mitad se convirtieron en clásicos. El film *La hora de los niños*, que escribió para Sam Goldwyn, que la convenció de cambiar el título por *The Three* (Esas Tres) y eliminar el elemento lesbiano, fue un gran éxito, también lo fue su brillante *Dead End* (Callejón sin salida). También logró una victoria notable sobre la *Oficina Hays* al escribir la adaptación para cine de *Alerta en el Rin*. El héroe de izquierdas de la obra, el antinazi alemán, Kart Muller, finalmente logra matar al villano, el conde Teca. *La Oficina Hays* protestó que según las reglas los asesinos debían ser castigados. Hellman refutó que estaba bien matar a los nazis o a los fascistas y, como estaban en guerra, ella ganó la partida. De hecho la película fue elegida para una función benéfica a la que asistió el propio presidente Roosevelt. Fue una señal de los tiempos. Otra fue el que escribiera para Sam Goldwyn un film de abierta propaganda soviética, *North Star* (Estrella del Norte), en 1942, sobre una deliciosa granja colectiva soviética, una de las tres únicas películas en las líneas del PC hechas en Hollywood (las otras fueron *Misión to Moscow* (Misión en Moscú) y *Song of Russia* (Canción de Rusia)).¹¹

Los temas de las obras de teatro y cine de Hellman sugieren un estrecho compromiso con la izquierda radical a partir de mediados de la década del treinta. La idea de que fue Hammett quien la reclutó para el partido comunista, sin embargo, es probablemente errónea. En primer lugar, ella tendía a ser políticamente más agresiva que él. En todo caso, debió de ser ella quien le arrastró hacia actividades políticas más serias y regulares. Además, mientras ella siguió manteniendo relaciones sexuales intermitentes con Hammett hasta 1941 (1945 según su versión), tuvo muchas relaciones con hombres. Además tuvo un éxito considerable. Como dijo una amiga: “Era sencillo. Era agresiva sexualmente cuando ninguna mujer lo era. Otras eran promiscuas, Dios lo sabe, pero no daban el primer paso. Lillian nunca vacilaba, y ganaba.”¹² No siempre, claro, Martha Gelhorn afirmaba que en 1937 hizo una tentativa sin éxito con

¹¹ Ver Mark W. Estrin, *Lillian Hellman: Plays, Films, Memoirs* (Boston, 1980); Bernard Dick, *Hellman in Hollywood* (Palo Alto, 1981)

¹² Citado en Wright, pág. 326

Hemingway en París. Arthur Miller atribuía la amarga enemistad que ella sentía por él a que la había rechazado: “Lillian se entusiasmaba con cualquier hombre que encontraba. Yo no tuve interés y nunca me lo perdonó.”¹³ Ya bien madura tuvo que usar su dinero para comprar la compañía de jóvenes buenos mozos. Pero sus éxitos fueron lo bastante frecuentes como para darle una reputación inusual, que alimentaba los rumores. Se decía, por ejemplo, que asistía a todas las partidas de póquer de hombres en la casa de Frederick Vanderbilt Field, y que el ganador se llevaba a Lillian a un dormitorio. Sus memorias, jactanciosos en otros sentidos, no mencionan sus conquistas.

El Partido Comunista Americano de los años treinta, un cuerpo fuertemente doctrinario, no pudo haber confiado demasiado en una mujer con semejante reputación y gustos. Pero su nombre les fue, por cierto, útil. ¿Fue alguna vez realmente miembro del partido? Su obra sobre las huelgas, *Días por venir*, no fue inspirada en el marxismo. Alerta en el Rin iba contra la línea que siguió el partido desde agosto de 1939 hasta principios de junio de 1941, que fue apoyar el pacto Hitler-Stalin. Por otra parte, formó parte activa de la Sociedad de Escritores de Cine de Hollywood, que estaba dominada por el PC, en especial durante las agrias batallas de 1936-37. Hubiera sido lógico que se incorporase al partido en 1937, como dijo que hizo Hammett. Fue el año punta de incorporaciones al PC, cuando el partido apoyaba en todas partes las políticas del New Deal de Roosevelt y del Frente Popular. Mientras los conversos de principios de los años treinta solían ser idealistas serios, que habían leído a Marx y a Lenin (como Edmund Wilson) y se estaban yendo ya en 1937, la línea del Frente Popular puso brevemente de moda al PC y atrajo muchos reclutas del ambiente de la farándula, que sabían poco de política pero estaban ansiosos de seguir la corriente intelectual de moda.¹⁴

Hellman encajó en esta categoría; pero he hecho de que siguiera apoyando la política soviética durante muchos años y que no renegara de ella cuando pasó de moda sugiera con fuerza que realmente fue un *aparatchik* del partido, si bien no importante. Ella misma siempre negó ser miembro del partido. En contra de esto, Martin Berkeley da testimonio de que en junio de 1937 Hellman, junto con Hammett, Dorothy Parker, Donald Ogden Stewart y Alan Campbell, asistieron a una reunión en su casa con el expreso propósito de constituir una rama del PC en Hollywood; más adelante Hellman se acogió a la Quinta Enmienda para no responder a preguntas sobre esta reunión. El interrogatorio al que la sometió el Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso sugiere que fue un miembro, 1937-49. Su expediente en el FBI, de casi 1.000 páginas de extensión, si bien lleno de las tonterías usuales y muy reiterativo, contiene muchos datos sólidos. Además de Berkeley también Luis Budenz, ex director del *Daily Worker*, declaró que era miembro del partido, como lo hicieron igualmente otros informantes; otros declararon que había desempeñado un papel activo en las reuniones del partido.¹⁵

Lo que parece más probable es que, por una diversidad de razones, incluso su promiscuidad sexual, el PC juzgó más conveniente tenerla como miembro secreto antes que abiertamente, y mantenerla bajo control como compañera de ruta, aunque permitiéndole cierta libertad. Esta es la única explicación que concuerda con todos sus actos y actitudes durante ese período. Está claro que hizo todo lo que pudo, aparte de sus obras de teatro y guiones, para ayudar a la penetración del PC en la vida intelectual de Estados Unidos y para promover los fines de la política del Soviet. Formó parte de grupos pantalla clave del PC. Asistió a la décima Convención Nacional del PC en Nueva York, en junio de 1938. Visitó Rusia en octubre de 1937, bajo la guía de Walter

¹³ Citado en Wright, pág. 295

¹⁴ Ver Harvey Klehr, *The Heyday of American Communism* (Nueva York, 1984)

¹⁵ Wright, págs. 129, 251 ss., 361-62

Duranty, corresponsal pro Stalin del *New York Times*. Los juicios estaban entonces en su punto culminante. A su vuelta dijo que no sabía nada sobre ellos. En cuanto a los ataques de los libertarios occidentales contra los juicios, dijo que se sentía incapaz de distinguir “los cargos verdaderos del odio salvaje” y “los hechos de las invenciones cuando se mezclan con ciego encono contra un lugar y su gente”. Pero el año siguiente su nombre figuró entre los firmantes (junto con Malcom Cowley, Nelson Algren, Irwin Shaw y Richard Wright) de un anuncio en *New Masses* que aprobaba los juicios. Con los auspicios del notorio Otto Katz, hizo dos visitas a España en 1937 y contribuyó junto con otros escritores, 500 dólares a la película de propaganda del PCX, con el que Hemingway también estuvo conectado. Pero su relato de lo que hizo en España está claramente lleno de mentiras (fue refutado en detalle por Martha Gellhorn) y ahora es difícil determinar exactamente qué hizo ella allí.

Como la mayoría de los intelectuales, Hellman se vio envuelta en peleas enconadas con otros escritores. Esto envenenó y complicó sus posiciones políticas. Su ansiedad por apoyar la línea soviética en España la llevó a una pelea con William Carney, corresponsal allí del *New York Times*, que persistió en publicar datos que no concordaban con la versión de Moscú.

Ella le acusó de cubrir la guerra desde la seguridad y la comodidad de la Côte d'Azur. Una vez más apoyó la invasión soviética de Finlandia en 1939, declarando: “No creo en esa buena y amable pequeña República de Finlandia que hace lagrimea tanto a todos. He estado allí y a mí me parece una pequeña república pronazi”. Esto le creó un conflicto con Tallulah Bankhead, que había sido la estrella de versión escénica de *Los zorrillos* y ya era una enemiga por muchos motivos (principalmente celos sexuales). Bankhead había ofrecido un espectáculo a beneficio de las agencias de ayuda finlandesas. Hellman la acusó de haber rehusado una invitación para hacer una función similar a beneficio de España. Bankhead replicó que esa acusación era un “invento descarado”. Da la casualidad que no hay ninguna prueba de que Hellman hubiese ido jamás a Finlandia, y su biógrafo lo considera improbable.¹⁶ Pero continuó atacando a Bankhead en varias publicaciones, aun después de la muerte de la actriz. Escribió sobre la familia borracha de Bankhead, su uso de drogas, y la describió haciendo proposiciones a camareros negros; contó una historia repelente (en su *Pentimento* autobiográfico) de Bankhead insistiendo en mostrar a una visita el pene gigante erecto de su marido.

Hellman y Bankhead se pelearon en realidad para decidir quién estaba del lado de “los trabajadores”. La verdad es que ninguna de las dos sabía nada de la clase trabajadora más allá de haber tenido ocasionalmente un amante de entre sus filas. Hellman hizo una vez una investigación en Filadelfia para *PM*, el diario vespertino radical de Nueva York, que incluyó conversaciones con un taxista, con dos hombres en un comercio y con dos niños negros; de ellas sacó la conclusión de que Estados Unidos era un estado policial. Pero no tuvo enemigos entre los trabajadores, con la excepción de un estibador, Randall Smith, que conoció en Martha's Vineyard después de la guerra. Había servido en la Lincoln Brigada en España y no era por cierto típico del proletariado americano. Además, llegó a sentir antipatía por Hellman, Hammett y sus ricos amigos radicales. “Como ex comunista”, dijo, “su actitud solía ofenderme, tan altanera e intelectual. Dudo que ninguno de ellos hubiese ido alguna vez a un mitin o hubiese trabajado. Actuaban como oficiales, yo era un enganchado.” En particular le desagradaba el hábito que tenía Hammett cuando estaba con otros, de hacer una demostración de su poder sobre las mujeres “levantando con el bastón la falda de su amiga del momento”¹⁷ La vida que llevaba Hellman estaba por cierto muy alejada de

¹⁶ Wright, págs. 161

¹⁷ Wright, págs. 219-20

lo que a ella le gustaba llamar “la lucha”. En su casa de la calle 82 Este y en su granja de 542 hectáreas en Wetchester vivía como los ricos de Nueva York, con ama de llaves, mayordomo, secretaria y criada personal. La atendía el psiquiatra más de moda, Gregory Zilboorg, que cobraba 100 dólares la hora. Sus obras para el teatro y el cine le consiguieron deferencia además de riqueza. En septiembre de 1944 fue a Moscú invitada por el gobierno soviético y se alojó en la casa del embajador Arriman, donde tuvo una aventura amorosa con el diplomático Melby; pero tenía habitaciones en los hoteles Metropole y Nacional al mismo tiempo que en la Embajada.

Este viaje produjo la acostumbrada cosecha de mentiras. Dijo que había estado en Rusia cinco meses; Melby, un testigo más fiable, dijo que fueron tres. Hellman publicó dos versiones muy diferentes de sus experiencias en Rusia, en la revista *Collier's* en 1945, y en su primer volumen autobiográfico, *An Unfinished Woman* (Una mujer inconclusa) en 1969. El artículo de la revista no menciona que hubiese visto a Stalin. La autobiografía afirmaba que, aunque ella no había pedido ver a Stalin, le informaron que le había concedido una entrevista. Ella se excusó cortésmente, alegando que no tenía nada importante que decirle y no deseaba robarle un tiempo precioso. Este relato absurdo se contradice con lo que Hellman dijo a su vuelta, cuando contó en una conferencia de prensa en Nueva York que había pedido vera a Stalin pero le habían dicho que estaba “demasiado ocupado con los polacos.”¹⁸

En los años treinta y a principios de la década del cuarenta, Hellman fue una heroína de la izquierda, una celebridad agasajada. A fines de los años cuarenta su vida entró en una fase nueva que luego la leyenda radical glorificó como un período de martirio. Durante un tiempo siguió con sus actividades políticas. Junto con otros miembros de la extrema izquierda, apoyo a Wallace para presidente en 1948. En 1949 estuvo entre los organizadores de la Conferencia Cultural y Científica por la Paz Mundial, avalada por los soviéticos. Pero sus problemas ya empezaban. Sus obras de posguerra no tuvieron tanto éxito como las anteriores. Una segunda parte de *Los zorritos*, escrita sobre la misma familia y llamada *Another Part of the Forest* (Otra parte del bosque), se estrenó en noviembre de 1947 y tuvo 191 representaciones, pero tuvo alguna críticas malas. Se destacó por la presencia de su padre Max, sentado en la platea contando ruidosamente billetes nuevos de un dólar durante todo el primer acto para luego anunciar en el intervalo: “Mi hija escribió esta obra. Después mejora”. Seis meses después, aconsejada por su psiquiatra, le izo internar por demencia senil. Con su obra siguiente, *The Autumn Garden* (El jardín de otoño), tuvo dificultades. Hellman dijo luego que, después de que Hammett hubo criticado la primera versión, ella la hizo pedazos, pero un manuscrito completo marcado “primer borrador” sobrevive en la biblioteca de la universidad de Tejas. Cuando se estrenó en marzo de 1951, duró sólo 101 funciones.

Mientras tanto el Comité de Actividades Antiamericanas del Congreso estuvo rastrillando toda la industria del cine. Los así llamados Diez de Hollywood, que rehusaron contestar las preguntas del Comité sobre actividades políticas, fueron citados por desacato. En noviembre de 1947 los productores del estudio estuvieron de acuerdo en despedir a los escritores que cayeron en esta categoría. La revista de la Sociedad de Escritores de Cine atacó la decisión en un editorial titulado “Los chivos de Judas”, escrito por Hellman, en el que se leía la sorprendente afirmación: “Nunca ha habido nada de comunismo, ni siquiera una frase o una palabra, en una película norteamericana”. Los engranajes de la justicia seguían moviéndose lentamente.

Hammett contribuyó al fondo para fianzas de los escritores procesados por desacato. Tres de ellos se fugaron y desaparecieron. El FBI creía que Hammett sabía

¹⁸ *New York Times*, 2 de marzo de 1945

dónde estaban y a la granja de Hellman llegó un equipo para registrarla. El propio Hammett fue llevado ante el tribunal el 9 de julio de 1951 y se le pidió que ayudara a buscar a los hombres desaparecidos dando los nombres de otros contribuyentes al fondo. En vez de decir que no los conocía (lo que era cierto) se negó tercamente a contestar nada, y fue encarcelado. Hellman afirmaba que había tenido que vender su granja para pagar los gastos legales, que sumaron 67.000 dólares.

Ella misma había sido puesta en la lista negra de Hollywood en 1948, y cuatro años después la citaron para que se presentara ante el temido Comité. Al borde de la derrota logró salir victoriosa. Siempre se había destacado en relaciones públicas; era un arte que compartía con muchos de sus contemporáneos intelectuales, tales como Brecht, y Sartre. Brecht, como hemos visto, consiguió convertir su presentación ante el Comité en un golpe de propaganda para él mismo. El logro de Hellman fue aun más notable y echó los cimientos para su fama posterior como la reina-mártir de los radicales. Como en el caso de Brecht, la ayudó la estupidez de los miembros del Comité. Antes de presentarse, se hizo asesorar legalmente con todo cuidado por su propio abogado, Joseph Rauh. No cabe duda de que ella comprendía la posición legal, que era compleja. Las instrucciones que le dio Rauh fueron que no iba a dar ningún nombre; por otra parte, no quería ir a la cárcel bajo ninguna circunstancia. En tercer término, no quería acogerse a la Quinta Enmienda si al hacerlo podía aparecer como protegiéndose, ya que esto se vería como una confesión de culpa (la frase era entonces “un comunista de la quinta enmienda”). Estaba, sin embargo, dispuesta a acogerse si al hacerlo aparecía como protegiendo sólo a los demás. Pero ahí estaba la dificultad de Rauh, ya que la Quinta Enmienda protege al testigo sólo de la autoacusación. ¿Cómo salvar a Hellman de la cárcel con la Quinta, mientras se la presentaba como una inocente que salvaba a otros? Más adelante él dijo que nunca había corrido peligro de ir a la cárcel. “Era como un problema de álgebra”, dijo. “Pero luego empecé a verlo como en primera instancia un problema de relaciones públicas. Supe que si al día siguiente el titular del New York Times decía “Hellman se niega a dar nombres”, yo habría ganado. Si decía “Hellman se acoge a la Quinta”, habría perdido.

Hellman le resolvió el problema escribiendo una carta astuta y mentirosa a John S. Word, el presidente del Comité, el 19 de mayo de 1952. En ella argumentaba que se le había advertido que no podía acogerse a la Quinta para sí misma y luego negase a contestar sobre otros. Y llegaba a la gran mentira: “No me gustan la subversión ni la deslealtad bajo ninguna forma, y si alguna vez la hubiera detectado habría considerado que era mi deber informar a las autoridades correspondientes.” Seguía entonces una brillante jugada para un debate, que invertía la verdadera posición legal, haciendo aparecer a Hellman como feliz de ir a la cárcel si tan sólo estuviera en juego su propia libertad, pero se acogía a la Quinta para proteger a otras personas enteramente intachables.

“Pero perjudicar a gente inocente que conocía hace muchos años para salvarme, me parece inhumano, indecente y deshonesto. No puedo ni quiero ir contra mi conciencia para adecuarme a la moda de este año, aunque hace tiempo que llegué a la conclusión de que no soy una persona política y no podría sentirme cómoda en ningún grupo político”. Para furia del presidente que parece que comprendió el truco que Hellman le haría, un miembro del comité que no había captado el caso legal hizo la moción de que la carta se añadiera al acta, y esto permitió que un encantado Rauh repartiera copias a la prensa de inmediato. Al día siguiente tuvo exactamente el titular que quería. En su libro autobiográfico sobre estos hechos, *Scoundrel Time* (Hora de sinvergüenzas), Hellman adornó la historia, inventando diversos detalles, incluso el de un hombre que gritó desde la galería: “Gracias a Dios que alguien tuvo por fin lasa

agallas de hacerlo.” Pero ella no tenía por qué haberse preocupado. Su carta fue el único “hecho” que emergió de la audiencia y pasó a los libros de historia. También figuró en las antologías, como una emocionante petición de libertad de conciencia hecha por una mujer desinteresada y heroica.¹⁹

Este fue el núcleo de la leyenda posterior de Hellman. Pero un mito colateral fue que había sido arruinada financieramente por una combinación de la lista negra y los enormes gastos legales que ella y Hammett tuvieron que afrontar como resultado de la caza de brujas. Pero no hay evidencia alguna de que estuviera arruinada. La hora de los niños fue repuesta en 1952 y le aportó unos buenos ingresos. Conservó su casa de Nueva York hasta que, en su vejez, se mudó a un apartamento más conveniente. Es cierto que vendió la granja, pero en 1956 compró una buena propiedad en Martha’s Vineyard, que para entonces se había convertido en un lugar más elegante que

Los alrededores de Nueva York para que los intelectuales ricos fueran a descansar. Los problemas financieros de Hammett obedecieron a muchos motivos. Cuando por fin dejó de beber no se puso a trabajar, sino que simplemente se quedó sentado pegado al televisor. Además había sido imprudentemente generoso. En el caso de Hellman no se corría ese peligro, pero compartía con Hammett otro hábito peligroso: no pagaba los impuestos a las rentas. Como sugieren los casos de Sartre y de Wilson, entre los intelectuales radicales se nota una tendencia común a exigir programas ambiciosos del gobierno sin sentir ninguna responsabilidad de contribuir con ellos.

La falta de pago del impuesto a las rentas en el caso de Hammett databa de la década del treinta, y no salió a la luz simplemente a raíz de su prisión. En realidad este hábito fue descubierto por el FBI antes de la guerra. Pero es cierto que la sentencia estimuló al Servicio de Rentas Internas, junto con otros acreedores (de los que había muchos) a iniciar demandas. El 28 de febrero de 1957 un tribunal federal registró un fallo por incumplimiento contra él por 104.795 dólares, y esto sólo por los años 1950-54. Las autoridades no fueron particularmente duras y un delegado del tribunal informó que no podría pagar: “En mi opinión, después de mi investigación estaba hablando con un hombre quebrantado”. Cuando murió, la deuda, excluido el interés, había subido a 163.286 dólares.²⁰

Las deudas de Hellman con el recaudador de impuestos eran aún mayores: en 1952 fueron estimadas entre 175.000 y 190.000 dólares, sumas enormes en esos días. Luego afirmó que tenía tan poco dinero que tuvo que emplearse en la tienda Macy’s; pero esto tampoco era cierto.

En la década del cincuenta Hellman se quedó callada; fue una época difícil para los radicales. Pero en 1960 ya estaba en ascenso de nuevo. Su obra de teatro *Toys in the Attic* (Juguetes en el ático) basada en una idea de Hammett y en la que utilizó sus recuerdos de infancia de la pensión, se estrenó en Nueva York el 25 de febrero de 1960 con un elenco soberbio. Tuvo 556 representaciones, ganó el premio del Círculo una vez más y le hizo ganar a Hellman muchísimo dinero. Pero fue su última obra importante, y la muerte de Hammett el año siguiente hizo pensar a mucha gente que sin él no podría escribir otra. Sea como sea tenía otra carrera que seguir. El radicalismo revivió a lo largo de los años sesenta, y al final de la década era casi tan fuerte como en su apogeo en la del treinta. Un viaje a Rusia tuvo como resultado otra tanda de mentiras y la afirmación de que el discurso de Kruschev en la Sesión Secreta, en el que confirmó los crímenes de Stalin, había tenido como propósito darle una puñalada por la espalda a su

¹⁹ Wright da una versión completa de todo esto, págs. 244-56

²⁰ Johnson, págs. 287-89

viejo benefactor.²¹ Hellman, que olfateó un cambio de opinión en Estados Unidos, decidió que había llegado el momento de escribir sus memorias.

Se convirtieron en uno de los grandes éxitos editoriales del siglo y le dieron a Hellman aun más fama, prestigio y autoridad intelectual que sus obras de teatro. De hecho, constituyeron una canonización de sí misma en vida, una apoteosis producida por la letra impresa y la maquinaria de las relaciones públicas. Una mujer inconclusa, publicada en junio de 1969, fue un best-seller y ganó el Premio Nacional del Libro para las Artes y las Letras *Pentimento*, 1973, figuró en la lista de best-sellers durante cuatro meses. El tercero, *Hora de sinvergüenzas*, 1976, apareció en la lista de best-sellers durante no menos de veintitrés semanas. Le ofrecieron medio millón de dólares por los derechos de filmación de su vida. Se encontró con una reputación enteramente nueva como dueña de un estilo magistral y le pidieron que dirigiera seminarios sobre escritura creativa en Berkeley y en MIT. Los premios y honores llegaron a toneladas. La universidad de Nueva York la designó la Mujer del Año; Brandeis le concedió su Medalla a las Artes del teatro, Yeshiva su Premio al Logro. Recibió la Medalla MacDowell por Contribuciones a la Literatura, y Doctorados honoris causa de Yale, Columbia y muchas otras universidades. En 1977 ya estaba de nuevo en la cumbre de la sociedad de Hollywood, presentando los premios de la Academia. El mismo año una parte de sus memorias apareció en el tan elogiado film *Julia*, que a su vez ganó muchos premios. En la costa este, era la reina de los radicales elegantes y el agente de poder más importante individualmente entre la intelectualidad progresista y la gente de sociedad que pululaba a su alrededor. De hecho, en la Nueva York de la década del setenta detentaba el mismo poder que Sartre había tenido en París, en 1945-55.

Promovía y elegía las comisiones clave. Redactaba sus propias listas negras y hacía que un buen número de intelectuales serviles las pusiera en vigor. Los grandes nombres del radicalismo de Nueva York se apresuraban a obedecerla. Parte de su poder nacía del miedo que inspiraba. Sabía cómo hacerse desagradable, en público y en privado. Era capaz de escupirle en la cara a un hombre, gritarle insultos, o pegarle en la cabeza con la cartera. En *Martha's Vineyard* la furia con que arremetía contra los que cruzaban su jardín para ir a la playa era pavorosa. Era ahora muy rica y empleaba a un pelotón de abogados para atacar la menor oposición o violación de sus derechos. Los parásitos que creían que simplemente la adoraban ante su santuario podían recibir una impresión desagradable. Cuando Eric Bentley, el amigo de Brecht, presentó una obra contra la caza de brujas, *Are You Now or Have You Ever Been?* (¿Es ahora o alguna vez lo fue?) en un teatro del off-Broadway, en la que aparecían actrices que leían fragmentos de sus cartas, Hellman le exigió que se le pagaran derechos de autor y dijo que haría cerrar el teatro a menos que los propietarios lo hiciera. Era una mujer rápida con un mandamiento. La mayoría de la gente prefería llegar a un arreglo. Se dice que recibió un millón de dólares para evitar un juicio cuando tuvo lugar una reposición de *Los zorritos* en 1981. Instituciones supuestamente poderosas se apresuraban a hacer lo que ella quería, a menudo antes de que lo ordenara. Fue así como Little Brown, de Boston, canceló un libro de Diana Trilling cuando ésta se negó a eliminar un pasaje en el que se criticaba a Hellman. La señora Trilling, que simplemente trataba de defender a su difunto esposo Lionel de uno de los ataques malignos de Hellman en *Hora de sinvergüenzas*, dijo de ella: "Lillian fue la mujer más poderosa que yo haya conocido jamás, quizá la persona más poderosa que haya conocido".

La base de la autoridad de Hellman era el extraordinario mito que había creado sobre sí misma en sus autobiografías. En cierto modo era comprable a la autocanonización de Rousseau en sus *Confesiones*. Como se ha demostrado repetidas

²¹ Wright, pág. 318

veces, las memorias de los intelectuales notables (Sartre, Beauvoir, Russell, Hemingway, Gollancz son ejemplos obvios) son muy pocos fiables. Pero las más peligrosas entre esta autoglorificaciónes intelectuales son aquellas que desarman al lector con lo que parece ser la franqueza chocante y confesión de culpa. Así los diarios de Tolstoi, sinceros como parecen ser, en realidad ocultan más de lo que revelan. *Las Confesiones* de Rousseau, como se dieron cuenta Diderot y otros que le conocían realmente, son un complejo ejercicio de engaño, en el que una capa de sinceridad oculta una ciénaga sin fondo de mentiras. Las memorias de Hellman se ajustan a este astuto modelo. A menudo confiesa vaguedad, confusiones y lapsos de memoria, y da así a los lectores la impresión de estar abocada a un esfuerzo constante para extraer la verdad de las oscuras arenas del pasado. De ahí que cuando los libros aparecieron muchos críticos, incluso algunos de los más perspicaces, elogiaron su veracidad.

Pero entre el coro de elogios y el ruido de los halagos de los cortesanos de Hellman durante los años setenta, quienes habían tenido experiencia personal de sus mentiras hicieron oír su disenso.

En particular, cuando apareció *Hora de sinvergüenzas*, su versión fue refutada por figuras de peso, como Nathan Glazer en *Commentary*, Sydney Hook en *Encounter*, Alfred Kazan en *Esquire* de Irving Howe en *Dissent*.²² Pero estos escritores se concentraron en denunciar sus impresionantes distorsiones y omisiones. En gran medida no se dieron cuenta de sus inventos. Sus ataques formaban parte de la continua batalla entre los liberales democráticos y los stalinistas de la línea dura; como tales atrajeron comparativamente poca atención y no perjudicaron demasiado a Hellman.

Pero entonces Hellman cometió un error de juicio catastrófico. No fue en absoluto típico de ella, en un área en la que generalmente estaba como en su casa: en relaciones públicas. Hacía tiempo que estaba enemistada con Mary McCarthy. La enemistada databa de la división de la izquierda norteamericana en stalinistas y trotskistas en la década del treinta. La había mantenido vigente una pelea en un seminario en el Colegio Sarah Lawrence en 1948, cuando McCarthy había encontrado a Hellman mintiendo sobre Dos Passos y España, y otros intercambios acerca de la Conferencia Waldorf en 1949. A partir de entonces McCarthy había acusado a Hellman de mentir en gran escala, pero en apariencia no le había hecho daño alguno. Luego, en enero de 1980, en el show de Dick Cavett, McCarthy repitió su acusación más amplia sobre las mentiras de Hellman: "Una vez dije en una entrevista que cada palabra que escribe es una mentira, incluso "y" y "el". Hellman estaba viendo. Su furia y su tendencia a litigar superaron su prudencia. Inició una acción por daños y perjuicios por 2.225.000 dólares, ya siguió con gran persistencia y vigor.

Lo que siguió fue una prueba clásica de la disputa sobre que demandas por difamación no logran más que llamar la atención sobre la acusación. Las acusaciones de mentirosa anteriores no la habían ni tocado. Ahora el público prestó atención. Oligó una cacería, posiblemente una presa. Por otra parte, litigar no ayuda a las relaciones públicas, porque los escritores que llevan a juicio a otros escritores nunca despiertan simpatía. Se sabía que Hellman era rica y que en cambio McCarthy tendría que vender su casa para pagar los gastos del juicio. Los amigos de ambas partes se acercaron con dinero y consejos, y el caso, con sus audiencias preliminares, se convirtió en una noticia importante, atrayendo más atención aun sobre la cuestión de la veracidad de Hellman. Más serio aun es que el caso promovió un nuevo juego intelectual; al detectar los inventos de Hellman. McCarthy, que de inmediato tuvo que pagar 25.000 dólares en honorarios, no tuvo otra alternativa que guiar a la jauría, ya que se enfrentaba a la ruina

²² *Commentary*, junio de 1976, *Encounter*, febrero de 1977; *Esquire*, agosto de 1977; *Disiente*, otoño de 1976.

financiera. Como dijo William Wright, el biógrafo de Hellman: “Al demandar a McCarthy, Hellman obligó a una de las mentes más agudas y enérgicas del país a escudriñar toda la obra de Hellman en busca de mentiras.”²³ Otros estuvieron encantados de participar. En el ejemplar de la primavera de 1981 de la muy leída *Paris Review*, Martha Gellhorn enumeró y documentó ocho mentiras importantes de Hellman sobre España. Y Stephen Spender llamó la atención de McCarthy hacia el curioso caso de Muriel Gardiner.

Spender había tenido una breve relación sentimental con Muriel, una joven americana rica que había estado casada con un inglés, Julián Gardiner. Había ido a Viena a estudiar psiquiatría y allí se había visto comprometida con la resistencia antinazi clandestina, bajo el alias de “Mary”, y ayudaba a pasar mensajes y gente fuera del país. Se había enamorado de otro antinazi, un socialista austriaco llamado Joe Buttinger, y se casó con él. Cuando estallo la guerra en 1939 dejaron Europa y se establecieron en Nueva Jersey. Hellman nunca conoció a Muriel, pero se enteró de todo lo concerniente a ella, su marido y sus actividades clandestinas a través de su abogado de Nueva York. La idea de una rica heredera americana con un líder de la resistencia socialista centroeuropea es el punto de partida para *Alerta en el Rin*, que Hellman empezó a escribir a los cinco meses de la llegada de los Buttinger a Nueva Jersey. Cuando escribió *Pentimento*, volvió a utilizar las experiencias de Muriel, a la que llamó “Julia”; pero esta vez se introdujo ella misma en la historia, bajo una luz heroica y halagadora, como amiga de Julia. Además, presentó todo como un hecho autobiográfico.

Cuando el libro se publicó nadie refutó la versión de Hellman. Pero Muriel lo leyó y escribió una carta totalmente amistosa a Hellman, señalando las similitudes. No tuvo respuesta, y luego Hellman negó haber recibido tal carta. Dado que nunca habían llegado a encontrarse con Muriel, su posición tenía que ser que había dos agentes clandestinas norteamericanas, “Julia” además de “Mary”. ¿Quién entonces era Julia? Había muerto, dijo Hellman. ¿Cuál era su verdadero nombre, entonces? Hellman no podía revelarlo: la madre vivía aún y sería perseguida como una “antinazi prematura” por los alemanes reaccionarios. En medio de la controversia sobre las mentiras de Hellman, Muriel poco a poco abandonó toda confianza en la buena fe de Hellman. En 1983 consiguió que la Universidad de Yale publicara sus propias memorias, *Code Name Mary* (Nombre de código, Mary). Cuando se publicó, periodistas del *New York Times* y de la revista *Time* empezaron a hacer preguntas molestas sobre *Pentimento* y la película *Julia*. El director de los Archivos de la Resistencia Austriaca, el doctor Herbert Steiner, confirmó que había una sola “Mary”. O Julia era Mary o fue un invento, y en cualquiera de los dos casos Hellman fue denunciada como una mentirosa en gran escala. McCarthy, en contacto con Muriel, presentó gran parte de este material para las actuaciones preliminares del proceso por difamación. Luego en junio de 1984, *Commentary* publicó un artículo notable, de Samuel McCracken, de la universidad de Boston. “Julia and Other Fictions by Lillian Herman” (Julia y otras ficciones de Lillian Hellman). Había hecho una extensa investigación de tipo policial en horarios de trenes y barcos, programas de teatro y otros hechos comprobables que constituían el detalle del relato sobre Julia en *Pentimento*. Nadie con mente imparcial que lea este artículo quedará con alguna duda de que el episodio de Julia es una pieza de ficción, basada en las experiencias reales de una mujer que Hellman jamás había conocido.

La investigación de McCracken también descorrió el velo que ocultaba otro rincón sombrío en la vida de Hellman: su afán de dinero. Siempre había sido avara, y la propensión creció con la edad. La mayoría de sus litigios habían tenido un objetivo

²³ Wright, pág. 395.

financiero. Cuando Hammett murió, inicio una relación con un hombre rico de Filadelfia, Arthur Cowan. Él la aconsejaba sobre sus inversiones. También la instruyó acerca de un turco para conseguir los derechos de autor de Hammett, que el gobierno de Estados Unidos retenía por sus impuestos impagados. Como entraba muy poco por los derechos, Cowan convenció al gobierno de que subastaran los derechos, con una base de 5.000 dólares. Hellman también convenció a las hijas de que aceptaran la venta, diciéndoles, lo que era falso, que de otra manera ellas serían responsables de las deudas de Hammett. Cowan y Hellman fueron los únicos interesados, cada uno por 2.500 dólares, y consiguieron los derechos. Hellman empezó entonces a hacer trabajar esta propiedad literaria enérgicamente y pronto comenzaron a entrarle cientos de miles de dólares: 250.000 dólares por la adaptación a la televisión de tan sólo una historia de Hammett. Cuando Cowan murió a su vez, no dejó testamento, según la versión de Hellman en *Pentimento*. McCracken estableció que en realidad había dejado un testamento, y que no le dejaba nada a Hellman, sugiriendo que se habían peleado antes de la muerte de Cowan. Pero es evidente que Hellman convenció a la hermana de Cowan de que su intención había sido que su parte de los derechos de Hammett le quedaran a ella, y la hermana escribió una carta en la que se los cedía. De esta manera Hellman gozó de los derechos de Hammett, cada vez más valiosos, in toto hasta su muerte, y sólo entonces dejó algo en su testamento a las empobrecidas hijas de Hammett.²⁴

Hellman murió el 3 de julio de 1982, el mes de la publicación del artículo de McCracken. Para ese entonces, su mundo de fantasía, sobre el que había construido su reputación, se estaba derrumbando a sus pies. Después de haber sido la agresiva reina de la izquierda radical, había pasado a estar a la defensiva en todo. Sin embargo, los héroes o heroínas intelectuales no se destruyen con tanta facilidad. Tal como los campesinos italianos siguen ofreciendo regalos y presentando peticiones a sus santos favoritos muchos después de que hasta su misma existencia ha sido denunciada como un invento, los amantes del progreso también se aferran a sus ídolos, a pesar de sus pies de barro. Pese a que el comportamiento monstruoso de Rousseau se conoció bien, aun en vida, los adoradores de la razón acudieron a su santuario e institucionalizaron el mito de su bondad. Ninguna revelación sobre la conducta personal o la deshonestidad pública de Marx, por bien documentada que esté, parece haber perturbado la fe de sus adictos en su rectitud. La larga declinación de Sartre y la implacable fatuidad de sus últimas opiniones no evitaron que 50.000 conocedores parisinos asistieran a su entierro. El entierro de Hellman en Marthas's Vineyard también tuvo una gran asistencia de gente.

Entre los notables de la izquierda liberal que fueron a rendirle homenaje estaban Norman Mailer, James Reston, Catherine Graham, Warren Beatty, Jules Feiffer, William Styron, John Hersey y Carl Bernstein. Dejó casi cuatro millones de dólares, que en su mayoría fueron a dos fideicomisos. Uno fue el Fondo Dashiell Hammett, destinado a conceder subsidios, "guiado por las opiniones políticas, sociales y económica, que naturalmente eran radicales, del desaparecido Dashiell Hammett, que creía en las doctrinas de Kart Marx". Pese a todas las revelaciones y denuncias, y a las pruebas de tantas mentiras, la industria del mito Lillian Hellman siguió su curso serenamente. En enero de 1986, a los dieciocho meses de su muerte, el estreno de la obra hagiográfica de Lillian, en Nueva York, fue muy concurrido. Al terminar la década del ochenta, todavía se han encendido lámparas votivas a la diosa de la razón y se han dicho misas laicas. ¿Llegará por fin Lillian Hellman a ser enterrada en una decente oscuridad como su héroe Stalin, o permanecerá con sus fábulas y todo lo demás, como un símbolo de la lucha del pensamiento progresista? Veremos. Pero la experiencia de los últimos

²⁴ Ver Wright, págs. 295-98, 412-13.

doscientos años sugiere que todavía queda mucha vida, y mentiras, en la vieja muchacha.

CAPÍTULO 13

LA HUIDA DE LA RAZÓN

Finalizada la Segunda Guerra Mundial hubo un cambio significativo en la intención predominante entre los intelectuales laicos, un desplazamiento de énfasis del utopismo al hedonismo. El desplazamiento comenzó lentamente al principio, y luego tomó velocidad. La mejor forma de estudiar sus orígenes es observando las opiniones y relaciones de tres escritores ingleses, todos ellos nacidos en 1903; George Orwell (1903-50), Evelyn Waugh (1903-66) y Cyril Connolly (1903-74). Se les podría describir como el Viejo Intelectual, el Antiintelectual y el Nuevo Intelectual. Waugh inició una cauta amistad con Orwell sólo cuando este último ya estaba afectado por una enfermedad mortal. Waugh y Connolly se conocían desde sus años de escolares. De hecho, Connolly, que sentía que de los tres él era el fracasado, escribió un pareado autocompasivo en un ejemplar de *Virgilio* que dio al crítico teatral T.C. Worsley:

*En Eton con Orwell, en Oxford con Waugh
No fue nadie después y nadie antes.¹*

Pero esto estaba lejos de ser cierto. En algunos sentidos iba a resultar el más influyente de los tres.

Orwell, a quien veremos primero, fue un casi clásico del Viejo Intelectual en el sentido de que para él un compromiso político con un futuro utópico, socialista, era claramente un sustituto de un idealismo religioso en el que no podía creer. Dios para él no podía existir. Depositó su fe en el hombre pero, al observar el objeto de su fe demasiado detenidamente, la perdió. Orwell, cuyo nombre era Eric Blair, venía de una familia de constructores menores del imperio y tenía aspecto de tal. Era alto, enjuto, con el pero corto hacia atrás y a los lados y un bigote estrictamente recortado. Su abuelo paterno pertenecía al ejército de la India; su abuelo materno comerciaba con madera de teca en Birmania. Su padre trabajaba en el Departamento de Opio de la administración pública de la India. Él y Connolly fueron a la misma escuela privada de buen tono, y luego ambos asistieron a Eton. Recibió esta educación cara porque, como Connolly, era un chico inteligente del que se esperaba consiguiera becas y aumentara la reputación de la escuela. En realidad ambos muchachos escribieron después relatos sobre la escuela, entretenidos pero devastadores, que la perjudicaron.² El ensayo de Orwell, “Esos, esos eran los encantos”, es poco característico de él por lo exagerado, y hasta resulta mendaz. A. S. F. Gow, su tutor en Eton, que conocía bien la escuela privada, creía que Orwell había sido convencido con malas artes por Connolly de escribir esta acusación injusta.³ En ese caso fue la única vez que Connolly persuadió a Orwell de embarcarse en una acción inmoral, en especial una que implicaba mentir. Como observó Víctor Gollancz con dientes apretados, Orwell era dolorosamente veraz.

Orwell se incorporó a la policía de la India después de dejar Eton, y sirvió durante cinco años, 1922-27, Cumpliendo sus funciones conoció el aspecto más desagradable

¹ Citado en David Pryce-Jones, Cyril Connolly: *Diaries and Memoir* (Londres, 1938) pág. 292

² Ensayo de Orwell, “*Duch , Duch Were the Joys*” publicado primero en *Partisan Review*, setiembre-octubre de 1952; reimpresso en George Orwell, *Collected Essays, Journalism and Letters* (4 vol. Harmondsworth edición de 1978), Vol. IV, págs. 379-422. la versión de Connolly está en *Enemies of Promise* (Londres, 1938).

³ Gow hizo esta acusación en una carta al *Sunday Times* en 1967; citado en Pryce -Jones

del imperialismo, los ahorcamientos y los azotes, y encontró que no lo podía soportar. De hecho, sus dos brillantes ensayos “*Un ahorcamiento*” y “*Disparándole a un elefante*”, quizás hicieron más por minar el espíritu imperial en Gran Bretaña que cualquier otro escrito.⁴ Volvió a Inglaterra con licencia, renunció al servicio, y decidió ser escritor. Escogió el nombre “George Orwell” después de considerar varias alternativas, P.S. Burton, Kenneth Miles y H. Lewis Allways entre otros.⁵ Orwell era un intelectual en el sentido de que cría, al menos cuando era joven, que se podía remodelar el mundo con el poder del intelecto. Pensaba, pues, en términos de ideas y conceptos, pero su naturaleza, y quizá su entrenamiento como policía, le dotaron de un interés apasionado por la gente. Ciertamente su instinto de policía le dijo que las cosas no eran lo que parecían, y que sólo la investigación y el examen minucioso revelarían la verdad.

De ahí que, a diferencia de muchos intelectuales, Orwell se embarcó en su carrera de socialista idealista estudiando de cerca la vida de la clase trabajadora. En esto tenía algo en común con Edmund Wilson, que compartía su pasión por la verdad exacta. Pero fue mucho más persistente que en cuanto a tratar de conocer a “los trabajadores” y durante muchos años esta búsqueda de la experiencia fue el tema central de su vida. Primero alquiló una vivienda en Notting Hill, entonces un barrio bajo de Londres.

Luego en 1929, trabajó en París como lavaplatos y peón de cocina. Pero enfermó de neumonía-sufría una debilidad crónica pulmonar, que lo mató a los cuarenta y siete años- y la aventura terminó con una estancia en un hospital de caridad en París, un episodio descrito con todo su horror en *Down and Put in Paris and London* (Sin dinero en París y Londres), en 1933. A continuación vivió con vagabundos y recolectores de lúpulo, fue pensionista de una familia obrera en Wigan, ciudad industrial de Lancashire, y tuvo una tienda en un pueblo. Todas estas actividades tenían un propósito: “Sentía que tenía que escapar, no simplemente del imperialismo, sino de toda forma de dominio del hombre sobre el hombre. Quería sumergirme, hundirme entre los oprimidos, ser uno de ellos y estar de su lado contra los tiranos.”⁶

Por eso, cuando en 1936 estalló la Guerra Civil Española, Orwell no sólo prestó apoyo moral a la república, como hizo más del 90 por ciento de los intelectuales occidentales, sino que –a diferencia de virtualmente todos ellos, realmente luchó por ella. Más aun, quiso la suerte que luchara por ella en el sector del ejército republicano que llegaría a ser el más oprimido y martirizado, la milicia (POUM) anarquista. Esta experiencia resultó crítica para el resto de su vida. Típicamente, Orwell quería primero ir a España y ver la situación por sí mismo, antes de decidir qué hacer al respecto. Pero llegar a España era difícil, y de hecho la entrada estaba controlada por el partido comunista. Orwell se dirigió primero a Víctor Gollancz, que lo puso en contacto con John Strachey. Strachey a su vez le envió a Harry Pollitt, el jefe del partido comunista. Pero Pollitt se negaba a darle a Orwell una carta de recomendación a menos que antes aceptara unirse a la Brigada Internacional, controlada por el partido comunista. Orwell se negó, no porque tuviera algo en contra de la brigada (de hecho el año siguiente, en España, trató de unirse a ella), sino porque hubiera eliminado sus posibilidades de elección antes de haber examinado los hechos. De modo que se dirigió a la facción de izquierda conocida como Partido Laborista Independiente. Le hicieron llegar a Barcelona y le pusieron en contacto con los anarquistas, y fue así como se unió a la milicia POUM. Barcelona le impresionó, “una ciudad en la que la clase trabajadora tenía las riendas”, y más todavía por la vida en la milicia, en la que “muchas de las motivaciones de la vida civilizada –esnobismo, el afán por el dinero, miedo al patrón-

⁴ Ambos reimpresos en Orwell, *Collected Essays*

⁵ Orwell, *Collected Essays*, vol. I pág. 106

⁶ Orwell *The Road to Wigan Pier* (Londres, 1937), pág. 149.

sencillamente habían dejado de existir. La habitual división de la sociedad en clases había desaparecido en una medida tal que resultaba impensable en la atmósfera infectada por el dinero de Inglaterra.⁷ El combate, en el que resultó herido, fue para él en cierto modo una experiencia estimulante, y escribió una carta en tono de ligero reproche a Connolly, que había inspeccionado la guerra, como la mayoría de los intelectuales, con carácter de turista “interesado”. “Lástima que no hayas llegado hasta nuestra Posición a verme cuando estuviste en Aragón. Me hubiera gustado darte té en una trinchera.”⁸ Orwell describió la milicia en servicio activo como “una comunidad en la que la esperanza era más común que la apatía o el cinismo, en la que la palabra “camarada” significaba camaradería y no, como en la mayoría de los países, “embustes”. Allí “nadie buscaba ventajas”, había “escasez de todo, pero ningún privilegio y nada de servilismo

Lo consideró “un anticipo tosco de lo que podrían ser las etapas iniciales del socialismo”. En conclusión, escribió a Inglaterra, “he visto cosas maravillosas, y por fin creo realmente en el socialismo, lo que nunca me había ocurrido antes.”⁹

Sin embargo, a continuación vino la experiencia devastadora de la purga de los anarquistas llevada a cabo por el partido comunista siguiendo órdenes de Stalin. Miles de los camaradas de Orwell fueron sencillamente asesinados o puestos en prisión, torturados y ejecutados. El mismo tuvo suerte de escapar con vida. Casi igualmente esclarecedora le resultó la dificultad que encontró, al regresar a Inglaterra, para conseguir que se publicara su relato de estos hechos tremendos. Ni Victor Gollancz, en el *Left Book Club* (Club del libro de izquierdas), ni Kingsley Martin, en el *New Statesman* (las dos instituciones principales por las que se mantenía informada a la opinión progresista en Gran Bretaña) le permitían decir la verdad. Se vio obligado a recurrir a otra parte. Orwell siempre había antepuesto la experiencia a la teoría, y estos hechos demostraron lo acertado que había estado. La teoría enseñaba que la izquierda en el ejercicio del poder se comportaría con justicia y respetaría la verdad. La experiencia le demostró que la izquierda era capaz de llegar a un grado de injusticia y crueldad de un género hasta entonces desconocido, comparable sólo con los crímenes monstruosos de los nazis, y que estaba dispuesta a suprimir ansiosamente la verdad en aras de la verdad superior que sostenía. La experiencia, confirmada por lo que ocurrió en la Segunda Guerra Mundial, donde se confundieron todos los valores y lealtades, también le enseñó que, en la realidad concreta, los seres humanos importaban más que las ideas abstractas; era algo que siempre había sentido. Orwell nunca abandonó del todo su creencia de que se podía construir una sociedad mejor por la fuerza de las ideas, y en este sentido siguió siendo un intelectual. Pero el eje de su ataque giró de la sociedad existente, tradicional y capitalista, a las utopías fraudulentas con las que intelectuales como Lenin habían buscado remplazarla. Sus dos libros mayores *Animal Farm* (Rebelión en la granja), de 1945, y *Nineteen Eighty-Four* (Mil novecientos ochenta y cuatro), de 1949, eran en lo esencial análisis críticos de abstracciones llevadas a la práctica, del control totalitario sobre cuerpo y mente que una utopía corporizada exigía y, tal como lo expresó, “de las perversiones a las que es propensa una economía centralizada.”¹⁰

Semejante cambio de énfasis necesariamente llevó a Orwell a adoptar una opinión extremadamente crítica sobre los intelectuales en cuanto tales. Eso concordaba bien con su temperamento, que podría ser descrito como militar antes que bohemio. Su obra está

⁷ Orwell, *Homage to Catalonia* (Londres, 1937), pág. 102.

⁸ Citado en Pryce -Jones. Pág. 282.

⁹ Orwell, *Collected Essays*, vol. I, pág. 269

¹⁰ Orwell, *Collected Essays*, Vol. IV, pág. 503.

salida con apartes tales como (referido a Ezra Pound) “uno tiene derecho a esperar que hasta un poeta tenga una decencia corriente”. En efecto, era un axioma suyo que los pobres, la gente “corriente”, tenían un sentido más fuerte de lo que él llamaba “decencia común”, un mayor apego a virtudes simples como la honradez, la lealtad y la veracidad que los muy educados.

Cuando murió en 1950 su punto de arribo político último no resultaba claro, y aún se le clasificaba vagamente como un intelectual de izquierdas. A medida que creció su fama la izquierda y la derecha se lo disputaron, y siguen haciéndolo. Pero en los cuarenta años transcurridos desde su muerte se le ha utilizado cada vez más como un palo con que golpear los conceptos intelectuales de la izquierda. Los intelectuales más solidarios con su clase hace tiempo que le han reconocido como un enemigo. Es así como Mary McCarthy, a veces confundida en cuanto a sus propias ideas políticas, pero decididamente poseedora de una conciencia de casa, en su ensayo sobre Orwell le trata con severidad: Orwell era “conservador por temperamento, tan contrario como un coronel retirado o un trabajador a los extremos en materia de conducta, vestimenta o pensamiento”. Era “un filisteo incipiente. En verdad era un filisteo”. Su socialismo era “una idea improvisada no analizada, pura palabrería”. Su persecución de los stalinistas fue en ocasiones “simplemente producto de antipatía personal”. Su “fracaso político... fue un fracaso de pensamiento”. De haber vivido, más tiempo seguramente se habría desplazado hacia la derecha, de modo que “para él probablemente morir fue una bendición”.¹¹ (Esta última idea -mejor muerto que anticomunista- es un ejemplo notable del orden de prioridades de los intelectuales arquetípicos).

Una razón de por qué los intelectuales profesionales se distanciaron de Orwell fue su creciente convencimiento de que, si bien era correcto seguir buscando soluciones políticas, “así como un médico debe tratar de salvar la vida de un paciente que probablemente va a morir”, debíamos comenzar “por reconocer que el comportamiento político es en gran medida no racional”, y por lo tanto en principio resistente a la clase de soluciones que los intelectuales habitualmente buscaban imponer.¹² Pero mientras que para los intelectuales Orwell se volvía sospechoso, los de la secta contraria (los hombres de letras, pos así llamarlos) tendían a entusiasmarse con él. Evelyn Waugh, por ejemplo, nunca fue un hombre que subestimase la importancia de lo irracional en la vida. Comenzó a cartearse con Orwell y le visitó en el hospital; de haber vivido éste su amistad bien podría haber florecido. Lo primero que los unió fue un deseo común de que P.G. Wodehouse, un autor a quien admiraban, no fuera perseguido por sus imprudentes programas de radio durante la guerra (que comparados con los de Ezra Pound eran completamente inocuos). Este fue un caso en que los dos hombres insistieron en que a una persona individual debe dársele precedencia sobre el concepto abstracto de la justicia ideológica. Waugh rápidamente vio en Orwell a un desertor potencial de las filas de la intelectualidad. Anotó en su diario el 31 de agosto de 1945: “Cené con mi primo comunista, Claud (Cockburn), que me previno contra la literatura trotskista, de modo que leí y disfruté mucho *Rebelión en la Granja*, de Orwell”,¹³ de igual manera reconoció la fuerza de *Mil novecientos ochenta y cuatro*, aunque le pareció poco creíble que el espíritu religioso no hubiese sobrevivido para tomar parte en la lucha contra la tiranía descrita por Orwell. En su última carta a Orwell, del 17 de julio de 1949, le argumentó esta cuestión, y añadió: “Mira cuánto me ha entusiasmado su libro que corro el riesgo de predicar un sermón.”¹⁴

¹¹ Mary McCarthy, *The Writing on the Wall and other Leteracy Essays* (Londres, 1970) págs. 153-71

¹² Orwell, *Collected Essays* (edición de 1970) vol. IV, págs. 248-49

¹³ Michael Davie (ed.), *The Diaries of Evelyn Waugh* (Londres, 1976) págs. 633.

¹⁴ Mark Amory (ed.), *The Letters of Evelyn Waugh* (Londres, 1980), pág. 302.

Lo que Orwell llegó a aceptar de mala gana y tardíamente -el fracaso del utopismo debido a la irracionalidad esencial del comportamiento humano- Waugh lo había sostenido ruidosamente durante la mayor parte de su vida adulta. En efecto, ningún gran escritor, ni siquiera Kipling, hizo jamás una presentación más clara de la posición antiintelectual. Waugh, como Orwell creía en la experiencia personal, en ver por sí mismo, en cuanto opuesta a la imaginación teórica. Vale la pena notar que, aunque a diferencia de Orwell, no buscó deliberadamente vivir con los oprimidos, era un viajero empedernido, yendo a menudo por regiones remotas y difíciles. Había visto muchos hombres y presenciado muchos acontecimientos y tenía un conocimiento práctico a la vez que novelesco del mundo. Cuando escribía sobre temas serios también tenía un respeto poco usual por la verdad. Su único trabajo declaradamente político, una descripción del régimen revolucionario mejicano llamado *Robbery under the Law* (Robo protegido por la ley), de 1939, estaba precedido por una advertencia a los lectores. Dejó bien en claro cuáles eran exactamente sus credenciales para escribir sobre el tema, y lo insuficientes que le parecían. Les llamó la atención sobre libros escritos por otros que sostenían ideas distintas de las suyas, y los previno contra formarse una opinión definitiva sobre lo que ocurría en Méjico basándose exclusivamente sobre su relato. Subrayó que la literatura “comprometida” le resultaba lamentable. Muchos lectores, dijo, “aburridos del privilegio de tener una prensa libre”, habían decidido “imponerse a sí mismos una censura voluntaria” formando clubes de libros (tenía en mente el Club del libro de Izquierdas de Gollancz) a fin de poder estar completamente seguros de que todo lo que lean estará escrito con la intención de confirmar sus opiniones previas. Por eso, para ser leal a sus lectores, a Waugh le pareció correcto presentar un resumen de sus propias creencias.

Dijo que era conservador, y todo lo visto en Méjico había reafirmado sus convicciones. El hombre era, por naturaleza, “un exiliado, y nunca llegará a ser autosuficiente o completo en esta tierra”. Pensaba que las posibilidades del hombre de alcanzar la felicidad no se “veían muy afectadas por las condiciones políticas y económicas en que se vive”, y que los cambios súbitos en la situación del hombre generalmente empeoran las cosas “y son propugnados por gente inadecuada y por razones incorrectas”. Creía en el gobierno: “los hombres no pueden vivir juntos sin reglas” pero estas “deberían mantenerse estrictamente dentro del mínimo compatible con la seguridad”. “Ninguna forma de gobierno dispuesta por Dios” era “mejor que otra” y “los elementos anárquicos dentro de la sociedad” eran tan fuertes que resultaba “un trabajo permanente mantener la paz”. Las desigualdades en cuanto a riqueza y posición social eran “inevitables” y por lo tanto “carece de sentido hablar sobre las ventajas de su eliminación”. De hecho los hombres “se ordenan naturalmente en un sistema de clases”, que resulta “necesario para cualquier trabajo hecho en cooperación”. La guerra y la conquista asimismo eran inevitables.

El arte también era una función natural del hombre, y “es un hecho” que la mayor parte del gran arte había sido producido “bajo sistemas de tiranía política” pese a que “no creo que tenga conexión con algún sistema en particular”. Finalmente, Waugh dijo que era un patriota en el sentido de que, si bien no pensaba que la prosperidad británica fuera necesariamente perjudicial para nadie, si en ocasiones resultaba serlo, entonces “quiero que Inglaterra prospere y no sus rivales”.

Waugh describía así a la sociedad tal como era y debe ser, y su reacción ante ella. Por cierto tenía una visión personal, idealizada; pero siendo un antiintelectual no tenía inconveniente en admitir que era irrealizable. Su sociedad ideal, tal como la describe en una introducción a un libro publicado en 1962, tenía cuatro órdenes. En la cúspide estaba “la fuente del honor y la justicia”. Inmediatamente debajo había hombres y

mujeres que desempeñan cargos para los que son designados desde arriba, y son los custodios de la tradición, la moral y la elegancia”. Debían estar “preparados para el sacrificio” pero estaban protegidos de “las infecciones de la corrupción y la ambición por la posesión hereditaria”; eran “los que alimentan las artes, los censores de las costumbres”. Debajo de ellos estaban “las clases de la industria y el saber”, educados desde la infancia “en hábitos de probidad”. Por último, estaban los trabajadores manuales, “orgullosos de sus técnicas y ligados a aquellos por encima suyo por la lealtad común al monarca”. Waugh terminaba afirmando que la sociedad ideal era autoperpetuante: “por lo general un hombre es más apto para aquellas tareas que ha visto realizar a su padre”. Pero semejante ideal “nunca ha existido en la historia ni existirá jamás” y “cada año nos alejábamos cada vez más” de él. Pese a todo no era un derrotista. Decía que no creía en limitarse a deplorar el espíritu de la época y luego inclinarse ante él: “porque el espíritu de la época son los espíritus de aquellos que la componen, y cuanto más fuertes sean las expresiones de disidencia con la moda prevaleciente, mayor será la posibilidad de desviarla de su curso ruinoso”.¹⁵

Waugh constantemente y con toda su capacidad, que no era poca, estuvo en “disidencia con la moda prevaleciente”. Pero, dadas sus opiniones, naturalmente nunca participó en la actividad política como tal. Como él mismo expresó: “No aspiro a aconsejar a mi soberana sobre la elección de sus servidores”¹⁶ No sólo evitó la política él mismo, sino que lamentó el hecho de que tantos de sus amigos y contemporáneos, y no en menor medida Connolly, sucumbieron al espíritu de la época de la década del treinta y traicionaran a la literatura al politizarse. Connolly fascinaba a Waugh. Le introdujo, de un modo u otro, en muchos de sus libros, y anotaba los de Connolly con observaciones marginales airadas y penetrantes. ¿Por qué esta interés? Había dos razones. Primero Waugh pensaba que Connolly merecía su atención por su ingenio brillante y porque al escribir era capaz de producir “frase tras frase como salidas de las manos de un lapidario, deliciosos ejercicios en la parodia, buena narrativa, metáforas luminosas” y a veces “de memorable originalidad”.¹⁷ Sin embargo al mismo tiempo Connolly carecía de un sentido de la estructura (o arquitectura, como prefería llamarla Waugh) literaria, así como de una energía sostenida, y por lo tanto era incapaz de producir un libro mayor.

A Waugh esta incongruencia le resultó de gran interés. En segundo lugar, y sin embargo más importante, Waugh vio a Connolly como el espíritu representativo de los tiempos, y en consecuencia, para ser observado como se hace con un pájaro poco común. En su ejemplar del libro de Connolly *The Unquiet Grave* (La tumba inquieta), que ahora se entra en el *Humanities Research Center* de la universidad de Tejas en Austin, hizo muchas notas sobre el carácter de Connolly. Era “el hombre más típico de mi generación”, con su “auténtica falta de erudición”, su “amor por el ocio y la libertad y la buena vida”, su “esnobismo romántico”, “desaprovechamiento y desesperanza” y “gran don para la expresión”. Pero “estaba trabado por la pereza” y le perjudicaban sus características irlandesas; por más que tratara de ocultarlo era “el muchacho irlandés, el inmigrante, nostálgico, mal vestido y avergonzado, rebosando diversión en la taberna, con una cita a flor de labios, temeroso de las brujas, temerosos del sacerdote de los pantanos, orgulloso de sus travesuras”, “tenía la creencia profundamente arraigada de los irlandeses de que sólo hay dos realidades: el infierno y los EEUU”.¹⁸ En la década del treinta lamentaba el hecho de que Connolly escribiera sobre “la historia literaria

¹⁵ Evelyn Waugh, Introducción a T.A. Macherny, *The Private Man* (Nueva York, 1962)

¹⁶ Simposio preelección, *Spectator*, 2 de octubre de 1959.

¹⁷ Evelyn Waugh, crítica de *Enemies of Promise*, *Tablet*, 3 de diciembre de 1938, reimpresso en Donat Gallagher (ed.), *Evelyn Waugh: A Little Order: A Selection from his Journalism* (Londres, 1977) págs. 125-27.

reciente” no en términos de escritores que emplean y exploran sus talentos “cada uno a su propia manera”, sino como “una serie de desplazamientos, trabajos de zapa, bombardeos y envolvimientos, o delincuencia partidaria y fraude electoral. Quizá sea el irlandés que hay en él”. Le culpó severamente por “rendirse” a “las garras” del compromiso, “el frío y malsano pozo de la política en el que todos sus jóvenes amigos han caído como por un tobogán”. Pensaba que eso era “un triste final para tanto talento; el más insidioso de todos los enemigos de la promesa”.¹⁹ Pensó que la obsesión de Connolly con la política no podía durar. Era capaz de cosas mejores, o al menos de otras cosas. Pero de todos modos, ¿cómo podía alguien como Connolly aconsejar a la humanidad sobre cómo manejar sus asuntos?

¡Cómo, en efecto! Sin ser en ningún sentido un mal hombre, Connolly presentaba en un grado poco usual las debilidades morales y características del intelectual. En primer lugar, sin bien profesaba el igualitarismo (al menos entre 1930 y 1950, cuando estuvo de moda), fue durante toda su vida un esnob. “Nada me enfurece más que ser tratado como un irlandés”, se quejaba, y señalaba que Connolly era el único apellido irlandés de entre los de sus ocho bisabuelos. Venían de una familia de militares y marinos de carrera. Su padre fue un oficial del ejército mediocre, pero el padre de este había sido almirante, y su tía condesa de Kingston. En 1953, en un perfil anónimo publicado en el *New Statesman*, el crítico John Raymond señaló que Connolly había adulterado detalles de su biografía en *Enemies of Promise* (Enemigos de la promesa). Mientras la edición original de 1938 (y por lo tanto “proletaria) había eliminado toda referencia a sus vínculos con personas distinguidas y terratenientes, estos fueron resucitados en la edición revisada de 1948, época en la que las modas intelectuales habían cambiado.

Raymond hizo notar que Connolly siempre “daba en el blanco” en cuanto a percibir correctamente esas “tendencias culturales”: “Nadie conoce mejor las poses, trapacerías y trucos de la literatura inglesa de este último cuarto de siglo.”²⁰

El esnobismo comenzó pronto. Al igual que muchos intelectuales destacados, como Sartre, Connolly fue hijo único. Su madre, que le adoraba, le llamaba Sprat. Consentido, egocéntrico y un inútil para los juegos, el internado le resultó duro. Sobrevivió, en primer lugar por su servilismo entusiasta hacia los chicos de buena cuna. “Este curso”, escribió exultante a su madre, “tenemos una cantidad bárbara de nobleza... Un príncipe de Siam, el nieto del conde de Chelmsford, el hijo del vizconde Malden, que es hijo del conde de Essex, otro nieto de un lord y el sobrino del obispo de Londres.”²¹ Su segundo instrumento de supervivencia fue el ingenio. Como Sartre, descubrió rápidamente que la inventiva intelectual, en especial la capacidad para hacer reír a los otros chicos le proporcionaba cierta aceptación renuente. Más adelante notó que “la noticia corría: “Connolly está haciendo reír” y “pronto tenía una multitud alrededor”. Como bufón de la corte para los chicos más poderosos, a Connolly le fue bien hasta en Eton, aunque allí se extendió al campo de la sabiduría: “Me estoy convirtiendo en todo un Sócrates para los alumnos de los primeros años del Colegio.” Conocido como “el que recibió la patada de una mula en la cara”, Connolly usó sus dotes intelectuales para ingresar en “Pop”, el codiciado grupo de debates, a lo que como es natural siguió una beca para Oxford. Su contemporáneo Lord Jesel le dijo: “Bueno, tienen una beca para Balliol y estás en Pop...sabes que no sorprendería que no hicieras nada más en el resto de tu vida.”

¹⁸ Estas notas marginales están analizadas en el artículo de Alan Bell, “*Waugh Drops the Pilot*”, *Spectator*, 7 de marzo de 1954

¹⁹ *Tablet*, 3 de diciembre de 1939.

²⁰ “*The joker in the Pack*”, *New Statesman*, 13 de marzo de 1954.

²¹ Citado en Pryce-Jones, pag. 29

Connolly sabía que corría el espantoso peligro de que esta predicción se convirtiera en realidad. Siempre fue muy perspicaz en lo que se refería a sí mismo, como respecto a los demás. Pronto se dio cuenta de que era un hedonista por naturaleza; describía su meta no tanto como la perfección, sino “la perfección en la felicidad”. Pero ¿cómo podría ser feliz si, no habiendo heredado dinero, se veía obligado a esforzarse? Waugh tuvo razón cuando señaló su pereza. El propio Connolly confesó “esa pereza que me ha incapacitado”. En Oxford trabajó muy poco y salió tercero. Luego consiguió un empleo descansado como amanuense del rico escritor Logan Pearsall Smith, que le asignó unas pocas tareas y le pagaba un sueldo de 8 libras semanales, muy alto en esa época. Smith había esperado un Boswell, pero estaba destinado a una desilusión, ya que actuar como un Boswell requiere una asiduidad enérgica. Además Connolly se casó pronto con Jean Bakewell, una mujer de buena situación que tenía una renta de 1.000 libras anuales. El parece que la quiso pero fue una pareja demasiado egoísta como para tener un hijo. En París hubo un aborto chapucero que obligó a Jean a hacerse otra operación, que significó que nunca podría tener hijos; afectó sus glándulas, aumentó mucho de peso y su marido perdió interés en ella. Connolly no parece que llegara nunca a adquirir una actitud madura hacia las mujeres. Confesaba que para él el amor tomaba la forma del “exhibicionismo del hijo único”. Significaba “un deseo de poner mi personalidad a los pies de alguien como un cachorro deposita una pelota babeada.”²²

Mientras tanto el dinero de Jean bastaba para eliminar la necesidad de un empleo. Los diarios de Connolly, que llevó de 1928 a 1937, registraban las consecuencias: “Mañana ociosa.” “Mañana terriblemente ociosa, almuerzo alrededor de las dos” “Estoy echado en el sofá tratando de imaginar una espesa franja amarilla de sol desparramada sobre una pared blanca.” “Demasiado ocio. Con tanto ocio uno se apoya con fuerza sobre todos y todo, y la mayoría cede.”²³

En realidad, Connolly no estaba tan ocioso como quería hacer creer. Completó su aguda crítica de las modas literarias, *Enemies of Promise* que, cuando por fin se publicó en 1938, resultó ser uno de los libros más influyentes de la década. Sugería que tenía un raro don para liderar por lo menos a los intelectuales más gregarios de su generación. Cuando estalló la guerra española se politizó debidamente e hizo tres visitas a España; como el Grand Tour, era obligatorio entre los intelectuales de cierta clase, el equivalente a cerebral de la caza mayor. Connolly tenía la necesaria carta de autorización de Harry Pollit, que resultó útil en Parcelan cuando arrestaron a su compañero, W. H. Auden, por orinar en los jardines públicos de Monjuich, un delito grave en España.²⁴

Las versiones de Connolly de estas visitas, en su mayoría en *New Statesman*, son agudas y constituyen un contraste refrescante con el gris oscuro de la prosa comprometida que la mayoría de los otros intelectuales producían entonces. Pero muestran el esfuerzo que debía hacer para cumplir con su deber de hombre de izquierdas. “Pertenezco”, decía de sí mismo, “a una de las generaciones menos políticas que el mundo haya visto más... preferiríamos ir a la iglesia antes que a una reunión política.” Los “más realistas” de entre ellos (dio como ejemplo a Evelyn Waugh y Kenneth Clark) habían comprendido que “el tipo de vida que llevaban dependía de una cooperación estrecha con la clase gobernante”. El resto había “vacilado” hasta que estalló la guerra española: “se han convertido (ahora) en seres políticos enteramente, creo, a través de los asuntos exteriores”. Pero enseguida anotó que muchos en la izquierda habían sido motivados por el afán de promover sus carreras o porque “odiaban

²² Citado en Pryce-Jones, pag. 40

²³ Pryce-Jones, pags. 131-133-246.

²⁴ Cyril Connolly, “*Some Memories*”, en Stephen Spender (ed.). *W.H. Auden: A Tribut* (Londres, 1975) pág. 70

al padre o eran desgraciados en la escuela o les insultaban en la Aduana o estaban preocupados por el sexo”.²⁵ Llamó la atención enfáticamente a la importancia del mérito, literario tanto como político, y elogió al Axel’s Castle de Edmund Wilson como “el único libro de crítica de izquierdas que acepta pautas estéticas además de las económicas”.²⁶

Lo que Connolly estaba sugiriendo era que la literatura politizada no funcionaba. A su debido tiempo, en cuanto no fue peligroso desde el punto de vista intelectual, proclamó abiertamente la muerte del “compromiso”. En octubre de 1939 un admirador adinerado, Meter Watson, ideó el papel perfecto para Connolly: director de una revista mensual de la nueva literatura, *Horizon*, cuya finalidad específica fue defender la excelencia literaria frente al espíritu de guerra que invadía todo. Desde el principio tuvo un éxito llamativo y confirmó la posición de Connolly como uno de los principales agentes de poder entre la intelectualidad.

Para 1943 sintió que podía permitirse olvidar los años treinta como un error: “La literatura más típica de esos diez años fue la política, y falló en ambos sentidos, porque no cumplió sus propósitos políticos y no produjo ninguna obra de mérito duradero.”²⁷ En cambio, Connolly inició el proceso de remplazar la búsqueda intelectual de la utopía por la adopción de un hedonismo ilustrado. Lo hizo desde las columnas de *Horizon* y en otro libro muy influyente, una colección de pensamientos escapistas sobre el placer, *The Unquiet Grave* (La tumba inquieta), de 1944. En su juventud Connolly había descrito su ideología como la “búsqueda de la perfección en la felicidad”; en la década proletaria de los treinta la había llamado “materialismo estético”; ahora era “la defensa de las pautas civilizadas.”

Sin embargo, en junio de 1946, cuando la guerra había terminado, Connolly abordó la tarea de definir su programa en detalle en un editorial de *Horizon*.²⁸ Fue típico que fuera el perspicaz Evelyn Waugh el que llamó la atención a esta declaración. Había estado siguiendo lo que Connolly hacía con mucha atención, pese a todas las distracciones del tiempo de la guerra; más adelante, en su trilogía *Sword of Honour* (Espada de honor) presentaría un retrato satírico de Connolly bajo el nombre de Everad Spruce, de su revista bajo el título de *Survival* (Supervivencia) y de sus bonitas ayudantes intelectuales (en la vida real Lys Lubbock, que compartía la cama con Connolly y Sonia Bronwell, que fue la segunda señora Orwell), como Frankie y Coney. Ahora llamó la atención de los lectores católicos del *Tablet* a la demasia del programa de Connolly.²⁹ Esta lista de diez objetivos, descritos por Connolly como “los principales indicadores de una sociedad civilizada”, era la siguiente: 1) abolición de la pena de muerte; 2) reforma penal, prisiones modelo y rehabilitación de los prisioneros; 3) eliminación de los barrios bajos y “ciudades nuevas”; 4) luz y calefacción subsidiadas y “provisitas gratis como el aire”; 5) medicinas gratis, subsidios para alimentos y ropa; 6) abolición de la censura, de modo que cualquiera pueda escribir, decir y representar lo que quiera, abolición de las restricciones a los viajes y del control de cambios, final de la intervención de teléfonos o de la formación de expedientes sobre personas conocidas por sus opiniones heterodoxas; 7) reforma de las leyes contra los homosexuales y el aborto, y de las leyes de divorcio; 8) limitaciones a la propiedad de inmuebles, derechos para los niños; 9) conservación de las bellezas arquitectónica y naturales y subsidios para las artes; 10) leyes contra la discriminación racial y religiosa.

²⁵ “*London Diary*”, *New Statesman*, 16 de enero de 1937

²⁶ “*London Diary*” *New Statesman*, 6 de marzo de 1937.

²⁷ Transmisión de radio de 1943 como parte de la serie de *Talking to India*, de Orwell, citada en Pryce-Jones

²⁸ *Comment*, *Horizon*, junio de 1946.

²⁹ *Table*, 27 de julio de 1946; reimpresso en Gallagher, págs. 127-31

Este programa era, de hecho, la fórmula de lo que iba a llegar a ser la sociedad permisiva. En efecto, si dejamos a un lado algunas de las ideas económicas menos prácticas de Connolly, virtualmente todo lo que reclama iba a ser convertido en ley en la década de 1960, no sólo en Gran Bretaña, sino también en estados Unidos y la mayoría de las demás democracias occidentales. Estos cambios, que afectaron casi todos los aspectos de la vida social, cultural y sexual, habían de hacer de la de 1960 una de las décadas más cruciales de la historia moderan, análoga a la de 1970.

Waugh estaba comprensiblemente alarmado. Sospechaba que hacer lo que Connolly proponía implicaba la virtual eliminación del fundamento cristiano de la sociedad y su reemplazo por la búsqueda del placer. Connolly lo veía como el logro final de la civilización; para otros terminaría en un caos. De todos modos, lo que incuestionablemente mostraba era cuánto más influyentes son los intelectuales cuando dejan a un lado la utopías políticas y se dedican a la tarea de erosionar las disciplinas y normas sociales. Esto lo demostraron Rousseau en el siglo XVIII y de nuevo Ibsen en el XIX. Ahora se comprobaba de nuevo: mientras que la década politizada de 1930, como señaló Connolly, había sido un fracaso, la permisiva de 1960 (al menos desde el punto de vista de los intelectuales) fue un triunfo espectacular.

Connolly mismo, pese a haber preparado la agenda, no participó mucho en la tarea de llevar a cabo la revolución, pese a que murió en 1974. No estaba hecho para campañas largas ni empresas heroicas. El espíritu puede que estuviera dispuesto, al menos a veces, pero la carne siempre era débil. Acuñó una frase, referida a sí mismo, “en cada hombre gordo hay un flaco encarcelado que hace seña frenéticamente para que le dejen salir”.³⁰ Pero el Connolly flaco nunca emergió. Fue un antihéroe mucho antes de que se inventar la palabra. La codicia, el egoísmo y depredaciones menores siempre marcaron sus pasos. Ya en 1928 una factura de lavandería impagada llevó a Desmond MacCarthy a denunciarle como un oportunista y un sablista. En efecto, la mayoría de la gente que le ofreció su hospitalidad tuvo motivos para lamentarlo. Uno encontró en el fondo de su reloj de pie lo que fue descrito como “detritus de cuarto de baño”. Lord Berner encontró un recipiente de camarones en conserva mohosos ente sus Chippendale. Somerset Maugham descubrió a Connolly robando dos de sus mejores aguacates y le obligó a deshacerse sus maletas y devolverlos. Semanas después se encontraban platos con restos de comida en cajones de dormitorios, o trozos de tallarines y lonchas de tocino como señaladotes en los libros de su anfitrión. Además, estaba “la ceniza de cigarro depositada con distraída malevolencia en el triunfo culinario presentado por la mujer de un famoso intelectual norteamericano”.³¹ O el comportamiento poco caballeresco durante una ataque con bombas en Londres en 1944, mientras Connolly -como Bertrand Russell treinta años antes- estaba en la cama con una dama de categoría. Posiblemente fuera Lady Perdita (más tarde, en la vida real, la señora Anni Fleming) descrita por Evelyn Waugh como uno entre sus intereses en esa época. Pero mientras Russell saltó de la cama de Lady Constante Maleson en un gesto de generosa indignación ante la inhumanidad del hombre, en el caso de Connolly el salto fue dictado por el pánico, y rescatado con una ayuda: “El miedo perfecto aleja al amor.”

Evidentemente un hombre semejante no podía encabezar una cruzada por la civilización, aún en el caso de que hubiera contado con la energía necesaria. Pero naturalmente no era este el caso. La pereza, el aburrimiento y el desagrado consigo mismo hicieron que Connolly pusiera fin a Horizon en 1949: “Cerramos las largas

³⁰ Esta es la versión (hay otras) que dio John Lehman en el *Dictionary of National Biography*, 1971-80 (Oxford, 1986) págs. 170-71.

³¹ *New Statesman*, 13 de marzo de 1954.

ventanas que daban a Bedfor Square, se quitó el teléfono, los muebles fueron a depósito, los números atrasados se almacenaron en el sótano, los archivos se pudrieron en el polvo.

Sólo las contribuciones continuaron llegaron inexorablemente, como la leche a un suicida”. Se divorció finalmente de la pobre Jean y se casó con una hermosa querida intelectual llamada Barbara Skelton. Pero la unión (1950-54) no prosperó. Cada uno vigilaba al otro con cautela. Ambos, siguiendo la tradición de Tolstoi y Sonya, y de muchos habitantes de Boomsbury, llevaban diarios rivales para su futura publicación. Cuando se separaron, Connolly se quejó amargamente a Edmund Wilson del diario de Skelton, que describía sus relaciones con él y podía aparecer en cualquier momento en forma novelada. Entretanto, asienta Wilson que Connolly le dijo que ella había confiscado y ocultado un diario que él ha llevado acerca de las relaciones entre los dos. Sin embargo, sabía dónde estaba, e iba a forzar la entrada y conseguirlo en algún momento en que ella no estuviera.”³² Evidentemente esto no ocurrió, ya que aún no ha aparecido un diario semejante. Pero el de Skelton se publicó finalmente en 1987, y Connolly tenía razón en mostrarse aprensivo respecto a su contenido. Proporciona un retrato inolvidable del intelectual comatoso en una postura supina.

Así pues, el 8 de octubre de 1950 escribe:“(Cyril) se hunde de espaldas en la cama como un ganso moribundo, aún en bata... se hunde más en la almohada y cierra los ojos con una expresión de sufrimiento resignado. Una hora más tarde voy al baño. Cyril está acostado con los ojos cerrados”. El 10 de octubre: “(Cyril) tiene una larga sesión en la bañera mientras lavo la ropa. Entro al dormitorio más tarde para encontrarle desnudo de pie en una actitud de desesperación mirando fijamente al vacío... vuelvo al dormitorio, encuentro a C. todavía mirando fijamente al vacío... escribo una carta, vuelvo al dormitorio, D. aún de espaldas en el cuarto apoyado en el antepecho de la ventana”. Un año más tarde, el 17 de noviembre de 1951: “(Cyril) no quiso bajar a desayunar, sino que se quedó acostado chupando las esquinas de las sábanas... A veces se queda acostado una hora con pliegues de sábana saliéndole de la boca como ectoplasma.”³³

Pese a todo, este defensor de los valores civilizados había puesto el huevo de la permisividad de un modo bastante similar a como Erasmo puso el huevo de la Reforma. Pero embrollarlo fue idea de otros, y en ese proceso se añadió a la mezcla un elemento nuevo y perturbador, que Connolly ciertamente no previó, y de haberlo hecho lo hubiera deplorado: el culto a la violencia. Es un hecho curioso que la violencia siempre ha ejercido un poderoso atractivo para algunos intelectuales. ¿De qué otro modo podemos explicar el gusto por la violencia en Tolstoi, Bertrand Russell y tantos otros pacifistas nominales? Sartre también fue un hombre fascinado por la violencia, entreteniéndose con ella bajo una nube engañosa de eufemismos. En ese sentido argüía: “cuando la juventud se enfrena a la policía nuestra tarea no es sólo mostrar que son los policías los violentos, sino también unirnos a los jóvenes en la contraviolencia.” O de nuevo: para un intelectual no dedicarse a la “acción directa” (es decir, violencia) a favor de los negros “es ser culpable del asesinato de los negros, igual que si realmente hubiese oprimido los gatillos que mataron (a los panteras negras) asesinados por la policía, por el sistema”.³⁴

La asociación de los intelectuales con la violencia se da demasiado a menudo para que se pueda descartar como una aberración. Con frecuencia toma la forma de admirar a aquellos “hombres de acción” que practican la violencia. Mussolini tuvo un número

³² Leon Edel (ed.) Edmund Wilson: *The Fifties* (Nueva York, 1986) págs. 372 ss.

³³ Barbara Skelton, *Tears Before Bedtime* (Londres, 1987), págs. 95-96, 114-15

³⁴ En una entrevista de 1971, citada por Paul Hollander: *Political Pilgrims: Travels of Western Intellectuals to the Soviet Union, China and Cuba, 1928-78* (Oxford, 1981); ver también Maurice Cranston, “Sartre and Violence”, *Encounter*, julio, 1967.

sorprendente de seguidores intelectuales, y no todos eran italianos. En su ascenso al poder, donde Hitler tuvo consistentemente más éxito fue en las universidades, su atractivo electoral entre los estudiantes habitualmente superaba su actuación ante la población como un todo. Siempre actuaba bien entre maestros y profesores universitarios. Muchos intelectuales fueron atraídos a las jerarquías más altas del partido nazi e intervinieron en los excesos más horribles de las SS.³⁵ Fue así como los cuatro *Esensatzgruppen* o batallones móviles de la muerte que fueron la punta de lanza de la “solución final” de Hitler en Europa oriental tenían entre sus oficiales una proporción inusualmente alta de graduados universitarios. Otto Ohlendor, por ejemplo, comandante del batallón “D” tenía títulos de tres universidades y un doctorado en jurisprudencia. Stalin también tuvo su época legiones de admiradores intelectuales, y lo mismo ocurrió con hombres de violencia de posguerra, como Castro, Nasser y Mao Tse-tung.

El estímulo o tolerancia de la violencia por parte de los intelectuales a veces ha sido resultado de un pensamiento poco riguroso característico. *Spain* (España), el poema de Auden sobre la guerra civil española publicado en 1937, contiene el difundido verso “La aceptación consciente de la culpa en el asesinato necesario.” Este fue criticado por Orwell, a quien le gustó el poema como un todo, basándose en que sólo podía haber sido escrito por alguien “para quien el asesinato puede ser necesario en interés de la justicia” (pero de todos modos eliminó la palabra “necesario”).³⁶ Kingsley Martin, que en la Primera Guerra Mundial sirvió en la Unidad Cuáquera de Ambulancias, y a quien repugnaban los actos de violencia de cualquier tipo, en ocasiones se embrollaba al punto de defenderla teóricamente. En 1952, aplaudiendo el triunfo final de Mao en China, pero inquieto por informes de que un millón y medio de “enemigos del pueblo” habían sido muertos, preguntó tontamente en su columna del *New Statesman*: “¿Eran realmente necesarias estas ejecuciones?” Leonard Wolf, un director del diario, le obligó a publicar una carta la semana siguiente en la que hacía esta pregunta intencionada: tendría a bien Martin “dar alguna indicación...de bajo qué circunstancias las ejecución de 1.5 millones de personas llevada a cabo por un gobierno es “realmente necesaria”)” Martin naturalmente, no podía dar respuesta alguna y sus esfuerzos por zafarse del anzuelo en que se había clavado resultaron penosos de presenciar.³⁷

Por otra parte, a muchos intelectuales ni siquiera el hecho de la violencia les resulta aborrecible. El caso de Norman Mailer es especialmente esclarecedor, porque él es de muchas maneras muy típico de la clase de intelectual que hemos estado examinando.³⁸ Primogénito y único varón de una familia matriarcal, desde el principio fue el centro de un círculo familiar de admiradoras. Estaba compuesto por su madre Fanny, cuya familia los Scheider, tenían una posición desahogada y manejaba ella misma un negocio próspero; y sus diversas hermanas. Más tarde se unió al círculo la propia hermana de Mailer. El chico era un niño modelo de Brooklin, tranquilo, se portaba bien, siempre el primero de la clase, en Harvard a los dieciséis años; sus progresos eran acompañados por el aplauso entusiasta de las mujeres. “Todas las mujeres de la familia pensaban que Norman era una maravilla”. Ese fue el comentario de su primera mujer, Beatrice Silverman, que además observó: “Lo que menos quería Fanny era que su pequeño genio se casara”. “Genio “era una palabra que se le oía a

³⁵ Michael S. Steinberg, *Sabres and Brownshirts: The German Students Path to National-Socialism 1918-35* (Chicago, 1977)

³⁶ Humphrey Carpenter, *W.H.Auden* (Londres, 1981)

³⁷ Edgard Hyams, *The New Statesman: The History of the First Fifty Years, 1913-63* (Londres, 1963) págs. 282-84.

³⁸ Para datos sobre el ambiente y carrera de Mailer, ver Hilary Mills, *Mailer: A Biography* (Nueva York, 1982)

Anny a menudo en relación con Mailer; informaría a los periodistas en una de sus numerosas presentaciones ante un tribunal: “Mi hijo es un genio.” Tarde o temprano las esposas de Mailer comprobarían con desagrado la existencia del Factor Fanny. La tercera, Lady Jean Campbell, se quejó: “Nunca hacíamos otra cosa que ir a cenar con su madre.” La cuarta, una actriz rubia que se hacía llamar Beverley Bentley, recibió reproches (y de hecho fue atacada físicamente) por hacer observaciones contra Fanny. Sin embargo, las esposas fueron ellas mismas un sustituto adulto del círculo femenino de su infancia, ya que Mailer siguió en contacto con todas ellas salvo una después de sus divorcios, ya que, argumentaba: “Cuando uno se divorcia de una mujer, puede entonces iniciar una amistad con ella, porque la propia vanidad sexual ya está en juego.” En total hubo seis mujeres, que entre todas le dieron ocho hijos; la sexta esposa, Norris Church, tenía la misma edad que la hija mayor de Mailer. Hubo también muchas otras mujeres, y la cuarta esposa se quejó: “Cuando estaba embarazada, él tenía una azafata. A los tres días de traer el bebé a casa, inició otra relación.” El paso de una mujer a otra recuerda fuertemente a Bertrand Russell, mientras que el ambiente de harén evoca a Sartre. Pero Mailer, si bien procedente de un círculo matriarcal, tenía fuertes ideas patriarcales. El primer matrimonio terminó porque su mujer quería una carrera y Mailer la descartó como “una partidaria prematura de la Liberación de La Mujer”. De la tercera se quejó: “Lady Jean sacrificó 10 millones de dólares para casarse conmigo, pero nunca quiso prepararme el desayuno.” Terminó con la cuarta cuando ella, a su vez, tuvo un amante. Una de sus mujeres se quejó: “Norman no quiere tener nada que ver con una mujer con una carrera.” En la reseña de uno de sus libros, en 1971, V. S. Pritchett argumentó que el hecho de que Mailer tuviese tantas esposas (sólo cuatro hasta entonces) demostraba que “era obvio que no le interesaban las mujeres sino algo que ellas tenían.”³⁹

La segunda característica que Mailer tiene en común con otros intelectuales es el talento de la autopublicidad. La brillante promoción de su notable novela de guerra, *The Naked and the Dead* (Los desnudos y los muertos), publicada en 1948, fue un trabajo altamente profesional de sus editores Rinehart, una de las campañas más elaboradas y por cierto más exitosas del período de posguerra.

Pero, una vez lanzado, Mailer asumió sus propias relaciones públicas, que durante los treinta años siguientes constituyeron una maravilla y una advertencia para todos, ya que el trabajo, las esposas, los divorcios, las opiniones, las peleas y la política aparecían hábilmente entretejidos en una prenda sin costura de autopromoción. Fue el primer intelectual que hizo un uso efectivo de la televisión para promocionarse, representado en ella escenas memorables y a veces alarmantes. Percibió muy pronto el insaciable apetito de acción en vez de meras palabras que tiene la televisión, y por lo tanto se convirtió en uno de los intelectuales más hiperactivos, siguiendo un rumbo ya piloteado por Hemingway. ¿A qué debía servir toda esa autopromoción? A la vanidad y al egoísmo, por cierto: nunca se insistirá demasiado en que muchas de las actividades de hombres como Tolstoi, Russell y Sartre, aunque racionalizadas superficialmente, pueden explicarse adecuadamente sólo por el deseo de llamar la atención sobre ellos mismos. Además estaba también el objetivo más mundano de ganar dinero. Los gustos patriarcales de Mailer resultaban caros. Cuando su cuarta esposa le demandó en 1979, Mailer adujo que no podía pagarle 1.000 dólares semanales; dijo que en ese momento le estaba pagando 400 dólares semanales a la segunda, 400 a la quinta y 600 a la sexta; tenía una deuda de 500.000 dólares, debía 185.000 a su agente y 80.500 por impuestos impagados, lo que llevó al Servicio de Rentas Internas a embargarle su casa por 100.000 dólares. Su autopromoción estaba obviamente dirigida a atraerle lectores, y lo hizo ampliamente. Para dar un ejemplo, su largo ensayo “*The Prisoner of Sex*” (El prisionero

³⁹ *Atlantic Monthly*, julio de 1971.

del sexo), que atacaba el feminismo y que fue muy solicitado como resultado de sus correrías maritales, apareció en *Haper's* en marzo de 1971 y vendió más ejemplares en los kioscos que cualquier otro número de la revista en su historia de 120 años.

Sin embargo, la autopromoción de Mailer también tenía un propósito serio, promover el concepto que se convirtió en el tema dominante de su obra y su vida: la necesidad de que el hombre se despoje de algunas de las restricciones que inhiben el uso de la fuerza personal. Hasta entonces la mayoría de la gente educada había identificado dichas inhibiciones con la civilización; el poeta Yeats, por ejemplo, había definido a la civilización precisamente como “el ejercicio del autocontrol”. Mailer cuestionó este supuesto. ¿Acaso la violencia personal no podía ser a veces, para algunas personas, necesaria y hasta virtuosa? Llegó a esta posición por un camino tortuoso. De joven fue el compañero de camino clásico, y llegó a pronunciar dieciocho discursos a favor de Wallace en la campaña presidencial de 1949.⁴⁰ Pero rompió con el partido comunista en la notoria Conferencia Waldorf en 1949, y a partir de entonces sus opiniones políticas, si bien a veces simplemente reflejaban el consenso de la izquierda liberal, se hicieron más idiosincrásicas y originales. En particular, su actividad como novelista y periodista le llevaron a explorar la posición de los negros y de los presupuestos culturales negros en la vida de Occidente.

En el número del verano de 1957 de *Disent*, la revista de Irving Howe, publicó una tesis, *The White Negro* (El negro blanco), que resultó ser su texto escrito de mayor influencia, de hecho un documento clave para la época de posguerra. En él analizaba “la conciencia hip”, la conducta de los negros jóvenes, seguros de sí y decididos, como una forma de contracultura; la explicaba y justificaba, en verdad instaba a los blancos a que la adoptaran. Había muchos aspectos de la cultura negra, argumentaba Mailer, que los intelectuales progresistas debían estar dispuestos a examinar con cuidado: antirracionalismo, misticismo, el sentido de la fuerza vital y, lo que no es menos, el papel de la violencia y hasta el de la revolución. Consideremos, escribió Mailer, el caso real de dos jóvenes que matan a golpes al dueño de una tienda de golosinas. ¿No tuvo su aspecto beneficioso? “No sólo se asesina a un hombre débil, de cincuenta años, sino también a una institución, uno viola la propiedad privada, entra en una relación nueva con la policía e introduce un elemento peligroso en la propia vida”. Dado que la furia, cuando se vuelve hacia dentro, es un peligro para la creatividad, ¿no era entonces la violencia, cuando se usa. Exterioriza y desfoga, creativa en sí misma?

Este fue el primer intento seriamente pensado y bien escrito, de dar legitimidad a la violencia personal (como opuesta a la violencia institucionalizada), y provocó una ira comprensible en ciertos sectores. En verdad Howe admitió después que él debería haber eliminado el pasaje sobre el crimen de la tienda de golosinas. En su momento Norman Podhoretz lo atacó como “una de las ideas más siniestras desde el punto de vista moral con que me haya cruzado jamás”, que demostraba “dónde puede llevar la ideología del hipsterismo”.⁴¹ Pero un gran número de jóvenes, blancos tanto como negros, estaba a la espera de una pauta y una racionalización de ese tipo. El negro blanco fue el documento que autentificó mucho de lo que ocurrió en las décadas del sesenta y del setenta. Dio respetabilidad intelectual a muchos actos y actitudes hasta entonces consideradas fuera de los límites que impone la conducta civilizada y añadió algunos ítems importantes y siniestros a la agenda permisiva que Cyril Connolly había propuesto una década atrás.

El mensaje tuvo mucho más impacto porque Mailer lo reforzó y publicitó a través de sus propias acciones, públicas y privadas. El 23 de julio de 1960 fue juzgado por su participación en un alboroto en una comisaría de Provincetown, y se declaró culpable de

⁴⁰ Mills, págs. 109-10

⁴¹ Norman Podhoretz, *Doings and Undonings* (Nueva York, 1959) pág. 157

ebriedad, pero no de “desorden público”. El 14 de noviembre volvió a ser acusado de desorden público en un club de Broadway. Cinco días después ofreció una gran fiesta en su casa de Nueva York para anunciar su candidatura a alcalde de Nueva York. A medianoche estaba borracho peleando en la calle frente a su casa de apartamentos, intercambiando puñetazos con varios intelectuales. Como Jason Epstein y George Plimpton, a media que salían de su fiesta. A las 4.30 volvió de la calle con un ojo amoratado, un labio hinchado y la camisa ensangrentada.

Su segunda esposa, Adele Morales, una pintora hispano-peruana, le reconvino; él sacó una navaja con una hoja de 6.5 cm. Y la apuñaló en el abdomen y la espalda. Una de las heridas tenía 7 cm. De profundidad. Tuvo suerte de no morir. Los procedimientos legales que siguieron a este incidente fueron complejos; pero Adele se negó a firmar una denuncia y todo terminó un año después con una sentencia de cumplimiento condicional y bajo libertad vigilada para Mailer. Sus comentarios mientras tanto no traducían ningún signo de remordimiento. En una entrevista con Mike Wallace dijo: “Es cuchillo es muy significativo para un delincuente juvenil. Verá, es su espada, su virilidad.” Añadió que debería haber justas anuales de pandillas en Central Park. El 6 de febrero de 1961 llevó a cabo una lectura de sus poemas en el Centro de Poesía de la Asociación Hebrea de Jóvenes, que incluía los versos “*mientras emplee un cuchillo / queda algo de amor*”, el director hizo bajar el telón aduciendo obscenidad. Una vez terminado todo el episodio, Mailer resumió: “Una década de ira me obligó a hacerlo. Después de eso me sentí mejor.”⁴²

Mailer también hizo esfuerzos públicos más claramente dirigidos a promover la contracultura. El hippie Jerry Rubin era uno de aquéllos a quienes *The White Negro* inspiró, y Mailer fue el orador estrella de la enorme manifestación contra la guerra de Vietnam que Rubin organizó en Berkeley el 2 de mayo de 1965. Dijo que la “gran sociedad” del presidente Johnson se estaba desplazando “del campo hacia la mierda” y exhortó a 20.000 estudiantes a no contentarse con criticar al presidente, sino que además le insultaran pegando en las paredes su retrato boca abajo. Uno de los que le escuchó era Abbie Hoffman, que pronto sería el sumo sacerdote de la contracultura. Arguyó que Mailer mostraba “cómo uno puede enfocar eficazmente el sentimiento de protesta apuntando no a las decisiones, sino a las entrañas de los que las toman.”⁴³ Dos años después tuvo una participación extravagante en la gran marcha sobre el Pentágono, el 21 de octubre de 1967, entreteniéndolo y provocando a la vasta audiencia con obscenidades, diciéndoles “Vamos a tratar de metérselo en el culo al gobierno, justo por el esfínter del Pentágono”, y consiguiendo que le arrestaran y sentenciaran a treinta días de cárcel (veinticinco de cumplimiento condicional). Una vez en libertad, dijo a los reporteros: “Ya ven, queridos compatriotas norteamericanos, es domingo y estamos quemando el cuerpo y la sangre de Cristo en Vietnam”, defendió su alusión diciendo que, pese a no ser cristiano, ahora estaba casado con una cristiana. Se trataba de la esposa número cuatro, que después se quejaría de que cuando criticaba a su madre él le pegaba en sus partes pudendas.

Mailer trajo en efecto a la política el lenguaje del “hip”, la voz de la calle. Corroyó la hierática del estadista y muchos de los presupuestos que la acompañaban. En mayo de 1968, en el punto culminante de la protesta estudiantil del *Village Voice* escribió, al analizar el atractivo de Mailer: “¿Cómo podía no gustarles Mailer? Mailer, que predicaba la revolución antes de que hubiera un movimiento. Mailer, que llamaba a

⁴² Todo el asunto del apuñalamiento está ampliamente descrito en Mill, capítulo XX, págs. 215 ss.

⁴³ El discurso de Mailer está impreso en su *Cannibals and Christians* (Collected Pieces, Nueva York, 196) págs. 84-90

L. B. J. un monstruo mientras liberales de regla de cálculo seguían escribiéndole sus discursos.

Mailer, que ya sabía de negros, hierba, Cuba, violencia, existencialismo... cuando la nueva izquierda no era más que un sueño de C. Wright Mills.⁴⁴ Pero si bien no cabe duda de que bajo el tono del discurso político, no resulta claro que elevara su contenido. Su impacto sobre la vida literaria fue similar. Sus peleas con otros autores competían con las de Ibsen, Tolstoi, Sartre y Hemingway, y hasta las superaban. Riñó, en privado y públicamente con William Styron, James Jones, Calder Willingham, James Baldwin y Gore Vidal, entre otros. Como en el caso de Hemingway, estos enfrentamientos a veces tomaban formas violentas. En 1956 se informó que se había peleado en los canteros de flores de la casa de William Styron. Su contrincante fue Bennet Cerf, a quien dijo: “Usted no es un editor, es un dentista.” En 1971 hubo bofetadas en la cara y cabezazos con Gore Vidal en un programa de televisión de Dick Cavett; en 1977 el guión fue: Mailer a Vidal: “Pareces un viejo judío sucio”. Vidal a Mailer: “Bueno, tu pareces un viejo judío sucio.” Mailer le arroja a la cara a Vidal el contenido de un vaso; Vidal muerde un dedo a Mailer.⁴⁵ El debate que siguió a las bofetadas, en el que también participaba la inofensiva y elegante Janet Flanner, corresponsal del *New Yorker* de París, se convirtió en una discusión colérica entre Vidal y Mailer sobre el coito contra natura. Luego:

Flanner: “¡Oh, por Dios! (risas)

Mailer: “Ya sé que has vivido muchos años en Francia pero créeme Janet es posible penetrar a una mujer de otra manera.”

Flanner: “Eso he oído decir” (más risas).

Cavett: “Con ese toque distinguido terminaremos el programa.”

Mailer compendia el entretejido de permisividad y violencia que caracterizó a las décadas de 1960 y 1970, y milagrosamente sobrevivió a sus propias bufonadas. Otros no fueron tan afortunados o no tuvieron su poder de recuperación. Efectivamente, hubo algunas víctimas lamentables como resultado del cambio producido en el empuje intelectual, que dejó el utopismo al viejo estilo por el nuevo, vertiginoso y crecientemente brutal hedonismo. Cuando Cyril Connolly publicó su manifiesto, en junio de 1946, Kenneth Peacock Tynan acaba de completar su primer año en Magdalen College de Oxford, y ya se le consideraba allí como la cabeza de su sociedad intelectual. Cuando se reiniciaron los cursos cuatro meses más tarde, “fui como alumno de primer año, un testigo pasmado de su llegada a la portería del Magdalen. Asombrado, miraba fijamente a este joven alto, hermoso, epiceno, con mechones de pelo rubio claro, pómulos tipo Beardsley, tartamudeo de moda, traje color ciruela, corbata color lavanda y anillo de sello con un rubí. Yo arrastraba mi solitario baúl reglamentario de estudiante. El parecía colmar la portería con sus pertenencias y sirvientes, a quienes daba órdenes con tranquila e imperiosa autoridad. Una frase me impactó especialmente: “¡Un poco de cuidado con esa caja, hombre, está cargada de camisas de oro!”

Y yo no fui el único impresionado por esta elegante miniatura teatral. En 1946 Tynan y yo éramos de los pocos estudiantes que habíamos pasado directamente del colegio secundario a la universidad. La gran mayoría habían estado en la guerra; algunos habían alcanzado grados altos y presenciado o quizá perpetrado escenas de matanza espantosas. Pero no habían visto nada como esto. Mayores corpulentos de los Guardias de infantería se quedaron sin habla. A pilotos que mataron a miles en los

⁴⁴ Jack Newfield en la *Village Voice*, 30 de mayo de 1968; citado en Mills

⁴⁵ Mills, págs. 418-19

bombardeos a Berlín sencillamente se les salían los ojos de las órbitas. Tenientes Comandantes que habían hundido al Bismark miraban pasmados. Exquisitos portaestandartes de los lanceros, pulcros oficiales subalternos de los chaquetas verdes se sintieron relegados a un segundo plano. En el momento exacto, habiendo dominado la escena creada por él, salió majestuoso seguido por sus esforzados cargadores.

Detrás de este extraño joven había (aunque él en ese momento la ignoraba) una historia aun más extraña. Podría haber sido sacada directamente de las páginas, no por cierto de esos ex alumnos y héroes del Magdalen, Oscar Wilde y Compton Mackenzie, sino de Arnold Bennett. Los hechos relativos a la vida de Tynan han sido todos recogidos cuidadosamente por su segunda esposas, Kathleen, y publicados en una biografía tierna y dolida, un modelo en su género.⁴⁶ Tynan nació (1927) y se crió en Birmingham, asistió a su famoso colegio y allí progresó notablemente, hizo el papel principal en Hamlet y ganó una beca para Oxford. Se creyó el hijo único, muy adorado y consentido de Rose y Meter Tynan, un lencero. Su padre le daba 20 libras por quincena para sus gastos personales, mucho dinero en esos días. En realidad Tynan era ilegítimo, y su padre lo que se llama un “personaje” que llevaba una doble vida. Media semana era Meter Tynan, en Birmingham. La otra media, con su frac, sombrero de copa, polainas grises y camisas de seda hechas a medida, era Sir meter Peacock, juez de paz, empresario de éxito, seis veces alcalde de Warrington, y con una Lady Peacock y varios pequeños Peacock. El engaño salió a la luz en 1948, al final de la carrera de Tynan en Oxford, cuando Sir Meter murió, la indignada familia legítima se abalanzó desde Warrington para reclamar el cuerpo, y la llorosa madre de Tynan fue excluida del funeral. No es algo nunca visto que un estudiante no graduado de Oxford descubra de repente que es ilegítimo (le ocurrió a otro obligado a retirar el Sir de la chapa con su nombre) y la respuesta de Tynan fue inventar inmediatamente que su padre había sido asesor financiero de Lloyd George. Pero el descubrimiento dolió. Eliminó “Peacock” de su nombre. Por otra parte, los sentimientos de culpa de su madre por lo que le había hecho al hijo ayudan a comprender por qué, desde el principio, le sobreprotegió y consintió. En realidad, él siempre la trató como una especie de sirvienta de categoría.

Tynan fue siempre muy mandón; tenía el toque del amo. En Oxford su vestimenta era principesca en una época en que el racionamiento de ropa aún se hacía cumplir estrictamente. Además del traje color ciruela y de las camisas doradas tenía una capa forrada en seda roja, un conjunto entallado de cuero de gama, otro traje, verde botella, que se decía hecho con paño de mesa de billar, y zapatos de gamuza verdes.

Usaba maquillaje (“sólo un poco de laca *arméis* alrededor de la boca”⁴⁷). Devolvió así a Oxford su reputación de extravagancia estética. Durante toda su estancia allí fue de lejos la persona más comentada de la ciudad. Montó y actuó en obras de teatro. Hablaba brillantemente en la Unión. Escribía para las revistas o era su director. Dio fiestas sensacionales a las que asistían figuras de la farándula londinense (cobraba una entrada de diez chelines). Tenía una corte de jovencitas y profesores admirativos. Fue quemado en efígie por petimetres envidiosos. Parecía dar vida a las páginas de *Brideshead Revisited*, entonces un best-seller reciente, y añadirle otras.

Además, a diferencia de casi todos los que causan una sensación en Oxford, tuvo éxito en el mundo real. Montó obras de teatro y revistas. Actuó junto a Alec Guinness. Lo que es más importante, se consagró rápidamente como el periodista literario más audaz de Londres. Su lema era: “Escribe, herejía, pura herejía.” Fijó en su escritorio el estimulante slogan “Haz enojar, provoca y lacera, levanta remolinos.” Siguió esas directrices en todo momento. Le reportaron rápidamente la muy deseada y visible

⁴⁶ Kathleen Tina, *The Life of Kenneth Tynan* (Londres, 1987)

⁴⁷ Tynan, págs. 46-47

posición de crítico teatral del *Evening Standard*, y el mismo puesto, aun más influyente, en el *Observer*, entonces el mejor diario de Inglaterra. Los lectores estaban boquiabiertos ante ese sorprendente fenómeno que parecía conocer toda la literatura universal y usaba palabras como esuriente, camerano, chichisbeo y eretismo.⁴⁸ Se convirtió en una potencia del teatro londinense, que le miraba con temor reverencial, miedo y odio. Hizo de la obra de Osborne *Look Back in Anger* (Mirando atrás con ira) un éxito, e inició la leyenda de los jóvenes iracundos. Por él Inglaterra conoció a Brecht. Y, lo que no es menos, luchó intensamente por el teatro subsidiado que hizo posible la obra brechtiana. Cuando Inglaterra creó su propio Teatro Nacional, él fue su primer director literario (1963-1973) y lo consolidó con un fuerte repertorio cosmopolita: de las setenta y nueve obras representadas en él durante su gestión, la mayoría fue idea suya, y la mitad fueron éxitos de taquilla, un récord asombroso. Ya era conocido en los Estados Unidos gracias a unas magníficas crítica en el *New Yorker* de 1958-60. Con el teatro Nacional se creó una fama mundial. En efecto, en la década de 1960 hubo momentos en que probablemente fue la persona que tenía más influencia en teatro mundial; y, como he sostenido en este libro, a la larga el teatro tiene más efecto sobre la conducta que cualquiera de las demás artes.

Y no es que Tynan careciera de un propósito serio. Como Connolly, y de un modo igualmente vago, vinculaba el hedonismo y la permisividad con el socialismo. *Declaration* (1957), el manifiesto de los “iracundos”, contribuyó con su única manifestación meditada de propósitos. El arte, insistió, tenía que dejar “constancia; debe comprometerse”. Pero, a su ver, el socialismo debería significar “progreso hacia el placer” y ser “una afirmación internacional alegre”⁴⁹

Escribiendo el mismo año en que Mailer publicó *The White Negro* tenía en parte la misma intención, acabar con las inhibiciones lingüísticas en el escenario y en el texto impreso. Nadie en Inglaterra desempeñó un papel más importante en la destrucción del viejo sistema de censura, tanto formal como informal. Sus esfuerzos por lograrlo eran enfatizados por gestos políticos más tradicionales, aunque hasta estos tenían un aspecto permisivo. En 1960, después de muchas maniobras, consiguió meter una palabra soez en el *Observer*. Al año siguiente organizó una manifestación en Hyde Park con la ayuda de gran cantidad de muchachas bonitas. El 13 de noviembre de 1963 realizó su obra maestra de autopromoción premeditada cuando pronunció la palabra “*fuck*” (joder) en un programa satírico de trasnoche de la BBC. Por un tiempo le convirtió en el hombre más comentado del país. El 17 de junio de 1969, introdujo el desnudo organizado en el escenario común con su revista *¡Oh, Calcuta!* Llegó a representarse en todo el mundo con una entrada de taquilla de más de 360 millones de dólares.

Sin embargo, al destruir la censura Tynan también se estaba destruyendo a sí mismo. Su muerte efectiva en 1980 fue causada por enfisema, producto de fumar permanentemente con pulmones débiles heredados de su padre. Pero ya un tiempo antes se había dañado a sí mismo en forma irreparable como se moral por lo que sólo puede ser llamado una autoinmolación en el altar del sexo. Sus obsesiones sexuales comenzaron temprano. Más tarde sostuvo que se masturbaba desde los once años y a menudo hacía alarde de los placeres de esa actividad. Hacia el final de su vida dio una caracterización obsesionante de sí mismo como una especie en extinción, *Tyrannosaurus homo masturbans*. También, de muchacho hizo todo lo posible por coleccionar pornografía, cosa nada fácil en Birmingham durante la guerra. Cuando siendo colegial representó su Hamlet, indujo a James Agate, en ese momento el crítico más importante y un conocido homosexual, a escribir una reseña del espectáculo. Agate lo hizo, y

⁴⁸ Ver Ronald Bryden, *London Review of Books*, 10 de diciembre de 1987.

⁴⁹ *Declaration* (Londres, 1957)

también invitó al joven a su avaramente y le puso una mano sobre la rodilla: “¿Eres homo, mi muchacho?” “Me temo que no” “Ah bien, pensé dejarlo aclarado.”⁵⁰ Tynan decía la verdad. A veces le gustaba vestirse con ropas de mujer y no se preocupaba mucho por desalentar la idea corriente de que era homosexual, por creer que le facilitaba el acceso a las mujeres. Pero en ningún momento tuvo una experiencia homosexual, “nunca ni un ligero tanteo”, tal como expresó él.⁵¹ sin embargo le interesaba el sadomasoquismo. Una vez que Agate descubrió esto, le dio la llave de su amplia colección de pornografía, y eso completó la corrupción de Tynan.

De ahí en adelante acumuló una provisión propia. En su momento varias dueñas de pensiones y sus dos esposas se tropezaron con ella y quedaron profundamente desagradadas. Esto resulta curioso porque Tynan nunca se preocupó por ocultar sus intereses sexuales y a veces los declaraba abiertamente. Durante una reunión de la *Oxford Union* anunció: “Mi tema es... sólo una correa en el crepúsculo”. Entabló relaciones con gran número de mujeres jóvenes en Oxford y habitualmente les pedía que le regalaran sus bragas para colgar junto al látigo que adornaba sus paredes.

Le gustaban las muchachas judías voluptuosas, especialmente aquellas con padres severos y acostumbradas al castigo corporal. A una de ellas le dijo que la palabra “corregir” tenía “un buen toque victoriano que hacía pensar en retribución”. Añadió: “la palabra zurra es muy potente y tiene el toque justo de la colegiala... Sexo quiere decir zurra y hermoso significa culo y siempre será así.”⁵² No esperó de ninguna de sus dos esposas que se sometieran a estas actividades que él asociaba con el pecado y la perversidad y que debían ser gozadas con culpa. Pero cuando fue un factor de poder en el teatro no tuvo dificultad alguna para encontrar actrices sin trabajo que cooperaran a cambio de alguna ayuda.

Las mujeres parece que pusieron menos objeciones a su sadismo, que no pasaba de ciertos límites, que a su vanidad y autoritarismo. Una le dejó cuando se dio cuenta de que al entrar en un restaurante siempre impedía que se mirara en el espejo. Otra declaró: “En cuanto una le dejaba él ya no pensaba más en ella”. Trataba a las mujeres como a posesiones. En muchos sentidos era de buen natural podía ser perceptivo y comprensivo. Pero esperaba de las mujeres que giraran alrededor de los hombres como lunas alrededor de un planeta. Elaine Dundy, su primera mujer, tenía ambiciones propias y llegó a escribir una novela excelente.”* Esto provocó peleas de tipo espectacular bastante teatrales, con alaridos, platos estrellados y gritos de “¡Te voy a matar, perra!” Mailer, juez nada despreciable de peleas matrimoniales, ponía muy alto a los Tynan: “Se pegaban golpes que uno no podía menos que aplaudir como si estuviese presenciando un combate de boxeo.” Tynan si bien se reservaba el derecho incondicional de ser infiel, esperaba fidelidad de su consorte, en una ocasión, al volver a su apartamento de Londres después de un encuentro con su amante del momento, encontró a su primera mujer en la cocina con un hombre desnudo. Tynan vio que el hombre era un poeta, un productor de la BBC y por lo tanto un borracho sentimental, y tuvo la osadía de sacar su ropa del dormitorio y tirarla por el hueco del ascensor. De costumbre no era tan valiente. Después de divorciarse de su primera mujer, indujo a Kathleen Gates, que sería luego su segunda mujer, a que dejara a su marido y se fuera a vivir con él. El marido irrumpió en la casa por la puerta principal, mientras Tynan se escondía detrás del sofá. Luego el marido le alcanzó cerca de la casa de la madre de ella en Hampstead, hubo una pelea y Tynan perdió mechones de su pelo rubio, que ya se estaba volviendo gris, antes de

⁵⁰ Para la versión de Agate (censurada) de su relación, ver su *Ego* 8 (Londres, 1947), págs. 172 ss.

⁵¹ Tynan pág. 32

⁵² Tynan, pág. 76

* Preguntado si podría ser buena, Cyril Connolly respondió: “Oh, yo pensaría que no. Sólo una esposa más que trata de probar que existe”.

ponerse a salvo en la casa. El relato de la segunda esposa continuaba: “Durante un rato logramos aguantar en casa de mi madre. Luego nos escabullimos en la noche. A cierta distancia Ken juró que nos estaba siguiendo y se metió en un cubo de basura que había cerca.”⁵³ A Tynan no le gustó esta forzada evocación de Samuel Beckett, un dramaturgo que el no había tenido en cuenta en un principio.

El segundo matrimonio se derrumbó como el primero ante su insistencia en la libertad sexual total para él, y en la fidelidad para su mujer. Tuvo una relación permanente con una actriz sin trabajo con la que representaba complejas fantasías sadomasoquistas, que requerían que él se vistiera de mujer y la actriz de hombre, y a veces incluían a prostitutas como extras. Le dijo a Kathleen que tenía el propósito de continuar con estas sesiones dos veces por semana, “aunque todo lo que sea sentido común, razón y bondad y hasta camaradería están en contra de hacerlo... Es mi elección, mi cosa, mi necesidad... Es bastante cómico y algo asqueroso. Pero me sacude como una infección y no puede hacer otra cosa que dejarme sacudir hasta que pase el ataque.”⁵⁴ Esto ya estaba bastante mal. Pero aun fue la decisión de dejar a un lado su carrera para convertirse en un pornógrafo y, encima, sin éxito. Ya en 1959 su agenda contenía notas como: “Escribir obra de teatro. Escribir libro pornográfico. Escribir autobiografía.” En 1964 estableció una relación con la revista *Play boy* aunque curiosamente, resistieron sus intentos de proveerlos de material erótico. Tynan parece que pensó con optimismo que sería capaz de convertir a la pornografía en una forma seria de arte, alentado por el éxito engañoso de *¡OH, Calcuta!*. A principios de la década del setenta trató de reclutar a un número de escritores distinguidos para compilar una antología de fantasías de masturbación, pero recibió rechazos humillantes de, entre otros, Nabokov, Graham Greene, Beckett y Mailer. A partir de entonces se vio envuelto en prolongados intentos, que no llegaron a nada, de producir una película pornográfica. Desde el principio nunca pudo conseguir la financiación. A diferencia de la mayoría de los intelectuales, no era avaro. Por el contrario: era generoso, casi temerario, cualidad que compartió con Sartre. Cuando su madre murió le dejó una buena parte del dinero del viejo Sir Meter, que Tynan gastó tan pronto como pudo. Cuando el Teatro Nacional se desembarazó de él, le pagó una compensación mezquina. Firmó contratos tan disparatados para *¡OH, Calcuta!* que apenas recibió 250.000 dólares por esta producción enormemente exitosa. En sus últimos años paso buena parte de su tiempo tratando de encontrar dinero para un proyecto que sus amigos más prudentes contemplaban con desprecio y desesperación. Él mismo tenía dudas. A Kathleen le escribió desde Provenza: “¿Qué hago aquí produciendo montones de pornografía? Es una vergüenza. “En Saint Tropez soñó con una jovencita desnuda, cubierta de polvo y excremento, con la cabeza afeitada y docenas de alfileres clavados en la cabeza. En ese momento, dejó escrito: “Me desperté lleno de horror. Y enseguida los perros empezaron a ladrar sin motivo en el parque del hotel, como dicen que hacen cuando pase el Rey del Mal, invisible para el hombre.”⁵⁵

Los últimos años de Tynan, un siniestro contrapunto de obsesión sexual y debilidad física, son narrados conmovedoramente por su viuda y resultan una lectura aterradora para quienes conocieron y admiraron al hombre. Evoca la llamativa frase de Shakespeare: “el derroche de espíritu en un erial de vergüenza”⁵⁶

Víctima aun más impresionante de la actitud permisiva, con una nota más fuerte de violencia, fue Rainer Werner Fassbinder, quizá el director de cine más dotado que

⁵³ Tynan, pág. 32

⁵⁴ Tynan, págs. 327,333.

⁵⁵ Tynan, pág. 333

⁵⁶ Shakespeare, *Sonets*, 129

haya producido Alemania. Fue un hijo de la derrota, nacido en Baviera el 31 de mayo de 1945, inmediatamente después del suicidio de Hitler; fue el beneficiario adolescente y víctima de las nuevas libertades que intelectuales como Connolly, Mailer y Tynan trataban de conferir a la humanidad civilizada. En la década del veinte el cine alemán había llevado la delantera en el mundo. La llegada de los nazis había creado una diáspora de sus talentos y Hollywood se quedó con la parte del león...; y cuando el régimen nazi cayó, las autoridades norteamericanas de ocupación impusieron el cine de Hollywood en tierra alemana. Esta época terminó en 1962, cuando veintiséis jóvenes escritores y directores de cine alemanes publicaron una declaración de independencia cinematográfica alemana conocida como el Manifiesto de Oberhausen. Fassbinder dejó el colegio dos años después, y a la edad de veintiún años ya había filmado dos cortometrajes. En un mundo alemán de las artes dominado por la sombra de Brecht, organizó una pequeña productora colectiva conocida como Anfiteatro. En su primera producción de éxito, él mismo desempeñó el papel de Mac el Cuchillo en la Opera de tres centavos de Brecht. Si bien en teoría el Anfiteatro era igualitario, en la práctica fue una tiranía jerárquica y estructurada, con él mismo como déspota, y manejada (se ha dicho) como Luis XIV manejaba Versalles.⁵⁷ Utilizó a este equipo para hacer su primera película de éxito, el amor es más frío que la muerte, rodada en sólo veinticuatro días en abril de 1969.

Fassbinder se convirtió en el director de cine no sólo más importante, sino además simbólico de la época permisiva con sorprendente rapidez. Tenía gran voluntad y autoridad, y el envidiable poder de tomar decisiones rápidas y firmes; esto le permitió hacer películas de gran calidad rápida y económicamente. La aprobación de la crítica le llegó pronto. No obtuvo un éxito de taquilla mundial hasta *El miedo come el alma* (1974), pero esta era su película número veintiuno. En realidad en los doce meses a partir de noviembre de 1969 hizo nueve películas de largo metraje. Una de las más apreciadas, tanto crítica como comercialmente, *El mercader de las cuatro estaciones* (1971), tenía 470 escenas y se rodó en doce días. A los treinta y siete años había hecho cuarenta y tres películas, una cada cien días durante trece años.⁵⁸ No había días de descanso. Siempre trabajaba, y hacía trabajar a otros, los domingos. Desde un punto de vista profesional tenía una autodisciplina fanática y constante. Solía decir: "Puede dormir cuando esté muerto."

Esta producción prodigiosa fue lograda contra un trasfondo de desenfreno y desgaste que hace estremecer. Su padre fue un médico que dejó a su familia cuando Fassbinder tenía seis años, abandonó la medicina para escribir poesía y se ganaba la vida administrando propiedades baratas. Su madre fue actriz, y apareció después en algunas de sus películas. Después del divorcio se casó con un escritor de cuentos. Fassbinder pasó su infancia y su adolescencia en un ambiente bohemio, literario, incierto, amoral e irresponsable.

Leía mucho y pronto empezó a producir obra creativa, cuentos y canciones. Absorbió la nueva cultura permisiva con la misma rapidez y seguridad con que hizo todo lo demás. En la nueva terminología hip era un conocedor de la calle. A los quince años ayudaba a su padre a cobrar los alquileres de los barrios bajos. Anunció que se había enamorado del hijo de un carnicero. El padre le contestó (fue una respuesta típicamente alemana): "Si tienes que acostarte con hombres, ¿no puedes hacerlo con un universitario?"⁵⁹ A partir de entonces Fassbinder se dedicó con ferocidad implacable a

⁵⁷ Para una relación del surgimiento de Fassbinder y muchos otros detalles curiosos, ver Robert Katz y Meter Berlina, *Love is Colder than Death: The life and times of Rainer Werner Fassbinder* (Londres, 1987)

⁵⁸ Katz y Berling, *Introducción*, pág. XIV

⁵⁹ Katz y Berlina, pág. 19

uno de los tres grandes temas de la nueva cultura de los años sesenta: la explotación desenfadada del sexo por placer. A la vez que crecía su poder en el teatro y en el cine, también crecieron sus exigencias y su crueldad. La mayoría de sus amantes fueron hombres. Algunos estaban casados y tenían hijos, y hubo escenas pavorosas de angustia familiar. Casi desde el principio hubo algo de sadomasoquismo y extremismo. Tomaba hombres de la clase trabajadora y los convertía en actores tanto como en amantes. Uno, que él llamaba “mi negro bávaro”, parece que se especializó en destruir automóviles caros. Otro, un ex prostituto de África del Norte, era homicida y creó momentos de terror para los colaboradores de Fassbinder, y hasta para él mismo. Un tercero, un carnicero convertido en actor, se suicidó. Pero a Fassbinder también le interesaban las mujeres y hablaba como un patriarca de “producir una familia tradicional”. Su actitud hacia las mujeres era la de propietario. Le gustaba controlarlas. En sus principios, cuando necesitaba dinero para las películas, utilizaba mujeres que controlaba para servir a los “trabajadores-huéspedes” inmigrantes, como los llamaban los alemanes. En 1970 se casó con una actriz llamada Ingrid Caven, que creía poder transformarlo en un heterosexual. La fiesta de bodas se convirtió en una previsible orgía. La novia encontró la puerta del dormitorio cerrada con llave, y al novio en la cama con el padrino. Divorciado, Fassbinder se casó finalmente con una de sus editoras de cine, Juliane Lorenz, pero siguió con su ostentosa vida homosexual en bares, hoteles y prostíbulos. Sin embargo, por curioso que parezca, a ella le exigía fidelidad. Durante la filmación de la novela *Berlín Alexander-Platz* (1980), descubrió que Juliane había pasado una noche con uno de los electricistas. Organizó una escena de celos y la llamó prostituta; ella le rompió el certificado de matrimonio en la cara.

Fassbinder también reflejó, tanto en sus películas como en su estilo de vida, el segundo gran tema de la nueva cultura: la violencia. Cuando era muy joven, parece que fue muy amigo de Andreas Baader, que ayudó a crear una de las pandillas terroristas más notorias de Alemania, y de Horst Soehnlein, que hacía proyectiles incendiarios para el grupo de Baader-Meinhof. Según su amigo actor, Harry Baer, Fassbinder decía a menudo que estaba tentado de incorporarse al terrorismo, pero que se decía a sí mismo que “hacer películas sería más importante para la causa que salir a las calles.”⁶⁰ Cuando Baader y otros miembros de la pandilla se suicidaron en la prisión de Stammheim, en octubre de 1977, Fassbinder gritó furioso: “Han asesinado a nuestros amigos.” Su próxima película, *La tercera generación* (1979) presentó el argumento de que las autoridades alemanas estaba explotando la amenaza del terrorismo para que Alemania fuera totalitaria otra vez, y esto provocó furia.

En Hamburgo una turba golpeó al operador del cine hasta dejarle inconsciente, y destruyeron la película. En Frankfurt unos jóvenes lanzaron bombas de ácido contra el cine que la exhibía. En general, Fassbinder recibió subsidios del estado para sus películas (eso también fue una señal de los tiempos) pero esta la hizo con fondos propios: fue una obra de amor, o de odio.

Para entonces había adoptado, y pasaba por el proceso de ser aplastado por él, un tercer tema de la nueva cultura: las drogas. La tolerancia, la aceptación de las drogas, siempre había sido un presupuesto implícito de la sociedad permisiva, en particular en su jerga hip. En la década del sesenta la firma por intelectuales de peticiones que exigían la liberalización de las leyes sobre drogas se convirtió en una práctica de rutina. Cuando era joven Fassbinder había conseguido dinero pasando coches robados a través de las fronteras, pero entonces no parece que tuviera nada que ver con la droga. Era, naturalmente, parte de la escena hip alemana. Como Brecht, él mismo se diseñó un uniforme adecuado: jeans cuidadosamente desgarrados, camisas a cuadros, zapatos de

⁶⁰ Katz y Berlina, págs. 33-34, 125.

charol gastados, una barba fina y rala. Fumaba en cadena cien cigarrillos al día. Comía una gran cantidad de comida succulenta, ya los treinta años ya había empezado a parecer hinchado y semejante a un sapo, y declaraba: “Volverse feo es una forma de aislarse... El cuerpo fuerte y grueso, es un bastión monstruoso contra toda forma de afecto.”⁶¹ También bebía en exceso; en Estados Unidos solía beber un litro de bourbon Jim Bean, y a veces un segundo litro, diariamente. Cuando decidía dormir tomaba gran cantidad de píldoras, tales como Mandrax. No parece que consumiera drogas duras hasta que hizo su película *Ruleta china*, en 1976, cuando tenía treinta y un años. Pero, entonces, después de probar la cocaína, quedó convencido de su poder creativo y la consumió regularmente y en dosis cada vez más altas. De hecho, cuando filmó *Bolswisser* (1977), obligó a uno de los actores a desempeñar su papel drogado.

Así los hechos llegaron a su culminación inevitable. En febrero de 1982 ganó el Oso de Oro en el Festival de Cine de Berlín: espera hacer el truco de la galera ganando la Palma de Oro en Cannes y el León de Oro en Venecia. Pero no obtuvo el premio de Cannes; en cambio gastó allí 20.000 marcos en cocaína y entregó los derechos de distribución de su siguiente película por una provisión futura asegurada. Desarrolló un hábito irregular de ejercer la violencia contra mujeres. En un momento dado, ya sea bebido o drogado, se había enfurecido y, sin razón alguna, había herido a una *scriptgirl* en las piernas. Durante su fiesta de cumpleaños el 31 de mayo, un evento casi público, había entregado a su ex esposa Ingrid un enorme consolador de plástico, diciéndole que la haría feliz durante un tiempo. Mantuvo su horario de trabajo y entrevistas, pero su consumo de drogas, bebida y píldoras prohibidas para dormir creció. En la mañana del 10 de junio Juliane Lorenz le encontró muerto en la cama, con el televisor todavía encendido. Tuvo lugar una especie de funeral, pero el ataúd estaba vacío, ya que la policía todavía buscaba drogas en su cuerpo.

La moraleja fue tan simple y enfática que no valía la pena perder tiempo en sacarla, pese a que muchos lo hicieron. Para honrar al artista muerto se sacó una máscara mortuoria a la manera de Goethe o Beethoven, y ese septiembre, en el Festival de Cine de Venecia, circularon entre las mesas de los cafés de la Piazza San Marco copias pirateadas de este objeto horroroso.

Tynan y Fassbinder podrían ser descritos como víctimas del culto al hedonismo. Además están también los que fueron víctimas de la legitimización de la violencia. Entre ellos se contó James Baldwin (1924-88) el más sensible y de alguna manera el más vigoroso de los escritores negros de Estados Unidos en el siglo XX. El suyo fue el caso de un hombre que pudo haber tenido una vida feliz y completa en virtud de sus logros, que fueron considerables. Pero a quien, en cambio, el nuevo clima intelectual de su época volvió intensamente infeliz al persuadirle de que el mensaje de su obra debía ser el odio, mensaje que entregó con furiosa entusiasmo. Es una prueba más de la curiosa paradoja por la que los intelectuales, que deberían enseñar a hombre y mujeres a confiar en su razón, en general los estimulan a seguir sus emociones; y, en vez de instar a la humanidad al debate y la reconciliación, demasiado a menudo la impulsan al arbitraje de la fuerza.

El relato que el propio Baldwin hace de su infancia no es fiable por motivos a los que llegaremos enseguida. Pero de la obra de Fern Marja Eckman, que escribió su biografía, y otras fuentes, es posible extraer un resumen razonablemente exacto.⁶² El ambiente en que vivió Baldwin en el Harlem de los años 20 fue carencial en algunos

⁶¹ Citado en Katz y Berlina, pág. 5

⁶² Fern Marjs, Eckman, *The Furious Pasaje of James Baldwin* (Londres, 1968); ver también los obituarios en *New York Times*, *Washington Post*, *Guardian*, *Daily Tegrapp* y *Bryant Rollings*, *Boston Globe*, 14-21 de abril de 1963

sentidos. Fue, en efecto, el mayor de ocho criaturas. La madre no se casó hasta que él tuvo tres años. El abuelo fue un esclavo de Louisiana. Su padrastro fue un predicador de domingo, de la secta de los Holy Rollers, que trabajaba en una planta embotelladora por un sueldo muy bajo. Pero pese a la pobreza la crianza de Baldwin fue buena, aunque severa. La madre decía que él siempre tenía a uno de sus hermanos o hermanas en brazo, y un libro en el otro. El primer libro que leyó entero fue *La cabaña del Tío Tom*, y lo leyó una y otra vez; su influencia sobre su obra, pese a los esfuerzos que hizo para erradicarle, fue notable. Los padres reconocieron su talento y lo estimularon; lo mimo hicieron todos. En las décadas del veinte y del treinta no había derrotismo por conciencia de raza en las escuelas de Harlem. Se creía que si los negros se esforzaban podían destacarse. La pobreza no se aceptaba nunca como excusa para no aprender. El nivel académico era alto. Se esperaba que los niños lo alcanzaran, o eran castigados. Baldwin prosperó en este ambiente. En la Escuela Pública 24 la directora, Gertrude Ayer, era excelente; otra maestra, Orilla Millar, le llevó a ver su primera función de teatro y le estimuló a escribir. En la Escuela Secundaria Elemental Frederick Douglas, publicó su cuento cuando tenía trece años, en la revista escolar Douglas Pilot de la que más tarde fue director, dos destacados profesores negros le ayudaron, Countee Cullen, poeta que enseñaba francés, y Herman Poter.

Cuando era un adolescente escribía con extraordinaria elegancia y se entusiasmaba con sus adelantos. Al año de dejar la escuela envió un artículo a la revista en el que aplaudía el “espíritu de buena voluntad y amistad” que hacían de la escuela “una de las mejores escuelas secundarias elementales del país.”⁶³ A la vez que escritor consumado ya era entonces un destacado predicador adolescente, que describían como “muy caliente.” Era admirado, estimulado y muy bien acogido por los ancianos negros del circuito del tabernáculo pentecostal. Fue luego a una afamada academia de Nueva York, la Escuela Secundaria de Witt Clinton en el Bronx, que educó entre otros, a Paul Gallito, Paddy Chayevsky, Jerome Wideman y Richard Avedon. Otra vez publicó su ficción en la soberbia revista de la escuela, *The Magpie* (La urraca), que luego dirigió. También ahí tuvo la amistad de algunos profesores excelentes, que dieron todo el estímulo posible a su obvio talento.

Los últimos artículos que Baldwin publicó en *The Magpie* reflejan su pérdida de fe. Dejó la Iglesia. Trabajó como portero y ascensorista y luego en una obra en construcción en Nueva Jersey, mientras escribía por la noche. De nuevo hay muchos ejemplos de cómo fue ayudado y estimulado por sus mayores, tanto negros como blancos. El escritor negro más importante de entonces, Richard Wright, le consiguió el Premio del Fondo en Memoria de Eugene F. Saxton, que le permitió viajar a París. Publicó en el *Nation* y en el *New Leader*. Su ascenso no fue sensacional, pero sí firme y metódico. Las personas que le conocieron entonces dieron testimonio de su seriedad en el trabajo, su cumplida ayuda a la familia, a la que le enviaba cada centavo del que pudiese privarse. Todo parecía indicar que era feliz. Su gran oportunidad le llegó en 1948, cuando publicó un artículo muy aplaudido, *The Harlem Ghetto* (El ghetto de Harlem), en la revista intelectual mensual judía *Commentary*.⁶⁴ Mucha gente le prestó dinero para que pudiera terminar su novela sobre la vida de iglesia en Harlem, *Go tell It On the Mountain* (Ve y dilo en la montaña) que se publicó y fue muy aplaudida en 1953. Llevó la vida de un intelectual cosmopolita, saltando directamente de Harlem a Greenwich Village y a la Orilla Izquierda de París, pasando completamente por alto a la burguesía negra. No se ocupó del Sur. El Problema Negro no fue una cuestión de primera importancia para él. De hecho, sobre la base de sus primeras y mejores obras,

⁶³ Citado en Eckman, págs. 63-64

⁶⁴ *The Harlem Ghetto, Commentary*, febrero de 1948

es imposible deducir que era negro. Defendía la integración, en su vida menos que en su obra. Algunos de sus mejores ensayos se publicaron en la integracionista *Commentary*.⁶⁵ Su director, Norman Podhoretz, observó más adelante: “Fue un intelectual negro casi exactamente en el mismo sentido en que ellos eran intelectuales judíos.”⁶⁶

Pero en la segunda mitad de la década de 1950 Baldwin percibió el nuevo clima intelectual que emergía, de permisividad por un lado, y de odio aceptado por el otro. Era, o creía ser, un homosexual, y su segunda novela, *Giovanni's Room* (La habitación de Giovanni), de 1956 trataba este tema. Fue rechazado por su propio editor y se vio forzado a recurrir a otro que (se convenció a sí mismo de eso) le pagó demasiado poco.

Esta experiencia le llenó de ira contra la industria editorial norteamericana. Además descubrió que la ira, al menos en “una persona desposeída como yo”, se estaba volviendo corriente, de moda y justa. La amplió, para incluir a gente e instituciones que una vez había respetado. Se volvió contra Richard Wright y muchos otros negros mayores que él que le habían ayudado.⁶⁷ Comenzó a emitir juicios colectivos sobre la raza blanca. Reescribió toda su historia personal, sin duda en gran medida inconscientemente. Se convirtió en un intelectual más cuyos escritos autobiográficos, bajo una apariencia engañosa de franqueza exhibicionista, son peligrosamente engañosos.⁶⁸ Descubrió que había sido un chico muy desdichado. Su padre le había dicho que el chico más feo que había visto, tan feo como el hijo del demonio. De su padre escribió: “No recuerdo, en todos esos años, que alguno de sus hijo alguna vez se alegrara de verle volver a casa.” Afirma que cuando su padre murió escuchó a su madre suspirar: “Soy una viuda de cuarenta y un años con ocho hijos pequeños que nunca quise tener.” Descubrió que había sido salvajemente intimidado en la escuela. Describió la Frederick Douglas High School con horror. Cuando volvió a visitarla en 1963 dijo a los alumnos: “Los blancos se han convencido a sí mismos de que el negro se siente contento en este lugar. Es tarea vuestra no creerlo ni un minuto más.”⁶⁹ Afirmó de su escuela secundaria que sólo los blancos se sentían contentos en ella, una aseveración que su contemporáneo Richard Avedon negó vigorosamente. Dijo de su profesor de inglés, que le ayudó: “nos odiábamos”. Repetidamente denunció en forma violenta libros que una vez había amado, como *La cabaña del Tío Tom*. Atacó en su totalidad el concepto del negro de clase media supuestamente integracionista.⁷⁰ Estudió en el Sur y en los últimos años de la década de 1950 se vinculó con el movimiento por los derechos civiles, dos fenómenos que hasta entonces había pasado por alto. Pero no le interesaban las tácticas al estilo Gandhi de un Martin Luther King. Ni le importaba el razonamiento vigoroso de intelectuales negros como Bayard Rustin, que hizo la defensa estrictamente racional de la integración con una destreza magistral. En la atmósfera engendrada por *The White Negro* (El negro blanco) de Mailer, Baldwin jugó, con vehemencia siempre creciente, la carta emocional, y no en mínima medida contra el mismo Mailer, diciéndole que preferiría pasar su tiempo con un blanco racista antes que con un blanco liberal, ya que en ese caso por lo menos sabía a qué atenerse.

En realidad Baldwin pasó bastante tiempo con liberales blancos, en Estados Unidos y en Europa. Lo cierto es que no hubo nada que le gustara más, ni por más tiempo, que la hospitalidad liberal blanca. Dentro de la vieja tradición intelectual

⁶⁵ Ver, por ejemplo, los que están en su colección *Notes of a Native Son* (Nueva York, 1963)

⁶⁶ Norman Podhoretz, *Breakin' Ranas: A Political Memoir* (Nueva York 1979), págs. 121 ss.

⁶⁷ Ver “¡Alas, Poor Richard!” en la colección de Baldwin *Nobody Knows My Name* (Nueva York, 1961)

⁶⁸ Ver la novela autobiográfica de Baldwin, *To Tell I ton the Mountain* (Londres, 1954), *East River Downtown* en *Nobody Knows My Name*, y su ensayo en John Hendrick Clark (ed), Harlem: *A Community in Transition* (Nueva York, 1964)

⁶⁹ Citado en Eckman, Págs. 65

⁷⁰ “*Fifth Avenue Uptown: A Setter from Harlem*”, *Esquire*, junio de 1960

grandiosa de Rousseau, convirtió su disfrute en un favor principesco. Condescendía a aceptarla. Como Fern Erickman escribió en 1968: “Encontrándose en los ajetresos de la creación, Baldwin pasa metódicamente de una casa a otra, bastante a modo de un rey medieval que viaja por su reino, dispensando el favor real al otorgar a los súbditos así honrados el privilegio de servirle como anfitriones.⁷¹ Invitábamos también a sus amigos y transformaba la casa de su anfitrión en un club informal; luego se iba porque (como le dijo a uno de ellos): “Su casa se ha vuelto demasiado concurrida.”

Uno de los anfitriones lo expresó así, con respetuosa admiración antes que enojo: “Tener a Jimmy en casa no como tener un huésped, es como agasajar a una caravana.” Cuanto más odio generaba, más obsequiosidad recibía. Los ecos de Rousseau son misteriosos.

El odio estaba ampliamente distribuido, recibiendo los liberales negros aún más que la variedad blanca. Como se quejaba uno de ellos: “No importa lo libre que uno piense que es, Jimmy le hace sentir que aún tiene dentro un poquito del Tío Tom.” A principios de la década de 1960, Podhertz le pidió a Baldwin que investigara la nueva violencia negra que predicaba Malcom X y sus musulmanes negros, y le ofreció publicar su informe en *Commentary*. Baldwin lo hizo, pero vendió el trabajo al *New Yorker* por bastante más dinero.⁷² Apareció en forma de libro en 1963, junto con una descripción de sus experiencias juveniles del racismo, con el título de *The Fire Next Time* (La próxima vez el fuego). Durante cuarenta y una semanas consecutivas estuvo entre los primeros cinco títulos de la lista norteamericana de libros más vendidos y se tradujo en todo el mundo. En un sentido era el sucesor lógico de *The White Negro* de Mailer, y quizá no hubiera sido posible sin este. Pero fue una obra muchísimo más influyente, tanto en los Estados Unidos como en el exterior, porque era una presentación hecha por un intelectual negro de primera línea (que hasta entonces había operado dentro de las convenciones y el modo de discurso literario de la cultura occidental), del nacionalismo negro concebido con un fundamento racial. Baldwin ahora le dio a su furia expresión literaria formal, la institucionalizó, defendió y propagó. Al hacerlo estableció un nuevo tipo de asimetría racial. No era concebible que un intelectual blanco pudiera afirmar que todos los blancos odiaban a los negros, y menos aun que defendiera ese odio. Sin embargo, Baldwin ahora insistía en que los negros odiaban a los blancos, y lo que su obra implicaba era que estaba justificado que lo hiciera. En consecuencia le dio respetabilidad intelectual a una nueva forma de racismo negro que se difundía rápidamente y comenzaba a sumir el liderazgo de las comunidades negras en todo el mundo.

Puede dudarse que Baldwin creyera realmente en la inevitabilidad del racismo negro y en la existencia de un abismo infranqueable que dividía a las razas. El joven Jame Baldwin lo habría negado enérgicamente. Estaba en pugna con su experiencia real, razón por la cual el Baldwin mayor tuvo que reescribir su historia personal. Los últimos años de la vida de Baldwin se basan en una mentira, o por lo menos en una confusión culpable. En realidad fue destruida por el fuego que él mismo había encendido, y dejó de ser efectiva. Lo que siguió viviendo fue el espíritu de *The Fire Next Time*. Reforzó el mensaje de la famosa polémica de Frantz Fanon, *Les Damnés de la terre*, y de la retórica de Sartre, que la violencia era el derecho legítimo de quienes, por su raza, clase o situación, podían ser definidos como víctimas de una iniquidad moral.

Aquí llegamos al punto crucial de la vida intelectual: la actitud ante la violencia. Es la valla con la que la mayor parte de los intelectuales laicos, pacifistas o no,

⁷¹ Eckman, Pág. 65

⁷² *Letter from a Region of My Mind*, *New Yorker*, 17 de noviembre de 1962

tropiezan y caen entonces en la incongruencia o, en verdad, en la pura incoherencia. Pueden renunciar a ella en teoría, como por lógica no pueden menos que hacer, ya que es la antítesis de los métodos racionales para resolver problemas. Pero en la práctica se encuentran avalándola (lo que podrá llamarse el Síndrome del Asesinato Necesario) o aprobando su uso por aquellos con quienes simpatizan. Otros intelectuales, cuando se ven confrontados con el hecho de la violencia practicada por aquéllos que desean defender, simplemente transfieren la responsabilidad moral, por medio de argumentos ingeniosos, a otros a quienes desean atacar.

Noam Chomsky, el filósofo lingüista, es un destacado practicante de esta técnica. En otros aspectos es un utopista al viejo estilo, antes que un intelectual hedonista al nuevo estilo. Nació en Filadelfia en diciembre de 1928 y rápidamente logró eminencia económica en varias universidades principales: el Instituto de Tecnología de Massachussets, Columbia, Princeton, Harvard y otras. En 1957, el mismo año en que Maile publicó *The Whit Negro*, Chomsky produjo una obra magistral llamada *Syntactic Structures* (Estructuras sintácticas). Fue una contribución muy original, que en su momento pareció decisiva, al viejo y permanente debate acerca de cómo adquirimos conocimientos y, en especial, cómo adquirimos tantos. Como dijo Bertrand Russell: “¿Cómo es que los seres humanos, cuyos contactos con el mundo son breves, personales y limitados, son sin embargo capaces de llegar a saber tanto como saben?”⁷³ Hay dos explicaciones rivales. Una es la teoría de que los hombres nacen con ideas innatas. Como dijo Platón en su Menón: “En un hombre que no sabe, hay opiniones verdaderas sobre aquello que no sabe.” Los contenidos más importantes de la mente están allí desde el principio, aunque se requiera el estímulo externo o la experiencia, actuando sobre los sentidos, para llevar este conocimiento a la conciencia. Descartes sostenía que ese conocimiento intuitivo es más fiable que cualquier otro, y que todos los hombres nacen con un residuo de este, aunque sólo los más reflexivos comprenden toda su potencialidad.⁷⁴ La mayoría de los filósofos de la Europa continental comparten esta opinión hasta cierto punto.

Contra esto está la tradición anglosajona del empirismo, enseñado por Locke, Berkeley y Hume. Éste argumenta que si bien las características físicas pueden ser heredadas, al nacer, la mente es una *tabula rasa* y las características mentales se adquieren todas a través de la experiencia. Estas opiniones, en general de manera muy condicionada, prevalecen en general en Gran Bretaña, Estados Unidos y otros países que se adhieren a su cultura.

El estudio que Chomsky hizo de la sintaxis, que es los principios que gobiernan la disposición de las palabras o sonidos para formar oraciones, le llevó a descubrir lo que llamó “universales lingüísticos”. Los idiomas el mundo son mucho menos diversos de lo que parecen ser, porque todos comparten universales sintácticos que determina la estructura jerárquica de las oraciones.

Todos los idiomas que él y quienes le siguieron estudiaron se adecuaban a este patrón. La explicación que daba Chomsky era que estas reglas invariables de la sintaxis intuitiva están tan en lo hondo de la conciencia humana que deben ser el resultado de la herencia genética. Nuestra capacidad de usar el lenguaje es una capacidad innata y no adquirida. La explicación que da Chomsky de sus datos lingüísticos puede no ser correcta. Pero hasta ahora es la única plausible que ha surgido, y le sitúa firmemente en el campo cartesiano o “continental.”⁷⁵

⁷³ Bertrand Russell, *Human Knowledge: Its Scope and Limits* (Londres, 1948)

⁷⁴ Ver S. P. Stich (ed.) *Innate Ideas* (California, 1975)

⁷⁵ Ver Chomsky, *Cartesian Linguistics* (Nueva York, 1966) y sus *Reflections on Language* (Londres, 1976) Para un análisis esclarecedor de las teorías del lenguaje y del conocimiento, y las conclusiones políticas que deduce de ellas, ver Geoffrey Sampson, *Liberty and Language* (Oxford, 1979)

También despertó un gran entusiasmo intelectual, no sólo en círculos académicos, y convirtió a Chomsky casi en una celebridad, como ocurrió con Russell a raíz de su obra sobre los principios matemáticos, o con Sartre cuando popularizó el existencialismo. A estas celebridades se les presenta la tentación de usar el capital adquirido por su eminencia en la propia disciplina para hacerse de una plataforma y emitir opiniones sobre cuestiones públicas. Tanto Russell como Sartre sucumbieron a esta tentación, como hemos visto; y también lo hizo Chomsky. A lo largo de la década del sesenta, los intelectuales de Occidente, pero en especial en Estados Unidos, se vieron cada vez más emocionados por la política norteamericana en Vietnam, y por el creciente nivel de violencia con la que se ponía en práctica. En esto había una paradoja. ¿Cómo es que en un momento en que los intelectuales se encontraban cada vez más dispuestos a aceptar el uso de la violencia en la búsqueda de la igualdad racial, o de la liberación colonial, o hasta de la de los grupos terroristas milenaristas, la encontraban tan repugnante cuando la practicaba un gobierno democrático occidental para proteger a tres pequeños territorios de la ocupación por un régimen totalitario? No hay ninguna forma lógica de resolver esta paradoja. Hubo que contentarse con las explicaciones que ofrecieron los intelectuales, que objetaban la “violencia institucionalizada” por una parte, y justificaban la contra violencia individual, personal, por otra (y muchas variantes del mismo tema). Desde el principio fueron suficientes para Chomsky, que llegó a ser y siguió siendo el más prominente crítico intelectual de la política de Estados Unidos en Vietnam. De explicar cómo la humanidad adquirió su capacidad para usar el lenguaje, pasó a aconsejarle cómo conducir su geopolítica.

Ahora bien, es una característica de esos intelectuales que no ven incongruencia alguna en salirse de su propia disciplina, en la que son expertos reconocidos, y pasar a los asuntos públicos, en los que podría suponerse que no tiene más derecho a ser oídos que otra persona. En realidad siempre afirman que su conocimiento especial les da intuiciones valiosas. Russell sin duda creía que su capacidad filosófica hacía que su consejo a la humanidad sobre muchos temas valiese la pena ser escuchado (una afirmación que Chomsky avaló en las conferencias de Russell de 1971.⁷⁶ Sartre arguyó que el existencialismo incumbe directamente a los problemas morales planteados por la guerra fría y a nuestra reacción ante el capitalismo y el socialismo. Chomsky a su vez llegó a la conclusión de que su labor con los universales lingüísticos era la misma prueba primaria de la inmoralidad de la política seguida por Estados Unidos en Vietnam.

¿Y por qué? Bueno, argumentaba Chomsky, depende de qué teoría del conocimiento se acepte. Si al nacer la mente es en efecto una *tabula rasa*, y los seres humanos son, por así decirlo, trozos de plastilina a los que se les puede dar cualquier forma que se desee, entonces son sujetos aptos para lo que él llama “el moldeado de la conducta” por la autoridad estatal, el directivo de una empresa, el tecnócrata o el comité central.⁷⁷ En cambio, si hombres y mujeres poseen estructuras mentales innatas y tienen necesidades intrínsecas de patrones culturales y sociales que para ellos son “naturales”, esos esfuerzos estatales deben finalmente fracasar, pero en el proceso de su fracaso obstaculizarán nuestro desarrollo e implicarán una terrible crueldad. El intento de Estados Unidos por imponer su voluntad, y determinados patrones de desarrollo social, cultura y político a los pueblos de Indochina era un ejemplo atroz de semejante crueldad.

Llegar a esta conclusión requería una perversión especial, que para cualquiera que estudie las carreras de los intelectuales se vuelve deprimentemente familiar. Si el

⁷⁶ Noam Chomsky, *Problems of Knowledge and Freedom; The Russell Lectures* (Londres, 1972)

⁷⁷ Noam Chomsky, *For Reasons of State* (Nueva York, 1973), pág. 184

argumento de Chomsky, que parte de las estructuras innatas es válido, podría decirse justificadamente que es un argumento general contra cualquier clase de ingeniería social. Y en efecto, por múltiples razones, la ingeniería social ha sido la decepción sobresaliente y la mayor calamidad de la edad moderna. En el siglo XX ha causado la muerte de millones y millones de personas inocentes en la Rusia soviética, la Alemania nazi, China comunista y otros lugares. Pero es justo lo que las democracias occidentales, con todos sus defectos, jamás han adoptado. Por el contrario, la ingeniería social es la creación de intelectuales milenaristas que creen que pueden rehacer el universo con la luz de su sola razón. Rousseau la promovió. Marx la sistematizó y Lenin la institucionalizó. Los sucesores de Lenin han llevado a cabo, durante más de setenta años, el experimento en ingeniería social más largo de la historia, cuya falta de éxito confirma en efecto el argumento general de Chomsky. La ingeniería social, o Revolución Cultural, como se llamó, produjo millones de cadáveres en China de Mao, y el mismo fracaso. Aunque aplicados por gobiernos no liberales o totalitarios todos los programas de ingeniería social han sido originariamente obra de intelectuales. El apartheid, por ejemplo, fue elaborado en su forma moderna, detallada, en el departamento de psicología social de la universidad de Stellenbosch. Sistemas similares en otros lugares de África (Ujaama en Tanzania, “*Conscintismo*” en Ghana, “*Négritude*” en Senegal, “Humanismo zambiano”, etc.) fueron envenados en los departamentos de ciencias políticas o de sociología de las universidades locales. La intervención norteamericana en Indochina, por imprudente que pueda haber sido, y torpemente llevada a cabo, como indudablemente lo fue, originariamente tuvo como propósitos salvar a sus pueblos de la ingeniería social.

Chomsky pasó por alto estos argumentos. No mostró ningún interés por los intentos totalitarios de suprimir o cambiar características innatas.

Arguyó que la democracia liberal, el estado del *laissez faire*, era tan objetable como la tiranía totalitaria, ya que el sistema capitalista, del cual es necesariamente una parte orgánica, provee los elementos de coerción que producen la misma negación de la autorrealización. La guerra de Vietnam fue el caso sobresaliente de la opresión capitalista-liberal de un pueblo pequeño que estaba tratando de responder a sus propios impulsos intuitivos; naturalmente estaba destinada a fracasar, pero mientras tanto se infligía un sufrimiento incalificable.⁷⁸

Los argumentos de intelectuales como Chomsky indudablemente jugaron un papel importante en revertir lo que originariamente fue una fuerte determinación por parte de Estados Unidos de asegurar que una sociedad democrática tuviera la oportunidad de desarrollarse en Indochina. Cuando se retiraron las fuerzas norteamericanas, los ingenieros sociales tomaron posesión rápidamente, tal como habían predicho siempre que harán quienes apoyaron la intervención norteamericana. En efecto, en Camboya, como resultado directo de la retirada norteamericana, uno de los mayores crímenes de un siglo de crímenes espectaculares tuvo lugar en 1975. Un grupo de intelectuales marxistas, educados en el París de Sartre y ahora al frente de un ejército formidable, llevaron a cabo un experimento de ingeniería social, despiadado incluso según las pautas de Stalin o Mao.

La reacción de Chomsky ante esta atrocidad es instructiva. Fue compleja y retorcida. Significó la eyección de mucha tinta confusionista. En realidad tuvo una sorprendente similitud con las reacciones de Marx, Engel, y sus seguidores ante el descubrimiento de la manera deliberadamente errónea en que Marx citó el discurso sobre el presupuesto de Gladstone. Llevaría demasiado tiempo examinarla en detalle, pero su esencia es muy sencilla. Estados Unidos era, según definición de Chomsky, que

⁷⁸ Noam Chomsky, *American Power and the New Mandarins* (Nueva York, 1969) págs. 47-49

a estas alturas había alcanzado la categoría de hecho metafísico, el villano en Indochina. En consecuencia no podía reconocerse que hubiera tenido lugar masacre alguna en Camboya hasta que se encontraran los medios para mostrar que Estados Unidos era, directa o indirectamente, responsable de ella.

Fue así como la respuesta de Chomsky y sus colegas pasó por tres etapas.⁷⁹ (1) No hubo masacres; eran un invento de la propaganda occidental (2) Pudo haber matanzas en pequeña escala; pero el “tormento de Camboya ha sido explotado por los humanitarios occidentales cínicos, desesperadamente ansiosos de superar el “síndrome de Vietnam”. (3) Las matanzas eran más extensas de lo que primero se creyó, y fueron el resultado del embrutecimiento de los campesinos por los crímenes de guerra norteamericanos. (4) Chomsky finalmente se vio llevado a citar a “uno del puñado de auténticos estudiosos camboyanos” quien, con una habilidosa manipulación de la cronología, podía “probar” que las peores masacres ocurrieron no en 1975, sino “ a mediados de 1978”, y tuvieron lugar por “razones tradicionalistas, racistas, antivietnamitas” y no marxistas.. Para ese entonces “el régimen había pedido cualquier color marxista que una vez tuviera” y se había convertido en “un vehículo para el hiperchovinismo del campesinado pobre”.

Como tal, “por fin” se ganó la aprobación de la CIA, que de exagerar las masacres con fines de propaganda pasó a participar activamente en su perpetración en resumen, el crimen de Pol Pot era en realidad de Estados Unidos, *quod erat demonstrandum*.

A mediados de la década del ochenta el foco de atención de Chomsky se había desplazado de Vietnam a Nicaragua, pero había sobrepasado largamente el punto en que la gente razonable estaba aún dispuesta a discutir en serio con él, repitiendo así el triste patrón de Russell y Sartre. De ese modo, otro intelecto más, que una vez pareció descollar entre sus iguales, se encaminó pesadamente a la tierra baldía del extremismo, un poco como el viejo Tolstoi, enojado e incoherente, se alejó de Yasnaya Polyana. En la vida de muchos intelectuales milenaristas parece que hubo un climaterio siniestro, una menopausia cerebral, que podría denominarse la Huida de la Razón.

* * *

Estamos ahora al final de nuestra investigación. Hace alrededor de doscientos años que los intelectuales laicos comenzaron a reemplazar al antiguo clero como mentores y guías de la humanidad. Hemos observado un cierto número de casos individuales de aquellos que buscaron aconsejar a la humanidad. Hemos examinado sus credenciales morales y de criterio para esa tarea. En especial hemos examinado su actitud hacia la verdad, la manera en que buscan y evalúan las pruebas, y su postura no sólo ante la humanidad, sino ante los seres humanos individuales; la manera en que tratan a sus amigos, colegas, servidores y sobre todo a sus propias familias. Hemos mencionado las consecuencias políticas y sociales de seguir su consejo.

¿Qué conclusiones deberían sacarse? Los lectores juzgarán por sí mismos. Pero pienso que hoy en día detecto un cierto escepticismo público cuando los intelectuales se paran para predicarnos, una tendencia creciente entre la gente común a discutir el derecho de los académicos, escritores y filósofos, por eminentes que puedan ser, a decirnos cómo comportarnos y manejar nuestros asuntos. Parece generalizarse la creencia de que los intelectuales no son más sabios como mentores, ni más respetables como modelos, que los hechiceros o sacerdotes de antaño. Comparto ese escepticismo.

⁷⁹ La contribución de Chomsky a la controversia Pol Pot está dispersa en muchos lugares, a menudo en revistas casi desconocidas. Ver su colección *Towards a New Cold War* (Nueva York, 1982), págs. 183, 213, 382 nota 73, etcétera. Ver también Elizabeth Becker, *When the War Was Over* (Nueva York, 1987).

Una docena de personas elegidas al azar en la calle es probable que nos den opiniones sobre asuntos de moral o de política por lo menos tan sensatas como las de un grupo representativo de los miembros de la clase intelectual. Pero yo iría más lejos. Una de las principales lecciones de nuestro trágico siglo, que ha visto tantos millones de vidas humanas sacrificadas en proyectos para mejorar el destino de la humanidad es: cuidado con los intelectuales.

No sólo debería mantenerse bien alejados de los resortes del poder, también deberían ser objeto de una especial sospecha cuando buscan dar consejo colectivo. Cuidado con los comités, conferencias y ligas de intelectuales. Desconfíen de las declaraciones públicas procedentes de sus filas apretadas. Denles poca importancia a sus juicios sobre líderes políticos o acontecimientos importantes. Porque los intelectuales, lejos de ser gente altamente individualista e inconformista, siguen ciertos patrones regulares de conducta. Tomados como grupo. Son a menudo ultra conformistas dentro de los círculos formados por aquellos cuya aprobación buscan y valoran. Eso es lo que los torna, en *masse*, tan peligrosos, porque les permite crear climas de opinión y ortodoxias prevalecientes, que a su vez generan a menudo cursos de acción irracionales y destructivos. Sobre todo, siempre debemos recordar lo que los intelectuales habitualmente olvidan: que las personas importan más que los conceptos y deben ser colocadas en primer lugar. El peor de todos los despotismos es la tiranía desalmada de las ideas.